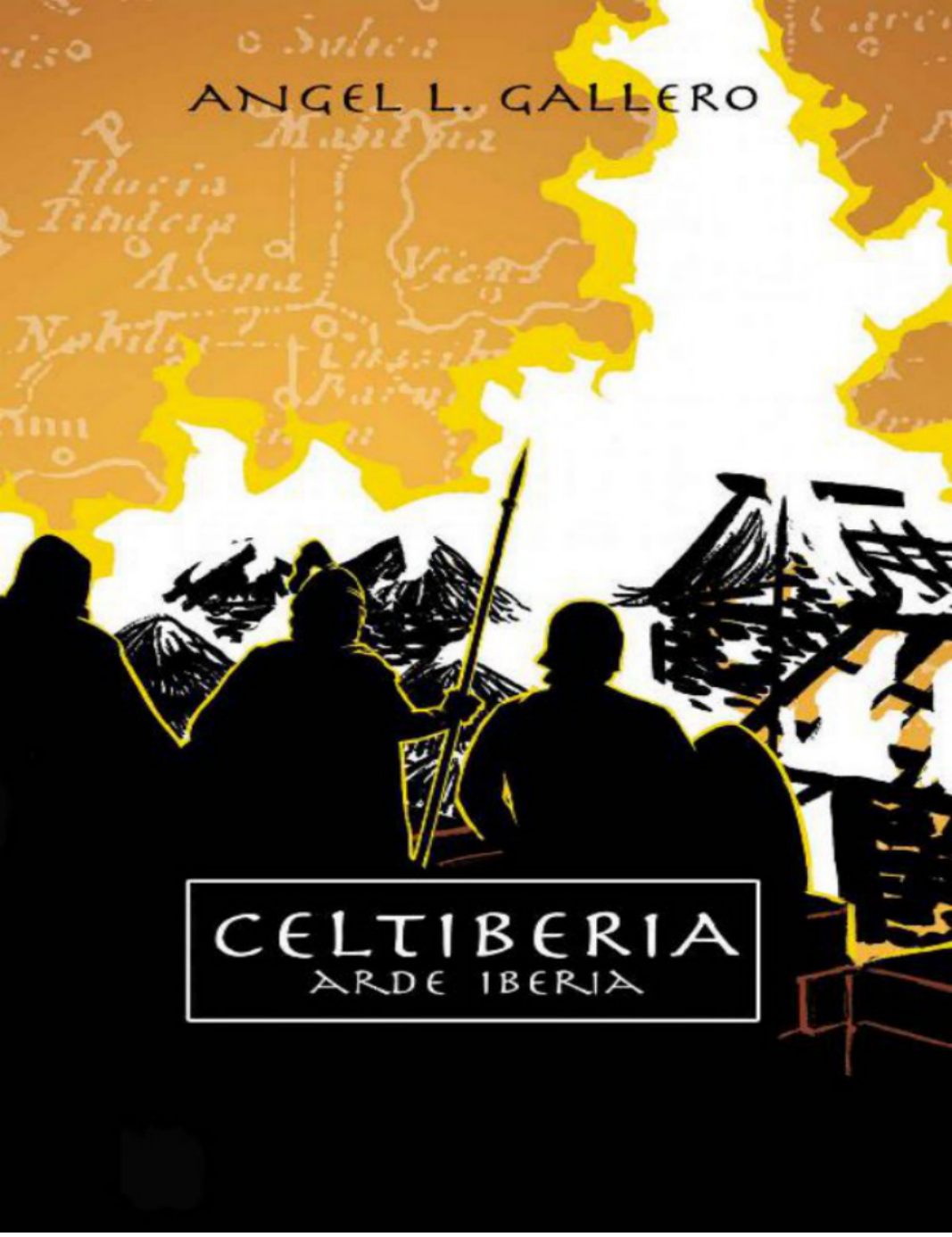
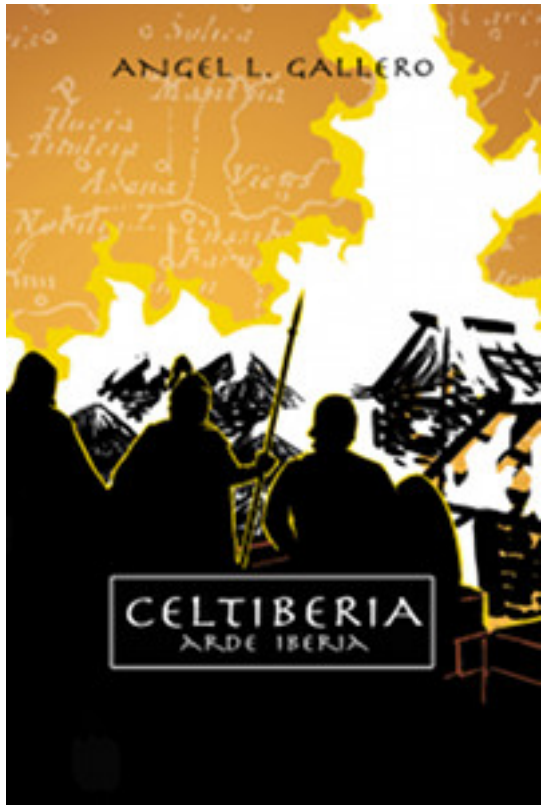
ANGEL L. GALLERO



# CELTIBERIA

## ARDE IBERIA




# Celtiberia: Arde Iberia

## de Ángel L. Gallero

**Copyright © 2015 Ángel L. Gallero**

**All Rights Reserved**

ISBN: 978-84-8041-158-5

License Notes
This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to your favorite ebook retailer and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

# CAPÍTULO 1

**Año 478 a. C.**
**Mediados de septiembre.**
**Noroeste de Carpetania.**

Mientras el sol se ponía lentamente en medio de la quietud de las montañas carpetanas, Ramaro, en pie sobre lo alto de la empalizada, con la mirada perdida en algún punto del encendido horizonte, no podía dejar de pensar en la propuesta que aquellos hombres llegados de tan lejos acababan de hacerle.

Habían viajado hasta la frontera norte de Carpetania atraídos por la fama del "invencible guerrero de rostro rasgado" que había logrado vencer a vacceos y lusitanos, para ofrecerle, a cambio de su ayuda, nada menos que la inmortalidad.

La increíble historia que le contaron le había llegado al corazón. Sucedió hacía muchísimo tiempo, tanto que ninguno de los enviados vivía cuando tuvo lugar el escarnio.

Sentados en torno al pequeño fuego que ardía en el hogar de su casa, con los ojos nublados por la ira y la vergüenza, la memoria de aquellos hombres retrocedió hasta aquel nefasto día, avanzado ya el estío, en que un numeroso grupo de bandidos lusitanos, acaudillados por el impío Vismaro, saqueó su gran santuario de Ipolka, destrozando las imágenes de sus dioses y robando la de uno de ellos.

Muchas lunas habían pasado desde entonces, pero el tiempo transcurrido no había conseguido reducir un ápice la pena y la humillación sufridas, ni tampoco los deseos de vengar tamaña afrenta.

Y habían llegado hasta allí, esperanzados, pensando que quizás aquel intrépido carpetano del que todos hablaban podría ayudarles a restituir su honor y devolver el golpe a los profanadores.

Lo planteado era algo tan insólito y enaltecedor, tan imposible que desde entonces Ramaro había perdido la paz. Estaba decidido a intentarlo, pero no sabía por dónde empezar.

Había llegado el momento de hablar con Ablón.

—Si verdaderamente quieres recuperar esa estatua —le había dicho el guasón del buhonero—, lo único que tienes que hacer es ir a Lusitania y preguntar, y cuando sepas dónde está, vas, te la echas al hombro y la traes.

—¿Crees que no es posible hacerlo?

—Absolutamente. Olvídate de los túrdulos y de su dios. Tú diles por dónde se va a Lusitania y que lo busquen ellos.

—Pero…

—Ramaro —le interrumpió su amigo con firmeza—, lee en mis

labios: Ol-ví-da-lo. Tú ya eres un héroe, deja sitio para los demás... Y no pienses que los dioses van a estar siempre de tu lado.

Que era una locura ya lo sabía, pero qué otra cosa había sido su vida desde que aquella infortunada mañana, buscando un ciervo herido en los bosques carpetanos, se enfrentó con una osa por defender a alguien que no lo merecía.

Si los dioses le fuesen favorables… Al fin y al cabo se trataba de liberar a uno de los suyos. Claro que a los dioses lusitanos no creía que les gustara la idea. Estaba hecho un lío, pero la idea de rescatar a un dios le colmaba de felicidad. Enfrentamientos con bestias, combates a muerte…, eso ya lo habían hecho otros hombres antes que él, y seguirían haciéndolo.

Pero liberar a un dios…

Tardó unos días, pero finalmente se decidió a intentarlo. Ablón le había dicho que fuera a Lusitania y preguntara. Bien, le haría caso…, a medias. No iría a Lusitania, pero sí preguntaría.

Por el oeste, los pueblos vacceo y vetón, entre los que él, ahora, contaba con buenos amigos, compartían una extensa frontera con los lusitanos y, aunque había pasado ya mucho tiempo desde aquel sacrílego suceso, aún era posible que alguien lo recordara y supiera del paradero de la deidad robada.

Y una vez que averiguara dónde estaba, ya vería… Tiempo habría para pensarlo. Sabía que si uno va muy deprisa, pronto se cansa.

Hacía ya varias lunas que la paz imponía su aburrida rutina en la Sierra. Era el momento de hacer una visita a los amigos.

# CAPÍTULO 2

**Año 478 a. C.**

**En los mismos días.**

**Centro de Lusitania. Al sur del río Douro.**

Parecía como si una maldición hubiera caído sobre aquel perdido y abrupto valle lusitano y cubierto los corazones de sus gentes con un espeso velo de temor y de silencio.

Casi todos allí conocían el porqué de aquella situación, pero nadie se atrevía a hablar de ello. Mejor era permanecer callados y aparentar calma y despreocupación que enfrentarse con la dolorosa realidad.

Pero por mucho que quisieran ocultar sus verdaderos sentimientos, por más que trataran de silenciar sus corazones y evitarse unos a otros, sus rostros, sombríos de angustia y ansiedad, y sus esquivas y medrosas miradas los traicionaban.

Ni siquiera los más pequeños se permitían ya la menor manifestación de alegría, la más mínima sonrisa. ¡Hasta sus juegos habían cesado! Sentían la tristeza a su alrededor, veían a sus madres subir cada día a lo más alto de las murallas y, apartadas unas de otras, otear durante largo rato y con esperanza el horizonte, para, finalmente, descender cabizbajas y llorosas, y abrumadas por el desánimo. Y en la intimidad de sus casas todo era gravedad y recogimiento, y un continuo murmullo de fervientes invocaciones a los dioses.

Pero ellos no sabían por qué, y tampoco nadie contestaba a sus preguntas.

—Nada, hijo, no pasa nada —les contestaban repetidamente, sin ser capaces de esconder su propia preocupación.

La causa de tanta congoja y temor era sólo una: hacía ya más de cuatro lunas que una numerosa hueste de jinetes a las órdenes del admirado Tántalo, jefe guerrero del clan e hijo de Maelo, máximo rector del poblado, partiera hacia el sur de Carpetania para vengar las muertes y afrentas sufridas durante la anterior incursión estival. Y ni uno solo de ellos había regresado todavía.

Era media mañana y el pequeño grupo de jóvenes y adolescentes de entre ocho y trece años, futuros temibles guerreros lusitanos, se hallaba, un día más, reunido en el exterior del imponente castro. Indolentemente sentados, con sus espaldas apoyadas en la sólida muralla de piedra que les protegía de la fresca brisa, observaban el paisaje cual silentes centinelas.

Parecían una familia de lagartos soleándose antes de iniciar la diaria búsqueda de alimento, sólo que ellos no tenían nada que hacer, ni ganas, y aquel era el mejor lugar para eso. Allí se estaba

bien, el sol por delante y el muro a sus espaldas constituían dos agradables fuentes de calor para sus jóvenes cuerpos, todavía cubiertos tan sólo por livianas vestiduras.

Ya habían pasado los largos días en los que toda vestimenta les sobraba y la refrescante agua del cercano arroyo era el mejor regalo tras cualquier juego o aventura. Ahora ya no apetecía mojarse, al contrario, cuanto más lejos estuvieran de aquella fría agua, mejor. Había llegado ya el tiempo en que el sol no era una tortura sino una bendición, y los muchachos lo buscaban con ahínco. Era lo único, junto con la actividad física, que les mantenía calientes.

Los frondosos castaños, robles y nogales de los impenetrables bosques lusitanos, que ahora ofrecían a hombres y animales su abundante y nutritivo fruto, empezaban ya a vestirse con los ocres y rojizos colores del otoño, dejando caer sus secas hojas que pronto alfombrarían caminos y veredas.

El frío llegaría muy pronto al poblado, pero a nadie se le ocurriría nunca quejarse de ello, ni los más ancianos lo harían, y los niños menos que nadie, ya que la burla y la vergüenza caerían implacablemente sobre quienes lo insinuaran siquiera. Todos ellos sabían que la primera tarea de un guerrero en ciernes era endurecer su cuerpo, y el frío era el primer enemigo al que habían de vencer. Y el segundo, el hambre, ya que su ajetreada vida estaba llena de frugales comidas.

El traqueteo de un pequeño carro que abandonaba en esos momentos el poblado llamó la atención de la abúlica y muda chiquillería. Al llegar a su altura, Caeno detuvo el cansino paso de los dos robustos bueyes castaños. Lentamente, paseó su socarrona mirada por cada uno de aquellos rostros que le observaban expectantes, y en todos vio desánimo y aburrimiento. Lo habitual últimamente.

—Con todo el campo que tenéis para correr y estáis ahí dormitando como ancianitos. Id en busca de nidos o de madrigueras de conejos —les animó, pero al ver que ninguno se movía suspiró y, tras mover la cabeza de lado a lado en señal de fastidio, dirigió la vista al frente y arreó a los bueyes—. Voy al encinar a por leña —añadió casi al instante, alzando la voz por encima del crujir de la carreta—. ¿Alguien se viene?

Y sonrió ampliamente al escuchar la algarabía que se formó a sus espaldas, mientras los chicos se agarraban y empujaban unos a otros tratando cada uno de ser el primero en subirse al vetusto carromato.

—Calma, calma, que hay sitio para todos.

Los chavales estaban felices. ¡Por fin alguien les hacía caso!, y no un cualquiera, sino todo un guerrero.

Allí, en Lusitania, la tradición mandaba que los padres y los hermanos mayores se ocuparan de sus pequeños y los enseñaran a cazar y a manejar las armas, por eso, cuando al final de la primavera los guerreros iniciaban sus correrías por los territorios vecinos, ellos se quedaban sin su principal entretenimiento y se sentían poco menos que abandonados. La llegada del buen tiempo era para aquellos chicos la peor época, porque sus vidas entraban en un continuo tedio. Para los mayores eran un estorbo y los rehuían como a un enjambre de abejas cabreadas.

Ese era el motivo por el que la vuelta de los guerreros constituía para ellos el día más feliz del año, y no sólo por el reencuentro con sus adiestradores, el botín tomado y la vuelta del poblado a su actividad normal, sino, además, por las nuevas aventuras que siempre acontecían en esas peligrosas incursiones, que ellos escuchaban con la emoción de quien sueña algún día con protagonizarlas. Pero, sobre todo, porque su regreso era también el de la sonrisa y la alegría a los rostros de todos.

Así pues, para los que se quedaban en el poblado, los calores del estío eran sinónimo de angustia y nerviosismo, y para los pequeños, también de regaños y aburrimiento.

—A ver si regresan pronto —se decían entre ellos—, porque este año están todos más insoportables de lo normal.

Y precisamente por todo esto, porque era sumamente raro que un guerrero se ocupara de ellos, la invitación de Caeno fue celebrada por los chicos como el mejor regalo.

A decir verdad, él no era ya un guerrero propiamente dicho. Lo era porque los que han sido guerreros lo son hasta que mueren, pero a él una renqueante pierna izquierda, producto de un espadazo recibido en tierras de los oretanos durante la última campaña, le había retirado prematuramente de tales actividades. La extremidad se había salvado, pero ya no le obedecía y estaba condenado a arrastrarla de por vida.

Sin embargo, lo que para el bueno de Caeno había sido la mayor de las desgracias, para los jóvenes, especialmente los más pequeños, había sido una bendición, porque desde que sus parientes marcharan en busca de botín, el veterano parecía haberlos adoptado y casi siempre tenía tiempo para ellos. Veía a aquellos críos como a los hijos que no había podido tener y, probablemente, nunca tendría.

Una vez que todos se hubieron acomodado en el descubierto entablado del carruaje, no tardó en dar comienzo el interrogatorio:

—Cuéntanos cómo te hirieron.

—¿Otra vez? —preguntó sonriente.

—Como cada vez es distinto…

—¿Cómo que cada vez es distinto?

—Sí —se apresuró a contestar el mayor de los chavales, Reburrus, hijo de Talavus, el bravo guerrero que entendía y hablaba otras lenguas y actuaba como lugarteniente de Tántalo—. La primera vez nos dijiste que habían sido cinco oretanos que te rodearon en el transcurso de una gran batalla, y a los que finalmente conseguiste matar; otra, que fueron los carpetanos quienes te atacaron traicioneramente cuando te encontrabas solo, custodiando el botín; recuerdo también…

—¿Me estás llamando mentiroso? —le interrumpió Caeno volviéndose hacia él con mirada furibunda—. Pues ya no lo contaré más.

Tras unos momentos durante los cuales los pequeños guardaron un silencio avergonzado y expectante, el carretero se giró y, sonriendo para sí, retomó su habitual cordialidad:

—¿Queréis saber cómo le hicieron a Talavus esa fea herida en la cara de la que tanto presume?

—Eso ya me lo sé yo —replicó de inmediato su hijo con voz vibrante, brillándole los ojos de emoción.

Caeno quedó durante unos momentos en suspenso. Le pasaba siempre que miraba a aquel muchacho. ¡Era la viva imagen de su padre!

—Mejor —repuso finalmente el cojo guerrero con solemnidad —, así comprobarás que yo nunca miento.

Tras pasar el resto de la mañana en el bosque, un repentino y disonante ruido de tripas, le recordó a Caeno que era ya hora de regresar al poblado. Con tanto animoso ayudante yendo y viniendo de un lado a otro, sin parar de gritar y de reír, el tiempo se le había pasado sin apenas darse cuenta, de modo que, una vez que los chicos apilaron la leña en el carro y terminaron de cargar los sacos repletos de las bellotas y castañas que habían estado recogiendo, se pusieron en marcha.

Ahora, salvo Caeno, que conducía la yunta desde el pescante, los demás iban caminando al lado del carruaje.

—¡Caeno! —llamó la mayor de las dos “guerreras” del grupo—, ¿van a tardar todavía mucho en volver?

La niña no concretó más su pregunta, pero no hacía falta, todos sabían a quiénes se refería.

El hombre suspiró largamente antes de contestar.

—Ya tenían que haber vuelto.

—¿Y por qué se retrasan?

—A mí también me gustaría saberlo.

—Seguro que vienen tan cargados de botín que no pueden con él y tienen que parar a descansar cada poco. Por eso están tardando

tanto esta vez —contestó Reburrus, el cabecilla del grupo.

—Pues entonces —intervino nuevamente la jovencita—, deberíamos ir a ayudarlos.

—Si supiéramos dónde están, o qué camino traen… ¿Verdad? —continuó el hijo de Talavus dirigiendo su inquisitiva y anhelante mirada al guerrero en espera de que éste corroborará sus palabras.

Pero la sagaz niña se adelantó a la respuesta de Caeno.

—Eso ya lo sabe, porque ha ido muchas veces con ellos. Seguro que él podría encontrarlos. ¿A que sí?

—¡Sí que podría, por Teutates! —replicó rápidamente el interpelado—. Y, además, lo voy a hacer —añadió con determinación tras meditarlo unos momentos—. Has tenido una buena idea, pequeñaja —continuó al tiempo que le guiñaba un ojo y la sonreía—. Hablaré con Maelo y…, si no se opone, me pondré en marcha mañana mismo.

—¡Cómo me gustaría ir contigo! —suspiró Reburrus, interpretando el sentir de todos sus amigos.

ooOOoo

Cuando Caeno apareció en casa del jefe del clan, halló a Maelo dormitando en la semipenumbra del hogar, al calor de la lumbre. Su orondo trasero descansaba sobre el banco de piedra desnuda, y muy brillante ya por el uso, que se hallaba adosado a la pared, mientras que su corpachón se hallaba reclinado sobre la mesa de madera, con la cabeza reposando sobre sus rollizos antebrazos. Poderosos ronquidos llenaban la estancia.

—Ahí le tienes —le dijo su mujer, que le había recibido a la entrada, con voz queda y de reproche—. Mírale, cómo se preocupa por su hijo y los demás.

—Mujer, que repose la comida no significa que no le importe la tardanza de los nuestros —le replicó el renqueante guerrero, en tono apaciguador, mientras contemplaba cómo la mujer trataba a duras penas de contener las lágrimas que su desasosegado corazón le enviaba a los ojos.

—Es verdad, lo siento, él no tiene la culpa… Nadie la tiene, pero estar aquí esperando y esperando, me tiene completamente trastornada. No lo puedo evitar.

—Todos estamos nerviosos, y por eso precisamente vengo. Ya está bien de lamentos y de esperas, así no podemos seguir, la gente ya no aguanta más. Hay que hacer algo, averiguar de una vez por todas qué es lo que ha ocurrido.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó la mujer, ansiosa por saber si Caeno había hallado algún medio para sacarles de aquella exasperante situación que estaban viviendo.

—Ir a buscarlos…, sólo eso se me ocurre —repuso como

disculpándose, y en los ojos de la mujer le pareció ver un destello de frustración. Quizás había esperado algo más práctico y resolutivo —. Y no pararé hasta que los encuentre o alguien en el camino me diga lo que ha pasado. Tantos guerreros no desaparecen sin dejar rastro.

—Sí, me parece bien. Es lo único que se puede hacer —reconoció ella tras breve cavilación—. ¡Maelo! —llamó entonces a su hombre, caminando hacia él y levantando la voz lo suficiente para despertarlo.

El viejo jefe dio un resoplido, interrumpiendo de inmediato su sonoro roncar, y alzó la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos y algo enrojecidos, y restos de comida y salivación decoraban su cerrada y encanecida barba.

—¿Qué pasa? —preguntó sobresaltado, al tiempo que se estiraba con la ligereza de un muchacho y miraba a su mujer con unos ojos en que se reflejaba la esperanza—. ¿Ya han vuelto?

—¡Ojalá! —repuso ella, dejando escapar un profundo suspiro—. Caeno ha venido a verte. Tiene algo que proponerte. ¡Escúchale! —añadió con voz imperiosa. Y a continuación abandonó la estancia, dejando atrás el grato crepitar de la leña en el hogar.

—Tú dirás —dijo Maelo tras frotarse varias veces los ojos con las yemas de los dedos para espabilarse.

—He pensado en salir mañana a buscar a los hombres —expuso el guerrero sin rodeos—. Algo les ha pasado y tenemos que averiguar el qué —como el viejo guardaba silencio, él continuó—. Yo cabalgué con ellos la pasada campaña y soy el único aquí que conoce el camino que lleva al poblado carpetano que iban a atacar. Estoy seguro de que en el camino hallaré la respuesta a nuestras preguntas.

—¿Tú qué crees que les ha sucedido?

—Algo ha salido mal, muy mal, de eso estoy seguro —repuso Caeno con semblante adusto—. Por una parte, me siento esperanzado, porque esta era, con mucho, la expedición más numerosa que Tántalo haya dirigido nunca, y, además, la que contaba con mejores guerreros. Me parece imposible que alguien haya podido sorprenderlos y aniquilarlos a todos. Pero…, por otro lado, la realidad es que ninguno ha vuelto, y eso me hace pensar que ha acontecido una desgracia.

Mientras escuchaba, el jefe del clan se había levantado y paseaba su gran humanidad de un lado a otro de la estancia, con la cabeza gacha y los brazos a la espalda.

—Pero eso nunca ha ocurrido —intervino Maelo con vehemencia, tras larga reflexión, deteniéndose de repente y encarándose con su interlocutor—. Muchas partidas sufren bajas,

pero que ningún guerrero sobreviva…

—Partiré mañana, con el alba —anunció Caeno, que no sentía deseos de continuar dándole vueltas a algo que todos ya sabían—. Pero no puedo ir solo —añadió de inmediato y sorpresivamente—, necesito que me acompañe alguien que conozca la lengua que se habla en Carpetania. Puede que deba llegar hasta allí para averiguar lo sucedido.

—Espero que los encuentres antes —dijo en un murmullo, y añadió a continuación recuperando su habitual tono de voz—. Sí, ve, Caeno. Ve y hállalos…

—¡Quieran los dioses que así sea!

—Y llévate a Reburrus. Todavía es muy joven, pero es bueno, y el único que queda aquí que habla y entiende a vetones y carpetanos —pero acto seguido frunció ligeramente el entrecejo—. ¿Querrá acompañarte?

—Estará feliz de ir en busca de su padre.

—Eso está bien, pero creo que necesitarás a alguien más —Maelo se acariciaba su grasienta barba pensativo, y cuando prosiguió su voz vibraba y su rostro había cobrado un aspecto grave —. Caeno, si por desdicha se cumplen nuestros peores presentimientos, quiero que sigas adelante hasta que averigües qué les ha ocurrido y quién lo ha hecho. No vuelvas hasta que no tengas respuestas a esas dos preguntas.

—Pero eso puede llevarme mucho tiempo y…

—¡Emplea todo el que necesites! —le interrumpió con rudeza—. Lo único que nos importará entonces será saber contra quien hemos de dirigir nuestra venganza —los ojos del veterano jefe echaban chispas. Ya había sufrido la muerte de su amado nieto en la anterior campaña y ahora podía ser su hijo Tántalo el que se hallara ya cabalgando en la otra vida.

Caeno permaneció en silencio, emocionado y sorprendido por la determinación y rabia que emanaban de aquel rostro mofletudo y casi siempre amable. Estaba seguro de que, llegado el momento, sería capaz todavía de ponerse al frente de los guerreros y cargar contra los matadores de su brava y orgullosa progenie.

—En cuanto sepas algo, mándanos un emisario, Caeno, y deprisa. Es por eso que creo que deberías llevar contigo a alguien más.

—No te preocupes, ya sabes que en el camino tenemos buenos amigos. Cualquiera de ellos estará dispuesto a traeros noticias.

—¿Irás sólo con Reburrus?

—Esta puede ser una misión larga y peligrosa, porque quizás tengamos que movernos por territorio enemigo. A Reburrus le puedo controlar, pero de los que quedan en el poblado, a ninguno le

confiaría mi vida.

—Entonces no hay más que hablar. Ve y encuéntralos.

—Eso espero.

—¡Que los dioses te acompañen y protejan!

ooOOoo

Reburrus estaba loco de contento. Y su madre también.

Entre los lusitanos, cuando los niños cumplían cierta edad dejaban prácticamente de pertenecer a sus madres, y toda su educación se centraba en hacer de ellos buenos guerreros, capaces de cazar, proteger y atender a las necesidades de la comunidad. Así había sido siempre en Lusitania.

Y ahora le tocaba a su hijo demostrar que estaba preparado para afrontar su primera misión de adulto.

Los dos enviados de Maelo habían pasado la primera noche en el camino, una noche en la que Reburrus apenas pudo pegar ojo. Rodeado de oscuridad y de silencio, cualquier sonido propio del bosque llamaba su atención, hasta el simple murmullo del viento batiendo las hojas de los árboles le inquietaba. Estaba cansado de escucharlo, pero ahora sus excitados sentidos lo percibían de distinta manera. Nunca algo tan corriente y familiar le había causado tanta emoción.

El sol ya había salido y, aunque se encontraba de lo más a gusto, acurrucado bajo su cálida manta de lana de oveja, en cuanto oyó a Caeno levantarse y empezar a trastear, Reburrus la apartó a un lado con decisión y se puso en pie.

—¿Dónde vas tan deprisa? —le preguntó Caeno—. Sigue durmiendo, mientras yo preparo algo de comer.

—¡Es que me estoy cagando! —repuso el chico asomando la cabeza por la rabera del carro.

—Ah, bueno, entonces desaparece de aquí cuanto antes. Y mira bien dónde lo haces, que no “perfumes” las vituallas.

—De allí viene el aire —indicó el chico con exagerada formalidad, volviendo la cara hacia su compañero antes de saltar fuera del carruaje.

—¿Entonces…? —preguntó Caeno.

—Pues por allí lo haré —repuso muy serio, tras pensarlo unos instantes. Y, de inmediato, saltó a tierra y se dirigió muy decidido en la dirección que indicaba.

—¡Pues por allí no lo harás, animal! —gritó el guerrero, medio enfadado.

—Ja, ja, ja —se rió el muchacho, parándose en seco y volviéndose hacia él—, ya lo sé, era una broma.

—Muy gracioso —y también él rió de buena gana—. ¡Hala,

piérdete por ahí arriba, que no se nos llene esto de moscas! Pero no te alejes mucho.

—Ni tampoco te quedes muy cerca —añadió el jovenzuelo, parodiando la voz de Caeno.

—Eso tampoco, no vaya a cambiar el viento. Ja, ja, ja.

Reburrus ascendió por una breve, aunque escarpada ladera que delimitaba el camino por su lado derecho. Una vez en lo alto, ya el carromato fuera de su vista, vislumbró a cierta distancia un enorme y casi marchito nogal, cuyo ancho y carcomido tronco, quizás por la caída de algún rayo, presentaba una gran oquedad, lo ideal para lo que él precisaba en esos momentos.

"Vaya, parece puesto ahí a propósito", pensó, y al poco, con los calzones bajados y el sayo subido, se acomodó en el interior del pequeño refugio.

Empezaba ya todo él a disfrutar de ese instante previo a aquel en que uno se dispone a aliviar por fin sus repletas tripas, cuando a su fino oído llegó un sonido que le obligó a contener la natural y apremiante necesidad, poniéndole en guardia. Al principio, le pareció que se trataba del gruñido o rezongo de algún animal, pero al poco lo identificó claramente como un murmullo de voces que se acercaban a buen paso.

Aguzó los oídos y se olvidó de todo lo demás, hasta de respirar.

Pronto, desde su escondrijo, vio discurrir a un pequeño grupo de jinetes con muy mal aspecto, cuyo paso les conducía directamente al lugar donde se hallaba Caeno.

Reburrus se alarmó. "Quizás la empinada pendiente lo proteja y pasen de largo", rumió el joven, aunque ni él mismo se lo creía.

Lo que aquellos merodeadores buscaban eran presas que atacar y desvalijar, y esas, de haberlas, transitarían por el camino. Y hacia él se dirigirán con toda seguridad.

Estarían a unos cincuenta pasos del árbol que lo ocultaba, y habían llegado casi al borde del lugar donde el terreno se quebraba abruptamente, cuando los vio detenerse y desmontar con sigilo.

Reburrus torció el gesto. "¡Maldita sea! Le han visto", se dijo.

Eran cinco y no había duda alguna de que habían encontrado lo que buscaban.

Los bandidos dejaron los caballos y, gachos y armados con sus lanzas, desaparecieron entre la espesura para emboscar al pobre Caeno.

¡Por favor, que no lo maten!, rogó Reburrus, mientras abandonaba cautelosamente el hueco del árbol y se ajustaba los calzones.

Rezaba para que aquellos bandidos se limitaran a llevarse los caballos, la comida y a desvalijar el carro, y que dejaran vivo a su

tullido amigo. Al fin y al cabo todos eran lusitanos y ofrendaban a los mismos dioses. Estaba seguro de que el guerrero no les haría frente. No era ningún loco. Pero, en cualquier caso —rumió apesadumbrado—, su viaje, su primera gran aventura, había terminado.

"¿Y, después, qué?", se preguntó. La perspectiva que se les presentaba no era nada esperanzadora. Un cojo y un niño, desarmados y con un carro sin animales que tiren de él, abandonados en medio de un bosque infinito plagado de peligros, mal lo iban a pasar. Hasta pudiera ser que no sobrevivieran.

Tenía que hacer algo, y rápido. Pero ¿qué?

Su instinto de conservación le decía a gritos que, dado que no tenía posibilidad alguna de ayudar a Caeno, se fuese de allí cuanto antes, es más, si también cayera en manos de los bandidos no sería más que otro motivo de preocupación para su amigo. Pero no era su cabeza quien mandaba en esos momentos, sino su corazón, y ya las piernas le dirigían inexorablemente hacia el lugar donde los bandidos habían dejado sus cabalgaduras.

Ahora no podía socorrer a Caeno, pero, quizás, después, si respetaban su vida, sí conseguiría rescatarlo y hacer que la búsqueda de su padre y los demás no acabara allí, casi antes de empezar y de manera tan poco gloriosa.

Sus ojos reflejaban una férrea determinación.

En un instante desató y tomó las riendas de los cinco animales, y ahora sí, aunadas mente y corazón, se alejó de la quebrada rápidamente, sin mirar atrás, sobreponiéndose al deseo de asomarse y ver lo que ocurría abajo, en el camino.

Cuando se halló a cierta distancia, montó de un ágil salto sobre una de los corceles y, al trote largo, se alejó de allí, aunque no sin antes haber registrado en su entrenado cerebro la situación del sol y las particularidades del lugar, para evitar desorientarse al regresar.

ooOOoo

—¡Hola, amigo!

Caeno se disponía a cortar con su daga un trozo de carne ahumada cuando oyó aquella bronca voz a su espalda. De inmediato, volvió la cara y observó cómo varios hombres de aspecto desaliñado y armados con lanzas y dagas surgían de entre la floresta que bordeaba el camino y maniobraban con suma cautela para rodear el carromato.

—¡Qué suerte! Llegamos justo para la primera comida del día —dijo con sarcasmo uno de los merodeadores, al tiempo que hacía un gesto a sus compañeros para que comprobaran si había alguien más en el interior de la carreta e inspeccionaran los alrededores—. Estoy

hambriento. ¿Qué tienes por ahí?

En su torvo semblante se apreciaban claramente las huellas dejadas por todas sus andanzas.

—Poca cosa, amigo —contestó Caeno tratando de mostrarse tranquilo—, algo de carne, bellotas y unas pocas manzanas. Lo necesario para unos días de viaje.

—No es mucho, no, pero nos conformaremos —señaló el bandido con gesto resignado—. Tráelo aquí —añadió. Y a continuación, al tiempo que el joven hacía ademán de girarse para hacer lo que le ordenaban, preguntó—. ¿Estás solo?

—Ya lo ves —repuso aquel sin titubear ni volverse.

El renqueante guerrero se asomó al interior del carromato y cogió varios sacos de arpillera de mediano tamaño que depositó en el suelo, ante el que parecía el cabecilla del grupo.

—Esto es lo que tengo.

De inmediato, uno de los asaltantes se acercó y arrambló con la comida, mientras otro empezaba a desenganchar los caballos de tiro del carruaje y un tercero se colaba en la carreta.

—Llevamos una mala racha, ¿sabes, amigo? —continuó el mandamás—. Empieza a hacer frío por las noches y nuestros hijos no tienen ni con qué abrigarse. Necesitamos de todo: comida, caballos, mantas, armas…, de todo. Es por los niños, ya sabes. ¿A que lo entiendes?

Caeno asintió con la cabeza.

—Ya lo sabía yo. En cuanto te vi la cara se lo dije a éstos: ese es un hombre generoso, ¿verdad muchachos? Y yo nunca me equivoco.

El hombre sonreía mordazmente, dejando entrever su mellada y sucia dentadura.

Por un momento, se le pasó a Caeno por la cabeza la idea de decirles a aquellos hombres quién era y cuál la misión que le habían encomendado. Probablemente, la sola mención del nombre del admirado y temido jefe lusitano al que estaba buscando hubiera sido suficiente para hacer temblar a aquellos gañanes y hacerlos desistir de sus intenciones, porque sabían que importunar a uno de los guerreros que había cabalgado con Tántalo atraería sobre ellos la ira de todos los poblados de los alrededores. Pero tal confesión podía tener también el efecto contrario, y acabar él robado y muerto, manera esa también de evitarse represalias. De modo que prefirió callar y ocultarles el motivo de su viaje.

Una vez que el desvalijamiento se hubo consumado, el cabecilla le ordenó a uno de los suyos que trajera los caballos. Luego, se volvió hacia Caeno:

—Amigo, nos tenemos que marchar. El poblado que te queda

más cerca es el de Astolpas, pero no es fácil de encontrar. De todas maneras, no te aconsejo que vayas allí, porque te quitarían hasta la ropa que llevas. Tú sigue para adelante, pero ve deprisa —se oyeron algunas risitas—, y con suerte llegarás a tu destino antes de que te alcancen los lobos o algún maldito oso hambriento que aún no haya cogido el sueño.

—Déjame al menos la daga —pidió Caeno.

—No seas desagradecido, amigo —repuso el bandido con mirada aviesa, recalcando cada sílaba—. Aún estás vivo, y tienes el carro. Seguro que eres capaz de fabricar con su madera una buena estaca para defenderte.

—Eso es verdad —repuso Caeno rápidamente, tratando de rebajar la tensión, desconfiando del cambiante estado de ánimo de aquel hombre.

—Así está mejor —repuso de nuevo sonriente, y dando media vuelta caminó hacia sus compañeros—. ¿Dónde está el idiota de Cilius? —les preguntó enfadado, y sin esperar respuesta le llamó con toda su voz— ¡Ciliuuus!

—Los caballos han desaparecido —voceó el invocado desde lo alto de la encrespada pendiente.

—¿Quéee?

—Que no encuentro los caballos —repitió su secuaz—. Se han debido de soltar. No los veo.

—¡Caturo, maldita sea tu alma! —exclamó, al tiempo que se volvía hecho una furia para encararse con otro de sus hombres—. ¿Es que ya no vales ni para atar caballos? ¡Sube y encuéntralos! —añadió, levantando el índice derecho para señalarle el lugar al que había de dirigirse—, o te arrepentirás.

Pero los animales no aparecieron, ninguno de ellos, y el llamado Caturo pagó las consecuencias de su “torpeza”. Varios puñetazos y patadas del encrespadísimo jefe dieron con él en tierra, sangrando por la boca y medio conmocionado.

Mientras eso ocurría, Caeno se cuidó de no levantar la vista del suelo, no fuera que aquel tipo le viera sonreír y acabara siendo pasto de cuervos y lobos.

Tras la paliza, el cabecilla de los bandidos se le quedó mirando durante un rato, pensando qué hacer con él y si tendría algo que ver con la sorprendente desaparición de los caballos.

Con el corazón en un puño, Caeno le vio acercarse y detenerse apenas a dos pasos de él, sonriéndole siniestramente. Sin pestañear, observó cómo extraía la espada y, sin más, con un movimiento vertiginoso, descargaba un terrible golpe sobre el sólido madero en el que apoyaba la lanza del carro, haciendo que se venciera hacia delante con gran estruendo y que él rodara por tierra.

Finalmente, acentuando su sonrisa, dio media vuelta y se marchó sin decir palabra, seguido de sus hombres, y sin una mirada siquiera al compañero que quedaba también allí tendido, el cual, al poco, una vez recuperada la conciencia, se levantó y les siguió tambaleante.

Seis temibles bandidos montados en dos humildes pencos, esa era la grotesca imagen que Caeno conservaría para siempre en su memoria.

ooOOoo

Una vez que se sintió a salvo, a Reburrus le entraron ganas de gritar, de aullar como un joven lobo tras haber cobrado su primera gran pieza. Todo su rostro sonreía, y no sólo por la hazaña realizada, de la que podría presumir ya toda su vida, sino de pensar en las caras de aquellos malnacidos cuando descubrieran que sus caballos habían desaparecido. Sólo imaginarlo le regocijaba el espíritu y las carcajadas brotaban incontrolables de su garganta. Hasta se le saltaban las lágrimas de tanto reírse. ¡Qué felicidad!

De repente, se quedó en silencio y su rostro se ensombreció. “Espero que no se venguen en Caeno”, pensó.

Sólo entonces un agudo retortijón de tripas le recordó que tenía cosas muy urgentes que atender.

Su cabalgada le había llevado hasta un herbazal en medio del bosque, por el que corría un anchuroso arroyo que lo anegaba casi completamente. Se detuvo en su orilla y observó el paraje. Tras unos momentos de meditación, dio media vuelta, arrastrando con él a toda la recua, y desanduvo parte del camino.

Cuando consideró que se había alejado ya lo suficiente, liberó a tres de los corceles, azuzándolos en distintas direcciones. Si los bandoleros le seguían la pista y llegaban hasta allí, aquello les despistaría y les tendría entretenidos un buen rato.

A continuación, con los cuatro mejores caballos, tornó a la balsa de agua, se introdujo en ella y, dando un gran rodeo, inició el pausado y cauteloso regreso al lugar donde había dejado a su amigo, con la seguridad de que jamás podrían seguir su rastro.

La cara de Reburrus volvía a iluminarse. Hasta él mismo estaba sorprendido de lo listo que era.

No fue fácil orientarse en aquel exuberante e inacabable mar de vegetación, porque el bosque tan pronto se abría como se enmarañaba y el sol surgía y desaparecía de su vista continuamente, pero al fin consiguió vislumbrar el camino de tierra y, avanzando por su linde en dirección sur, tras un pronunciado recodo, descubrió el carro.

Echó una rápida ojeada, pero no vio ni rastro de caballos ni de

hombres. El corazón empezó a palpitarle con fuerza y todo su ánimo se vino abajo. ¿Y si, finalmente, aquellos malditos habían decidido matar a Caeno…, o llevárselo con ellos?

Reburrus, con el miedo dibujado en el rostro, descabalgó, ató los caballos a las ramas de un árbol y se encaminó sigilosamente hacia el lugar donde había tenido lugar el asalto. Había sido una larga y difícil cabalgada, y tenía el cuerpo dolorido.

Era ya media tarde y en el bosque las sombras se imponían y hacían invisible su acechanza. Se hallaba a unos cincuenta pasos del inservible carromato, cuando oyó un ruido e, inmediatamente, vio aparecer a su compañero entre los árboles que se erigían a un lado del camino.

Se acababa de poner en pie y sacudía con ambas manos la tierra y las briznas de vegetación adheridas al sayo.

Desde su escondrijo, el joven observó cómo levantaba la cabeza y, durante largo rato, miraba y remiraba a su alrededor, con la esperanza, sin duda, de verlo aparecer. Finalmente, se sentó, cabizbajo, en el pértigo de madera al que se sujetaban los caballos del tiro, cuyo extremo descansaba ahora en el suelo.

No se veía a nadie más y todo parecía estar en calma, pero Reburrus no se fiaba. Podía tratarse de una trampa y estar los bandidos agazapados entre el boscaje. Sitios había de sobra donde ocultarse. Pero a él no le engañarían tan fácilmente. Además, no tenía prisa, estaba seguro de que Caeno no se marcharía de allí mientras no se viera obligado a ello, porque aquel sería el lugar al que su compañero siempre trataría de volver.

Así pues, el muchacho se aguantó las ganas de correr al encuentro de su amigo y esperó, siempre vigilante, a que la tarde cayera y las sombras se adueñaran del lugar. Prefería quedarse allí a regresar adonde había dejado los caballos. La vista del carromato y el saber que Caeno estaba allí, le confortaba.

Hacía ya rato que el guerrero se había cobijado en el interior del carro, tratando del guarecerse, aunque en vano, de la humedad y del creciente frío que exhalaba el bosque.

“No le hagas caso, no le hagas caso —se repetía entre castañeteos de dientes, recordando las palabras de sus instructores cuando no era más que un niño—. Cuanta más atención le prestas, más frío tendrás”.

Y menos mal que aquel lugar estaba bien provisto de bellotas y nueces, porque se lo habían llevado todo. ¡Ni una mala manta le habían dejado aquellos malditos!

Le esperaba una noche muy larga. Y aún tenía que estar contento de seguir vivo.

Se había acurrucado en un rincón y no paraba de frotarse los

brazos y la pierna buena, pero no conseguía entrar en calor, y tampoco confiaba en que el cansancio le venciera y pudiera finalmente dormir. ¡Qué cansancio, si llevaba todo el día sentado!

"¡Vaya día… y vaya noche!", se dijo.

Entonces, en medio del creciente desánimo, un susurro proveniente del exterior llamó su atención:

—Caeno, Caeno…

No podía ser otro que Reburrus.

—¡Por todos los dioses! —exclamó con voz queda al ver aparecer su cara por la rabera de la carreta, al tiempo que se incorporaba, echaba pie a tierra y paseaba la vista en derredor.

—No hay nadie, no te preocupes —le tranquilizó el muchacho —. Llevó ahí fuera, escondido, toda la tarde y nada se ha movido. Deben estar por ahí, buscando sus caballos —añadió pícaramente y con una media sonrisa en los labios.

—¿Y tú cómo sabes…? —y de repente, Caeno abrió desmesuradamente los ojos y la incredulidad se reflejó en su cara—. Has sido tú quien les ha robado los caballos —afirmó.

Y como el chico asintiera rápidamente con la cabeza, el guerrero soltó una risotada que resonó con estruendo en medio de la quietud que envolvía aquellos parajes.

—¡Chsss…! —intervino Reburrus, alarmado.

—"Reburrus, el joven guerrero que robó a los bandidos" —entonó Caeno solemnemente, sin parar de sonreír—. Bueno, larguémonos de aquí cuanto antes. Por cierto, no tendrás otra de esas —agregó señalando con la cabeza la gualdrapa que el chico llevaba sobre los hombros—. Este guerrero tiene frío, ¿sabes?

—Espera aquí, ahora vuelvo —dijo entonces Reburrus, al tiempo que daba media vuelta y se alejaba camino arriba—. Y no te metas en más líos —añadió con guasa.

—Serás…

Cuando le vio llegar a lomos de un caballo y con tres más de la brida, Caeno se emocionó. Lo que ese chico había hecho era merecedor del mayor de los respetos y digno de un gran guerrero.

Y así se lo dijo:

—Reburrus, estoy orgulloso de ti. Te has portado como un valiente.

—Bueno, esconder cosas se me da bien —repuso el chico como queriendo quitarle importancia a lo que había hecho, pero completamente feliz y envanecido por la admiración y las alabanzas recibidas de todo un guerrero.

—Ya lo veo —sonrió Caeno verdaderamente satisfecho—. ¡Les has robado los caballos a unos bandidos! ¡Un pequeñajo como tú! No sé si los dioses aprobarán lo que has hecho, pero que se estarán

todavía riendo, de eso estoy seguro —el rostro del muchacho irradiaba orgullo—. Bueno —añadió seguidamente—, es hora de irse. Vamos a enganchar los caballos y a largarnos de aquí. Ya me contarás luego cómo lo hiciste.

La luna lucía casi plena en un cielo salpicado de nubes y una misteriosa luz azulada envolvía el camino sobre el que los árboles proyectaban espectrales sombras.

ooOOoo

Durante largo rato Caeno y Reburrus estuvieron muy entretenidos contándose mutuamente sus respectivas historias.

El chico estaba eufórico. Era ahora, recordando las cosas y analizándolas con más tranquilidad, cuando se daba cuenta de lo osado de su proceder. Para él, todo había sido poco más que un juego, pero, como decía Caeno, un juego en el que había apostado su vida, y eso era lo que le daba tanto valor.

—También pensé en irme, no creas —confesó el joven.

—Nadie te lo hubiera reprochado. Es más, estoy seguro de que más de un curtido guerrero lo hubiera hecho. Ya puedes presumir de ser un guerrero…, y de los buenos.

—Eso es lo que quiero ser, un buen guerrero, como mi padre.

—O como el hermano de tu padre —agregó Caeno con toda intención.

Tongius era el hermano menor del padre de Reburrus y había hallado la muerte en tierras carpetanas durante la última campaña, la misma que le costó a él la pierna. La emboscada tuvo lugar al vadear un río, y en ella cayeron dos guerreros más, uno de ellos el propio hijo de Tántalo.

Hacia ese poblado carpetano cuyos guerreros les habían atacado se dirigían precisamente ahora ellos dos, con el fin de averiguar qué le había sucedido a la expedición de castigo que partió de Lusitania hacía ya cuatro lunas, a principios del estío.

Al oír hablar de muertes de buenos guerreros, Reburrus, que soñaba en voz alta con convertirse algún día en uno de ellos, se quedó callado y pensativo durante un buen rato. Su pariente Tongius era también un hombre valiente que había participado en muchas incursiones y demostrado su bravura en más de una ocasión. Y ahora estaba muerto.

—Convertirse en guerrero —continuó Caeno, tras darle a Reburrus el tiempo suficiente para meditar sobre lo escuchado— es la aspiración de todos los jóvenes lusitanos. Aprender a cazar, a luchar… Pero, ¿acaso sabes qué es lo más importante que debe aprender un guerrero?

—Lo más importante para un guerrero es la victoria —repuso

Reburrus sin dudarlo, enderezándose sobre el pescante.

—Lo más importante para un guerrero es no temerle a la muerte —le corrigió Caeno—. La muerte es la más fiel compañera de los guerreros, no lo olvides. Siempre cabalga a su lado.

Reburrus frunció el ceño. No le gustaba oír hablar de eso. Para él, guerrero era sinónimo de lucha, de victoria y de gloria, todo junto e inseparable, y llegar a alcanzarlas era su mayor ilusión. Había tenido el valor de burlar a unos bandidos y se había sentido completamente dichoso por ello. Así quería sentirse siempre.

—Reburrus, los guerreros luchan y mueren, tú lo sabes, los has visto partir para llevar a cabo sus incursiones y siempre hay alguno que no regresa...

—Porque ha viajado al Más Allá, a disfrutar de la compañía de los dioses —se anticipó a explicar el muchacho.

—Exacto. Por eso un guerrero no deber temer a la muerte, pues antes o después le conducirá al paraíso.

—Las celebraciones y crónicas de nuestro pueblo honran su memoria y recuerdan su coraje.

—Son nuestros héroes y nos siguen protegiendo desde la otra vida. Seguro que Tongius ha disfrutado con tu proeza.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—Y puede que hasta me haya ayudado a despistar a los bandidos.

—Yo diría que sí.

La expresión de Reburrus había cambiado, ahora estaba más tranquilo, veía las cosas de otra manera. Contemplada así, la muerte de los parientes o de los amigos tenía su parte buena. Aunque tú no los vieras, ellos seguían allí, a tu lado, siempre vigilantes y prestos a ayudarte.

Le gustaba saber que uno nunca está solo, era una sensación reconfortante, la misma que había tenido cuando acechaba a Caeno desde la espesura. No le veía, pero sabía que estaba allí y se sentía mucho mejor.

Entonces, sin pizca de temor, echó una mirada a su alrededor buscando en el aire y en la tenebrosa oscuridad del bosque el espíritu de algún familiar fallecido que hubiera decidido acompañarlos en el viaje.

No vio nada, pero sonrió.

ooOOoo

Caeno no descansó en toda la noche, quería alejarse todo lo posible del lugar en el que había tenido lugar el asalto. Si a los bandidos les daba por regresar, relacionarían la ausencia del carro

no estaba con la desaparición de sus caballos y, entonces, los buscarían con redobladas ansias.

Los caballos robados eran buenos y estaban bien alimentados. A pesar de ir aparejados a un carro, hecho al que no estaban acostumbrados, mantuvieron el paso firme durante todo el recorrido, de modo que cuando empezó a amanecer, Caeno consideró que se hallaban ya lo suficientemente lejos y seguros como para tomarse un merecido descanso, eso sí, fuera del camino y de la vista de viajeros indeseables.

A mediodía llegaron a un cruce de caminos. Tras detenerse unos instantes, el carromato abandonó la vía principal para tomar el sendero que discurría por la derecha y que, en permanente ascensión, se internaba en una áspera sierra revestida por un casi impenetrable bosque de coníferas. El cielo estaba anubarrado, y la fría y húmeda atmósfera saturada del penetrante aroma de la fronda.

Al rato de transitar bajo una perenne y sombría bóveda formada por las enlazadas copas de los añosos pinos, la floresta permitió a los viajeros atisbar las yermas cimas de la sierra y contemplar, firmemente asentado sobre una arriscada atalaya que dominaba todo el lugar, un impresionante y recio poblado que en su lado oriental, donde el desnivel era menos acusado, presentaba una zona amurallada que alternaba con escarpes rocosos, mientras que por su lado oeste no disponía de estructura defensiva alguna, ya que, el propio relieve del terreno, con abruptos barrancos y muy empinadas laderas, actuaba como una protección natural.

La muralla tenía aspecto de ser muy antigua y estaba construida con lajas de pizarra de gran tamaño, de formas irregulares, colocadas horizontalmente unas sobre otras y unidas con barro en su cara interior, lo que daba a la fortaleza un color negro verdaderamente tenebroso y amenazador. Eso, y lo elevado de su posición, hacían que el poblado fuera visible a gran distancia.

—Allí es donde a Tántalo le gusta descansar cuando regresa de sus incursiones —anunció Caeno—. Es el poblado de Tritius, un buen amigo. Quizás él sepa algo de los nuestros, aunque lo dudo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque si a Tritios le hubieran llegado noticias de algún suceso o desastre sufridos por los nuestros, nos habría mandado aviso de inmediato.

—Entonces, ¿para qué vamos a visitarle?

—Primero, porque Tritius es un hombre muy mayor…, y podría haber muerto, en cuyo caso, nadie se habría ocupado de transmitir la hipotética información sobre Tántalo, lo cual…

—¿Y segundo? —le interrumpió Reburrus, que ya había

entendido el primer motivo y no necesitaba más explicaciones.

—Segundo, porque, no sé si te has dado cuenta, pero no tenemos apenas qué comer…, y, además, me pone muy nervioso viajar desarmado. Tritius nos proveerá de todo lo necesario para continuar nuestro camino.

—Si vive.

—Eso es lo que vamos a averiguar muy pronto.

Mientras se iban aproximando, Reburrus no apartaba su mirada del inexpugnable emplazamiento. Lo contemplaba embobado. Nunca había visto nada tan imponente. Semejaba un enorme nido de águila colgado sobre una enorme pared de roca. ¿Quién podría vivir allí arriba, tan cerca del cielo?, se preguntaba. Sin duda hombres extraordinarios, quizás semidioses.

—Impresiona, ¿verdad?

—Allí arriba deben de sentirse muy seguros —señaló el muchacho, atrapada su mirada en aquella construcción, obra, a su entender, de titanes.

—Es un poblado muy antiguo. Todavía quedan algunos así —le explicó Caeno—. A nuestros antepasados les gustaba, sobre todo, ver y ser vistos, por eso buscaban los lugares más elevados y abruptos para erigir sus pablados, lugares que ya de por sí eran prácticamente inaccesibles.

—Ahora, las cosas han cambiado —dijo Reburrus pensando en su propio poblado.

—Sí, hace tiempo que la visibilidad no es tan importante —confirmó el guerrero—. Los nuevos poblados también buscan las alturas, pero no están en lugares tan aislados.

—Pero, entonces, también seran más fáciles de atacar por sus enemigos.

—No creas, jovencito, porque cuanto más accesibles son, como los que se levantan a orillas de los ríos, más sólidas son sus murallas. ¿No te has fijado?

—Y qué ha hecho que los lusitanos desciendan de las cumbres y se asienten en los valles? —preguntó el chico, verdaderamente interesado en conocer el motivo de aquellos cambios tan drásticos e importantes.

—Ya te lo he dicho: porque no se puede vivir aislado. Fíjate en nosotros, en ti y en mí. Ahora piensa que tú eres el poblado de Tritius y yo el nuestro, el de Maelo —Reburrus le escuchaba sin apenas pestañear—. Hasta mí es fácil llegar, por eso viene gente de otros sitios y traen sus cosas y las intercambiamos. También mi tierra es más fértil, hay buenos pastos y muy pocas veces se pierden las cosechas, porque el clima es más benévolo. Y los que me visitan me cuentan historias y yo le cuento las mías, como ésta que te

acabo de relatar. En cambio, allí arriba, donde tú vives, es tan dificultoso llegar que muy pocos lo hacen. Y lo mismo al contrario, casi nadie sale de allí. La tierra no se deja apenas cultivar y el viento, el agua y el frío muchas veces se lleva todo el trabajo. ¿Qué pasa entonces?

—Que hace frío y que mis dientes siempre mastican lo mismo: carne y bellotas.

—De eso también tengo yo en el valle, y muchas más cosas —contestó Caeno—. ¿Qué más?

—Pues…, que estoy solo allí arriba…, y que nadie me cuenta lo que pasa en otros lugares.

—Un poco aburrido, ¿no? Ni siquiera hay contra quién luchar.

Al escuchar aquello, Reburrus dio un respingo y abrió unos ojos como platos.

—Eso sí que sería aburrido —reconoció y, tras unos momentos de silencio, añadió plenamente convencido—. Prefiero vivir en tu poblado.

—Ja, ja, ja… Yo también.

ooOOoo

Como había dicho Caeno, Tritius era un hombre ya entrado en años, enjuto de carnes y arrugado de piel, con el cabello cano y escaso, pero muy alborotado, y barbas de chivo. Era poco más de un palmo más alto que Reburrus y parecía que cualquier ventolera, aunque no fuera muy fuerte, se lo llevaría con ella.

—¡Ahí le tienes! ¡Ese es Tritius! —le anunció Caeno nada más verlo salir de su casa y acercarse sonriente hasta el lugar donde habían detenido el carromato, al lado de los establos—. No te fíes de su aspecto —le advirtió a continuación, adelantándose a cualquier comentario desdeñoso que pudiera ocurrírsele al muchacho—, parece un viejo carcamal, pero es puro nervio, y tozudo como un maldito cochino el día del sacrificio. De manera que cuidado con él, porque es capaz de vencerte a cualquier cosa que se te ocurra: a beber, a comer, correr, a pelear...

Cuando el viejo lusitano llegó hasta ellos, y Reburrus pudo observar sus vivarachos ojos y su perenne y desdentada sonrisa, estuvo completamente de acuerdo con Caeno: aquel hombrecillo irradiaba energía y ganas de vivir.

—¡Te conozco! —dijo Tritius dirigiéndose a Caeno—, pero mi memoria no es tan buena como para recordar tu nombre. Sé que cabalgas con Tántalo y eso basta para que seas bien recibido en mi poblado y en mi casa. Vamos, baja y cuéntame qué te trae por aquí.

Caeno descendió del carro y ambos guerreros se tomaron firme y afectuosamente por los antebrazos, sin que el anciano dejara de

hablar en ningún momento:

—Vaya, te han dejado cojo esos carpetanos de mierda —dijo al verle arrastrar su pierna izquierda.

—Sí, pero no fueron los carpetanos de mierda, sino los oretanos de mierda —precisó el recién llegado sin perder la sonrisa.

—Bueno, se puede vivir sin una pierna. Yo te cambiaba ahora mismo todos tus dientes por mi pierna buena. ¡No! —exclamó de inmediato con mirada pícara—. ¡Por mi pierna buena no, que esa me funciona cada vez mejor…! Al menos eso dice mi hembra —agregó soltando una larga carcajada—. Me refería a esta otra —continuó mientras se golpeaba fuertemente la pierna derecha con ambas manos.

Se disponía Caeno a desenganchar los caballos, cuando Tritius le tomó del brazo.

—Deja que el chico se ocupe de los animales, tú y yo vamos a echar un buen trago de cerveza, cada vez recibimos menos visitas y hay que aprovechar el tiempo —Caeno dirigió una mirada de circunstancias a Reburrus al tiempo que se encogía de hombros, como disculpándose por dejarle solo—. Esta vez, ni siquiera mi buen amigo Tántalo se ha dejado ver por aquí, con lo bien que…

—Pues a eso venía precisamente —le interrumpió Caeno—, a preguntarte si sabías algo de él, pero ya veo que…

—¿Qué quieres decir? —el gesto del viejo revelaba preocupación.

—Que vengo en su busca. No sabemos nada de él desde que partieron al final de la primavera para ajustarles las cuentas a aquellos carpetanos que mataron a su hijo.

—Sí, lo recuerdo —terció el jefe del clan, con el semblante muy serio—, una imponente banda, muy numerosa y aguerrida. Pasaron por aquí…, y bebimos hasta el amanecer.

—¿Qué crees que les haya podido ocurrir?

Acababan de entrar en la casa, que era de planta circular, la única de ese tipo que todavía sobrevivía en el poblado, reminiscencia de un ya lejano pasado. Pero a Tritius le gustaba, porque allí había nacido, y también su padre y su abuelo... La casa se parecía a su dueño: veterana, pero sólida y todavía en buen uso.

Era amplia, con un zócalo de piedra, recrecido en adobe, y techumbre inclinada, recubierta fundamentalmente de retama negra, y al parecer recién renovada, porque dentro de la vivienda se respiraba un dulce aroma como de miel.

En el centro de la choza, clavado en un agujero rodeado de piedras de mediano tamaño en toda su circunferencia, se elevaba una sólida viga central de madera sobre la que reposaba toda la cubierta.

Varias gallinas, que picoteaban incansables la tierra, y un par de cabras se hallaban encerradas en un corralito formado por un sencillo entramado de delgadas y flexibles ramas, situado a la izquierda de la entrada.

Un buen fuego alumbraba la estancia y añadía al ambiente un agradable olor a leña quemada. Todo estaba limpio y ordenado. Se notaba la mano de una mujer.

Cuando Reburrus entró en la cabaña encontró a los dos amigos sentados en sendos taburetes, bebiendo de dos toscos cuencos de barro. En un plato de igual material colocado sobre la vieja mesa de troncos que compartían, sobrevivían unas pocas bellotas tostadas que presentaban muy buen aspecto.

—Ya está aquí el muchacho —exclamó Tritius al verlo aparecer, y dirigiéndose a la mujer que, acuclillada, trasteaba cerca del hogar, añadió—. Tráele agua. Y asa más bellotas, que seguro que viene hambriento.

La bonita joven, que por su edad debía ser su hija, no tardó en cumplir lo mandado, tras lo cual, dejando insinuar las arqueadas líneas de su cuerpo bajo el blanco sayo, regresó a sus quehaceres, seguida de la embelesada mirada de Reburrus.

—¿Qué te parece la moza? —preguntó sonriente el viejo guerrero, apoyando los antebrazos sobre la mesa y volviendo hacia el joven lusitano su barba cana y deshilachada.

Lo cierto es que la hembra merecía la atención que Reburrus le prestaba. Tenía ojos claros, cabello negro, hermoso y abundante, y su cuerpo, aunque con muy buenas carnes, no adolecía de un airoso talle.

—Que…, tiene una hija muy guapa —balbuceó el muchacho, ruborizándose.

Al oír la respuesta, Tritius soltó una gran risotada, mostrando sin recato alguno sus casi desdentadas encías.

—¡No es su hija! —soltó un sonriente Caeno, y de inmediato se dispuso a contarle al muchacho el porqué de la presencia de aquella joven—. Hace unas tres o cuatro temporadas, no recuerdo bien...

—Tres, amigo, tres —puntualizó el viejo con gesto satisfecho.

—Bien, pues hace tres temporadas —continuó el guerrero—, nuestro amigo aquí presente se encaprichó de una de las jóvenes que traíamos de rehenes, una…, ¿túrdula? —Caeno miró a Tritius y éste asintió rápidamente—, y consiguió que Tántalo se la cediera. ¡Y por Teutates que la hembra estaba de buen ver! —en ese momento, miró fijamente a Reburrus, mientras con un leve movimiento de cabeza señalaba a la mujer—. ¿No te parece?

Y mientras la muchacha, ajena completamente a cuanto se hablaba de ella, se afanaba en la cocina, la conversación entre los

dos adultos prosiguió en el mismo ambiente de alegría, cordialidad y confianza.

Reburrus estaba sorprendido por cuanto había visto y escuchado desde su llegada, pero pensaba que las cosas allí no debían de ser siempre tan divertidas como pretendía el viejo jefe. Seguro que con la llegada de la lluvia y del frío aquel lugar debía de ser tristísimo. Y con la franqueza con que los niños y adolescentes dicen las cosas que piensan o sienten, así lo dijo.

—¡Entonces es cuando llega lo mejor, chaval! —replicó Tritius con los ojos brillándole de emoción—. Cuando el frío aprieta y el cielo empieza a amarronarse, los amigos nos reunimos aquí mismo, en torno al fuego, cada cual con su avío y sus historias. Gente ruda, pero sana de cuerpo y de alma. Aparte —añadió con gesto pícaro— de que no existe nada mejor para pasar un día de lluvia o combatir el frío que una hembra joven y briosa. ¡Por los dioses que no se pasa mal!

Por no ofender al bueno de Tritius, que insistió en ello, accedieron a pernoctar en su casa, lo que hicieron sobre sendos camastros de paja que la mujer dispuso muy diligentemente a la entrada de la vivienda, al otro lado del gallinero.

Caeno cayó muy pronto rendido y durmió a pierna suelta, a pesar del continuo traqueteo procedente del catre de Tritius, situado al fondo de la estancia, contiguo al hogar, que acompañó al principio de la noche su descanso. El animoso jefe de clan tenía sus costumbres muy enraizadas y para él fornicar con su mujer formaba parte de su vida cotidiana y lo practicaba cuando le apetecía, sin pudor ni mojigatería.

Por el contrario, Reburrus tardó mucho en conciliar el sueño. La culpa la tuvo, además de la sonora cachondez de sus anfitriones, la incitante conversación que se mantuvo durante la cena, que había descubierto en él un nuevo e impaciente ansia y le tenía revuelto el espíritu.

Todo vino por las miradas cargadas de anhelo que Reburrus, de forma instintiva, dirigía de cuando en cuando a la túrdula, que no pasaron desapercibidas al viejo guerrero.

—No te avergüences chaval, y mírala cuanto quieras —le alentó Tritius, sin pizca de resquemor—, que a mí no me molesta. Yo, en tu lugar, haría lo mismo. Ja, ja, ja.

Reburrus, perplejo y confundido, no sabía dónde poner la vista.

—Escucha Reburrus —prosiguió el jefe del clan con semblante divertido—. Yo soy ya caballo viejo y, a pesar de haber pasado aquí, casi aislado, toda mi vida, he visto y oído muchas cosas, y he conocido costumbres que ni te imaginas.

El muchacho era todo oídos.

—Si hubieras nacido antes —continuaba Tritius—, y ésta, en lugar de ser mi casa, fuera la de mi antepasado que la construyó, quizás esta noche, en lugar de dormir solo, podrías pasarla jugando a verracos y lechonas…, con mi hembra.

A Reburrus se le salían los ojos de las órbitas.

—Hubo un tiempo —prosiguió— en el que las mujeres eran quienes dirigían los clanes. Los hombres siempre han sido más fuertes, pero ellas mandaban entonces, porque su poder provenía de la mismísima Madre Tierra, de la que eran representantes y, por ello, también las encargadas de cumplir con la más trascendental de las misiones que un mortal pudiera acometer: dar la vida a otro ser. Esa función reproductora, tan necesaria para la supervivencia de los pueblos, las investía de cierta divinidad y las convertía en el valor más importante a proteger.

Reburrus nunca había contemplado a las mujeres desde esa perspectiva.

—Pero en algunos lugares —el brillo en los ojos de Tritius traslucía que ahora llegaba la mejor parte de la historia— las hembras eran escasas y, antiguamente, no era raro que las pocas que había convivieran con varios hombres, o que… "acogieran" a los huéspedes de su casa, como la tierra cobija la semilla sin mirar quién la planta.

—¿Acoger? —preguntó Reburrus, sin entender muy bien a qué se refería el viejo.

—Fornicar, chaval, fornicar si el invitado lo desea —y enseguida aclaró—. Se trataba de preñarlas para asegurar la progenie, la vida del clan.

—¡Joder…!

—Eso mismo, muchacho. Ja, ja, ja —el viejo tornó a reír hasta el extremo de verse obligado a limpiarse los lagrimales con el dorso de las manos.

—Y…, ahora, ¿ya no es así?

—Ya no, bribón —repuso Tritius entre la risa y el llanto—. Eso se acabó. Ahora la hospitalidad que la tradición exige prestar a los amigos o a los huéspedes…, no obliga a entregar a la hembra para que se la follen.

—¿Ni aunque los dos lo pidan? —la nueva cuestión volvió a provocar las carcajadas de los dos adultos.

—Ni aunque los dos lo pidan. En esta casa manda ahora el macho y ésta folla cuando yo lo digo.

—Así uno sabe siempre de quién son los hijos que pare —puntualizó Caeno.

—Y no hay que esperar un año a que la hembra esté en celo, como les pasa a los pobres ciervos. Ja, ja, ja.

—Y, ellas, ¿se conforman? —preguntó Reburrus, que pensaba, con razón, que aquello era perder mucho poder para que las mujeres lo aceptaran así como así.

—Unas tardan más y otras menos, pero al final todas ceden —afirmó Tritius—. ¿Tú sabes cómo el hombre ha llegado a someter al toro y a obligarlo a tirar del carro? ¿Lo sabes? —el muchacho negó con la cabeza, mientras ponía toda su atención en la respuesta del viejo—. Pues castrándolo cuando es muy pequeño. Convirtiéndolo en buey. Si el hombre puede domar al toro, ¿no va a poder con la mujer?

ooOOoo

Conocer al viejo Tritius le pareció a Reburrus algo extraordinario. Lo había pasado muy bien escuchando sus historias, que eran para él como puertas abiertas a otro mundo, un mundo duro en el que sólo compartiendo dificultades y esfuerzos se podía sobrevivir. Un mundo, por otra parte, muy parecido a aquel en el que él mismo había vivido hasta entonces, durante su infancia y pubertad, cuando los amigos lo son todo y no hay nada que uno no esté dispuesto a hacer por ellos.

Visto desde sus ojos de adolescente, aquella vida que el animoso guerrero dibujaba y en la que de alguna manera aún vivía —ahora estaba pensando en aquel nido de águila donde moraba y en la vetusta casa que se empeñaba en seguir habitando—, le atraía sobremanera. Tritius le parecía la persona más libre y dichosa que había conocido, tanto como lo eran los animales del bosque y los pájaros del cielo, y tan despreocupado por el mañana como ellos.

Tenía aquel hombre una manera de ir por la vida que, sin pretenderlo, despertaba el cariño de cuantos le trataban.

—¡Ese es Tritius! Un hombre sencillo e indómito, feliz en su apartada e inexpugnable atalaya —repuso Caeno, después de que el muchacho le hiciera partícipe de sus pensamientos—. Pero él también ha cambiado, menos que otros, pero lo ha hecho. Los hombres cambian, Reburrus, mudan su piel como las serpientes, y renuevan sus costumbres. Tú ahora no tienes casi nada tuyo, y no te importa darlo a los amigos. Son tan pocas cosas…, y de tan escaso valor que no temes por ellas. Pero espera a tener caballo, espada, casa, compañera... Cuanto más cosas tengas más las apreciarás y menos querrás que te las toquen. Algunas no se las dejarás ni a tu mejor amigo —hizo una pequeña pausa y añadió—. Espera, y crece, ya verás como a ti también te pasa.

Reburrus no estaba seguro de si para los hombres la vida de antes era mejor que la de ahora, pero de lo que no tenía duda era que para las mujeres había empeorado.

—También tienen sus ventajas —le indicó Caeno, que tenía respuesta para todo—. Viven más tranquilas.

—Sí, pero no cazan, no cabalgan…

—No guerrean, no sufren heridas…

—No van al paraíso de los guerreros… —y, entonces, calló meditabundo un instante.

—Algunas sí —le interrumpió Caeno—. Recuerda que también hay guerreras.

—Sí, pero muy pocas. Yo sería una de ellas si hubiera nacido mujer, porque eso de trabajar los campos, limpiar, cocinar… —añadió, al tiempo que su rostro componía un gesto de disgusto.

—Pues antes los hombres labraban, sembraban, recolectaban y pastoreaban igual que las mujeres.

—Pues, entonces, me alegro de haber nacido hombre…, y ahora —insistió.

Tritius, además de con sus recuerdos y sapiencia, les había obsequiado con armas y otros pertrechos, como sendos mantos de buena lana de oveja y comida. Y no contento con eso, aún les había prestado un último servicio, el más importante:

—No dejéis de visitar a mi hermano Arquius, si es que aún vive. Como bien sabes, el camino que sigues muere en un vado que, cuando el gran río baja pobre de agua, permite cruzarlo a caballo —le dijo a Caeno, mientras éste asentía con la cabeza—. Antes de llegar hasta allí, habrás de atravesar otro río más pequeño que llaman de Las Lobas, que hace de frontera natural con los vetones. ¿Conoces aquello?

—¿Es una zona de dehesas y muy abundante en agua? —preguntó el joven guerrero.

—Creo recordar que sí —repuso el viejo achicando los ojillos, y prosiguió—. No tienes más que remontar su curso y enseguida hallarás el poblado en el que se estableció mi hermano. Ocupa una loma que domina una pequeña llanura.

—Si sigue allí, lo encontraré.

—Ese río de Las Lobas muere en el gran Tagus, pero antes hace una gran curva desde la que se ve el poblado —precisó—. No te equivoques de sitio, porque por allí lusitanos y vetones andan juntos… y revueltos, y nunca sabe uno muy bien con quien está hablando. Busca a Arquius, de él podrás fiarte.

ooOOoo

Aún tardaron Caeno y Reburrus más de una jornada en alcanzar el poblado que buscaban. El viaje que con Tántalo duraba poco más de un día, incluyendo la pernocta en la fortaleza de Tritius, a ellos les había costado casi cuatro, y eso que el tiempo había

acompañado, porque si hubieran tenido que hacerlo con lluvia o más frío, por caminos embarrados…

Caía la tarde cuando detuvieron el carromato ante los portones de aquel pequeño enclave apenas fortificado, situado sobre un suave resalte del terreno a cuyos pies corría el río de las Lobas mencionado por Tritius.

Puesto en pie sobre el pescante, Caeno oteó durante un rato el horizonte. Hacia el este, al otro lado del cauce, ya en territorio vetón, se vislumbraba, en medio de un paisaje verde de encinas y coscojas, otro asentamiento de similares características y dimensiones que el lusitano.

—Sí que viven juntos unos de otros —dijo como hablando consigo mismo, recordando las palabras del viejo guerrero.

Como su hermano mayor había temido, Arquius había pasado ya a mejor vida y era su hijo el que ocupaba ahora su casa, en la que los recién llegados fueron tan bien recibidos como en el viejo nido de águilas del carismático jefe.

Tras escuchar el motivo del viaje, Camalus, el único descendiente de Arquius, torció el gesto.

—Algo hemos oído —dijo—, pero son sólo rumores. Si alguien de por aquí sabe con certeza lo que les ocurrió, no lo dice.

—¿Por qué? ¿A qué temen?—ahora era Caeno quien mostraba en el tono de voz su extrañeza y desagrado.

—Desde hace tiempo, en estas tierras fronterizas habitamos lusitanos y vetones, juntos y en paz. Vivimos de lo que le arrancamos a la tierra y de lo que nos da el ganado, de lo que cazamos y pescamos, y del pequeño comercio que mantenemos. Muchas vetonas viven aquí con sus hombres lusitanos, y muchas lusitanas han cruzado el río para vivir con los vetones. Ya no somos lusitanos o vetones, somos ambas cosas...

—Eso ya lo sé, el hermano de tu padre me habló de ello. Pero sigo sin entender…

—Enseguida lo comprenderás. Escucha. Parece ser que hace unas lunas, al comienzo del estío, ese jefe lusitano al que andas buscando, al frente de una nutrida hueste de guerreros, atacó un poblado carpetano a orillas del Tagus, no muy lejos de…

—Conozco el poblado —le interrumpió Caeno, ansioso por conocer, por fin, el destino de sus amigos.

—Y fue derrotado —concluyó sin más.

—¿Derrotado? ¿Cómo es posible? —Caeno sentía como si, de repente, una pesada losa le oprimiera el pecho y le impidiera respirar. Levantó la cabeza y buscó los ojos de su interlocutor en busca de una explicación.

—Eso es lo que se cuenta —repuso escuetamente Camalus,

llevando la desolación al espíritu del joven guerrero.

A pesar de haber previsto esa posibilidad, Caeno no estaba, como creía, preparado para encajar ese cruel golpe de la fortuna. Todos sus amigos cabalgaban con Tántalo.

—Conocía el lugar y le acompañaban los mejores… —añadió Caeno, casi en un susurro, poniendo palabras a su desconcierto.

—Pero lo que no sabía era que…, le estaban esperando —reveló ahora Camalus, para continuar sin pausa con su narración—. Y ahora viene el porqué de nuestra precaución, el motivo de que en este lugar nadie quiera hablar de ello: según parece, Tántalo no se enfrentó sólo a los carpetanos. Parece ser que hubo vetones que lucharon a su lado. No vetones de aquí, claro, sino del norte, de las altas montañas del norte —y enseguida prosiguió—. Por eso todos callan.

Caeno asintió en silencio. Ahora entendía tanto hermetismo.

—¿Vetones? —preguntó con el asombro reflejado en su rostro—. Tántalo nunca atacó sus poblados. ¿Por qué vienen de tan lejos y ayudan a los carpetanos?

—Es todo lo que sé —repuso Camalus en un suspiro, al tiempo que se encogía de hombros—. Pero una cosa te digo, Caeno —ahora su voz sonaba firme y excitada—, y es muy importante que no lo olvides: a nuestros vecinos vetones les apena lo ocurrido tanto como a nosotros, porque nos aprecian y no hay ninguno que no tenga parientes entre nosotros. Pero, al fin y al cabo son vetones, y temen vuestra venganza. Es por eso que no quieren hablar de ello, ni que se sepan más detalles.

Mientras angustiosos pensamientos envolvían la mente de Caeno, Reburrus luchaba por contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. De repente se enfrentaba a la muerte de su amado y admirado padre y no sabía cómo defenderse.

—Pero nada es seguro, son tan sólo rumores… —aclaró el hijo de Arquius tratando de suavizar en algo la dura noticia.

La compañera de Camalus, que se hallaba agachada a unos pasos de ellos, preparando junto al fuego un puchero de comida, viendo el hondo sufrimiento del muchacho, que finalmente no había podido resistirse al llanto, se incorporó e interrogó a Caeno con la mirada.

—Su padre cabalgaba con Tántalo —reveló el interpelado con la voz rota por la rabia y el dolor.

Entonces, la mujer se acercó a Reburrus, sentado a la mesa junto a los dos hombres, le alzó el rostro, le retiró el cabello de los ojos y, tras mirarle con suma dulzura, le estrechó cariñosamente contra su regazo

—Siempre es posible que alguno sobreviviera a la batalla —le dijo a modo de consuelo, mientras le mantenía abrazado,

acariciándole el revuelto cabello, hasta que dejó de llorar.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Camalus pasado un rato.

—Seguir. ¿Verdad, Reburrus? —el muchacho le miró con sus inflamados y enrojecidos ojos y asintió con la cabeza—. Tenemos que asegurarnos...

—Entonces, Caeno —habló de nuevo el sobrino del viejo Tritius —. ¡Por los dioses te lo pido! Si fuese verdad cuanto te he contado, haz todo lo posible por evitar que vuestra venganza, que estoy seguro se producirá —Caeno le escuchaba sin pestañear, confirmando con su silencio los temores del dueño de la casa—, alcance estas tierras y caiga sobre nuestros vecinos.

—Así lo explicaré —repuso escuetamente su huésped y, enseguida, dando a entender que los recelos de Camalus y de sus amigos vetones eran lo que menos le importaba en esos momentos, cambió de asunto—. De momento, vadearemos el Tagus y llegaremos hasta el maldito poblado carpetano al que se dirigió Tántalo. Allí averiguaremos verdaderamente lo que pasó. Después…, ya veremos.

—No son buenos tiempos para que los lusitanos visiten aquellas tierras —advirtió Camalus.

—No, ni ahora ni nunca los de nuestro pueblo hemos sido allí bien recibidos. Pero ya he pensado en eso —repuso Caeno, y añadió con un fulgor de malicia en sus ojos—. En Carpetania no seremos lusitanos, nos haremos pasar por túrdulos del Oeste que vamos a visitar a nuestros parientes del Sur.

—Tendréis problemas para entenderos.

—Yo, muchísimos, tienes razón, porque no comprendo una palabra de la lengua que hablan vetones y carpetanos, pero el chico conoce bien ambas. Alguien se preocupó de enseñarle. ¿Verdad, Reburrus?

—Mi padre —repuso escuetamente el muchacho con renovado orgullo.

El puchero bullía alegre sobre el fogón colmando la estancia de sabrosos aromas y llevando algo de tibieza a los apesadumbrados espíritus de los dos viajeros.

ooOOoo

A la mañana siguiente, Caeno y Reburrus retomaron el camino que conducía al maldito poblado carpetano donde buena parte de la élite guerrera de un rincón de Lusitania se había topado con la muerte.

De los cuatro caballos que habían robado a los bandidos, conservaban tan sólo uno, una bonita yegua alazana que llevaban amarrada a la trasera del carromato, del que ahora tiraban dos

robustos caballos. Aquellos animales, acostumbrados a ese tipo de trabajos, se los había facilitado Camalus, después de que Reburrus se negara tajantemente a que sus compañeros de viaje fueran toros castrados.

El viaje transcurría tranquilo y callado, tanto por la ausencia de contratiempos como por el decaído ánimo de ambos carreteros, todo ello envuelto en un paisaje que el recién llegado otoño empezaba a transformar.

Hicieron noche a orillas de un río, todavía en territorio vetón, se alimentaron copiosamente con el suculento guiso que les había preparado la mujer de Camalus y durmieron regular, por lo que a la mañana siguiente tampoco levantaron el campamento muy temprano.

No tenían prisa, parecía como si quisieran dar tiempo a que sus mentes asimilaran la cruel realidad que, muy probablemente, les esperaba más adelante.

Pero los dioses quisieron que se tropezasen con ella antes de lo que pensaban.

ooOOoo

Apenas habían traspasado sus huéspedes el umbral de la casa, cuando la mujer de Camalus se acercó a él y durante un rato, hasta que cruzaron los portones del poblado, ambos contemplaron su marcha desde el pequeño porche.

—¿Qué te parece que hagamos? —le preguntó ella con gesto preocupado—. Muy pronto, en un par de jornadas a lo sumo, Caeno se enterará de lo ocurrido a Tántalo y a sus guerreros y, si es verdad lo que se viene diciendo, cuando vuelvan a pasar por aquí será para arrasar todos los poblados vetones que se encuentren en su camino a Carpetania. ¡Todos! —recalcó, clavando en él su mirada.

—Tal vez no —apuntó el hombre sin apartar sus ojos del lugar por donde el carromato acababa de desaparecer—, quizás pasen de largo y vayan directamente contra los carpetanos —su tono de voz no era el de alguien muy seguro de lo que decía. Tras unos momentos de silencio, dio media vuelta y entró en la casa.

Cuando la mujer se reunió de nuevo con él, le halló de pie, ante el fogón, con las manos enlazadas a la espalda y observando ensimismado el hipnótico bailoteo de las llamas.

—O tal vez sí, y los maten a todos —insistió ella con firmeza—. Tenemos que avisarlos, Camalus. Mi hermana Camira vive allí.

—Pero si les informamos, los vetones abandonarán sus poblados y cuando lleguen los lusitanos deducirán que alguien les ha advertido, y Caeno sabrá que hemos sido nosotros —adujo sin cambiar de postura—. Nadie más podría haberlo hecho.

—¿Y qué si lo saben? —la mujer no estaba dispuesta a dejar que la vida de sus familiares y amigos que vivían al otro lado del río corriera semejante peligro—. ¿Qué van a hacer, vengarse en ti y en mí? ¡Valientes guerreros serían…!

Durante unos instantes tan sólo se escuchó el crepitar de la leña en el hogar.

—Los recuerdos que yo guardo de los guerreros lusitanos —continuó la mujer— son de hombres bravos y osados…, y despiadados cuando se enfrentan a sus enemigos, pero…

—Eso es también lo que yo creo, mujer —intervino bruscamente Camalus—. Por eso no me parece necesario que avisemos a nuestros amigos. Los nuestros buscarán a quienes quitaron la vida a Tántalo y a los suyos, y no a campesinos que no pueden defenderse, por muy vetones que sean. No hay nada honorable en eso.

—… Pero —continuó ella en el mismo donde en que fue interrumpida— la venganza ciega a los hombres y los convierte en animales salvajes e impredecibles.

Era mucho el tiempo que llevaban viviendo en aquella parte de la frontera, compartiendo con los vetones penurias y alegrías, intercambiando con ellos mercancías y conocimientos y prestándose ayuda cuando era necesario. Habían bebido y cantado juntos, y visto nacer y crecer a sus hijos..., y mezclando sus sangres.

La mente de Camalus proyectaba ahora sobre las llamas, con total nitidez, las caras de sus mejores amigos vetones.

—¡Tienes razón! —dijo de pronto, al tiempo que se volvía para encararse con la mujer—. Les avisaremos. A todos. ¡Y que los dioses nos juzguen!

Camira, la hermana de la compañera de Camalus, era una mujer de mediana edad, que hacía muy poco tiempo había perdido a su hombre de una fortísima calentura causada por la infección de una herida de hacha.

Después de trasegar una buena cantidad de cerveza, se hallaba el hombre junto con varios amigos dilucidando quién cortaba los troncos con mayor rapidez cuando sobrevino el accidente, en forma de profundo corte, casi amputación, en la parte anterior de su pie izquierdo.

Fue la suya una muerte lenta y horrible, y desquiciante, en medio de grandes sufrimientos y de una pestilencia insoportable proveniente de las amarillentas secreciones que supuraba la putrefacta herida.

De modo que cuando su hermana la avisó del riesgo que su familia correría si seguían allí, no se lo pensó mucho. Tomó a sus hijos, de ocho y seis años, y al anciano padre del que fue su compañero, el cual, desde la muerte de éste había perdido las ganas

de vivir y se pasaba los días quejoso y cabizbajo, metió sus pocas cosas en una carreta y se puso en marcha hacia el norte, en busca de aquel famoso bosque sagrado que su anciano pariente tantas veces evocaba y al que el pobre ansiaba regresar antes de morir.

Después, irían hasta el poblado de sus antepasados, de donde el viejo procedía, y, más adelante, cuando ella recobrara el ánimo y hubiera pasado el peligro de la venganza lusitana, quizás volverían.

Marchar lejos, dejar atrás aquel olor a muerte que había impregnado cada rincón de su alma y de la casa en la que habían vivido, era, pensaba ella, la mejor manera de superar tan duro trance.

Su hermana, cómo no, la había ofrecido cruzar el río e instalarse nuevamente en sus tierras de origen, a salvo de las represalias lusitanas, pero aquello no hubiera servido para sosegar su alma. Todo en aquel lugar le recordaría continuamente a su hombre y su trágico final.

Debía, pues, buscar otros caminos, otras gentes…, quizás otros dioses menos crueles, y tratar de olvidar.

ooOOoo

Aquello no podía decirse que fuera un poblado.

Lo que los ojos de los dos lusitanos contemplaban eran tan sólo unas pocas viviendas rodeadas de una humilde empalizada que, además, parecía haberse venido abajo recientemente en varios de sus tramos, ya que aún podían verse algunas estacas tiradas junto a los pequeños muros de piedra que se habían levantado para rematar el cerramiento. Una sencilla y achaparrada torreta de madera que se alzaba en uno de sus laterales completaba el desolador cuadro.

Su visión provocaba una intensa sensación de abandono.

El sol se acercaba a su cenit cuando los cinco chiquillos que correteaban por el prado que circundaba la aldehuela carpetana cesaron en sus carreras y disputas y se quedaron mirando el carromato que se aproximaba por el noroeste.

Sus edades eran dispares y, bajo las órdenes del mayor de ellos, un chico delgado que no tendría más de doce o trece años, jugaban a luchar, usando palos a modo de espadas y lanzas.

Caeno detuvo los caballos a unos treinta pasos de ellos y les saludó con la mano, pero ellos no respondieron.

—Vamos, Reburrus —le animó—, ve con ellos, a ver si averiguas algo. Los niños suelen ser muy indiscretos.

De un salto, sin hacérselo repetir, el joven lusitano bajó del carro y se acercó a los chicos.

—¿A qué jugáis?

—A la guerra —repuso con mucho énfasis el jefe de la pandilla,

que era casi de su misma altura, aunque menos robusto.

—¿Me dejáis jugar con vosotros?

—No puedes, no tienes armas —le contestó con cierto menosprecio.

Los otros jovenzuelos presenciaban en silencio el pulso de miradas entre su amigo y el recién llegado.

—¡Pero tengo caballo! —exclamó Reburrus de repente, tras un momento de indecisión. Y dando media vuelta, desató al animal que llevaban amarrado a la rabera del carromato y, ante el asombro del grupo, lo llevó hasta donde se encontraban.

—¿Es tuyo? —el presuntuoso jefecillo no salía de su asombro.

—Pues claro.

—¿Me dejas montarlo? —preguntó con la excitación reflejada en sus ojos—. Yo te dejo mi espada…, y serás…, Ramaro, el carpetano.

—¿Ramaro?

—Sí, el jefe de los carpetanos del norte, "el guerrero del rostro rasgado" —dijo en tono solemne, y enseguida añadió, señalando a uno de sus amigos—. Él es Redukeno, el jefe de los vetones y aquel es Tanginus, el de los arévacos. Los otros dos —añadió en tono casi despectivo— son los lusitanos.

—¿Lusitanos? —preguntó Reburrus con el corazón acelerado.

—Sí, siempre que jugamos a esto nos toca a nosotros hacer de lusitanos —repuso apresuradamente y con cara de resignación uno de los señalados, manifestando así su descontento—. Como somos los más pequeños…

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó entonces Reburrus, dirigiéndose al mandamás del grupo.

—¡Yo soy el hermano de mi padre! —contestó el chico con orgullo, alzando su "espada" al cielo—. ¡El que mató a Tántalo, el jefe de los bandidos!

Al oír aquello, el rostro de Reburrus se tornó pálido y un ramalazo de furia crispó sus puños. Pero enseguida se recompuso.

—Un gran jefe como tú no puede ir a la guerra sin su "espada" —apuntó perversamente el joven lusitano—. Venga, tú sube al caballo. Yo haré de…, bandido lusitano y uno de éstos —añadió indicando con la cabeza a los dos pequeñajos— será ese carpetano que has dicho.

—Me lo pido —se apresuró a decir uno de ellos, el más bajito, al tiempo que le hacía entrega de su palo y cambiaba inmediatamente de bando—. Yo hacía del otro bandido, del que hablaba nuestra lengua —aclaró jovialmente.

A Reburrus le dio un vuelco el corazón y sintió un agudo dolor en medio del pecho. Fue tan sólo una punzada, pero le hizo encogerse ligeramente y cerrar los ojos.

—¿Del que…, hablaba… vuestra lengua? —balbuceó con angustia, tensando al máximo todos sus músculos.

—Sí, uno muy feo, con una gran cicatriz en la cara.

Reburrus bajó la cabeza y miró al suelo, para que aquellos malditos no vieran su sufrimiento ni el odio que sentía.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada, algo que me ha entrado en los ojos —repuso una vez que el furor se lo permitió—. Venga, juguemos —les instó con determinación, entrecerrando los ojos—, yo seré el lusitano de la cicatriz —y entonces, en el rincón más apartado de su mente, le pareció vislumbrar el rostro de su padre asintiendo satisfecho.

La "guerra" no se prolongó mucho. Los lusitanos fueron vencidos y apresados, y el jefe de los lusitanos conducido al altar del sacrificio donde simularon atarlo y trocearlo salvajemente.

—¡Muere, maldito lusitano! —exclamó finalmente el descuartizador, mientras "Tántalo" apretaba los dientes para no gritar, escenificando su postrero valor.

Una vez hubo concluido el suplicio, el jefe lusitano resucitó y se transformó en otro bandido, al que el propio Reburrus, siguiendo las indicaciones del ufano jinete, mató con una "espada" que éste le entregó, para, a continuación, caer inmediatamente asaeteado y alanceado por el resto del grupo cuando, de forma suicida, cargaba contra ellos al grito de "Endovélicoooo".

El muchacho carpetano se sentía eufórico a lomos del hermoso caballo, celebrando a voz en grito la victoria, secundado por sus secuaces. Había disfrutado como nunca de la representación. Estaba tan contento y tan locuaz que le resultó a Reburrus muy sencillo averiguar todos los detalles sobre lo sucedido aquella mañana, a principios del último estío, durante la gran batalla librada a las puertas del poblado carpetano asentado a orillas del gran río Tagus, incluido, por supuesto, el porqué de la presencia allí de arévacos y vetones.

Finalmente, los muchachos le mostraron el lugar donde, amontonados, reposaban los mondados huesos de los lusitanos inmolados.

Allí se encontraban cuando hasta ellos llegó la voz de Caeno.

—Mi amigo pregunta si por aquí hay buena caza —tradujo Reburrus.

—Conejos, perdices, palomas…, nunca faltan —repuso el jefe de la pandilla—, y por esos bosques de allí —añadió señalando con su mano la masa de pinos y encinas que poblaba los montes que se elevaban tras la aldea— hay gamos, corzos, ciervos, jabalíes… Una vez abatí un cervato que se había quedado atrapado entre unas zarzas. Fue genial —añadió orgulloso al rememorar su mayor

proeza como cazador—. Pero hay que tener cuidado, porque por ahí también hay lobos y osos —agregó en tono solemne.

—¿Osos? ¿Hay osos por aquí? —inquirió, al tiempo que mostraba un cordel que colgaba de su cuello con un gran diente de ese animal—. Mirar, es el colmillo de un oso —y ante el asombro de los chicos, realzó el porte—. Lo cacé yo —mintió—. Yo solo.

—¿Tú solo?

—Yo solo —mantuvo con rotundidad.

—¡Cómo me gustaría tener uno de esos colmillos! —suspiró el chico mayor, embelesado con el trozo de hueso.

—¡Bah! —repuso el joven lusitano dándose importancia—. Cuando se sabe cómo hacerlo, es fácil.

—¡Oh! ¿Querrías enseñarme? —suplicó con los ojos desorbitados por la expectación.

Reburrus sonrió con fanfarronería, midiéndole con la mirada, como si estuviera evaluando si daba la talla para participar en tan arriesgada misión. Pasados unos instantes, se acercó a él, le pasó el brazo por encima de los hombros y, cuchicheando, ambos se encaminaron hacia la aldea, seguidos de cerca por los otros.

ooOOoo

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó Caeno cuando regresó al carromato—. ¿Has averiguado algo?

—Por esos montes de ahí detrás hay buena caza: gamos, ciervos, jabalíes…

—Ya. ¿Y de lo otro?

—De lo otro, no, nada todavía —repuso el chico tranquilamente sin mirarle a la cara—. ¡Tengo un hambre…! ¿Qué hay de comer?

—Lo de siempre: bellotas, castañas, cecina... —y agregó—. Se nos ha terminado la carne fresca. Luego iré a dar una vuelta por allí arriba, a ver si cazo algo.

El muchacho no pidió acompañarle, entre otras cosas porque sabía que Caeno no lo consentiría. Desde que sufrieran el ataque de los bandidos en los bosques lusitanos, su amigo se había vuelto muy desconfiado y nunca dejaba el carromato solo, de modo que cuando iba de caza, lo que acostumbraba a hacer después de la parada para la comida del mediodía, a él le tocaba quedarse de vigilancia.

Pero esa vez Reburrus no se enfadó por ello, tenía un asunto muy importante que atender.

Cuando todo estuvo dispuesto y los dos lusitanos se disponían a echarle mano al triste condumio, vieron salir del poblado a un hombre y a un muchacho que se dirigían hacia ellos, portando el adulto algo en sus brazos.

Caeno y Reburrus se levantaron para recibirlos.

—Es el jefe del poblado, el hermano de mi padre —le dijo orgulloso a su nuevo amigo el joven carpetano—. Os traemos algo de comer, un guiso hecho con liebre y verduras que ha cocinado su mujer.

—¡Uhm, qué bien huele! —exclamó Reburrus esbozando una forzada sonrisa, al tiempo que, con descaro de niño, se asomaba al interior del colmado caldero que portaba el asesino de Tántalo.

Después, una vez que le hubo explicado a Caeno el motivo de la visita, se lo presentó a los carpetanos:

—Es mi hermano y no entiende vuestra lengua.

—¿De dónde venís? —preguntó el recio y velludo hombre.

—Somos túrdulos, túrdulos del oeste, de junto al gran mar —aclaró, aunque sin necesidad, ya que en aquel perdido rincón de Carpetania se ignoraba la existencia de tal pueblo y, por lo tanto, de que el mismo, desde tiempos lejanos, habitaba en dos territorios distintos de la península llamada Iberia, uno al oeste, a orillas del gran océano, y otro al sur, lindante con los prósperos y poderosos turdetanos—. Vamos a visitar a unos parientes del sur.

—Pues deseo que vuestro camino sea tranquilo —y mientras el joven lusitano se encogía de hombros, añadió—. Tomad, esto es para vosotros. Buena falta os hará.

Reburrus fue hasta el carro y regresó con un gran recipiente de barro rojizo, de dos asas, donde vertieron todo el estofado.

—Gracias —dijo el chico, traduciendo las palabras de Caeno—. Aún sobrará para mañana. Por cierto —añadió tras dirigir una rápida y subrepticia mirada al chico carpetano—, él irá luego a cazar a vuestros montes.

—Pues dile —repuso el jefe carpetano— que la mejor zona de caza es pasado este primer cerro de la derecha, en unos humedales que hay hacia el norte.

A continuación, los lusitanos se despidieron, no sin que antes el joven carpetano le dirigiera a su camarada un guiño de complicidad que pasó desapercibido a los adultos.

—Buena gente —afirmó el guerrero lisiado, al tiempo que se sentaba y se disponía a meter la cuchara con avidez en la apetitosa y humeante olla.

—Sí, buena gente —repitió Reburrus entre dientes, con un inquietante fulgor en los ojos.

Para sorpresa de Caeno, el chico despreció el bienoliente guiso y continuó comiendo castañas y bellotas.

ooOOoo

En cuanto Caeno se hubo perdido de vista en dirección norte, a lomos de la alazana, Reburrus se puso de pie al asiento del

carromato y alzó su brazo derecho al cielo, manteniéndolo en alto hasta que vio cómo el joven carpetano que jugaba con sus amigos en el exterior del poblado, en la zona donde la sencilla y pequeña estacada se había derrumbado, le devolvía disimuladamente el gesto.

Hecho esto, el lusitano empezó a aparejar uno de los caballos de tiro, montó en él y se dirigió furtivamente hacia el suroeste, internándose en el boscaje.

En ese mismo momento, el muchacho carpetano se despidió de sus compañeros, alegando, sin más, que se iba a su casa porque le dolía la cabeza.

—¿Sabe alguien que has venido? —le preguntó Reburrus cuando ambos se encontraron.

—No, nadie.

—¿Estás seguro? —el lusitano le miraba fijamente a los ojos—. Es muy importante que nadie lo sepa, ni te haya visto, porque lo que te voy a contar es un gran secreto que nadie fuera de mi poblado conoce. ¿Entiendes?

—No te preocupes, nadie me ha visto —el muchacho carpetano le miraba excitado. ¡Un gran secreto! ¡Algo que sólo él sabría y que levantaría la admiración de todos!

—¿Has traído tu daga?

—Sí, aunque es vieja —dijo un tanto avergonzado—. ¿Valdrá? —añadió mostrándosela.

—Sí, valdrá —repuso tras hacer como que la examinaba con mucho detenimiento—. Ya verás cuando te vean llegar con la cabeza del oso...

—¡Se morirán de envidia! —exclamó el jovenzuelo henchido de emoción.

—Lo primero que hay que hacer es buscar un sitio rocoso, con cuevas. Ya sabes que los osos se cobijan en cuevas, ¿verdad…? ¿Conoces algún lugar así?

¡Claro que lo conocía! Y enseguida le llevó hasta él. Una vez allí, se ocultaron entre la espesura, frente a una cueva situada casi en el centro de un enorme roquedal.

—Ahora hay que ser muy precavido —le susurró, al tiempo que se llevaba un dedo a los labios ordenándole silencio—. Quédate aquí agachado y no hagas ningún ruido. ¡Ah, y no pierdas de vista le entrada de la cueva! —añadió con vehemencia—. Ni por un momento. Yo voy a inspeccionar la zona a ver si encuentro huellas.

Reburrus hizo ademán de escabullirse hacia atrás, cuando el carpetano volvió la cabeza.

—¿Qué te acabo de decir? —exclamó enfadado, pero sin levantar la voz, consiguiendo que el chico se abochornara y tornara

rápidamente la vista hacia las rocas.

Entonces, el chico lusitano, rauda e inesperadamente, estiró el brazo izquierdo, asió fuertemente con la mano el cabello de su desprevenido "amigo", tiró de él hacia atrás descubriendo su desnuda garganta y, con un fulgor asesino en los ojos, le degolló sin compasión.

Acto seguido, se incorporó y se apartó unos pasos, mientras contemplaba fríamente cómo su víctima, con los ojos desorbitados, se desangraba horriblemente entre roncos estertores y sanguinolentas boqueadas.

Una vez que el muchacho carpetano hubo dejado de agitarse y de respirar, Reburrus se miró la mano que sostenía la ensangrentada daga, y después el sayo, contemplando satisfecho que ni una gota de sangre lo había salpicado.

Henchido de orgullo y satisfacción, su mirada se detuvo nuevamente sobre el cadáver. Había sido tan sencillo como estrangular a un pollo o degollar a un cordero. Si burlar a los bandidos lusitanos le había parecido una hazaña extraordinaria, ésta todavía la había disfrutado más, porque al sentimiento de impunidad, se unía el dulce placer de la venganza.

"Cuando se es valiente y decidido", pensó, "qué fácil es matar".

Se sentía invencible. ¡A la altura de los dioses! Capaz de conseguir cuanto se propusiese.

Sin duda, como le había dicho Caeno, su padre velaba por él. Incluso, estaba por asegurar que le había inspirado la idea y guiado en su ejemplar escarmiento.

Tras buscar por los alrededores, regresó al lugar donde había dejado el cadáver, lo arrastró detrás del pedregal y lo hizo rodar por un estrecho y muy empinado barranco repleto de maleza.

Su padre estaba vengado.

ooOOoo

Caeno no había tenido suerte, y eso que consiguió acertarle a una cierva en un anca, pero de nada sirvió porque luego no pudo cobrarla.

—¿Alguna novedad? —preguntó mientras desmontaba junto a la carreta.

—Ninguna —respondió escuetamente Reburrus, que se hallaba cómodamente recostado en el tronco de un árbol, jugueteando con una rama.

—Pues levanta. Vamos a enganchar los caballos y a seguir camino. Aún queda un buen rato para que anochezca y aquí no tenemos ya nada que hacer.

La última mirada del muchacho fue al lugar donde se apilaban

los huesos de su padre, de Tántalo y del otro guerrero lusitano sacrificado tras la batalla.

Avanzaban lentamente hacia el sureste siguiendo el curso del gran río, cuyas aguas cambiaban de color a medida que el sol iba cayendo, desde el amarillo luminoso de la media tarde al negruzco del ocaso.

Reburrus iba cabizbajo y meditabundo, y, lo que era aún más extraño en él, guardaba silencio, un silencio que Caeno no quiso interrumpir, dando por sentado que el chico tenía muchas cosas sobre las que reflexionar y sobrados motivos para estar preocupado.

El guerrero era consciente de que el objeto de su misión había cambiado y no era ya encontrar a Tántalo, al padre de Reburrus y a los demás, o averiguar su paradero, sino cómo murieron y quién lo hizo. Y estaba convencido de que el muchacho también se había percatado de eso y ahora era el momento en que empezaba a asimilarlo.

Tras largo rato, Reburrus por fin, alzó los ojos y miró a lo lejos.

—Te he mentido —declaró de pronto, haciendo que Caeno frunciera el ceño y le contemplara desconcertado—. Cuando te dije que no había averiguado nada sobre Tántalo y mi padre. Es mentira…, sí sé lo que pasó —añadió, bajando de nuevo la vista con gesto arrepentido.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó atónito el guerrero, tirando bruscamente de las riendas y deteniendo el carro.

—Porque temía que cometieras alguna locura cuando te enteraras —repuso el chico, acrecentando aún más el asombro de Caeno, que veía cómo Reburrus daba continuamente muestras de ser mucho más sensato que la mayoría de los adultos.

—¿Cuando supiera qué? ¡Dime! —le apremió.

—En ese poblado inmolaron a Tántalo y a mi padre.

Caeno palideció.

—Cuéntame ahora mismo todo lo que sepas —ordenó con el semblante descompuesto.

Cuando Reburrus acabó el relato de lo ocurrido, Caeno estaba tenso y con la mirada perdida. Se le había encogido el corazón escuchando el suplicio sufrido por sus amigos.

—Has hecho bien en no decirme nada. No sé cómo hubiera reaccionado… —le dijo al cabo de un rato, al tiempo que asentía con la cabeza—. Ha sido mejor así, ya llegará el momento de ajustarles las cuentas a esos malditos. No tengas ninguna duda, Reburrus —agregó lleno de furia, mientras le sujetaba por los hombros y clavaba en él su febril mirada—, tu padre será vengado.

Entonces, se acordó del guiso que les había regalado el cruel carpetano y las tripas se le revolvieron. Inmediatamente, se

incorporó del asiento y pasó al interior del carromato; con movimientos bruscos, cogió el perol que contenía los restos de la comida y lo tiró por tierra.

Más adelante, la senda se estrechaba, bordeando una empinada colina repleta de brezos y canchales, y entraba en un extenso bosque de enhiestos chopos que moría en las mismas orillas del Tagus.

—Reburrus, sabemos ya lo que pasó y no es preciso llegar al poblado donde tuvo lugar la emboscada —dijo Caeno, tras un largo silencio, haciendo detener nuevamente a los caballos—. No sé qué hacer, si regresar a casa o ir al norte y averiguar dónde moran ese Ramaro y los vetones que le ayudaron. ¿Tú qué harías?

—Seguir —repuso el chico con determinación y sin dudarlo un instante—. Tenemos que cazarlos a todos.

—Sí, yo también creo que es lo mejor. Nadie debe escapar a nuestra venganza.

—Mi padre opina lo mismo —añadió Reburrus sin apartar los ojos del camino.

Al oír aquello, Caeno no pudo evitar un estremecimiento.

ooOOoo

Hacía dos días que Caeno y Reburrus habían abandonado la margen del gran río y se dirigían hacia las montañas que delimitaban la frontera norte de Carpetania, donde tenía su madriguera aquel carpetano de rostro rasgado llamado Ramaro. Los chicos del poblado del sur decían que fue quien lo planeó todo y que era también el responsable de que guerreros arévacos y vetones tomaran parte en la celada que acabó en la matanza de sus hermanos.

En lo alto de la arbolada atalaya en la que habían acampado para pasar la noche soplaba una desagradable brisa que hacía crepitar la pequeña hoguera que habían encendido al abrigo del carromato, sobre la que se asaban, ensartados en sus respectivas dagas, dos buenos pedazos de carne de una oronda liebre que habían cazado esa misma tarde.

—Me está entrando frío —dijo Reburrus, inmediatamente después de que su cuerpo se sacudiera con un fuerte repeluzno—. Teníamos que haber acampado más abajo.

—Más abajo, ¿dónde? —repuso Caeno—. Transitar de noche por caminos desconocidos no es muy recomendable, jovencito. Escalabrados en el fondo de un barranco estaríamos ahora si hubiésemos seguido. Por cierto, ¿recuerdas ya los otros nombres?

—No, lo siento, estaba muy nervioso. Sólo me acuerdo de que el del vetón era algo así como Tureno o Rikeno…, pero el del

arévaco…

—Bueno, el del jefe de los arévacos no nos importa mucho…

—¿No?

—No, compañero, porque sea quien sea no vamos a ir a buscarlo. Atacar a los arévacos…, y además en su propio territorio…

—¿No es…, recomendable? —se adelantó a responder Reburrus, provocando la risa de Caeno.

—No, no lo es, ni siquiera para nosotros. Pero el del vetón sí quiero saberlo —y agregó—. Sigue pensando, a ver si te viene.

Era ya noche cerrada cuando Reburrus se introdujo en el carromato por su parte trasera, se arrebujó en su manto de lana y se acomodó para dormir.

Caeno, por su parte, se entretuvo todavía un rato en apagar el fuego y asegurarse de que los caballos estuvieran bien atados. Después, encaramado en el pescante, alzó la mirada a un cielo casi completamente invadido de nubes.

"Como empiece a llover, los caminos se van a poner imposibles", murmuró.

Antes de retirarse a descansar, echó una última y rutinaria ojeada al paisaje, tras lo cual hizo el gesto de agacharse y pasar al interior de la carreta. Pero no llegó a culminarlo. De repente, se detuvo y se volvió de nuevo hacia el exterior con el entrecejo arrugado.

Algo a lo lejos había llamado su atención, aunque su cerebro había tardado un instante más que sus ojos en reconocerlo. Detrás de ellos, en la boscosa ladera de un cercano monte situado hacia el sur, se vislumbraba lo que parecía un tenue halo de luz.

Se quedó un buen rato pensativo, observando el velado centelleo. No le gustaba llevar desconocidos a la espalda, y menos en territorio extraño. Lo mejor sería esperar hasta averiguar qué dirección seguían, aunque tuvieran que perder un día entero.

Quienes quieran que fuesen, si se dirigían al norte, pasarían necesariamente por el lugar en el que se encontraban ellos ahora, ya que el sendero que seguían parecía el único digno de tal nombre de cuantos desde allí se percibían.

Este pensamiento le mantuvo despierto durante buena parte de la noche.

A la mañana siguiente, amenazadores nubarrones plagados de lívidos reflejos dominaban el cielo, y un nebuloso y blanquecino manto cubría las cimas de los montes que se divisaban en la lejanía.

De pie sobre el asiento del carruaje, Caeno oteaba atentamente el horizonte, pero ya no se distinguía nada que no fueran bosques y colinas.

Mientras se echaban a las tripas unas pocas bellotas y los últimos trozos de carne ahumada que les quedaban, Caeno hizo partícipe al muchacho de la situación, tras lo cual, sacaron el carromato del camino y lo disimularon entre la floresta. Borraron a continuación, concienzudamente, las marcas de las rodadas y se fueron de caza, llevándose con ellos los tres caballos.

Hasta por la tarde no regresaron, y allí, en la tierra, estaban las huellas del paso de un carro tirado por bueyes. Al verlas, Caeno se quedó más tranquilo.

Miró a Reburrus y le sonrió:

—Los bandidos no viajan en carreta —le dijo.

Una vez de nuevo en el camino, avivaron el paso de la yunta. El guerrero lusitano quería alcanzar o estar lo más cerca posible de aquella gente cuando anocheciera.

La tenue luz del ocaso estaba próxima a desaparecer tras el tormentoso horizonte cuando Caeno, que cabalgaba varios cientos de pasos por delante, retornó al carro.

—Es una familia —informó a Reburrus—. Un viejo, una mujer y dos niños. Han acampado un poco más adelante —tras una breve pausa, durante la que no paró de rascarse la cabeza, prosiguió—. Creo que deberíamos hacerles una visita. ¿Qué te parece? Averiguar de dónde vienen, adónde van…

Antes de verlos aparecer, la mujer escuchó el traqueteo del carromato, y se quedó paralizada. De inmediato, cruzó una mirada de preocupación con el anciano, pero, por su expresión, Camira supo que él no lo había oído. Entonces, mientras depositaba en el suelo la leña que estaba apilando para encender fuego, llamó a sus hijos a su lado.

Y esperó.

—Hola —saludó Reburrus sonriente, en carpetano, frenando los caballos en medio del camino.

—Hola —repuso escuetamente la mujer en la misma lengua, que era muy similar a la que hablaban los vetones, observándoles con mirada recelosa.

—¡Qué sorpresa, toparse con alguien por estos despoblados! —terció Caeno, tratando que tanto su voz como sus gestos no resultaran amenazadores.

Una vez que el muchacho hubo traducido sus palabras, la mujer se mantuvo inmóvil y en silencio, sin apartar la vista del jinete. Eran tan sólo un hombre y un muchacho, pero ella y su familia no estaban en disposición de hacerles frente, de modo que lo mejor, lo único más bien, que podía hacer era no mostrarse asustada, ni oponerse a sus pretensiones, cualesquiera que fuesen. Salvaguardar la vida de sus pequeños estaba por encima de todo lo demás.

—Dile —le indicó Caeno al chico en lusitano, ante el mutismo de la mujer— que nos dirigimos al norte y que vamos a acampar aquí esta noche. Y pregúntale si les gusta el gamo.

—Nosotros también vamos al norte —repuso la mujer, sorprendentemente también en lusitano, antes de que Reburrus abriera la boca— y, sí, a todos nos gusta el gamo.

Caeno se quedó confundido. Aquella mujer conocía su lengua y ya no podían negar que eran lusitanos, con lo que eso podía tener de inconveniente para sus planes. Necesitaba ganar tiempo para ordenar sus ideas.

—Pues esta noche comeremos gamo —dijo sonriente, mientras desmontaba y se entretenía en atender a su caballo—. Y enciende ya ese fuego, mujer, que asada la carne sabe mejor. Mi nombre es Caeno y el suyo Reburrus.

—Yo soy Camira —dijo ella.

Mientras la mujer, ayudada por sus dos hijos, a los que hablaba en vetón, se ocupaba de los preparativos para la cena, y Reburrus desenganchaba los caballos, el guerrero cojo apareció portando una gran bandeja de barro.

—¿Qué le parece? —le preguntó al anciano, presentándole ostentosamente la fuente repleta de carne fresca, cortada en pedazos de mediano tamaño—. ¿No está mal, eh? Recién cazado —añadió, al tiempo que la depositaba en el suelo, junto a Camira, que acuclillada porfiaba con la hoguera.

—No te entiende —le reveló la mujer—. Él y mis hijos sólo hablan vetón.

—¿De dónde venís?

—Del sur. Yo nací en Lusitania, pero me uní a un vetón, a su hijo —explicó apenada, señalando al viejo con la cabeza—. Murió hace pocas jornadas y ahora nos dirigimos a las montañas del norte, a la tierra de sus antepasados. Quiere morir allí.

—Vaya, ¡cuánta pena! Eres muy valiente echándote al camino con un anciano y dos niños…

—Los dioses se han llevado a mi hombre, ahora espero que me concedan un buen viaje —repuso con determinación.

—Seguro que así será. De momento, os han puesto en mi camino, como si quisieran que hiciésemos el viaje juntos —añadió medio en broma—. Nosotros también vamos al norte, a las montañas, pero a las de Carpetania. Buscamos al padre de Reburrus —continuó alzando ligeramente la voz para que el chico le escuchara—, es buhonero y comerciaba por estas tierras. No sabemos nada de él desde la primavera —concluyó en tono grave.

—Espero que lo encontréis.

—Y yo espero que enciendas pronto ese fuego —expuso

cambiando de tono—, porque tengo un hambre…

La comida fue buena, abundante y animada, y no faltó el pellejo de cerveza, al que el anciano dio buenos tientos, lo que provocó alguna chanza por parte de Caeno.

—De cerveza sí entiende el abuelo.

—Sí, siempre le ha gustado mucho, y desde que nos pusimos en camino no la había probado.

—Ya se nota —asintió sonriente.

—¡Abuelo! El hombre quiere saber si le gusta —le preguntó ella al satisfecho y ya medio ebrio anciano. Y, a continuación, le tradujo su respuesta—. Dice que es muy áspera, pero que cada vez le entra mejor.

—Sí, suele ocurrir.

—Ya no le dejes beber más —le pidió al hombre—. Te advierto que es capaz de acabar con toda, y le puede sentar mal.

—Déjale que beba lo que quiera, mujer, así se olvidará por un rato de sus desgracias.

Tosiendo y respirando con alguna dificultad, aunque con la sonrisa en los labios, el viejo no tardó en recluirse en el interior del carromato, seguido de la comprensiva y triste mirada de la mujer. Aquel desgastado cuerpo aguantaba cada vez más malamente los trajines en que le empeñaba el todavía vigoroso espíritu encerrado en él.

En medio de un silencio tan sólo roto por la ronca y silbante respiración del abuelo, Camira permanecía en vela y pensativa en el interior del carromato.

En cuanto los vio supo que eran ellos, el hombre cojo y el muchacho lusitanos de los que su hermana le había hablado hacía pocas jornadas, advirtiéndola del peligro que podían correr los vetones de esa parte de la frontera una vez que aquellos dos comunicaran lo acaecido a sus hermanos al sur de Carpetania, a principios del último estío.

El que se dirigieran hacia el norte sólo podía significar una cosa: ya sabían que en la derrota de Tántalo habían participado guerreros llegados de aquellas tierras, y ahora los buscaban por considerarles los verdaderos culpables de la muerte de los suyos.

La venganza lusitana iba a llegar hasta los últimos confines de Carpetania. Y no se detendría allí.

Su rostro se empañó y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Se giró con sumo cuidado para no perturbar el sueño de sus hijos, que dormían a su lado, y se apretó contra el cálido cuerpo de su pequeña. Entonces, el triste repiqueteo de las gotas de lluvia sobre la cubierta del carromato llegó a sus oídos.

# CAPÍTULO 3

**Año 478 a. C.**
**Finales de septiembre.**
**Norte de Carpetania. Sierra de Ramaro.**

Por caminos angostos y embarrados, y bajo la misma persistente llovizna que les venía acompañando desde hacía tres jornadas, los dos carromatos avistaron de buena mañana el gran valle del norte de Carpetania, y poco después del mediodía hacían su entrada en el poblado erigido al pie de las majestuosas montañas que trazaban su frontera.

Llegaban cansados, sucios y calados hasta los huesos, lo que hacía que cualquier leve brisa, y no era precisamente eso lo que soplaba en aquellos momentos, les hiciera tiritar de frío.

En los dos enclaves carpetanos que habían atravesado en su camino fueron bien recibidos y atendidos, encontrando comida caliente y un techo bajo el que descansar, aunque fuera compartido con caballos, vacas y cabras. Pero en este, la acogida que les dispensaron al saber que algunos de ellos eran vetones y venían de tan lejos, superó sus expectativas.

Camira y su familia fueron alojados en la primera casa que se alzaba nada más traspasar los portones del poblado, en la que vivían una mujer, Loucia, aproximadamente de su misma edad, y sus dos hijos, también chica y chico, como los suyos, pero algo mayores.

Aún no habían acabado de instalarse, cuando ya la casa se llenó de mujeres que querían conocerla y saber los motivos de su viaje, aunque muy pronto las preguntas se convirtieron en palabras de admiración y elogios por haberse atrevido a abandonar su hogar y aventurarse por aquellos difíciles e inseguros caminos en tan escasa y precaria compañía.

Por ellas, Camira conoció todos los trágicos y extraordinarios sucesos acontecidos por aquellas tierras en los últimos tiempos, así como que el hombre de Loucia, Átulo, y también los de sus amigas, Aius, Caciro y Liteno, jóvenes guerreros muy queridos y respetados en el lugar, habían muerto hacía ya dos otoños en las montañas colindantes, cuando su partida de caza fue sorprendida por bandidos lusitanos, revelaciones estas que pusieron al tanto a la recién llegada de hasta dónde se remontaban las cuentas pendientes que aquellas gentes tenían con sus coterráneos.

Por su parte, Caeno y Reburrus rechazaron la amable invitación del jefe del clan de hospedarlos en su casa. Habían decidido permanecer en el carromato y hacerse pasar de nuevo por túrdulos del oeste que andaban buscando al padre del muchacho. Además,

dado que Caeno tan sólo sabía expresarse en lusitano, simularía ser mudo, y así evitaría preguntas y situaciones comprometidas.

Esa misma noche, los dos lusitanos se reunieron en el establo. Allí, a resguardo del frío, en compañía de animales y pacas de heno, y a salvo de miradas y, sobre todo, de oídos indiscretos, el muchacho le contaba al guerrero lo que había averiguado durante aquella primera jornada.

La luna plena, cuyos haces plateados penetraban por la entornada puerta y los dos ventanucos contiguos, iluminaba la escena.

Mientras Caeno asentía en silencio, Reburrus hablaba y hablaba. Había sido tan fácil conseguir la información… En aquel poblado, en cuanto oían el nombre de Ramaro, a todos se les soltaba la lengua.

—¿Sabes que siendo poco mayor que yo se enfrentó a un oso enorme? ¿Y que fue un buhonero olcade el que le adiestró en el uso de las armas?

También le narró la invasión vaccea, ocurrida dos veranos atrás, y cómo la alianza entre carpetanos, vetones y olcades consiguió derrotarlos y expulsarlos. Y la derrota y muerte de Tiresio, un famoso caudillo vacceo, y…

—¡Es un gran guerrero! —apuntó el joven sin poder reprimir su admiración, en un tono no exento de envidia—. También fue él quien organizó y dirigió la emboscada a Tántalo…

—¿Pero por qué?

—En venganza por la muerte de su hermanastro y otros guerreros de este mismo poblado. ¡De este mismo…! Habían salido de caza y…

—Ahora recuerdo —le interrumpió inesperadamente Caeno, que cabalgaba con Tántalo en aquella ocasión—. Aquellos cazadores… eran cuatro, y uno estaba herido… De manera que fue por aquello…

De repente, un ligero ruido llamó su atención. Alzaron al unísono la vista y vieron cómo uno de los fardos de heno apilados a su espalda, se desplomaba sobre ellos tras oscilar durante un instante. Tuvieron el tiempo justo para saltar a un lado y evitar que les cayera encima.

Alarmados, inspeccionaron el otro lado del muro de hierba seca, y su sorpresa aumentó al encontrarse frente a dos enormes ojos negros que les contemplaban sin pestañear.

Ambos se miraron y esbozaron una sonrisa.

—¡Maldito caballo! ¡Qué susto me ha dado el desgraciado! —exclamó Caeno, respirando aliviado.

—Y a mí. ¡Casi nos aplasta! —y volviendo a su cubículo y al

asunto que les interesaba, Reburrus preguntó—. Entonces, ¿ibas tú en esa expedición?

El guerrero se limitó a asentir con la cabeza, dejando claro que en ese momento no quería hablar de ello.

—¿Qué más has sabido? —inquirió.

—Queda lo más importante —repuso rápidamente el muchacho —. Ramaro, el guerrero que buscamos, habita un poblado de esas montañas, el que se ubica a mayor altura.

—¡Vaya! ¡Enhorabuena, Reburrus, a eso se le llama hacer un buen trabajo!

Inmediatamente después de que los dos lusitanos desalojaran la cuadra, una gibosa y renqueante sombra, cubierta casi por completo de briznas de paja, surgió, arrastrándose, de entre las patas del caballo que tanto había sobresaltado a los conspiradores.

Sus ojos brillaban como ascuas en la semioscuridad.

Aquellas palabras proferidas en una lengua extraña le habían sacado de su sempiterno sopor y proyectado sobre su perdida mente lúgubres y espantosos recuerdos. Tanto le alteraron que hasta había tenido el valor de asir una horca de madera y empujar una bala de forraje hacia el lugar de donde provenían.

Pero, luego, cuando desde su oscuro escondrijo vio asomarse aquellos dos rostros, y sus ojos, acostumbrados a vivir en la penumbra, reconocieron en el más joven las facciones de aquel guerrero lusitano que tanto le había mortificado, fue como si una olvidada puerta se hubiera abierto de repente en su cerebro dejando entrar un rayo de luz.

Aquel rostro le recordaba el del bandido que aquella nefasta y ya lejana mañana, cuando huía de la osa y fue capturado por la partida de lusitanos, le escupió a la cara y le abofeteó. El mismo que le ató la soga al cuello y se lo laceró sin piedad. Y también quien, después de que los condujera hasta el lugar donde Aius y los otros cazadores carpetanos habían acampado, le extrajo la lengua de la boca con sus asquerosas manos y se la cortó.

La inquietante figura se asomó a uno de los ventanos y permaneció allí un rato, inmóvil y sin apartar los ojos de las dos figuras que, lentamente, regresaban a su cubil.

ooOOoo

Tras saludar con un gesto a los dos guerreros que custodiaban los portones de la aldea, los dos lusitanos se introdujeron en el carromato. Caeno extrajo entonces el pellejo de cerveza y se lo alargó a Reburrus, al tiempo que con un dedo sobre sus labios le instaba a guardar silencio, recordándole que con un mudo no se podía hablar.

Mientras el muchacho, entre sonrisas y gestos jocosos, empinaba el odre, el guerrero le contemplaba feliz. “Bebe, te lo tienes bien merecido”, pensaba. “Gracias a ti ya hemos cumplido la misión”.

Lo último que les quedaba por conocer era el lugar en el que ese Ramaro tenía su madriguera, y el chico lo había averiguado. Ya tenía todas las piezas del rompecabezas: el dónde, el quién y el porqué.

El dónde, eran los dos poblados carpetanos del sur, testigos de la derrota e inmolación de Tántalo y sus guerreros.

El quién, lo tenían allí mismo. Por un lado, aquel carpetano de rostro rasgado, y por otro, los vetones que vivían al otro lado de la “Mujer Muerta”, un lugar del que el viejo que viajaba con Camira no se había cansado de hablar durante todo el camino. Terkinos era el nombre del jefe de aquel clan, y Redukeno —ahora Reburrus lo identificaba por fin— el del guerrero que comandaba a sus jinetes en la cobarde emboscada que tendieron a sus hermanos. Sus nombres, junto con el del arévaco Tanginus, estaban en boca de todos los carpetanos de aquel poblado, para los que eran muy queridos y festejados.

Caeno sabía dónde estaba aquella montaña de la que hablaba el abuelo, recordaba haberla visto aquel otoño, cuando regresaban a casa tras la acostumbrada incursión estival. Su gran parecido con una figura yacente no había pasado desapercibido a los miembros de la expedición.

Sí, también estaban los arévacos, pero de su castigo ya se encargaría el gran Endovélico.

Y, por último, el porqué de aquella insólita alianza contra el hijo del jefe Maelo.

Desde luego, los cuatro cazadores carpetanos a los que Tántalo atacó a comienzos de aquel otoño podían darse por bien vengados. Por cada uno de ellos, habían muerto más de una decena de buenos guerreros.

En fin, ahora era el momento de celebrar lo conseguido y de retornar a sus montañas. La próxima primavera, su pueblo descargaría toda su furia contra aquellos miserables y ahogarían en sangre sus tierras.

ooOOoo

Estaba ya muy avanzada la noche cuando, en medio de un sepulcral silencio, Rone salió de los establos cargando sobre sus hombros un pesado fardo de heno.

Caminaba descalzo y encorvado hacia el carro donde había visto que se introducían aquellos dos extranjeros. Iba completamente abstraído de cuanto le rodeaba, tan sólo pendiente del pequeño

espacio de tierra que sus pies pisarían enseguida.

No había nadie a la vista y todo dormía a su alrededor. Los dos guardianes que preservaban las ya cerradas puertas hacía tiempo que se habían retirado y el único centinela que vigilaba desde lo alto de la muralla se hallaba en el interior de uno de los torreones, a refugio del relente nocturno, y en ese momento dormitaba en incómoda postura. Eran tiempos de paz.

Pero, incluso en el caso de haber estado despierto, tampoco hubiera advertido nada fuera de lo normal, ya que la línea recta que unía la cuadra y el carromato discurría pegada a la muralla.

El trastornado joven hizo tres viajes más, a cual más tardo, y cuando acabó de colocarlas, las grandes pacas de forraje cercaban por sus cuatro costados. Satisfecho, aún se quedó un rato contemplando el escenario y escuchando los ronquidos de los lusitanos.

Con la misma parsimonia, se dirigió a la hoguera, que a duras penas sobrevivía frente a la Casa de los Espíritus, y regresó con un pequeño ascua que arrimó a cada uno de los fardos hasta que todos prendieron.

Una columna de virulento y crepitante fuego envolvió la carreta, extendiéndose enseguida a su cubierta de pieles y al armazón.

A pocos pasos, Rone, con el rostro encendido por las llamaradas, contemplaba absorto el espectáculo sin que sus rasgos expresaran ninguna emoción.

Del interior del carromato no tardaron en surgir gritos de pánico, y, casi de inmediato un cuerpo menudo, envuelto en llamas, emergió de su parte delantera y rodó por el suelo entre espeluznantes aullidos.

Aquella bola de fuego en que se había convertido Reburrus se detuvo a unos tres pasos de Rone. Las miradas de ambos se cruzaron. Entonces ocurrió algo extraordinario: el joven lusitano se levantó con gran esfuerzo y, tambaleándose, caminó con los brazos extendidos hacia el joven que le observaba, buscando su auxilio.

Rone permaneció inmóvil, extasiado, contemplando aquel cuerpo ardiente que se le acercaba, y cuando quiso reaccionar y evitar su abrazo ya era tarde. Reburrus le había alcanzado y se aferraba a él con la fuerza de la desesperación, arrastrándolo consigo hasta el infierno.

Cuando el centinela, alertado por los gritos, despertó de su duermevela e hizo sonar el cuerno de alarma, ya nada podía hacerse. Los dos cuerpos y el carromato eran pasto del fuego.

Las gentes del poblado quedaron horrorizadas. Nadie hubiera podido esperar que algo así sucediera. Es verdad que Rone llevaba mucho tiempo viviendo y actuando como un ser completamente

irracional, pero era inofensivo, como un cachorrillo que no sabe hacer nada por sí solo y al que hay que vestir, lavar y hasta dar de comer.

Para todos, lo sucedido fue un castigo de los dioses, que finalmente hicieron pagar a Rone su pasada cobardía. Aunque nadie entendió por qué, de paso, tenían que llevarse con él a aquellos dos "túrdulos" que no habían hecho mal a nadie.

La única persona que sabía que los dioses no actuaron en esa ocasión de manera caprichosa era, paradójicamente, la "vetona" recién llegada.

Camira comprendía que aquel pobre loco había sido el instrumento utilizado por la divinidad para evitar una tragedia aún mayor de la que él mismo causó durante aquella aciaga cacería que costó la vida a cuatro de sus compañeros. Esta vez, y de un solo golpe, los justicieros dioses habían castigado a tres seres igualmente infames.

Aquellas gentes no podían ni imaginar cuánto le debían a aquel desdichado, del que su pueblo, y hasta sus propios padres, habían renegado hacía tantas lunas. De saberlo, sin duda le convertirían en un héroe.

Y ahora que los dioses acababan de resolver la situación, Camira respiraba tranquila. Desde hacía varias jornadas, la incertidumbre no la dejaba vivir, más aún después de ver la cordialidad con que los carpetanos la acogieron. Ella era la única que conocía las perversas intenciones de aquellos dos lusitanos que la acompañaban, la única, por tanto, que podía prevenirlos. Estaba segura de que su silencio sería la muerte para ellos, pero, aun sabiéndolo, optó por callar, no intervenir en el curso de los acontecimientos. La llamada de la sangre se imponía a toda otra consideración.

Para bien o para mal, ella también era lusitana.

ooOOoo

Los ecos de la tragedia ocurrida en el poblado del valle corrieron como el viento por las aldeas vecinas, alcanzaron las altas cumbres de la sierra carpetana y llegaron a oídos de Stena, que en cuanto se enteró de lo ocurrido a Rone y a los dos "túrdulos" recién llegados, avisó a sus amigas Elbura y Kara, aparejaron sus respectivas cabalgaduras y, sin más dilación, se pusieron en camino hacía allí, en la revoltosa compañía del pequeño Aius, hijo de la segunda y del malogrado hermanastro de Ramaro, cuyo nombre había heredado su cachorro, que ya contaba con dieciséis lunas.

Ninguna de ellas tenía nada que las retuviera en el poblado, ya que Ramaro y Ablón, los respectivos compañeros de Stena y Elbura,

habían partido la mañana anterior para hacerle una visita a su común amigo, el jefe vacceo Segisamo. Acudían a él en busca de ayuda para tratar de averiguar el paradero de la escultura de aquel dios túrdulo robado por un famoso caudillo lusitano durante la más osada de sus incursiones.

Además, otro hecho acontecido en el valle tenía a Stena intrigadísima: Con los dos "túrdulos" abrasados había arribado una familia de vetones del sur, buscando, nada menos, que el sagrado bosque de sus antepasados y un poblado situado al otro lado de la montaña llamada de la Mujer Muerta, de donde, al parecer, era originario el más anciano de los viajeros.

Ese poblado, pensaba la joven guerrera, podía muy bien ser el de su padre, Terkinos, o sea, ¡el suyo!

¡Tenía que conocer a aquella gente!

Por si eso fuera poco, se morían de ganas de ver a sus amigas del valle. Por aquellas montañas el otoño avanzaba con rapidez y esa podía ser la última oportunidad de verlas antes de que llegaran las primeras lluvias y los caminos de la sierra se tornaran impracticables.

Este riesgo era lo que más preocupaba a Stena, porque tenía la intención, no sólo de averiguar quién era esa familia y cuál su historia, sino de acompañarles en su peregrinaje y aprovechar para visitar a sus padres y a sus amigos vetones, a quienes pretendía involucrar también en la búsqueda de la divina estatua arrebatada a los túrdulos.

Estos eran los proyectos de la animosa vetona, pero sus amigas barajaban sus propios planes.

Desde hacía tiempo, aquellas mujeres tenían una espina clavada muy profundamente en sus corazones, y para sacársela debían hallar la forma de devolver a sus congéneres vetonas parte de lo mucho que ellas les habían dado.

Toda Carpetania estaba en deuda con aquellos valientes jinetes que, envueltos en sus negros capotes, acudieron prestos en su ayuda para defender sus tierras de la invasión vaccea. Todos ellos, que tan generosamente habían luchado a su lado, y muchos de los cuales perdieron la vida, eran merecedores de eterna gratitud y respeto.

Tan heroicos hechos estaban ya en la memoria y en las canciones de sus pueblos, incluso Terkinos había mandado tallar en dura roca cuatro grandes verracos para conmemorar el gran triunfo.

Pero para ellas eso no era suficiente.

—La memoria —decían no sin razón— a veces se pierde, las palabras se tergiversan o se van con el aire, y la piedra, antes o después, acaba convertida en polvo.

Era de justicia, pues, hacer algo para que aquellos hechos nunca

cayeran en el olvido.

Y ahora creían saber qué.

La llegada de sus amigas de la montaña, y la intención de Stena de acompañar a tierras vetonas a la recién llegada Camira y a su familia, les brindaba la ocasión que esperaban para llevar a la práctica su ambicioso propósito.

Así pues, cuando la joven guerrera despertó de su plácido sueño y comprobó que tras el carromato de los forasteros se había formado una bulliciosa caravana, en la que, para mayor misterio, todos sus componentes, salvo los hijos de Camira y el anciano vetón, eran mujeres, su sorpresa fue mayúscula.

Stena había estado tan pendiente de los recién llegados e interesada en saber del abuelo y de todo cuanto le unía a aquellos entrañables lugares, que no se percató de lo que sus amigas estaban organizando.

—¡Similce! —llamó Stena desde el porche de la vivienda, extrañada al observar el grupo de cinco carromatos perfectamente alineados y dispuestos para la marcha—. ¿Qué es esto? ¿Adónde va toda esa gente?

—¿Adónde va a ir? —contestó la guasona Unibe, que pasaba en ese momento por delante de la casa—. De excursión —y sin más, continuó su camino, se subió al pescante del segundo de los carros y tomó tranquilamente las riendas de la collera de caballos.

—Pero…

—Ya te enterarás, amiguita —la interrumpió Similce, apareciendo por la puerta completamente pertrechada para el viaje, al tiempo que la empujaba divertida—. Tira para adelante, que el camino es largo.

ooOOoo

Ante el círculo de piedras sagradas, el abuelo lloró de emoción, recordando el momento en el que, formando parte del grupo de jóvenes aspirantes del clan, imploraba la benevolencia divina y purificaba su espíritu antes de afrontar la noche mágica, aquella que transformaría su vida convirtiéndolo en un guerrero vetón.

Y Stena, que no ha mucho había vivido también esa extraordinaria experiencia, le animó a entrar en él, y también en el bosque sagrado, ofreciéndose incluso a acompañarle.

—Ningún mal debe esperar de sus dioses un viejo y noble guerrero como tú —le dijo.

Y aunque, en un principio, Camira se opuso a ello, por miedo a que tanta impresión le fulminara, el tozudo anciano, trémulo de emoción, se salió con la suya. Si los dioses se lo querían llevar, qué mejor lugar que aquel podría desear un vetón para iniciar su viaje

hacia el otro lado.

Estas circunstancias y el hecho de que, aunque no les cayó ni gota de agua durante el trayecto, la tierra estuviera húmeda y pesada, determinó que la marcha de la caravana fuese lenta y que hubieran de hacer noche en el camino.

Al día siguiente avistaron las murallas del poblado, y tanto las trompas vetonas sonando a los cuatro vientos como los tenues rayos del sol del mediodía luchando por asomarse entre las nubes les dieron la bienvenida. Los corazones de los expedicionarios saltaron de alegría, y lágrimas de emoción rodaron por las mejillas del buen anciano, al reconocer el lugar en el que había nacido y pasado su feliz infancia.

Mientras Stena y una pequeña delegación de mujeres carpetanas acompañaban a Camira y a su familia al interior de la fortaleza gobernada por Terkinos, las otras formaron rápidamente con los carruajes un pequeño semicírculo abierto hacia los grandes portones del poblado y empezaron a desempacar, todo ello ante la perpleja mirada de los centinelas que las observaban desde lo alto de las murallas.

Como era natural, los recién llegados fueron recibidos por los vetones con los brazos abiertos, y también con mucha sorpresa y curiosidad, dada la particularísima composición de la caravana y el secretismo con que se mostraron las carpetanas.

Y la expectación creció cuando, tras una breve conversación entre Stena, su madre y Ana, la joven chamán de aquel clan, todas las mujeres vetonas fueron convocadas a una reunión.

Al enterarse Terkinos de lo que estaba ocurriendo, acudió presto al lugar, aunque sólo para contemplar, estupefacto, cómo aquella singular tropa carpetovetónica, capitaneada por su mujer y por su hija, penetraba con paso firme en “su” Sala del Consejo.

—¡Al menos, podían haberme pedido permiso! —refunfuñó.

Sabía que las antiguas tradiciones permitían que las mujeres se reunieran para discutir asuntos que sólo a ellas concernían, pero él nunca había vivido un hecho tan extraordinario.

—¿Qué estarán tramando? —musitó, mientras se mesaba la barba.

El femenil encuentro se alargó bastante más de lo que el expectante y murmurador gentío que se agolpaba fuera hubiera deseado, pero no porque existiese algún desacuerdo entre las reunidas, sino por el mero hecho de disfrutar prolongando y acrecentando la impaciencia de los hombres.

Cuando las puertas de la gran Sala se abrieron al fin, los cuchicheos cesaron de inmediato.

La primera en salir fue una robusta vetona de mirada

displicente, que portaba en sus brazos a la vieja y macilenta chamán, la cual hacia tiempo que no se valía por sí misma y se encontraba en el mundo intermedio, en tránsito hacia el Más Allá. Su cuerpo seguía allí, pero su alma se hallaba ya en permanente comunicación con los dioses.

Tras ella, en solemne y altiva procesión, marchaba el resto de circunspectas mujeres, las cuales, tras abrirse paso entre la atenta multitud, se encaminaron hacia la explanada donde sus apreciadas huéspedes habían establecido el campamento. Y hasta allí las siguieron los hombres, cada vez más perplejos.

Al alcanzar los carros, las carpetanas que allí aguardaban se incorporaron en silencio al desfile, formando entre todas un gran círculo alrededor de Ana y de dos cabritillas de inmaculada blancura, alimentadas sólo con leche materna, que habían traído consigo las viajeras y que se hallaban atadas a sendas pequeñas estacas clavadas en la reblandecida tierra.

Una vez que el círculo se hubo cerrado, los chiquillos y los perros dejaron de corretear de manera espontánea y cesaron las conversaciones de la muchedumbre que se amontonaba, cada vez más interesada y curiosa, en el exterior del perímetro. Hasta el viento pareció detenerse.

Con el sacrificio a Bandue, la diosa que ata a las personas, protectora de los linajes, y también de los acuerdos entre pueblos y de los pactos de hospitalidad, estaban a punto de empezar los rituales actos de hermanamiento entre los clanes carpetanos y vetones.

El sol, que tampoco parecía dispuesto a perderse detalle de la ceremonia, había ganado por fin su guerra a las nubes y lucía cada vez más majestuoso en lo alto, cuando Ana tomó la daga ritual con ambas manos y la alzó al cielo, mientras con voz poderosa, rompiendo el emotivo silencio reinante, invocaba el favor y la benevolencia divinos.

A continuación, con mano firme, degolló ambos animales, observando detenidamente sus rápidas y patéticas agonías, la posición de sus cuerpos al morir y los charcos de sangre formados sobre la hierba.

Tras ello, la oficiante elevó nuevamente su mirada. La parda silueta de un águila planeaba en ese momento sobre sus cabezas, como extendiendo sus protectoras alas sobre los reunidos.

La chamán asintió levemente. Los augurios eran buenos.

Pero aún quedaba una última exigencia para que aquello que los mortales habían convenido quedara perpetuado: el beneplácito divino. Y, casi al unísono, todos los allí presentes dirigieron sus ojos hacia la anciana sacerdotisa.

Cuando vieron a la diosa sonreír a través de ella, la alegría se desbordó entre las mujeres y se contagió a todos los reunidos.

—¡Bandue está complacida! —gritó Ana con solemnidad.

La gente sonreía y se abrazaba, sin importar su sexo, edad o procedencia; los niños, aún con mayor brío que antes, volvían a sus locos chillidos y carreras, y el rítmico sonido de flautas y timbales se extendió rápidamente por la pradera.

Una nueva tradición acababa de nacer en aquellas tierras, y las mujeres de ambos pueblos serían las encargadas de mantenerla viva por siempre.

A ellas, como herederas de la Madre Tierra y encargadas de dar la vida, correspondería renovar cada año la nueva alianza, en virtud de la cual, la segunda noche oscura después de la llegada de la primavera, las gentes de ambos poblados se congregarían en algún lugar en los confines entre ambos territorios para reforzar sus lazos de amistad y conmemorar las grandes e inolvidables victorias logradas contra vacceos y lusitanos.

Antes de que el fraterno círculo se deshiciera, las mujeres de los jefes de ambos clanes intercambiaron protocolariamente unas sencillas retamas, plantas corrientemente utilizadas para conformar las techumbres de las casas, con el fin de protegerlas de las inclemencias de la naturaleza, en señal de que, en adelante, a ninguna de las presentes, a ninguna mujer vetona o carpetana, le faltaría nunca en aquellas tierras un techo bajo el que cobijarse.

Fuera ya del ceremonioso protocolo, las visitantes hicieron entrega a sus nuevas hermanas de los abundantes obsequios que traían: adornos y atavíos, bonitas pieles, aperos de labranza, viandas frescas y cocinadas, pellejos y tinajas colmadas de vino y cerveza, odres de hidromiel...

Las vetonas estaban abrumadas ante tanta generosidad, pero a los corazones de las carpetanas todo les parecía poco para compensar a aquellas mujeres que habían parido a los valientes guerreros que acudieron en su ayuda a luchar y a morir en Carpetania.

¡Eso sí fue una muestra de grandeza!

En la memoria de todos estaban los gloriosos hechos acaecidos hacía dos primaveras, cuando tras atravesar la frontera carpetana del noroeste, un poderoso ejército vacceo invadió la ahora llamada Sierra de Ramaro, asoló sus poblados y llegó hasta el anhelado y fértil valle, cuya entrada protegía la recién formada coalición de guerreros carpetovetónicos, reducida en número, pero grande en furia y valor.

La amistad entre cuatro jóvenes, el carpetano Ramaro y los vetones Ana, Stena y Leukón, constituyó el germen de esta insólita y

firme alianza, la cual, con la incorporación en el último momento de Ablón y sus aguerridos olcades, logró, en poco menos de media luna, poner fin a la invasión y acabar con la vida del gran Tiresio, el caudillo que la comandaba, y con los sueños de expansión del pueblo vacceo.

Numerosos fueron los héroes que cayeron en el transcurso de aquella guerra y muchas las muestras de valor llevadas a cabo por guerreros de ambos bandos, aunque también hubo episodios de suma crueldad, de cobardía y de traición.

Cuatro antiguos y respetados pueblos lucharon en la gran batalla del valle carpetano que ahora se conmemoraba y para todos ellos era motivo de orgulloso recuerdo.

Y mientras los veteranos de la contienda evocaban estos célebres acontecimientos y describían a cuantos querían escucharles sus propias hazañas, los animales destinados al banquete comunal fueron sacrificados, los cueros de vino, cerveza e hidromiel empezaron a vaciarse y los calderos a humear sobre las hogueras, elevando el ánimo y el apetito de los reunidos.

Y vigilando o paseando entre los fogones en alegre y cordial charla, las más reputadas cocineras de ambos pueblos intercambiaban sus secretos y daban los últimos toques a asados y pucheros.

El poblado bullía de animación, y el corazón de Terkinos se alegraba al ver a su gente disfrutar y olvidar, siquiera por unos momentos, la pena que la ausencia de tantos seres queridos aún ensombrecía sus almas.

Con el atardecer, llegó el momento mágico de acomodarse alrededor de los fuegos para escuchar a la mujer sabia y a los creadores y depositarios de historias narrar y cantar los hechos heroicos y legendarios de dioses y mortales transmitidos por sus antepasados, especialmente aquellos que tenían como protagonistas a mujeres valerosas, aquellas a las que los dioses sonríen y los hombres temen y desean. Relatos como los de aquella fabulosa guerrera que en la Tierra de las Sombras enseñaba a los jóvenes héroes los insondables arcanos que escondía el manejo de cada tipo de arma y que sólo ella y los dioses conocían, o los de las intrépidas mujeres que, en la paz y en la guerra, habían sabido dirigir con sabiduría a sus pueblos o defender su propio honor y el de los suyos haciendo pagar con su vida a sus ofensores.

Reunidos en torno a la gran hoguera, que como el fuerte viento y la persistente lluvia, predispone a los espíritus a la fraternidad, volvieron a escucharse las viejas historias que circulaban por toda Celtibería, historias que todos conocían, pero que no por ello dejaban de causarles renovada emoción.

# CAPÍTULO 4

**Año 478 a. C.**
**Finales de septiembre.**
**Sur de Lusitania.**
**Poblado a orillas del río Tagus.**

Desde que él y su mujer habían informado a sus vecinos de la venganza que los lusitanos estaban preparando, Camalus se mostraba inquieto y arisco debido a las muchas dudas que su alma albergaba sobre la bondad de su proceder.

Había cedido a los deseos de su mujer y puesto en guardia a sus amigos vetones respecto al riesgo que iban a correr cuantos vivían en aquel lado del río cuando los lusitanos desataran su venganza, y por muchas vueltas que le daba, todavía seguía sin saber si había actuado correctamente. El amargo fuego de la traición corroía sus entrañas y no le permitía tener ni un momento de paz.

"¿Y si, en lugar de escapar, sus vecinos vetones les preparaban a los suyos una emboscada como la que, al parecer, le habían tendido a Tántalo, y acababan cobardemente con todos ellos?", se preguntaba, y la angustia le abrumaba.

¡Cómo se reirían entonces todos del ingenuo Camalus!

A su mujer no le había pasado desapercibido el cambio de humor que había experimentado su hombre desde hacía varias jornadas. Sus prolongados silencios, su mirada esquiva y su creciente desazón mostraban bien a las claras que algo le reconcomía el alma. Él no había sido nunca así, de modo que su extraño comportamiento tenía necesariamente que estar relacionado con la reciente visita de los dos jóvenes lusitanos llegados del norte.

Los días pasaban y el trato, lejos de mejorar, empeoraba, de modo que una noche, durante la última comida del día, ella decidió encararse con Camalus y pedirle una explicación.

Pero él se le adelantó:

—Mujer, hay algo que me tiene últimamente muy intranquilo —ella se limitó a asentir con la cabeza—. Desde que mis padres abandonaron las montañas y se trasladaron a vivir aquí, he notado que, día a día, sin apenas darnos cuenta, esta nueva tierra nos va absorbiendo y haciéndonos olvidar quién somos realmente y de dónde procedemos —el hombre no había apartado sus ojos de los de su compañera ni por un momento—. ¿No lo sientes tú también?

—Sí, la vida aquí es muy distinta a la que llevaron nuestros antepasados, a la que llevan nuestros hermanos en otras partes de Lusitania —la mujer respiró aliviada. El problema no era tan grave como había creído, ni tenía que ver con muertes y futuras

venganzas, se trataba únicamente de que su hombre se había "perdido" y necesitaba ayuda para reencontrarse—. No tenemos grandes murallas que nos defiendan, ni vecinos que quieran robarnos…, o matarnos, la nieve nunca nos deja aislados, siempre tenemos qué comer…. ¡Pero nada de eso es malo!

—¡Claro que no lo es! —exclamó Camalus con entusiasmo—. Pero en medio de toda esta bonanza y tranquilidad corremos el peligro de perder nuestra identidad, nuestro pasado, y el de nuestro pueblo. No, para nosotros no es malo —continuó, ya menos exaltado—. Tú y yo hemos tenido la suerte de conocer ambos mundos y poder decidir con cuál quedarnos, pero el hijo sólo ha vivido en éste, y creo que no seríamos justos con él si no le ofreciéramos la oportunidad de saber dónde y cómo vivieron y aún viven sus antepasados.

—¿Qué estás pensando? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Hace tiempo que no visito al hermano de mi padre…

—Y esta vez no quieres ir solo —se le adelantó la mujer, aún con semblante preocupado.

—Creo que será bueno para él conocer a Tritius, saber cómo viven sus parientes de las montañas... Cómo vivió su abuelo, y el abuelo de su abuelo.

—Conocer aquello no le hará ningún mal —repuso la madre tras pensarlo unos momentos—. Y Tritius es, sin duda, el hombre más adecuado para mostrárselo.

—Eso es lo que creo. Cauceno debe conocerlo, y también su forma de vida, antes de que los dioses se los lleven a ambos —y, enseguida, ante el asentimiento de su compañera, añadió—. He pensado que mañana mismo podríamos ponernos en camino.

ooOOoo

Camalus estaba muy contento. Después de tanta vacilación, por fin su espíritu se sosegaba.

Engañar a su mujer no le agradaba, pero tenía que impedir a toda costa que sospechara la verdadera razón de su repentino interés en visitar a Tritius. No es que lo de su hijo fuese mentira, alguna vez había pensado en llevarlo a conocer las montañas lusitanas, pero esa vez no era más que la excusa perfecta para poder llevar a cabo sus planes.

Por fin lograría acabar con aquella obsesión que le traía a mal traer. Muy pronto, los suyos estarían al corriente de cuanto él sabía sobre lo que les había sucedido a Tántalo y a sus guerreros, y también de que los vetones asentados al otro lado del río de Las Lobas, aunque inocentes, estaban ya sobre aviso de una posible incursión de castigo lusitana.

Durante el viaje, Camalus tuvo tiempo de pensar en su infancia y, como siempre le pasaba en esas ocasiones, su mente se llenó de gratos recuerdos, de olores a bosque y a hogueras, de rugidos de oso y aullidos de lobo, de entrechocar de cuernas y armas, de caballos cortando el viento, de flechas y lanzas abatiendo piezas de caza y de asombrosas hazañas realizadas por valerosos guerreros de su pueblo, que los niños escuchaban boquiabiertos y estremecidos.

Allí en Lusitania, desde siempre, los jóvenes de ambos sexos habían aprendido a utilizar todo tipo de armas, desde hondas y arcos a espadas y hachas; también a seguir rastros, a cazar y preparar trampas; a moverse por bosques y montañas. También a pasar hambre y frío, imitar el bramido de los ciervos, el gruñido de los jabalíes, el rugido de los osos y hasta el trino de las aves; atrapar y domar caballos salvajes, cuyas manadas pastaban en las tierras altas.

Nada podía superar en emoción y felicidad aquella forma de vida.

Y todo eso era lo que quería que su hijo conociera. Que supiera lo que era vivir en aquellas tierras y sintiera lo que significaba ser lusitano, una palabra cuya sola mención hacía temblar a todos.

Él no lo había vivido, porque cuando sus padres se trasladaron al sur aún no tenía la edad que le daba derecho a acometer la gran prueba que todos los jóvenes lusitanos tenían que superar para hacerse, no sólo hombres, sino guerreros. Pero nunca había olvidado la emoción que siempre le producía el testimonio de quienes habían pasado por ella. Y ahora tenía la completa seguridad de que cuando su hijo oyera relatar a Tritius su extraordinaria aventura, se sentiría tan orgulloso de su sangre lusitana como él mismo lo estaba.

—Siendo poco mayores que tú —comenzó a contarle el viejo guerrero, feliz por tener la oportunidad de volver a recordar sus proezas de juventud—, un amanecer, media luna antes del solsticio de verano, momento en que el sol alcanza su mayor dominio de los cielos y alumbra la tierra con más vigor, calentando los corazones de los mortales, el chamán nos reunió a los tres elegidos ante la Casa de los Espíritus y, delante de todo el poblado, tras invocar el favor de los dioses y ungirnos con la sangre aún caliente de un caballo recién sacrificado, nos hizo solemne entrega de una azagaya y una daga —Tritius calló un instante para tomar aliento y prosiguió—. A continuación, montamos a la grupa de los caballos de nuestros padres y cabalgamos el día entero, cada cual por senderos diferentes, atravesando valles y colinas, bosques y quebradas que nunca habíamos recorrido. Y cuando las sombras empezaban ya a encubrir las veredas nos hicieron desmontar y nos

abandonaron. “¡Regresa como hombre!”, fue lo único que me dijo antes de irse aquel que me había dado la vida.

El joven Cauceno abrió al unísono ojos y boca demostrando su asombro.

—Solo, y agotado por la larga cabalgada —continuó Tritus—, lo primero que hice fue buscar agua, no porque me faltara, sino porque es el mejor lugar para acechar a los animales.

—¿No tenías nada que comer? —el tono elevado y de alarma de la voz del muchacho, al que le parecía algo inconcebible que un padre pudiera abandonar a su hijo en medio de un bosque, de noche y sin comida, sorprendió a sus familiares.

—Algo sí tenía —replicó el viejo guerrero bajando la voz, como si lo que iba a decir fuera un gran secreto—, pero las pocas bellotas que nos había permitido llevar prefería reservarlas como último recurso. Bien —continuó tras guiñarle un ojo al niño y retomando ya su entonación habitual—, el caso es que no tardé en encontrar lo que buscaba, y no sólo eso, sino que tuve la suerte de que en el aguadero hubiera algunos excrementos aún no completamente secos…

—¿De qué animal? —le interrumpió nuevamente Cauceno, que seguía la historia como si la viviera en carne propia.

—La verdad es que no estaba muy seguro del animal al que pertenecían, tan sólo que, dado su tamaño, no eran de oso. Aunque bien podían ser de lobo, lo cual tampoco me convenía, porque mi intención era embadurnarme con ellos para borrar mi olor, y de ser así en lugar de atraer la caza la ahuyentaría —explicó Tritius—. Hecho esto, me aposté entre los árboles que delimitaban la orilla del riachuelo y…, en fin, aguardando la llegada de alguna pieza me quedé dormido.

En ese momento, Tritius dejó de hablar, pero sólo para apurar su cuenco de cerveza y hacerle una expresiva indicación a su mujer para que volviera a llenarlo.

—La noche fue larga, porque cada sonido me sobresaltaba, pero cerca ya del alba apareció lo que estaba esperando: un pequeño grupo de venados con sus crías que llegaban para abrevar —los ojos del viejo brillaban de excitación—. Y entonces fue cuando me di cuenta que los dioses estaban de mi parte porque hicieron que, después de saciar su sed, una hermosa cierva se pusiera a amamantar a su cervato apenas a dos pasos de donde me ocultaba —Cauceno seguía el relato sin parpadear—. Veloz como el halcón, salté sobre ellos y conseguí hundir profundamente el venablo en la lechosa panza de la madre, la cual, a pesar de sus violentos y convulsos pataleos no consiguió zafarse.

El silencio en la estancia era tan intenso que al carraspear

fuertemente el anciano para aclararse la voz, todos se sobresaltaron.

—Pero ahí no acabó mi suerte —sonrió maliciosamente antes de reanudar su relato—, porque, con gran sorpresa por mi parte, observé que la cría, que en un primer momento había escapado aterrorizada, regresaba junto a su madre. Estaba muy nerviosa y dudaba, y el pánico que sentía se reflejaba en sus grandes y expresivos ojos, pero finalmente su ancestral y poderoso instinto la hizo volver junto a su madre. Allí mismo la degollé y troceé lo mejor que supe, guardándome las mejores tajadas. Hambre ya no pasaría.

Llegado a este punto, Tritius respiró profundamente antes de seguir:

—Ya tenía mi pieza, y me valía para ser considerado un hombre ante mi pueblo, pero yo quería algo más. La cabeza de una cierva no era algo de lo que pudiera uno presumir ante sus amigos y familiares. ¿Qué crees que hice entonces? —le preguntó al muchacho con semblante muy serio.

—Yoooo… No sé… —balbuceó—. ¿Cazar un ciervo con grandes cuernos?

—No hubiera sido mala idea, amigo, pero yo pensé en algo mejor. Escucha —y se dispuso a continuar con la historia—. Sabía que donde hay presas habría también depredadores y que el olor de la sangre fresca de los animales que acababa de cazar estaría ya endulzando algunos ávidos hocicos. ¿Por qué no intentarlo?, me dije.

—Sí, sí… Muy bien —le interrumpió entusiasmado el muchacho, adivinando las nuevas y aún mayores aventuras que oiría a continuación.

—No estaba seguro de si lo que me disponía a realizar era heroicidad o locura, porque se trataba de algo que nunca había oído contar, pero en ese momento me pareció una gran idea y estaba decidido a ponerla en práctica. Esparcí las vísceras de la destripada cierva y algunos pedazos de carne del cervatillo, y me senté con la espalda apoyada en el más grueso de los álamos que hallé por allí, para evitar que las alimañas me sorprendieran por detrás, y me cubrí con el cuerpo despatarrado de la hembra, de forma que parecía que me abrazaba, haciendo que su cabeza descansara sobre la mía. El sentir en las manos la daga y el venablo firmemente asidos me daba tranquilidad, aunque no tanta como hubiese querido.

Tritius hizo una pausa y clavó los ojos en los de su joven pariente, que le escuchaba de nuevo boquiabierto. Acto seguido, abrió mucho los ojos y acercó lentamente su barbado rostro al del muchacho, que fue retirándolo a la par que el otro se aproximaba,

hasta que no pudo hacerlo más y ambas caras quedaron a un palmo de distancia.

Cuando el viejo habló, su voz sonó aún más cavernosa que antes:

—El macho era muy grande y de color agrisado, y la hembra negra como el carbón. Se acercaron cautelosos, olisqueando y observando sin cesar todo cuanto se hallaba a su alrededor. Su instinto parecía prevenirlos, pero sus agudos sentidos no detectaban más que el olor a sangre y a comida fresca. Aguantando la respiración y con el corazón saliéndoseme del pecho, contemplé al lobo acercarse y olfatear el cadáver que me cubría. La visión de su afilado y peludo hocico y de sus grandes colmillos, a un palmo de mi fea cara, es lo más amenazador que recuerdo haber visto en mi vida —Cauceno se había olvidado hasta de respirar—. Entonces, sus ojos de azabache se clavaron en los míos, reculó lentamente y empezó a dentellar. Supe que me había descubierto. Rápido como el rayo, me abalancé sobre él con las manos por delante, como si fueran tenazas, hundiéndole daga y azagaya al mismo tiempo en ambos costados.

En ese momento, Tritius se enderezó en el asiento.

—Salí sin un rasguño —dijo a continuación, sonriendo satisfecho —. Fue un momento glorioso. ¡Un lobo! ¿Te das cuenta, Cauceno? ¡Había abatido al gran cazador, el animal al que casi todos los pueblos temen y veneran por considerarlo poco menos que un espíritu infernal habitante del inframundo! —la voz y los ojos del anciano temblaban de emoción—. Allí mismo lo despellejé y me comí crudo su sanguinolento corazón, y te puedo asegurar que con cada mordisco sentía que entraba en mí su fuerza, su astucia y su valor.

El muchacho iba de sorpresa en sorpresa.

—Por último, me vestí con su piel para empaparme de su olor. Aún tenía que encontrar el camino de regreso al poblado, y ese tufo era la mejor compañía para andar por aquellos bosques. Tardé dos jornadas en vislumbrar mis amadas montañas, las mismas donde ahora nos encontramos. Y, ¿sabes una cosa? A pesar de los peligros que sin duda acechaban por los bosques, ríos y desfiladeros que crucé, juro que en ningún momento sentí temor. Estaba convencido de que los dioses y el espíritu del gran lobo velaban por mí.

Los ojos brillaban y la boca permanecía abierta en su cara de pasmado.

—¡Eh, despierta! —le dijo su padre, propinándole un cachete en el cogote.

—Mírala, allí la tienes —continuó Tritius, señalándole con el dedo una enorme piel que aparecía clavada y extendida cabeza abajo en la pared frente al hogar—. Está algo polvorienta y ha

perdido su lustre, pero aún da miedo, ¿verdad? Con un buen lavado… Si quieres, puedes cubrirte con ella.

El muchacho miró a su padre expectante y con los ojos muy abiertos, y éste asintió con la cabeza. Entonces, muy despacio, como temeroso, se puso en pie y se acercó al muro, quedándose como extasiado ante aquel pellejo tan sólo iluminado por la oscilante y fuliginosa luz del fogón. Pasado un rato de muda contemplación, con gran emoción y respeto, se atrevió a pasar sus manos sobre el deslucido pelaje.

—Has oído la parte bonita de la historia —la memoria del viejo Tritius era inagotable y aún no había terminado de hablar. ¡Nunca terminada de hablar!—, pero has de saber que al poco tiempo los dioses me retiraron su favor y cayó sobre mí una desdicha, una gran desdicha —el semblante del anciano guerrero se había ensombrecido.

El muchacho, con las manos aún alzadas, giró el rostro y volvió a sumergirse en el relato.

—Apenas dos veranos habían pasado desde mi triunfal regreso, cuando un nuevo aspirante a hombre apareció con otro lobo, el muy…, y era aún más grande que el que yo abatí —dijo con aparente enojo—. ¿Sabes quién era? —Cauceno miró a su padre, pero éste se limitó a encogerse de hombros, divertido—. ¡Mi hermano Arquius! ¡Tu abuelo, Cauceno, tu abuelo! —recalcó—. Y todos se olvidaron de mi lobo y de mí. ¡Maldita sea!

ooOOoo

Dos jornadas después de su llegada, Camalus y dos guerreros del poblado cabalgaron hacia el norte.

No entraba en los planes del lusitano llegado del sur ser el mensajero que llevara a Maelo la noticia del fatal destino de Tántalo, pero Tritius pensó que nadie mejor que él para hacerlo, ya que de ese modo no habría riesgo de que la información se tergiversara o se olvidaran detalles importantes de lo sucedido.

—Te lo devolveré hecho todo un guerrero —le aseguró Tritius, mientras apretaba cariñosamente contra sí el cuerpo del impresionado muchacho.

Durante el tiempo que duró el viaje de su padre, Cauceno fue feliz, porque aquellos fueron días de mucho ajetreo en el inexpugnable poblado: caballos que necesitaban pastar y pasear, despensas que había que llenar con frutos y carne fresca para el invierno, pruebas de destreza con hondas, arcos y venablos que los jóvenes tenían que superar, rincones secretos que indagar…

# CAPÍTULO 5

**Año 478 a. C.**

**Finales de diciembre.**

**Centro de Lusitania. Poblado de Maelo.**

Lejos de mejorar, las cosas estaban empeorando.

Maelo paseaba su gran humanidad por la estancia principal de la vivienda como un oso enjaulado. Iba de un lado al otro, hablando solo y sin parar de refunfuñar, y bajo sus pasos el suelo retemblaba.

Y su humor empeoraba cada día.

Desde que aquel Camalus llegara, hacía ya dos lunas, para informarle de las noticias que corrían por el sur de Lusitania sobre la emboscada tendida por los carpetanos a Tántalo y a sus hombres, las escasas esperanzas que aún albergaba de verlos con vida se esfumaron completamente.

Era aquel, sin duda, el trance más amargo jamás vivido por los clanes del territorio, que en aquella nefasta expedición habían visto cómo se perdía buena parte de su juventud, la más animosa y aguerrida.

Les esperaba un muy largo y triste invierno.

Y, por si eso fuera poco, Caeno y Reburrus tampoco habían regresado de su viaje. "¿Qué les habrá ocurrido a esos dos?", se preguntaba una y otra vez, sin querer pensar que pudieran también estar muertos. La agónica espera empezaba a trastornarle.

Pero en la locura no iba a encontrar soluciones. No le quedaba más remedio que resignarse y cavilar muy bien sus siguientes pasos, porque, con maldición o sin ella, antes o después, carpetanos y vetones iban a sufrir en sus carnes la ira lusitana.

Reunir otra nutrida hueste no sería el mayor de los problemas, a pesar de que la noticia de la muerte de cuantos habían cabalgado con Tántalo sería un golpe muy duro para los clanes aliados. Pero eso no le preocupaba. Los lusitanos le temían más a la vergüenza que a la muerte y no faltarían guerreros dispuestos a cumplir la venganza.

Lo que sí le inquietaba era la noticia de la participación en la emboscada de vetones llegados del norte. ¿Por qué pueblos tan dispares se habían unido para combatir a los lusitanos? ¿Qué pacto tenían entre ellos?

Había esperado que Caeno y Reburrus le trajeran esas respuestas, pero el tiempo pasó y el invierno se les echó encima, y ellos tampoco regresaron.

Maelo, aunque trataba de disimularlo, bordeaba el abatimiento. ¿Qué estaba pasando? Parecía como si desde la marcha de su hijo una maldición recayera sobre cualquier lusitano del clan que se

aventurase por el sur de Carpetania.

Pero cuando mayor era su desaliento, unos rumores llegados del este arrojaron luz sobre el misterio e insuflaron en su alma un poco de ánimo.

Aunque con mucho retraso, hasta aquel perdido rincón de Lusitania había llegado la noticia de una frustrada invasión vaccea del norte de Carpetania llevada a cabo hacía dos primaveras. Según se contaba, los carpetanos consiguieron rechazar finalmente el ataque, aunque no lucharon solos: olcades y, sí, también vetones, los ayudaron. ¿Serían esos vetones los mismos que luego se les unieron para derrotar a Tántalo?

Eso tenía sentido.

Los vacceos, al cruzar sus fronteras, habían amenazado tanto a carpetanos como a vetones, provocando que se aliaran para hacer frente a la invasión. Quizás esa coalición aún se mantenía.

Sí, definitivamente, tenía sentido.

Y si eso había sido realmente así, un astuto y maligno plan estaba empezando a fraguarse en su cabeza. Si los carpetanos tenían sus aliados, los lusitanos buscarían los suyos.

No dudaba que aquellos vacceos derrotados estarían también deseosos de venganza, de modo que lo primero que haría en cuanto los pasos de montaña quedaran despejados sería enviar emisarios a sus tierras para ofrecerles un pacto.

Ningún vetón ni guerrero de los escarpes esperaría nunca un ataque lusitano desde el norte. Caerían sobre ellos y los aplastarían sin piedad, a todos: hombres, mujeres, niños y ancianos. A todos.

Tomó aire y lo exhaló por la boca lenta y sonoramente. Parecía como si su alma se hubiera desprendido de un gran peso.

Maelo desatrancó la portezuela del ventanuco y se asomó al exterior. El cortante frío y la pertinaz nevada tenían el cielo en tinieblas, el suelo enterrado bajo varios pies de nieve, el entorno silente y a la gente y a los animales cautivos en sus moradas.

El invierno, con sus gélidas temperaturas, con su oscuridad y sus brumas perpetuas, con sus fuertes lluvias y nevadas y con sus ventiscas, se había colado ya en las montañas de Lusitania, trayendo la calma y ralentizando la vida en el poblado y en los bosques.

Pero tras él, como siempre, volvería a lucir el sol.

Sonrió.

# CAPÍTULO 6

Año 477 a. C.

Primeros de marzo.

Este de Carpetania.

Desde que el joven Beles había alcanzado la condición de guerrero era feliz.

Su padre, Albenes, el todopoderoso jefe de aquel gran clan del este de Carpetania, fronterizo con las tierras de los olcades, había confiado en él desde el principio, encargándole la importante misión de vigilar todos sus dominios, tarea que él cumplía con sumo agrado.

Cabalgando por aquellos extensos y agrestes parajes y soñando con protagonizar grandes aventuras, se sentía el verdadero amo del territorio, con poder para hacer y deshacer a su antojo.

Y muy pronto, con gran consternación, las gentes de las aldeas vasallas se dieron cuenta de que sus vidas habían cambiado, y para mal, porque ahora, además de la obligación de entregarle a Albenes un tercio del fruto de su trabajo, en virtud del pacto de protección convenido con él, tenían que aguantar el caprichoso y abusivo comportamiento del hijo y de sus secuaces.

Todo empezó con pequeñas fechorías. Un día, entraban en las casas, se apoderaban de los pellejos de cerveza o hidromiel y bebían hasta hartarse. Otro, mataban un par de corderos o lechones, o un ternero, y allí mismo hacían que se los cocinasen. En la siguiente visita, si les apetecía, desalojaban de sus casas a unas cuantas familias y se quedaban a pasar la noche…

Al principio, los aldeanos se quejaban airadamente ante el jefe del clan, que los escuchaba con aparente atención y prometía tomar medidas para acabar con aquellas “chiquilladas”, como él las llamaba, pero, como todo quedaba en buenas palabras y los destrozos y las tropelías no sólo no cesaban sino que iban a más, acabaron por resignarse a su suerte y dejaron de denunciar los desmanes. Era mayor el temor a las represalias del hijo que la confianza en la autoridad del padre.

La situación, pues, no podía ser más satisfactoria para los engreídos guerreros, a los que el hecho de ver cómo sus acciones quedaban sin castigo dio nuevos ímpetus, y ya sólo era cuestión de tiempo que algo verdaderamente grave sucediera.

Y ese día no tardó en llegar.

Beles y algunos de los suyos irumpieron, pasado el medio día y “más sedientos que una manada de caballos en pleno estío”, en la aldea situada más al sureste del territorio, y después de acabar con sus reservas de cerveza, el propio hijo de Albenes abordó a una de

las mozas del poblado y, jaleado por sus amigos, empezó a manosearla, sin preocuparle que sus padres estuvieran delante.

De inmediato, el enfurecido aldeano intervino, interponiéndose entre ambos y propinándole al ebrio guerrero un empujón que dio con él en tierra, lo que provocó la ira de sus compañeros, que se le echaron encima y lo molieron a golpes, dejándolo muy maltrecho.

—Tu hijo Beles y cuatro de sus matones llegaron a media mañana de ayer a la aldea, avasallando a la gente, persiguiendo y desperdigando el ganado, probando su puntería con las cántaras de leche… —quien hablaba era un hombre no muy alto y ya maduro, recio y enjuto de carnes, con la piel endurecida por el sol y la intemperie, una barba espesa que le comía gran parte del rostro y la frente surcada de arrugas. Tenía el cabello cano y las manos muy velludas—. Después de beberse nuestra cerveza, tu hijo agredió a una de nuestras jóvenes y cuando su padre trató de evitarlo, le golpearon… —su voz, hasta ahora cargada de rabia, se quebró—, hasta casi matarlo.

—¡Vaya, eso no se puede consentir! Tendré que hablar seriamente con él —se limitó a responder el jefe del clan, cuyo irónico rostro reflejaba claramente la poca importancia que le daba a lo sucedido—. Ese muchacho tiene los oídos muy duros y la sangre demasiado caliente.

El campesino, asqueado por la actitud de Albenes, guardó silencio durante unos momentos, conteniendo a duras penas la ira que le ascendía en oleadas por la garganta y le impulsaba a abalanzarse sobre aquel hombre, agarrarlo por el cuello y ahogarlo allí mismo.

—¿Eso es todo lo que piensas hacer? ¿Hablar “seriamente” con ese matón? —le espetó encolerizado—. Escucha, Albenes, he dicho que casi matan a uno de los hombres que están bajo tu protección. Son ya muchas las veces que tu hijo y sus amigos nos insultan y maltratan sin que tú hagas nada por impedirlo. ¡Pero nunca hasta ahora esos cobardes se habían atrevido a tanto…!

—¡No son unos cobardes! —corrigió, ofendido, el señor del clan, poniéndose en pie con sumo ímpetu—. Son jóvenes, y necesitan…, acción. Es su forma de desfogarse.

—¡Son unos cobardes! —repitió el aldeano, con los puños apretados y cada vez más furioso—. Si quieren…, desfogarse de verdad, que crucen la frontera, que la tienen muy cerca, y demuestren su valor enfrentándose a los olcades, a guerreros como ellos, y no a muchachas y a campesinos desarmados. A eso no se atreven, ¿verdad?

El jefe del clan permanecía erguido y mudo, con la cara enrojecida y los ojos echando chispas.

—Hablar ya no es suficiente, Albenes, lo que han hecho es intolerable, y tú lo sabes. Cada vez que dejas sin castigo sus abusos, mayores barbaridades cometen. ¡Exijo un escarmiento!

—¿Exiges? ¿Tú, Orsua, te atreves a exigirme…, a mí…? —le espetó, al tiempo que daba un paso adelante y asía a su vasallo por la pechera, zarandeándolo y empujándolo violentamente al suelo—. ¡Es la última vez que insultas a mi hijo o a alguno de mis guerreros! Vuelve a tu cubil y reza para que no vaya a tu aldea y la queme con todos vosotros dentro. ¡Fuera! ¡Largo de aquí, asqueroso gusano!

ooOOoo

Al día siguiente, por sorpresa, Beles y una docena de sus secuaces reaparecieron por la aldea. Sólo el ver los rostros de angustia y temor de aquellas gentes les llenó de satisfacción.

Y en esa ocasión, el recelo de los aldeanos estaba más que justificado, porque la saña y el insano placer con los que los guerreros actuaron fueron tremebundos.

Cumplían órdenes.

—Amedrentad y castigad a esos aldeanos insolentes y metedlos en cintura. Que aprendan a callarse y a obedecer —les había mandado Albenes—. Pero tampoco os excedáis. No quiero que nadie muera. Al fin y al cabo —y sonreía al decirlo— son brazos que dejarían de trabajar para nosotros.

Así pues, ante los encolerizados e indefensos lugareños, los hombres de Beles sembraron el caos en la aldea, diezmando el ganado y destrozando porches y techumbres, depósitos de agua, huertos y cercados. Después, cuando ya apenas quedaba algo por destrozar, el cabecilla y tres de sus allegados buscaron a la joven a la que habían agredido en su última visita, la arrastraron al interior de su propia casa y, delante de sus padres, en la misma estancia en la que su progenitor, tendido en un humilde camastro, se recuperaba de las graves heridas que ellos mismos le habían causado, la doblaron sobre la tosca mesa que había y la violaron repetidamente, uno tras otro.

La madre de la desdichada joven, una mujer ya madura, agriada y resignada a la dura vida de trabajo y servidumbre, se había transformado en un animal salvaje, que aullaba, arañaba, lanzaba dentelladas y se contorsionaba enloquecida, en un inútil intento por desasirse de los brazos que la sujetaban y ayudar a su hija, hasta que un fuerte puñetazo en el rostro la hizo perder la conciencia.

El padre tuvo peor suerte. Tras contemplar las lágrimas de sufrimiento y vergüenza de su amada hija, y cómo aquellos canallas consumaban su vileza, mientras se mofaban de él y de sus vanos esfuerzos por incorporarse y socorrerla, un fulminante y agudísimo

pinchazo en el pecho le rompió el corazón.

Su congestionado rostro, cuyos desorbitados ojos, por capricho de los hados, habían quedado fijos en los del desalmado Beles, semejaba una máscara infernal.

—¡Ni se os ocurra alimentaros con la carne de esos animales —advirtió el jactancioso cabecilla de la horda a los aldeanos, refiriéndose a todos cuantos habían alanceado poco antes—. ¡La caza es para el cazador! Mañana los cocinaréis para nosotros. ¿Lo habéis entendido? —el sentimiento de humillación de los aldeanos era absoluto. Pero aún quedaba una última burla antes de que aquellos canallas se marcharan—. Ah, y no penséis que esta desgracia que os han traído los dioses os librará de seguir pagando el tributo que debéis a mi padre por…, protegeros —recalcó con escarnio, escupiendo después al suelo.

Las carcajadas de los bandidos se seguían escuchando aún después de que sus figuras se hubieran perdido entre el boscaje.

ooOOoo

El abatimiento y la indignación entre aquellos hombres eran inmensos, tanto o más que su sensación de desamparo. Se miraban entre sí y callaban, porque no había palabras para expresar sus sentimientos, y tan sólo los llantos y las invocaciones de auxilio a los dioses proferidas por las mujeres rompían el tenso silencio.

Pero ni los lloros, ni las lamentaciones les devolverían un ápice de lo perdido, ni les defenderían de futuros ataques. En verdad, fríamente visto, sólo podían hacer dos cosas: quedarse, y vivir o morir al capricho de Albenes y de su malvado hijo, o irse, abandonar aquellas tierras para siempre y buscar otro señor al que servir.

Era costumbre entre los carpetanos y el resto de pueblos que habitaban la gran Meseta que sus jóvenes, superadas la mocedad y las pruebas de capacitación para entrar a formar parte de la élite guerrera, formaran cuadrillas de merodeadores y traspasaran las fronteras en busca de botín. Así había sido siempre, y por eso, para evitar ser víctimas de estos bandidos, las pequeñas aldeas buscaban la protección de los fuertes. A ellos no les había ido mal y desde hacía muchas generaciones no sufrían asaltos importantes. Cada cual cumplía con lo pactado y reinaba la paz.

Pero desde que Beles cabalgaba por aquellos territorios, las cosas habían cambiado. De los olcades o de los titos, incluso de los más alejados belos, podían esperar algún ataque, pero lo que nunca hubieran imaginado era que fuesen sus propios hermanos carpetanos quienes los agredieran tan cruelmente.

¿Qué hacer cuando quien te ataca y esquilma es el que debe

defenderte?

—No podemos enfrentarnos a ellos.

La mayoría de los lugareños se hallaban reunidos en el centro de la aldea y daban rienda suelta a la rabia y frustración acumuladas.

—Solos no, pero… Las otras aldeas están también al borde de la rebelión y..., quizás…

—Horcas y azadas contra espadas y lanzas. Bonita manera de luchar. Si lo que queremos es suicidarnos, yo conozco maneras más sencillas.

—Es verdad, no somos guerreros y, desgraciadamente, en estas tierras nadie tiene la fuerza ni las ganas de enfrentarse a Albenes. Todos lo sabéis.

—¿Y los olcades? Podríamos pedirles ayuda. Si nos defienden, trabajaríamos para ellos.

—¡Qué iluso eres! Esto es Carpetania, y los olcades no van a provocar una guerra con sus vecinos por proteger unas aldehuelas de mala muerte.

Mientras discutían, Orsua, el personaje más enérgico de la aldea, guardaba silencio.

—Pues algo hay que hacer. Cualquier cosa menos seguir arrastrándonos y besando los pies que nos patean.

—¡Yo tampoco aguanto más…!

—¡Y mañana volverán…! —concluyó el primero de los que había hablado, a modo de sombrío epitafio.

Tras el angustioso silencio que siguió a estas últimas palabras, el barbado cabecilla intervino con determinación:

—Tenéis razón, no podemos seguir así. Todos me conocéis y si decidimos luchar, lucharé. Pero… —lo que iba a decir a continuación era muy importante, suponía arrancar sus raíces, romper con todos los vínculos que desde tiempo inmemorial les ataban a aquella tierra, por eso, antes de continuar, respiró profundamente—…, si no queréis enfrentaros a Beles y a sus guerreros, ahora mismo partiré hacia territorio olcade y…, si nos lo permiten, levantaremos nuestra aldea en sus dominios. No somos guerreros y, por lo tanto no estamos obligados a…

—¡Pero somos hombres y somos carpetanos! —le interrumpió con vehemencia un muchacho apenas salido de la adolescencia—. Abandonar nuestra tierra sería una cobardía.

—Donde no hay esperanza, no hay deshonor —sentenció Orsua.

Todos habían vibrado y sentido una punzada de vergüenza con las palabras del joven, pero para la mayoría de aquellos hombres, un campesino cobarde era mejor que uno heroico…, muerto.

—¡Me parece bien! —se atrevió a decir uno de los presentes, ante el persistente mutismo en que habían caído los demás—. Si

cruzamos la frontera, Beles y sus “valientes” guerreros no se atreverán a atacarnos.

—¡Tienes razón! ¡Se acabó el trabajar para el verdugo! —corroboró otro de los aldeanos, mientras los demás congregados, aunque sin el menor entusiasmo, se sumaban, a la decisión.

—En cuanto a lo de mañana… —prosiguió Orsua cuando cesaron los murmullos—. Oídme…

ooOOoo

—Yo creía que Carpetania era un remanso de paz, donde todos os llevabais bien y vivíais felices —el que hablaba era Clouto, el jefe del clan olcade fronterizo con aquella parte de Carpetania.

—Y así ha sido siempre en esta parte del territorio —manifestó el aldeano recién llegado—. Hasta ahora.

—Dices bien, carpetano, “en esta parte del territorio”, porque hace tiempo nos llegaron noticias de que sufristeis una invasión vaccea por el oeste...

—Sí, hace dos primaveras. Pero fue rechazada por nuestros guerreros —añadió orgulloso.

—Por vuestros guerreros…, y también por los nuestros —añadió Clouto—. Creo que vetones y olcades lucharon a vuestro lado.

—Sí, es cierto —admitió Orsua—. ¡Ojalá ocurriera aquí lo mismo y alguien viniera a socorrernos! Los que lucharon sí debían ser grandes guerreros, no como Beles y sus malditos jinetes.

—¿A qué te refieres?

—A que ahora cualquier joven con un caballo y una lanza se cree con derecho a abusar de los demás, siempre, claro, que los demás no puedan defenderse.

—¿Es eso lo que está ocurriendo en vuestra aldea?

—En la nuestra y también en las vecinas. El hijo de nuestro señor se dedica a robarnos, maltratarnos y violar a nuestras hijas. Si tuvieran enfrente a guerreros de verdad, huirían como conejos.

—Pues uno de esos “guerreros de verdad”, de los que acudieron entonces en vuestra ayuda, era hijo de este poblado —añadió el olcade con no menor orgullo—. Torsino se llama.

—Torsino… —repitió el carpetano maquinalmente.

—Sí, ese es su nombre. Y de vuelta de la guerra pasó por aquí a ver a un hermano. Amigo, te aseguro que con unos pocos como él se acabarían vuestros problemas.

—Sí, yo también estoy seguro —suspiró con tristeza el carpetano.

—Según contó —continuó Clouto—, él y los demás olcades vinieron del lejano este, de las tierras por donde se levanta el sol, para ayudar a su antiguo jefe, un tal Ablón, también hijo de estas

tierras, un tipo muy peligroso, y buen amigo de los tuyos, tanto que, según dijo Torsino, ahora vive en Carpetania, en las montañas del noroeste.

—En efecto, en la llamada Sierra de Ramaro, que hace de frontera con los vacceos —confirmó Orsua—. También nosotros conocemos la historia.

Tras unos momentos de silencio, el jefe olcade, frunció el entrecejo y retomó la palabra:

—Estoy pensando… Escucha Orsua. Antes de abandonar tu poblado…, ¿por qué no buscas su ayuda, la ayuda de tu propia gente? —hizo una breve pausa y después prosiguió—. Si cabalgas deprisa, en menos de una jornada llegarás a esa Sierra donde vive Ablón. Habla con él y sabrás a qué atenerte.

Orsua se quedó pensativo, acariciándose la hirsuta barba.

—Y si no consigues convencerle —añadió a continuación—, abandonáis Carpetania y os venís con nosotros. ¿Qué te parece?

No era mala idea, y tampoco perdía nada con intentarlo, un par de jornadas a lo sumo. No conocía bien los caminos que conducían a las montañas que habían sido escenario de aquella guerra, pero sólo tenía que dirigirse hacia el noroeste y seguir el curso que marcaban las estribaciones de la gran cordillera. Confiaba en no extraviarse.

—Me parece bien lo que propones —repuso tras corta cavilación —. Sí, iré hasta allí, aunque creo que será perder el tiempo. ¿Quién va a hacer caso a un pobre campesino que vive al otro lado del mundo?

—No seas agorero —le reprochó el olcade—. Pero si tienes razón, te das la vuelta, recoges a tu gente y te vienes. Aunque —continuó Clouto con gesto malicioso—, no sé por qué, tengo el presentimiento de que…, si les dices que te envía el hermano de Torsino… —el rostro del carpetano se iluminó de repente.

—Torsino… —volvió a susurrar Orsua, mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa.

—Ellos vinieron de más lejos para ayudarlos… —le recordó el astuto Clouto.

ooOOoo

Beles cumplió su amenaza, pero no lo hizo el día que había anunciado, sino el siguiente, y no fue lo que vio lo que le hizo enfurecer, sino, precisamente, lo que no vio.

Ninguna mujer, ni joven, ni niña, ni anciana, había en la aldea.

Aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir, él y su nutrida hueste actuaron con toda normalidad, como si aquella circunstancia no les afectara, es decir, se zamparon el choto que

habían abatido dos días antes, apalearon salvajemente, entre risas y burlas, a los dos aldeanos que se lo habían cocinado, a uno por no estar la carne a su gusto y al otro por no haber sido capaz de hallar en todo el poblado ni un maldito odre de cerveza, y después les quemaron sus chozas.

—Y os lo aviso —rugió iracundo el hijo de Albenes antes de partir—, si la próxima vez que vengamos no están aquí las mujeres, arrasaremos el poblado y lo quemaremos todo, vosotros incluidos.

Y para asegurarse de que los aldeanos no escaparan al castigo, Beles decidió que cuatro de aquellos miserables permanecieran en el poblado, custodiándolos, lo que cumplieron de inmediato, encerrando a todos los vecinos en el establo.

A la mañana siguiente, el que actuaba de jefe del cuarteto, que no era sino el más fuerte y corpulento de ellos, se presentó ante los aldeanos:

—No sé cuando regresará Beles —les señaló con semblante amenazador—, quizás aparezca hoy mismo. Y ya oísteis lo que dijo: si las mujeres no están aquí cuando vuelva, esta cuadra será vuestra pira funeraria. ¿Qué vais a hacer? —les preguntó con desprecio, cruzándose de brazos.

Los aldeanos no necesitaban que nadie les recordara aquella amenaza, precisamente no habían hablado de otra cosa durante la larga noche. Al final habían optado por la decisión menos mala, es decir, que entre la seguridad de morir todos abrasados allí dentro y la de que algunas de las mujeres fueran maltratadas y forzadas, preferían esta última.

—Iremos a buscarlas —repuso uno de los encerrados después de un breve cruce de miradas con sus compañeros.

—Ya veo que no queréis morir —comentó de inmediato el guerrero, al tiempo que sus labios dibujaban una burlona sonrisa.

Los hombres de la aldea bajaron las cabezas avergonzados. Todos, menos uno.

—He dicho que iremos a buscarlas —recalcó el portavoz del grupo—, no que las traeríamos. Ellas decidirán nuestro destino —añadió con firmeza, aunque sin pizca de insolencia.

—Sí, sí, claro —sonrió el canalla. Y a continuación les apremió a ponerse en marcha— ¡Vamos, héroes! ¿A qué esperáis? Beles puede aparecer en cualquier momento. ¡Id dos de vosotros a buscarlas! ¡Deprisa!

Las mujeres, siguiendo la idea de Orsua, se habían dispersado por los bosques próximos, para evitar que si Beles decidía ir en su busca y las encontraba, al menos no todas cayeran en su poder, lo que hizo que reunirlas llevara su tiempo.

Cuando los dos enviados les contaron lo sucedido y la situación

en que se encontraban los demás, ellas decidieron unánimemente regresar al poblado y confiar su suerte a los dioses, porque, de no hacerlo, ninguna dudaba que Beles cumpliría su amenaza y quemaría vivos a hombres y a jóvenes.

ooOOoo

Un rumor de voces creciente llamó la atención de los cuatro guerreros que permanecían en la aldea de Orsua, que en ese momento daban buena cuenta de un asado dentro de una de las viviendas.

Al salir al exterior, observaron con agrado cómo, en la arenosa plazuela alrededor de la cual se alzaban la mayoría de las humildes casas, se concentraba un cuantioso grupo de gente. Los guerreros se miraron y sonrieron malévolamente.

Las mujeres habían regresado.

—Amigos —señaló satisfecho el más corpulento de ellos, al tiempo que le daba un buen bocado al grasiento pedazo de carne que portaba en su mano izquierda—, parece que por fin vamos a divertirnos.

Los aldeanos, al verlos acercarse cesaron en sus murmullos y, de manera instintiva, se arremolinaron en torno a las mujeres, en un loable intento por protegerlas.

El cabecilla de los vigilantes sonrió entre dientes y, tras arrojar al suelo el suculento trozo de carne, irrumpió entre los campesinos, abriéndose paso como un toro entre corderos. Tras quitarse de en medio a empujones y codazos a varios de ellos, se detuvo, relamiéndose de gusto.

Ya tenía las hembras a la vista.

Sonriente, sin apartar de ellas su anhelante mirada, se dirigió con determinación hacia el curtido aldeano que aún se obstinaba en no cederle el paso, y lo embistió con su corpachón con intención de derribarlo.

Pero, para su sorpresa, aquel hombre grueso, de mediana estatura, arrugado rostro y pelo recogido en una coleta, aguantó el empujón sin retroceder ni un paso. El asombrado guerrero creyó haber chocado contra una roca.

Su rostro enrojeció de ira y durante unos momentos pareció que se abalanzaría sobre el terco aldeano y le haría pagar muy cara su osadía. Todos contenían la respiración. Pero el guerrero estaba ese día de muy buen humor y se limitó a palmearle varias veces el hombro y asentir con la cabeza, en un gesto de fingida admiración.

Tras rodear al lugareño, se situó frente a las mujeres, y tras examinarlas larga y morbosamente, escogió a las que le parecieron más atractivas y las separó del resto.

Acto seguido, sin prestar atención a las miradas de odio que la gente le dirigía, agarró a una de ellas por el brazo y se encaminó hacia la casa en la que se habían instalado.

—A mí también me gusta esa —se atrevió a apuntar uno de sus compañeros cuando aquel pasó ante él.

—Pues, si la quieres, tendrás que esperar a que yo termine con ella —le espetó sin detenerse.

—Pero…

—Pero, ¿qué? —le desafió.

En medio de un tenso silencio, el pulso de miradas entre ambos se mantuvo durante unos momentos, hasta que le puso fin la joven carpetana, la cual, inesperadamente, de un fuerte tirón, se desasió del guerrero y corrió a protegerse nuevamente tras el aldeano de la coleta.

La reacción del fornido guerrero no se hizo esperar. Apretó los puños, frunció el ceño y, renegando, se dirigió hacia la pareja, decidido a castigar la rebeldía de aquella jovenzuela, que acababa de ponerle en ridículo delante de todos.

El guerrero se acercaba y en sus ojos podía leerse un claro mensaje de advertencia dirigido al osado aldeano:

¡Apártate o acabaré contigo!

Pero el hombre no daba muestras de ser consciente del peligro que corría y, el muy imbécil, permanecía impasible delante de la muchacha.

El guerrero de Beles avanzaba con mirada y paso firme, pero, a pesar de ello, no las tenía todas consigo, algo en el interior de su cabeza le decía que no se fiara de aquel tipo. El anterior encontronazo y el recuerdo de la dureza de aquel grueso cuerpo le aconsejaban prudencia, pero…

“¡Qué demonios, si no es más que un viejo campesino!”, se dijo.

No obstante, extrajo su daga, esperando que ese gesto hiciera comprender al aldeano que esta vez el ataque iba en serio.

Pero en ese momento ocurrió lo imprevisto: de entre el gentío, alguien arrojó una lanza, que el veterano atrapó en el aire con pasmosa destreza, para inmediatamente después, con gesto resuelto y sin perder de vista a su oponente, apoyarla en el suelo con la punta hacia arriba, en actitud desafiante.

El guerrero se detuvo bruscamente. Ahora se arrepentía de haber salido de la casa armado únicamente con su puñal. Si aquel hombre, como parecía, sabía cómo utilizar una lanza, tendría problemas. Pero no era el momento de dudar, todos los ojos estaban puestos en él, y su autoridad sobre aquellas gentes, y también sobre sus propios compañeros, se hallaba en entredicho.

—Lanza contra daga… No es un combate justo, ¿no te parece?

—dijo el matón tratando de ganar tiempo y distraer a su adversario.

—Un gran guerrero contra una muchacha tampoco lo es, ¿no te parece? —le replicó sin moverse un ápice.

—Yo no voy a pelearme con ella, todo lo contrario, la voy a tratar muy bien —repuso el joven con ladina sonrisa, mientras sus amigos coreaban con risas la gracia.

De repente, de un salto, acortó la distancia que le separaba del lancero y, aunque sabía que estaba todavía fuera de distancia, amagó una cuchillada contra sus prominentes tripas. Pero, increíblemente, su movimiento no provocó en él reacción alguna.

Receloso, avanzó medio paso más y fingió otro ataque, aunque con igual resultado. Parecía como si el miedo hubiese paralizado a aquel hombre.

“Bien, no te muevas, quédate ahí quieto un poquito más”, murmuró entre dientes el guerrero.

La tercera acometida no quedó ya en amenaza. Con un fulgor asesino en los ojos, se arrojó con ímpetu sobre el inmóvil aldeano, dibujando en el aire con su daga un relampagueante movimiento semicircular cuyo objetivo era el ancho cuello de su oponente.

Pero el puñal no encontró carne donde herir.

En una veloz sucesión de certeras y combinadas acciones, más propias de un curtido guerrero que de un aldeano, el hombre paró primero su brazo con el asta de la lanza, desarmándole, y acto seguido golpeó con ella su rostro, derribándole en tierra medio conmocionado.

En seguida, un agudísimo golpe en el pecho le sacó de su aturdimiento. Abrió los ojos y gritó de espanto al observar cómo la ancha punta de la lanza penetraba en su cuerpo, astillándole las vértebras con un chasquido horrible y envolviéndole en tinieblas.

En un momento, la situación para los tres guerreros de Beles había cambiado y el asombro y la angustia se reflejaban en sus atemorizados rostros. Su amigo, el más fuerte y diestro de ellos, llamaba ya a las puertas del cielo, y la muerte, en forma de decenas de rostros crispados y amenazadoras miradas, se cernía inexorable a su alrededor.

Los tres extrajeron sus dagas y, hombro con hombro, empezaron a retroceder hacia la casa donde habían dejado el resto de sus armas, pero entonces, de repente, varios jóvenes provistos de lanzas, espadas y escudos surgieron desde detrás de la cabaña, cerrándoles el paso.

—¿Qué vais a hacer? Nosotros no tenemos culpa de nada —señaló consternado uno de los atrapados, dirigiendo la mirada a su alrededor repetida y desesperadamente—. Obedecíamos a Beles y...

—Beles no está ahora aquí —le interrumpió Orsua secamente—.

Habéis demostrado que sois muy valientes abusando de mujeres y apaleando campesinos. Ahora queremos veros pelear contra guerreros de verdad.

—¿Guerreros…, de verdad? —preguntó palideciendo ostensiblemente, y mirando en torno a sí con ojo alerta —. Pero…, no tenemos con qué luchar… Dejadnos coger nuestras armas.

—Tenéis más de las que merecéis.

Los tres jóvenes no sabían qué hacer, ni qué decir. Veían cómo los lugareños, con semblante hosco y armados con horcas, palos y azadas, estrechaban lentamente el cerco en derredor. No tenían escapatoria, o morían luchando o se rendían, y que los dioses decidieran su suerte.

De pronto, uno de ellos, con los ojos desorbitados por el miedo, arrojó su daga al suelo y cayó de rodillas, gimoteando:

—Perdonadme, no quiero morir —su voz sonaba entrecortada por las lágrimas que intentaba contener.

En seguida, uno de sus compañeros le imitó, mientras que el otro, el que le había discutido al ahora muerto el derecho a la hembra, permanecía erguido y con gesto visiblemente asqueado ante la cobarde reacción de sus amigos.

Apretó con fuerza entre los dedos el pomo de su daga y levantó la vista. Un bosque de picudas horcas y afilados azadones le cerraba el paso. No había escapatoria, pero para un guerrero la muerte es tan sólo la puerta de entrada a la morada de los dioses.

Y no lo pensó más. Tratando de sorprender a aquellos hombres, no atacó a los que le venían de frente, sino que, repentinamente, se giró y se lanzó rugiendo y ciego de rabia, con el puñal por delante, contra los situados a su espalda.

Su propio impulso y la firmeza con que el aldeano sostenía su tosca arma, hicieron que una de las dos puntas de un horcón penetrara en su vientre, le atravesara los intestinos y asomara espantosamente por el otro lado del cuerpo. Un torrente de sangre corrió por el asta de madera bañando las manos del campesino.

De inmediato, mientras el joven boqueaba de manera desesperada, las tres puntas de otra horca penetraron por su costado derecho, destrozándole la caja torácica y cuantas vértebras encontró a su paso. El crujir de los huesos fue escalofriante.

Mientras el guerrero así ensartado, con los ojos en blanco, aullaba de dolor y se convulsionaba pavorosamente, ambos aldeanos, en medio de un gran alborozo, lo levantaron en vilo con sus horcas y lo mantuvieron por encima de sus cabezas como si de un gran trofeo se tratara.

Ante tales muestras de brutalidad, sus dos compañeros, aterrorizados, lloraban y temblaban por sus vidas. Hasta uno de

ellos se orinó encima.

Alzaron la vista. La multitud, encabezada por un grupo de hombres de rostros descompuestos y mirada enloquecida, se acercaba. Cualquiera que los viera no reconocería en ellos a los sencillos y sumisos lugareños que hasta entonces habían agachado la cabeza y soportado en silencio todos sus desprecios, golpes y humillaciones. Ahora, toda aquella rabia y odio acumulados habían estallado de golpe, transformándolos en fieras salvajes sedientas de sangre.

Entonces, cuando la exacerbada multitud estaba a punto de descontrolarse y saltar sobre los dos jóvenes y despedazarlos vivos, Orsua los detuvo:

—¡Alto! —les ordenó con voz potente, alzando los brazos e interponiéndose con determinación en su camino—. ¡Esperad!

—¿A qué hay que esperar? ¡Apártate y deja que les demos su merecido a esos dos cobardes!

—Un momento, amigos —Orsua permanecía firme en su lugar, de cara sus paisanos—. Escuchadme. Estos dos muchachos puede que no sean tan desalmados como sus compañeros. Quizás sólo cumplían órdenes de Beles.

Una luz de esperanza brilló en los rostros de los dos guerreros, que se apresuraron a asentir y a culpar a su jefe de todos los desmanes cometidos.

—Lo veis —prosiguió el cabecilla de los aldeanos—. No podemos matarlos, así, sin más. Tal vez los dioses quieran mantenerlos con vida.

Los lugareños no entendían lo que estaba sucediendo. Parecía como si Orsua, siempre uno de los más furibundos defensores de devolver los golpes, quisiese ahora perdonar a aquellos dos malnacidos, tan culpables y aprovechados como los otros de las iniquidades cometidas. Sólo su propia confusión y el gran respeto que le tenían les impedían, por el momento, apartarle a un lado y cumplir su venganza.

—Creo que merecen una oportunidad —concluyó el bravo campesino, poniendo fin a su discurso con un ostensible guiño de complicidad, que relajó inmediatamente la tensión del gentío.

Quienes se hallaban a espaldas de Orsua y, por lo tanto, no habían percibido su señal, seguían sumidos en la confusión, pero el observar cómo los demás aceptaban la propuesta, permanecieron en silencio y a la espera de acontecimientos.

Por su parte, los dos jóvenes seguían postrados en tierra; la firme actitud de aquel inesperado valedor les hacía concebir la esperanza de continuar con vida.

Cuando Orsua se giró hacia ellos y los miró, ambos contuvieron

la respiración. De lo que aquel hombre ahora dijera, y cómo lo dijera, dependía su destino.

—¡Vamos, "valientes", poneos en pie y contemplad a estos hombres! —rugió Orsua con el rostro enrojecido de ira, haciendo que sus ilusiones casi se esfumaran—. ¡Vedlos bien! —ambos obedecieron, mientras con mirada temerosa contemplaban la compacta hilera de rostros que los aldeanos formaban ante ellos—. ¿Sabéis quiénes son? Son los padres de las muchachas que pensabais violar.

Al oír aquello, los dos jóvenes sintieron como si un mazo los hubiera golpeado en el bajo vientre y, de nuevo, cayeron de rodillas implorando por su vida.

—¡Tú! —continuó Orsua con voz imperativa, propinándole una fuerte patada en el costado al que tenía más cerca, un muchacho espigado, de cabello oscuro y rostro aniñado, que rodó por tierra gimiendo de dolor—. Escoge a uno... Si los dioses guían tu mano, tal vez vivas —mintió con voz maliciosa.

El asombro que causó semejante orden fue general, y no sólo se reflejó en el semblante del joven guerrero, que, después de alzar la vista y pasearla por un instante por los rostros de los campesinos que le observaban enfurecidos, no parecía atreverse a elegir.

—¡Te he dicho que escojas! —exclamó Orsua ante la acobardada actitud del joven.

La reacción del interpelado no se hizo esperar. Tornó a bajar la mirada, levantó una mano temblorosa y señaló a uno de ellos sin saber muy bien cuál.

—¡Vaya, lo siento! —sentenció el hombre, tratando de que su voz no sonara demasiado mordaz—. No has tenido suerte —y dirigiéndose al aldeano designado, añadió—. ¡Coedo, es tuyo!

—¡Noooooo! ¡Por favor! —suplicó el muchacho, acongojado.

El hombre, impertérrito y con la vista clavada en el muchacho, se acercó a él con el azadón firmemente asido. Al llegar a su lado, lo tomó con ambas manos, lo elevó por encima de su cabeza y…

El joven, con el rostro demudado, le miraba con los ojos anegados de lágrimas y levantaba sus brazos tratando de protegerse del mortal golpe.

"Podría ser mi hijo", pensó el aldeano, y la duda le asaltó.

Cada vez que veía a aquellos canallas cometer desmanes y abusar de ellos, había deseado su muerte. Pero ejecutarlo él mismo… un sencillo lugareño que jamás había matado a nadie, que ni siquiera había blandido una espada…

Todo era silencio y expectación a su alrededor. Parecía como si, finalmente, aquellos hombres hubieran tomado conciencia de la barbaridad que estaban cometiendo y recobrado su ancestral

resignación.

Entonces, inesperadamente, Coedo profirió un prolongado alarido y descargó la tosca herramienta con fiereza sobre la cabeza del muchacho, no una, sino varias veces, destrozándosela por completo con su afilada pala de hierro, al tiempo que otros gritos de horror se elevaban al cielo.

El rostro de su hija, a la que imaginaba obligada a satisfacer los abyectos deseos de aquellos desalmados, había eclipsado todo buen sentimiento que pudiera albergar su corazón.

Ante visión tan salvaje, el otro joven guerrero pareció perder la razón. De un salto se puso en pie y, con la mirada extraviada y un llanto convulso e incontenible, empezó a correr de un lado a otro, buscando inútilmente una salida a aquel círculo de horror y muerte. Pero estaba rodeado y allí donde su locura le llevaba era rechazado a patadas y puñetazos.

Por último, cuando ya no pudo levantarse, se abalanzaron sobre él y entre todos lo reventaron a golpes.

ooOOoo

Ni Ablón, que se mantenía a un lado, armado todavía con la ensangrentada lanza con la que había mandado al Otro Mundo al primero de los guerreros, ni ninguno de los suyos, habían intervenido para evitar aquella explosión de salvajismo de los aldeanos. Habían acudido hasta allí porque no podían quedarse cruzados de brazos mientras unas pobres gentes eran sometidas, injusta y prolongadamente, al abuso de unos miserables, pero, en verdad, aquella no era su guerra.

Como viejo luchador, lo suyo había sido siempre el enfrentamiento con el enemigo cara a cara, con las armas en la mano, no el ensañamiento contra hombres indefensos. Cuando un guerrero sufría una muerte ignominiosa, él lo lamentaba, pero allí no había ningún guerrero, los unos, eran simples aldeanos, y los otros, unos canallas, de modo que su corazón ni sufrió, ni se conmovió lo más mínimo por aquellas jóvenes muertes. Sus ojos habían visto cosas mucho peores.

Pasada la euforia y la locura de los primeros momentos, sosegados los espíritus, tocaba hacer balance de la situación.

Tanto en sus silencios como en sus miradas se percibía claramente que habían tomado conciencia de la salvajada que acababan de cometer, pero no había reproche en sus ojos, es más, en lo más profundo de sus almas se sentían orgullosos de haber salvado a sus hijas y mujeres y mandado al infierno a cuatro desalmados.

Pero, ahora, grandes nubarrones se cernían sobre ellos, porque

Beles regresaría más pronto que tarde, y entonces…

—Lo mejor que podemos hacer es irnos —propuso uno de ellos —. Cargar nuestras cosas y marcharnos con los olcades.

—Sí —corroboró otro—, permanecer aquí sería una locura, una más. No tentemos a la suerte.

Pero Orsua no estaba de acuerdo:

—Escuchad. Ninguno de estos miserables que hemos matado es el verdadero culpable de cuanto nos ha ocurrido. Todos lo sabéis. Si ahora nos vamos, Beles seguirá haciendo de las suyas, y cada muerte o vileza que cometa en las otras aldeas, que las cometerá —subrayó—, se convertirá en un padecimiento que nos mortificará y acompañará siempre.

—Pero nosotros no tenemos culpa alguna de lo que les ocurra a otros. Hemos hecho lo que debíamos. Ahora, que cada aldea se defienda como pueda.

—Eso es verdad, pero también lo es que hemos matado a cuatro hombres, a cuatro guerreros de Beles y que su venganza caerá sobre gente inocente, tan inocente como lo éramos nosotros —el recio lugareño paseó lentamente la mirada por los rostros de sus compañeros—. Yo me pongo en su lugar y…, no me parece justo que si otros hubieran despertado la ira de Beles, los hombres y mujeres de esta aldea pagaran por ello. Además, algunos tenéis parientes entre ellos. ¿Vais a abandonarlos?

—Pero esta vez será muy difícil sorprenderlos. No nos engañemos, hoy los dioses se han puesto de nuestro lado. Estos cuatro estaban confiados y casi desarmados. Ablón ha matado a uno y los otros prácticamente se han...

—Beles también estará confiado —arguyó Orsua—. Podemos hacerlo. Creedme. Con la ayuda de Ablón y sus guerreros, podremos.

Entonces, todas las miradas se dirigieron hacia el veterano olcade que, rodeado de los suyos, se mantenía al margen de la discusión.

No eran muchos, ocho en total: él y siete jóvenes, entre ellos una muchacha, que no parecían gran cosa. Beles llegaría con más guerreros, de eso estaban seguros, y, entonces, enfrentados a adversarios que les superaban en número, ¿cómo se comportarían?

—¡Beles debe morir! —insistió el jefe de la aldea, recobrando la atención de sus vecinos—. Él es el verdadero culpable, él y su padre. Recordad la muerte de Kalaitos, la brutal violación de su hija…

—Sí, Beles debe morir —era la mujer de Kalaitos quien hablaba, una mujer, una madre, que había sufrido lo indecible, obligada a contemplar la tortura de sus seres más queridos—. Debe morir, debe

morir, debe… —musitaba sin cesar, como si hablara consigo misma y sin levantar la vista del suelo, hasta que el llanto ahogó su voz.

Los ahogados gemidos de la mujer calaron muy hondo en los corazones de todos los presentes, haciéndolos vibrar de emoción y de rabia, y ninguno se atrevió entonces a oponerse a aquella patética llamada a la venganza.

Estaba decidido. Serían ellos o Beles. Los dioses decidirían.

ooOOoo

El día siguiente a aquel en que tuvo lugar la orgía de sangre había amanecido típicamente primaveral, claro y ventoso, un día que invitaba a los lugareños a huir de las zonas sombrías, en las que el frío permanecía agazapado, presto a vestir con su desagradable manto a cualquiera que entrase en sus dominios.

Estaba ya muy avanzada la mañana cuando los dos guerreros enviados por Ablón a lo alto del cercano cerro, a vigilar los caminos que conducían a la aldea, dieron la voz de alarma.

Beles y su nutrida hueste cabalgaban despaciosamente y en tropel hacia el pequeño poblado de Orsua, comentando sus últimas "hazañas", consistentes en comer y beber, amedrentar campesinos y entretenerse con sus mujeres e hijas.

—Si no hay enemigos con los que luchar, con alguien habremos de hacerlo para mantenernos en forma, ¿no os parece? —bromeaba el hijo de Albenes.

—¿Luchar, dices? Yo ya no recuerdo la última vez que tuve que hacerlo para abrirme paso entre los muslos de una mujer —aclaró otro entre risotadas.

—Sí, es verdad —corroboró otro con gesto resignado—, antes era más divertido, cuando se resistían y había que domarlas. Ahora ya…

—No os desaniméis, hoy fornicaremos con las hembras de Orsua, y eso es ganado bravo.

—Si es que han vuelto, porque la última vez nos quedamos con las ganas.

—Estarán allí —aseguró Beles—, por la cuenta que les tiene. Y recibirán ración doble.

—O triple —añadió otro—. Ja, ja, ja.

Cuando entraron en la plazuela, a cuyo alrededor se apiñaban todas las viviendas que conformaban la aldea —fuera de ese espacio tan sólo quedaban los corrales, el cobertizo para las herramientas y aparejos y el almacén para el grano, las hortalizas y demás provisiones—, los jinetes fruncieron el ceño: no había nadie a la vista, ni persona ni animal. El lugar parecía abandonado.

—¡Nícer! —llamó Beles a voz en grito al guerrero que había

dejado al mando del poblado. Pero nadie respondió—. Entrad en las casas y ved si hay alguien —ordenó ásperamente, sintiendo cómo el furor se empezaba a apoderar de él.

Ocho guerreros desmontaron raudos y se dirigieron a otras tantas viviendas, irrumpiendo en ellas como caballos desbocados, mientras otro, el más joven de cuantos cabalgaban con Beles, echaba inmediatamente pie a tierra y se hacía cargo de los caballos de sus compañeros.

—Parece que de nuevo nos vamos a quedar con las ganas —comentó en tono agriado uno de los jinetes que habían quedado a la expectativa junto a su jefe.

—Si se han marchado, tu padre se enfadará mucho —se atrevió a advertirle a Beles su lugarteniente—. Perder una aldea tributaria…

—Si se han marchado, la culpa será de Nícer, que es quien los vigilaba —repuso aquel, manteniendo la mirada al frente, sin inmutarse—. Recuerda que los dejé aquí para evitar precisamente eso.

Pasados unos instantes, Beles, impaciente al ver que ninguno de los hombres que había mandado a las casas regresaba, se irguió sobre su caballo y echó una ojeada al poblado.

La quietud era absoluta.

—¡Y a éstos imbéciles qué les pasa! —exclamó— ¿Qué broma es esta?

Tras otro rato de tensa espera, el hijo de Albenes se decidió a actuar. Profirió una maldición, desmontó de un brinco y, sin cuidarse del caballo, se dirigió rápidamente hacia las cabañas, seguido de cerca por el resto de sus secuaces.

—¡Por los dioses que algunos no volverán a ver salir el sol!

Como a los anteriores, el jovencísimo guerrero encargado de los caballos vio desaprecer a Beles y a los otros en el interior de las chozas, llamando a sus compañeros a voces, y empuñando espadas o dagas.

Y de nuevo el silencio, un silencio tan amenazador como el manto de negras nubes que se acercaba rápidamente por el noroeste impulsado por el fuerte viento.

El joven, cada vez más nervioso, miraba insistentemente a su alrededor, fijando sus ojos en la amenazante oscuridad que dejaban entrever las entreabiertas puertas de las casas, que en ese momento un repentino ventarrón empezó a batir como si de fauces diabólicas se tratara. Quince hombres las habían cruzado y ninguno de ellos parecía poder o querer regresar.

Ahora, recordaba sobrecogido haber oído hablar de que, en algún momento del año, los dioses abrían a los mortales las puertas

de su mundo sobrenatural, invitándoles a atravesar el umbral hacia la otra vida, de la que sólo unos pocos elegidos, sus mediadores ante los mortales, regresaban.

Cada vez se sentía más agitado. ¿Serían aquellas puertas un camino al Más Allá?, se preguntaba.

A su lado, los caballos, como contagiados de su ansiedad, bufaban y pateaban el suelo nerviosos.

Desvió su mirada hacia el lóbrego cielo. El viento, cargado de olores acres, rugía con creciente ira y los nubarrones pasaban veloces en todas direcciones, chocando y superponiéndose entre ellos confusamente. No había paz en los cielos, ni en la tierra.

Ni en su alma.

Entonces, un poderosísimo rayo, seguido de un seco estampido como nunca antes había escuchado, rasgó e iluminó los nubarrones, haciendo que el corazón saltara en su pecho.

Varios caballos se encabritaron y escaparon despavoridos.

No esperó más, montó en el animal que tenía más a mano y escapó de allí como si la mismísima muerte le persiguiera, sin volver en ningún momento la vista hacia aquel maldito..., o divino lugar.

Aún transcurrió un buen rato antes de que la aldea regresara de nuevo a la vida.

Los primeros en asomar fueron Ablón y sus guerreros. Emergían cautelosos de las casas, oteando el horizonte y con las dagas y hachas entintadas de sangre.

Todo había salido según lo planeado. Los primeros ocho guerreros que habían irrumpido en las viviendas fueron degollados apenas traspasados los quicios de las puertas. Entraban desarmados y plenamente confiados, por lo que fueron presa fácil para los hombres que les aguardaban ocultos en el silencio y la oscuridad de las estancias. Los otros siete, a pesar de obrar algunos de ellos con mayor cautela, tuvieron el mismo fin.

Es verdad que uno había escapado, pero también lo era que nadie trató de impedirlo porque hasta eso estaba previsto.

Durante la reunión mantenida entre Ablón y los notables de la aldea, se había apuntado la idea de dejar escapar a alguno de los guerreros, creyendo que cuando el huido contara lo que había visto, quien le escuchara no podría evitar pensar que, acaso, la mano de los dioses estuviera detrás de la misteriosa desaparición de tantos guerreros.

De ser así, tal vez ni siquiera tuviesen que abandonar su querida tierra, ya que, tal vez, Albenes consideraría que espíritus protectores o malignos campaban a sus anchas por ella.

Quizás, en adelante, el recuerdo de lo sucedido serviría de

advertencia a todos cuantos pasaran por allí con malas intenciones.

# CAPÍTULO 7

Año 477 a. C.

Mediados de marzo. Dos días antes del equinoccio de primavera.

Territorio olcade.

Estando tan cerca de territorio olcade, Ablón no iba a regresar a la Sierra de Ramaro sin hacerles una visita a sus paisanos.

Torsino había sido uno de sus mejores hombres en los duros y gloriosos tiempos vividos y guerreados en Edetania, y deseaba conocer el poblado en el que había nacido. Aunque no era ese su único interés; también añoraba pisar de nuevo su tierra, respirar el aire de sus montañas, contemplar los bellos y agrestes parajes donde nacía el gran río Tagus, bañarse en sus heladas aguas, volver a ver a sus gentes y saber cómo les iban las cosas.

No les llevó ni media jornada alcanzar el poblado de Clouto, que apareció de pronto ante su vista, en un pequeño valle, al pie de una muy empinada ladera que obligaba a los caballos a descender muy lentamente, entre un laberinto de añosos y enramados robles.

Orsua fue el encargado de guiarlos hasta allí, pero enseguida se despidió y regresó a su aldea, con su gente, aunque no sin antes bendecir el momento en que los dioses permitieron que Ablón se cruzara en su camino.

Ablón y sus guerreros fueron muy bien recibidos por los olcades. Las andanzas del renombrado Ablón eran bien conocidas entre su gente, y todos estaban encantados de tenerlo de huésped.

No era aquel un gran poblado, ni opulento. Muy pocos lo eran en aquellas duras y abruptas tierras, pero nunca faltaba allí un buen guiso o un sabroso asado, ni tampoco un pellejo de recio vino con el que agasajar a un amigo o a un admirado compatriota con tan grandes y agradecidas tragaderas como las de quien ahora les visitaba.

—Es una pena que hayáis llegado en este tiempo —le dijo Clouto, mientras le pasaba el ajado pellejo—. Los cielos están próximos a anunciar el comienzo de una nueva primavera y mañana mismo partimos hacia el noreste con un cargamento de mujeres para nuestros parientes de las montañas.

—¡Vaya! Veo que esos montañeses no cambian —repuso Ablón tras limpiarse con el dorso de la mano el pequeño reguero de vino que resbalaba de su boca.

—¿Cómo van a cambiar? Sus poblados continúan donde siempre, perdidos en las serranías, y sus hembras no sé que tienen, pero no paren más que machos. Si no fuera por las mujeres que les subimos, y por algunas que ellos mismos se procuran, esos clanes no podrían sobrevivir.

—¿Cuántas les lleváis?

—Esta vez, unas diez.

—¿Todas de aquí?

—No, a nosotros tampoco nos sobran hembras. ¡Ya me gustaría! —exclamó Clouto con anhelo—. Mías son sólo tres, las otras vienen de otras aldeas.

—¿Sabes, amigo? Nunca he entendido a esas mujeres —dijo Ablón, tras rascarse la cabeza pensativo—. Dejan sus casas, sus familias y amigos, y se van al último rincón del mundo a empezar una nueva vida con un desconocido.

—Bueno, si aquí no encuentran acomodo... —repuso Clouto encogiéndose de hombros—. ¿Qué van a hacer? Pero no creas que las cosas les van mal. Es verdad que por allí arriba la tierra es dura y que en invierno hace un frío de muerte, pero ellos están acostumbrados, y hambre no pasan. Además —añadió, dándole un codazo y guiñándole pícaramente un ojo—, tú los conoces bien, esos montañeses son buenos ejemplares, fuertes y resistentes… Muy resistentes, ya me entiendes. Un poco brutos, pero tienen que serlo para resistir allí arriba.

—¿Sólo un poco? —preguntó Ablón con socarronería—. Que les pregunten a lobetanos y turboletas cómo las gastan. ¡Cualquiera se mete con ellos!

—Sí, cuando se ponen, a salvajes no les gana nadie. Es mejor tenerlos como amigos.

—Y si estás emparentado con ellos…, mejor que mejor. ¿No es verdad?

—Eso mismo, porque agradecidos lo son, y mucho, y se puede contar con ellos para lo que sea. Lo dicho —continuó el jefe del clan —. Viven en paz en sus montañas, sus crías crecen sanas y fuertes y no les falta casi de nada: tienen caza, bosques, agua en abundancia, buenos caballos, hierro, sal…, y eso a las hembras les gusta. Siempre hay voluntarias y no sé de ninguna que se haya arrepentido. Por algo será.

—Sabes, Clouto, nunca he presenciado una de esas fiestas. Creo que voy a acompañarte.

—¡Me parece muy buena idea! —exclamó sonriente el anfitrión —. Es una ceremonia muy antigua, digna de verse. Además, ve uno a los viejos amigos, y se come y se bebe de categoría. Te gustará, estoy seguro.

—Pues bebamos por eso —se apresuró a decir Ablón, echándose al coleto un larguísimo trago de vino y eructando estruendosamente a continuación.

—Y también por ellas, que nos permiten repetirla cada primavera —añadió Clouto.

ooOOoo

A la mañana siguiente, con el inevitable y tradicional retraso, la caravana, formada por el jefe y el chamán del clan, las tres mujeres que iban a ser entregadas, sus parientes más cercanos, algunos guerreros olcades y Ablón y sus carpetanos, se puso en marcha cansinamente hacia las montañas del noreste.

A lo largo del camino se les fueron uniendo grupos similares de otros cuatro poblados, con lo que, finalmente, eran un total de once las hembras que con su nueva y generosa sangre contribuirían a renovar las alianzas y los lazos de amistad y respeto entre aquellos clanes.

Empezaba a oscurecer cuando la festiva comitiva alcanzó el lugar donde tendrían lugar los solemnes actos, un extenso prado abierto en una de las boscosas laderas de la montaña, en cuyas alturas se erigía, inexpugnable, el poblado del indómito jefe Letondon.

Una vez instalados, cada grupo se reunió alrededor de sus hogueras para celebrar la que, para las mujeres que iban a ser ofrecidas, sería la última comida colectiva con sus clanes de origen. Era ese un acto muy emotivo, en el que se alababan la ancestral dignidad y valor de la nación olcade y la hermandad que unía a todos sus miembros, pero, sobre todo, se repetían las bendiciones y agradecimientos a aquellas valientes mujeres cuya misión, que las alzaba casi a la altura de los dioses, era nada menos que mantener con vida esas montañas, lo cual equivalía a decir a su propio pueblo.

Para las agasajadas, aquellas loas y los conmovedores rituales posteriores no debían prolongarse mucho, porque tenían que reservar fuerzas para la larga y emocionante jornada que les traería el nuevo sol. De modo que, llegado el momento, todas ellas, con lógica congoja y nerviosismo, dejaron a sus parientes y amigos y se encaminaron hacia el lugar en el que sus futuros compañeros habían levantado el confortable cobijo en el habían de pasar juntas y solas esa noche.

Avanzaba frenética la jornada en el abarrotado campamento cuando, precedida del estridente sonido de cuernos y tambores, emergió de entre el brumoso boscaje que cubría la ladera norte de la montaña una pacífica y bulliciosa caterva de hombres, mujeres y niños que fue recibida con gran alegría y muestras de cariño por los acampados.

En aquella mañana soleada, el encuentro entre amigos y parientes que llevaban muchas lunas sin verse ni saber nada unos de otros, no pudo ser más cordial. Los carros presentaban un aspecto espléndido, engalanados con ramas y hierbas cuyo frescor

transmitía a los congregados el resinoso perfume de los bosques, mientras los hombres se saludaban efusivamente, los niños jugaban y correteaban, y las jóvenes y las mujeres bailaban y sonreían felices, luciendo en sus cabellos coronas de flores.

No tardó en llegar uno de los momentos más esperados, aquel en el que los jóvenes montañeses aspirantes a emparejarse hacían acto de presencia, dispuestos, para regocijo y solaz de los congregados, a mostrar su fuerza y habilidad, participando en pruebas como el lanzamiento de jabalina, la tala de árboles, el arrastre y levantamiento de troncos y la doma de caballos, mientras, según su distinto temperamento, las jóvenes protagonistas les dedicaban, disimulada o abiertamente, miradas ávidas, guiños cómplices, sonrisas tímidas y gritos de ánimo.

Concluida la exhibición, aún sudorosos, pero sin perder en ningún momento el ánimo ni la dignidad, los hombretones formaron ordenadamente y en silencio para la no menos emocionante y divertida ceremonia de presentación ante las jóvenes casaderas. Parecían reses ofrecidas para su trueque en las exposiciones de ganado que nunca faltaban en las reuniones de clanes.

Colocados en hilera, unos, los vencedores en las pruebas y los mejor dotados físicamente, mostrando amplias sonrisas y presumiendo de músculos, y otros, los segundones y menos agraciados o desenvueltos, en actitud más discreta, todos fueron examinados por las festejadas, con aparentemente seriedad y detenimiento.

A partir de ese momento, y hasta la mañana del día siguiente en que tendría lugar el solemne acto de los emparejamientos definitivos, las once mujeres y sus casi dos decenas de pretendientes pasarían todo el tiempo juntos y aislados del resto. Ese era el plazo de que disponían para conocerse y seducirse.

Concluida, pues, la inspección, que no había estado exenta de bromas y chanzas por parte de la muchedumbre, dos de los guerreros carpetanos fueron en busca de Ablón y del jefe montañés, que departían animadamente, mientras se dirigían al lugar donde empezaban a repartirse las viandas, y también el vino y la cerveza.

—Ablón, ¿quiénes son esos que están acampando allí arriba? —preguntó Nisunin, la única mujer que formaba parte del grupo de guerreros que, al mando del veterano olcade, habían acudido en auxilio de sus hermanos carpetanos de la aldea de Orsua.

La simpática y esbelta guerrera se refería a un grupo no muy numeroso de hombres toscamente ataviados que, sin llamar mucho la atención, empezaban a instalarse en la parte noroeste del claro, entre el boscaje.

Después de echar un vistazo al lugar señalado, los dos veteranos se miraron entre sí y sonrieron.

—Son turboletas —repuso Letondon.

—¿Turboletas? —inquirió sorprendido Balcebe, el otro guerrero, posando instintivamente su mano sobre el pomo de su espada— ¿Y qué hacen por aquí, tan lejos de sus tierras?

Todo cuanto aquellos jóvenes llegados desde el norte de Carpetania sabían de los turboletas era, precisamente, lo que el propio Ablón les había contado, es decir, que eran un pueblo salvaje y belicoso del que cuanto más lejos se mantuviera tanto mejor.

—No están tan lejos —precisó el jefe olcade, y continuó—. Como os habréis dado cuenta durante la ceremonia de presentación de mis muchachos, había más pretendientes que hembras, lo que significa que algunos de ellos, casi la mitad en esta ocasión, no conseguirán emparejarse con sus coterráneas. Los turboletas saben que eso es lo que suele ocurrir y, cuando tienen noticia de una reunión de entrega de mujeres, aparecen...

—¿Y? —apremió la curiosa Nisunin ante el largo e intencionado silencio del narrador.

—…, con sus mujeres, para venderlas.

—¿Cómo? —preguntó asombrada la guerrera, mientras se le caía al suelo el sabroso trozo de cecina que tenía en la mano.

—Sí, bueno…, pero no a las suyas, claro, sino a las que roban en sus incursiones contra los pueblos del mar, sobre todo a los edetanos —aclaró—. Ablón sabe algo de eso, ¿verdad?

—Sí, los he sufrido y combatido durante mucho tiempo —confirmó el veterano buhonero—. Os he hablado más de una vez de ello.

—Pues eso —resumió Letondon—, que los montañeses que no resultan escogidos por las mujeres olcades, pueden darse una vueltecita por el campamento turboleta y ver si se arreglan con alguna de las que ellos traen.

—Con lo que, al final, ninguno queda desparejado —remató la carpetana.

—Siempre queda alguno, jovencita —repuso Letondon, al tiempo que tomaba su afilada daga y se acariciaba con ella los contados pelos que brotaban en su barbilla.

—¿Y qué hacen entonces? —la curiosidad de Nisunin era inagotable.

—¡Pues se espera hasta la próxima reunión o se busca una cabra para pasar el rato! —terció Ablón, con rostro feroz, fingiendo estar harto ya del interrogatorio.

—¡O una joven guerrera carpetana preguntona! —completó el jefe de clan, con ojos perversos, tratando de frenar la carcajada que

pugnaba por emerger de su garganta.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —respondió ella de inmediato, dibujando un exagerado gesto de espanto en su rostro—. Yo, por ahora, prefiero seguir cabalgando sola.

Y, dando media vuelta, se largó de allí, dejando a los tres hombres retorciéndose de risa.

En un ambiente relajado y festivo pasaron el día y la noche y, cuando a la mañana siguiente, con el alba, las once mujeres regresaron a sus clanes de origen y se conoció que todas ellas aceptaban el acuerdo, sonaron los cuernos y la alegría y la excitación se desbordaron.

Había llegado el instante de dar inicio al acto más emotivo y deseado de la celebración: el de la formalización de los emparejamientos.

Tras la ansiada señal, todo el campamento entró en ebullición. Por doquier se oían órdenes, gritos y llamadas, y las familias, riendo unos, llorando otros, iban y venían, apresurándose por reunirse y vestirse con sus mejores galas. La atmósfera estaba cargada de tensión y de hondos sentimientos, y todavía pasó un buen rato hasta que todos los clanes hubieron ocupado sus lugares en la explanada.

Los diferentes grupos familiares conformaban un enorme círculo en medio de la gran pradera, y unos pasos por delante de sus respectivos linajes se hallaban los hombres y mujeres que iban a protagonizar el acto.

La turbación del momento y el viento ábrego del sureste, templado y húmedo, que anunciaba lluvia y revolvía cabelleras y túnicas, hacían lagrimear los ojos de algunas de las jóvenes.

Una vez todo dispuesto, se hizo el silencio.

De pronto, un poderoso bramido se elevó al cielo, haciendo galopar en sus pechos los corazones de las casaderas, que de inmediato desviaron sus ojos hacia la impresionante figura que acababa de surgir de entre las filas del clan de la montaña.

Con pasos solemnes y pausados, cubiertos cuerpo y cabeza con una gran piel de ciervo de magnífica cornamenta, el chamán, representando con asombrosa fidelidad los movimientos y la conducta del hermoso animal, alcanzó el centro del escenario, y una vez allí, elevó la testuz, pateó el suelo y bramó de nuevo, retador, mientras paseaba alrededor su desafiante mirada.

Poco a poco, el vigoroso macho se fue aproximando a las dos mujeres que, inmóviles, formaban ante el clan situado inmediatamente a la izquierda del montañés. Entonces emergió de entre sus filas un adversario, igualmente caracterizado, dispuesto a defender a sus hembras del arrogante intruso.

Tras el breve y bello ritual de enfrentamiento, saldado con la

fingida victoria del macho del clan de la montaña, las dos hembras fueron simbólicamente empujadas hacia el lugar en el que, expectantes, aguardaban alineados los pretendientes.

Había llegado el momento de la verdad para aquellos hombretones, y cualquiera que los observara con mínimo detalle podría darse cuenta de que todos estaban nerviosos, y algunos incluso asustados. Lo que no eran capaces de conseguir sus peores enemigos o la más feroz de las bestias, parecía lograrlo una frágil mujercita. Casi una veintena de recios montañeses suspirando por una tierna mirada, por una sonrisa.

¡Qué espectáculo!

Una de las mozas demostró que tenía muy claro a quien quería y, sin quitarle ojo, se fue hacia él, le ofreció decidida su mano y, al ser aceptada, lo sacó de la fila.

Pero la otra…

Su amiga fue todo lo contrario, y con su voluble actitud no hizo sino aumentar aún más la tensión y el zozobra de los pretendientes, que la veían pasearse ante ellos una y otra vez, contemplándolos de arriba abajo, sin prisa, como si dudara de una decisión que todos suponían ya tomada.

Finalmente, una vez elegidos a sus hombres, ambas parejas fueron a ocupar su sitio en el centro del gran círculo.

El mismo protocolo se repitió ante cada uno de los cuatro restantes clanes, y con igual resultado.

Cuando la ceremonia de emparejamiento hubo acabado, tuvo lugar el acto final, en el que, uno por uno, los progenitores de cada elegido entraban en el círculo y hacían solemne entrega a los de la joven de los regalos con que “compraban” a su hija: caballos, armas, fardos con sal, brazaletes, pulseras y otros abalorios de ámbar y bronce.

Aceptado el pago, los chamanes imploraban a los dioses que bendijeran las uniones.

ooOOoo

Apoyada en el tronco de un añoso pino, Nisunin no apartaba sus negros ojos de los pretendientes despreciados. Sin tener muy claro el motivo, ya que ni los conocía, ni probablemente volvería a verlos jamás, le producía una honda tristeza contemplar, en medio de tanta alegría, sus miradas apesadumbradas, su andar pesado y sus semblantes cariacontecidos.

¡Qué contraste más extraño! Unos hombretones capaces de no retroceder ante la muerte misma, abatidos por el rechazo de una mujer. Debía ser muy duro para ellos ver cómo los sueños e ilusiones que sus corazones habían forjado desde la anterior

primavera se los llevaba el viento.

Pero al parecer no todos estaban resignados a pasar otro larguísimo invierno sin la compañía de una hembra, y muy pronto, como Letondon había asegurado, tras conversar un rato entre ellos, tomaron el camino del campamento turboleta.

—¿Qué, vigilando al enemigo? —le preguntó Ablón a la joven guerrera carpetana, a quien se había acercado sin que ella lo advirtiera.

—Tengo otra duda —repuso sonriente la carpetana—. Esos montañeses, ¿no han visto antes a las mujeres de los turboletas?

—No.

—¿Por qué? Quizás, si lo hicieran, las preferirían a las que les traen sus hermanos del sur.

—Jovencita, eso es imposible —repuso Ablón moviendo ostensiblemente la cabeza de lado a lado.

—¿Cómo imposible? —volvió a preguntar frunciendo el entrecejo—. Explícame por qué.

—Es muy sencillo. Primero, porque sería un grave insulto para los clanes que tan generosamente, primavera tras primavera, les ayudan. Si los montañeses actuaran así, estoy seguro de que estos encuentros se acabarían.

—¿Y segundo?

—Segundo, porque entre una olcade, libre y bien dispuesta —recalcó—, y una mujer, extranjera y raptada, estos chicos siempre preferirán a la olcade, por sana y hermosa que sea la otra. Yo también lo haría.

—Otra cosa —continuó la joven guerrera—. A cada pretendiente rechazado le acompaña una mujer…

—Es su madre…, o una pariente.

—¿Para qué?

—¡Para qué va a ser, Nisunin! Esas mujeres son robadas, ¿recuerdas? Antes de comprar hay que comprobar que el género esté intacto.

—Ah, claro —dijo ella tras unos momentos de duda, sonrojándose ostensiblemente— Si las han forzado, ya no les valen.

—Chica lista —corroboró Ablón—. Pero ya te digo yo que no las han tocado, porque en ese caso, no se hubieran molestado en traerlas.

No pasó mucho tiempo antes de que los tratos se cerraran y todas las jóvenes núbiles traídas por los turboletas, un total de cinco, fueran adquiridas por otros tantos olcades.

Uno de los afortunados era un hombre de buen ver, recio y musculoso, con el pelo casi afeitado, de mediana estatura y aspecto serio, cuyo único demérito, el que probablemente le había impedido

ser seleccionado en su inspección por sus propias coterráneas, era el ser muchas lunas mayor que los otros candidatos.

—Pues a ese no le ha ido mal que no le eligieran —afirmó Nisunin, refiriéndose a él—. La muchacha que trae es verdaderamente hermosa.

—Sí —convino Ablón—. Habrá tenido que pagar un buen precio por ella.

El veterano guerrero y su discípula se quedaron contemplando a la joven extranjera mientras se acercaba. Aunque caminaba cabizbaja y como abochornada, podía verse, bajo aquella revuelta melena negra y lisa que le caía sobre el rostro, un cuerpo esbelto.

Al pasar junto a la pareja, la muchacha alzó la vista y sus ojos se cruzaron con los del olcade, aunque enseguida los desvió, tornando a su abatido caminar. Pero unos pocos pasos más adelante se paró de repente y se giró hacia Ablón. Su gesto era de desconcierto y sus ojos reflejaban la agitación que la dominaba.

Cuando su hombre, que caminaba delante, se percató de que ella se había detenido, la observó inquisitivo unos instantes a través de sus ojos verdosos y la llamó:

—¡Vamos, mujer, camina!

Pero la moza no reaccionó, sino que permaneció ensimismada en el arrugado rostro del viejo guerrero, que ahora también la observaba con intensa curiosidad.

Sin duda, aquella joven luchaba por desenterrar algo que llevaba mucho tiempo escondido en lo más profundo de su mente.

Cuando el montañés llegó a su lado y la tomó del brazo ella gritó de pronto:

—¡Ablón!

Los dos olcades y la carpetana se quedaron perplejos.

—¡Ablón! —repitió la muchacha, con ojos risueños y el rostro resplandeciente de excitación—. ¿Eres tú, verdad? —y, ante la falta de reacción del interpelado, continuó—. Soy Daleni, ¿no te acuerdas de mí? Daleni, la hija de Ikomkei.

Tras oírla, Ablón se quedó de piedra y, mientras sus ojos y su boca se abrían como platos, el pasado regresó velozmente a su memoria. “Daleni”, evocó, “la simpática mocosa que no levantaba dos palmos del suelo cuando abandoné Arse, dejando atrás para siempre mi vida mercenaria”.

Aquella muchacha era la hija de uno de los hombres más poderosos de Edetania, al que había servido durante largo tiempo. ¡Dioses, hacía tanto tiempo ya…! ¿Cómo era posible que aquella pequeñaja se acordara aún de él?

—¿Qué haces tú aquí? ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó el buhonero sinceramente alarmado, a pesar de estar seguro de la

respuesta.

Era noche cerrada, sin luna, cuando irrumpieron por sorpresa, contó la emocionada arsetana. Mataron a los guerreros que defendían la propiedad. Después entraron en la vivienda. A mi padre le golpearon, y a nosotras nos sacaron del lecho y nos apresaron.

"Un asalto turboleta", pensó Ablón.

—¿A vosotras? ¿Te refieres a ti y a tu madre? —preguntó, y al momento Daleni asintió con la cabeza, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

El viejo jefe guerrero sí recordaba bien a la sublime Edereta, la mujer de Ikomkei. ¡Cómo olvidarla! Un perfecto ejemplar de hembra, a un tiempo amable y orgullosa, tierna y atrevida, siempre bella y siempre gentil. Una de esas mujeres que no se cansa uno de mirar y que levantan el ánimo con sólo verlas u olerlas, de las que saben lo que quieren y da gusto complacer.

Aún añoraba su cimbreante cuerpo, su suave y perfumada piel, su fingida y elegante timidez, sus expertas e insuperables caricias y sus enloquecedores gemidos.

Sólo imaginarla tan menuda y delicada en manos de los rudos turboletas, le revolvía el estómago. Aquellos salvajes se preocupaban mucho de preservar la virtud de las jóvenes vírgenes que caían en sus sucias manos, porque con ellas hacían muy buenos tratos, pero el destino que reservaban a las otras…

"Peor que la muerte misma", gruñó para sí, ensimismado en lúgubres pensamientos.

El gesto de Ablón se iba crispando por momentos.

Pentilo, el olcade que acababa de adquirir a la muchacha, presenciaba estupefacto la escena. Pero él era un hombre razonable y temeroso de los dioses, y, tras oír la historia y conocer la estrecha relación que la familia de la joven había tenido con su renombrado compatriota, no dudó ni un instante en achacar el extraordinario encuentro entre ambos, no a la casualidad, sino a la voluntad divina, de tal modo que no tuvo inconveniente en renunciar a su flamante propiedad, a cambio, eso sí, de dos condiciones:

—Quiero que se me reintegre lo que he pagado por ella…, y que me llevéis con vosotros cuando vayáis a rescatar a su madre.

Al escuchar eso, los vivarachos ojos castaños de Daleni relampaguearon de alegría.

—¿Quién te ha dicho que vamos a ir a rescatarla?

—¡Tu cara, Ablón, tu cara!

—Estos montañeses son más listos de lo que parecen —señaló el veterano guerrero dirigiéndose a Nisunin y sin dejar de sonreír.

—¡Entonces, es verdad lo que dice! —afirmó, más que preguntó

Daleni, presa de la excitación—. ¡Vamos a ir a buscar a mi madre!

—¡Pues claro! ¿Qué creías? ¡Nunca he abandonado a un amigo y no voy a empezar ahora! —y poniendo los brazos en jarras se encaró con el olcade—. Ir a las tierras de los turboletas a liberar a una mujer no es ir de paseo por el bosque, tú lo sabes, es una faena peligrosa, para guerreros, para buenos guerreros —recalcó—. ¿Tú lo eres?

—No —contestó sincera y escuetamente el montañés, sin perder por ello la sonrisa.

—Entonces, ¿dime por qué debo llevarte conmigo?

—Yo no soy un guerrero —repuso rápidamente—, aquí pocos lo son. No necesitamos saber manejar bien la espada, ni siquiera la lanza, porque nuestra lucha no es contra hombres sino contra la naturaleza: la montaña, el bosque, el frío, las bestias… ¡Eso se nos da bien! —agregó orgulloso—. Tenemos arcos y lanzas para cazar, hachas para cortar árboles y azadas para abrir la tierra y cultivarla. Somos gente sencilla y conocemos estas serranías mejor que nadie. ¡Por eso debes llevarme contigo! —exclamó de sopetón—. Bueno, por eso y porque…, no sé si será importante, pero… —ahora, Pentilo parecía dudar, aunque algo en su astuta y risueña mirada revelaba todo lo contrario—, no es la primera vez que esos turboletas vienen por aquí, y alguna vez he hablado con ellos…

—¿Y…? —le apremió su paisano.

—Creo saber dónde está su poblado —concluyó por fin con semblante satisfecho, mientras sus ojos verdes fulguraban con malicia.

—¡Vendrás con nosotros! —zanjó Ablón.

Tan fulminante respuesta desató las risas de las dos muchachas, que no tardaron en contagiarse a sus acompañantes y en atraer la atención de cuantos se hallaban en las inmediaciones.

ooOOoo

Entre las tierras altas de los olcades y de los turboletas no había apenas diferencias, quitando que las de estos últimos eran todavía más ásperas y abruptas, pero eso no afectó al ánimo de los expedicionarios que enseguida comprobaron, con gran satisfacción, que Pentilo se movía por ellas como pájaro en el cielo.

Aunque más que el montañés, parecía ser su caballo el que dirigía la marcha. Era digna de ver la precaución con la que avanzaba, baja la testuz, tanteando con los cascos para esquivar los hoyos, las torrenteras, las prominentes raíces y las resbaladizas piedras que salpicaban aquella infame tierra falta de todo asomo de senda o camino.

Como casi todos los montañeses, acostumbrados desde niños a

vivir aislados en la dura naturaleza y a valerse por sí mismos, Pentilo no era a un hombre abierto ni divertido, pero su sencillo carácter y su completa falta de doblez no tardaron en alejar de las mentes de los jóvenes guerreros carpetanos cualquier sombra de recelo y aprensión que pudieran albergar hacia él.

Las únicas armas que portaba eran un gran puñal y una recia vara de roble que manejaba con sorprendente habilidad. Tenía una longitud similar a su altura, y el extremo superior se ramificaba en dos, formando una pequeña horquilla. Según contó, era una herramienta indispensable para los montañeses y valía para todo, tanto para ayudarse al transitar por los intrincados caminos como para sortear pequeños ríos o barrancos, varear frutos, alcanzar nidos, escudriñar madrigueras, y cazar y defenderse de las alimañas.

Desde que entraron en tierras turboletas el andar se hizo más pausado y sigiloso, y la columna se fraccionó en dos. Ablón, Pentilo y Daleni iban delante, mientras que los guerreros carpetanos les seguían a prudente distancia.

Como el buen comerciante que durante mucho tiempo había sido, el veterano olcade aspiraba a llegar sin contratiempos al poblado donde se hallaba cautiva Edereta y negociar su rescate, pero no descartaba que en cualquier momento pudieran ser descubiertos y atacados antes de averiguar el motivo de su presencia allí.

—Si así fuera —les explicaba—, dos hombres ya maduros y una "feúcha" jovencita no les pareceremos tan hostiles como un grupo de guerreros armados hasta los dientes.

Era ya de noche cuando alcanzaron su destino. La oscuridad no permitía distinguir bien la forma y proporciones del recinto, de modo que hubieron de esperar al alba para acercarse. Cuando los primeros y tímidos rayos del sol penetraron en la densa arboleda y disiparon la ligera bruma, pudieron contemplar con tranquilidad el poblado del jefe Dóvilo.

Se hallaba situado sobre la yerma cima de la arbolada loma a cuyos pies habían acampado, en la montaña más fiera de la serranía, lugar más propio de lobos y grandes cabras que de hombres, y se encontraba rodeado de una alta y tosca empalizada cuyo perímetro se adaptaba perfectamente al desigual terreno. No era una gran fortaleza, pero los turboletas tampoco precisaban de mayores defensas. Eran sus vecinos los que debían cuidarse de ellos.

Durante la fría y larga noche que pasaron al raso, Ablón tuvo tiempo para pensar en la mejor forma de aproximarse al asentamiento sin alarmar a sus moradores, y había decidido emplear la misma estratagema seguida hasta entonces para no

alimentar su desconfianza. Él, junto con Pentilo y Daleni, que podían ser perfectamente reconocidos desde lejos por los centinelas turboletas, irían a entrevistarse con el jefe del clan, mientras los demás permanecerían ocultos y vigilantes, sin perder de vista el poblado.

El sol, luciendo a ratos entre negros nubarrones, no había alcanzado aún su mayor altura cuando los tres salieron de la espesura y ascendieron lentamente por el angosto sendero que moría ante las puertas del fortín. Daleni abría la marcha.

Habían recorrido la mitad del camino cuando Pentilo volvió levemente el rostro hacia su derecha para contemplar por el rabillo del ojo a su paisano Ablón, que cabalgaba impasible a su lado, sin apartar en ningún momento la mirada de los guerreros que les vigilaban desde lo alto de los muros del poblado. Nada parecía capaz de alterar a aquel hombre: la mirada firme y fría, el rostro grave, sin pizca de palidez, y nada en su semblante ni el en resto de su cuerpo que denotara que su corazón latiera más deprisa de lo normal.

Y esa rocosa imagen le tranquilizó. En el poco tiempo que hacía que le conocía ya había aprendido a tener confianza en su temple y en su imperturbable serenidad.

Como habían previsto, tanto la bella edetana como el recio montañés fueron pronto reconocidos por los centinelas que guardaban el poblado, y conducidos todos, sin dilación, a presencia del corpulento caudillo turboleta, un tipo ya maduro, algo más alto que Ablón, de canosa y revuelta cabellera y provisto de un gran bigote que apenas dejaba ver su boca. Su cuello y su rostro estaban quemados por el sol y la intemperie, y una sutil expresión de salvaje astucia brillaba en su mirada.

Lo insólito de la situación despertó la curiosidad de aquellas gentes, que no tardaron en agolparse en torno a los osados visitantes, dando lugar a que la entrevista se celebrara en medio de una gran expectación.

—Una de las mujeres que tienes cautivas es la hembra de un arsetano muy poderoso —explicaba Ablón, sin dar muestras de que el hosco ambiente que le rodeaba le preocupara lo más mínimo. La hospitalidad era una norma que todos los pueblos de aquellas tierras respetaban rigurosamente, y en las montañas, era sagrada: aquel que llegaba en paz, marchaba en paz—. Pide lo que quieras por ella y lo tendrás.

—Sí, no lo dudo. Arse es una ciudad muy rica…, y está llena de hermosas mujeres —repuso Dóvilo con gravedad, sin reflejar en su rostro emoción alguna—. Por eso no entiendo el motivo de tanto interés por esa que buscas. No sirve para nada: no es joven, ni

fuerte, no sabe cocinar, ni trabajar la tierra… Ni tan siquiera es capaz de matar una gallina o despellejar un conejo. Aquí, ningún hombre la quiere…, ni para follar —el turboleta esperó a que las risas de su gente cesaran antes de continuar—. Se encarga de los animales, de tenerlos limpios y bien alimentados, y ni eso lo hace bien...

Para Ablón aquellas eran las mejoras noticias que podía escuchar. Siendo tan inútil para ellos, sería fácil llegar a un acuerdo para rescatar a la pobre Edereta.

—Entonces… —se apresuró a interrumpir Ablón—, dime qué pides por ella.

Pero la respuesta de Dóvilo le sumió de golpe en la desesperanza:

—Bien saben los dioses que me encantaría desprenderme de ella…, pero es imposible. Di mi palabra de que únicamente la entregaría al hombre con el que convine su captura. ¡Y yo cumplo lo que digo! —aseguró con firmeza.

—De modo que —Ablón reaccionó rápidamente, a pesar de sentir una gran contrariedad— te encargaron robarla.

—Y me pagaron muy bien, para lo sencillo que fue el trabajo —repuso, alzando orgulloso la voz para que todos le escucharan.

—Pero vendiste a su hija.

—Sí. A esa me comprometí a tenerla conmigo dos lunas. Después, si no recibía nuevas noticias, podría disponer de ella como quisiera.

—Pero no con la madre…

—Tú lo has dicho —asintió Dóvilo—, a esa calamidad he de guardarla hasta que mi amigo venga a por ella…, o se muera.

—Y ese amigo tuyo, ¿tiene nombre? —preguntó el sagaz buhonero entrecerrando los párpados e imaginando lo que le haría a ese cobarde si tuviera la suerte de cruzárselo.

—Claro que lo tiene, pero habrás de ir al infierno para averiguarlo.

—Escúchame, no sé lo que recibiste a cambio de ese trabajo, pero estoy seguro de que su hombre te dará mucho más si la devuelves —Ablón tentaba la codicia del turboleta en un último intento por hacerle cambiar de opinión.

—No es posible. He dado mi palabra —sentenció.

La honda decepción de los tres extranjeros y la gran desolación que, al oír aquellas palabras, mostró Daleni, por cuyas mejillas empezaron a rodar las lágrimas, no pasaron desapercibidas al astuto caudillo turboleta que, rápidamente, vio clara la posibilidad de obtener un buen beneficio de la situación, y sin ningún riesgo.

Así pues, al ver que los apesadumbrados visitantes daban por

fracasado su intento de liberar a la edetana cautiva y hacían ademán de marcharse, los detuvo:

—Alto, olcade —dijo, mientras se acariciaba el enmarañado mostacho—. ¿Te importa mucho esa mujer?

—Ya sabes que sí.

—Entonces, aguarda. Quizás haya un medio de que puedas llevártela —dijo aguzando la mirada. Y, acto seguido, llamó aparte a varios de los hombres allí concentrados y mantuvo con ellos una breve conversación, tras la cual retomó el diálogo con su huésped —. ¿Te interesa tanto como para pelear por ella?

—¿Pelear, dices? —preguntó Ablón a su vez, no sin cierto anhelo, que el turboleta interpretó como aprensión—. ¿Preguntas si arriesgaría mi vida para liberarla?

—No tanto, olcade, no tanto —repuso Dóvilo de inmediato, rebajando la tensión para no espantar a la presa—. Sería una lucha a primera sangre. Quien venza se queda con las dos.

—¿Con las dos, dices? Pero si la hija ya es mía —protestó el veterano olcade.

—Hasta que entró por esa puerta, amigo —sonrió aviesamente el turboleta.

La idea del taimado caudillo era simple. Ante él tenía a un hombre ya pasado de años y de peso, y a uno de aquellos duros y osados olcades de las montañas que sabían mucho de enfrentarse a las bestias del bosque, pero nada de hacerlo contra hombres provistos de armas. Si mordían aquel manjar envenenado que les ofrecía se irían de allí con las manos vacías.

—¿Hay acuerdo? —preguntó Dóvilo, torciendo ligeramente la cabeza y mirando a su oponente de soslayo.

La trampa estaba demasiado clara como para que no la descubrieran, pero nunca se sabía hasta dónde podía llegar la osadía o la estupidez de un hombre.

—¿Dudas, verdad? —continuó el turboleta, provocador—. Es natural, no debes avergonzarte por ello. Al fin y al cabo, una mujer, y menos una como esa, no merece…

—¿Y tu promesa? —le atajó Ablón.

—¿Cómo dices? —preguntó Dóvilo visiblemente sorprendido.

—Tu promesa, la de entregar a la mujer sólo al hombre que te mandó secuestrarla.

—¡Ah, esa…! Imagínate que alguien viniera de muy lejos y me desafiara a un combate por su libertad. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Aceptaría el reto, sin duda.

—Yo también, nuestro honor nos obliga a ello. ¿No es cierto?— repuso sonriente Dóvilo, alzando el porte.

—Y de ese modo no incumplirías tu palabra.

—Tú lo has dicho, amigo.

—Pues si es así —señaló el veterano olcade tras unos momentos de silencioso e intenso pulso de miradas—, date por desafiado. ¡Quien venza se quedará con las dos!

—¡Bravo! —repuso el turboleta con la alegría desbordándose por cada poro de su cara.

Ya se veía negociando nuevamente un buen precio a cambio de aquella jovencita, porque la única forma de perder el combate sería por intervención divina, y suponía que los dioses tendrían en aquel momento cosas más importantes que hacer que castigar a un hombre tan audaz como él.

—¿Quién de vosotros luchará conmigo? —preguntó frotándose las manos de satisfacción.

—Yo —fue la respuesta de Ablón, que no por escueta sorprendió menos a Dóvilo, ya que estaba casi seguro que sería el otro olcade, más joven y corpulento, quien se enfrentara a él.

Así pues, ante la nerviosa y preocupada mirada de Pentilo y Daleni, y envueltos en el festivo y optimista ambiente de los turboletas, ambos contendientes se prepararon para el combate. Las condiciones del mismo, a primera sangre, es decir, que el vencedor sería aquel que consiguiera verter antes la sangre de su adversario, exigían que los contendientes lucharan casi desnudos, tan sólo con unas calzas de piel y unos sencillos calzones, sin siquiera torques ni brazaletes.

Por otra parte, contra lo que pudiera parecer, el hecho de no tratarse de un combate a muerte no aseguraba, ni mucho menos, que los contendientes fueran a salir con vida, ya que la primera sangre bien podía ser la de un corazón atravesado, un vientre abierto o una garganta segada. Y esta circunstancia la tenía Ablón muy presente, ya que el estar en casa ajena le otorgaba a su adversario una clara ventaja: Dóvilo podría luchar contra él sin ningún tipo de condicionantes, y si le mataba, mejor, nadie allí dejaría de congratularse por ello. Por el contrario, él tendría que cuidarse mucho, no ya de acabar con la vida de su adversario, sino de herirle de cierta gravedad, porque entonces podría desatarse la furia de los turboletas, y ese sería su final, y con toda probabilidad también el de Pentilo.

Todo estaba preparado para que el combate diera inicio, a falta que los guerreros eligieran sus armas. Y ambos decidieron equiparse de igual manera: escudo redondo, más grande el de Dóvilo, y espada.

Y cuando Dóvilo mostró la suya, un murmullo de admiración se alzó de entre el gentío. Lo que el turboleta empuñaba no era una espada cualquiera, sino la mejor, la que todos anhelaban y muy

pocos por aquellas tierras poseían: una falcata fabricada por los más reputados herreros edetanos, que pasaban por ser los mejores forjadores de espadas de Iberia. Fabricada con hierro de la mejor calidad, su hoja era ancha, curvada y asimétrica, con un estrechamiento en su tercio superior. Tenía doble filo y acababa en punta.

Se trataba de la espada más sólida, ligera y manejable que se conocía.

—¿Qué te parece, olcade, habías visto algo semejante alguna vez? —preguntó Dóvilo sonriente, exhibiéndola orgulloso ante las mismas narices de su rival.

Ablón la observó detenidamente durante un rato, pero no contestó. Dio media vuelta y, seguido de todas las miradas, se dirigió pausadamente hacia donde había dejado su caballo, introdujo la mano en el zurrón que colgaba del pescuezo del animal y extrajo un bulto, que desenvolvió lentamente ante su adversario.

—Alguna he visto —repuso finalmente el olcade, descubriendo ante el boquiabierto turboleta otra falcata, más bella aún que la suya.

Pasada la primera impresión, el jefe Dóvilo recobró su aplomo, aunque no la sonrisa.

"Con falcata o sin ella", pensó, "acabaré contigo, maldito fantoche".

Con semblante despectivo, miró a su oponente de arriba abajo. El aspecto de Ablón no era amenazador. Su cuerpo achaparrado, de prominente barriga, su rostro ajado, incitaban más a la burla que al temor. No había visto nunca un guerrero con un aspecto tan penoso. En cambio, él…

Pero el olcade no se sentía en absoluto amedrentado por su robusto oponente, el cual, a pesar de no encontrarse ya en la flor de la edad, lucía un ancho pecho y unos buenos músculos.

Ablón era ya animal viejo, y ninguna apariencia ostentosa le intimidaba lo más mínimo. Gracias al trabajo como adiestrador de futuros guerreros en la sierra carpetana, se mantenía más o menos en forma, aunque rezaba para que aquel hombretón no fuera demasiado diestro y el combate no se dilatara mucho.

El gentío había formado ya un ámplio círculo alrededor de los contendientes, pero antes de dar comienzo al enfrentamiento, el jefe turboleta, siguiendo las ancestrales costumbres de su pueblo, mandó traer un odre de vino y dos copas, que no eran sino limpias y lustrosas calaveras humanas, las cuales, tras verter en ellas el oscuro líquido, fueron al unísono alzadas al cielo por ambos guerreros, que a continuación derramaron parte de su contenido en la tierra en honor a los dioses. Finalmente, mirándose a la cara, las apuraron de

un solo trago.

—¿Estás preparado, olcade? —preguntó Dóvilo, separándose unos pasos y adoptando postura de combate.

—No, aún no —repuso tranquilamente Ablón, sin moverse un ápice de donde se encontraba—. Antes de empezar, quiero ver a la mujer.

—¿La mujer? —preguntó el turboleta extrañado, al tiempo que se relajaba y retomaba su posición natural—. ¿Para qué nos hace falta esa mujer?

—Quiero verla —repitió Ablón, sin más explicaciones.

—Está bien —condescendió finalmente Dóvilo, tras unos momentos de duda.

Cuando Ablón y Daleni, que junto a Pentilo permanecían todavía en medio del escenario, vieron aparecer a Edereta, fue como si les clavaran un puñal en el alma. Estaba tan sucia y enflaquecida, tan desgreñada y ojerosa, que semejaba un muerto recién escapado de la tumba.

Un guerrero la traía del brazo casi a rastras, mientras ella, al tiempo que luchaba por no perder el equilibrio, protestaba y trataba de golpearle con sus débiles puños.

Una vez dentro del círculo, el hombre, sin decir una palabra, la soltó y se alejó unos pasos. Edereta le dirigió una mirada cargada de desprecio, mientras trataba de recomponer su atuendo y su figura.

Después, miró con indiferencia alrededor.

—¡Da… leni! —balbuceó, dudando de lo que sus empañados ojos le mostraban.

Tras unos momentos de perplejidad, su corazón pasó de la alegría de volver a contemplar a su hija a la pena por verla otra vez cautiva y a merced de aquellos salvajes. Las piernas se le aflojaron y se derrumbó como un fardo, vencida por la emoción.

—¡Madre! —gritó la joven, angustiada, mientras corría hacia ella.

Al volver en sí y ser informada por su hija de lo que ocurría, su cuerpo y su expresión cobraron de repente la dignidad perdida. Se puso en pie, caminó hacia su viejo amigo y, con mirada acuosa y llena de agradecimiento, posó sus manos menudas y trémulas sobre el robusto y velludo antebrazo que sostenía la espada y se lo apretó cariñosamente.

Acto seguido, cabizbaja y musitando una plegaria, abandonó el escenario apoyada en su hija.

El combate por sus vidas iba a empezar.

A pesar de toda la experiencia guerrera que había acumulado, primero durante las invasiones que asolaron las tierras de los olcades en su juventud, y luego en el largo tiempo pasado al

servicio de los edetanos, Ablón no las tenía todas consigo. No dudaba de que en un combate al uso, es decir, a muerte, vencería al turboleta, pero una lucha a primera sangre era otra cosa. Cualquier accidente o descuido, el más mínimo rasguño, condenaría de por vida a ambas mujeres a la peor de las servidumbres.

Un incómodo cosquilleo en el estómago le recordaba que en esos enfrentamientos los dioses solían mostrarse especialmente caprichosos.

Desde el mismo momento en que el combate quedó apalabrado, Ablón, como era su costumbre, una costumbre que sin duda le había ayudado a mantenerse vivo, estudió a su rival en busca de debilidades, observando cada uno de sus gestos, cada movimiento, el tono de su voz y hasta el brillo y la intensidad de su mirada.

¿Qué tipo de enemigo se escondía bajo el indómito aspecto de aquel turboleta? El guerrero endiosado y corajudo o, tal vez, el cauto y experimentado.

Dóvilo, por su parte, estaba muy tranquilo, y tenía buenos motivos para ello, ya que era uno de los jefes más respetados de un pueblo ya de por sí temible. Nunca había sido vencido, ni en combate individual, ni durante sus correrías, ni en batalla. ¡Y aquel saco de tocino rancio no sería el primero en conseguirlo!

Pero el turboleta no tardó ni tres acometidas en darse cuenta de que aquel olcade se las sabía todas y que debía de andarse con mucho cuidado si no quería perder su imbatibilidad.

Para empezar, aquel viejo zorro se había adueñado del centro del círculo, obligándole a moverse a su alrededor y desgastarse en continuas embestidas que siempre acababan estrellándose contra su firme defensa o acuchillando el aire.

En varias ocasiones se vio verdaderamente apurado, casi a merced de su oponente, pero éste, incomprensiblemente, parecía permitirle rehacerse. Era como si no quisiera que la lucha terminara. No alcanzaba a entender qué pretendía aquel maldito olcade. Empezó a preguntarse si no estaría jugando con él, y eso le enfureció aún más.

Pero Ablón sabía perfectamente lo que se hacía. ¡Claro que quería vencer al turboleta!, pero pero sin causarle demasiado daño, lo cual no era tan fácil.

Un veterano como él, acostumbrado a lidiar con guerreros de todo tipo, sabía que lo más importante para obtener ventaja sobre el enemigo era descubrir sus flaquezas, y él ya había detectado la de Dóvilo.

—Durante un combate —Ablón recordaba las palabras de su padre cuando le adiestraba en el manejo de las armas—, no te fijes en la espada de tu enemigo, fíjate en su rostro, él te dirá cómo se

siente y lo que va a hacer.

Le había costado poco tiempo darse cuenta, porque era el defecto más habitual: antes de descargar el golpe, desviaba la mirada hacia el lugar donde iba a hacerlo. Era una ventaja pequeña, ya que desde que Dóvilo apartaba los ojos de los suyos para fijarlos en alguna parte de su cuerpo tan sólo tenía un instante para protegerse, pero podía resultar suficiente.

Más de una vez lo había tenido a su alcance, pero el turboleta era un adversario tenaz y resistente, y se movía con demasiada agilidad como para acertar a causarle una herida ligera, y no quería arriesgarse. Por eso se limitaba a cruzar golpes con él, esperando que el cansancio hiciera mella en su fuerza y en su espíritu, y ralentizara sus movimientos.

Pero había un problema, y grande: él también empezaba a sentirse fatigado, y en la medida en que sus golpes perdían precisión, se alejaba el deseado desenlace.

La duración del combate comenzaba a ser ya excesiva incluso para un guerrero joven y vigoroso, y ninguno de los dos lo era. El ambiente también se había enfriado, y la euforia e incesantes muestras de ánimo que el jefe turboleta recibió al comienzo del mismo se habían transformado en largos silencios, algún grito de apoyo y más de una exclamación de alarma.

Ambos sudaban y resoplaban, sin que se vislumbrara un ganador.

De repente, Dóvilo, que ya se había apercibido de la superioridad del olcade y a quien la falcata pesaba como sepulcral losa, clavó de un golpe el borde del escudo en la blanda tierra y, jadeante, se apoyó en él:

—¡Se acabó! —profirió con la voz entrecortada por el agotamiento—. ¡Tú ganas!

—Pero…

—¡He dicho que tú ganas! —repitió hincando en Ablón una mirada cargada de furiosa resignación—. ¿Qué quieres? ¿Mi sangre? ¡Tómala, aquí la tienes!

Y diciendo esto, alzó la falcata y, con rabia, se hirió el pecho a todo lo largo, haciéndose un corte del que empezó a manar abundante sangre.

—¡Llévatelas, maldito olcade! —ordenó, finalmente—. Y desaparece de aquí antes de que me arrepienta.

Entonces, Ablón hizo algo que nadie esperaba. Dejó que el escudo resbalara de su brazo y, tras imitar con resolución el último gesto de Dóvilo, se acercó a él y le rodeó con sus brazos, pecho contra pecho, mezclando sus sangres.

Parecían dos recios robles apretados uno contra el otro por

vigorosos golpes de viento.

—No te he vencido —le susurró Ablón al oído.

—Sí lo has hecho, maldito embaucador —le respondió el noble turboleta en el mismo tono.

Y mientras estrechaba aún más el abrazo, añadió una palabra.

# CAPÍTULO 8

**Año 477 a. C.**
**Finales de marzo.**
**Edetania – Ciudad de Arse.**

El viaje a Arse fue un largo y tranquilo paseo, y buena parte de culpa la tuvo Dóvilo, que, para evitarle percances a su nuevo hermano de sangre, ordenó que varios de sus hombres los acompañaran hasta las mismas fronteras de su territorio.

Tras dos jornadas de complicado marchar por infames senderos casi sepultados entre densos bosques de pinos y alcornoques, por donde sólo lobos, osos y alimañas podían moverse a gusto, alcanzaron las despejadas y yermas cumbres de una majestuosa sierra desde la que se vislumbraba un extenso valle. Un horizonte de difuminadas montañas lo cerraba por el este.

—Todo lo que veis ante vosotros es Edetania, hasta el mar —dijo uno de los guías señalando con su brazo los valles y montañas inundados de luz que se extendían hasta el horizonte—. Seguid el curso de ese río que veis y os llevará hasta los mismísimos pies de Arse.

Y allí se despidieron.

La emoción que Edereta y Daleni sintieron al contemplar de nuevo su añorada tierra, rivalizó en intensidad con el asombro que embargó a Pentilo y a los guerreros carpetanos al descubrir, envuelta en el resplandor rojizo del crepúsculo, la grandeza y poderío que transmitía la imponente fortaleza de Arse, levantada sobre una abrupta colina que se elevaba, aislada, en medio de una planicie que iba a morir en el mar.

Pero no era a aquel inexpugnable oppidum, como los griegos lo llamaban, adonde se dirigían, sino a las tierras de Ikomkei, que se extendían al otro lado del río, en las laderas de dos escarpadas y pinosas montañas, una al norte y la otra al oeste, que las defendían de los fríos vientos del interior de Iberia.

Aunque todos estaban deseosos de culminar el viaje y empezar a disfrutar de la, sin duda, espléndida hospitalidad que les prodigaría el poderoso y rico arsetano, aún tuvieron que aguardar a que cayera la noche, ya que Ablón, por razones que a nadie explicó, quiso hacerlo con la mayor discreción posible, como si, en lugar de haber conseguido un gran triunfo, regresaran derrotados.

Así pues, cuando el sol se hubo ocultado, el veterano olcade se presentó en solitario, ante los dos ceñudos centinelas que, armados con lanzas, custodiaban desde lo alto del muro la principal entrada a aquella propiedad que él conocía tan bien, y les anunció que deseaba ver al amo.

Después de tan prolongado y arduo viaje, el aspecto de Ablón, sucio y desaliñado, no difería mucho del de cualquiera de los haraganes que proliferaban por Arse y sus inmediaciones, y el extraño caballo que montaba —pequeño, peludo y cabezón—, tampoco contribuía a mejorar ni su apariencia, ni la confianza de los mercenarios que le observaban.

El más joven de ellos tomó una de las antorchas que iluminaban el perímetro de la muralla y la alzó para ver mejor el aspecto del jinete.

—¿De modo que quieres ver al amo? —preguntó entre socarrón y despectivo—. ¿No prefiere mejor el señor hablar con el gobernador de Arse?

—Decidle al amo, Ikomkei, que Ablón, el olcade, desea verle —repuso sin inmutarse.

—¡Ablón, el olcade! —repitió ampulosamente el guerrero, mientras en su rostro se dibujaba un exagerado gesto de admiración —. Ya nos habíamos dado cuenta de que eras alguien importante — y, de repente, levantando el brazo armado y amenazando con arrojarle la lanza, le ordenó con voz autoritaria—. ¡Vete de aquí, desgraciado, antes de que te abra un agujero en la barriga!

Como si no hubiera escuchado la advertencia, el jinete, sin hacer ademán de retirarse, contempló largamente al joven centinela y después desvió la mirada hacia su veterano compañero.

—Tú pareces más listo. Dile al amo, Ikomkei, que Ablón, el olcade, desea verle.

—¡Maldito! ¡Ahora mismo te voy a enseñar quién es el tonto aquí!

Pero su amago de embestida quedó frenado en seco por la firme voz del más maduro.

—¡Quieto! —ordenó—. Ve a decirle al amo que tiene una visita. ¡Y deprisa! —le apremió con mirada furibunda, al contemplar el desconcierto en los ojos del impetuoso joven, que aún dudaba entre acometer al insolente u obedecer a su jefe de guardia, a quien el aplomo con aquel hombre había recibido las amenazas, le inducían a pensar que no fanfarroneaba.

Y su intuición no le traicionó, a la vista del estrecho abrazo en el que poco después se fundió con su amo.

Ikomkei, con las prisas y la emoción de volver a ver a su añorado jefe de mercenarios, no había tenido ni siquiera la precaución de vestirse, y había salido al raso con lo puesto, una liviana túnica blanca de dormir que le llegaba a los pies, atuendo que, unido a la palidez de su rostro, su buena altura y su extrema delgadez, le hacían parecer un espectro.

El sentir las manazas de su viejo amigo golpeando

cariñosamente sus endebles hombros y percibir el rancio olor a sudor y suciedad que desprendían sus toscos ropajes, le hicieron recuperar de inmediato al noble arsetano la tranquilidad y seguridad que le fueron arrebatadas una maldita noche, hacía ya varias lunas.

El joven centinela que había menospreciado al viajero no podía creer lo que veía: el hermano del gobernador de Arse y uno de los hombres más poderosos del territorio, llorando a lágrima viva, cual vieja plañidera, en los brazos de un desarrapado y apestoso extranjero.

"Ya puedes empezar a buscarte otro trabajo", pensó al ver cómo ambos amigos, cogidos del brazo, se acercaban a él muy lentamente, conversando cabizbajos.

Pero no era precisamente en él donde estaba centrada en esos momentos la mente del recién llegado.

—¡Ablón, Ablón, cuánto te he echado en falta! —gimoteaba Ikomkei, que caminaba con pasos no muy seguros y la cabeza gacha —. La desgracia se ha cebado con nosotros. Recuerdas a Edereta, ¿verdad? Y a mi pequeña Daleni —añadió con la voz rota por el dolor de su recuerdo—. Pues…, me las han robado, Ablón, me las han robado... —el encontrarse de nuevo con un viejo amigo en el que poder volcar la pena y la frustración durante largo tiempo reprimidas, hacía que las palabras fluyeran de su boca en inagotable torrente—. Una aciaga noche…

El olcade le dejó hablar, pero sin prestarle demasiada atención. No era ese el momento de darle explicaciones, sino de apartarse lo suficiente de los dos centinelas para poder revelarle, sin que nadie más le escuchara, el verdadero motivo de su presencia allí.

Una vez que los centinelas regresaron a su puesto de vigilancia y los dos amigos quedaron solos en la semipenumbra, Ablón se paró frente a Ikomkei y le miró fijamente y con gran conmiseración.

—¡Calla, Ikomkei, y escucha! —le ordenó, al tiempo que le agarraba por los hombros con firmeza—. Tu mujer y tu hija están a salvo…

—¿Cómo? —chilló el arsetano fuera de sí, mirándole con ojos anhelantes—. Que…

—¡Tranquilízate y escucha! —le atajó Ablón con voz queda, pero firme, al tiempo que le zarandeaba tratando de que recobrara la compostura—. ¡Y no hagas preguntas! —añadió—. Lo que has oído es cierto, ya te lo explicaré luego. Ahora, lo que quiero —antes de continuar, Ablón echó un vistazo a su alrededor. A la vacilante claridad de dos pequeñas hogueras se percibían vagas siluetas de hombres y rumor de voces— es que mandes a tus guardias que abandonen sus puestos y se retiren a sus aposentos hasta nueva

orden.

Ikomkei, presa de los nervios, se frotaba una y otra vez sus temblorosas manos, mientras su rostro reflejaba una intensa alegría.

—Pero…

—¡Sin preguntas! —le advirtió secamente y con cara de pocos amigos—. ¡Haz lo que te digo!

Una vez que todos sus hombres hubieron desaparecido de la vista, Ablón montó sobre su asturcón y abandonó la propiedad, para regresar poco después al frente de una silenciosa columna de jinetes, entre los que Ikomkei, de nuevo con los ojos llenos de lágrimas y al borde de un síncope, distinguió, a pesar de ir con las cabezas bajas para tratar de no ser identificadas, a sus dos amadísimas damas.

ooOOoo

La noche fue muy larga y emocionante, plena de risas, lágrimas y parabienes, y estuvo toda ella amenizada, cómo no, con el relato de las últimas y extraordinarias aventuras que Ablón y sus carpetanos habían vivido desde que abandonaron sus tierras, hacía aproximadamente media luna, lo que, en medio de un ambiente relajado y festivo, provocó situaciones hilarantes; los unos alardeaban de sus méritos y destreza, mientras los otros quitaban importancia a su logros y tildaban a sus compañeros de fanfarrones.

El largo viaje y la sensación que todos tenían de “estar en casa” les había abierto el apetito, y tampoco faltaron manjares y bebida para satisfacerlo, y en una abundancia tal como nunca habían visto, ni mucho menos disfrutado.

Contra lo esperado, dada la vida aislada y montaraz que había llevado desde su nacimiento en las inclementes sierras olcades, Pentilo era el más limpio y comedido de los recién llegados, incluida la joven Nisunin, que poseía una especial gracia para derribar o dejar caer cuanto cogía o se ponía a su alcance.

Ver comer a Ablón y a los carpetanos, oír el acelerado batir de sus mandíbulas y el chascar de sus lenguas, era todo un espectáculo. Devoraban hasta con los ojos, y lo que no les cabía en la boca, les rebosaba por mentones y gaznates en grasientos regueros que desembocaban en barbas y ropas. Todo ello ante la complaciente mirada y los jocosos comentarios de sus anfitriones.

La abundancia fue tal que, al final, todos los guerreros que habían llegado con Ablón, ahítos y mareados, apenas podían moverse en sus asientos y sólo daban señales de vida para rechazar con un leve gesto de las manos las nuevas viandas que continuamente les eran ofrecidas.

Pero lo mejor estaba aún por llegar, porque el contemplar los

camastros que con tanto esmero les habían preparado para pasar la noche fue el colmo de la felicidad. Era lo que más deseaban, lo que más habían añorado desde que abandonaron su poblado, y se desplomaron sobre ellos como troncos derribados.

Y después de que las mujeres y los jóvenes se hubieron ido a descansar, Ablón e Ikomkei se retiraron a la estancia que el arsetano utilizaba de manera privativa para atender los asuntos familiares y urdir sus estrategias Tras acomodarse perezosamente en sendos butacones, se contemplaron en silencio durante un buen rato. Entre ellos, tan sólo se interponía una pequeña mesa de madera sobre la que reposaban una crátera de color negro, en forma de ánfora, cuyo cuello orlaba una banda blanca con un repetido motivo geométrico, y dos copas de fino bronce bonitamente labradas.

La pieza era amplia, acogedora, iluminada por el fuego que ardía en uno de sus rincones. Era tal la sensación de paz y felicidad que les embargaba, y se encontraban tan a gusto en aquella serena penumbra, que parecía como si ninguno de los dos tuviese prisa por empezar a hablar.

El relato que hizo Ikomkei de lo acontecido aquella nefasta noche en que su mujer y su hija fueron raptadas, coincidía plenamente con lo que él ya sabía, por haberlo escuchado ya de labios de Edereta y Daleni, pero contenía algunos detalles importantes que, sumados a lo que él mismo había averiguado, aclaraban completamente el embrollado asunto.

—Aquellos hombres conocían la propiedad y la casa perfectamente —explicaba Ikomkei—. Sabían dónde estaban apostados los guardias, cuántos eran y en qué lugar se hallaban las estancias de Daleni y Edereta. Les ofrecí todo cuanto tenía, incluso mi vida, a cambio de su libertad, pero no lo aceptaron, y hasta se rieron de mí. Nunca me había sentido tan humillado, tan impotente. ¡Venían a por ellas, Ablón, sólo a por ellas!

El olcade escuchaba en silencio y con gran atención, mientras en su mente las últimas piezas del rompecabezas se iban encajando.

—Y lo que me dijo ese turboleta antes de marcharse —"Si quieres volver a verlas, habla con tu hermano Iscer"— me dejó completamente desconcertado.

Ahora el rostro de Ablón sí denotó sorpresa. Enarcó las cejas e interrogó a su antiguo jefe con la mirada.

—Iscer es el actual regente de Arse —explicó Ikomkei.

—¿Y qué tiene que ver con esto?

—Hablé con él, claro, y, aunque por el momento no podemos demostrarlo, estamos convencidos de que todo este asunto está relacionado con las disputas que, desde hace ya algún tiempo, tú lo sabes bien, mantiene la ciudad de Edeta con nosotros en su intento

de hincarle el diente a los beneficios que obtenemos del comercio con los griegos.

—Explícame eso —pidió Ablón muy interesado.

—¡Creí que lo sabías! —repuso el edeteano, sorprendido— Hace mucho que Edeta envidia nuestra prosperidad y…

—No, eso no —le interrumpió el olcade—. Eso claro que lo sé. Si haces memoria —añadió—, recordarás que en más de una ocasión, sentados aquí mismo, hemos expuesto nuestras sospechas de que los edetenses estuviesen detrás de muchas de las incursiones que, los turboletas, por el noroeste, y los ilercavones, por el norte, hacían por estos territorios.

—Me acuerdo, amigo, me acuerdo… —dijo, y le dio un trago a su broncínea copa.

—Lo que deseo que me aclares es por qué Iscer y tú habéis llegado a la conclusión de que Edeta está también detrás del robo de tus mujeres.

—Es muy sencillo —explicó Ikomkei—. Porque pensamos que esa última frase pronunciada por el turboleta tiene relación con la anterior visita que una alta delegación de aquella ciudad, encabezada nada menos que por el hijo de su actual gobernador, llamado Eterindu, de la que formaban también parte algunos de esos ávidos fenicios del sur, había realizado a mi hermano, haciéndole mil promesas a cambio de dejarles meter sus hocicos en el negocio griego.

—Pero Iscer no aceptó —completó Ablón.

—No, no lo hizo.

—Y el rapto de tu mujer y de tu hija es una manera de presionarle para que ceda.

—Eso creemos.

—¿Y por qué atacar a los tuyos y no directamente a la familia de Iscer?

—Han debido de pensar que los míos serían más fáciles de capturar. Mi hacienda no es Arse, yo dispongo de pocos hombres, y hasta aquí los turboletas pueden llegar sin ser detectados.

—Sí —intervino nuevamente el olcade, arrellanándose en su asiento y desviando la vista hacia las llamas—, eso puede ser así, pero, por el momento, no podemos estar seguros. Lo que sí está claro es que alguien de los tuyos te ha traicionado.

—Exacto —corroboró el edetano—. Eso mismo creo yo. Alguien les había informado con todo detalle de lo que se iban a encontrar aquí.

—¿De quién sospechas?

Ikomkei entrecerró los ojos, al tiempo que asentía varias veces.

—Desconfío de mi anterior jefe de guardia, un buen guerrero, un

tipo duro, pero muy engreído y que se tomaba excesivas libertades con el resto de la gente a mi servicio. Incluso con Daleni y Edereta. Tuve que pararle los pies y echarle. Se llama…

—¿Korribilo? —preguntó Ablón, de repente, pronunciando el nombre que Dóvilo le había susurrado al oído en el momento de la despedida.

El asombrado rostro de Ikomkei le confirmó que el taimado jefe turboleta no le había mentido.

—¿Cómo sabes su nombre? —inquirió el arsetano, estupefacto —. Tú no lo conoces…

—Eso no importa ahora —repuso Ablón, que no quería desvelar el nombre de su "hermano de sangre"—. Lo primordial es que sabemos que ha sido él.

—Lo hice seguir.

—Ya lo imagino.

—De repente, ha dejado de ser un mercenario, siempre escaso de plata, y se ha convertido en alguien importante. Ahora vive con desahogo y va siempre acompañado por gente armada, de fuera, no sé si de Edeta o de dónde.

—Sabrás dónde tiene su guarida…

—Sí, pero no podía ordenar que lo capturaran, pues temía que ellas lo pagasen.

—Hiciste bien —le felicitó Ablón, al tiempo que sonreía y levantaba su copa en señal de saludo—. Y ahora que tienes a tus mujeres en casa, ¿qué piensas hacer?

—Esa asquerosa rata ya ha vivido suficiente —sentenció con la voz cargada de rencor.

—Me parece buena idea, pero hazlo con discreción —le aconsejó el olcade—; si alguien te relacionase con su muerte podría tratar de vengarse.

—Ya he pensado en eso.

—Y, entretanto —prosiguió Ablón, con voz aún más solemne—, te sugiero que ni Edereta ni Daleni se dejen ver más que por personas de tu plena confianza, ¿me entiendes? Cuanto menos gente sepa que han sido liberadas, mejor, porque si la noticia llegara a oídos de ese cobarde, todo se complicará.

—Seguiré tu consejo…, como he hecho siempre —repuso el arsetano.

—Casi siempre —corrigió Ablón.

—Tienes razón…, pero yo no tuve la culpa de aquello.

Y, de inmediato, Ikomkei pasó a justificar los motivos por los que, en su día, tras la marcha de Ablón, decidió prescindir de los servicios de los guerreros olcades que le protegían.

—Al poco de irte, mi vida se convirtió en un infierno por culpa

de Edereta —empezó contando, tras llenar nuevamente las copas con el excelente vino griego—. No te rías, bribón, que no tiene gracia —añadió al observar el gesto de guasa que empezaba a formarse en el arrugado rostro de su amigo—. No sé qué le pasó a esa mujer, cualquier cosa la enojaba. Nada se hacía bien, ni estaba en su sitio. La comida no le gustaba, los amigos la incomodaban, a mí ni se acercaba… Y, un buen día, la tomó con tus olcades. Les cogió tal inquina que el solo verlos la trastornaba. Era de locos —suspiró largamente—. Aguanté lo que pude, pero, al final, o la mataba a ella o echaba a tus hombres.

—Una buena paliza suele dar excelentes resultados —bromeó Ablón.

—¡Eso tenía que haber hecho! Porque cuando se las llevaron casi me muero de pena, y de rabia. No sabes lo que me arrepentí. A tus olcades no los hubieran sorprendido.

—Quizás, pero lo hecho, hecho está, y lo importante es que todo ha terminado bien.

—Esto no habrá terminado hasta que Korribilo esté muerto —corrigió Ikomkei con un fulgor de ira en su mirada.

—Discretamente muerto —rectificó su amigo—. No lo olvides.

—No te preocupes, matar a ese malnacido es lo único que ha mantenido alto mi ánimo durante estas dos largas lunas. Estoy deseando tenerlo en mis manos y aplicarle alguno de los mortíferos procedimientos que emplean mis amigos focenses allá en su tierra cuando quieren ejecutar a alguien.

—Lo que no sepan estos malditos griegos…

—¿Sabes que en Atenas, su polis más importante, el procedimiento habitual de ejecución de los condenados a muerte es darles una buena copa de vino…? —Ablón enarcó las cejas denotando su asombro—. Pues así es…, adecuadamente mezclado, claro, con el mortífero jugo que se extrae de una planta que llaman cicuta, que no es ni más ni menos que una de flores blancas que también crece por aquí, cerca de las cuadras o al borde de los caminos..., en lugares sombríos y húmedos…

—La conozco, sólo las cabras se atreven con ella —añadió Ablón.

—Dicen que es una muerte “divertida”, entre vómitos y convulsiones.

—La que merece.

—¿Te parece lo suficientemente…, discreto? —preguntó sonriendo maliciosamente.

—Discreto es, pero, ¿cómo piensas embaucarlo?

—Será fácil —empezó a revelar, demostrando que, efectivamente, lo tenía todo muy meditado—. Si hay algo que les

gusta a esos miserables son las mujeres y el vino, y de ambas cosas estamos aquí sobrados.

—Pero…

—No sufras, Ablón —se adelantó Ikomkei—, aquí somos gente civilizada. No morirá nadie más que Korribilo y sus guardianes, las mujeres, serán únicamente el reclamo para atraerlos a la fiesta que un "amigo" les organizará.

—Y mientras las esperan, el vino los mantendrá entretenidos…

—Pero no por mucho tiempo, pronto empezarán a desear no haber probado ni gota —señaló el noble arsetano, apurando su copa de un solo trago.

—Sólo le veo un problema a tu plan: que así morirá sin decirte quién le manda.

—Quién le manda ya lo sé, pero Eterindu es intocable y la palabra de ese desgraciado no servirá para culparle. Pero tienes razón —admitió Ikomkei tras unos momentos—, hay que hacerle hablar, que suelte todo lo que sepa.

—Eso me parece mejor.

—Una pena, porque me gustaba lo del vino, es como…, más distinguido, ¿no te parece? —concluyó apoltronándose aún más en el butacón y bostezando largamente.

Ablón se enderezó, asió la inagotable crátera y llenó otra vez ambas copas con el dulce zumo de la uva.

—Me alegro de no ser tu enemigo —dijo.

—Bebamos para nuestra amistad sea eterna —Ikomkei se sentía el hombre más feliz sobre la tierra.

Tras apurar la copa, el olcade se dejó caer de nuevo en su asiento y echó la cabeza atrás. Cuando volvió la vista hacia delante, Ikomkei se había quedado dormido y su rostro reflejaba la serenidad propia del que galopa por el mundo de los buenos sueños.

Entonces, Ablón dejó la copa con cuidado sobre la mesa y se levantó cansinamente, miró el adormecedor parpadeo de las brasas y dirigió sus pasos hacia la única ventana de la estancia que tenía abiertas sus portezuelas.

Arriba, la luna asomaba de vez en cuando por entre las nubes que recorrían el cielo. Bajo su intermitente luz, el oscuro y frío perfil de las imponentes murallas de Arse se recortaba majestuoso, a punto ya de verse envuelto en la leve claridad que anunciaba el cercano amanecer.

Los ojos se le cerraban.

Y acompañado del cálido recuerdo de Elbura, su flamante mujer, caminó vacilante hacia su aposento.

Llevaba mucho tiempo fuera de casa.

ooOOoo

Para la pareja de noctámbulos, la vida en la hacienda retomó su diaria actividad demasiado temprano y con desmedido brío.

Protegiéndose los ojos con sus manos, Ablón salió al exterior y, con un sonoro suspiro, mezcla de cansancio y resignación, se dejó caer sobre el banco de piedra situado bajo el sombreado porche de la vivienda.

Hacía un día radiante, y la ciudad de Arse, a caballo sobre la abrupta colina, parecía aún más hermosa e impresionante.

Bajó la mirada y, con el ceño fruncido, contempló el mareante y ensordecedor trajín de hombres y animales a su alrededor, ocupados en las tareas cotidianas.

—¡Cómo me duele la cabeza! —gruñó Ikomkei apareciendo de repente en el vano de la puerta, con los ojos legañosos y los párpados entornados.

—¡No grites tanto! —repuso el olcade en un hilo de voz, comprimiendo bruscamente los ojos, como si acabaran de golpearle la cabeza con un mazo.

—Buen vino, ¿eh? —aseveró el edetano con guasa, recibiendo un bufido por respuesta—. Es lo que tienen los buenos vinos, que no se cansa uno de beberlos…, y luego pasa lo que pasa. Toma, come algo —continuó sin apartar la vista del frente, poniéndole a Ablón ante sus narices un trozo de cecina recién cortado.

—Es lo primero inteligente que dices desde lo de la cicuta de anoche.

En ese momento, en alegre y parlanchín tropel, los siete guerreros carpetanos salieran de la casa e irrumpieron en la amplia arcada bajo la que los dos veteranos se habían cobijado. Ambos se miraron y torcieron el gesto.

—¡Bonito día, jefe! —saludó Nisunin, luciendo la mejor de sus sonrisas.

Ninguno de los dos correspondió a la cortesía de la animosa joven, pero sus enfurecidas miradas los pusieron rápidamente en fuga.

—Tanta alegría debería estar prohibida, por lo menos, hasta después del almuerzo —afirmó Ablón.

—Estoy de acuerdo.

En ese momento, Pentilo hizo su aparición.

—¡Bonito día, jefe!

—Vaya, qué original —murmuró Ikomkei.

—Será para ti —replicó Ablón.

—Vale, vale, ya me marcho —se excusó el montañés, sin dejar de sonreír.

—¿De dónde has sacado a éste? —preguntó el arsetano,

siguiendo con la mirada al hombre que se alejaba—. Se ve claramente que no es de los tuyos, y está más crecidito.

—¡Y tanto que es distinto, como que es olcade! —repuso Ablón sin poder ocultar un leve tono de orgullo en su voz—. De las montañas.

—Se les ve contentos —continuó Ikomkei, al tiempo que se llevaba a la boca otro trozo de seca carne ligeramente salada.

—Es para estarlo, ¿no te parece? Salimos del norte de Carpetania para unos días y, después de casi una luna, mira hasta dónde nos han traído los dioses.

—No podéis decir que os habéis aburrido.

—No ha habido tiempo —corroboró Ablón—. Y ese Pentilo, menos aún —y sin que nadie le preguntara, continuó hablando de su admirado paisano—. Ya te he contado que fue él quien compró a Daleni a los turboletas y que, de no aparecer yo por allí, ya le habría fabricado a tu hija un pequeño olcade.

—Sin duda —apuntó su amigo.

—Es un buen hombre, fuerte como un oso, valiente como un toro y noble como un águila.

—Vaya —suspiró Ikomkei sin dejar de masticar—. Estoy por ofrecerle a mi hija de nuevo.

—Y no te equivocarías, pero…, llegarías tarde. Ya tiene quien le caliente el lecho.

—O sea, que también es rápido como un gamo —añadió su amigo soltando una carcajada—. Este hombre es un portento. ¿Y quién es la afortunada?

—Nisunin, nuestra brava carpetana.

—¡Ah, ya entiendo! Pero yo a eso le llamo fuego pasajero.

—De fuego, seguro, pero de pasajero, nada. Lo suyo es enamoramiento —aseveró Ablón—. Hasta dicen las mismas tonterías. ¿Acaso no te has dado cuenta?

—Es verdad —aceptó el arsetano asintiendo con la cabeza—. Pues eso es inequívoca señal, no hay duda.

ooOOoo

Ikomkei, a pesar de tener fama de gran observador, no estaba esa mañana para fijarse en pequeños detalles. Si lo hubiese hecho, habría comprobado que los siete jóvenes carpetanos, y por supuesto Pentilo, a los que ahora veía equiparse y prepararse para visitar Arse, habían incorporado a su armamento una nueva herramienta, un tanto extraña para un guerrero: una maciza vara de madera. Y había una razón para ello.

Prácticamente desde que iniciaron su aventura, aunque más asiduamente durante el trayecto entre el poblado de Dóvilo y

Edetania, el principal entretenimiento de los jóvenes carpetanos había sido enfrentarse "amistosamente" al olcade y tratar de vencerlo en su terreno, es decir, a palazo limpio. Y Ablón lo pasaba en grande observando cómo, una y otra vez, los huesos de los osados insensatos, y también las apretadas nalgas de la tenaz y briosa Nisunin, por las que Pentilo pareció desde el principio sentir una predilección especial, comprobaban la destreza del risueño olcade y sufrían la severidad de su versátil arma.

Durante el tiempo que duró el viaje, aquel hombretón había dado continuas muestras de sagacidad y valor, y de ser un buen camarada y un muy duro adversario, aunque lo que había acabado definitivamente de cautivar a Nisunin fue lo ocurrido durante un atardecer en que Pentilo intentó cazar algo para acompañar la consabida dieta de carne ahumada y bellotas revenidas.

Esa vez la joven guerrera iba con él.

Siempre con el olcade abriendo camino, llegaron a un lugar en medio de la espesura en el que, de repente, la ordenó detenerse.

Pentilo avanzó unos pasos y retiró con sigilo las ramas de unos matorrales, dejando ver cómo un grupo de lobos se acercaba cautelosamente a un gran oso pardo que se entretenía en devorar el cadáver de una cierva recién abatida. La presencia de la manada puso inmediatamente en guardia a la bestia, que se incorporó rauda sobre sus patas traseras y lanzó un tremendo rugido, al tiempo que alzaba las patas delanteras y mostraba sus largas y afiladas garras.

Pero los lobos estaban hambrientos y no se amilanaron.

El enfrentamiento no duró mucho. El oso gruñía y se revolvía con rapidez y fiereza, una y otra vez, tratando de desbaratar los ataques de los lobos y evitar sus dentelladas, y hasta logró acabar con uno de ellos de un tremendo zarpazo que a punto estuvo de arrancarle la cabeza de cuajo, pero al final tuvo que desistir y cederles la pieza.

Acabada la feroz pelea, Pentilo dijo algo que la dejó paralizada, además de absolutamente encandilada:

—¿Te apetece comer venado?

Y sin esperar respuesta, el olcade, ante los aterrorizados ojos de Nisunin, salió de entre los matorrales, gritando como un poseso y volteando vivamente el palo por encima de su cabeza, y se lanzó pendiente abajo, sin siquiera tratar de esquivar la maleza que encontraba en su camino. Al verle llegar, los cuatro lobos se alejaron prudentemente del cadáver.

Pero su precaución no duró mucho. Enseguida se rehicieron y, gruñendo y haciendo crujir sus mandíbulas, tomaron posiciones alrededor de Pentilo, dispuestos a disputarle la comida al nuevo

adversario.

A pesar de su asombro, Nisunin no permaneció acurrucada entre la espesura, aguardando el desenlace. Ella era una guerrera carpetana, entrenada para luchar y matar, de modo que, moviéndose con ligereza sobre el desigual terreno, se acercó al lugar de la pugna, armó su arco y apuntó…, pero no llegó a lanzar ni una sola de sus flechas.

"¡Está loco!", no pudo menos que pensar al observar la insólita estrategia de aquel hombre, que, lejos de amilanarse, no sólo incrementaba sus rugidos y hacía rotar con mayor ímpetu su larga vara, sino que reía.

—¡Quieta, mujer! —le oyó gritar de repente.

Nisunin no podía creer lo que veía, pero la expresión del montañés no dejaba lugar a duda: estaba disfrutando en medio de la muerte, repartiendo mandobles a diestro y siniestro, saltando de un lado a otro sin descanso, mostrando amenazadoramente sus dientes y haciéndolos chascar con mayor violencia y coraje que los propios lobos.

Aún mantenía la joven el arco armado y los brazos en tensión cuando un tremendo estacazo en el cráneo de uno de los animales y un rejonazo en el costado de otro, pusieron fin al descomunal combate.

Bañado en sudor, pero sin un rasguño, aquel bárbaro resoplaba satisfecho mientras tomaba posesión del cuerpo inerte de la cierva y del muy vivo de la guerrera que, con embelesada mirada, se le entregó allí mismo, segura de que ninguna bestia, por grande y fiera que fuese, se atrevería a importunarlos mientras yacían.

ooOOoo

La prosperidad que se respiraba en cada rincón de la bulliciosa ciudad de Arse y de su atestado fondeadero, la multitud de puestos de venta de todo tipo de mercancías, el incesante trasiego de productos y personas, el dispar aspecto y colorido de los transeúntes, algunos de los cuales tenían la piel tan oscura como la noche, sus distintas indumentarias…

El continuo y confuso vocerío que producían los cientos de conversaciones y los gritos de los comerciantes ofreciendo sus productos, y de los capitanes de embarcación ordenando maniobras u organizando la descarga de fardos, y de los capataces dirigiendo a los braceros y estibadores...

El tamaño y la forma de las viviendas, a veces montadas unas sobre otras hasta alcanzar la altura de cuatro hombres, y construidas completamente en piedra pulimentada; y de los navíos, varios de los cuales eran tan grandes que parecía milagroso que no

se hundieran…

Y el mar, aquella inmensidad de agua salada de cuyo vientre nacía cada día el sol que les daba la vida.

Todo en aquel extraño y enloquecido mundo les tenía fascinados y cohibidos.

Los ocho extranjeros, ataviados con sencillos sayos de piel de cabra, vaca o venado y ajadas albarcas, con sus espadas colgando de los tahalíes y los ojos abiertos como platos, caminaban muy despacio, entre empujones, engullidos por el apresurado ajetreo del gentío, soportando pacientemente el infernal ruido que los rodeaba y ensordecía.

Acompañados por dos servidores de Ikomkei que cuidaban de que no se extraviaran ni fuesen engañados, cada uno de aquellos toscos visitantes portaba, bien trabado a su cinto, un saquito negro repleto de pequeños fragmentos de plata.

Acostumbrados al simple trueque de productos, les había costado entender aquel sistema de comercio en el que, a cambio de pequeños trozos de aquel metal grisáceo, podían adquirirse armas, caballos, cerveza, ropas, ornamentos y todo cuanto tenían a la vista. ¡Hasta había mujeres dispuestas a fornicar por unas briznas de mineral!

Si se tratara de un buen pedazo de hierro, lo podrían comprender, porque en manos de un herrero podía transformarse en cualquier arma. ¿Pero para qué querría nadie la plata?

En el momento de entregarles las bolsitas, Ikomkei les había explicado cómo funcionaban allí las cosas.

Desde que los primeros griegos anclaron sus naves y levantaron sus factorías en las costas de Arse, el tradicional canje de productos había ido poco a poco desapareciendo de las transacciones comerciales, imponiéndose en su lugar el uso de la plata, al igual que el bronce era empleado en sus establecimientos del sur por los fenicios, o phoinikes, “los de rojo”, como los llamaban los griegos, aludiendo al color púrpura con que teñían sus telas y que obtenían, según decían, de un caracol marino.

Y así llegó el día en que todos los arsetanos disponían, en mayor o menor cantidad, del argento metal, y quien más tenía, más respetado era. ¡Hasta en alguna ocasión se había asesinado para conseguirlo!

Pero los malditos griegos no se conformaron con trastocar todo el antiguo sistema de comercio, sino que, ahora, se dedicaban a fundir los fragmentos de plata para convertirlos en barras y, sobre todo, en unas pequeñas piezas en forma de anillo, de desigual peso y tamaño, que llamaban monedas, y a las que Ikomkei no auguraba un destino muy halagüeño:

—Teniendo ya la plata fragmentada, ¿a qué llevar una de esas monedas o cilindros que, al final, el vendedor ha de cizallar o recortar si su peso excede el valor de lo que el comprador desea adquirir?

—Cuánta razón tienes amigo —le respondía Ablón—. Sólo a un imbécil podría ocurrírsele semejante estupidez.

No obstante, a pesar de no tener muy buena opinión de ellas, el propio Ikomkei disponía de un buen montón, todas las cuales presentaban, por un lado, la cabeza de un carnero, y, por el otro, una cruz de puntos, para facilitar su quebradura.

Y así, envueltos en aquella perenne vorágine de fiesta y opulencia con que Ikomkei les agasajaba, y sin que el más mínimo recuerdo de Carpetania perturbara sus extasiadas mentes, fueron transcurriendo los días. Y cuando Ablón les comunicó que había pasado una luna desde que llegaran a Arse y era momento ya de regresar a casa, no hubo ninguno que no mostrara vivos deseos de estrangularle.

—Mi deuda con vosotros es eterna y las puertas de mi casa estarán siempre abiertas cuando las necesitéis —les había dicho el noble anfitrión en el momento de la despedida.

El retorno, al pausado andar de los bueyes que tiraban de los tres carromatos, rebosantes de mercancías, que el agradecido edetano les había regalado, no tuvo contratiempos, y aún tuvieron la oportunidad de visitar el poblado en el que Ablón había nacido y pasado toda su juventud, y de disfrutar allí de algunos buenos momentos de holganza y prodigalidad dispensados por sus parientes y amigos.

Y fue allí, precisamente, donde, con gran tristeza, se despidieron de Pentilo y Nisunin que, con uno de los carros, tomaron el camino del norte, rumbo a las brumosas y agrestes montañas olcades por las que el gran río Tagus daba sus primeros pasos.

Cuando, en medio del silencio, vieron a sus amigos internarse y desaparecer en un extenso y sombrío pinar, Ablón y sus seis jóvenes guerreros retomaron presurosos la marcha hacía el oeste, con el sol a la espalda, siguiendo el camino trazado por sus propias sombras hacia la Sierra de Ramaro.

# CAPÍTULO 9

**Año 477 a. C.**
**Finales de abril.**
**Territorio vetón.**
**Poblado de Terkinos.**

Nadie recordaba una tormenta como aquella.

Desde lo alto de las murallas de la fortaleza vetona, los habitantes del poblado contemplaban, no sin espanto, el grandioso espectáculo de luces y sonidos que ofrecían las grandes montañas del norte, al parecer convertidas en el majestuoso campo de batalla de los dioses.

Durante la noche, mientras los rayos rasgaban sin descanso el tenebroso horizonte, el rugiente viento del norte llevaba hasta el interior de las casas el fragor de los truenos. En torno a las lumbres que ardían en los hogares, se escuchaba el incesante y tembloroso murmullo de las oraciones, que apenas conseguían sosegar los espíritus. Y a cada nuevo estampido, los corazones se encogían un poco más y el bisbiseo se alzaba con renovado fervor.

Cerca ya del amanecer, con la atmósfera empezando a teñirse de un frío color cárdeno, se escuchó un último y mortecino retumbo, tras el cual, un sobrecogedor silencio se adueñó de cielo y tierra.

Entonces, poco a poco, los escasos hombres y mujeres que habían estado velando el celestial combate, bajaron de las murallas y regresaron a sus casas, con la sensación en sus retinas y en sus estremecidas almas de haber presenciado algo único y quizás irrepetible.

El mismo sentimiento, aunque acrecentado, embargaba en esos momentos a Ana, a quien el extraordinario suceso había sorprendido lejos del poblado, y tan peligrosamente cerca de las belicosas montañas como para creer llegado el fin de los tiempos.

Había contemplado cómo se hacía la noche en pleno día y una penumbra lívida y vaporosa envolvía la montaña, cómo si la luz hubiese abandonado para siempre la tierra. Había oído aullar la tempestad a su alrededor, visto iluminarse la noche con cada relámpago, quedado ensordecida por el estallido de los truenos y sentido retemblar la tierra bajo sus pies. Había percibido el quejido de los árboles al ser alcanzados por los rayos y divisado, asombrada, cómo el naciente fuego era rápidamente extinguido por el furioso aguacero.

No era la primera vez que la joven chamán pasaba varias jornadas alejada del poblado, recorriendo los bosques y las serranías; de día, en busca de plantas y raíces, y de los mismísimos espíritus de la naturaleza por la noche.

Solía hacerlo en toda época, pero siempre en período de luna llena, porque entre la puesta del sol y el alba, sola, sumida en aquellas abruptas soledades, era cuando, de la mano de la diosa Luna, recorría los ocultos senderos llenos de silencios y de vida, y se sentía más cercana a los dioses.

Aquel era el tiempo en que, transformados en espectrales sombras o en tenebrosos ecos, o encarnados en animales, los seres sobrenaturales vagaban por la tierra fraguando el destino de los mortales. Era aquel el tiempo en que mejor entendía sus mensajes.

Bajo su frágil apariencia, Ana encubría un corazón valiente y decidido, dotado de gran entereza, que la había ayudado a superar momentos muy duros de su vida, como el dolor de haber sido forzada por un guerrero vacceo y la tremenda amargura de perder a su amado Leukón. Pero nada de eso habría sido capaz de lograr sin la intervención de los dioses, que después de ensañarse tan cruelmente con ella la habían elegido como intermediaria ante su pueblo. Y era ese deseo de servirles, de acercarse a ellos y de sentirlos en toda su inmensidad el que la empujaba una y otra vez a envolverse en el manto de aquellos grandiosos altares y de aquella naturaleza límpida y salvaje.

Estaba empapada y no había pegado ojo en toda aquella extraordinaria noche, pero las primeras luces del amanecer la sorprendieron ya a lomos de su caballo, bajo su negro capote, internándose en lo más fiero de la montaña, en busca del lugar donde el celestial combate había tenido lugar. Su cuerpo necesitaba descanso, pero no era el momento de atender sus quejas. El ánimo era mayor que la fatiga, y su deseo de hallar el escenario de la descomunal disputa insuflaba en su alma la energía necesaria para seguir adelante.

El andar de la caballería era lento y difícil en aquel laberinto de cerros escarpados, fragosas quebradas y profundos y lóbregos barrancos. Tenía la sensación de cabalgar directa a los infiernos.

Iluminaba ya el sol las altísimas montañas que se elevaban hacia el ahora calmo e inmaculado cielo, cuando lo descubrió. Y la impresión la dejó sin aliento.

A los umbríos pies de una altísima pared de granito, bruscamente cortada a pico como por la mano de un dios, aparecieron de repente ante sus ojos los derruidos restos de una ciclópea muralla, ya casi comidos por la vegetación, que al ceñirse contra la base del enorme peñasco creaba una suerte de pequeño santuario.

Ana estaba segura de encontrarse ante el principal escenario de la batalla, allí donde los combates habían sido más enconados, porque el grandioso farallón aparecía herido por decenas de rayos,

y uno de los grandes bloques que conformaban la muralla se había derrumbado, mostrando al cielo una de sus caras limpia de verdín.

Incluso desde la distancia, se adivinaba que aquella edificación no había sido levantada para ser habitada por ningún clan, ya que ni su reducido tamaño, ni su recóndita ubicación lo hacían posible. Semejante edificación no podía ser otra cosa que un ancestral lugar de culto, erigido por quién sabe qué antigua estirpe en honor a sus poderosos dioses.

Tras internarse con suma precaución en aquella profunda hendedura, desmontó y, dejando atrás a su caballo, entró en un trabado bosquecillo de negros y añosos robles que constituía la antesala de la inquietante edificación, en la que el sol parecía no haber penetrado jamás.

A medio camino, entre la exuberante vegetación, se topó con lo que parecía una pequeña y antiquísima necrópolis a la que el paso del tiempo y la inclemente naturaleza habían castigado con dureza.

En torno a un enorme roble, de cuyas hojas y ramas aún goteaba el agua de la lluvia, se hallaban, doblegadas sobre la tierra perennemente húmeda, cuatro estelas de piedra casi cubiertas por la hiedra, sobre las cuales se advertían extraños símbolos e inscripciones.

Alrededor de las sepulturas el terreno era desigual y, por causa de la colosal tormenta y del aguacero, presentaba una consistencia movediza que al pisarse producía a Ana una desagradable sensación, rayana en el asco, como si hollara algo vivo o ultrajara el honor de los muertos allí enterrados.

Bajo cada una de las losas funerarias se apreciaba una elevación del suelo, en una de las cuales la tempestad había medio descubierto el enterramiento, dejando a la vista los despojos, ante los cuales permaneció un buen rato como extasiada.

Dejó atrás el turbador cementerio y siguió adelante.

Al salir de aquella fría, acuosa y lúgubre espesura, Ana se topó con el recóndito santuario. Desde allí se apreciaba y se sentía verdaderamente toda la magnitud y el misterio de la extraordinaria construcción.

No había a la vista restos de portones, como no debería haberlos en ningún consagrado. ¿A quién se le ocurriría ponerles puertas a los dioses y a quienes les honran?

Parada en medio del recinto, Ana notó una sensación extraña, como si no estuviera sola.

Y entonces, en un instante, vio pasar ante los ojos del recuerdo la vívida imagen de Leukón, y revivió su tono de voz, el color de sus ojos, la forma de sus labios, la aspereza de sus manos, su rebelde cabello, su contagiosa sonrisa…. Le pareció como si la acompañara,

y la rodeara con su fuerte brazo, y la reconfortara el ánimo. Y notó como su valor crecía.

Miró en derredor. Por todas partes se apreciaban signos de su pasado esplendor, y también de su abandono y ruina.

Ana estaba segura de que en aquel escondido y olvidado rincón del mundo vivieron y fueron reverenciados dioses poderosos, y ahora se había convertido en el incomparable marco de sus enfrentamientos, un lugar cuya existencia tan sólo ellos conocían.

Pero, con todo, no era eso lo más turbador. La gran piedra que la tempestad derribó de la muralla parecía haber impactado con otra también enorme que descansaba al pie de la gran pared de granito, a la que había desplazado ligeramente, apenas un codo, dejando al descubierto una tenebrosa oquedad.

Empujada por el cálido e indómito espíritu de Leukón, la joven chamán se asomó a su interior, percibiendo de inmediato en su rostro y en su alma un frío glacial, como proveniente de otro mundo.

La sala era pequeña y estaba excavada en la piedra viva.

Aún no se habían habituado sus ojos a la penumbra, cuando, de repente, sintió como si una fuerza irresistible se adueñara de su voluntad y la arrastrara dentro de la cripta.

Un casi palpable haz de luz que penetraba por la estrecha grieta abierta en la roca iluminaba la cámara.

La vista del cadáver le cortó la respiración. En vida, aquel guerrero que yacía ante ella debió de haber sido un hombre excepcional, más alto y más robusto que cualquiera de los que ella había conocido. Era impresionante.

Los ricos y bellos adornos y ropajes que cubrían sus límpidos huesos conservaban aún todo su esplendor, como si acabaran de vestirle, y denotaban claramente la elevada dignidad del enterrado.

A su derecha descansaba una magnífica lanza, de un metal al que la luz del sol extraía tal fulgor que hería las pupilas.

Le dio un vuelco el corazón.

—¡La argéntea lanza de Lug! —balbuceó estupefacta, al tiempo que sentía cómo sus piernas se aflojaban y tenía que recostarse en la fría piedra para no caer—. La que confiere la inmortalidad.

Posó su mirada en la turbadora calavera.

—¡El…, gran…, Lug…! —musitó incrédula—. ¡No puede ser! ¡Los dioses son inmortales…!

Al cabo de un rato de absorta contemplación, Ana vagaba entre las sendas de la demencia y la cordura:

“Sí, los dioses son inmortales, pero también omnipotentes. Todo lo pueden. Entonces, si un dios es capaz de corporeizarse o encarnarse en lo que desee, ¿qué le impide hacerlo en un ser

mortal…, y morir?”

Nunca supo el tiempo que pasó allí en aquella antesala del Más Allá, pero fuera el que fuese, su espíritu no estuvo envuelto en el temor ni en la angustia, sino en una sensación de paz y bienestar como jamás antes había experimentado, y ello a pesar de las extraordinarias visiones que asaltaron su mente, visiones en las que ejércitos celestiales, encabezados por deslumbrantes y poderosísimos dioses se acometían incansable y ferozmente, envueltos en una música enardecedora.

Y no sintió inquietud alguna por el hecho de que entre las enseñanzas recibidas de su maestra, la vieja hechicera vetona, ferviente adoradora de la diosa Luna, figurase una que quedó marcada a fuego en su alma:

—Al nacer —le había dicho—, el Sumo Hacedor corta la cuerda que mide nuestra vida y, a partir de entonces, por mucho que uno quiera, no vivirá un solo instante más de lo que tenga marcado. Así pues, si se ha cumplido nuestro tiempo, de nada nos sirve quiénes seamos, dónde estemos, lo que hagamos. Si nos ha llegado el momento, moriremos. Nuestros destinos están decididos. ¡Recuérdalo siempre!

Una vez liberada de su ensoñación, Ana inspiró profundamente el denso aire, acaso divino, de la cripta y, sin tocar nada, salió al exterior.

Su corazón y su mente se hallaban todavía muy confusos, pero el espíritu lo tenía henchido de una energía y una vitalidad tan grandes que la hacían sentirse invulnerable, a salvo de hombres y alimañas, de vientos y tempestades, de engaños y traiciones. Y hasta de los caprichos de los mismísimos dioses.

Cuando, desde la cima opuesta, la joven volvió la vista para contemplar por última vez el sagrado lugar, un deslumbrante rayo de luz procedente de la negra oquedad hirió de nuevo sus pupilas, cegándola momentáneamente y obligándola a desviar la mirada.

# CAPÍTULO 10

Año 477 a. C.

Primeros de mayo.

Territorio vetón.

Poblado de Terkinos.

Aquellos dos guerreros le causaron a Ana muy mala impresión, exactamente la misma que le produjo Vecco cuando llegó al poblado hacía ya varias lunas.

Vecco era uno de los guerreros vetones que no había tenido ocasión de participar en la victoriosa guerra contra los vacceos librada en Carpetania hacía ahora dos primaveras. Uno de los muchos a los que no alcanzó la gloria.

Un buen día había aparecido en el poblado de Terkinos, solo y bien armado, aduciendo, sin más, que deseaba mejorar su formación guerrera de la mano del valeroso Redukeno, uno de los hombres que más fama alcanzó en la citada contienda.

A todos extrañó su tardía decisión, pero a quienes le preguntaban por qué no había acudido antes a ejercitarse, él les sonreía…

—Es que siempre he sido muy lento para todo. Mi pobre madre me decía que había nacido cansado —contestaba, finalizando con algún gracioso improperio o gesto obsceno, oportunamente elegidos de entre su muy extensa colección.

El caso es que, pasado un tiempo, la franqueza y sencillez de aquel pequeño y duro guerrero venció toda desconfianza y fue aceptado como uno más en el poblado, porque todo lo que le faltaba de altura le sobraba de nobleza, de osadía, de gracia y, sobre todo, de tozudez.

Y el que antes se dio cuenta de ello y le acogió como a un hermano fue, precisamente, el propio Redukeno, el fiero guerrero que, a excepción de Leukón, su amigo del alma, muerto en la guerra vaccea, nunca había entregado a nadie su afecto y confianza como ahora lo hacía. Aquel vetón llegado del sur había conseguido lo que nadie pudo antes, devolverle la alegría e ilusión perdidas.

Los dos amigos de Vecco recién llegados procedían de su mismo poblado y fueron muy bien acogidos. Venían con el encargo de encontrarle y saber de él, porque, desde que marchara, sus parientes no habían recibido noticias suyas, y estaban muy preocupados. Y nadie dudó de sus palabras.

Pero en esta ocasión, como en la mayoría, la intuición de Ana no había errado.

La misma noche de su llegada, los tres amigos se reunieron a las puertas del poblado. Vecco caminaba en medio, mientras les

explicaba lo sucedido:

—Lo he intentado varias veces, pero no he tenido ocasión de hacerlo. Por el día, nunca está solo, y por la noche, el maldito duerme con un ojo abierto.

—¿Dices que en todo este tiempo no has podido acabar con él? —apuntó uno de sus compañeros con gesto de incredulidad— ¡Eso no es posible!

—Lo que digo es que no he tenido la oportunidad de matarlo…, y luego escapar.

—¡Pues hay que hacerlo! —remachó el otro—. Ahora que estamos los tres, no podemos fallar. ¡Ese maldito tiene que pagar por lo que hizo!

—Querrás decir por lo que Terkinos le ordenó hacer —señaló Vecco.

—Sí, el gran Terkinos fue quien lo dispuso y lo ordenó, pero todos sabemos que él es intocable. Y además, estoy seguro de que Redukeno disfrutó destripándolo y viéndolo morir.

—Pero no hay que preocuparse —dijo entonces el pequeño guerrero, tranquilizando los ánimos de sus camaradas—. Redukeno morirá, ese maldito no escapará a su destino. Es sólo cuestión de tiempo.

Y así iba a ser.

ooOOoo

Todo el plan para ejecutar a Redukeno había empezado a fraguarse mucho tiempo atrás, cuando las sorprendentes noticias sobre la traición de Uxentio y su ignominiosa muerte llegaron a oídos de su padre.

En aquel momento, el anciano agachó la cabeza y calló. Los hechos que se contaban eran espeluznantes y, si eran ciertos, su hijo merecía más de una muerte, pero todas dignas de un guerrero, y más de uno como él, que tantas glorias había dado a la nación vetona.

La manera en que Terkinos acabó con la vida de su hijo, ningún padre podría perdonarla. Su castigo había sobrepasado los límites de lo permisible, porque en su furia le robó su derecho más preciado: disfrutar de la compañía de los dioses por toda la eternidad.

No, Terkinos no había sido justo con Uxentio, y él tampoco lo sería si no castigara su iniquidad. Pero no iría directamente contra el hermano de su mujer, porque, a diferencia de aquel, a él sí le habían enseñado a respetar el linaje familiar.

Y según entendía, sólo quedaba un camino para recuperar la paz que habían arrancado a su alma: matar a Redukeno, el brazo

ejecutor, el hombre que, además de haber ejercido de principal matarife en el espantoso y crudelísimo suplicio en que convirtieron los últimos momentos de vida de Uxentio, había ocupado en el corazón del viejo jefe el lugar que dejó vacío su hijo Leukón.

Hijo por hijo. Eso sí era justicia.

El anciano, pues, fingió resignarse y dejó pasar el tiempo, un tiempo que fue muy largo y muy amargo, porque en cada mirada que recibía, en cada palabra que escuchaba y en cada sonrisa que advertía, veía lástima o aborrecimiento.

Todos decían que el peor y más implacable enemigo de un hombre, de un guerrero, era el olvido, pero cada día imploraba a los dioses para que el recuerdo de Uxentio desapareciese de la memoria de todos cuantos le habían conocido.

Y pasaron muchos días y muchas lunas, y cuando consideró que ya todos habían olvidado, llamó a Vecco, un guerrero de su confianza, duro y vehemente, al que nadie podría nunca relacionar con Uxentio.

Y le envió al norte para cumplir su venganza.

ooOOoo

—Amigos —repitió el guerrero dirigiéndose a sus dos cómplices —, no perdáis la calma. Muy pronto Uxentio será vengado.

Pero había que actuar deprisa, porque la estancia de los dos amigos de Vecco no podía prolongarse injustificadamente sin levantar recelos en el poblado.

Y la oportunidad se les presentó dos días después, cuando Redukeno, sin dudarlo, aceptó la propuesta de su amigo para acompañar a sus hermanos del sur al ancestral bosque sagrado de los vetones, en los confines con Carpetania.

La inclusión de la joven chamán entre los expedicionarios no sorprendió a los conspiradores, ya que, como Vecco les había advertido, si Redukeno aún seguía vivo era porque nunca había tenido la oportunidad de estar a solas con él fuera del poblado. Siempre alguien se les agregaba.

Aquel bosque, tan lleno para Ana de recuerdos, más amargos que alegres, la atraía de una manera tan intensa como misteriosa. Nunca podría olvidar la primera vez que posó en él sus pies, con la desbordante ilusión de una futura guerrera, ni lo poco que, allí mismo, tardaron en frustrarse sus sueños.

Para la sacerdotisa, aquel lugar formaba parte de su vida, una parte muy importante. Por eso, cuando supo que Redukeno preparaba una visita, ensilló su caballo y se dispuso a acompañarle.

ooOOoo

Ana y Redukeno cabalgaban delante del grupo, conversando

tranquilos y confiados, mientras que unos pasos por detrás los tres amigos los seguían en total silencio, intercambiando de cuando en cuando nerviosas e inquisitivas miradas.

Hacia ya rato que habían perdido de vista el poblado, y los dos guerreros venidos del sur esperaban ansiosos la indicación de Vecco para abalanzarse sobre los jinetes que les precedían y asestarles el golpe mortal.

Pero el tiempo pasaba y Vecco no se decidía a actuar. Quizás, pensaban sus cada vez más tensos compañeros, el comportamiento de Redukeno, que en ocasiones se volvía hacia ellos para decirles algo o señalarles algún lugar destacado del paisaje, acrecentara su vacilación.

Habían dejado atrás una zona áspera y boscosa que les obligaba a avanzar en fila, uno detrás de otro, y se adentraban en un terreno llano, cuando Redukeno, al tiempo que ponía su caballo al trote corto, se giró una vez más hacia sus tres compañeros de viaje.

—Vamos a aprovechar esta parte del camino para aligerar el paso —les dijo—, así llegaremos al bosque poco después del mediodía. Un buen momento para echar algo a las tripas. ¿No os parece?

Los tres sonrieron y azuzaron sus monturas.

Fue entonces cuando Vecco, que cabalgada en medio de los otros dos, alargó un poco el paso de su corcel, adelantándose en medio cuerpo a los de sus amigos, y extrajo su espada.

De inmediato, los dos guerreros le imitaron y echaron también mano a sus armas.

¡Por fin había llegado el momento!

Pero no les había dado tiempo aún de extraerlas completamente de sus vainas cuando, como una exhalación, el brazo derecho de Vecco se movió de delante hacia atrás con inusitada fuerza y precisión, dibujando en el aire dos perfectos semicírculos, uno a cada lado de su cuerpo, que segaron limpiamente los cuellos de los dos desconcertados guerreros, cuyas cabezas rodaron por tierra chorreando sangre.

Los únicos sonidos distintos al monótono atabaleo de las cabalgaduras fueron el levísimo silbido de la espada de Vecco cortando el aire y el choque sordo de ambas cabezas contra el seco suelo, pero fueron suficientes para que el fino oído de Redukeno los percibiera.

Al volverse y contemplar el siniestro cabalgar de dos cuerpos descabezados, que en ese preciso momento, casi al unísono, se derrumbaban a tierra, y a Vecco limpiando la ensangrentada hoja de su espada en las ancas de su caballo, se quedó boquiabierto.

En medio de la herbosa planicie, los tres jinetes detuvieron sus

monturas.

—Vinieron a matarte —explicó escuetamente a Redukeno, tras sostener durante unos instantes su asombrada e interrogante mirada.

—¿A…, matarme?

—A matarte… —confirmó el pequeño guerrero—. Y yo también.

Ante tales palabras, Redukeno se quedó atónito.

—¡Viniste a matarme! —exclamó Redukeno temblando de ira, mientras aferraba precavidamente el pomo de su espada, pero sin decidirse a desenvainarla.

—Sí.

—¿Por qué?

—El padre de Uxentio quiere tu muerte.

Redukeno empezaba a entender.

—¿Y qué te ha impedido hacerlo? —preguntó el robusto vetón, muy consciente de que al pequeño guerrero no le habían faltado oportunidades de acabar con él.

—Tú.

—¿Yooo? —repuso absolutamente perplejo.

—Sí, amigo, tú —le confirmó Vecco, y por una vez se dignó a dar una explicación—. Nadie que te conozca bien puede traicionarte.

Al escuchar aquello, el rostro de Ana se iluminó con una gran sonrisa. Vecco tenía razón. Redukeno era el más noble y leal de los hombres, el amigo que todos quisieran tener a su lado en los buenos y en los malos momentos. Como su añorado Leukón.

El ilustre guerrero tardó un poco más que la joven chamán en descifrar el sentido de las palabras de Vecco, y cuando lo hizo, dirigió su corcel con gran solemnidad hasta donde éste se hallaba y ambos unieron sus antebrazos en un gesto lleno de intensa emoción.

# CAPÍTULO 11

**Año 477 a. C.**
**Primeros de mayo.**
**Al sur del territorio vacceo.**
**Poblado de Segisamo.**

La repentina aparición ante los poderosos muros del poblado vacceo de aquellos tres astrosos jinetes, provocó la curiosidad y la aprensión de los dos centinelas que vigilaban desde lo alto de uno de los bastiones que protegían la entrada al recinto.

—¡Que los dioses os guarden, vacceos! —exclamó uno de ellos con una endiablada pronunciación que dificultaba su entendimiento —. Venimos de muy lejos, de Lusitania —añadió con un gesto de orgullo—, para hablar con el jefe Segisamo. Mi nombre es Kainu.

—¡Aguardad! —repuso uno de los vigías, y a continuación dio media vuelta y, tras asomarse al borde de la torreta, gritó el nombre del guerrero que se hallaba abajo, al pie de la tosca y empinadísima escalera de madera que conducía hasta lo alto de la muralla—. Tres lusitanos quieren hablar con Segisamo.

—Tres…, ¿qué? —preguntó el de abajo pensando que no había comprendido bien.

—¡Tres malditos lusitanos!

Refunfuñando, el veterano vacceo, al que todo aquello le parecía de lo más insólito, sobre todo porque siempre había creído que los lusitanos eran mudos y que el único lenguaje que hablaban y entendían era el de sus lanzas y espadas, se encaminó lentamente hacia la casa del jefe del clan, pero no sin antes haberse asomado brevemente al exterior por uno de los resquicios del muro para observar a aquellos extraños visitantes.

Segisamo se mesó la barba y frunció el ceño al recibir el aviso.

—Busca a Cerdubeles y pon en guardia a la gente, no vaya a ser una trampa —dispuso finalmente.

Una vez convencidos de que aquellos tres jinetes de lóbrego aspecto y mirada recelosa estaban solos y no tramaban nada, Segisamo ordenó abrir los portones y, junto con un nutrido comité de recepción, los acogió con fría hospitalidad.

Acababa de cerrar la noche y empezaba a lloviznar cuando los tres emisarios, cubiertos, como sus cabalgaduras, de una gruesa capa de mugre, desmontaron y fueron conducidos directamente a la casa del jefe del clan, ya que, aunque llevaban casi tres jornadas sin apenas bajarse de sus caballos, no aceptaron comer ni beber, ni descansar, ni siquiera asearse, antes de exponer el motivo que les había llevado tan lejos de sus tierras.

Y cuando lo conocieron, Segisamo y Cerdubeles se quedaron con

la boca abierta: los lusitanos buscaban una alianza con ellos para atacar y arrasar, cuando el buen tiempo llegara, los poblados carpetanos y vetones fronterizos con sus tierras, que no eran sino los de Ramaro y sus amigos.

¡Asombroso!

—Sabemos que tenéis cuentas pendientes con ese carpetano que os echó de sus montañas.

—¿Y por qué creéis vosotros que es el mismo que preparó la emboscada y aniquiló a los vuestros al sur de Carpetania? —preguntó entonces Cerdubeles, ahora jefe guerrero del clan.

—Porque llegó del norte acompañado de un importante grupo de guerreros vetones —Kainu omitió adrede mencionar a los arévacos, ya que era conocedor de que entre éstos y los vacceos existían fuertes lazos de amistad y parentesco—. Todo encaja. La misma alianza que acabó con Tántalo os derrotó a vosotros.

Cerdubeles, que había participado en aquella frustrada invasión de Carpetania, asintió pensativo antes de responder:

—Bueno…, no. La misma exactamente, no —precisó—. Si no llegan a aparecer aquellos olcades los hubiésemos vencido fácilmente. De hecho, ya lo habíamos logrado. ¡Huían como conejos! —sonrió volviendo el rostro hacia Segisamo—. De no ser por los malditos olcades, ahora mismo todo el norte carpetano sería vacceo.

Y tras la aclaración, evocó la robusta figura de su ahora buen amigo Ablón, que en aquella batalla, al aparecer de improviso al frente de su aguerrida hueste de guerreros, salvó a la alianza carpetovetónica de una derrota segura.

—Estoy seguro de eso —afirmó Kainu, pasando por alto el tono arrogante que había detectado en las palabras del vacceo—. El valor y la fortaleza de los guerreros vacceos es de sobra conocida. Sólo por medio de sucias añagazas son capaces de vencer esos carpetanos. Pero ahora podemos acabar con ellos —continuó el lusitano, tras observar gestos de clara anuencia en el semblante de sus dos interlocutores—. En Lusitania, muchos guerreros esperan ansiosos la orden de marchar. Si unimos nuestras fuerzas, seremos invencibles. Tú nos guiarás hasta ellos y te harás con las tierras que tanto ansías, y nosotros tomaremos cumplida venganza.

—¿De cuántos guerreros disponéis? —preguntó entonces el jefe vacceo, interviniendo por primera vez en la conversación.

—¡De cuantos sean necesarios! —repuso con rotundidad el lusitano—. Tántalo era muy querido y celebrado por nuestro pueblo. ¡Toda Lusitania clama venganza!

—Bueno, para un ataque sorpresa como el que pretendéis no será preciso que venga toda Lusitania, esos poblados carpetanos de

la montaña son pequeños. Nosotros los tomamos fácilmente. Con un centenar de vuestros guerreros bastará.

—Como tu digas, pero eso ya lo discutiréis los jefes cuando os reunáis para organizar el ataque.

—Cierto —convino Segisamo, y a continuación intercambió una rápida y, en apariencia, inocua mirada con su subordinado—. Me gusta el plan. ¿Y a ti, qué te parece?

—Sí, es un buen trato —repuso Cerdubeles, al tiempo que asentía despaciosamente—. Pero necesitaremos algún tiempo para avisar a los otros clanes, a fin de que se organicen y reúnan a sus guerreros. Así seremos aún más poderosos. ¡Invencibles! —señaló con énfasis.

El mensajero que actuaba de portavoz, el único de los tres que conocía la lengua de los vacceos, al oír aquello sonrió desdeñoso. Un ejército lusitano como el que se estaba reuniendo no necesitaba de nadie para ser invencible.

Ya se lo había dicho a Maelo:

—Nosotros solos nos bastamos para aniquilar a carpetanos y vetones.

Pero era verdad que necesitaban a los vacceos, aunque únicamente fuese para que les mostraran el camino hasta sus objetivos.

—Es cierto lo que dices, Cerdubeles, eso nos llevará algún tiempo —convino Segisamo meditabundo. Y después, encarándose con Kainu, le preguntó qué pensaban hacer ellos mientras tanto.

—Lo que desees —respondió el lusitano con firmeza.

—Descansad y luego volved a Lusitania —decidió el jefe vacceo, tras pensarlo unos momentos—. Nos puede llevar casi una luna prepararlo todo y no quiero reteneros tanto tiempo. Cuando todo esté listo os lo haremos saber —agregó—. Pero antes de iros, indicarnos cómo llegar a vuestro poblado.

—No es fácil —empezó diciendo Kainu—. Cabalga hacia el norte, hasta el gran río donde acaban vuestras tierras, y luego sigue su cauce hasta donde deje de hablarse tu lengua. Desde allí, pregunta por el poblado de Maelo.

Las caras de los dos vacceos reflejaban claramente sus dudas de lograr encontrar aquel maldito poblado lusitano.

—Hay otra posibilidad —apuntó entonces Kainu—. Yo ya conozco el camino. Puedo volver a por la respuesta cuando me digas.

—¡Eso me gusta más! —repuso rápidamente el jefe vacceo—. Regresa dentro de una luna. Para entonces ya sabremos a qué atenernos y lo tendremos todo dispuesto. ¡Esos carpetanos y sus amigos no saben lo que les espera!

—Ahora sí aceptamos tu vino y tus viandas —concluyó satisfecho el guerrero lusitano.

—¡Mujer! —llamó a voces Segisamo—. ¡Tráenos de comer y de beber!

Servido el vino, los cinco hombres apuraron de un solo trago sus copas, que enseguida volvieron a estar llenas.

—Vosotros, que habéis combatido contra ellos —dijo Kainu, paladeando con satisfacción el reconfortante líquido, mientras se recostaba cómodamente en la pared de adobe de la estancia—, contadme, ¿cómo son esos carpetanos? ¿Cómo luchan? ¿Quién los manda…? ¿Y los vetones…?

—Amigo, a mí no me mires. Yo no participé en la invasión, soy ya demasiado viejo para esas aventuras —aclaró Segisamo—, pero Cerdubeles os dirá. Él fue uno de los que permaneció en Carpetania hasta el final.

—Sí, es verdad que él no cabalgó con nosotros, pero fue quien la ideó, y su hermano, el gran Tiresio, el que nos dirigió —señaló el guerrero vacceo, tomando la palabra—, y muy…

—¿Tiresio, dices? —interrumpió el lusitano meditativo, seguro de haber oído ese nombre antes.

—¿Te trae algún recuerdo ese nombre? —preguntó Segisamo—. No sería extraño, mi hermano era respetado y temido más allá de nuestras fronteras. Los enemigos temblaban al oír su nombre. ¡Era el mejor guerrero vacceo! —concluyó con orgullo.

—Eso debe ser —corroboró Kainu—. Lo he debido oír en alguna parte.

“Sí, en alguna de vuestras cobardes cabalgadas por nuestros territorios del oeste, miserable bastardo”, pensó el jefe vacceo.

—¿Y qué fue de él? ¿Murió en la batalla? —inquirió el lusitano, muy interesado en conocer más sobre tan gran guerrero.

—No —repuso Segisamo emocionado—. Lo mató…

—Una flecha perdida —atajó de improviso Cerdubeles, que no podía dejar que los lusitanos supieran que a tan prestigioso guerrero lo mató un joven carpetano en combate singular—, cuando se preparaba para entrar en combate. Eso fue lo que lo mató.

—Sí, esa es la forma de matar de los carpetanos —apuntó con desprecio Kainu— desde lejos. Así actúan los cobardes, los que no se atreven a enfrentarse cara a cara con el enemigo.

—¡Qué razón tienes! —suspiró Cerdubeles con semblante grave —. Acabas de describir a los guerreros carpetanos. Cara a cara no son nadie, incluso rehúyen el enfrentamiento. Sólo sus flechas y jabalinas son de temer.

—Pues esta vez no les daremos ocasión de utilizarlas —sonrió el lusitano con malicia—. ¿Y los vetones?

—¡Ah, los vetones! ¡Esos sí que son buenos guerreros! —continuó el astuto vacceo que, con la mirada puesta en el infinito, dejó que, por unos momentos, su memoria reviviera la lucha mantenida contra ellos en el valle carpetano—. Son tenaces y disciplinados. Difíciles de vencer tanto si pelean a pie como a caballo. Cuando se enfrenta uno a ellos se tiene la sensación de que hay que matarlos varias veces. ¡No dan un paso atrás los malditos!

—Sí, eso hemos oído allá en Lusitania.

—Y aun así teníamos la batalla ganada… —prosiguió Cerdubeles con añoranza, haciendo caso omiso a los comentarios del invitado —. Les habíamos tomado ya tres poblados a los carpetanos y derrotado claramente a la caballería vetona. Tiresio dominaba el campo. Ya huían todos en desbandada. Sólo faltaba asestarles el golpe final… Entonces aparecieron los olcades —hizo una breve pausa antes de continuar con su monólogo—. Parece que los estoy viendo: sonaron las trompas y todo se detuvo, y entonces la cresta de la colina blanqueó con las capas de aquellos jinetes... ¡Cómo luchaban esos olcades…! —parecía como si el vacceo estuviese muy lejos de allí. Hasta los dos lusitanos que no entendían sus palabras le miraban embobados—. En fin, no se puede luchar contra la voluntad de los dioses —Cerdubeles suspiró profundamente y apuró por tercera vez su copa—. Perdimos la batalla y tuvimos que volvernos con el rabo entre las piernas.

Tras unos momentos de respetuoso silencio, el lusitano tomó de nuevo la palabra:

—Pero esta vez no habrá olcades que les ayuden. Muy pronto beberemos el vino de nuestros enemigos y nos solazaremos con sus mujeres—. ¡Gloria al gran Endovélico!

ooOOoo

Una vez que los tres emisarios quedaron descansando en los establos, Segisamo y Cerdubeles regresaron a la vivienda.

La mesa donde habían comido y bebido estaba en completo desorden, manchada de grasa y vino. Y en la parte que habían ocupado los lusitanos el suelo estaba lleno de huesos de los pollos devorados.

—Vamos fuera —dijo tras echar al lugar una mirada cargada de repugnancia.

Una vez sentados en la piedra del porche, Segisamo contempló durante un momento el negro cielo y las gotas de lluvia que caían cadenciosamente de la techumbre. Una fresca brisa acarició las ramas del recio aliso que crecía al lado de la casa y parecía custodiarla.

Su boca exhaló un hondo suspiro.

—¡Qué desfachatez! ¡Cómo se puede tener tanto descaro! —exclamó rojo de ira—. Desde que tengo memoria, esos malditos no han parado de asolar los poblados de nuestros hermanos que tienen la desgracia de vivir cerca de la frontera con Lusitania, y ahora se presentan aquí como si nada, como si fuéramos sus amigos, a que les ayudemos en su venganza.

—¿Qué hacemos con esas ratas? —preguntó escuetamente Cerdubeles—. ¿Las aplastamos ahora o esperamos a mañana?

—Déjate de frivolidades, Cerdubeles, que esto es muy serio —repuso el jefe vacceo acariciándose el barbado mentón—. Según parece, esos lusitanos están empeñados en vengarse de Ramaro y de los vetones amigos suyos, y tuyos —precisó—, que lucharon contra nosotros. ¿Cómo se llamaba su jefe?

—Terkinos.

—¡Eso es!, vengarse de Ramaro y de Terkinos. Y lo intentarán, tenlo por seguro —tras un rato de silencio, continuó—. Matarlos no serviría de nada, es más, sería un error.

—Mandar a tres lusitanos fuera de este mundo nunca es un error —rezongó el guerrero.

—¡Lo es, Cerdubeles, no seas terco! —exclamó Segisamo—. Te digo que esos lusitanos atacarán a Ramaro y a sus aliados, y lo harán con nosotros o solos. Si fingimos ayudarlos, conoceremos el momento y el lugar del ataque. ¡Hasta podríamos proponerlo nosotros! ¿Entiendes? —el jefe del clan le miraba ahora fijamente —. De esa manera los aniquilaríamos a todos de un solo golpe.

—¡Por Lug que tienes razón! —profirió el guerrero—. Mejor cien que tres.

—¿Y por qué no doscientos? —apuntó Segisamo con sonrisa maliciosa.

Cerdubeles imaginó todo un campo de batalla sembrado de cadáveres lusitanos, y su alma se alegró. Y no sólo por él, también, y principalmente, por un entrañable amigo de su juventud al que aquellos miserables bandidos sorprendieron una noche en su campamento de caza, y cuyo cráneo adornaría probablemente la entrada de una choza lusitana.

—Mañana partiré para Carpetania —anunció el jefe guerrero—. Ablón y Ramaro se van a quedar de piedra cuando sepan lo que se les viene encima.

ooOOoo

Al saber que Ablón había partido dos días antes hacia el este de Carpetania, en ayuda de unos aldeanos víctimas de los abusos de su señor, el guerrero vacceo se mostró visiblemente contrariado. La bebida no correría tan alegremente por su gaznate, las veladas no se

alargarían tanto y las historias que oiría carecerían de interés.

Pero lo que la ausencia del veterano olcade no cambió fue la acogida que Cerdubeles recibió por parte de Ramaro y Stena, sobre todo de ella, que no en vano le debía la vida, ya que fue él quien la salvó de la cruel muerte a la que la había condenado su pariente Uxentio. Por ello, el veterano vacceo no se sorprendió cuando, mostrando la mejor de sus sonrisas, la guerrera vetona se colgó inmediatamente de su brazo y, sin parar de hacerle preguntas, le condujo a su casa.

—A principio del estío volveremos a invadiros —soltó Cerdubeles, una vez se hubo acomodado y atizado un primer y largo tiento al odre de cerveza.

Ramaro, que se hallaba revolviendo en la tinaja donde se guardaban las bellotas de la temporada pasada, en busca de aquellas de aspecto más apetitoso, oyó a su amigo, pero no le dio a sus palabras la menor importancia. Cerdubeles era un hombre serio, cuando tocaba serlo, pero eran también sobradamente conocidas sus chanzas y bromas.

Como ninguno de sus amigos parecía hacerle caso, el vacceo se encogió de hombros, le dio otro trago al pellejo, chasqueó la lengua placenteramente y, tras pelarla, se llevó a la boca una sabrosa bellota, que masticó con fruición.

—¿Y qué te trae por aquí? —le preguntó Ramaro, una vez que tanto él como Stena se hubieron sentado a su lado.

—Aparte de lo del próximo ataque, claro —puntualizó la sonriente vetona.

—Pues, aparte de eso, nada —repuso su amigo—. Como os decía, será a principios del estío, o tal vez antes, si así lo deciden Segisamo y los lusitanos, que se reunirán…

—¿Los lusitanos? —le interrumpió Ramaro frunciendo el ceño.

No podía evitarlo, desde la muerte de su hermanastro Aius y de sus amigos en aquella cobarde emboscada, oír esa palabra y sentir cómo la furia le invadía era todo uno.

—Sí, los lusitanos —refrendó Cerdubeles—. Esta vez no vendremos solos, amigo, nos acompañarán un montón de lusitanos, puede que hasta dos centenares. No podréis con nosotros.

—¿Pero estás hablando en serio? —preguntó Stena ya escamada por la seriedad del vacceo.

—Completamente —y a continuación repitió—. A principios del estío, o incluso antes, dos centenares de vacceos y otros tantos lusitanos cruzaremos las montañas y atacaremos este poblado. Y después de mataros a todos, iremos contra tu padre —añadió dirigiéndose a la vetona—. Luego, nuestros aliados volverán a sus tierras y nosotros nos quedaremos con las vuestras. Ese es el plan.

¿Qué os parece? No está mal, ¿eh?

Los dos jóvenes se habían quedado pasmados y miraban a su amigo boquiabiertos. O se había vuelto loco o seguía con la broma…, ¡y maldita la gracia que tenía!

O decía la verdad.

—Y, eso, ¿por qué?

—¿Por qué? —Cerdubeles simuló verse sinceramente sorprendido por la pregunta—. Porque a Segisamo y a nuestros "amigos" los lusitanos les han llegado noticias de que andáis diciendo por ahí que nuestra cerveza es una porquería.

Los rostros de Ramaro y Stena se distendieron de repente.

—¡Joder, Cerdubeles! —exclamó el carpetano enfadado, al tiempo que con el puño golpeaba encima de la mesa—. ¡No puedes ir amenazando a la gente con guerras y muertes! ¡Nos lo habíamos creído!

—Pero bueno, ¿qué pasa? —objetó el vacceo sin alterar un solo músculo de su curtida faz— ¿Te parece poco motivo para declarar una guerra?

—¡Vete al infierno! —le espetó Stena—. Y no bebas más, que hoy te está sentando fatal.

Entonces, sin hacer caso de las quejas y reproches de sus amigos, el hombre del norte se repantigó en su asiento, bostezó larga y aparatosamente, y sonrió.

—Amigos, desgraciadamente, salvo lo de la cerveza, el resto es cierto.

Y a continuación pasó a explicarles con todo detalle lo sucedido unos días antes, tras la inesperada visita de los tres enviados lusitanos.

Acabada la exposición, un prolongado silencio envolvió la pequeña estancia, y mientras se cruzaban entre ellos miradas de incredulidad, la mente de Ramaro repasó en un instante los acontecimientos que habían llevado a una situación tan terrible: la muerte de Aius y los suyos en sus cazaderos de las montañas, la del hijo del jefe lusitano Tántalo en la emboscada del río, la de la niña carpetana a manos de su padre y, por último, la del propio Tántalo y sus bandidos, en la que él mismo había tenido una participación muy destacada.

Ahora, otra venganza empezaba a fraguarse, la cual, si todo salía como los vacceos estaban planeando, concluiría con dos centenares de lusitanos aniquilados en una gran trampa a la que serían conducidos como cerdos al matadero.

Si aquello llegaba a cumplirse, ¡cuáles no serían las represalias que tomarían entonces los lusitanos! ¡Superarían todo lo imaginable! Toda la Gran Meseta, con sus montañas, bosques y

valles, sería arrasada y ahogada en sangre.

—Venganzas, venganzas y más venganzas. ¡Eso se tiene que acabar! —las palabras habían surgido de la boca de Ramaro sin él mismo darse cuenta.

—Mientras no los matemos a todos —le contestó Cerdubeles, con voz vibrante—, esos malditos siempre encontrarán motivos para robar y matar. Esa es su vida.

El vacceo decía la verdad, pero en la cabeza del joven carpetano empezaba a tomar cuerpo una idea capaz de lograr que aquella rueda de muertes y más muertes dejara, al menos durante un tiempo, de girar.

—Cerdubeles —el que hablaba era un Ramaro serio y muy seguro de lo que decía—. Has dicho que dentro de una luna regresarán para llevaros a sus tierras a ultimar los detalles del ataque. ¿Crees que Segisamo permitiría que os acompañara?

El vacceo frunció el ceño mostrando su desconcierto.

—¿Qué estás tramando?

—¿Crees que mi presencia pondría en peligro el plan? —prosiguió el carpetano sin cambiar el gesto ni atender a la pregunta —. Ya sabes que, desde que aquella osa me acarició el rostro —añadió, mientras deslizaba la mano por su mejilla izquierda—, cualquiera podría reconocerme con tan sólo haber oído hablar de mí. También los lusitanos.

—Eso es muy cierto, y debes saber que aquellos malditos se interesaron por ti —repuso el vacceo, al tiempo que Ramaro arqueaba las cejas interesado—, bueno, no por ti concretamente —se apresuró a aclarar Cerdubeles—, sino por quién mandaba a los carpetanos.

—Eso parece indicar que no me conocen —señaló el joven—. ¿Y qué les dijiste?

—Simplemente no contestamos. En lugar de eso, les contamos que no erais más que una pandilla de fanfarrones, tan poco diestros y aguerridos que, de no ser porque vetones y olcades os ayudaron, ahora estaríais todos disfrutando de una mejor vida en compañía de vuestros dioses.

—Lo cual es verdad.

—Yo no les hablé de ti y ellos no volvieron a interesarse —continuó el vacceo—. Creo que lo único que saben de vosotros es que participasteis en la encerrona que acabó con la vida de ese héroe suyo, pero del gran Ramaro y de su bello rostro —continuó socarrón— no saben nada. Aunque…

—Ya —dedujo rápidamente el joven—. No es asunto tuyo decidir si voy o no con vosotros.

—¡Que decida Segisamo! —concluyó su amigo.

Al día siguiente, al despedirse, Cerdubeles le recordó al carpetano la próxima cita:

—Dentro de una luna los lusitanos regresarán a nuestro poblado para conducirnos a sus tierras. Tú deberás estar ya allí por si Segisamo consiente que nos acompañes.

—Llegaré antes que ellos, pierde cuidado.

Y en su momento, el caudillo vacceo, que había tenido mucho tiempo para recapacitar sobre la propuesta del joven carpetano, decidió permitirle formar parte de la exigua comitiva que acudiría al poblado lusitano. La compañía de un guerrero de su temple y destreza nunca era desdeñable.

—En cualquier caso —había explicado Segisamo—, si te descubrieran, siempre podríamos decir que no sabemos realmente quién eres ni de dónde procedes, que apareciste un día en el poblado, lo cual es cierto, y que dejé que te establecieras allí, lo cual también es algo que pudo ocurrir.

—Y que dado lo listo que soy, no puedes dar un paso sin mí —añadió el descarado joven, sonriente y feliz por formar parte de la expedición.

—Ja, ja, ja —rió Segisamo—. Eso no se lo creería nadie, muchachito engreído. Mi fama de hombre astuto y valiente me precede allí donde voy.

—¡Que los dioses nos ayuden! —exclamó entonces Cerdubeles, medio en broma, medio en serio, alzando su copa y arrojando después a la tierra los restos del vino.

Pero estando próximo el momento de partir, el propio jefe vacceo resolvió finalmente no ir en persona a Lusitania.

—Un gran jefe de clanes como yo, recorriendo infectos caminos y pasando penurias para entrevistarme con el piojoso jefe de una banda de bandidos —les dijo—. ¡De eso nada! Si quiere algo, que venga él a verme. Cerdubeles, tú serás mi voz.

Eso es lo que proclamó el sagaz Segisamo, pero había otras dos buenas razones para desistir de aquella tarea. La primera, que si aquellos salvajes descubrían que Ramaro no era vacceo, sino el carpetano principal objeto de su venganza, acabarían con todos ellos sin dudarlo, por muchos pretextos o explicaciones que quisieran darles. Y la segunda, y para él no menos importante, que un viaje tan largo trotando sobre un caballo acabaría por desmontarle las entrañas.

ooOOoo

Cuando, mediada la primavera, Ablón y los ufanos guerreros carpetanos que le acompañaban regresaron de su larga y asombrosa aventura, que les había llevado desde el este de Carpetania y los

territorios olcades y turboletas hasta las lejanas tierras por donde se levanta el sol, Ramaro hacía ya varias jornadas que había partido hacia el norte.

—¿A Lusitania, dices? —clamó con los nervios desatados, dando vueltas alrededor de Stena sin parar de gruñir—. ¿Es que se ha vuelto loco ese muchacho? ¿Y tú le has dejado ir?

—¿Y por qué no?

—¿Por qué no? ¿Por qué no? —repitió el veterano olcade, casi fuera de sí—. ¡Estás tan chiflada como él! ¡Porque puede morir! —exclamó, al tiempo que se detenía a su lado y, encarándose con ella, le echaba una furibunda mirada que ella en ningún momento esquivó.

—¡Ah, es por eso! —repuso la vetona con un aplomo que acabó por desquiciar al bueno de Ablón—. Desde que le conozco, Ramaro no ha hecho otra cosa que arriesgar su vida. Y aún antes —añadió —. Tú lo sabes mejor que nadie.

—¡Estáis todos locos!

Ablón llevaba más de una luna fuera de casa, estaba sucio y cansado, y con unas ganas de Elbura… Pero no lo dudó ni un momento, ensilló el otro asturcón y salió de estampida hacia tierras vacceas, hacia el poblado de Segisamo, aunque algo en su interior le decía que no llegaría a tiempo de atajar aquella insensatez.

Sin duda, los dioses que le habían conducido tan lejos en su último viaje y demorado tanto su regreso, también habrían dispuesto que esta peligrosa aventura la afrontara Ramaro sin él.

“Al menos, cabalga en compañía de Cerdubeles”, se decía tratando de llevar a su alma algo de sosiego.

Y aunque sus predicciones se cumplieron y Ramaro ya había partido hacia Lusitania cuando llegó, el veterano guerrero no se quedó cruzado de brazos, lamentándose, sino que los días siguientes estuvo muy ocupado preparando concienzudamente, en la amena compañía de Segisamo, el plan de batalla y buscando el lugar más idóneo para tender la emboscada a los lusitanos.

Ni uno solo de esos bandidos había de escapar con vida.

# CAPÍTULO 12

**Año 477 a. C.**
**Primeros de junio.**
**Noroeste de Lusitania.**

Caía la tarde y seguía lloviznando cuando el grupo de siete jinetes guiados por un circunspecto Kainu alcanzó el cauce del impetuoso río Douro, que marcaba los confines de los territorios vacceo y lusitano, en cuyas fragosas orillas acamparon para pasar la noche.

La jornada había sido larga y agotadora, por senderos encharcados y cubiertos de fango, siempre rodeados de una sutil y fría neblina que les había calado hasta los huesos.

Estaban cansados y hambrientos, pero ninguno se permitía dar muestras de flaqueza.

No había ningún lugar medianamente seco donde acomodarse ni leña con la que encender fuego, de modo que, sin cruzar apenas palabra, cada cual comió de lo que llevaba, buscó el lugar que creyó menos hostil, lo acondicionó como mejor pudo y, envuelto en su empapado capote y rezongando entre dientes, se preparó para la larga y penosa noche.

—¡Maldito Segisamo! —fue el último sordo gruñido que Ramaro escuchó de labios de Cerdubeles antes de que el campamento quedara sumido en la fría oscuridad y en el monótono e incesante eco de las gotas de lluvia rompiéndose contra el herbaje.

El anubarrado alba los encontró ya en camino, con los oídos prestos, los ojos avizores y las manos apretadas alrededor de los astiles de sus lanzas.

Transcurrida la mañana, aunque el sombrío y tortuoso paisaje de ásperos riscos y barrancos y de sinuosas veredas, invisibles para cualquier ojo extraño, permanecía prácticamente inalterable, Ramaro, Cerdubeles y los otros dos vacceos que les acompañaban se dieron cuenta de que algo había cambiado: los lusitanos parecían cada vez más tranquilos y locuaces.

Y eso sólo podía significar una cosa: ya estaban en Lusitania.

Esa noche sí hubo fuego en el que calentar sus ateridos huesos, y también plática, y hasta se compartió comida. Y hubo además diversión…, como la entienden los guerreros lusitanos.

Entre los pueblos cuyos suelos habían pisoteado sus caballos, los lusitanos tenían bien ganada fama de adustos y despiadados, porque así se comportan cuando se hallan fuera de las tierras de sus antepasados, pero una vez en ellas el semblante les cambia, su espíritu se sosiega y se vuelven ruidosos y hasta gastan bromas y sonríen. Están en su casa, y el paisaje que a otros podía parecer

siniestro a ellos les fascina.

De los tres guerreros lusitanos, había uno que destacaba entre los demás, y lo hubiera hecho igual aun cuando se hallara rodeado de un centenar de hombres. Su gran corpulencia era inusual, su larga cabellera negra recogida en una ancha trenza que nacía de la sien izquierda y caía lacia sobre el hombro, tampoco era muy frecuente, su siempre fría y aviesa mirada, que haría temblar al más templado, era asimismo llamativa, y que le faltara casi entera la oreja izquierda, atraía también la atención. Pero lo que verdaderamente le convertía en un ser inolvidable y terrorífico era el blanco ojo izquierdo, sin vista, que destacaba sobre su cetrino rostro como la estrella del norte en una noche sin luna.

Desde que sus ojos se habían cruzado por primera vez en el poblado de Segisamo, y en cuantas ocasiones Ramaro había posado en él la mirada, le había sorprendido observándole con curiosidad, pero sobre todo con desdén. Y esa pertinaz contemplación le inquietaba.

El carpetano pensaba que, quizás, lo que llamaba la atención del hosco guerrero era su juventud o la aparatosa rasgadura de su rostro, o ambas cosas, pero no se le iba de la cabeza que, acaso, de alguna manera, aquel hombre había descubierto realmente quién era.

Ramaro trataba de parecer indiferente, y cuando sus ojos se encontraban nunca mantenía el pulso de miradas, y bajaba la vista incluso a riesgo de parecer un pusilánime, lo que sin duda acrecentaba el menosprecio del lusitano.

Y aquella segunda noche pasada al raso fue la elegida por Talabarus, que así se llamaba el impresionante guerrero, para, siempre por medio del compañero que hablaba la lengua de los vacceos, exponer su contenida animadversión.

—¿Qué hace un jovenzuelo entre hombres que han de tomar decisiones importantes? —preguntó ceñudamente, dirigiéndose a Cerdubeles.

—Es un guerrero de nuestro pueblo, y Segisamo tiene gran confianza en él —repuso al instante Cerdubeles, en tono firme, pero distendido, ignorando el tono ofensivo que desprendían el semblante y las palabras del lusitano.

—¿Guerrero? —prosiguió el lusitano sin rebajar un ápice el dejo despreciativo de su voz—. ¿Y cuáles son sus victorias?

—Luchó en las guerras carpetanas y…

—Y fuisteis derrotados —interrumpió ásperamente el guerrero tuerto, soltando una sarcástica carcajada. Y enseguida, volviéndose hacia el objeto de su inquina, continuó retador—. ¿Fue allí donde te hicieron…, eso?

—No, esto me lo hizo un oso.

—¿Un oso? ¿Y dónde están sus colmillos…, o sus garras? —inquirió airado—. No los veo —y como Ramaro permaneciera mudo, el lusitano prosiguió provocador—. ¡Ah, ya lo comprendo! ¡Se los llevó el oso puestos! Ja, ja, ja.

—Sí, es cierto, no lo maté —repuso impasiblemente Ramaro, sin perderle esta vez la mirada—, pero él tampoco a mí.

—Vaya, sí que eres un guerrero importante —insistió Talabarus encarándose de nuevo con el joven—, por lo que se ve luchas mucho, pero pierdes siempre. ¡Mira! —añadió con rabia mal contenida, tomando el collar que colgaba de su musculado cuello y poniéndolo a un palmo de la cara del impertérrito Ramaro—. Colmillos de lobo, y de oso. Esta es una garra de águila, y ésta otra… ¡Obsérvala bien! ¿La reconoces? ¡Es de oso…! ¡Todos muertos por este brazo!

Tras sus vehementes palabras, tan sólo se escuchó el chisporroteo de la madera al quemarse.

—Muchachito, voy a darte la oportunidad de ganarte nuestro respeto, como al parecer te has ganado el de tu jefe y el de los tuyos —dijo Talabarus, en un tono tan comedido que resultaba tremendamente amenazador—. Los verdaderos aliados, como los amigos, no lo son de verdad hasta que duermen bajo el mismo árbol, comen del mismo plato, mean y cagan juntos y se embriagan… —sentenció, y a continuación añadió sonriente—…, después de haber cruzado sus espadas.

De nuevo el silencio y la quietud cayeron sobre aquel único foco de luz que refulgía en la infinita negrura de la noche lusitana.

—A nosotros nos falta sólo esto último para tenernos por amigos —prosiguió el presuntuoso guerrero—. Lucharemos tú y yo, hasta que uno rinda sus armas. ¡Es tu ocasión para ganar tu primer combate! —concluyó burlón, y al instante los tres lusitanos soltaron una risotada que estalló como un cercanísimo trueno.

Cerdubeles miró a Ramaro, y en su proverbial serenidad comprendió que el muchacho estaba dispuesto a satisfacer los deseos del pendenciero lusitano, y decidió no intervenir. De todos modos, pensó el vacceo, cualquier excusa no hubiera sino encrespado más los ánimos y envalentonado a Talabarus, y eso no convenía en absoluto a la misión.

Habían de ser muy cautos en el trato con aquellos bandidos, y humildes. Dejarles creer que los vacceos se sometían a su dictamen. El lobo debía disfrazarse de cordero para engolosinar a su enemigo y atraerlo a la trampa.

Y esperaba que Ramaro lo hubiera comprendido.

Así pues, ante el mudo consentimiento del retado, el espacio

alrededor de la hoguera quedó despejado. La fascinante y atávica danza que dibujan los cuerpos de dos guerreros enfrentados dio comienzo.

Ramaro empezó el combate como siempre lo había hecho, esquivando y bailando alrededor de su rival, estudiando su actitud y sus movimientos en busca de un punto débil, de un descuido.

Después del primer espadazo que descargó, todos los presentes se dieron cuenta de que Talabarus iba a por todas y que no había comedimiento alguno ni en sus golpes ni en su ánimo. Si Ramaro no se andaba cuidado, cualquier acometida del lusitano podía incapacitarle de por vida o enviarle directamente al Más Allá.

El carpetano brincaba de un lado a otro, tratando de mantener la distancia, escapando, si era preciso, a través de las furiosas llamaradas de la hoguera. Pero su rival no le daba tregua y surgía tras él, rugiendo por entre el fuego, envuelto en chispas, semejando al divino guerrero Cariocecus.

Tras un tiempo jugando al hambriento lobo y al esquivo cordero, y antes de que Talabarus empezara a desquiciarse por no haber podido aún cruzar ni una sola vez su espada con la de su adversario, Ramaro cambió de táctica y, a pesar del riesgo que entrañaba, aceptó el intercambio de golpes.

Ahora, los gemidos y jadeos de los contendientes, el entrechocar de sus espadas y el feroz y seco golpeteo de los hierros contra los escudos llenaron la fría noche.

La lucha se enconaba.

Los demás guerreros seguían embelesados el combate, transportados a un turbador y fantástico mundo de espectrales sombras que se fundían o alejaban al antojo de las llamas agitadas por el viento.

De pronto, tras un prolongado y furibundo intercambio de espadazos, el sayo de gruesa lana blanca del joven carpetano quedó rasgado en diagonal a la altura del pecho, mientras una visible línea de sangre comenzaba a empaparlo.

—¡Deteneos! —gritó raudo Cerdubeles alarmado, mientras se apresuraba a interponerse entre los sudorosos contendientes—. ¡Ramaro está herido!

—¡Hasta que uno rinda sus armas! —rugió impertérrito el lusitano, al tiempo que descargada otro golpe brutal sobre su oponente, quien conseguía eludirlo por milímetros.

El siniestro brillo en los ojos de Talabarus, su pavoroso rictus y el agitado resoplar de su pecho, mostraban bien a las claras su intención de perseguir a Ramaro y matarlo, si éste no se sometía y reconocía su derrota.

Y el guerrero carpetano lo hizo.

Saltó a un lado, bajó los brazos y arrojó sus armas a los pies del enardecido lusitano, en cuya cara relució entonces el júbilo del triunfo.

Cerdubeles, platado de nuevo entre ambos contendientes, agarró inmediatamente a su amigo por el brazo y tiró de él hasta llevarlo al borde de la hoguera, donde, tras observar con suma atención la herida, respiró aliviado, al comprobar que era un corte largo, pero superficial.

Entonces, mientras con sus propias manos presionaba sobre la tajadura para detener la hemorragia, buscó con los suyos los ojos del muchacho, y en ellos vio la misma frialdad que al inicio del combate. En ese momento, un casi imperceptible guiño hizo sonreír taimadamente al veterano vacceo.

Sí, Ramaro lo había comprendido.

Y a continuación, con un teatral gesto que quería dar a entender que allí moría su anterior rencor, Talabarus echó sus armas sobre las de su adversario y se acercó a él para tenderle su brazo.

Tan satisfecho estaba de su victoria que no reparó en que, de las dos espadas que había sobre la hierba, la única que presentaba una leve línea de sangre en uno de los filos de su hoja era la de Ramaro.

—Te defiendes bien —afirmó el lusitano con prepotencia, al tiempo que, acentuando la sonrisa, posaba una mano sobre su hombro—, pero entre nuestros jóvenes serías tan sólo uno más, y no de los mejores. ¡Ahora, bebamos!

Mientras la luna avanzaba en un cielo cada vez más despejado, a los oídos de los acampados llegó el lejano aullar de un lobo, un aullar lúgubre, alentador de ancestrales miedos.

ooOOoo

La senda que desde esa mañana seguían los siete jinetes que se dirigían al poblado de Maelo se retorcía de continuo entre la frondosa vegetación, que se inclinaba sobre ella como queriendo borrarla.

La marcha era penosa y lenta, pero, a pesar de lo intrincado del camino y de que el sol, apenas era capaz de atravesar el boscaje, apenas se dejaba ver, los cada vez más animados lusitanos nunca dudaban por dónde continuar su avance cuando el sendero parecía bifurcarse.

Inesperadamente, al salir de un casi impenetrable robledal, apareció ante sus ojos, sobre la pedregosa cumbre de un escarpado risco y recortada contra la amortiguada luminosidad del poniente, la fortaleza lusitana.

Al seco tabaleo de los caballos que se aproximaban, pronto respondieron, a modo de bienvenida, los vigorosos ladridos de

varios perros, que de inmediato aparecieron agitando sus peludas colas para acompañar con sus alegres brincos el orgulloso trote de las monturas.

El voluminoso Maelo, que esperaba al pie de los torreones la llegada de sus invitados, torció el gesto al ser informado de que el jefe de los clanes vacceos no encabezaba la expedición.

¡Quién se había creído que era ese…, como se llamase! Antes de que esos advenedizos llegaran a los territorios que ahora ocupaban, los lusitanos se bastaban y sobraban para enfrentarse solos a cualesquiera enemigos, y de su bravura se hacían lenguas pueblos tan dispares y alejados como los túrdulos y turdetanos del sur, los brácaros y kalaikos del norte, y los carpetanos y oretanos…, y hasta los propios vacceos, del este.

Jamás se habían coaligado con nadie y, de no ser porque buscaban a un adversario concreto cuya ubicación ignoraban, tampoco esta vez lo hubieran hecho.

Además, y eso era lo que más le irritaba, aquel maldito vacceo engreído sería el que se comería la mejor tajada, porque mientras que él y sus hombres, cumplida su venganza, regresarían a sus casas, ellos podrían hacer suyas las tierras arrasadas.

Ya empezaba a arrepentirse de haber propiciado aquella alianza.

Pero ya estaba hecho, y ahora lo que procedía era tragarse el orgullo, mostrarse impasible ante el desprecio recibido y seguir con el plan previsto. Lo importante era enviar cuanto antes fuera de este mundo a los carpetanos y vetones que tan cobardemente habían masacrado a la columna lusitana comandada por su añorado Tántalo.

—¡Que los dioses te sean favorables, Maelo! —saludó Cerdubeles muy ceremonioso, una vez hubo desmontado—. Segisamo te abraza como a un amigo y se ocupa de reunir a nuestros guerreros y prepararlos para la gran batalla. Los caminos que conducen a Carpetania están expeditos y esperan ansiosos el momento de conducirnos hasta nuestro común y odiado enemigo. En tus manos está disponer cuándo cruzar sus montañas y caer sobre ellos.

Tras traducir Kainu sus palabras, Maelo no pudo evitar que se le animara el marchito semblante. La decisión más importante de la operación, el momento del ataque, quedaba en sus manos.

”Eso está bien”, pensó, “al final no va a ser tan malo que el vacceo se haya quedado en su madriguera”.

Tras las palabras de salutación, los recién llegados, en compañía de Maelo y los demás, entraron en la fortaleza. A pesar de su veteranía y de su naturaleza serena, al verse en aquella tierra extraña y sombría, rodeado de gente muda y hostil, Cerdubeles no pudo evitar sentir un vivo estremecimiento.

Mirara donde mirara, se encontraba con grupos de circunspectos y recios guerreros que les observaban fijamente con no disimulado desdén. Si lo que buscaba Maelo con aquella exhibición de arrogancia y músculo era impresionar a sus aliados, en verdad que, al menos con él, lo había conseguido.

El lugar donde había de tener lugar la reunión no era otro sino la propia casa de Maelo, cuya mujer, sin siquiera dirigirles la mirada, desapareció de inmediato.

El ambiente en el interior era frío y oscuro, y no lo disipaba el pequeño fuego que ardía en el centro de la estancia. La leve claridad que penetró en ella una vez retiradas las maderas que cegaban los ventanucos permitió a los enviados de Segisamo distinguir rápidamente lo que no había.

No se veían odres ni cántaros de vino o cerveza, tampoco vasijas que pudieran contener carne ahumada o sencillas bellotas que alegraran las gargantas y estómagos de los reunidos. Por no haber, no había ni asientos para todos.

Desgraciadamente, la consabida aspereza y sobriedad de los lusitanos era cierta.

Maelo tomó rápidamente posesión de un sencillo y tosco asiento con brazos, fabricado de dura madera de pino, tras el cual, adornando la desnuda y renegrida pared de adobe, podían verse sus trofeos de guerra: dos polvorientos estandartes cruzados que presentaban los perfiles desdibujados de un oso y un jabalí.

Siempre con la imprescindible intermediación de Kainu, la reunión dio comienzo, y después de las detalladas explicaciones ofrecidas por Cerdubeles sobre los planes y preparativos vacceos para el ataque, el caudillo lusitano tomó la palabra:

—Un centenar de guerreros esperan ya ansiosos el momento de lavar en sangre la muerte de mi hijo…, y de sus guerreros —la voz de Maelo sonaba vibrante y emocionada entre aquellas poco acogedoras paredes—. Y otros tantos invocan al gran Cariocecus para que les permita participar en la venganza.

—Pues no dudes en interceder por ellos ante tus dioses, si es lo que deseas —repuso Cerdubeles, solícito—. Segisamo aceptará tu decisión.

Maelo no aguantó más tiempo sentado, se levantó de su asiento y empezó a pasearse por la estancia, con la cabeza gacha, la mirada perdida y las manos enlazadas a la espalda.

“Dos centenares de guerreros lusitanos…”, musitaba, mientras se imaginaba a sí mismo encabezando la carga de tan poderoso ejército y sembrando el terror y la muerte entre el sorprendido enemigo. “Grandioso. Lo nunca visto”.

Como podía esperarse de un hombre de su oronda figura, el

lusitano se movía con la pesadez de un caballo viejo y su respiración llegaba ronca y fatigada a oídos de los presentes.

—¡Será un ataque que perdurará tan hondamente en nuestra memoria como la sin igual hazaña del gran Vismaro! —profirió, deteniéndose de pronto y golpeando con su gigantesco puño derecho sobre la recia mesa, que crujió bajo su peso.

—¿Vismaro? —se atrevió a interrumpir Ramaro, a quien, al oír aquel nombre, le dio un vuelco el corazón—. Yo he oído contar algo sobre su extraordinaria proeza.

La osadía de aquel joven, atreviéndose a irrumpir en la conversación sin haber sido invitado, enojó en un principio a Maelo, aún más viniendo de quien venía, el más joven de los delegados vacceos. Pero el hecho de haber corroborado sus palabras y demostrado que los hechos protagonizados por el gran héroe lusitano eran conocidos y habían entrado a formar parte también de la memoria de otros pueblos, le satisfizo tanto que hasta sonrió condescendiente.

—Cuéntanos, joven —ordenó el anfitrión, clavando en él su mirada—, cómo llegaron a tus oídos las gestas de mi lejano pariente.

Cerdubeles, a quien la sonrisa de Maelo, oculta bajo su profusa barba, le pareció más bien una mueca malévola, palideció y sintió cómo empezaba a temblarle el párpado derecho. Distraídamente, posó la mano sobre el pomo de su daga.

—Cuando invadimos Carpetania —empezó a contar con toda tranquilidad el joven de rostro rasgado—, capturamos algunas mujeres al enemigo…

—¡Ah, qué buenos recuerdos me trae eso! —suspiró Maelo, al tiempo que una extasiada sonrisa transformaba su grave semblante —. He guerreado mucho y mi botín ha sido abundante —evocó ufano, sin salir de su abstracción—, pero el mejor recuerdo que guardo de aquellos gloriosos días es el de una briosa potranca kalaika a la que, tras un par o tres de largas y disputadas cabalgadas, pude finalmente domar. ¡Qué hembra aquella…! ¿Dónde estará? —inmediatamente, como siguiendo una orden tajante, los demás lusitanos presentes esbozaron una amplia sonrisa —. Todos me dicen que la traje conmigo y la metí en mi casa, y que es quien ahora me cocina y calienta mi cama… ¡Mienten! —rugió al tiempo que echaba el corpachón hacia delante y se encaraba con sus hombres, simulando una gran cólera. Y a continuación rompió a reír de manera estruendosa, mientras su rollizo rostro retemblaba y, entre toses y jadeos, se congestionaba de manera alarmante.

Pasada la explosión de alegría, el sofocado Maelo animó a Ramaro, con un gesto de su mano, a continuar su relato.

—Como os contaba, capturamos algunas mujeres carpetanas, y una de ellas era originaria del sur, de las tierras que riega el gran río Tagus. Ella me habló de la captura de un dios…

—¿Antes o después de haberla domado? —Maelo estaba pletórico, y tras su ocurrente observación, volvieron las risotadas—. ¿Es imaginación mía o en verdad te has ruborizado? —añadió, mientras acercaba exageradamente su rostro al de Ramaro, como para cerciorarse de lo que decía.

—¿Estás seguro de que esa "caricia" te la hizo un oso, como le contaste a Talabarus? ¿No sería una osa de dos patas? —apuntó el segundo de Maelo señalando con su índice izquierdo la rasgadura del rostro del joven guerrero.

Tanta risa acabó en otro acceso de tos del jefe lusitano, que a punto estuvo de poner fin a la entrevista.

La emocionante narración de la gloriosa gesta de Vismaro y del robo a los túrdulos de la más bella efigie de un dios guerrero jamás esculpida, centró desde ese momento la conversación y avino más al heterogéneo grupo que cien combates compartidos.

Ya no hubo por parte de los lusitanos más recelos ni miradas desdeñosas, y hasta tal punto llegó la confianza, que Ramaro, por quien Maelo demostraba una especial simpatía, fue invitado a acompañar a la columna que en breve partiría hasta el poblado del mismísimo Vismaro, donde un grupo de guerreros esperaba impaciente la anuencia del propio Maelo y de sus dioses para incorporarse a la gran hueste vengadora.

Kainu, por supuesto, era también de la partida.

ooOOoo

El poblado al que se dirigían, gobernado ahora por un lejano pariente de Maelo llamado Medugenus, estaba situado más al norte, al otro lado del río Douro, sobre la cumbre de una colina que dominaba un cerrado valle perdido en los últimos confines de Lusitania; tierras duras, lindantes con brácaros y kalaikos.

Hubo mucha algarabía entre los pobladores de aquel remoto y muy admirado clan al conocerse la noticia, tan esperada, de que Maelo aceptaba de buena gana su generoso apoyo y que, si los dioses se mostraban favorables, en apenas una luna también ellos cabalgarían hacia Carpetania para vengar al gran Tántalo. Así pues, una parte de la gloria que alcanzaría a todos cuantos formasen parte de aquella expedición correspondería al linaje de Vismaro, y el bullicio crecía en el poblado en la misma proporción en que la cerveza menguaba en los jarros.

En esos momentos de euforia, el riesgo cierto de muerte que se cernía sobre todos cuantos participaran en aquella aventura, no les

restaba ni un ápice de alegría, porque el combate era la esencia del guerrero, su razón de vivir y su único camino seguro hacia la eternidad.

Mientras contemplaba aquel estallido de felicidad, la memoria de Ramaro regresó a los días en los que, de la mano del buhonero Ablón, visitó por primera vez el poblado del jefe arévaco Buntalos.

Lusitanos y arévacos, dos orgullosos pueblos cuyo solo nombre hacía despertar en las almas de las gentes los más ancestrales miedos, dos bravas estirpes contra las que nadie querría enfrentarse en un campo de batalla. Dos tribus temibles, que nunca rehuían el combate, pero de costumbres y proceder muy distintos. La primera odiada, la segunda respetada por todos.

Pero Ramaro no estaba allí para juzgar a nadie, el motivo de su presencia era encontrar la estatua robada a los túrdulos en tiempos pretéritos. De su existencia dependía que el plan para acabar con aquel interminable círculo de venganzas entre los lusitanos y sus vecinos tuviera buen fin.

Y fue por boca del propio Medugenus que Ramaro conoció que en vida de Vismaro, aquel dios permaneció siempre ante su vivienda, velando impertérrito por su seguridad como el más fiel de sus guerreros.

Pero, poco después, en una escaramuza en tierras de los brácaros, Vismaro encontró la muerte, y el chamán interpretó que aquel dios arrebatado a los túrdulos se había vengado del profanador, y que la única manera de que su cólera no volviera a desatarse contra ellos era encomendar su guarda al todopoderoso Endovélico.

Y cuando condujeron hasta allí a Ramaro y se lo mostraron, el joven carpetano quedó maravillado.

El santuario erigido en honor a Endovélico se hallaba al pie de la colina sobre la que se alzaba el propio poblado, a unos mil pasos hacia el oeste, y no era más que una profunda gruta abierta en la montaña, ante cuya entrada había un amplio espacio libre de árboles y vegetación, que aparecía sembrado de numerosísimas ofrendas, producto de los incontables saqueos llevados a cabo desde tiempo inmemorial.

Allí podían verse piezas de cerámica y pequeños exvotos, figuras de metal y barro con formas de hombres o animales, fíbulas, brazaletes, torques…, de oro, plata, hierro y bronce, armas y aparejos de caballo, restos de ofrendas…

Y amontonados alrededor de una gran losa, oscurecida ya con la sangre de las muchas víctimas allí inmoladas, huesos, muchos huesos de animales…

Y de humanos.

Pero, lo que más llamó la atención de Ramaro fue algo que había frente a la misma entrada de la cueva, a los pies de un menhir de una altura aproximada de dos hombres corpulentos: la cabeza del dios túrdulo.

Sólo la parte superior de los hombros, el cuello y la cabeza de la estatua asomaban de la superficie de la tierra, permaneciendo el resto del cuerpo enterrado, porque ante el supremo hacedor de los lusitanos ningún otro dios podía permanecer erguido. Estaba sucia de polvo, barro y verdín, y ajada por la intemperie y los excrementos de los animales, pero, aun así, sus facciones eran tan expresivas como las de ninguna otra efigie conocida.

Cualquier pueblo se sentiría orgulloso de poseer una sola de aquellas estatuas, y los túrdulos habían poseído y disfrutado de un santuario repleto de ellas. Y lo habían perdido. No era extraño que nunca hubieran olvidado la afrenta y que estuvieran dispuestos a todo por recuperar lo único que quedaba de su gran tesoro.

Un gran pueblo nunca olvida las ofensas recibidas, aún menos si han sido hechas a sus dioses.

ooOOoo

Al día siguiente de su llegada, bajo el cielo raso y esplendoroso del amanecer, la visión de las grandes moles que se vislumbraban hacia el norte, a cuya sombra vivían aquellas gentes, tenía a Cerdubeles admirado.

Con las primeras caricias del sol, un levísimo vapor emanaba de la helada tierra que se extendía bajo sus pies y que resplandecía vestida con la blanca y crujiente capa de escarcha que una ringlera de caballos rompía a su paso.

—¿Adónde van? —preguntó el veterano guerrero vacceo a su inseparable Kainu, mientras contemplaba el paso de la nutrida y silenciosa columna.

—Salen de caza —fue la escueta respuesta que recibió de labios del intérprete lusitano.

Mientras los contemplaba partir rumbo norte, Cerdubeles frunció ligeramente el ceño. No menos de dos decenas de guerreros integraban el grupo. “Demasiados cazadores”, pensó, pero no preguntó más. Aquello se parecía más a una incursión de guerra que a una partida de caza, salvo que las presas que buscaran fuesen hombres.

La hueste cabalgaba a buen paso hacia tierras de brácaros, kalaikos y banienses, bien conocidas por los hombres de Medugenus por ser objetivo frecuente de sus incursiones. Pero aquellas gentes podían estar tranquilas, porque en esta ocasión el destino de aquellos jinetes estaba más al norte.

Los lusitanos habían salido en busca de víctimas que ofrendar a sus dioses, pero debían escoger las mejores, acordes con la importancia de la gran misión de represalia que proyectaban. Sus exigentes divinidades no se conformarían con menos, y entre los recios y tenaces grovios encontrarían lo que buscaban. Sus tierras estaban tan alejadas de Lusitania y eran sus hombres tan aguerridos que se creían a salvo de cualquier ataque, y por eso precisamente podrían sorprenderlos.

El grovio era un pueblo tan conocido por sus fértiles tierras, bañadas por el gran río del norte, y su hospitalidad, como por su amor a la libertad y su capacidad bélica.

Quien dirigía la columna lusitana era Lubaecus, un guerrero de semblante adusto y probado valor, muy respetado entre los suyos, cuya suelta cabellera se elevaba y caía una y otra vez sobre sus hombros al ritmo de su montura. Vestía una sencilla túnica de lana hasta la mitad de sus velludas piernas, que llevaba protegidas por apretadas grebas. De sus poderosos hombros colgaba una broncínea placa circular adornada con la cabeza de un lobo de abiertas fauces.

La negrura de su cabello y de su sayo, de sus grebas y de su corcel, le convertían en una sombra siniestra.

Su propósito era capturar enemigos para ofrecerlos en gran hecatombe al supremo Endovélico y al terrible y poderoso Cariocecus, su dios de la guerra. Pero no cualquiera, no cualquier guerrero grovio tendría ese honor, sino sólo los mejores, sólo aquellos que demostraran en la lucha que eran dignos de ser inmolados.

Asi lo había ordenado Medugenus, y así sería. Caería por sorpresa sobre alguno de sus castros, sembrando la muerte entre sus pobladores, y sólo respetaría la vida de los guerreros más feroces, a los que capturaría y trasladaría hasta sus dominios. Sería necesaria mucha osadía, temple y destreza para llevar a buen fin una misión como aquella: apresar con vida a alguien dispuesyo a morir luchando.

Moviéndose despacio y en silencio, buscando siempre la seguridad de los bosques, habían alcanzado el cauce del gran río que cruzaba el territorio grovio y seguido su curso hacia el oeste, hasta avistar el primer promontorio habitado.

El castro respiraba paz y confianza. Los pocos moradores que podían divisarse se ocupaban en las labores propias del campo. Aquellas gentes no parecían temer más que a los males que los cielos quisiesen enviarles.

“Bien”, pensó Lubaecus desde su observatorio, “esta vez el todopoderoso Endovélico os manda una gran tormenta desde el sur, contra la que tampoco tendréis defensa posible”.

Desplegados en abanico, los guerreros se lanzaron al galope, senda arriba, entre pavorosos rugidos y con las lanzas enristradas, sembrando el terror entre los sorprendidos pobladores, que buscaron cobijo tras sus muros.

—Esas piedras serán vuestra tumba —musitó entre dientes el caudillo lusitano, mientras contemplaba cómo sus primeros jinetes atravesaban los murallones defensivos sin encontrar resistencia y desaparecían en el interior del castro.

Todo había sido más fácil de lo previsto.

Entonces, arreó a su caballo y, acompañado de seis de sus guerreros, inició el lento ascenso hasta el poblado.

Pero tras aquellas paredes de piedra los acontecimientos no se habían desarrollado como él esperaba.

Fuera de su vista, sus jinetes recorrían el laberinto de angostos pasajes y callejas que culebreaban por entre las pequeñas chozas de planta circular. Buscaban enemigos, pero parecía como si la tierra se los hubiera tragado a todos.

Con los rostros contraídos de sorpresa, los lusitanos se cruzaban entre sí, dirigiéndose suspicaces miradas. Algunos decidieron desmontar y empezar a buscar a los grovios dentro de sus casas.

Lubaecus y su reducido séquito estaban a punto de atravesar los achatados y redondeados torreones de piedra que protegían la entrada al castro, cuando, de pronto, un sordo fragor a sus espaldas les hizo girar sus cabezas.

Un numeroso grupo de hombres y mujeres, incluidos no menos de treinta de jinetes, corrían hacia ellos, esgrimiendo todo tipo de armas, desde lanzas, espadas y hachas, hasta horcas, rastrillos, clavas y azadas.

El caudillo lusitano miró a sus hombres. Todos tenían sus ojos puestos en él, esperando una decisión.

Sin decir palabra, tiró de las riendas de su cabalgadura y abandonó el lugar a todo galope, seguido de inmediato por sus hombres y por una espesa nube de polvo.

La lucha en el interior del castro fue salvaje. Los lusitanos que habían desmontado fueron masacrados por la rugiente y furiosa turba allá donde los encontraron, aunque la mayoría de ellos tuvieron al menos la satisfacción de llevarse por delante algunos de sus enemigos.

Con los jinetes fue diferente. Al verse acorralados, blandieron sus hachas y lanzas y lanzaron violentamente a sus espantados corceles contra la enfurecida masa, logrando unos pocos abrirse paso y hallar la salida de aquel infierno.

Tan sólo tres de ellos lo coniguieron, y uno con una flecha firmemente clavada entre el omóplato derecho y la base del cuello.

Los demás encontraron la más horrible de las muertes, aplastados y descuartizados sus cuerpos bajo un sinfín de golpes y cuchilladas. Ningún grovio renunció a la venganza, ninguno mantuvo sus manos limpias de sangre lusitana.

Prácticamente desde el mismo momento en que la alargada columna lusitana holló suelo grovio, había sido detectada y alertados sus pobladores, que se agruparon y conformaron un pequeño ejército.

Al herido, el andar de su caballo hizo que la afilada punta de la flecha que llevaba clavada se fuese hincando cada vez más profundamente en su cuello, hasta punzarle la médula y dejarle todo el cuerpo paralizado.

Caído boca abajo sobre la hierba, emprendió su lento y espeluznante viaje hacia el Más Allá, sin entender por qué sus piernas no le obedecieron cuando escuchó agitarse la maleza, ni por qué su mano no empuñó la daga cuando los lobos, gruñendo quedamente, se arrimaron a él y olisquearon su cuerpo. Ni siquiera supo si estaba despierto o soñando, vivo o muerto, cuando empezaron a devorar y engullir su carne sin él sentir ningún dolor.

Los otros dos se dirigieron hacia el sur, y al caer la noche acamparon en medio del bosque. Sabían que no habían avanzado mucho, porque aquellos enrevesados y tenebrosos parajes no les permitían ir deprisa si no querían desorientarse. Aún así, se sentían aliviados y sumamente agradecidos a los dioses por haberles permitido sobrevivir.

ooOOoo

El primero que abrió los ojos lo escuchó.

Era un sonido distante e inconcreto que llegaba a través de la bruma. Parecía el rumor del viento agitando las ramas de los árboles…, si no fuera porque en aquellos momentos no corría ni la menor brisa.

Y se acercaba.

—¡Despierta! —llamó quedo a su compañero, al tiempo que agitaba enérgicamente sus hombros—. Creo que viene alguien, y parece un grupo numeroso. El sonido viene de allí, del sur, y nos corta la huida.

Enseguida se pusieron en pie, recogieron sus cosas en silencio y se pusieron en marcha, desandando el camino recorrido la tarde anterior, tratando de salirse de aquella ruta impuesta por sus perseguidores, que parecían querer devolverlos al castro grovio que habían asaltado.

Quienes quiera que fuesen conocían muy bien el terreno y parecían estar por todas partes, manteniendo siempre las distancias

y adelantándose a sus movimientos. No veían a nadie, pero se sentían vigilados por decenas de ojos. Los cazadores eran ahora los cazados.

Las veredas se estrechaban y desaparecían, para volver a surgir de repente, internándoles por terrenos cada vez más oscuros y abruptos.

El acoso continuó durante toda la mañana y, por los sonidos cada vez más próximos que les llegaban, sentían que el puño que se había aferrado a sus gargantas se iba cerrando lenta e inexorablemente con cada paso, con cada respiración.

De repente, el bosque se acabó y descubrieron que les cerraba el paso un infranqueable precipicio, cortado casi en vertical sobre la roca viva, de cuyo tenebroso y enmarañado fondo se elevaba el estruendo de un rugiente río. Hasta aquel callejón sin salida les habían traído sus perseguidores, y su propósito era claro, porque de haber querido ya les habrían aniquilado: querían acabar con ellos allí.

No podían seguir huyendo, de modo que sólo les quedaba dar media vuelta y enfrentarse a sus enemigos.

Las voces se acercaban. No tardarían en aparecer.

Apretaron los dientes y asieron con fuerza sus lanzas; sus miradas se cruzaron con determinación.

De pronto, al mirar hacia su derecha, uno de los jinetes vislumbró lo que parecía una vieja vereda. Sin perder un instante, echó pie a tierra y se aproximó al lugar. Efectivamente, parecía una senda no utilizada desde hacía mucho tiempo; apenas asomaba bajo los matorrales y se iba estrechando y enroscando en torno al barranco, hasta desembocar en él.

Al guerrero se le descompuso el semblante, y una terrible maldición que surgía de lo más profundo de su alma murió finalmente antes de ser proferida. Los dioses les habían dado la espalda y querían su sangre, pero no era ese precisamente el momento de ofenderlos.

Resignado a su suerte, escupió al suelo y, cuando estaba a punto de regresar junto a su compañero, decidió adentrarse un poco más en el sendero, en un último y desesperado intento por hallar un lugar que les ofreciera una mínima posibilidad de ocultarse, al fin y al cabo no tenían más opciones que el abismo o las lanzas de sus perseguidores.

Avanzó con sumo cuidado, agarrándose como podía, por una pendiente que daba vértigo, procurando no despegar en ningún momento los pies de aquel resbaladizo suelo alfombrado de herbaje y guijarros, hasta que se topó con un joven pino que, con sus raíces surgiendo de las entrañas mismas de la roca, crecía casi horizontal

al muro de piedra.

Allí se acababa el camino.

Un gesto de contrariedad e impotencia ensombreció nuevamente el semblante del guerrero, que golpeó con fiereza la rama más cercana, como si abofeteara el rostro de un odiado enemigo. La maraña de pinocha se agitó…, y entonces lo vio: fue tan sólo un instante, pero le pareció que algo colgaba en medio del abismo.

Con el corazón desbocado, apartó las ramas y un suspiro de satisfacción surgió de su garganta. Sus ojos no le habían engañado: al otro lado del singular árbol, suspendida en medio de la lisa pared del acantilado y como remetida en la roca, había una pequeña plataforma, una especie de gran nido de águila que quizás podría cobijar a dos hombres.

Pero sólo había una manera de llegar hasta aquel recóndito escondrijo, y era atravesando las propias ramas del pino, que colgaban peligrosamente sobre el precipicio. Al otro lado, aunque no sin dificultad, era posible retomar la angosta vereda, tal vez usada por antiguos ladrones de huevos y crías de aves, y llegar hasta el voladizo. Si el tronco de aquel pino era capaz de aguantar el peso de un hombre, podrían conseguirlo. Era su única escapatoria.

De inmediato, avisó a su compañero. Primero se desharían de los caballos, obligándolos a saltar al vacío, y después tratarían de llegar a aquel saliente de la roca. Con suerte, los malditos grovios pensarían que se habían arrojado por el barranco junto con sus cabalgaduras y se marcharían. Si no, al menos en la estrecha plataforma estarían a salvo de sus lanzas y flechas y podrían defenderse.

Decididos a apurar su última oportunidad de sobrevivir, arrastraron sin compasión a los dos animales hasta el borde del profundo tajo, extrajeron sus dagas y, sin pensárselo más, se las clavaron en las ancas. Sendos dolientes relinchos, seguidos de violentos coceos, acompañaron a los caballos en su último viaje.

Uno de los animales se estrelló contra una de las grandes rocas que formaban el cauce del río, y su cuerpo despanzurrado quedó expuesto a la vista de los dos lusitanos, que permanecieron unos momentos contemplándolo hipnotizados, comprendiendo que ese podría ser igualmente su final.

Y si continuaban allí embobados lo sería con toda seguridad, de modo que, sin más tardar y tratando de no dejar ningún rastro, recorrieron con suma cautela el tramo de vereda que conducía a la plataforma. Cuando se encontraron ante el árbol que les cortaba el camino, uno de ellos se asomó al fondo del barranco y luego, con el corazón encogido, desvió la mirada hacia su compañero.

—¡Vamos! —le animó éste—. No mires abajo, te será más fácil. Yo iré delante.

El rudo guerrero, apoyándose en manos y pies, se introdujo lentamente en el enramado, atravesándolo entre aterradores balanceos y amenazadores crujidos de raíces.

Una vez hubieron pasado al otro lado, se acurrucaron contra la pared, buscando ocultarse a las miradas de sus acosadores.

Pero, a pesar de haber alcanzado su objetivo, sus corazones no hallaron alivio alguno, todo lo contrario: esparcidos por la plataforma, varios huesos humanos completamente emblanquecidos, incluida una calavera, les advertían que no eran los primeros que habían buscado refugio en aquel escondido lugar.

Pero ya no había vuelta atrás. Los cazadores grovios habían llegado.

ooOOoo

A pesar de no entender lo que decían, las voces de aquellos hombres restallaban en los oídos de los lusitanos como latigazos y aumentaban aún más su desasosiego.

Permanecieron allí un buen rato, a pocos pasos sobre sus cabezas, y por el agrio tono de sus palabras parecían estar discutiendo, acaso sobre el destino de sus presas, o tal vez, ¡ojalá!, rabiando por haberlas perdido.

Pasado un tiempo que a los agazapados les pareció eterno, el sonido de las conversaciones se fue alejando y el lugar quedó sumido en el silencio.

Con la respiración contenida y un brillo de esperanza en sus ojos, ambos guerreros se miraron y sonrieron.

Hasta que no cayó la noche, los lusitanos no se arriesgaron a abandonar su escondrijo. No era el mejor momento para hacerlo, porque si la ruta era ya difícil a la luz de sol, bajo la tenue claridad de la media luna que reinaba en esos momentos en los cielos, cualquier tropiezo o resbalón podía resultar fatal, pero no podían permanecer colgados indefinidamente en aquel saliente de la roca.

Como hicieron al acceder a la plataforma, el más veterano de los guerreros abría camino. Iba muy despacio, sin desviar la vista ni por un momento hacia el tenebroso abismo que se abría a sus pies. Al asir con su mano la rama más cercana del pino y sentir su firmeza, su corazón se apaciguó un tanto.

El silencio era absoluto.

Muy despacio, alzó un pie y lo asentó con suma cautela sobre el tronco del acostado pino, y a continuación, con un gesto que parecía de dolor, impulsó su cuerpo. El crujido de la madera restalló como el graznido de un cuervo en la noche serena.

Los corazones de los dos lusitanos parecieron detenerse, pero algo hizo que, de inmediato, se reavivaran y corrieran como caballos desbocados.

Acababan de oír de nuevo aquellas terribles voces que tanto les habían estremecido. Y ahora no había duda de que eran triunfales. Los grovios no se habían ido, seguían allí arriba, esperando una señal, algún mínimo movimiento, cualquier leve sonido que les confirmara en sus sospechas. Y esa señal había llegado.

Tras la huída de los tres lusitanos, los guerreros grovios los habían perseguido y, conocedores de trochas y caminos, les resultó muy sencillo cercarlos.

Con el herido no perdieron ni un momento, lo dejaron donde estaba, tendido inmóvil en medio del bosque. Conducir poco a poco a los otros dos hacia su sagrado farallón, el de la lenta muerte, tampoco supuso mucha dificultad.

El río, que desde siempre había proveído de agua y sustento a su pueblo, reclamaba periódicamente su ofrenda, y los grovios no lo olvidaban. Aquellos guerreros que habían invadido sus tierras y profanado su templo de roca serían, sin duda, muy bien acogidos por su divino bienhechor.

Al tomar conciencia de su situación, los lusitanos regresaron rápidamente a la plataforma. Demudados, se apretaron contra la roca y se miraron en silencio.

Estaban atrapados.

Enseguida, el seco y lóbrego sonido del hacha golpeando contra la madera llegó a sus oídos.

En una vana y desesperada lucha contra la fatalidad, el más veterano de los guerreros lusitanos trató con su espada de alcanzar al leñador, para evitar que culminara su trabajo, pero tan sólo consiguió retrasar unos momentos lo inevitable. Al poco, el joven pino que les mantenía unidos a la vida fue talado y se despeñó hacia las rugientes aguas con estrépito.

Tras apagarse las risas de los cazadores, ninguno de los confinados despegó los labios. No había nada que decir, su camino en este mundo acababa allí.

Uno de ellos, el más curtido, contempló el sombrío paraje que se desplegaba ante sus ojos, en el que cielo y tierra se confundían, y donde tan sólo la luna y las estrellas ponían luz. Entristecido, bajó la mirada. El incesante y desabrido rumor de las invisibles aguas que corrían por el fondo del tenebroso cauce le provocó escalofríos.

Absorto en la grandeza del paisaje, sus pensamientos retrocedieron hasta el día en que contempló la primera inmolación de un enemigo capturado. Le faltaban todavía muchos inviernos para convertirse en un guerrero, y aquel sacrificio le causó una gran

impresión, no tanto por la muerte en sí, que llegó rápida, sino, sobre todo, por la angustia, el pavor y la impotencia que reflejaban los rostros de las víctimas durante la larga ceremonia que preludió su final.

Los chamanes hablaban de que los dioses envían padecimientos a los hombres para probar su tesón y bravura, para acrecentar sus méritos y así poder concederles mayor gloria en la otra vida. Por ello, explicaban, el inmolado debía mantenerse firme ante el tormento, porque eso agrada a los dioses y aumenta su magnanimidad.

Eso decían los mediadores de la divinidad, pero él, colgado en aquella gran pared vertical de roca, perdida en medio de un mundo del que ya no formaba parte, no sentía sino una horrenda angustia que le ahogaba, la misma que había visto en los rostros de tantas y tantas víctimas inmoladas.

Se puso en pie y miró a lo alto. Por encima de su cabeza negras nubes corrían veloces hacia el horizonte.

¡Dioses eternos, qué envidia tenía de ellas porque volaban libres!

Lentamente, extrajo su espada de la vaina, la alzó al cielo y, ante la atónita mirada de su compañero, tras balbucir unas palabras, se lanzó al vacío.

Su padre le había dicho en una ocasión que un guerrero lusitano no espera a la muerte, él decide cuándo, cómo y dónde morir.

ooOOoo

Lubaecus y los seis guerreros que habían escapado con él, se dirigieron rápidamente hacia el este, a las montañosas tierras habitadas por los díscolos quaerquernos, evitando así la ruta más directa hacia Lusitania, por ser, probablemente, la que seguirían sus perseguidores.

El caudillo lusitano no había llegado nunca hasta aquel territorio, muy lluvioso y sólo rico en bosques, quebradas y alimañas, pero sabía que hacia el sudeste, un poco más allá de la cabecera del río que llamaban Bubal, se abrían los fértiles valles donde los apacibles bibalos erigían sus castros, atendían sus cultivos y cuidaban de sus ganados, labor de la que, por cierto, se aprovechaban sus vecinos, que periódicamente bajaban de las montañas para asolar sus tierras.

Y con una de esas partidas de jinetes quaerquernos se toparon los lusitanos cuando, recién cruzado el río y próximo a morir el día, se preparaban para acampar. Al descubrirlos, el jefe lusitano no lo dudó ni un momento y mandó montar a los suyos y seguir a aquella columna de guerreros que descendía silenciosa hacia el valle. Estaba claro que iban en busca de botín, y malo sería que un

veterano como él no sacara tajada de su ataque. Su nutrida hueste había quedado reducida a seis hombres, completamente insuficientes para asaltar y dominar cualquiera de aquellos poblados, pero si otros le hacían el trabajo…

Antes de abandonar la espesura, los quaerquernos apagaron sus antorchas y, amparados en la oscuridad, cabalgaron hacia las luces que brillaban al fondo del estrecho y frondoso valle. Lubaecus contó quince jinetes.

Pronto, los gritos de pánico de los habitantes del pequeño castro llenaron la noche y el humo procedente de las chozas incendiadas ascendió al cielo en espesas columnas que se confundían con los negros nubarrones que empezaban a cubrirlo.

Como siempre, el ataque fue rápido y el botín bueno: caballos, vacas, terneros y cerdos. Aquellos quaerquernos no pasarían hambre en una temporada.

Ahora era el turno de Lubaecus.

Esperó a que los asaltantes desaparecieran de su vista y, sin prisa, avanzó hacia el poblado en llamas. Cuando los bibalos los vieron aparecer, tornaron las carreras y los gritos, pero nadie les hizo frente.

Un anciano flaco y macilento, de luenga y cana barba, ataviado con una larga túnica negra hasta los pies, emergió entonces del grupo de afligidos aldeanos y se adelantó unos pasos, haciéndose de inmediato el silencio a su alrededor. Con mucha dificultad, apoyándose en su robusto cayado, se arrodilló ante los jinetes, elevó sus tristes ojos y extendió los huesudos brazos hacia los jinetes.

El jefe lusitano no entendía su lengua, aunque por los gestos y la expresión de aquel hombre era fácil adivinar lo que decía: nos los han robado todo, no nos queda nada que os interese.

Pero el anciano se equivocaba, aquel lóbrego jinete no buscaba botín sino víctimas que ofrecer a sus dioses.

Cuando Lubaecus abandonó el lugar, eran siete los hombres que le acompañaban, uno de los cuales caminaba atado a la cola de su negro corcel.

El tenebroso eco de desgarradores gritos les acompañó durante largo rato:

—¡Devolvedme a mi hijo…! ¡Por piedad, devolvédmelo…!

ooOOoo

Medugenus frunció el entrecejo mientras observaba la llegada de la abatida y exigua columna de Lubaecus.

—¡Un único prisionero a cambio de la vida de una docena de guerreros! —masculló para sí—. No, eso no es lo que esperaba.

Había querido ofrecer a los dioses un gran tributo de sangre, de

sangre noble y valiente, de sangre de fieros guerreros, y lo que tenía era un jovenzuelo asustado, vigoroso, pero sin la menor herida de combate a la vista, ni aspecto de luchador, cuyo sacrificio hasta dudaba si los dioses no se tomarían como un insulto.

La gran hecatombe se quedaba en un triste sueño.

—No podemos permitir que este inesperado revés afecte al ánimo de los hombres —le explicaba a su chamán, sentado frente a él en la Casa de los Espíritus.

—Sí, ya se rumorea que los dioses no están contentos con nosotros, que no desean que formemos parte de la expedición de venganza contra los carpetanos… —apuntó el hechicero.

—Pero es pronto para pensar en eso —le interrumpió el caudillo lusitano—. ¡Acuérdate de Vismaro! ¿Cuántos de los nuestros perdieron la vida en su inmortal cabalgada? Y, en cambio, nunca nadie trajo tanta gloria a este clan… Eso les diré —añadió con determinación.

El enjuto chamán le contemplaba silencioso y meditabundo, y asentía sin bajar la mirada, ni pestañear.

—La ilusión de nuestros jóvenes por tomar parte en la venganza a Tántalo es grande —continuó Medugenus en tono cada vez más solemne—. Esto no será sólo vengar la muerte de un gran caudillo, será una guerra, una guerra de verdad, de la que se hablará durante mucho tiempo, y los que participemos en ella tendremos ganado un sitio al lado de los dioses…

—¡Los dioses aún no han hablado! —atajó con firmeza el nigromante.

—Pero lo harán esta noche —aseguró el jefe del clan agudizando aún más su mirada—, y necesito que… —de pronto dudó, y no se atrevió a expresar en palabras lo que iba a decir: "…que los dioses se muestren de acuerdo conmigo". Y no lo dijo—… ¡No podemos quedarnos mirando mientras los demás clanes se cubren de honor!

—Los dioses hablarán esta noche, Medugenus… —señaló impasible el terco nigromante, comprendiendo perfectamente lo que éste pretendía.

—Sí, pero tienes que…

—… Y yo interpretaré fielmente su voluntad —le acalló nuevamente el hechicero, con la seguridad de quien sabe que en el mundo de los espíritus los deseos de los mortales no cuentan—. Quizás el gran Endovélico no quiera que concurramos a esta guerra. Acaso está escrito que nuestra presencia pondría en peligro la victoria lusitana. O puede que consideren que este clan ya disfruta de bastante honor y desean que esta vez la gloria sea para otros —la voz del chamán vibraba de emoción y de reproche—. Yo, con ayuda de los dioses, descifraré los signos y vaticinaré el futuro. El Sumo

Hacedor hablará por mi boca —remachó, dejando a Medugenus sin argumentos en que asentar sus torcidas pretensiones.

Al caer la noche, todo el pueblo se había reunido ante el santuario de Endovélico, en espera de la llegada de la víctima y del cortejo sacrificador. Aquel consagrado pedazo de bosque, batido ahora por un viento que dispersaba los tímidos murmullos y agitaba la llama de las antorchas, adquiría un aspecto solemne y estremecedor.

Hacía ya muchas lunas que la piedra sagrada no había bebido sangre humana, y la expectación era máxima entre aquellas gentes, tenidas por sus vecinos por salvajes y despiadadas. ¡Cómo si ellos fueran los únicos que inmolaban a sus prisioneros! Morir en la batalla era un honor, pero ser inmolado a un dios suponía ocupar para siempre un lugar destacado en los cielos.

ooOOoo

En medio de la más absoluta y angustiosa oscuridad, con el cuerpo encorvado y entumecido y tan quebrantado que hasta le era difícil respirar, el mocetón bibalo, encerrado como un animal salvaje en aquella jaula de madera cubierta completamente de pieles y tan pequeña que no le permitía ningún movimiento, pensaba en su valle y en su río, en la luz del sol, en el aire fresco, en la vivificante lluvia y en el canto de las aves.

¿Qué había pasado? ¿Qué cruel locura le había llevado hasta allí? ¿Qué había hecho para que los dioses lo eligieran?

Y el pasado más reciente volvió a él para confortarle y mortificarle al mismo tiempo en aquellos últimos momentos de su vida.

Los quaerquernos habían llegado amparados en la noche, como el zorro al gallinero, y matado a los primeros hombres que encontraron en su camino, fueran jóvenes, adultos o ancianos, eso no importaba, como tampoco si trataban de escapar o les hacían frente. Su propósito era aterrorizar al poblado y someterlo.

Durante el asalto había visto morir a su padre y arder la cabaña familiar, y cuando aquel otro pequeño grupo de guerreros apareció y vio al anciano sacerdote hincarse de rodillas ante ellos suplicando en vano su piedad, la pena y la rabia pudieron con su miedo. Él fue el único de los suyos que se atrevió a plantarles cara y, aunque armado tan sólo con un palo, no dudó en blandirlo amenazante ante el negro jinete que encabezaba el asalto. No llegó a golpearle, pero sí a espantar a su caballo, que relinchó, se alzó de manos inesperadamente y lo desmontó, sellando así su destino.

Ese recuerdo le fortalecía y enorgullecía. Era una muestra de valor. “Pero, entonces, ¿por qué los dioses me castigan en lugar de

recompensarme?", se preguntaba.

Su mente estaba confusa. Apretó los dientes y, con un ímprobo esfuerzo, consiguió inhibirse por unos instantes de las continuas e intensas punzadas de dolor que enviaba a su cerebro cada músculo de su constreñido cuerpo, y retomó el hilo de sus pensamientos.

"¿Y si aquella demostración de bravura les había impresionado tanto que le querían a su lado?"

Como casi todos los niños, él siempre había soñado con ser un guerrero, pero entre los bibalos eso era harto difícil de conseguir. Las armas de su pueblo eran la azada, el arado, la hoz…, y muy pocos convertían esa ilusión en realidad, por eso sabía que nunca podría compartir con los dioses las glorias reservadas a los héroes caídos en batalla. Pero el valor y la lealtad no eran patrimonio exclusivo de los guerreros, eso estaba en el alma de cada uno, y quienes los poseían y honraban a los dioses, también eran premiados en el Más Allá.

Quizás esta era su batalla, la que los dioses le mandaban librar antes de otorgarle en la otra vida los honores que reservaban a sus elegidos.

Cuando sus captores tomaron rumbo sur, supo que no eran quaerquernos, y cuando cruzaron el gran río, sus peores presagios se vieron confirmados.

¡Eran lusitanos!

Había oído terribles historias de aquel salvaje pueblo guerrero del sur, de sus correrías, de su insaciable sed de lucha, sangre y botín, de su desprecio por la muerte, de sus emboscadas y de sus espantosas hecatombes.

Desde ese momento, un miedo cerval se apoderó del joven. Cuando llegaron al poblado y el caballo al cual iba amarrado se detuvo, el joven bibalo había caído al suelo desfallecido. Enseguida le desataron y, a empujones, le hicieron levantar. Tambaleante, alzó la cabeza. Todo a su alrededor eran miradas de desdén, pero no sólo hacia él, sino sobre todo hacia quienes le habían apresado. Una simple y miserable vida. ¡Vaya una ofrenda para los dioses!, debían de pensar. Lo que para él era su mayor tesoro, para aquellas gentes no merecía más que una mueca de desprecio y un escupitajo.

Le condujeron a un establo, le encerraron en una pequeña y sucia jaula de madera, que a continuación cubrieron con pieles, y le abandonaron asustado, dolorido, indefenso.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando escuchó el macabro crujir de una puerta y sintió que asían las andas de la jaula. Un ligero frescor le hizo comprender que habían salido del establo, y a partir de ese momento la locura se adueñó de su alma.

Mientras la jaula era zarandeada y golpeada por decenas de

manos, una espantosa algarabía, abrumó su minúsculo y sombrío mundo.

Súbitamente, se alzó sobre el alboroto un grito que de inmediato se transformó en clamor:

—¡Muerte al bibalo! —rugían los lusitanos sin parar de danzar alrededor de la jaula.

En su asfixiante encierro, la angustia del prisionero era insoportable. No comprendía lo que decían aquellas voces, pero era fácil de imaginar. En su enloquecida mirada fulguraba una luz horrible, donde ardía la certeza de la muerte y el espanto del tormento que le esperaba.

Su rostro se congestionó hasta amoratarse.

ooOOoo

El chamán lusitano, vestido con una amplia túnica de lana negra sin costuras que le llegaba hasta los pies, y luciendo en el dorso de sus manos, trazados toscamente con carbón, un árbol y una estrella, símbolos de su potestad sobre el mundo terrenal y el espiritual, lo humano y lo divino, esperaba ante la losa de los sacrificios, al lado de la cual fue depositada la tosca jaula.

Entonces, mientras el amplio círculo formado por la multitud se apretaba a su alrededor, alzó sus macilentos brazos al cielo y en el aire sólo quedaron algunos gritos aislados y desacompasados, surgidos de gargantas de guerreros, ebrios de algo más que de triunfo.

Frente a la jaula, el enjuto sacerdote aguardaba a que se hiciera el silencio, sosteniendo entre sus manos la daga ceremonial, cuya cilíndrica empuñadura adornaban extraños símbolos.

Había llegado el momento cumbre de la ceremonia, el que decidiría si los guerreros del clan participarían en la gran venganza contra los poblados carpetovetónicos. De cómo cayera la víctima al ser degollada, qué gestos hiciera, el temblor de sus piernas, el brotar de la sangre, de cómo se esparcieran sus entrañas al ser abierto su vientre. De eso dependía.

Durante un largo momento, con el cadencioso sonido de fondo de un timbal, todas las miradas confluyeron en la figura del hombre sabio y en su pausado y monótono silabeo, que invocaba a los dioses y consagraba la ofrenda.

Las llamas temblaban en hogueras y teas, creando un fantasmagórico entorno en el que decenas de cambiantes y efímeras sombras aparecían y desaparecían en la negrura de los árboles y en las rocas que rodeaban el santuario.

Por fin, el oficiante bajó los brazos y con un solemne gesto de su cabeza mandó que se presentara a la víctima.

No se oían más sonidos que el viento de la noche agitando las llamas y gimiendo entre los pinos, y el hondo sollozo del agua del arroyo que corría tras la venerada gruta.

De inmediato, siguiendo lo ordenado por el chamán, dos altivos guerreros retiraron las pieles que cubrían la jaula, la abrieron y, sin poder evitar una mueca de asco por el hedor que desprendía, asieron con firmeza por los brazos al encogido prisionero y tiraron de él violentamente.

El joven bibalo parecía un pelele colgando en medio de los dos corpulentos lusitanos: las piernas laxas, el cuerpo desmayado, la cabeza caída sobre el inmóvil pecho...

El feroz griterío con que fue recibida la aparición de la víctima propiciatoria contrastó con las arrugas que se formaron al instante en la curtida frente del chamán, el cual, con rápidos pasos, se acercó al cautivo, tiró de sus cabellos para levantarle la cabeza… y supo que estaba muerto.

¡Cuán contrariados debían de sentirse los dioses para rechazar la ofrenda!

La sangre de aquel bibalo, fulminado por el horror y la angustia, y también por la voluntad divina, no correría por la piedra sagrada. Eran ya muchas las lunas que venía rigiendo el destino del clan, marcado su camino espiritual y dirigido sus ceremonias, y nunca había ocurrido nada semejante, nunca los augurios fueron tan nefastos.

Se giró hacia la expectante multitud y su mirada se encontró con la del jefe del clan, cuyos ojos echaban fuego. Pero el sacerdote no se inmutó y, sin bajar la vista, movió de un lado a otro la cabeza con determinación.

—¡Los dioses no están complacidos! —su voz potente y cavernosa terminó de acallar al gentío, ya casi mudo al haberse percatado de lo que sucedía—. ¡No desean que luchemos en esta guerra!

Envueltos en un murmullo de tristeza y decepción, los reunidos fueron abandonando poco a poco el santuario. Atrás quedaba la cabeza del dios túrdulo, que parecía sonreír bajo la temblorosa luz de las antorchas.

Cuando Lubaecus llegó a su casa, encontró ante su puerta el cadáver del joven bibalo. Para él no fue ninguna sorpresa. Era la manera en que el pueblo lusitano manifestaba su desprecio hacia aquellos que no habían sabido cumplir con honor la misión encomendada.

# CAPÍTULO 13

**Año 477 a. C.**

**Mediados de junio.**

**Poblado vacceo de Segisamo.**

—Tres días después de las celebraciones del Gran Fuego, cuando el sol comience su largo dominio de los cielos, los lusitanos entrarán en nuestras tierras por el noroeste, siguiendo el cauce del gran río del norte, que nos separa de astures y turmódigos. Allí los esperaremos para guiarlos hasta Carpetania.

Entre trago y trago de cerveza, Cerdubeles y Ramaro, recién regresados de Lusitania, rendían su informe ante Segisamo.

—¿Cuántos vendrán?

—Más de un centenar de guerreros.

—¡Más de un centenar…! —repitió impresionado el robusto jefe de clanes, al tiempo que asentía satisfecho—. No está mal. Los bastantes como para que la nuestra sea considerada una gran victoria.

—Esos lusitanos son peligrosos —apuntó Ramaro—. Habrá que preparar bien la trampa.

—No te preocupes por eso, muchacho —repuso Segisamo con presunción—. Todo está listo, ni uno solo escapará. Les doblaremos en número y, en cuanto al lugar de la emboscada…, no lo hay mejor. Un estrecho paso encajonado entre laderas empinadas, que yo —enfatizó— y ese viejo buhonero olcade amigo tuyo hemos hallado al norte, a medio camino entre nosotros y el gran río.

Segisamo irradiaba complacencia.

—Ocuparemos las alturas y les cerraremos las vías de huida. No podrán avanzar ni retroceder. Será muy divertido cazarlos como a pollos dentro del corral.

—Sí —corroboró Cerdubeles, también muy entusiasmado—. Les lloverán flechas y jabalinas por todas partes. Sin duda, una buena ocasión para que nuestros jóvenes ensayen su puntería.

—Y sin riesgo —repuso Segisamo, y al decir esto se quedó un momento con los ojos entornados, serio y pensativo—. Tengo que reconocer que el plan no me acaba de agradar del todo. Me estoy haciendo viejo…, ya no me quedan muchas batallas que librar y se me acaban las ocasiones de morir en combate. Muchos amigos han muerto con honor en la batalla y beben ya en compañía de los dioses. ¿No os da pena por mí? —concluyó, tornando a sonreír, tras escenificar su pequeña broma.

—Mucha pena, jefe —reconoció su secuaz—. Nos da mucha pena que no caigas luchando y que lo último que vean tus ojos en esta vida no sea la sangre de tus enemigos, ni el postrero homenaje

de tus guerreros victoriosos, sino el arrugado rostro de una mujer que te mira fijamente y que nunca sabrás si se alegra o se entristece de verte morir.

—Tú no eres más que un maldito bastardo, Cerdubeles. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Bebamos por eso…! —exclamó el interpelado, alzando su tosco vaso, pero antes de llevárselo a los labios, añadió mirando a Segisamo con socarronería —. ¡Y por los olvidados de los dioses!

—¡Bebe tú por eso! —replicó el caudillo con desdén—. Yo lo haré por la próxima victoria sobre los lusitanos.

Tras apurar sus vasos y volver a llenarlos, el jefe vacceo miró a Ramaro con curiosidad:

—Y a ti, ¿qué te pasa? Estás muy callado. ¿Acaso no te gusta mi plan? Vamos —le animó sonriente—, regálame los oídos, di que soy el mejor estratega que has conocido.

—Pues ahora que lo preguntas, te diré en verdad lo que pienso…

—No quiero que me digas lo que piensas, sólo que halagues mi sabiduría —le interrumpió con semblante fingidamente serio.

—Eso quería decir —contestó el carpetano simulando el tono grave del vacceo—. El plan es bueno…

—¿Bueno? — volvió a atajar Segisamo arrugando la nariz.

—Perfecto, es perfecto —se apresuró a rectificar Ramaro, provocando sendas sonrisas de agrado en sus dos compañeros—. Tiene que ser así si lo habéis preparado Ablón y tú

—Yo y Ablón —corrigió nuevamente el jefe.

—Eso he dicho, eso he dicho…, tú y Ablón… Pero yo tengo algo que proponer, algo que me parece mucho más grandioso que esa simple cacería de conejos que estáis organizando. Escuchad…

Una vez expuesta su idea, Segisamo y Cerdubeles se quedaron mudos. Su primera reacción fue de incredulidad, y la segunda, avisar al chamán para que tratara de curar la repentina locura que había atacado a su joven aliado.

—¿Estás de broma, verdad? —preguntó muy serio el curtido jefe vacceo, aunque en ningún momento había percibido en Ramaro el menor asomo de fingimiento.

“¡Qué tipo más extraño este carpetano!”, pensó. “Tan joven, tan colmado de gloria…, y tan ingenuo”.

Perdonar la vida a un lusitano era algo impensable, jamás oído, sería como lo sería disculpar a una serpiente que te acaba de morder. Y Ramaro pretendía indultar a un ejército entero…, que, además, tenía intención de liquidarlo a él y a su linaje.

¡Ni pensarlo! Con los lusitanos no había que mostrar piedad alguna, porque son como lobos, imposibles de rendir, y a la que te descuidas te envían al otro mundo.

Los vacceos eran un pueblo antiguo y honorable, a veces apacible y otras recio y combativo, que sabía respetar los acuerdos, defender lo suyo y vengar a sus muertos. Un pueblo que, salvo por necesidad, no atacaba a sus vecinos. Pero con los lusitanos era distinto: los temían y odiaban como a una plaga de langostas.

Rara era la temporada en la que aquellos malditos no caían sobre sus poblados occidentales y esquilmaban sus graneros y apriscos, matando y violando a sus habitantes, para luego desaparecer tan rápido como habían llegado. ¡Y eso ningún vacceo bien nacido podía olvidarlo!

Era mucho lo soportado, muchos los agravios recibidos y muy pocas las ocasiones en que podían tomarse la revancha.

¡Y ahora que tenían la ocasión de resarcirse de una sola vez de tanta afrenta, quería Ramaro que desistieran!

"Esta idea de ofrecer al enemigo salvar su vida a cambio de una paz duradera y de renunciar a toda idea de venganza, es propia de un loco…", rumiaba Segisamo, "o de un iluminado".

Sin embargo, las palabras con las que pensaba mostrar su total oposición a la propuesta, e incluso su enfado, no traspasaron el umbral de su garganta, porque sabía que Ramaro podía ser muchas cosas, pero no un loco.

El jefe vacceo empezaba a dudar. ¿Y si algún poder sobrenatural guiaba la voluntad del joven carpetano?

"En cualquier caso, resultaría inútil", se decía. "Aunque yo apoye esa idea insensata, sería inverosímil que mis aliados la aceptasen".

Y así ocurrió, ya que no todos los jefes que habían pactado su participación en la emboscada a los lusitanos aprobaron el cambio de planes.

Algo que a la mayoría de los presentes en la reunión les resultaba de lo más extraño era el gran apreció y la alta consideración que un hombre tan experto y cabal como Segisamo mostraba hacia el joven carpetano.

—Pareces olvidar —le decían— que él mató a tu hermano, el gran Tiresio, y puso fin a nuestra expansión por el sur.

—Es cierto —contestó el aludido—, pero también hemos de recordar que él fue el atacado y luchó por defender lo suyo, y que, a pesar de vencernos, logró nuestro respeto y recuperó la paz entre nuestros pueblos. Lo mismo que ahora pretende.

Y los clanes del oeste apoyaron con entusiasmo el plan, ya que bien podía ser aquella la manera de librarse para siempre de las malditas correrías lusitanas. Y en ellos se apoyó Segisamo para intentar convencer a los demás.

Pero otros no dieron su brazo a torcer. Sin sangre ni muerte no

había gloria para los guerreros.

—Si no es para matar lusitanos, ¿a qué ir? —alegaron.

# CAPÍTULO 14

**Año 477 a. C.**
**Finales de junio.**
**Al norte del territorio vacceo.**

Una vez se hubo apagado el fuego purificador que ardía en las aldeas, poblados y emporios de la tierra que griegos y fenicios llamaban Iberia, que las ofrendas y preces a los dioses fueron presentadas, que se acallaron chirimías y atabales, que cesaron los cantos y danzas en honor a los dioses, que el eco de las palabras de los contadores de historias se hubo disipado, que las vestiduras y ornamentos ceremoniales regresaron a los arcones… Una vez, en fin, que las celebraciones en honor al sol y a la llegada del buen tiempo finalizaron, un centenar y medio de jinetes lusitanos cruzaron la frontera este de su territorio y penetraron en los dominios de los vacceos.

Muy pronto, un pequeño destacamento de guerreros enviados por Segisamo les salió al paso y, tras el breve intercambio de palabras entre los hombres que conocían ambas lenguas, la larga y circunspecta columna de guerra inició su larga marcha hacia el sur.

El grueso y animoso Maelo cabalgaba al frente de las fuerzas lusitanas, inmediatamente detrás de los guías vacceos. Iba silencioso y sus astutos ojillos escudriñaban sin cesar el entorno. No tenía motivos para desconfiar de sus aliados, que disponían incluso de mayores razones que él para desear vengarse de los carpetanos. Pero ya no estaba en Lusitania, e hicieron aparición el recelo y la prudencia ancestrales que embargan a los hombres cuando abandonan sus dominios.

Además, la idea de pactar con los vacceos había sido suya, lo cual era un motivo más de preocupación para el jefe lusitano, cuyo prestigio y poder estaban en juego. Un nuevo fracaso como el sufrido por su admirado hijo Tántalo durante la anterior campaña, haría que tanto él como su clan cayeran en desgracia.

La marcha era lenta, y el atardecer, que llegó envuelto en reflejos áureos y rojizos, cayó pronto sobre las aguerridas huestes. Acamparon a orillas de un río, en las proximidades de un poblado vacceo que les abasteció de alimentos y de heno para los animales. Eso agradó a Maelo, quien pudo comprobar cómo su aliado cumplía lo pactado.

El primer amanecer de los lusitanos en territorio vacceo alumbró un cielo enteramente limpio de nubes, como si el sol hubiera querido mostrarse en toda su magnificencia, lo cual fue interpretado como un buen presagio por los augures que acompañaban al ejército.

Tras el descanso nocturno, y llenos de nuevo sus buches, el ánimo de los guerreros era alto. Se sentían henchidos de energía y con deseos de alcanzar pronto el territorio carpetano y entrar en combate. Su gran número les hacía creerse invencibles, y algunos hasta bromeaban, señal de que no abrigaban ningún temor.

Con el sol a punto de alcanzar el cenit, la nutrida columna atravesaba un angosto desfiladero entre montañas casi completamente desprovistas de vegetación, cuyas empinadas laderas no eran sino un inmenso lanchar, conformado por rocas desprendidas, algunas de las cuales se desmoronaban ante el retumbo producido por el paso de las cabalgaduras.

La garganta se alargaba sinuosa, semejando el cuerpo de una gigantesca serpiente, y su estrechez obligaba a los jinetes a cabalgar en formación de tres o cuatro en fondo.

De repente, un estruendo procedente de la retaguardia causó gran revuelo entre la tropa, y detuvo su avance, atrayendo las miradas de todos hacia el lugar desde el que una enorme y densa nube de polvo empezó a elevarse a los cielos.

Con la inquietud reflejada en sus semblantes, Maelo y los jefes lusitanos que cabalgaban con él en vanguardia dirigieron inmediatamente sus monturas hacia allí.

Tras el paso de los últimos jinetes, se había producido un gran desprendimiento de rocas, a consecuencia del cual el desfiladero quedó completamente cerrado por su lado norte. Había sido un milagro que nadie resultara herido.

Apenas habían terminado de informarle de lo sucedido cuando la situación se reprodujo, esta vez en la vanguardia del destacamento.

Los caudillos lusitanos se miraron atónitos, y en algunos rostros empezó a reflejarse la sospecha de la traición, cosa que quedó plenamente confirmada cuando, sobre las crestas de las colinas que se alzaban a ambos lados del camino, surgió una multitud de arqueros y lanceros que les apuntaban con sus armas, cuyas amenazadoras puntas centelleaban con el sol.

La angustia de los jinetes atrapados se contagió rápidamente a los caballos, que comenzaron a relinchar y caracolear asustados, haciendo crecer la confusión dentro de la ratonera en que se había convertido el paso.

Los hombres miraban a sus jefes en espera de órdenes, pero éstos se mostraban perplejos y titubeantes. Conscientes de hallarse a merced del enemigo, callaban. No había ninguna decisión que tomar, salvo la de prepararse para morir.

Transcurrió todavía un buen rato antes de que se dieran cuenta, aliviados, de que los arqueros vacceos no parecían tener intención

de acabar con ellos.

El plan urdido por Segisamo y Ablón se había cumplido a la perfección: aprovechando el desconcierto provocado por el primer derrumbe, los guías vacceos azuzaron a sus corceles y se alejaron velozmente de la cabecera de la columna, para no verse atrapados por el nuevo desprendimiento que, en un santiamén, taponó por completo el desfiladero.

Maelo, impotente, trataba de mantener la calma ante sus hombres, pero la pesadumbre asomaba a sus fruncidos labios.

"¿Cuál será el próximo movimiento del innoble vacceo?", se preguntaba.

Pasaron los momentos de mayor calor del día y ningún movimiento ni mensaje llegaron desde las alturas. Los lusitanos habían descabalgado y pasaban el tiempo sentados en tierra, a pleno sol, adustos y silenciosos, en espera de lo que les deparase el destino. Los más osados trataron en un principio de ascender a pie por las laderas de las colinas, única manera de salir de allí, pero el suelo traidor y la buena puntería de los flecheros vacceos, les obligaron a desistir.

A la caída de la tarde, Segisamo se asomó al borde del barranco.

—¡Que suban vuestros jefes a parlamentar! —gritó en lusitano uno de los vacceos que le acompañaban. Y tuvo que volver a repetirlo, porque los de abajo no habían entendido bien el mensaje.

Maelo y su gran humanidad no estaban para subir por la escabrosa pendiente, de modo que envió en su lugar a tres de sus lugartenientes, junto con Kainu, el más fiable de sus intérpretes.

Tras la ardua ascensión, obligados a realizarla de uno en uno y agarrados a la áspera soga que los vacceos les arrojaron desde arriba, los cuatro sudorosos lusitanos alcanzaron la cima de la quebrada colina. Sus tensos rostros, contraídos por el esfuerzo, y sus frías miradas reflejaban el desprecio que les merecían sus desleales aliados. Ni agua aceptaron de ellos.

—¡Nuestros dioses han hablado! —quien tomó la palabra era un hombre ya maduro, de aspecto solemne, alta estatura y cuerpo delgado, ataviado con una sencilla túnica oscura hasta los pies, que sólo dejaba ver su manos, largas y huesudas, y su rostro, surcado de arrugas—. Hay pugna entre ellos: unos desean vuestra muerte, pero otros, igual de poderosos, os ofrecen la vida —su voz, vibrante y cavernosa, parecía provenir de las mismas entrañas de la tierra.

Tras una breve pausa, necesaria para que Kainu tradujera sus palabras, el sacerdote continuó:

—Pero en su infinita sabiduría han llegado a un acuerdo. Escuchad: ninguno de vuestros guerreros morirá hoy aquí si el poderoso Endovélico consiente en poner fin a la venganza que os

mueve y decretar que en el tiempo venidero haya paz entre vacceos y lusitanos…, así como en liberar al dios túrdulo que retiene desde hace mucho tiempo en un santuario lusitano —al oír de labios de Kainu la última condición, los enviados lusitanos intercambiaron furtivas miradas, que reflejaban su absoluto pasmo.

En un principio, los lusitanos habían esperado una muerte rápida, proveniente de las alturas. Luego, al ver que el tiempo pasaba y la mortífera lluvia de flechas y lanzas no se producía, unos pensaron que, quizás, su viaje hacia el Más Allá no sería tan rápido como habían esperado y que les reservaban para algún gran sacrificio ritual en honor de las deidades infernales de sus enemigos. Pero lo que ninguno hubiera podido imaginar era que sus vidas dependerían de una estatua robada tantas lunas atrás que ninguno de los allí presentes vivía cuando tuvo lugar el suceso.

Tan inaudita era la proposición que acaso se debiese realmente a una inspiración divina.

Los lusitanos recobraron su inicial impavidez, pero ni pregunta, ni respuesta alguna salió de sus labios. Sabían que los vacceos no habían acabado de hablar.

—Si hay acuerdo, dos de vuestros guerreros cabalgarán hacia Lusitania, y antes de que el sol se levante tres veces habrán de estar de regreso con la estatua del dios arrebatada a los túrdulos —ahora era el propio Segisamo el que hablaba—. Si no fuera así, ¡todos moriréis! —exclamó, mientras sus ojos, clavados en el rostro de Kainu, relampagueaban.

—¡Nuestros dioses han hablado! —coreó nuevamente el chamán con su honda voz—. El alba deberá traernos vuestra respuesta.

—Consultaremos las señales —repuso el portavoz lusitano en el mismo tono solemne—, y pronto conoceréis si el gran Endovélico consiente el acuerdo.

Pero antes de marcharse, los enviados tenían algo que averiguar, un misterio que, desde que se consumó la traición, ni Maelo ni ninguno de cuantos le acompañaban había sido capaz de desentrañar:

—¿Por qué los vacceos, que fueron derrotados por los carpetanos y expulsados de las tierras que habían conquistado, rompen su alianza con los lusitanos y renuncian a su venganza?

Segisamo miró a su interlocutor con semblante circunspecto, tomándose unos momentos antes de responder, y cuando lo hizo, su tono traslució el orgullo de su estirpe y el desdén que sentía por quienes hacen del asalto, el robo y el saqueo su bandera.

—Nosotros no buscamos venganza cuando somos vencidos en leal combate —repuso el jefe vacceo.

Y con estas palabras, Segisamo puso fin a la entrevista, durante

la cual, las miradas de Kainu y Ramaro se habían cruzado en varias ocasiones.

ooOOoo

A Maelo también le sorprendió la propuesta vaccea, y no tardó en convocar a una reunión a los jefes de clan y a los hombres sabios que acompañaban a la expedición.

En torno a una de las hogueras que alumbraban el silencio y la postración en que estaba sumido el tétrico desfiladero, los siete lusitanos que integraban el improvisado Consejo se sentaron a valorar la nueva e inesperada situación.

Con el único sonido de fondo de algún aislado resoplido o rezongo de las caballerías, Maelo expuso rápidamente a sus hombres de mayor confianza las condiciones exigidas por los vacceos.

—El problema al que nos enfrentamos es grande, porque uno de los requerimientos no está en nuestras manos concederlo. Por primera vez desde que soy jefe, lo que piense o decida no cuenta, porque aunque yo aceptara sus demandas, si Medugenus se niega a entregar su trofeo, todo habrá terminado para nosotros. Y ya conocéis a mi pariente… —continuó suspirando con resignación—, es un hombre muy íntegro y muy valeroso…, y también muy testarudo, exasperantemente testarudo.

Varios de los convocados asintieron en silencio, mientras intercambiaban rápidas miradas. Sí, así era Medugenus.

—¿Tendrán nuestras vidas el valor suficiente a sus ojos para que acceda a desprenderse del más grande botín jamás cobrado por su clan? — se preguntó en voz alta el corpulento jefe.

Ninguno de los reunidos podía disimular su zozobra.

A pesar de que los hechos y la vergonzosa situación en la que se hallaba pudieran indicar lo contrario, Maelo era un hombre cuidadoso y astuto, y ante todo orgulloso, y la humillación de pedir ayuda y dejar su vida en manos de otro encrespaba su alma, de modo que decidió jugar una última y arriesgada baza…

ooOOoo

“Veremos si los vacceos conservan algo de honor”, musitó Maelo, mientras, desde el fondo del barranco, contemplaba la penosa ascensión de sus representantes por la empinada ladera.

—También nuestros dioses han hablado —fueron las primeras palabras de los lusitanos cuando, a la mañana siguiente, se encontraron nuevamente con los vacceos—, y de igual manera que a los vuestros, sus señales confunden la mente de nuestros chamanes, que no saben si se muestran o no conformes con lo que proponéis.

A Segisamo le pareció notar un cierto tono socarrón en la voz del mensajero.

—Para saberlo —continuó el lusitano, recalcando cada sílaba—, los hombres sabios sólo hallan un modo: seleccionarás a tus cinco mejores guerreros, y nosotros haremos otro tanto. Maelo escogerá uno de entre los vuestros, y tú elegirás uno de entre los que os presentemos. Ni él ni tú los conocéis —Kainu se dirigía en todo momento a Segisamo—, de modo que serán los dioses los que guiarán la elección.

El jefe vacceo le escuchaba con el entrecejo levemente arrugado.

El lusitano continuaba:

—Los dos escogidos se enfrentarán en un combate a muerte. Si tu hombre triunfa, será prueba de que el supremo Endovélico consiente el canje: nuestras vidas a cambio de la liberación del dios túrdulo, de la paz entre lusitanos y vacceos mientras Maelo viva y de renunciar a la venganza contra carpetanos y vetones…. Pero si vence nuestro guerrero —añadió todavía con mayor solemnidad el intérprete lusitano—, sabremos que no desea el trato, y podremos marchar con honor.

El lusitano presentaba su propuesta de tal manera que fuera quien fuese el vencedor del combate, siempre sería por voluntad de Endovélico, lo cual no pasó desapercibido a la astuta mente de Segisamo.

—En vista de la triste situación en la que os halláis…, por voluntad del gran Endovélico —repuso el vacceo sin disimular su tono burlón—, no tengo dudas sobre a quién concederá tu dios la victoria.

Y ante el silencio de Kainu, que no se molestó en traducir sus palabras, Segisamo, tras un rápido intercambio de miradas con sus consejeros, aceptó el combate:

—¡Que así sea! —dijo—. Pero si es nuestro guerrero el que conserva la vida, recuerda que la efigie del dios túrdulo deberá estar aquí en tres días, si no, todos moriréis.

—¡Que se haga la voluntad de Endovélico! —sentenció el lusitano.

—¡Que se haga la voluntad de los dioses! —puntualizó el jefe vacceo.

ooOOoo

No había alcanzado el sol todavía su punto más álgido cuando desde el fondo del desfiladero llegó la señal incicadora de que los lusitanos estaban listos para cumplir con el ceremonial previo al combate pactado.

De inmediato, los vacceos pusieron manos a la obra y, en muy

poco tiempo, abrieron una estrecha vía entre los peñascos que cerraban el lado sur del desfiladero. A continuación, siempre bajo fuerte vigilancia, permitieron salir, de uno en uno, a los miembros de la comitiva lusitana, compuesta por Maelo, su principal chamán, tres de sus lugartenientes, el intérprete Kainu y los cinco guerreros en cuya experiencia y destreza habían depositado su destino.

Una vez que los contendientes fueron presentados, pudo comprobarse que el portavoz de los lusitanos no estaba en lo cierto cuando afirmó que serían los dioses quienes guiarían la elección de los guerreros, porque Maelo y Segisamo conocían a dos de ellos: Talabarus y Ramaro estaban entre los designados.

Los combatientes de uno y otro bando se habían situado unos frente a otros, con unos diez pasos de distancia entre ellos. Todos, con la única excepción de Ramaro, presentaban un fiero y estremecedor aspecto, y las miradas, gestos y palabras desafiantes no tardaron en cruzarse, Tampoco faltó la ostentación de armas y músculos, así como de las cicatrices que jalonaban sus cuerpos.

Desde que Maelo comprobó que entre los escogidos por los vacceos figuraba aquel atrevido jovenzuelo de rostro rasgado que había formado parte de la delegación encargada de pactar los términos del acuerdo, su rostro se serenó, adoptando un cariz casi risueño.

Él era el traicionado y, por lo tanto, el primero en hacer su elección, y no dudó ni un momento en acercarse a Ramaro y posar su manaza sobre el hombro derecho del joven, al tiempo que pronunciaba unas palabras que Kainu no tradujo, pero que provocó grandes carcajadas entre sus guerreros.

Talabarus le había hablado de él, de la facilidad con que le venció cuando se enfrentaron en la noche lusitana. Aquel osado joven sería un fácil adversario para cualquiera de sus cinco elegidos.

Pero, en medio de tan íntima satisfacción, algo en el interior de su alma se turbó al ver a Segisamo dirigirse, con andar firme, precisamente hacia Talabarus y señalarle sin vacilar como rival de su guerrero. Aunque enseguida recobró la confianza: Endovélico guiaba, sin duda, la mano de su enemigo.

La victoria lusitana era segura.

# CAPÍTULO 15

**Año 477 a. C.**

**Seis días después del solsticio vernal.**

**Desfiladero al norte del territorio vacceo.**

**Combate a muerte.**

Si hubiera sido por él, Segisamo habría escogido a cualquiera de los otros.

Los cinco guerreros que acompañaron a Maelo tenían una apariencia aterradora, pero ése, ése concretamente, producía tal desasosiego en su alma que, desde que lo vio por primera vez —cuando llegó a su poblado en compañía de Kainu para conducir a Cerdubeles y a Ramaro hasta Lusitania—, ya había protagonizado algunas de sus pesadillas. La mirada de su ojo vivo era de por sí espantosa, pero cuando giraba el rostro y mostraba aquel siniestro punto lechoso en que se había convertido el otro, un temblor incontrolable se apoderaba de él. Estaba convencido de que algún espíritu infernal moraba allí y le observaba amenazador desde el Más Allá.

Era la misma impresión que, con sólo nombrarlo, su hermano Tiresio causaba en sus oponentes. "En todos, menos en uno", pensó, y de inmediato buscó con la vista al guerrero carpetano de rostro rasgado.

Allí estaba, envuelto en su sempiterna flema, Igual que cuando se enfrentó a su hermano, según le habían contado. Igual que cuando luchó contra Teitebas, como él mismo presenció. Contemplándole, sentía que ni el propio Endovélico encarnado sería capaz de alterar los nervios de aquel muchacho.

Por su parte, el fornido Talabarus respiraba confianza por todos sus poros. Vestía un sayo de recio cuero negro, orlado en nuca y hombros con la agrisada piel de un lobo, sobre la cual descansaba, ladeada, su ancha y negra trenza. Cubría sus velludas piernas con unas grebas de piel también oscura. Un plateado collar brillaba en su musculado cuello, y sendos brazaletes de bronce en sus antebrazos.

Su aspecto era impresionante, lo que contrastaba enormemente con la sencillez de sus armas: una pequeña caetra y una espada de larga y recta hoja, al lado de la cual la de Ramaro, obsequio de su amigo Tanginus, el hijo del gran jefe arévaco Buntalos, parecía de juguete.

La segunda sorpresa que aguardaba al guerrero lusitano, y esta no precisamente tan grata como la de ser elegido por el jefe vacceo para pelear de nuevo contra aquel endeble jovenzuelo, fue ver a su oponente renunciar a la espada y armarse con lanza y escudo.

“Ya lo intentó con la espada y lo derroté, es normal que ahora pruebe de otra manera”, pensó.

—Acaba con él cuanto antes —le dijo Maelo con voz queda—. Estoy ansioso por salir de esa hedionda ratonera.

Y Talabarus lo intentó.

Nada más dar comienzo el combate, y siempre con la espada por delante, el lusitano tomó la iniciativa. Aprovechando su mayor envergadura avanzó sobre su adversario, cuidando en todo momento de mantenerse fuera del alcance de su lanza. A veces lo hacía con lentitud, ganándole terreno simplemente por medio de su corpulencia, o bien, con amagos y movimientos rápidos, tratando de sorprenderlo. Y así una y otra, y otra vez.

Si Ramaro hubiera ido armado con espada, le hubiera resultado muy complicado eludir las acometidas del lusitano, pero una lanza compensaba sobradamente la ventaja con la que éste esperaba contar. Ese arma era muy peligrosa en las distancias largas, y aquel joven sabía manejarla. Ya en un par de ocasiones su negra y afilada punta había detenido en seco su ataque. La vio lo bastante cerca de sus carnes como para no tomarse en serio al muchacho de lacerado rostro.

Si algo había aprendido Ramaro durante su corta e intensa vida de guerrero fue a enfrentarse a hombres como Talabarus, que le doblaban en fuerza y tamaño. Tiresio y Teitebas eran buena prueba de ello, al igual que el propio Ablón en sus comienzos, de modo que se limitó a realizar lo que tan bien sabía, lo que su cuerpo, piernas y brazos ejecutaban de manera instintiva, con movimientos casi ajenos a su voluntad.

Parecía estar oyendo a su maestro:

—En el cuerpo a cuerpo no siempre vence el más fuerte. Movimiento y resistencia, Ramaro, recuérdalo.

El joven carpetano se movía con agilidad, eludiendo los alternativamente vehementes y calmosos ataques del guerrero de Maelo, al igual que había hecho durante los primeros momentos del combate librado previamente por ambos. Pero ahora Ramaro no se limitaba a esquivarle, sino que, cada vez que sorteaba una de sus embestidas, emprendía a su vez un contraataque, bien acometiéndole con la lanza o amagando con arrojársela.

Al salir resoplando de una de sus infructuosas cargas, Talabarus observó espantado cómo la punta de la lanza de su enemigo se hundía en la parte anterior de su muslo derecho, haciendo brotar de su garganta un aullido de dolor tan tremendo como el chorro de sangre que emergió de la herida un instante después.

El lusitano estaba cada vez más furioso. Sentía resbalar la sangre por su pierna y ni siquiera sabía cómo había ocurrido. Hasta su ojo

muerto parecía sorprendido.

Cansado y sudoroso, Talabarus no se había percatado del rápido y sorprendente movimiento de su adversario, quien, tras saltar a un lado para eludir su último espadazo, encontró carne donde clavar la punta de su lanza.

Y las cosas empeoraron para el lusitano.

Desde el mismo momento en que le vio herido, el acoso de Ramaro se acrecentó. Ahora, sus fintas y amagos se sucedían vertiginosos, y las acometidas eran más certeras, de manera que el cuerpo del lusitano presentaba ya tajos en brazos, costados y pecho.

También Ramaro mostraba su sayo rasgado y ensangrentado a la altura del vientre.

El rostro del guerrero tuerto no dejaba lugar a la duda. A cada momento, veía más cerca su derrota y era consciente de que únicamente un golpe de suerte podía librarle de la muerte. Protegido tras su pequeño escudo, giraba sobre sí mismo sin pausa, tratando de no perderle la cara a su rival, con la espada alzada y presta a descargarla a la primera oportunidad, al mínimo error, despiste o tropiezo de su oponente.

Pero en vano.

Aquel maldito e infatigable “vacceo” sabía muy bien lo que hacía y no se descuidaba. El sudor le cegaba, el pecho le dolía horriblemente con cada respiración, los pulmones parecían a punto de salírsele por la boca, las piernas le pesaban como losas, apenas podía ya sostener la espada. Estaba exhausto y desesperado, mientras sentía correr la sangre por su cuerpo.

Quizás algunas lunas antes, Ramaro se hubiera limitado a desarmarlo y dejarlo vivir, pero ya no era aquel muchacho ingenuo que perdonaba a sus rivales. La forma en que Teitebas se quitó la vida para no enfrentarse a la vergüenza de la derrota terminó de abrirle los ojos: un guerrero que lucha a muerte quiere vencer o morir, no que su enemigo le regale insultantemente la existencia.

Ramaro no era alguien que disfrutara alargando la agonía de sus enemigos. Con un resuelto movimiento de su lanza desarmó a Talabarus y, seguidamente, se la arrojó con toda la fuerza y pericia de su brazo, partiéndole el corazón.

Antes de llegar al suelo, Talabarus ya estaba muerto, como su ojo izquierdo, que parecía mirar a su verdugo desde la otra vida.

ooOOoo

Tras presenciar con aparente impasibilidad la lucha y muerte de su guerrero, Maelo posó sus ojos en Segisamo.

—Endovélico ha hablado —dijo con énfasis—. Enviaré emisarios a Lusitania para que trasladen su mensaje a Medugenus.

—Hazlo pronto, Maelo —advirtió el jefe vacceo—. En tres días la estatua del dios de los túrdulos deberá estar aquí.

—Eso, ya no depende de mí.

—Si el gran Endovélico así lo ha dispuesto, ningún mortal se atreverá a contradecirle —sentenció el vacceo, con cierto sarcasmo.

—Todos estamos en sus manos —refrendó el lusitano, al tiempo que alzaba la vista al cielo y hacía ademán de retirarse.

Pero al instante se detuvo y se encaró nuevamente con su interlocutor:

—Si Medugenus acepta el canje, ¿cómo sabré que cumplirás lo acordado y nos liberarás?

—Porque tienes mi palabra —repuso Segisamo con legítimo orgullo, realzando el porte—. Desde tiempo inmemorial, en la tierra de los vacceos, la palabra de un jefe de clan es Ley.

—Bien está.

Y dicho esto, Maelo, encabezando la comitiva lusitana, regresó a la jaula de rocas en la que sus hombres aguardaban expectantes y esperanzados el resultado del combate.

Al poco rato, dos jinetes, con un mensaje bien memorizado en sus cabezas y la solemne promesa de regresar, enteros o en pedazos, antes de que se cumpliera el plazo impuesto por los vacceos, salieron del desfiladero a galope tendido en dirección noroeste.

Y tras ellos el cerco volvió a cerrarse, pero después de que dos decenas de orondas y parsimoniosas vacas y un carromato cargado de pellejos de agua, tirado por una pareja de robustos bueyes, hubiesen entrado en el desfiladero para dar sustento a los sitiados.

ooOOoo

Medugenus, a pesar de lo que él mismo pensaba, no era un hombre especialmente astuto. Gobernaba el clan por su fuerza y valor, y gracias a descender del linaje de los primitivos caudillos.

En su juventud, había tomado parte, y después encabezado, un gran número de incursiones de saqueo por los territorios vecinos, demostrando una especial predilección por las grandes montañas de nieves perpetuas del remoto norte, donde según las crónicas ningún lusitano había puesto nunca su pie. Asolar aquellos territorios, habitados por los pueblos más díscolos y rebeldes conocidos, era su mayor anhelo, aunque allí la lucha fuese siempre fiera y el botín escaso.

El motivo de aquella caprichosa y poco fructífera querencia lo conocían todos, ya que la palabra “gloria” siempre estaba en su boca. Ahí radicaba la causa de tan pertinaz comportamiento: en hacer algo jamás realizado. Era su manera de perpetuarse.

Y el fruto de todo ello podía contemplarse esparcido en torno al

altar consagrado al gran Endovélico, repleto de estelas y otras piedras conmemorativas, grabadas con extraños símbolos e inscripciones, que se ufanaba de haber arrebatado a las tribus del norte, cuya existencia desconocían la mayor parte de los lusitanos.

Cada incursión acarreaba indefectiblemente la muerte de algunos guerreros, y su propia vida peligró en más de una ocasión. ¡Pero qué importaba eso!

—Los guerreros lusitanos —decía, y nadie podía desmentirle— no cabalgan para robar vacas y asustar a mujeres y niños. Deben demostrar su valor enfrentándose a los más feroces. Cuando consigamos que aquellas lejanas tierras tiemblen al oír el nombre de nuestros dioses, habremos alcanzado la gloria.

Al escuchar el asombroso y apremiante mensaje que le enviaba su pariente, Medugenus se escandalizó y, a pesar de las explicaciones que con tanto ardor e insistencia le fueron expuestas, se negó rotundamente a condescender.

¡Maelo estaba loco si pensaba que entregaría a los vacceos aquel importante legado de su pueblo, ganado por su lejano antecesor, el legendario y sin par Vismaro!

Pero el altivo jefe no era un hombre insensible, y durante la noche, la desesperada llamada de socorro de Maelo retumbó sin descanso en su cabeza, impidiéndole dormir. Y en su vigilia, volvían a él una y otra vez las súplicas de los mensajeros:

—Nunca nadie habrá salvado a tantos guerreros de la muerte, a tantos hermanos. Nunca tantos hombres deberán la vida a uno solo. Ni antes ni después se habrá contemplado gratitud mayor ni más imperecedera.

Y las voces seguían tronando en su cabeza:

—No permanecerás únicamente en la memoria de nuestro pueblo, sino también en la de vacceos, vetones y carpetanos, y en la de cuantos conozcan los hechos. Ningún clan alcanzará alcanzará tanta gloria ni tamaña generosidad, porque demuestra más valor, no quien extermina a su enemigo, sino aquel que es capaz de librar de la muerte a sus hermanos.

“Gloria, gloria, gloria…”, coreaba una lejana voz desde el fondo de su cerebro.

—Endovélico no quiso que tus guerreros libraran esta guerra —le recordaron los emisarios—, pero, en cambio, te otorga el inmenso honor de ganarla. Tú serás el único vencedor en esta batalla, y eso es algo sólo al alcance de los dioses y de los más escogidos mortales. Endovélico lo quiere.

“Gloria, gloria…”. “Endovélico lo quiere. Endovélico lo quiere…”, oía en un continuo duermevela.

Maelo conocía muy bien a Medugenus y sabía que era un

hombre temeroso de los dioses y hambriento de fama y reconocimiento, y eso era exactamente lo que le ofrecía: la bendición divina y el eterno recuerdo.

Y fue del propio Medugenes, rayando el alba, quien se ocupó personalmente de informar a los enviados de Maelo de su cambio de parecer, y de ordenar después a sus hombres que, con sumo cuidado, iniciaran la exhumación de la estatua.

Como era de esperar, y a pesar de las explicaciones, el chamán acogió la noticia con el mismo pasmo y desacuerdo.

Pero al tozudo jefe no le importaron sus trabas ni las supuestas catástrofes con que, según el hombre sabio, los dioses castigarían semejante sacrilegio. La decisión de convertirse en el hombre más admirado y célebre de Lusitania estaba tomada, y zanjó las protestas con una sola y rotunda frase:

—¡Endovélico lo quiere!

La efigie fue, pues, desenterrada, baldeada y limpiada lo mejor que se pudo, siendo después cuidadosamente envuelta en mullidas pieles y subida al carromato que la trasladaría de regreso a la tierra de sus devotos adoradores, portando en su hierática mirada la salvación de más de un centenar de guerreros lusitanos.

En previsión de inesperados retrasos, dos de los guerreros que conformaban la escolta de la divinidad se adelantaron, con el fin de avisar a los vacceos del beneplácito de Medugenes al canje propuesto y de la inmediata llegada de la comitiva.

—Dirige tus correrías a otras tierras —le había dicho Segisamo a Maelo al despedirle.

—Mientras viva —afirmó el respetado caudillo lusitano—, no promoveré ni consentiré que mis guerreros participen en incursiones contra vacceos, carpetanos y vetones. ¡Es mi promesa!

ooOOoo

Hasta el poblado de Segisamo, y luego durante todo el trayecto de regreso a Carpetania, Ramaro no se separó ni un momento del vetusto carromato lusitano que portaba el gran tesoro túrdulo, sufriendo cada vez que sus pesadas y chirriantes ruedas tropezaban con una piedra, o se aproximaban a una prominente raíz o a un hoyo del camino, temiendo que cualquier tumbo pudiera quebrarla.

Aún no se lo podía creer. Lo que a finales del pasado estío, cuando los emisarios túrdulos aparecieron en su poblado con la más descabellada de las proposiciones, no era más que una borrosa fantasía, se había hecho realidad.

Repasando lo ocurrido desde entonces, Ramaro no podía dejar de pensar que tras todo aquel cúmulo de extraordinarias circunstancias estaba la voluntad de los dioses. Ellos eran los únicos

con el suficiente poder para convertir un loco sueño en realidad, lo inverosímil en factible.

Y ahora que había conseguido librar al dios túrdulo de su largo cautiverio, no dejaría que aquel displicente y descuidado carretero, de perenne e insustancial sonrisa, lo hiciera pedazos. De modo que, al poco de iniciarse la marcha, convenció a Ablón para que tomara a regañadientes las riendas del carro.

—Si Segisamo le encomendó esa misión será porque confía en él —adujo, tratando de librarse del penoso trabajo.

—¡Pero yo no! —repuso Ramaro con viveza—. Llevo vigilándole desde que salimos, y para mí que el desgraciado va dormido. Le dan igual las zanjas que los pedruscos… No hace nada por esquivarlos. Me duele hasta el alma de verlo…

—¡Maldita sea! —saltó Ablón de inmediato—. ¡Y mi culo! ¿No te preocupa mi culo? ¿Tú sabes lo que es pasarse todo el día brincando sobre unos maderos?

—¡Bah! Tú estás acostumbrado.

Más tranquilo, cabalgando junto a la carreta, Ramaro no paraba de imaginar en voz alta lo que sería su entrada triunfal en la ciudad túrdula de Ipolka, las caras de asombro y de alegría de la gente, los agasajos, las alabanzas y celebraciones.

El joven estaba de lo más feliz y locuaz, impaciente por cumplir la gratísima y delicada misión que los dioses le habían asignado.

—¿Tendrán buena cerveza? —preguntó a su amigo, con intención de involucrarle en la conversación; contra su costumbre, Ablón se mantenía extrañamente adusto y silencioso.

—No tengo la menor duda —repuso el buhonero—, pero te agradecería que no me lo recordaras.

—Pero si es uno de tus temas favoritos de conversación.

—Pues te agradecería —repitió— que no lo volvieras a mencionar. ¿Me has entendido? No quiero oír hablar de la cerveza de esos túrdulos.

Ramaro estaba perplejo.

—¿Bromeas?

—Prueba y verás.

—No comprendo.

—Puedes hablar de la cerveza olcade, de la edetana, arévaca, carpetana, vetona, vaccea y hasta turboleta. De todas esas podemos hablar, pero de la túrdula no, porque no sé nada de esa cerveza, ni probablemente la cataré jamás.

—¡Estás loco! —contestó Ramaro, que cada vez entendía menos a su amigo—. Podrás probarla en unos días.

—¡No podré probarla en unos días…, porque no te voy a acompañar a esa maldita ciudad!

—¿Cómo? ¿Qué no vas a venir con nosotros a Ipolka?

—Eso mismo, amiguito —ahora sus ojos recuperaban el ánimo y su voz sonaba de nuevo vibrante—. Llevo más de tres lunas fuera de casa y eso es mucho tiempo para un hombre que está muy cansado y tiene una hembra que le espera. ¿Lo vas entendiendo?

—Si ha esperado tres lunas, podrá esperar un poco más.

—Sigues sin entenderlo, majadero —añadió sonriente el veterano olcade—. ¡Claro que Elbura puede esperar, el que no puede, ni quiere, soy yo! Tres lunas sin bajarme del caballo y sin catar a mi chica es demasiado, de modo que voy a pegarme a su retaguardia y a no separarme de ella hasta el próximo invierno…, y luego hasta que se funda el último trozo de hielo.

—Pero…

—Tú vete con los túrdulos y diviértete, y bebe todo el vino y la cerveza que quieras, que no me das ninguna envidia —los ojos del buhonero brillaban de emoción—. ¡Pero si no quieres recibir una buena paliza, no menciones su maldita cerveza!

# CAPÍTULO 16

**Año 477 a. C.**

**Mediados de julio.**

**Territorio túrdulo – Ciudad de Ipolka.**

Poco antes del comienzo del último otoño, Luxinio, el máximo gobernante de la orgullosa Ipolka, la más grande e importante ciudad de los túrdulos, había enviado una delegación al norte de Carpetania en busca del célebre guerrero capaz de derrotar y dar muerte a numerosa hueste lusitana. Pero nunca pensó realmente que sus delirantes deseos fuesen a cumplirse.

Y ahora la robada estatua de su dios estaba de regreso, y todos podían verla, y tocarla, y volver a venerarla. Había sido un milagro, y quien lo había hecho posible, devolviendo con ello la felicidad a todo el pueblo túrdulo, se hallaba también allí, y tratado de manera tan cordial y entusiasta que hasta el propio dios podría sentir envidia.

Ciertamente, Ramaro y quienes habían cabalgado con él hasta aquellas lejanas tierras, llevaban varios días plenos de abrazos, palabras de agradecimiento y loas a su valor, homenajes, banquetes y agasajos sin fin. Y aún quedaba el acto principal, aquel en el que la estatua del dios sería devuelta a su antiguo santuario, donde le aguardaban los sagrados restos de las otras divinidades que los sacrílegos lusitanos destrozaron aquel nefasto amanecer.

Todo estaba ya organizado para el gran día:

Los músicos abrirían la multitudinaria procesión, seguidos de las sacerdotisas que, envueltas en sus inmaculadas y vaporosas túnicas, irían lanzando al camino, al paso de la sagrada imagen, pétalos de flores y ramitas de pino y olivo que varios sirvientes transportarían en cestos.

A continuación del dios, a pocos pasos, cabalgarían el gran dignatario túrdulo y el legendario guerrero carpetano, y detrás, a pie, los consejeros y demás personalidades, los guerreros y el resto de las gentes de Ipolka, todos ellos ataviados con sus mejores galas.

Los actos se prolongarían hasta la caída del sol y sería una de las jornadas más felices en la memoria del pueblo túrdulo.

Pero Ildutas, el indolente hijo de Luxinio, que contemplaba todos aquellos actos con disimulado descontento, no tenía intención alguna de participar en el último de los espectáculos. Para ese día, él tenía sus propios planes.

# CAPÍTULO 17

**Año 477 a. C.**
**Principios de la primavera**
**Turdetania. Sur de Iberia.**
**Ciudad de Gádir.**

Todo había empezado aproximadamente tres lunas antes, a principios de la primavera, muy al sur, en la antiquísima y bella ciudad turdetana de Gádir, emporio cercado por el mar…

Gádir, la poderosa ciudad turdetana asentada sobre una isla muy próxima al extremo sur de Iberia, remontaba sus orígenes a los navegantes fenicios de la muy distante metrópoli de Tiro, atraídos por los ingentes recursos, sobre todo minerales, de la zona. Los griegos la conocían como Gádeira y era el mayor y más próspero centro comercial de Iberia.

Culcas y Attenes eran dos de los más importantes comerciantes de la ciudad, dos hombres envidiados y temidos que, a pesar de las pocas cosas que tenían en común —la edad, la astucia, la escasez de pelo y la cuidada barba, entrecana y en punta el primero y blanca y recortada el segundo—, eran buenos amigos.

Aunque Culcas era alto y seco, de facciones angulosas y piel pálida, y Attenes su antítesis, lo que más los diferenciaba era el carácter. El primero, poseedor de la mayor mina de oro de Turdetania, era un hombre ambicioso, decidido y autoritario, mientras que el segundo, el mayor productor y comerciante de salazones y del garos de todo el litoral gadirita, poseía un carácter apacible, aunque tampoco le temblaba el pulso para devolver un golpe o castigar una traición.

Los griegos llamaban garos a una salsa que se obtenía después de dejar los intestinos, el hígado y demás vísceras y despojos del pescado fermentando en salmuera y al sol durante dos o tres lunas, removiéndolo ocasionalmente. Attenes lo producía de caballa, el más corriente, y también de atún, el llamado garos rojo, para muchos el mejor.

Era sustancia muy apreciada, utilizada fundamentalmente para condimentar una gran cantidad de alimentos, aunque se usaba también en medicina y en la elaboración de ungüentos y perfumes. Había quienes gustaban mezclarlo con aceite, agua o vino, y hasta algunos decían que tenía propiedades estimulantes de la potencia y del deseo sexual.

Dada la distinta naturaleza de sus productos, Culcas y Attenes no se interferían en sus actividades comerciales, pero sí había un negocio en el que eran competidores, los mayores competidores de Gádir: la lucha.

Ambos amigos caminaban despacio y en silencio por entre el gentío, que en ese momento del día, con el sol aún en lo alto, llenaba las calles, plazas y mercados del emporio.

Iban de vuelta a sus mansiones, después de presenciar un combate.

Desde tiempo inmemorial, en aquellas tierras se celebraban luchas entre guerreros, que formaban parte de la ancestral tradición de todos los pueblos celtas e íberos conocidos, y ya en vida del recordado Argantonio, último rey de los tartesos, se tenía noticia de ellos. Sin embargo, entonces se trataba de luchas rituales o de homenaje, o con ocasión de alguna disputa entre pueblos o clanes rivales.

Ahora era distinto. Los fenicios, asentados en aquellas costas desde época muy antigua, habían convertido aquellos sangrientos enfrentamientos en meros espectáculos que, además de servir de diversión al pueblo, ofrecían a los nobles turdetanos la oportunidad de competir, jugándose su oro y su plata a la victoria de alguno de los contendientes.

Tanto auge habían alcanzado estos desafíos que hasta se había construido en las afueras de la ciudad un pequeño anfiteatro, con capacidad para unos tres centenares de personas, a fin de que la gente pudiera presenciarlos.

Pero a estos espectáculos públicos no solían asistir los próceres gadiritas, que gustaban de reunirse en sus palestras privadas y contemplar tranquilamente cómo sus luchadores, los que ellos mismos habían comprado de niños y adiestrado con esmero durante largo tiempo, se enfrentaban y morían en su presencia, mientras cruzaban apuestas, llenaban sus panzas y se atiborraban de vino.

Luchadores…, y luchadoras.

Los espectáculos de combates entre mujeres, también fomentados por los fenicios, eran más recientes, pero habían irrumpido con fuerza entre los habitantes de Gádir y atraído rápidamente su atención, sobre todo la de los hombres, a los que la contemplación de una lucha entre dos hembras, siempre jóvenes, y algunas hasta hermosas, jadeantes y sudorosas, y muy escasas de ropa, les encantaba.

Estas luchas entre “guerreras” eran plásticamente muy bellas, además de incitantes, pero adolecían de algo tan crucial como la falta de sangre, porque, al contrario de lo que ocurría con los hombres, ellas luchaban con espadas o hachas de madera, o con lanzas romas, y no lo hacían a muerte, sino que triunfaba aquella que conseguía desarmar o rendir a la rival.

Dentro del conjunto de la servidumbre, el trato dado por los amos a sus luchadores era privilegiado, ya que sus victorias, además

de una buena inyección de oro y plata para sus arcas, representaban un motivo de prestigio para las respectivas Casas, y tener un campeón entre ellos les convertía en el centro de las envidias de sus competidores, sensación por demás agradable.

Sin embargo, esa mañana había ocurrido algo nunca visto por aquellas tierras.

Attenes y Culcas, junto a otros destacados gadiritas, habían acudido a la residencia de uno de sus amigos a presenciar lo que creían que sería un desafío más de los que se producían entre las "guerreras" de dos de las Casas más acreditadas de la ciudad. Es verdad que en esa ocasión no había mujeres entre los invitados y que el momento del día elegido para su celebración, antes de que el sol alcanzara su cenit, era muy inusual, ya que estas sesiones solían iniciarse al atardecer o ya de noche. Pero, aparte de eso, nada hacía presagiar que la diversión fuera a ser diferente a otras anteriores.

Y los combates se iniciaron con normalidad. Hubo dos enfrentamientos individuales y una "batalla", en la que pelearon seis luchadoras, tres por bando. Pero cuando la última de las participantes fue desarmada y los espectadores se entretenían comentando entre ellos las vicisitudes del espectáculo, o felicitaban al amigo ganador y se burlaban del derrotado, o recogían las ganancias o pagaban sus deudas, el vibrante sonido de una trompa atrajo de nuevo su atención sobre la arena, en la que, de inmediato, con gran pompa, entraron dos hermosas mujeres armadas con espadas…, de hierro.

Sorprendidos, los asistentes cruzaron entre sí miradas de desconcierto, y hasta dejaron de beber y de comer por un momento. Y cuando, ante el sonriente semblante y mutismo del anfitrión, observaron que se preparaban para combatir, la expectación llegó al máximo, como las apuestas que apresuradamente empezaron a cruzarse.

Aquel fue el primer combate a muerte entre mujeres celebrado en el sur de Iberia.

ooOOoo

Ambos hombres, bien escoltados, recorrían lentamente las calles de Gádir, sin prestar atención al bullicio que los rodeaba.

El rechoncho Attenes caminaba cabizbajo y pensativo.

—Es desconcertante —dijo sin levantar la vista del suelo—. No niego, como tú bien sabes, que me resulta mucho más fascinante contemplar una lucha entre mujeres que entre hombres, pero ver correr su sangre, su agonía… Reconozco que me ha impactado.

—Pues ya puedes ir acostumbrándote —contestó su amigo Culcas, pasándole un brazo por sus anchos y ya ligeramente caídos

hombros—. Según me han dicho, estas luchas están muy de moda en Cartago, y cuando allí hay algo nuevo o que mueve mucha plata, no tarda en llegar aquí. Por cierto, ¿has visto cómo estaba la palestra? No faltaba nadie importante. Y se ha apostado fuerte…

—Sí, pero…

—Ya, ver cómo destripan a una joven hembra no te gusta. Sobre todo si es de las tuyas, ¿verdad? Ja, ja, ja. A mí tampoco, te lo aseguro, pero eso es parte de su atractivo. Los combates entre hombres están bien, pero… ¡Comparado con esto…! —exclamó mientras sus ojos brillaban de entusiasmo—. Y no será algo pasajero, créeme, le auguro un gran futuro…, como a mi fortuna. Además, cada vez hay más mujeres en las gradas del estadio y en las palestras de los amigos cuando luchan los guerreros. Ya casi nos superan.

—Eso es verdad, y no me extraña, menudos ejemplares…

—Verás como esto ya no les interesa tanto —aseguró Culcas sonriendo ladinamente—. Son ya muy pocas las que vienen para verlas "luchar de mentira", pero a presenciar cómo se matan… A eso no vendrá ninguna.

—Yo no estaría tan seguro.

—Bueno, no te niego que alguna disfrute viendo cómo sus congéneres se abren en canal, pero…

Attenes seguía con la cabeza gacha.

—No sé, amigo. Adiestrar a alguien durante tanto tiempo para… Si ellos mueren…, mal está, pero no me turba tanto como perderlas a ellas. No —agregó alzando por fin la vista y negando enérgicamente con la cabeza—, creo que nunca obligaré a mis chicas a participar en estas carnicerías. Las tengo demasiado cariño para ver cómo revientan.

—Ja, ja, ja. Cariño, ¿eh? Sí, yo también les tengo mucho cariño a las mías. Ja, ja, ja —Culcas acompañó sus palabras con un fuerte palmetazo en la ancha espalda de su amigo, que no pudo menos que sonreír también—. Pero para eso ya tengo a otras más tiernas y obedientes. A mí, para lo que me sirve mi campeona es para reírme durante un rato de mis amigos y hacerme con su bolsa. Follarlas las estropea, les roba vigor y fiereza...

—Eso lo dices tú —objetó Attenes de inmediato—. Mira a Unia, me entretengo con ella siempre que quiero, y no hay quien la gane en la arena. ¿Qué tienes que decir?

—Diré que esa chica es especial, o eres el mayor mentiroso de toda Turdetania.

—¿Mentiroso? —repuso Attenes parándose en seco y encarándose con su amigo—. Hoy pienso divertirme con ella. Si no te lo crees, te invito a verlo.

—No, gracias —repuso el poderoso minero sin parar de reír—. ¡Vaya espectáculo! El viejo seboso y la potra salvaje…

En ese momento, un velo de nostalgia envolvió la mirada de Culcas. Ambos se habían corrido antaño memorables juergas que se prolongaban durante días, añoradas juergas que ya no podrían repetir.

Antes de continuar, profirió un profundo suspiro:

—¡Pobre chica! No sé cómo es capaz de concentrarse en la lucha sabiendo el "premio" que la espera después.

—Pues lucha…, y vence —repuso Attenes, siguiéndole la broma —. A lo mejor es por la "energía" que le…, meto. Quizás deberías follarte a tus luchadoras, o, mejor aún, dejármelas a mí. Puede que así alguna vez ganen.

—No me convences —repuso Culcas—. Para follar tengo otras.

Attenes se detuvo y se encaró con el enjuto minero.

—Amigo, para esas cosas no es lo mismo una "guerrera" que una esclava, te lo digo yo.

—¡Bah! ¡Tenías que ver a mis esclavas! Son jóvenes y, si se lo mando, pueden ser también muy briosas. No veo la diferencia.

—Si no la ves, lo siento por ti.

ooOOoo

En la pequeña palestra a cielo abierto que Attenes había construido en su mansión, varias muchachas, equipadas con armas de madera, se enfrentaban entre sí. Todas, salvo una, Unia, una joven esbelta y vigorosa, de anchos hombros y piernas ágiles y fibrosas, que cruzaba su espada con un hombre muy corpulento.

La luchadora era de facciones suaves, y tanto su piel como su cabello, que llevaba muy corto, eran oscuros. Tenía los ojos irisados, con predominio de tonos verdosos, y ovalados, lo que le imprimía a su mirada un inquietante toque felino, todo lo cual hacía de ella una mujer ciertamente bella.

—Esta mañana te noto muy impetuosa, pletórica de energía — quien hablaba, sin dejar de moverse ni combatir, era su adiestrador personal, un prestigioso y ya maduro guerrero turdetano que había alcanzado un alto cargo en el ejército y ahora estaba al servicio de la Casa de Attenes.

—Será porque esta mañana me siento muy bien.

—Y eso, ¿a qué se debe?

Unia, por toda contestación, paró con su escudo el golpe del instructor y tomó de nuevo la ofensiva, cargando contra él con una rápida sucesión de palazos.

—Vale, vale, no hace falta que te enfades. Si no es asunto mío, dilo y no preguntaré más.

Era verdad que esa mañana se sentía especialmente bien, lo cual no era raro en ella, y motivos no le faltaban: era la mejor luchadora de Gádir y la niña mimada de la Casa. Todos la miraban con envidia y la trataban con respeto.

Bueno…, con respeto…, no todos.

Muy lejos quedaban ya los recuerdos de su infancia y adolescencia, pasados en las tierras de los conios, pueblo situado al oeste de Turdetania, ¡en los confines del mundo civilizado!, como decía su amo. Hasta allí habían llegado los guerreros turdetanos en busca de botín y de carne fresca para sus opulentos mercados.

Y era precisamente Caikonbe, el hombre con el que ahora cruzaba golpes, el que aquel atardecer de finales del estío mandaba la columna que atacó su poblado y la robó a ella y a otros jóvenes, algunos, como era su caso, apenas salidos de la adolescencia.

Todavía guardaba en su retina la amarga visión de las carretas ocupadas por hombres, mujeres y niños famélicos, sucios y pestilentes, comidos por los piojos, camino del mercado de esclavos, destinados a trabajar sin descanso en las fincas y granjas o a dejarse rápidamente la vida en las múltiples minas turdetanas…

O a luchar en la arena.

Aquellos surcos que las ruedas de los carros trazaban en la dura tierra y que no tardarían en borrarse, le decían que debía olvidar su vida anterior y prepararse para sobrevivir en el nuevo mundo al que la conducían.

En aquel momento no lo sabía, pero dentro de su inmensa desgracia fue de los más afortunados, ya que tuvo la suerte de que Caikonbe y su actual amo fueran muy amigos, y que el jefe guerrero tuviera por costumbre mostrarle a Attenes, antes que a ningún otro, su mercancía. Así fue como ella acabó en aquella Casa, en manos de un buen hombre que se preocupó por convertirla en una codiciada luchadora, evitando que nadie se aprovechara de ella ni la maltratara.

La conia sintió un golpe seco en el muslo izquierdo, que la hizo crispar el semblante y soltar un aullido de dolor.

Enseguida oyó la socarrona voz de Caikonbe regañándola:

—¡Eh, despierta! Dónde quiera que estés, vuelve.

—¡Me has hecho daño! —gruñó la joven, dirigiéndole una mirada furiosa.

—Es que cuando a una le cortan una pierna, suele doler, ¿sabes, jovencita?

El sol caía a plomo y la enconada lucha se reanudó.

ooOOoo

—¡Unia! —llamó Attenes desde lo alto de la descubierta galería

a la que daban sus aposentos privados, situados en el primer piso de la gran mansión.

Nada más llegar a su residencia, el rico comerciante gadirita se había dirigido por la escalera interior a sus estancias privadas.

Después de cerrar la puerta tras de sí, se encaminó hacia el fondo de la amplia y penumbrosa sala, descorrió los cortinajes y salió al amplio porche que, a modo de balconada, daba a la pequeña palestra donde a diario entrenaban sus "guerreras", y, sin más dilación, sin asomarse siquiera un momento a contemplarlas, gritó el nombre de su campeona.

La palestra era un recinto rectangular que se hallaba en el centro de su propiedad, rodeado de un soportal al que daban las pequeñas y sencillas estancias de las luchadoras y los sirvientes, que no disponían mas que de un banco de piedra que les servía de cama y una especie de colchoneta fabricada con hierbas y paja.

Al oír la llamada, Unia supo de inmediato que algo fuera de lo normal había ocurrido esa mañana. Aquella era la primera vez que el amo la reclamaba personalmente, y no a través de alguno de sus siervos. Tampoco el momento era el habitual, antes de la comida, interrumpiendo su adiestramiento.

Mientras la joven conia dejaba caer sus armas a la arena y abandonaba presurosa la palestra, escuchó las sonrisas y cuchicheos de sus compañeras, aunque no les prestó la menor atención. También, cuando apareció por primera vez en aquella Casa y le pusieron un palo en la mano, algunas de ellas se mofaron. Pero ahora era una "reina guerrera" a la que todas envidiaban.

Sin llamar, la joven conia abrió suavemente la puerta de la estancia y, desde el vano, vio a su señor ya completamente desnudo y, como de costumbre, repantigado en su acolchada butaca, aunque en esta ocasión no la miraba, ni la sonreía. Tenía la vista perdida en algún lugar de la extensa campiña que se avistaba a través de las descorridas colgaduras del balcón, por el que la luz entraba a raudales, lo que tampoco era frecuente, ya que a él, para sus encuentros íntimos, le gustaba un ambiente más íntimo y recogido.

Muchas cosas eran distintas ese día.

—Estaba entrenando y estoy sudorosa —advirtió la joven desde la puerta, sin atreverse aún a entrar—. ¿Deseáis que me bañe?

—¿Crees que a éste le importa eso? —repuso él, clavando, ahora sí, en ella sus maliciosos ojillos, al tiempo que empuñaba y agitaba su todavía fláccido pene.

Sin más demora, la luchadora pasó al interior, cerrando la puerta con un gracioso y suave golpe de su pie derecho, y caminó muy lentamente hacia él, dándose tiempo para descalzarse y despojarse de los ligeros lienzos que le cubrían el pecho y la

entrepierna.

Una vez a su lado, el hombre separó las piernas y, cuando sus ojos se encontraron, le sonrió levemente y volvió a sacudirse el miembro.

El amo mandaba y ella obedecía. Las cosas volvían a la normalidad.

Mientras Unia se arrodillaba entre sus rollizos muslos, Attenes descansó la cabeza en el respaldo de la cómoda butaca, cerró los ojos y empezó a hablar:

—Pero, ¿le ha gustado verlo o no? —preguntó la joven, que había estado escuchando con contenida emoción el relato que él hacía del combate a muerte entre dos mujeres que acababa de presenciar.

—No lo sé, sinceramente —repuso el hombre al cabo de un rato.

—Pues si quiere conocer mi opinión —Unia le miraba con una pícara sonrisa en los labios, mientras sostenía en su mano diestra el grueso miembro viril que acababa de extraer de su boca—, yo creo que sí. ¡No hay más que ver lo duro que está! —y al decirlo, lo meneó traviesamente y lo enarboló, mostrando ostentosamente su hinchado y enrojecido glande.

—Eso no es por el combate, es por ti.

—Hágame caso, hoy está distinto…, más…, vigoroso. Me muero por sentirlo dentro.

—Y yo me muero por metértelo. ¡Vamos, prepárate! —ordenó, pleno de excitación.

Unia sonrió.

Se puso en pie y se dirigió muy despacio hacia la mesa de madera que se hallaba en el centro de la estancia. Una vez allí, se detuvo y se giró hacia Attenes, que no tardó en llegar a su lado. Pero no la tocó, esperó a que, como siempre, la muchacha se acuclillara ante él y volviera a engullir su miembro, ensalivándolo a conciencia.

—¡Ya está listo! —dijo Unia, al tiempo que se incorporaba y le miraba a los ojos durante un instante. Después, se dio media vuelta, dobló la cintura hasta apoyar los antebrazos sobre la pulida superficie de la mesa y separó las piernas, ofreciéndose al amo.

“¡Qué hermosura!”, no pudo por menos que pensar el viejo macho al contemplar sus nalgas desnudas.

Al instante, mientras la amplia estancia se llenaba de gruñidos y jadeos que ninguno de los dos trataba de reprimir, las pausadas penetraciones iniciales se convirtieron en rápidas embestidas, y tan profundas que Unia sentía rebotar una y otra vez contra sus ancas los grandes testículos del macho.

Pero los embates no duraron mucho. De pronto, Attenes crispó

los dedos, cual garfios, en torno al fibroso talle de la joven, impulsó la pelvis hacia delante y, entre sordos gruñidos y violentos espasmos, se vació en sus entrañas.

A punto de abandonar la habitación, con la mano ya posada sobre la puerta, la muchacha se giró.

—Me has hecho disfrutar como nunca —y abandonó corriendo la estancia, dejando tras de sí un sutil rastro de semen sobre el entablado.

Attenes se dejó caer de espaldas sobre el camastro. Aquella mujer le tenía hechizado, sabía cómo complacerle y también las palabras que deseaba escuchar en cada momento. No, no iba a renunciar a Unia, a ella no, ni por toda la plata del viejo Argantonio.

"Bueno", reconoció sonriendo perversamente, "por toda su plata…".

¿Sería verdad lo que Unia le había dicho?, se preguntó. Hacía mucho tiempo que no fornicaba antes de comer, y se había sentido tan fuerte…

Entonces, frunció el ceño.

—¿Será el ver morir a aquella muchacha en la arena lo que me ha puesto así? —musitó preocupado.

Cerró los ojos y continuó reflexionando sobre ello.

Al poco, roncaba como un toro satisfecho.

ooOOoo

Cuando la vieron aparecer de nuevo en la arena, con esa peculiar forma de andar que tenía después de haber estado con el amo, los murmullos y las sonrisitas asomaron a los labios de sus compañeras de entrenamiento, gestos de los que ella, con mirada altiva, hizo caso omiso.

Unia no se avergonzaba en absoluto de ser la "yegua del amo", como algunas la llamaban —y no mentían— cuando no podía escucharlas. Todo lo contrario, era un privilegio más de los que su condición de favorita le otorgaba.

"Me tienen envidia. Ya quisieran ellas tener la libertad, la influencia y el respeto de los que yo disfruto en esta Casa, además de la mejor cama, la mejor comida, adiestrador personal… ", se decía, sin perder el aplomo.

Esa gran confianza que le otorgaban su maestría en el combate y el saberse la preferida del amo, no habían hecho de ella un ser despótico y caprichoso que se aprovechara de su posición de privilegio para hostigar, abusar o menospreciar a los demás. No era esa su naturaleza, ni dentro de la palestra, ni fuera, y por ello la mayor parte de sus compañeras y de los siervos de la Casa de

Attenes la respetaban y estimaban.

Ella apreciaba sinceramente a su amo y no le importaba darle placer, era otra forma de pagarle todas sus atenciones. Es verdad que, aunque lo disimulaba, no le gustaba que la poseyera de aquella manera, pero ya se había acostumbrado. Estaba segura de que a él también le gustaría fornicar con su "guerrera" normalmente, pero eso estaba totalmente descartado. Con las luchadoras había mucho oro y plata que ganar, y no se podía correr el riesgo de dejarlas preñadas, y mucho menos si se trataba de una invicta campeona como ella.

La primera vez que pasó por las manos de Attenes, y supo lo que la esperaba, se asustó, aunque no lo suficiente cómo para olvidarse de quien mandaba. No entendía por qué la usaba de aquella forma, pero se sometió. Las mujeres de su pueblo, que ella supiera, no empleaban la boca en sus encuentros sexuales…, y mucho menos el trasero. Luego, por Caikonbe, supo que aquellas eran prácticas que griegos y fenicios habían traído de sus lejanas tierras, situadas en el remoto este, por donde cada día el sol se levantaba.

Y fue también el veterano instructor quien le explicó que, en algunas Casas, las "guerreras" eran intocables, y ni el amo se permitía entretenerse con ellas, porque, según se creía, las mujeres perdían así mucho de su ímpetu y vigor, y de lo que se trataba era de que llegaran al combate lo más enardecidas posible. Pero eso no ocurría en la Casa de Attenes, que tenía su propia opinión al respecto y no se privaba de disfrutar de sus pupilas.

Unia estimaba al amo, pero en sus sueños quien la abrazaba y la poseía era Balkar, el luchador de Attenes, el campeón de Gádir. Únicamente le había visto una vez, ya que los hombres y mujeres que el distinguido turdetano entrenaba para combatir en la arena vivían en haciendas distintas. Aquella tarde sus miradas se cruzaron y, aunque fue tan sólo durante un instante, la luchadora conia lo convirtió desde entonces en su objeto de deseo, en aquel a cuya voluntad se sometía, al que lamía con tanta pasión, el que con tanto ardor y entusiasmo la sodomizaba.

De eso habían pasado muchas lunas, y ni siquiera sabía si Balkar aún vivía. Estaba segura de que sí, porque, de haber muerto, Caikonbe se lo habría dicho, ya que ella le había preguntado varias veces acerca de sus luchas y triunfos, como si se tratara de la natural curiosidad que surge entre luchadores que defienden el prestigio de la misma Casa.

"¡Balkar vive, y sigue siendo el mejor! ¡Como yo!".

# CAPÍTULO 18

**Año 477 a. C.**
**Principios de junio.**
**Turdetania. Sur de Iberia.**
**Ciudad de Gádir.**

Habían transcurrido dos lunas desde que tuviera lugar aquel insólito combate y las premoniciones de Culcas se habían cumplido: tanto las luchas a muerte entre mujeres como su patrimonio estaban en auge.

Durante ese tiempo, también en la Casa de Attenes se habían producido cambios importantes.

El rico productor de garos, presionado por sus amigos y por su propio hijo, y también por los rumores que ya circulaban por los corredores y sótanos de la mansión, había cedido y consentido, finalmente, que sus "guerreras" tomaran parte en aquellas carnicerías, aunque con una importante diferencia respecto a los demás propietarios, ya que lo hicieron por propia voluntad. él no las obligó. No quería decidir sobre la vida o la muerte de nadie, y aún menos de unas muchachas a las que había visto crecer.

Una mañana, reunió a su pequeño ejército en la palestra y, tras dejar bien claro que aquello no era algo que le entusiasmara, preguntó a sus integrantes si alguna estaría dispuesta a luchar a muerte en la arena, al igual quer ocurría con los hombres. Y su sorpresa fue mayúscula cuando todas dieron un resuelto paso al frente.

De esta manera, Attenes irrumpió en aquel sórdido y brutal, provechoso y fascinante juego. Y lo hizo con tan mal pie que, transcurrida tan sólo media luna, estuvo en un tris de volverse atrás, ya que las dos primeras luchadoras de su Casa no superaron el primer combate: una murió degollada y la otra con una espada atravesando su corazón.

Pero desde entonces la fortuna empezó a sonreírle, y una de sus chicas logró pronto situarse entre las mejores.

Su nueva campeona era una de las "veteranas". Había llegado poco antes que Unia y, al igual que ella, también era producto de una incursión turdetana, en esta ocasión por el este.

No tenía el atractivo físico de la luchadora conia: sus rasgos eran más duros, su estatura menor, sus músculos más desarrollados, su piel más oscura, y negros sus ojos y cabellos, que llevaba recogidos en una gruesa trenza. Pero para el amo Attenes poseía otros "encantos": fiereza, cuerpo pétreo y ansias asesinas. Y también, cómo no, el de haber destripado ya a tres rivales y llevado mucho oro y plata a sus cofres.

Era bastetana y se llamaba Gesela, y siempre había estado a la sombra de Unia. A la sombra de su belleza y de su destreza en la lucha, ya que, invariablemente, cuando Caikonbe las enfrentaba durante los entrenamientos, la conia salía victoriosa.

Pero la situación había cambiado. Después de tres combates a muerte victoriosos, Gesela era, incuestionablemente, el centro de admiración, y con razón, ya que una guerrera de verdad, que lucha con una espada de hierro y se juega la vida en cada enfrentamiento, era digna del máximo respeto. Honor este que perdía en cuanto atravesaba el umbral de los aposentos privados del amo, quien, después de cada victoria, la montaba, entre otras cosas para dejarles bien claro a todos que el único y verdadero campeón de la Casa era él.

Y en la misma medida en que aumentaba la popularidad de Gesela, decaía la de Unia. La lucha con palos, que ella había dominado durante mucho tiempo, estaba en franco declive, y apenas se organizaban combates. Ya no interesaban, y los pocos que aún acudían a presenciarlos eran mujeres y gente sin importancia. A ojos de todos, no podía compararse con las nuevas y auténticas guerreras.

Por ello, cada día que pasaba, Unia estaba más triste. Más triste y más rabiosa, porque si no había combatido nunca a muerte no era por cobardía, sino porque Attenes no se lo permitía, y bien sabían los dioses las veces que se lo había suplicado. Todos sabían eso, pero, incluso así, la despreciaban.

Y Gesela no perdía ocasión de recordárselo, paseando su orgullo y su desdeñosa mirada ante ella.

—¡Serás idiota! —mascullaba Unia cuando su compañera y rival se pavoneaba de esa manera—. ¿No te das cuenta de que si el amo te deja luchar en esos desafíos es porque no le importa si vives o mueres?

Toda esta furia y angustia la consumían y no la dejaban descansar, pero cuanto más empeño ponía en olvidarlo, más se incrustaba en su alma. Sentía cómo su mundo se venía abajo y se constreñía a su alrededor de tal modo que, a veces, hasta el aire para respirar parecía faltarle. Y en su obcecación, Gesela aparecía como la única causante de su desgracia. La odiaba tanto y era tal su deseo de vencerla, de humillarla, que se ofuscaba y, últimamente, cuando se enfrentaban ante la perspicaz y crítica mirada de Caikonbe, y a veces también de Attenes, la pequeña luchadora siempre vencía.

En los últimos días, todos en la Casa, Unia incluída, habían estado dedicados en cuerpo y alma a la recia bastetana, a su atención, descanso y preparación.

Culcas y Attenes, los principales promotores de espectáculos de luchas de Gádir, se habían desafiado, y el combate pactado entre sus respectivas campeonas había desatado una expectación inusitada.

ooOOoo

La mañana era luminosa, como lo eran la mayoría en aquellas cálidas tierras, y el anfiteatro se había quedado pequeño para acoger a la muchedumbre que, ávida y curiosa, acudía a presenciar el mayor desafío a muerte entre mujeres jamás visto en Iberia, y no sólo por la fama de las guerreras que iban a luchar, sino porque, como todos sabían, las dos Casas más poderosas de Gádir iban a dirimir en aquel enfrentamiento su preeminencia.

Siguiendo la tradición iniciada con el primer combate a muerte organizado hacía apenas tres lunas, tan gran acontecimiento se celebraría por la mañana, cuando el sol estuviera en su apogeo.

Muy pocos recordaban un suceso que hubiera levantado tanto interés y expectación entre los habitantes de Gádir. Desde el momento en que se abrieron las puertas del recinto, una multitud enardecida corrió a ocupar los mejores sitios, los más próximos a la arena, los que garantizaban una más cercana visión de la sangre y de la muerte. La agitación y el griterío eran enloquecedores.

Culcas, sentado cómodamente en la tribuna, contempló durante un rato, ufano y divertido, el bochornoso espectáculo de insultos, empujones y peleas que ofrecía la muchedumbre.

Sonriendo desdeñosamente se volvió hacia su amigo y rival.

—Si no empieza pronto el combate, van a matarse.

—Pues adelante, da la orden.

En cuanto el vibrante sonido de las trompas recorrió las gradas del estadio, cesó el tumulto. Todas las miradas confluyeron en la arena, y los corazones se aceleraron.

Pero la expectante calma duró poco, exactamente lo que tardaron en abrirse las llamadas “gloriosas puertas” y salir por ellas los protagonistas. Entonces, de nuevo, el clamor del gentío se elevó a los cielos para recibir y acompañar a las dos renombradas guerreras hasta el centro del anfiteatro.

Fieras y hermosas, ambas caminaban descalzas tras el barbado oficiante, vestidas, a usanza propia de este tipo de espectáculos, únicamente con una fina braga negra y una estrecha cinta de tela del mismo color que les ceñía el pecho. Espada y escudo completaban su atuendo. Cerraba el pequeño cortejo un corpulento y muy ornamentado presentador.

Al llegar al centro del estadio, las combatientes se separaron unos pasos y tomaron posiciones una frente a la otra. Cuando se

hizo de nuevo el silencio en la gradería, el sacerdote elevó sus invocaciones a los dioses turdetanos de la guerra, dando así comienzo al breve ritual que acompañaba estas luchas, en las que la muerte estaba siempre presente.

Finalizado la sagrada ceremonia, y en el mismo instante en que el oficiante desapareció de la escena, la multitud estalló en gritos que parecieron sacudir los mismos cimientos del anfiteatro.

—¡Por la casa de Attenes…! —la voz del presentador sonó tan potente que acalló todas las demás—, ¡Gesela, vencedora en…, tres combates!

La joven guerrera bastetana, con el rostro crispado en una mueca feroz, dio un paso al frente, al tiempo que emitía un intimidante rugido de guerra y elevaba sus armas al cielo, buscando el ánimo y el aplauso de los espectadores. Pero lo que recibió fue un ruidoso y casi unánime abucheo, mientras una irónica sonrisa asomaba a los labios de su rival.

—¡Por la casa de Culcas…! ¡Socede, vencedora en…, cuatro combates!

Ahora sí, el rugido del público fue atronador, y ya no cesó hasta que bramó el cuerno de batalla y la lucha dio comienzo.

Los primeros momentos fueron de tanteo. Ambas, con los ojos clavados en su adversaria, empezaron a moverse lentamente, en círculos cada vez más reducidos, sin perderse nunca la cara, amagando de cuando en cuando algún ataque.

La guerrera de Culcas le sacaba a Gesela más de una cabeza, pero eso no asustaba a la pequeña y maciza bastetana, porque tampoco en la Casa de Attenes podía mirar desde arriba a ninguna de sus compañeras de entrenamiento. De modo que esa adversa circunstancia no la afectaba en absoluto.

De pronto, la fina arena que cubría el suelo del estadio empezó a saltar y a compactarse, a agitarse y a temblar bajo los desnudos pies de las luchadoras, anunciando a la vociferante multitud que el tiempo de las miradas había terminado.

Los heraldos de la muerte irrumpían en escena.

Los golpes de una y otra se sucedían ahora sin descanso, y el entrechocar de las espadas resonaba seco y siniestro en los oídos de la muchedumbre que, desde un principio, se había decantado claramente a favor de la guerrera de Culcas, a la que jaleaba continuamente, celebrando con fuertes gritos cada una de sus acometidas, lo cual no era ninguna sorpresa, ya que era de sobra sabido que el “adusto minero” pagaba para que se apoyara a sus combatientes.

Ninguna rehuía la lucha, pero era la corpulenta Socede, por su mayor envergadura, la que llevaba la iniciativa y descargaba sus

golpes con mayor frecuencia, aunque Gesela, más ágil y explosiva, se defendía bien, parando o esquivando los ataques, y contraatacando, aunque pocas veces con verdadero peligro.

En una de esas acometidas, al alzar la espada para parar un ataque, el brazo de Gesela se llevó por delante el ligero lienzo que cubría su pecho, levantando los gritos y las risas de los espectadores, que llegaron al paroxismo cuando su rival, en un gesto insólito y retador, la imitó.

Los promotores del desafío ocupaban el lugar preferente del estadio, la tribuna central. Ambos contemplaban impasibles y circunspectos el desarrollo del combate, sin siquiera dirigirse la palabra, pero mientras Attenes fijaba su atención únicamente en lo que sucedía en la arena, a Culcas se le veía más tenso, echando continuas miradas hacia los bancales del hemiciclo, como buscando en ellos señales de gratitud y reconocimiento por el espectáculo que les estaba regalando.

Al cabo de un rato de enconada lucha, de masticar polvo y de intercambiar golpes bajo un sol implacable, se produjo un cambio en el escenario, pero tan sutil que, al principio, a casi todos pasó desapercibido. Los golpes de Socede eran ligeramente menos potentes; sus acometidas, gradualmente más espaciadas; sus jadeos, levemente más audibles, y su sudor, más profuso.

Quien primero se apercibió de ello fue la sagaz bastetana, que presentaba una sangrante herida en su pierna izquierda, un palmo por encima de la rodilla, fruto de un feroz ataque de su oponente que, tras derribarla, hubiese puesto fin a su vida de no ser porque, rodando velocísimamente sobre sí misma, consiguió ponerse fuera del alcance de su espada y recuperar la verticalidad.

Ahora era ella quien llevaba la iniciativa y atacaba una y otra vez, sin conceder un instante de respiro a su rival, atosigándola, exasperándola, agotándola. Eso sabía hacerlo muy bien.

La muerte rondaba la arena, y llegó cuando, tras desbaratar, escudo en alto, un desesperado, pero demasiado lento ataque de Socede, la hábil guerrera de la Casa de Attenes, saltó rauda hacia delante y descargó su espada sobre el brazo armado de su oponente, cercenándoselo a la altura del codo.

Mientras el tiempo parecía detenerse, y las gradas del estadio quedaban sumidas en el más absoluto silencio, la seccionado extremidad, que aún asía en su mano la espada, volaba siniestramente por el aire, lanzando chorros de sangre en todas direcciones, ante la mirada atónita de los espectadores, que lo seguían ensimismados, como en uno de esos sueños en los que todo adquiere un ritmo pausado.

Gesela no se dio prisa en matarla. Quería disfrutar de su gloriosa

victoria.

Mientras contemplaba como su rival trataba inútilmente de contener el torrente de sangre que manaba de la herida, una inmensa sensación de felicidad inundó su alma. Lentamente, se acercó a su víctima. Sus gritos de dolor, sus ojos despavoridos, sus lágrimas…, le daban a ella la vida.

—Ya estamos empatadas —le dijo sonriente, mientras alzaba la espada para asestarla el golpe mortal—. Cuatro victorias cada una.

En la tribuna, lejos de mostrar abatimiento ante la muerte de su pupila, el semblante de Culcas reflejaba una digna indiferencia.

A la mañana siguiente, su hijo, con semblante hosco, embarcaba en una robusta y panzuda nave fenicia de recia quilla y partía del puerto de Gádir con rumbo desconocido.

ooOOoo

En la casa de Attenes todo eran sonrisas y felicitaciones. Una de sus luchadoras había logrado la mayor victoria alcanzada nunca por una mujer en la arena turdetana, y el amo se sentía feliz, porque, además del enorme prestigio ganado, ese triunfo había reportado a sus arcas una verdadera fortuna, suficiente para costear la construcción de una pequeña flota de navíos mercantes.

Asomado a la balconada de sus aposentos privados, con las manos apoyadas en la balaustrada de piedra, el gran comerciante llevaba un rato observando con suma satisfacción lo que ocurría en la palestra. En ese momento no se oía el entrechocar de las armas, ni corría el sudor por los cuerpos de sus luchadoras. Tampoco la arena crujía, ni el polvo se expandía alrededor. El único sonido que se escuchaba era el acostumbrado de toda comilona.

—Se lo merecen —murmuró sonriente.

Bajo un entoldado que les protegía de los sofocantes rigores propios de los estíos del sur de Iberia, sus casi dos decenas de guerreros, sentados a una larga mesa, a cuya cabecera se hallaba un complaciente y ufano Caikonbe, disfrutaban de un opíparo banquete.

Era la primera vez que los reunía a todos. Attenes no los veía como esclavos, sino como parte de la familia. Su aprecio por todos ellos era sincero. Luchaban para su mayor gloria y fortuna, y él los mimaba.

A diferencia de otros potentados gadiritas dedicados también al “bárbaro espectáculo de muertes y apuestas”, como lo definía su mujer, a él siempre le asaltaban dudas y remordimientos cada vez que veía morir a alguno de sus luchadores, y se le pasaba por la cabeza abandonar esas diversiones y regalarles la libertad.

—O, mejor aún —se decía, y reía para sí por la absurda

ocurrencia—, podría utilizarlos para criar una “raza superior de guerreros”. Seguro que les encantaría la idea. ¡Menudos ejemplares pariría Gesela, si Balkar la fecundara! ¿Qué no estaría dispuesto a pagar Culcas, o cualquier otro, turdetano, griego o fenicio, por entrenar a semejante cachorro?

¡Con los animales funcionaba! Un buen semental valía su peso en oro, pero si, además, la yegua que le ponían era también de categoría, el precio del potro subiría como la espuma. Un parto por temporada, y diez parejas todo el día dale que te pego…

Cerró los ojos y se imaginó la escena: sus guerreros, en lugar de con espadas, atacando a las guerreras con sus enhiestos apéndices.

La risotada que resonó en la balconada provocó un repentino silencio y las miradas de curiosidad de los singulares comensales.

—Seguid, seguid —ordenó de inmediato Attenes desde lo alto, tratando de contenerse.

A la hembra campeona sólo la montaría Balkar, y a las otras…, daba igual, cualquiera. Así ninguno se aburriría.

Se estaba poniendo cachondo.

Abandonó la terraza y se dirigió hacia la puerta, la abrió y ordenó al sirviente que la guardaba que trajera a Unia.

La joven conia, cuya jerarquía en la Casa no paraba de descender, al igual que su autoestima, no se hallaba entre los invitados a la fiesta, porque ésta era sólo para guerreros.

Las peleas de mujeres de antaño, sin sangre ni muertes, apenas levantaban ya interés y casi nadie apostaba en ellas. De manera que la gran campeona de antaño ya era más famosa por su “destreza” durante las sesiones con Attenes que por sus cada vez más esporádicas apariciones en la palestra, aunque siguieran contándose por victorias.

Ya no había miradas de respeto, ni murmullos de admiración, ni silencios cuando ella aparecía. Todo eso se había terminado hacía tiempo. Ahora, sólo sentía indiferencia y desdén alrededor. Para las demás guerreras era una privilegiada y una cobarde, mientras que para el resto de la servidumbre había otras personas más importantes a las que arrimarse.

El afecto y la pasión que sentía el amo por ella habían acabado por destruirla.

Y fue precisamente esa misma tarde, mientras oía a los guerreros de la Casa disfrutar de un día de holganza y homenaje, cuando supo claramente que sus momentos de gloria habían finalizado para siempre y cuál sería desde entonces su único cometido.

Lo averiguó cuando un muy sonriente Attenes se repantingó en la butaca y, tras hacerla sentar a horcajadas sobre su abultada entrepierna, la penetró, por primera vez, por la vagina, desgarrando

su intacto himen y echando en ella su simiente.

Ya no lucharía más.

ooOOoo

Pero en la mente del próspero comerciante gadirita no todo eran fantasías. Desde hacía algún tiempo, un sensato proyecto le rondaba por la cabeza.

La principal fuente de ingresos con que contaba Attenes provenía del pescado, concretamente de la fabricación de salazones y del cada vez más demandado garos. El negocio no paraba de crecer, pero los grandes mercados estaban lejos y sólo podía llegarse a ellos por mar, de modo que eran los armadores fenicios y griegos los que más se enriquecían con el comercio, transportando y vendiendo en aquellos remotos puertos los productos que otros, como él, elaboraban.

Las anchas vasijas que, cargadas con sus mercancías, desembarcaban en los principales emporios levantados a lo largo de las rutas comerciales que recorrían el gran mar, eran sustituidas en los viajes de vuelta por otras con aceite, vino, perfumes…, o por fardos de telas, fina cerámica…, de tal modo que las arcas de estos hábiles y arriesgados marinos rebosaban de plata y oro.

El mar era peligroso, imponía sus reglas, y no pocas naves naufragaban a causa de las tormentas —entre otoño e invierno muy pocos osaban navegar por él— o eran asaltadas por piratas. Y aun cuando esto no ocurriera, las distancias eran largas y las embarcaciones dependían del viento para alcanzar sus destinos, de modo que los viajes podían alargarse varias lunas. Además, todos sabían que las singladuras nocturnas no eran del agrado de los dioses del mar y durante ese tiempo de oscuridad los barcos debían permanecer al pairo, empleando vasijas perforadas colgadas de sus cascos para alumbrarse y mostrar su posición.

Así pues, llevaba tiempo pensando en ampliar su negocio, en hacerse naviero y navegante, y prescindir de intermediarios. Y quizás había llegado el momento de ponerlo en práctica. La familia prosperaba, sus guerreros vencían en la arena y la última apuesta le había reportado una fortuna. Parecía como si los dioses le animaran a emprender la aventura.

Su vieja nave griega, con su elegante mascarón de proa, que llevaba bellamente pintados los “ojos que todo lo ven”, garantes de una buena travesía, estaba aún en perfecto uso. Seguía siendo ligera y maniobrable, al menos eso decía su piloto, experto por edad más que por los viajes realizados, ya que, desde que estaba a su servicio, su pilotaje se limitaba a singladuras de recreo, las menos, y comerciales, a las factorías más próximas: Baessipo, Malaca, Sexi y

Abdera.

La idea que venía estudiando era la de dirigirse, primero, hacia el este, y después, sin perder nunca de vista la costa, poner rumbo norte, recorriendo los litorales bastetano, contestano y edetano, hasta llegar a Arse, su primer destino importante. A continuación, proseguiría hacia las grandes factorías griegas de Emporión y Massalia, y desde allí, costeando Liguria y Etruria, llegar hasta las antiguas polis griegas del sur de aquella apartada península.

Esta ruta, plagada de colonias griegas, no era la seguida por su transportista fenicio, cuyos destinos eran todavía más lejanos, asentados fundamentalmente en el litoral africano y en las tierras donde nacía el sol.

Attenes era consciente de que tenía un arduo trabajo por delante, ya que en cada puerto importante donde fondeara tendría que dar a conocer sus productos y negociar acuerdos con los principales comerciantes locales, pero estaba acostumbrado a tratar con griegos y fenicios, y se manejaba bastante bien en esas lenguas, de manera que esperaba no tener problemas de comunicación y entendimiento. La probada calidad de sus salsas y salazones harían el resto.

Una vez que su piloto hubiera trazado el rumbo de la primera navegación, sus barcos podrían después seguirlo sin problemas. Y si el asunto fuese bien, establecería representantes en cada puerto, para que velaran por sus intereses. Y si el negocio mejorara, ampliaría su flota y llegaría aún más lejos, hasta donde nadie lo había hecho todavía. Y si…

Attenes estaba ilusionadísimo. Se sentía exultante y con ganas de pelea, como en los viejos tiempos, cuando recorría en burro o en carro los principales asentamientos turdetanos para ofrecer su mercancía.

Para el largo viaje, además de con su piloto y la marinería, se haría acompañar de Caikonbe y de todos sus guerreros, Balkar incluido. Nunca había sido un imprudente y ahora, con la edad, lo era aún menos. El viaje sería largo, muy valiosa la carga que transportaba y completamente desconocidas las tierras que recorrería. Y él iría preparado.

Una soleada mañana de principios del estío, tras ofrecer un generoso sacrificio a los dioses del mar, para calmar las aguas, y del destino, para que bendijeran los futuros acuerdos, con suave e invariable viento del suroeste, el animoso comerciante turdetano partió hacia su sueño.

Al abandonar la bahía de Gádir, un gauloi fenicio arriaba su enorme vela rectangular preparándose para entrar en el puerto. Su casco, embadurnado y protegido con estopa recubierta de brea,

junto con su forma panzuda, daba a esas “naves negras”, como las llamaban los griegos, su aspecto característico y distintivo.

Attenes dirigió hacia ella su mirada y, en pie sobre su bulliciosa cubierta, le pareció distinguir la inmóvil figura del hijo de Culcas.

ooOOoo

Indo, el unigénito de Attenes, era un joven que bajo su apariencia fría e indolente escondía un espíritu amargado y acomplejado.

Pero no siempre había sido así.

Hubo un tiempo en que estuvo vivamente interesado en los negocios de la familia y se esforzaba por aprender sus manejos y secretos. Quería ayudar a su padre, serle útil, que se sintiera orgulloso de él. Pero sólo consiguió llevarse un chasco tras otro, hasta que finalmente desistió.

La principal enseñanza que obtuvo de aquella frustrante experiencia fue que su padre lo dirigía y controlaba todo, desde los grandes contratos hasta el último pez que se sacaba del mar, y que no sólo no le necesitaba, sino que hasta su mera presencia le molestaba, sentimiento este que, además, no se preocupaba de ocultar, antes al contario: cuando la respuesta no era de su gusto, exteriorizaba su desdén siguiendo invariablemente el mismo ritual: le miraba de arriba abajo, sonreía amargamente y se marchaba, murmurando y cabeceando a un lado y otro, dejándole con la sensación de ser el mayor idiota bajo el cielo.

Era exasperante, pero Indo, empeñado en demostrar su valía, no se desalentaba, y tanto insistió que, por fin, un día consiguió que su progenitor delegara en él un asunto de la máxima importancia: nada menos que la compra de sal de la temporada.

—Dame exactamente la misma plata que acostumbras a gastar en ella —le dijo a su padre, entusiasmado al tener por fin la ocasión de probarle que se podía confiar en él—, ni un fragmento más, y yo te traeré la sal, la mejor sal que hayas visto nunca…, y a mejor precio.

Su padre no preguntó. Le dio la plata y le dejó ir. Sabía lo que arriesgaba, es más, estaba seguro de que fracasaría, pero hasta valdría la pena si conseguía que su hijo dejara de importunarle.

Sería el primer negocio de Indo, de modo que, para sentirse más seguro y arropado, varios de sus amigos le acompañaron. Precisamente uno de ellos era quien le había proporcionado la clave para el éxito de la misión y de su boyante futuro, ya que conocía a un vendedor que ofrecía producto de la mejor calidad a un precio inigualable.

—¿La misma sal? —le preguntaba cada poco tiempo al garante

de su gran triunfo.

—La misma, no, Indo. ¡Mejor! —le respondía el otro, sonriente.

En cuanto llegaron a la desembocadura del Betis, él y su amigo fueron a ver al tratante para confirmar el acuerdo y el precio del cargamento.

Todo estaba en orden.

Al día siguiente se hizo la transacción. Indo vio la montaña de sal y comprobó que era de muy buena calidad, y en su presencia, y de manera concienzuda, fueron llenados, apilados y pesados los sacos que después serían cargados en los carromatos.

Pero el calor y la sed apretaban, los peones sudaban a chorros y el profuso polvillo que se levantaba al manipular la sal se les pegaba a los ojos y a la garganta, de modo que, finalmente, el dueño de la salina y sus clientes acabaron bajo un sombreado porche, refrescando sus resecos gaznates con un dulce vino.

Cuando los carros estuvieron cargados, los jóvenes gadiritas, muy satisfechos, tomaron el camino de regreso, felicitándose por el éxito obtenido y por lo bien que lo habían pasado, y haciendo proyectos para el siguiente negocio.

Pero no hubo más.

Indo hablaba y hablaba, tratando de justificarse, jurando que había comprobado la mercancía y visto cómo la preparaban para el transporte.

—Pero esta sal no es la que viste.

Su padre le miraba fijamente, pero no parecía enfadado. Su hablar era pausado y su semblante…, hasta ligeramente risueño. El joven hubiera preferido que le gritara, que le insultara, que le pegara, incluso. Cualquier cosa menos aquella actitud que hundía su alma en un insondable pozo de rabia y fracaso.

—¡Volveré y le ajustaré las cuentas a ese rufián! —exclamó Indo iracundo.

—¡Tú no harás nada. Ya has hecho bastante! —fue la seca respuesta que recibió.

—Pero nos ha engañado, se ha reído de nosotros y…

—No, de nosotros no.

—Pero… ¿Vas a dejar que te robe? ¿Que se salga con la suya?

—No acostumbro a castigar a nadie por hacer bien su trabajo.

Y dicho esto, le miró de arriba abajo, sonrió amargamente y se dio media vuelta, alejándose entre murmullos y resignados cabeceos.

Eso había pasado hacía dos primaveras, y ni su padre ni él lo habían olvidado. Attenes, porque jamás volvió a encargarle nunca nada relacionado con los asuntos de la familia, y él, porque se había jurado que algún día arrancaría esa espina que llevaba clavada en

su amor propio, y recuperaría la confianza de su padre.

Y nunca había estado su deseo tan próximo a cumplirse.

Por amigos, había llegado a sus oídos que Culcas rabiaba por la derrota de su luchadora Socede, y contaba los días que faltaban para que su padre regresara y le concediera el desquite.

Indo sabía que se jugaba mucho en aquel envite, que una victoria le resarciría de todo el desprecio paterno que llevaba acumulado su espíritu, pero que una derrota le abocaría al desastre, acaso a un destierro de por vida. Por eso, antes de dar el paso, acudió a su madre en busca de consejo, bendición o, simplemente, silencio.

"Que ella conozca mis planes y no los prohíba tajantemente", pensaba, "será lo único que me salve si las cosas salen mal".

Pero eso no ocurriría. Él conocía muy bien a todas las luchadoras de Culcas, y ninguna podía hacerle sombra a Gesela.

Y, tal y como esperaba, su madre no le prestó apenas atención. Estaba demasiado ocupada con los preparativos de un inminente viaje a la hacienda de una amiga, y tenía mucho que organizar. De modo que, una vez que se percató de que su hijo había terminado de hablar, fingió ponerse seria y, sin mucho entusiasmo, le sermoneó, con los argumentos de siempre, por dedicarse a "ese perverso negocio", renegó contra su padre por no enseñarle más que maldades y vicios, y le despachó con un rápido roce de labios, que no llegó a beso, y una insensible sonrisa.

Logrado el "consentimiento", Indo entró en estado de euforia. La ocasión de ganar una gran fortuna y de recuperar el respeto y la consideración de su padre, así como la popularidad entre sus amigos, le tenían excitadísimo.

Todo estaba a su favor, hasta los dioses parecían haberse implicado en su causa, alejando a su padre y a Caikonbe para dejarle expedito el camino hacia el éxito.

ooOOoo

—Prefiero esperar el regreso de Attenes —le había dicho el ladino Culcas el día en que acudió a su villa para formalizar el reto —. La apuesta es muy alta y no sé si él la aprobaría.

—Ya sabes que mi padre partió para un largo viaje —repuso él, en tono un tanto desabrido, aunque sin perder la compostura—, y en su ausencia, yo represento los intereses de la Casa de Attenes.

—No lo dudo, pero…, es la mayor apuesta que se haya hecho nunca…, y además a combate doble… Creo que deberías pensarlo, Indo. Yo puedo esperar.

"Pero yo no", pensó el joven.

—Entiendo tu preocupación —prosiguió, viendo que los reparos

del magnate minero podían dar al traste con sus planes—, eso demuestra la buena amistad que os une. Pero quiero que sepas una cosa, antes de venir a verte consulté el asunto con mi madre —Culcas alzó las cejas y asintió con la cabeza en señal de aprobación —. Seguro que eso te tranquiliza.

—Lo has adivinado —confirmó sonriente, y prosiguió de inmediato—. Siendo así, sólo queda acordar el lugar y el día. Por cierto, ¿Gesela está ya recuperada de su herida?

—¿Cómo sabes que Gesela será una de mis luchadoras? —preguntó a su vez Indo con gesto malicioso.

—¡Aaaaahhhh, bribón! —exclamó el enjuto comerciante, al tiempo que su rostro reflejaba un cómico gesto de sorpresa—. Ja, ja, ja. ¡Condenado joven! ¡Eres más listo de lo que cree tu padre!

Cuando ambos dejaron de reír, el veterano potentado tomó de nuevo la palabra:

—La propuesta, pues, queda así: lucharán dos guerreras por Casa; la apuesta será exactamente el doble de la que el "fullero" de tu padre me ganó en nuestro último desafío; el combate será aquí, en mi palestra, ante nosotros, los respectivos testigos y el magistrado que bendiga el trato y asegure el pago; y el día…, eso te lo dejo a ti.

—El que desees. Por mí, mañana mismo —contestó fanfarrón, conteniendo a duras penas la excitación que le embargaba.

—¡Pues que sea mañana! —aceptó Culcas flemático, aunque su entusiasmo, al ver a Indo atrapado en sus redes y tan próximo el momento del desquite, era aún mayor que el del incauto joven.

# CAPÍTULO 19

**Año 477 a. C.**
**Últimos días de junio.**
**Turdetania. Sur de Iberia.**
**Ciudad de Gádir.**

Cuando Unia supo que volvería a combatir, y que por primera vez lo haría a muerte, se quedó estupefacta. Tan pronto temblaba de miedo como saltaba de alegría, hablaba profusamente o enmudecía durante largo rato, lloraba de emoción o reía de felicidad.

Y eso que el combate no estaba aún ni apalabrado.

Indo había llegado esa noche entusiasmado, harto de vino y bailándole los ojos, y, a pesar de que ya casi todos en la casa dormían, ordenó que las llamaran de inmediato para anunciarles su intención de organizar un combate contra la Casa de Culcas, un doble combate en el que ella y Gesela serían sus guerreras. Todavía tenía que hablar con su madre para solicitarle autorización, pero no esperaba tener problemas, y ya sólo faltaría lograr el acuerdo con el viejo minero, que, o mucho se equivocaba, o aceptaría complacidísimo el desafío.

—Será un gran combate, el más importante de vuestras vidas. ¡Me lo juego todo! —confesó, ensombreciendo de pronto el semblante—. Por eso tenéis que empezar a entrenar duro, muy duro —les advirtió el joven amo—, sobre todo tú, Unia, que llevas mucho tiempo fuera de la arena.

Ellas se miraban de hito en hito, conteniendo difícilmente los nervios.

—¡Y si vencéis, seréis libres! —añadió con toda solemnidad, antes de dejarlas marchar.

"¡Libres!", murmuraban, mientras caminaban una al lado de la otra hacia la palestra, envuelta en el silencio y en la azulada luz del estrellado cielo.

Al pisar la arena se detuvieron y se miraron a los ojos, e impulsadas por un sentimiento de fraternidad que nunca había existido entre ellas, se tomaron de las manos.

—¡Libres! —repitieron, con los ojos húmedos por la emoción.

Y al poco, el eco del entrechocar de sus espadas se elevó seco y cadencioso hacia la luna, muda y brillante testigo de la esperanza que las embargaba.

ooOOoo

Habían pasado siete días desde que les fue anunciado el combate, siete días de continuo entrenamiento, y Unia volvía a ser

la de antes, la campeona invicta, la joya más preciada y hermosa de la Casa de Attenes.

Volvía a sentirse ágil y fuerte, querida y respetada. Tornaba a ser una guerrera de verdad, y regresaban a ella todas aquellas sensaciones que creía ya enterradas para siempre. Sentía como si un fuerte viento se hubiera llevado todos los nubarrones que envolvían su alma.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz.

Ellas habían sido las primeras en salir a la palestra, situándose, como era preceptivo, cara al palco, desde el que siete hombres las observaban con atención. Culcas permanecía impasible, mientras que a Indo se le notaba nervioso.

Un ruido a sus espaldas atrajo de inmediato las miradas de los espectadores, pero ellas no se inmutaron, ni volvieron la cabeza. Pronto sus dos rivales estuvieron frente a ellas.

Una iba armada de igual manera que sus rivales, con escudo y espada, y su constitución era parecida a la de Gesela, acaso algo más alta y menos musculada, pero tenía la piel y los ojos claros, y su cabello era del color del oro que su amo extraía de las minas.

El aspecto de la otra daba escalofríos.

Era una mujer esbelta, de formas elegantes y músculos suaves, con excepción de sus bíceps, que eran poderosísimos. Su aire y manera de caminar eran los de alguien con gran confianza en sí mismo. El abundante pelo, asombrosamente rizado, lo llevaba recogido en tres abultadas coletas que semejaban un extravagante casco. Sus ojos brillaba como ascuas en el oscuro rostro, la nariz era ancha y achatada, y la boca grande, de labios gruesos.

Si llamativo era su aspecto, la indumentaria y armamento que portaba no lo eran menos. A diferencia de las otras, que lucían sus habituales y exiguos lienzos de tonos oscuros, dos trozos rectangulares de tela rojiza acordonados a su cintura constituían toda su vestimenta.

Empuñaba únicamente dos espadas cortas y llevaba sus antebrazos enfundados en sendos brazales de hierro que los cubrían por completo, desde la muñeca hasta el codo.

Fue la única de las cuatro que, con fría insolencia, no alzó sus armas para cumplimentar a quienes se hallaban en el estrado.

Era una luchadora cartaginesa.

Una luchadora negra.

Durante un rato, las cuatro estuvieron observándose. Todas eran jóvenes y valientes, pero la sentencia del destino sería implacable: en el mejor de los casos, tan sólo dos de ellas saldrían con vida de allí.

Cuando, hechas las presentaciones de rigor, el magistrado dio la

señal que daba inicio al combate, la luchadora cartaginesa tomó de inmediato la iniciativa y, con un estremecedor rugido, se abalanzó sobre Gesela.

Culcas se lo había advertido:

—La más baja de ellas es la más peligrosa. Atácala al principio, cuando tus fuerzas están intactas, porque el enfrentamiento con la otra, aunque la venzas, te debilitará.

Verla pasar ante ella, con la ligereza y gracilidad propias de una bailarina, batiendo las espadas en el aire como si fueran sus alas, fue lo único que Unia pudo percibir de aquella extraña guerrera, porque la otra luchadora, la de piel clara, reclamaba ya toda su atención.

A Unia no le sorprendió la forma tan impetuosa en la que sus rivales comenzaron la pelea, de modo que, sabiendo que de su espalda no tenía que preocuparse, ya que, aun en el caso de que Gesela fuera derrotada y muerta, las normas de esas "batallas" múltiples prohibían a las vencedoras atacar a las adversarias que aún no hubieran finalizado sus enfrentamientos, puso los cinco sentidos en su oponente y, con el corazón desbocado, se dispuso a resistir aquella inicial lluvia de espadazos y a contraatacar a la menor oportunidad.

Su adversaria era muy ágil y se defendía bien, sorteaba todos sus ataques y no eludía el intercambio de golpes, pero, poco a poco, sus precisas acometidas la obligaron a ceder terreno. Aprovechando un descuido, consiguió herirla, aunque superficialmente, en el costado izquierdo.

En otro tiempo, sin duda, la luchadora conia la habría ya vencido, porque una de sus mayores virtudes fue siempre saber dosificarse y atacar cuando el cansancio hacía ya mella en el ánimo y las fuerzas de su oponente. Pero la pelea se había alargado en demasía, y notaba que no disponía de ese adicional soplo de energía que tantos triunfos le otorgó en el pasado.

No dudaba que terminaría venciendo, pero si Gesela no hacía lo propio con la negra, estaría muy justita de fuerzas para el enfrentamiento final.

Mientras retrocedía ordenadamente, desbaratando una nueva y un tanto deslavazada acometida de su contrincante, su talón derecho tropezó con algo. Extrañada, maniobró de forma que, sin perder la cara a la lucha, pudiera ver de qué se trataba.

Y al contemplarlo, se quedó paralizada. La macilenta cabeza de Gesela, sucia de sangre y tierra, la miraba desde el Más Allá a través de unos ojos fríos e inexpresivos.

El impacto fue tan tremendo que, únicamente el sentir la espada de la guerrera de rubia cabellera hundirse en su vientre y atravesar

sus intestinos, la sacó de su estupor.

Con un ahogado gemido, y crispado su rostro en una mueca de infinita pena y sufrimiento, dejó caer sus armas y se abrazó al cuello de su enemiga, clavándose un poco más en el afilado hierro, al tiempo que vomitaba sobre el pálido hombro una espesa bocanada de sangre.

Los ojos de las dos guerreras de la Casa de Attenes volvieron a encontrarse.

Ya eran libres.

ooOOoo

Todos felicitaban al ufano Culcas por su triunfo, menos Indo, que permanecía inmóvil y aturdido en su butaca, tan demacrado que parecía como si tampoco a él le quedara una gota de sangre en el cuerpo.

Su gran sueño se había esfumado.

Tanta era su congoja que se le humedecieron los ojos, y tuvo que parpadear varias veces para absorber las lágrimas que pugnaban por escapar y rodar por sus mejillas.

Absorto, observaba cómo los cadáveres de sus guerreras, arrastrados por los pies, desaparecían por el lúgubre túnel que conducía a las estancias de los esclavos…, y al pudridero.

El hijo de Attenes sentía unos enormes deseos de llorar, de gritar, de escapar de allí, de que aquello no hubiera ocurrido. Tardó todavía un rato en reaccionar, y cuando lo hizo fue para ponerse en pie y abandonar desairado el palco, sin mirar ni despedirse de nadie, aunque ninguno de los presentes se ofendió por ello. La gran fortuna dilapidada por el joven justificaba su descortesía.

—A más de uno conocí yo —explicó el magistrado— que tras perder la apuesta se arrojó por un acantilado. Esperemos que esto no le ocurra al hijo de Attenes.

—Sí, esperemos… —añadió Culcas exultante—, al menos hasta que pague la deuda.

Pero tales temores eran infundados. A Indo, la idea de quitarse la vida no se le pasó por la cabeza en ningún momento. Abandonar Gádir para siempre, sí, pero suicidarse… De eso nada.

Mientras, abrumado por su insensatez, contemplaba cómo dos siervos de la Casa terminaban de subir los sacos repletos de oro y plata al carromato que, con tanta diligencia, le había enviado el minero, la angustia apenas le dejaba respirar: allí iba prácticamente toda la fortuna de la familia.

¡Qué hábil había sido el maldito Culcas, mandando a buscar y manteniendo en secreto la llegada de aquella guerrera cartaginesa!

¡Cómo se estaría ahora riendo de él!

Y no lo pensó más. Allí no podía permanecer. Aprovecharía la ausencia de sus padres, cogería la plata que quedaba y se iría de Gádir. No sabía adónde, pero eso era lo de menos, lo urgente era abandonar la ciudad antes de que su padre regresara.

Al día siguiente, sin avisar ni despedirse de nadie, tomó el mejor caballo de las cuadras y se dirigió hacia el norte.

Lo primero que se le ocurrió fue embarcarse y partir hacia Cartago, o a algún otro emporio aún más lejano, donde nadie le conociera, pero lo desechó: en Gádir todos sabían quien era, y estaba seguro de que si su padre se empeñaba, antes o después averiguaría su destino. Lo que quería era evaporarse como el agua bajo los rayos de sol.

Durante el anterior estío, un joven túrdulo llegado de un importante oppidum llamado Ipolka, había visitado Gádir, invitado por el padre de uno de sus amigos, al que le unía un lejano parentesco. Indo no recordaba su nombre, pero sí su cara, y también que durante el tiempo que permaneció allí hicieron muy buena amistad.

Decidió que Ipolka era el lugar perfecto para exiliarse. A nadie se le ocurriría buscarle allí. El único problema era llegar, y no quería preguntarle a ningún gadirita para no revelar sus planes. De modo que, simplemente, se encomendó a los dioses, a los mismos que acababan de golpearle tan duramente, y, antes de que los primeros rayos del sol iluminaran la hermosa bahía, se puso en camino.

Y esta vez las siempre caprichosas deidades favorecieron sus deseos y, tras dos jornadas de duro e incesante cabalgar, se encontró ante las altas murallas de la principal y más bella ciudad de los túrdulos.

# CAPÍTULO 20

**Año 477 a. C.**

**Mediados de julio.**

**En tierras de los túrdulos - Ciudad de Ipolka.**

Hallar a su amigo en aquella gran urbe, más bulliciosa aún de lo habitual por la presencia de unos extranjeros llegados del lejano norte, no le resultó a Indo nada difícil, sólo tuvo que preguntar por la casa del gobernador para encontrarlo, ya que aquel al que buscaba era su hijo.

Ildutas le acogió con los brazos abiertos y le condujo inmediatamente a su aposento.

—Me he metido en tal embrollo —empezó a contarle Indo, tras saborear con gran deleite la cerveza túrdula que un sirviente acababa de servirles— que la única salida que veo es…, huir —reconoció avergonzado.

—Cuéntame —le animó su amigo con gesto grave, al tiempo que llenaba nuevamente su copa.

Tras exponerle los hechos, el túrdulo quedó largo rato pensativo, con la mirada absorta en el rostro del cabizbajo y apesadumbrado gadirita.

—Sí que es un problema grande —le dijo, palmeándole cariñosamente la espalda—. Pero tranquilízate, amigo, lo que tienes que hacer ahora es descansar. Aquí nadie te molestará. Yo he de irme, tenemos importantes invitados, unos guerreros carpetanos, y…, bueno, volveré en cuanto pueda, y entonces pensaremos cómo proceder.

Pero antes de marchar le hizo una última advertencia:

—¡Y no salgas! Cuanta menos gente sepa que estás aquí, mejor.

Poco antes de despuntar el alba, Ildutas estaba de regreso.

—¡Indo, levanta! —le llamó con voz queda y algo enronquecida por la bebida, al tiempo que sacudía bruscamente sus hombros—. ¡Levanta, por todos los dioses! ¡Has de irte enseguida!

El joven gadirita abrió los ojos sobresaltado, y se incorporó hasta quedar sentando en el camastro. Con los dedos se restregó los legañosos ojos. Miró a su amigo y, a la tenue luz de la luminaria, percibió su rostro encendido y ojeroso, y su acre aliento a vino.

—¡Vamos, espabila! —le incitó nuevamente—. Has de abandonar esta casa y volver a Gádir cuanto antes.

—¿A Gádir? No entiendo. ¿Qué ha pasado?

—Ahora no te lo puedo explicar, pero creo que…, quizás…, el lío en el que estás metido pueda arreglarse.

El corazón de Indo empezó a latir desaforadamente.

—¿Cómo…? —preguntó, alzando tanto la voz que Ildutas se

abalanzó sobre él para taparle la boca con sus manos.

—¡Chssss…! ¡Baja la voz, idiota! No quiero que nadie nos oiga. Es muy importante que no sepan que has estado aquí, así nunca podrán relacionarme contigo.

—Explic…

—¡Indo! —le advirtió con gesto severo—. Haz lo que te digo, y no preguntes. Vuelve a Gádir…, y estate tranquilo. Pronto recibirás noticias mías.

El hijo de Attenes obedeció, agachó la cabeza, se incorporó y recogió sus pertenencias.

—Y, pase lo que pase, no vuelvas por aquí —le dijo—. Confía en mí. Si los dioses me bendicen, muy pronto se habrán resuelto tus problemas.

ooOOoo

Ildutas no había dormido nada esa noche.

El joven hijo del gobernador de Ipolka llevaba dos días cumpliendo primorosamente con el papel que su padre le había asignado durante la visita de aquel héroe carpetano, asistiendo a todos los actos que se venían celebrando en su honor.

¡Y ya estaba harto!

Precisamente, para el día siguiente se había previsto la celebración del acto final, el más solemne, la restitución de la deidad a su nuevo santuario. Pero él y algunos de sus amigos no pensaban asistir. En su sustitución, organizaron una cacería. Y su invitado principal sería nada menos que Stena, la compañera de Ramaro, el aclamado libertador de dioses. Ella también estaba saturada de festejos y comilonas, y necesitaba otro tipo de acción, de modo que su corazón saltó de alegría cuando el amable Ildutas se lo propuso.

A Ramaro no le gustó la ausencia de su compañera en ocasión tan importante, pero Stena no transigió y, aludiendo unas molestias propias de su sexo, justificó su ausencia.

El enorme cortejo ceremonial que se había formado para acompañar al dios hasta su lugar de veneración tardó en ponerse en marcha, pero en cuanto lo hizo, los jóvenes cazadores aparejaron sus caballerías y marcharon en dirección contraria, hacia las montañas en las que, según el gentil Ildutas, inmensas cantidades de venados y jabalíes esperaban ansiosos y suplicantes a que alguien fuese hasta allí a cazarlos.

El lugar era una zona de sierra baja, dominada por bosques adehesados, no demasiado tupidos, de robles y encinas, con escasos cauces fluviales.

La decena de jinetes, armados para la ocasión con arcos y

jabalinas, no tardó en disgregarse en grupos de dos o tres cazadores, tomando caminos distintos, acordando reunirse allí al atardecer.

—Cuando lleguemos al claro y nos separemos para la batida, tú quédate conmigo —le había dicho Ildutas a Stena en un aparte, durante la cabalgada.

Y eso hizo.

—Bueno, ya estamos aquí. ¿Y, ahora, qué? —preguntó la vetona una vez que los demás se hubieron marchado.

—Esos van en busca de ciervos y jabalíes —repuso el túrdulo con un gesto desdeñoso—. ¡Uffff, qué asco! Su carne es dura y correosa, y huelen fatal.

El semblante de Stena mostraba bien a las claras que no compartía en absoluto esa opinión.

—Nosotros iremos a por algo verdaderamente exquisito —continuó el joven—. Un pequeño venado de pelaje castaño, muy ágil y elegante…, que seguro que no hay por tu tierra. Son difíciles de descubrir y de abatir, pero merece la pena, ya lo verás. Las hembras son tiernas y jugosas. ¡Ahhh…, qué delicia! —añadió alegre, al tiempo que le guiñaba un ojo, en un gesto de complicidad —. Y yo sé dónde encontrarlas.

—Me gusta —repuso de inmediato la guerrera, devolviéndole la sonrisa—. Tú diriges.

Tras un rato de continua ascensión por terrenos escarpados, repletos de matorrales, el paisaje se transformó, haciéndose más despejado y pedregoso, tanto que se vieron obligados a desmontar y dejar atrás sus corceles para poder adentrarse en él.

—Estos solitarios despeñaderos son su terreno —le explicó Ildutas con voz queda—. Espérame aquí, tras estas rocas, y no te muevas. Voy a echar un vistazo por ahí arriba, a ver si las descubro.

Stena era una gran cazadora, acostumbrada desde niña a moverse por bosques y montañas, y entre las muchas cosas que había aprendido estaba la de saber cuándo alguien había pasado recientemente por un lugar. Y ahora tenía esa sensación.

Estaba empezando a sospechar que algo no iba bien, cuando, en la dirección en que se había marchado Ildutas, la joven escuchó ruido de pasos que se acercaban.

—Pronto has vuelto —dijo en un susurro—. ¿Los has encon…?

Pero no tuvo tiempo de acabar la pregunta. Ante sus ojos surgió de repente un hombre robusto, de rostro brutal, que, sin pronunciar palabra, se abrazó a ella con enorme fuerza, inmovilizándola entre sus poderosos brazos.

Cogida por sorpresa, Stena gritó, maldijo y pataleó, tratando inútilmente de zafarse de aquel lazo que la ahogaba. En su desesperación, se lanzó contra el sucio y barbado rostro de su

captor, mordiéndole salvajemente la nariz y casi arrancándole un trozo de cartílago de su punta.

Fue su única victoria.

El hombre, que no se esperaba aquella reacción, soltó un tremendo alarido y arrojó violentamente a la joven contra el suelo, donde, tras golpear con su cabeza contra una piedra, quedó inmóvil.

De inmediato, un segundo individuo apareció y, tras dirigir al gigante una furiosa mirada…:

—¡Imbécil! —rugió—. ¡Como te la hayas cargado te destripo aquí mismo! —y de inmediato se arrodilló a su lado—. ¡Menos mal, sólo está inconsciente! ¡Ya puedes venir! —añadió alzando la voz.

Entonces, tras las rocas, asomó la cabeza de Ildutas, que, con el ceño fruncido, se quedó contemplando la escena.

—¿Qué ha pasado? —gritó alarmado dirigiéndose al hombretón, que no dejaba de gemir.

—¡Me ha mordido! —exclamó, al tiempo que apartaba las sucias manazas y dejaba ver su nariz, cuyo extremo colgaba de una fina tira de piel de manera tan horrible y dolorosa para él como hilarante para los otros.

—¡Ahora sí que estás guapo! —soltó el joven noble, provocando una nueva carcajada de su cómplice—. Bueno —ordenó a continuación—, atadla y amordazadla bien antes de que despierte. ¡Y bien, quiere decir sin daño! ¿Entendéis? —advirtió amenazador, clavando sus ojos en los del herido—. Mi amigo tiene que recibir su "regalo" mañana, y en perfectas condiciones —insistió—. ¡Y ahora marchaos!

En un momento, Stena quedó convertida en un fardo.

—Su caballo está más abajo —les informó Ildutas—, donde empieza el pedregal. Y recordad. ¡Ni se os ocurra tocarla! —volvió a conminarles—, porque lo sabré, y lo pagareis caro.

Cuando se hubieron perdido de vista, el joven se entretuvo en borrar las huellas, incluyendo todo resto de sangre que había chorreado de la nariz de su secuaz.

"No hay en toda Turdetania nadie capaz de derrotar a esa bestia de Cartago, estoy seguro. Es un animal salvaje, nacido para matar", le había dicho Indo, muy compungido.

—¡Pues ahí te mando a una guerrera de verdad! —gritó al viento, dirigiendo su mirada hacia el sur, hacia Gádir.

ooOOoo

Brillaba aún el sol en el horizonte cuando un Ildutas cariacontecido irrumpió, sudoroso y jadeante, en la amplia sala donde se servía el último banquete en honor a los invitados

carpetanos. Raudo, fue hasta su padre, que presidía el acto, y, una vez hecho el silencio, comenzó a relatar, paso a paso y en tono grave, lo ocurrido durante la jornada de caza que había organizado con algunos de sus amigos. Y lo contó todo tal y como se había producido, sin ocultar nada…, hasta el momento en que dejó a Stena en el peñascal para acechar a los escurridizos corzos.

—¡Pero volví enseguida! ¡Lo juro por…! Y ya no estaba. Ni su caballo. ¡Ni siquiera encontré huellas! No sé qué pudo ocurrir —concluyó casi en un gimoteo.

—¡Por todos los dioses! ¿Cómo se te ocurre llevarla por esas sierras, sin escolta? ¡Idiota! —le increpó su padre, rojo de ira—. ¿Acaso has olvidado que lobos y osos tienen allí sus guaridas…, y merodean los bandidos?

Ramaro, que ocupaba el lugar de honor a la derecha de Luxinio, se había puesto en pie y escuchaba la narración con el rostro lívido y los puños crispados.

—Se lo advertí, padre —mintió nuevamente Ildutas, tratando de justificarse—. Pero ella se empeñó en venir conmigo. Dijo que una guerrera vetona no le teme a nada. Y yo…

—Tú, tú… ¡Tú no eres más que un necio! —exclamó encolerizado—. Llévanos ahora mismo a ese lugar —y dirigiéndose al jefe de sus guerreros, ordenó que armara rápidamente un pelotón con los mejores rastreadores—. ¡Juro por los dioses que no pararemos hasta encontrarla!

Pero tanto esa noche como durante los días que siguieron la búsqueda fue vana.

Ramaro estaba cada vez más abatido, pero aún no perdía la esperanza. En su imaginación, veía a Stena perdida, o quizás herida, o cautiva y haciendo frente a todo tipo de peligros e iniquidades, como cuando estuvo en manos de su primo Uxentio, y eso le enfurecía y le proporcionaba nuevos bríos.

En un último y desesperado esfuerzo, decidió recorrer la sierra palmo a palmo, en busca de cualquier señal, y a solas, recordando sus tiempos de aprendizaje junto a Ablón en los bosques y montañas del norte de Carpetania.

Pero también resultó vano, y cuando, agotado, con el amargor royéndole el alma, regresó a Ipolka, el animoso guerrero se vino abajo, y ni sus amigos, ni las promesas de Luxinio de no cejar en su empeño hasta averiguar el paradero de Stena, le consolaban.

Los días pasaban y las buenas noticias seguían sin llegar, de modo que, finalmente, el joven “libertador de dioses” tomó la decisión de regresar a sus montañas, aunque dejó en Ipolka tres guerreros, por si aconteciera un milagro que hiciera reaparecer a Stena.

“Maldito dios túrdulo…”, iba pensando Ramaro camino de Carpetania. Entendía que hubiese castigado a quien lo robó, aquel sacrílego de Vismaro, ¿pero ella, que había ayudado a liberarlo, que lo había devuelto a su pueblo…?

Al volver la cabeza, los ávidos ojos de dos niñas que cabalgaban a su zaga se clavaron en los suyos, y le sonrieron con timidez.

ooOOoo

Fue durante su segundo día de búsqueda, cuando el sol había ya iniciado su descenso y Ramaro, mordisqueando un trozo de carne seca y con el caballo de la brida, caminaba avizor, en busca de cualquier huella que pudiera ponerle sobre la pista de su añorada compañera.

El rechinar de una carreta y unos gritos provenientes del otro lado de la colina que estaba a punto de coronar, llegaron a sus oídos.

Sin perder su habitual cautela, dejó caer las riendas y apresuró el paso para llegar a la cima y averiguar qué pasaba.

Colina abajo, en una suave hondonada levemente iluminada por los rayos del sol, un grupo de hombres armados acababa de asaltar un carromato que algunos de ellos procedían a desvalijar. Los cuerpos de un adulto y un joven yacían en tierra, boca arriba, sobre sendos charcos de sangre, mientras una mujer de mediana edad lloraba desconsolada sobre el cadáver del que debía de ser su hijo.

Pasados unos instantes, una niña de largos cabellos negros era arrastrada desde la carreta por uno de los bandidos, que la zarandeaba mostrándola a sus compinches como si fuera el mayor de los trofeos. Entre risas y comentarios, tomó una cuerda y la ató por las muñecas a la cola de uno de los caballos.

La mujer alzó la cabeza:

—¡Nooooo! —gritó enloquecida—. ¡Dejadla, no la hagáis daño…! Por favor, dejadla… Por favor… —terminó en un hilo de voz, ahogada en llanto.

Con semblante riente y despectivo, uno de los matones se acercó a ella y, asiéndola por los cabellos, la llevó a rastras hasta el lugar donde se hallaban sus compañeros, que cerraron el cerco a su alrededor.

Aquella familia, como otras muchas, había pagado muy cara la osadía de atravesar aquellas montañas sin la debida protección.

La situación no era nueva para el joven guerrero carpetano, que algún tiempo atrás había sido testigo de una escena similar, cuando Ana, la joven vetona, ahora chamán del poderoso clan de Terkinos, fue atacada por guerreros vacceos y forzada por uno de ellos.

Ramaro, como entonces, sin apartar la mirada del círculo

formado por aquellos miserables, descolgó con determinación el arco que llevaba cruzado sobre su espalda, extrajo una flecha de la aljaba, la colocó con agilidad y tensó la cuerda al máximo.

En la hoyada, los seis merodeadores parecían disputarse, y no únicamente con palabras, el derecho a ser los primeros en violarla.

Los gimoteos y la resistencia de la mujer habían cesado ya cuando el primero de sus agresores se retiró para dejar paso al siguiente, el cual, como los demás que aguardaban turno, tuvieron la misma sensación que si estuvieran fornicando con un cadáver. Para los segundones, eso era lo habitual.

La agresión no se prolongó demasiado, aunque para Ramaro, que, con los ojos vidriosos, la contempló de principio a fin sin pestañear, le pareció eterna.

Sus brazos mantuvieron tensa la cuerda del arco mientras duró el cobarde asalto y la flecha estuvo en todo momento dispuesta para volar en busca de su objetivo, pero no la disparó. Y cuando el último de los bandidos expulsó su asquerosa simiente en las entrañas de la mujer y la degolló fríamente, devolvió el dardo al carcaj, recogió nuevamente el arco y, tras presenciar cómo aquellos canallas montaban en sus cabalgaduras y se alejaban del lugar con la muchacha y el resto del botín, regresó en busca de su caballo.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué dos primaveras antes, siendo más joven y torpe, no dudó en enfrentarse a aquellos vacceos, y ahora no había hecho en defensa de aquellas mujeres? ¿Qué fuerza había detenido sus flechas?

Podía tratar de engañarse a sí mismo, decirse que eran muchos bandidos, que aquel era un bosque desconocido para él, que su estado de ánimo no le acompañaba, que no podía arriesgar la vida porque su único objetivo en aquellos momentos era encontrar a Stena. Pero sabía la verdadera razón, la única que daba respuesta a todas aquellas preguntas, por más que huyera de ella como de la más innoble de las muertes.

Mientras estuvo observando, instante a instante, la vil agresión, tuvo lugar dentro de él una violenta pugna. Una parte de sí le empujaba a intervenir, pero otra, la que finalmente venció, no cesaba de incitarle a no hacerlo, a irse y dejar que el inescrutable designio de los dioses se cumpliera.

De golpe, tomaba conciencia del paso del tiempo.

Aquel arquero que ayudó a Ana era un joven impetuoso, buscador de gloria, sin otros trofeos que su gran corazón y su deseo de convertirse en un gran guerrero. Ahora tenía cuanto podía desear: compañera, clan, respeto, reconocimiento y, por si fuera poco, un lugar en la leyenda como el mejor guerrero de Carpetania, cuyas hazañas se narraban en las aldeas, alrededor de los fuegos de

varias renombradas naciones.

Había cumplido su gran sueño.

Y todo eso, ¿iba a arriesgarlo por salvar a unas desconocidas?

Ahí estaba el motivo que le impidió dejar ir sus flechas.

Los hombres valientes, como los cobardes, no lo son desde que nacen hasta que mueren. Las circunstancias pueden hacer que el valeroso se acobarse y el medroso se transforme en héroe. Esa es la razón por la que una misma persona, para unos, puede ser vil y miserable, y para otros, noble y justo, porque así es la naturaleza de los mortales.

Pero su lucha interna aún no había terminado. Ramaro detuvo su caballo. La voz de Ablón resonaba en su mente:

"Somos lo que hacemos, lo bueno y lo malo, lo que queremos recordar y lo que deseamos olvidar. Recuérdalo, y trata de no dejar tras de ti infamias ni iniquidades".

Con las lágrimas asomando a sus ojos, apretó los dientes. Los gritos de aquellas pobres desgraciadas y la visión de su cruel destino le acompañarían siempre.

—¡Maldita sea! —renegó.

Sabía que la muerte de aquellos malnacidos no borraría tan gran cobardía, ni devolvería la vida a la mujer aquella, pero, quizás, aún estaba a tiempo de impedir que la hija corriera la misma suerte. Seguro que eso mitigaría su frustración y su rabia.

Si los dioses le favorecían, aquellos bandidos no volverían a ver salir el sol.

ooOOoo

Seguir el rastro de los salteadores fue para Ramaro un juego de niños.

En su santuario, no temían ser seguidos ni atacados, y no se preocupaban de borrar sus rastros ni de encubrir sus guaridas.

Habían levantado su cubil a resguardo de unas peñas, en un lugar muy abrupto, difícil de descubrir hasta que no lo tenías encima. El humo de una hoguera y el olor a comida fue lo que alertó a Ramaro.

Desmontó y dio un pequeño rodeo hasta situarse sobre una roca que le ofrecía una buena visión del campamento, dos toscas chozas fabricadas con troncos y ramas, apuntaladas contra la propia pared de piedra y separadas entre sí por una decena de pasos.

Tres de aquellos bellacos estaban a la vista. La "hazaña" realizada y el botín logrado les tenían de muy buen humor, y no paraban de hablar y reírse, mientras algún ave o conejo, se cocinaba sobre las llamas.

Acomodados alrededor de la hoguera se disponían a dar buena

cuenta del asado. Y en ello estaban, cuando un cuarto hombre salió de improviso de una de las cabañas y, después de cruzar unas palabras en mal tono con sus compañeros, para recriminarles que no le hubieran avisado para comer, se les unió.

Ramaro frunció el ceño. No había ni rastro de la niña, ni de los otros dos bandidos.

Acabada la comida y la larga tertulia que siguió, los cuatro se retiraron a dormir. El día había sido largo y caluroso, y la llegada de la noche apenas había refrescado algo el ambiente, de manera que tres de ellos decidieron pasarla al raso.

Cuando todo estuvo en calma y los sordos sonidos nocturnos del bosque se adueñaron del lugar, Ramaro abandonó su observatorio y se acercó sigilosamente a la guarida.

Degolló uno tras otro a los tres miserables, sin que ni siquiera los pájaros que anidaban sobre sus cabezas se inmutaran.

Con el misma sigilo, procedió a ocultar los cadáveres entre la floresta y a buscar un lugar a resguardo.

El espacio entre ambas chozas estaba descartado, porque allí descansaban los caballos, desembridados y ensogados a las ramas de un árbol, de modo que se dirigió hacia el robledal que dominaba el campamento.

Pensó en atacar al cuarto bandido dentro de la choza, pero no se fiaba que no hubiera alguien más dentro, y pelear envuelto en la oscuridad tampoco era recomendable. Además, debía dejar alguno vivo hasta saber qué había sido de la niña.

Permaneció despierto durante un rato, pero después el sueño le venció. No le preocupaba quedarse dormido y no luchó por evitarlo. Sabía que cualquier sonido extraño le alertaría. Siempre había sido así.

Había ascendido el sol un buen trecho en el cielo, y sus rayos calentaban las alturas de los peñascos a cuyos pies se hallaba el campamento, cuando un ruido le despertó.

Cuando el bandido, con los ojos entornados, apareció en la puerta de la cabaña, dio varios pasos adelante y se desperezó ruidosamente, Ramaro frunció el ceño. Había esperado que, al hallarse en su cubil, el hombre no se hubiera preocupado de armarse, pero la gran daga que portaba en su cintura demostraba que se había equivocado. Quedaba de manifiesto que aquellos tipos eran desconfiados y nunca se separaban de sus armas, que constituían una parte más de su atuendo.

El rufián no parecía en absoluto sorprendido por la quietud en que estaba sumido el campamento, ni por el hecho de que sus tres compañeros no estuvieran a la vista. No obstante, durante un rato, estuvo escrutando los alrededores, como si los buscara.

—¡Malnacidos…! —exclamó en voz alta, pero sin denotar enfado alguno.

Acto seguido, se dirigió adonde se encontraban los caballos, que con los ojos entrecerrados parecían dormitar, mientras de cuando en cuando se azotaban el espinazo con las colas para espantar las moscas y los tábanos que los acosaban, los desató y tomó sus riendas. Todo ello con mucha parsimonia, casi con desgana.

—Vamos a beber, amiguitos —continuó, hablando solo.

Y encaminó sus pasos hacia su derecha.

—¡Tú no vas a ninguna parte! —profirió Ramaro, surgiendo repentinamente de la espesura, con el arco en la mano y una flecha ya colocada en la cuerda, aunque apuntando al suelo.

Como si la voz le hubiera insuflado de repente una extraordinaria energía, los movimientos del bandido cobraron una rapidez e intensidad inusitadas. Sin apenas dirigir la mirada a quien le había hablado, saltó ágilmente sobre uno de los corceles y lo incitó a lanzarse contra el intruso.

Desde el mismo momento en que acabó de desperezarse y echó una ojeada al campamento, aquel hombre supo que algo no iba bien: los caballos amarrados y sin atender, el fuego apagado, y ninguno de sus compinches a la vista… No, aquello no era normal.

Con sangre fría, y con la sensación de que varios ojos le vigilaban, decidió, en lugar de retroceder y buscar refugio en la cabaña, actuar con naturalidad, coger los caballos y tratar de escapar. Regresar a la choza tenía la ventaja de que allí estaban sus armas, y las paredes, aunque no muy consistentes, le permitirían defenderse mejor. Pero en aquel momento lo último que quería era encerrarse, porque estaba seguro de que una vez dentro, ya no podría escapar.

Un oscuro reguero sobre la hierba, que se perdía en dirección al robledal, confirmó sus sopechas. ¿Cuántas veces había visto la tierra empapada con la sangre de sus víctimas?

Y entonces surgió de pronto aquel arquero.

“¡Qué iluso! Quiere hacerme creer que está solo”, pensaba, al tiempo que montaba sobre uno de los caballos y lo taloneaba con fiereza.

Sorprendido por la inesperada reacción, y sin saber todavía qué hacer, Ramaro vio cómo el animal se le venía encima, obligándole a apartarse a un lado para no resultar atropellado. Si aquel hombre escapaba, la pequeña esperanza que albergaba su alma de poder rehabilitarse ante sí mismo, desaparecería para siempre.

Mientras veía pasar al bandido como una exhalación, el joven carpetano se enderezó, tensó el arco, apuntó lo mejor que pudo y soltó la flecha, con tan mala suerte que la afilada punta del dardo,

con un sordo chasquido, le entró al jinete por la nuca y se hundió en su cerebro.

ooOOoo

Acababa el sol de traspasar su cenit cuando los dos bandidos que completaban aquella partida regresaron, deteniendo sus monturas sobre los restos de la hoguera. Después de observar durante un rato, el jefe, al que Ramaro identificó rápidamente por su indumentaria, la misma que llevaba el hombre que forzó en primer lugar a la mujer del carromato, echó pie a tierra.

Sin dejar de escudriñar el entorno, se agachó y acercó la palma de la mano a las cenizas.

—Hoy no han encendido el fuego —dijo, al tiempo que se incorporaba—. Mira si hay alguien en las cabañas.

Su secuaz descabalgó, desenvainó la espada y, con la máxima prudencia se asomó al interior de ambas chozas, tras lo cual hizo un gesto negativo con la cabeza.

Los caballos, al verse libres, se dirigieron despaciosamente hacia su lugar de descanso entre las cabañas.

—¿Qué piensas? —preguntó el cabecilla.

—No sé. Puede que hayan visto u oído algo, y decidieran investigar, o quizás…

En ese momento, el ruido provocado por una piedra al rodar les hizo girarse y adoptar una posición defensiva. Tras permanecer unos instantes a la expectativa, retomaron recelosos su posición, y al volver la cabeza se encontraron frente a un hombre, lanza en ristre, parado a una quincena de pasos.

El bandido que portaba la espada, la blandió e hizo ademán de atacarle, pero un enérgico movimiento del malencarado joven, que armó rápidamente el brazo, preparándose para arrojarle la lanza, le detuvo en seco.

—¡No os mováis, ni tratéis de escapar, y os dejaremos vivir! —dijo Ramaro con voz grave y mirada amenazante—. No venimos a por vosotros, sólo queremos información. Después nos iremos.

En ese momento, ambos rufianes desviaron al unísono la mirada hacia la arboleda, escudriñándola con insistencia. Las palabras del lancero daban a entender que no estaba solo, y ellos buscaban alguna señal de que decía la verdad.

—¿Y qué es lo que quieres saber? —preguntó el mandamás de los merodeadores.

—¿Dónde está la niña que capturasteis ayer?

—¿Una niña? ¿Quién te ha dicho que capturamos una niña? —su boca se había torcido en una mueca de desprecio.

—Os vi —repuso Ramaro sin pensar.

—¿Tú solo…, o también nos vieron tus amigos? —preguntó el astuto bandido con sarcasmo, mientras Ramaro trataba de mantener el tipo—. ¿Sabes una cosa? No creo que haya nadie contigo. Creo que estás solo.

El carpetano negó con la cabeza.

—Ahora me toca a mí preguntar. ¿Dónde están mis hombres? ¡Contesta o…!

—¡Muertos…! ¡Como tú!

La lanza le alcanzó en pleno pecho, hundiéndose más de un palmo entre sus costillas, y arrojándole violentamente al suelo, entre miradas de espanto e incredulidad. Un hilo de sangre empezó a manar de sus crispados labios momentos antes de expirar.

El otro bandido estaba paralizado por el miedo. Los ojos, los labios y las piernas le temblaban, y el arma que sostenía se le escapó de la mano.

—¡La hemos vendido! —acertó a decir, viendo cómo el guerrero, con un fulgor asesino en la mirada, se acercaba espada en mano—. A un fenicio de Ipolka. Está bien, no la hemos hecho nada. ¡Lo juro por los dioses!

—¿Y qué será de ella?

—No lo sé. Creo que las lleva al sur, a Turdetania, y allí las vende —balbuceó—. ¡No sé más, lo juro! No te engaño.

—Llévame hasta ese fenicio.

ooOOoo

Con las manos atadas a la espalda y caminando delante del caballo de Ramaro, el bandido entró en la amurallada ciudad.

Los centinelas reconocieron al carpetano de inmediato, y cuando éste les informó de quién era su prisionero, dos de ellos les acompañaron hasta el edificio donde vivía el gobernador de la ciudad.

—Conocemos a ese fenicio —le dijo Luxinio, una vez que hubo escuchado lo acaecido en las montañas—. Es un mercader afincado aquí desde hace tiempo, que comercia con todo tipo de mercancías.

—¿También niñas? —Ramaro estaba verdaderamente asombrado de que aquello sucediera.

—También.

—¿Y para que las quieren?

—Para servir, para luchar…

—¿Para luchar? —el rostro de Ramaro reflejaba el creciente pasmo que le embargaba.

Entonces, Luxinio le explicó lo que ocurría en Turdetania con aquellos niños y niñas que eran adiestrados y enfrentados luego a muerte para diversión de sus dueños.

—Entonces, esa niña que busco, ¿puede acabar así?

—Es posible —respondió el túrdulo—. Si se cría sana y fuerte, y procede de algún famoso pueblo guerrero, sin duda la entrenarán para convertirla en luchadora.

—Pues tienes que encontrarla, Luxinio —le requirió, mirándole a los ojos—. No sé el aspecto que tiene, sólo su edad aproximada y que su cabello es largo y negro, y también la ropa que llevaba puesta, pero su procedencia…

—Eso al comprador le da igual —interrumpió el túrdulo—. El maldito fenicio asegurará que la niña es de sangre celtíbera, cántabra, vetona o lusitana. Eso bastará para que los ricos turdetanos se la disputen y su precio suba.

Al oír la palabra vetona, Ramaro se puso en guardia.

—Y este fenicio, ¿sólo comercia con niños? —preguntó.

—Los fenicios comercian con todo lo que se pueda vender.

—¡Pues, por Lug, que a esa niña no la venderá! —exclamó Ramaro con determinación—. He visto cómo asesinaban a su familia. ¡Ella misma presenció la violación y muerte de su madre! —agregó con semblante crispado—. Ya ha sufrido bastante. ¡No permitiré que le ocurran más desgracias!

—No te preocupes, Ramaro, la rescataremos —aseguró el túrdulo, pasándole un brazo sobre los hombros—, pero debes saber que el único que pagará por lo sucedido es ese bandido que has capturado. Aunque su ejecución será ejemplar, te lo aseguro.

—¿Y el fenicio?

—Al fenicio no podremos castigarle, porque dirá que no sabía nada de lo acontecido. Robar niñas está castigado, pero venderlas y comprarlas no —aclaró—. A veces son los propios padres quienes las venden…

Ramaro frunció el ceño, pero permaneció callado. En su tierra, un hombre podía cambiar su caballo, su espada, sus ornamentos…, repudiar a la mujer, a los hijos… pero darlos por un trozo de metal… Él no lo había visto nunca, ni siquiera oído, pero… ¿Quién podría negarles a unos padres que entregasen a sus hijos a quien quisieran?

Cuando los guardias túrdulos entraron en la vivienda del comerciante, hallaron, además de los objetos propios de su actividad, a dos niñas de aspecto sucio y desaliñado encerradas en una pequeñísima estancia, a una de las cuales, la mayor, Ramaro reconoció enseguida como la capturada por los bandidos en la serranía.

Por orden expresa del propio Luxinio, presente en el lugar, ambas fueron liberadas y conducidas a su casa, y ello sin que el fenicio protestara demasiado, no fueran a acusarle de complicidad y

perder algo más que un buen montón de plata.

Al pasar a su lado, camino de la libertad, la más pequeña, al tiempo que arrugaba la naricilla y dibujaba en su redondeado rostro un gesto fiero, le propinó al cetrino comerciante un puntapié en la espinilla con todas sus fuerzas, que le hizo soltar una maldición y doblarse de dolor.

Sin duda, esa muchachita tenía el coraje y la sangre de una gran guerrera.

El cuerpo empalado del bandido permaneció expuesto a la entrada de Ipolka durante casi una luna, para que todos conocieran el horrible destino que aguardaba a cuantos merodeaban por las montañas viviendo del robo y del asesinato.

ooOOoo

Al amanecer del día siguiente al del apresamiento de Stena, los dos secuaces de Ildutas se hallaban tumbados sobre sus improvisados lechos de herbaje.

—¿Estás despierto?

Por toda respuesta, el hombre de más edad refunfuñó y se volvió para dar la espalda a su compinche, al tiempo que se arrebujaba bajo el capote.

—Desde ayer no he dejado de pensar en lo que me hizo esa maldita —continuó su corpulento compañero—. Me ha dejado un recuerdo para toda la vida…, y yo le voy a dejar otro que tampoco ella olvidará nunca.

Ante tal amenaza, su amigo se espabiló y se incorporó rápidamente, hasta quedar sentado.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Lo que has oído! —exclamó el otro resuelto. Y, a continuación, mientras señalaba a Stena con el dedo, gritó—. ¡Esa asquerosa perra sarnosa me ha desfigurado…! Y yo le voy a deformar otra cosa con esto —añadió, al tiempo que bajaba la mano y se agarraba sus partes de manera ostentosa.

—¿Te has vuelto loco? —dijo su compañero poniéndose en pie de un salto—. ¿No oíste lo que dijo Ildutas?

—No te preocupes, amigo, sólo ella lo notará —repuso dirigiendo a Stena una pérfida sonrisa que dejó al descubierto sus podridos dientes—. ¿Sabes cómo se follan a éstas allá en Turdetania?

—¿Y tú, sabes que nos quedaremos sin una mísera brizna de plata si la tocas?

—Nadie lo sabrá —insistió el hombretón.

—¡Lo sabrá ella, imbécil! ¡Y también Ildutas! Recuerda lo que dijo —mientras hablaba se había situado entre su compañero y la

cautiva, que permanecía atada a pocos pasos, expectante y dispuesta a morir antes de dejar que aquel cerdo la forzara.

—¡Mírame! ¿No ves cómo me ha dejado?

—Con una bolsa llena de plata, ¿a quién le importa eso? Tendrás todas las hembras que quieras.

Durante unos momentos, el gigante permaneció pensativo, asomando su cabezota por detrás del cuerpo de su cómplice para observar a la prisionera. Al rato, se levantó y se dirigió renegando hacia su caballo, y empezó a embridarlo.

—Olvídate de ella, ya habrá quien la dome. Dentro de poco, las tendremos mejores.

# CAPÍTULO 21

**Año 477 a. C.**

**Mediados de julio.**

**Sur de Turdetania - Ciudad de Gádir.**

"Vuelve a Gádir…, y…".

No lo recordaba bien.

"¿Espera mis noticias…?". Sí, eso fue. Eso o algo parecido es lo que le había dicho su amigo Ildutas tres días antes, cuando le despidió con tanta premura.

¡Y por los dioses que había cumplido su palabra!

Tirada en posición casi fetal sobre las varias pieles de venado que cubrían el suelo de la estancia, estaban las "noticias" de su amigo, y muy bien empaquetadas.

La joven permanecía inmóvil, mirándole con ojos llenos de odio. A pesar de las fuertes ligaduras que la ceñían y del padecimiento soportado durante el penoso viaje desde Ipolka, ni una mueca de dolor asomaba a su rostro. Ni de miedo.

Tenía el cabello y los ojos negros, un bello rostro y, a pesar de su postración, una expresión altiva. Su cuerpo era esbelto y, por el aspecto de sus músculos, fuerte y ágil. Ildutas le enviaba una luchadora.

Indo se levantó, se acercó a ella y la liberó de la mordaza. Después desató sus tobillos y regresó a la butaca.

Caía la noche, y estaban solos.

—¿Quién eres? —preguntó.

La joven ni pestañeó.

—Muda no me sirves de nada, de modo que, si no contestas, ordenaré que te aten de nuevo y te arrojen al mar. Los peces se alegraran de verte —prosiguió el turdetano con voz pausada.

Los ojos de la joven echaban chispas.

—Mi nombre es Stena. ¿Y tú? ¿Quién eres tú?

—¿Yo? ¿Acaso no lo ves? —preguntó con semblante desdeñoso —. Soy tu amo.

—¿Mi amo? —dijo ella dibujando en su rostro un gesto aún más despectivo—. Desátame y verás quién es aquí el amo.

—¡Vaya, me estas asustando! —exclamó Indo con socarronería —. Se nota que eres una gran guerrera, una gran y valiente guerrera… —en ese momento recordó que su amigo le había hablado de unos visitantes carpetanos… ¡Bah, carpetanos! Nunca había oído contar ninguna hazaña de ellos.

Entonces, su semblante se tornó grave. "Si es carpetana, me va a servir de poco", pensó.

—¿De qué pueblo procedes? ¿Acaso eres carpetana?

—Casi.

—¿Casi? ¿Qué respuesta es esa? ¡Contesta con claridad! —ordenó secamente.

—No soy carpetana. ¡Soy vetona! —repuso con voz orgullosa y vibrante.

—¡Vetona…! —balbuceó Indo gratamente sorprendido. Eso era otra cosa. Los vetones sí eran un pueblo renombrado…, y temido. Su valor y bravura eran legendarios, y su simple nombre causaba pavor en el valle del Betis, casi tanto como el de los lusitanos. Ahora contempló su "regalo" con otros ojos—. Guerrera vetona, creo que nos vamos a entender.

Se acuclilló a su lado.

—Si me aseguras que te portarás bien y escucharás lo que tengo que decirte, te desataré las manos y ordenaré que te traigan de comer y de beber.

Dos candiles colgados de sendas paredes iluminaban la estancia. La casa estaba en silencio.

—Quiero que luches para mí. ¿Estás dispuesta? —le preguntó sin rodeos.

—¿Por qué habría de hacerlo? —repuso Stena sin alterarse lo más mínimo.

—¡Porque soy tu amo! —fue la firme respuesta del hijo de Attenes.

Stena sonrió.

—Si eres mi amo, ¿por qué me lo preguntas?

Indo se sonrojó visiblemente.

—¡Respóndeme! —exclamó, tratando de controlar los nervios.

—¡Responde tú! —exigió ella sin amilanarse.

El joven turdetano sentía que la furia crecía en su interior. Era inaudito que un siervo se atreviera a replicarle. Jamás en su vida le había ocurrido. Iba a contestarla con aspereza, amenazarla de nuevo con arrojarla al mar o desollarla viva, pero lo pensó mejor. La necesitaba, de modo que cambió de tono y, en lugar de su miedo y obediencia, buscó su complicidad.

—Si luchas para mí, si luchas una sola vez para mí —especificó —, serás libre y podrás ir adonde te plazca… Si vives —advirtió con cierta malevolencia, esperando ver en el rostro de Stena algún signo de desasosiego.

Pero su semblante no se alteró, y con un gesto le invitó a seguir hablando.

—Lucharás por mí, por la Casa de mi padre, contra otra mujer, y el combate será a muerte —la vetona seguía impasible, de modo que el joven gadirita continuó su monólogo—. Tu rival será una guerrera cartaginesa, una luchadora temible, muy peligrosa, te lo

aseguro… ¿Qué más quieres saber?

Y la respuesta le dejó perplejo:

—¿Qué significa "cartaginesa"?

Le estaba hablando de luchas y muertes, y a la mujer lo único que le preocupaba era eso. Si todos los vetones eran así, se alegraba de no tenerlos como vecinos.

—Que procede de un gran pueblo llamado Cartago, que está muy lejos de aquí, al otro lado del mar. ¿Sabes lo que es el mar? —preguntó de nuevo, sin poder evitar una sonrisa.

—Me han hablado de él.

—Su piel es negra como la noche y combate con dos espadas —Indo revivió entonces la imagen de la guerrera de Culcas cargando contra Gesela, y no pudo evitar sentir un escalofrío—. Es una luchadora temible…

—Eso ya lo has dicho —le interrumpió Stena.

—Es que quiero que no lo olvides —advirtió algo turbado. El temple de aquella mujer le desquiciaba—. Quiero que no te confíes, que sepas que te enfrentas a la muerte.

—Aún no he dicho que vaya a luchar.

—Pues es la única manera de que recobres tu libertad —le contestó con firmeza.

—No me amenaces —y en sus fríos ojos, Indo vio que nunca podría obligar a aquella mujer a hacer nada que no quisiera.

—Escucha —prosiguió con voz nuevamente amable—. Es muy sencillo. Yo te necesito tanto como tú a mí. Deseo que luches y vivas, y ganes tu libertad, y así ambos saldremos ganando. Pero para eso has de matar a esa guerrera, y te aseguro que no será fácil. Es un demonio, no quiero que lo olvides…

Stena le miró como quien mira a un niño que no acaba de entender lo que se le dice.

—Me he enfrentado a vacceos y lusitanos —le interrumpió—. He luchado a pie y a caballo, contra enemigos que portaban todo tipo de armas. ¡Soy una guerrera vetona!, ya te lo he dicho, y tampoco quiero que lo olvides —sus ojos centelleaban.

"¡Es ella!", le decía a Indo una voz que surgía de lo más hondo de su ser. "¡Es ella, no hay duda!". "¡Estoy salvado!".

Tras unos instantes de cavilación, Stena tomó su decisión:

—No lucharé por ti… —le dijo con voz firme, clavando en él su mirada—, lo haré por recuperar mi libertad. Por eso, mataré a quien sea —hizo una breve pausa y continuó—. Si ese es tu deseo, también es el mío.

—Lo es —confirmó el turdetano.

—Entonces —agregó Stena—. Cuanto antes acabemos, mejor para ambos.

—Pero necesitarás tiempo para…

—Cuanto antes sea el combate, mejor —repitió—. Sólo necesito un escudo y una espada. Y no te preocupes por mi estado —añadió desdeñosa—, en peores condiciones he peleado. ¡Tú sólo dime dónde está esa…, cartaginesa y yo la mataré!

El asombro volvía al rostro de Indo. No había más que observar la expresión de aquella mujer para ver que no presumía. La muerte se agazapaba detrás de su mirada.

—Pero una cosa has de saber —la guerrera amenazadora e implacable volvía a aparecer—. Lucharé sólo una vez, y luego me iré y olvidaré todo esto. Ni siquiera te preguntaré tu nombre, ni quién ordenó que me capturaran y me trajeran hasta aquí.

—Fui yo —se apresuró a contestar Indo.

—¡No mientas! —Stena esbozaba una maliciosa sonrisa—. Ya te he dicho que no quiero saberlo… —"ya tendré tiempo para averiguarlo", pensó, pero estás últimas palabras quedaron cautivas en su mente.

—Está bien, está bien… —continuó el joven visiblemente azorado, y de inmediato retomó la cuestión principal—. Lucharás una vez y después te irás. Así será. ¡Lo juro por los dioses!

—Y si tratas de engañarme o te interpones en mi camino, te mataré —advirtió sin parpadear, en un tono de voz tan sereno que hizo estremecer a Indo.

Antes del amanecer, dos carros completamente entoldados salían de la casa rumbo a una de las propiedades que Attenes tenía en los alrededores de Gádir, concretamente aquella en la que vivían y entrenaban los guerreros de la familia, ahora ausentes.

ooOOoo

Pero organizar el combate no fue tan sencillo ni tan rápido como Stena pretendía. Culcas se había ausentado de Gádir para solucionar unos problemas en sus minas de las montañas y hasta pasadas seis jornadas no regresó.

Durante ese tiempo, Indo cuidaba a su guerrera con esmero, y espiaba sus entrenamientos. A sus ojos, los ojos de quien nunca había prestado demasiada atención a semejante actividad, casi todo lo que la veía hacer le parecía extraordinario.

Acodado en la balaustrada, se quedaba extasiado viéndola desplazarse por la arena con tanto dominio y frialdad, sin poder evitar la sensación de que jugaba con sus rivales, a veces dos al mismo tiempo, dejándose acosar, y hasta acorralar, para, de repente, ejecutar alguna finta o contraataque inverosímil, y salir airosa.

Tan pronto tomaba la iniciativa, y con una vertiginosa sucesión

de golpes desarbolaba a su rival, como se apoderaba del centro de la palestra, obligándole a moverse a su alrededor y malgastar sus fuerzas, para después desarmarla o derribarla fácilmente. Era imprevisible.

Pero había otros detalles que él, desde su observatorio, no podía apreciar, y que probablemente la distinguían, aún en mayor medida, de todas las guerreras que había visto luchar: la dureza de sus golpes, algo que sólo quienes cruzaban espadas con ella podían notar. Afirmaban que eran tan demoledores que hasta su alma vibraba cuando les golpeaba, y cuando conseguían alcanzarla…, era como golpear una roca. Sorprendente, dado el grácil aspecto de la luchadora.

En cuanto Culcas regresó y supo del gran interés que el joven Indo había mostrado por verle y plantearle un nuevo desafío, primero se extrañó, luego desconfió y, por último, mandó hacer indagaciones para conocer qué estaba tramando el desesperado joven, a quien había supuesto encerrado en casa llorando su ruina y la de su familia..

Pero las noticias que le llegaron no despejaron sus dudas. Aparentemente, en la Casa de Attenes la vida continuaba su curso y nada extraordinario había sucedido, de no ser la ausencia de sus guerreras, de las que hacía días que nadie sabía nada, rumoreándose por las estancias y galerías de la propiedad que habían sido vendidas.

Para Culcas eso tenía su lógica, pero no se fiaba. Aquel joven, al que su padre tenía por inútil, quizás no lo fuese tanto. Él había conseguido ocultar a todos la llegada de la guerrera cartaginesa y acaso el muchacho preparaba alguna argucia similar.

Pero su curiosidad y avidez fueron mayores que su prudencia, y decidió acceder a la celebración del combate, aunque sin prisa, sin demostrar demasiado interés, dejando que las ansias de Indo crecieran. Y cuando al fin consintió en la entrevista, el muchacho estaba ya tan apurado, temiendo que en cualquier momento su padre regresara de su largo viaje, que sin discutir apenas aceptó las abusivas condiciones que el viejo comerciante le impuso. Había pasado casi media luna desde la captura de Stena.

La apuesta que presentó Indo era por el doble de lo perdido en el combate anterior.

—Mucha plata es esa —le había respondido el veterano gadirita sin tratar de disimular su asombro—. ¿Es que acaso vuestras redes han sacado del mar un gran tesoro? ¿O, quizás, habéis descubierto un gran filón del argénteo metal?

—Nada de eso. Lo cierto es que no dispongo de toda esa plata, pero, si hiciese falta, si ganaras la apuesta —puntualizó—, esos

terrenos que tanto deseas, lindantes con tu mayor yacimiento, serán tuyos.

—¡Ah…, de modo que no tienes plata suficiente para cubrir la apuesta! —a Culcas se le iluminaron los ojos de codicia—. Tu oferta es muy tentadora, Indo, pero esas tierras que me ofreces pueden ser de grandísimo valor o no valer nada para mí, dependiendo de que contengan o no buen metal —dejó transcurrir unos instantes antes de continuar—. No obstante, accedo a tu propuesta, aunque…, como comprenderás, he de asegurarme de ganar algo que me compense del riesgo, ¿entiendes? No sólo un poco de plata y unas tierras que pueden resultar baldías.

—Habla —replicó el joven, que al ver que su propuesta no iba a ser suficiente se había puesto muy nervioso.

—A mí se me ocurre… —Culcas empezó un tanto dubitativo, pero enseguida fue directo al grano—. Mira Indo, voy a ser sincero contigo. Lo que yo deseo es asociarme con vosotros, es lo que siempre ansié. Quiero participar de vuestro negocio de salazones y garos. Esa es mi proposición —concretó, y antes de que Indo tuviera tiempo de valorarla, el astuto minero echó un poco más de cebo a la carnaza—. Claro que si no te parece bien, renunciamos al desafío y tan amigos.

Pero eso era, precisamente, lo último que quería Indo. Había llegado con una buena propuesta y se encontraba con que lo que se le exigía era muchísimo más. Estaba claro que el artero Culcas adivinaba su desesperación y quería exprimirle al máximo.

—¿Asociado? —preguntó, casi temblándole la voz—. Y, ¿cómo de asociado?

—Seríamos dos socios: tu padre y yo. Lo justo es repartir a partes iguales.

—¿Quieres la mitad de la explotación? —, preguntó el joven verdaderamente alarmado. “¡Canalla!”, pensó.

—Sí, esas son mis condiciones para el combate. Pero si no te parecen aceptables…

Culcas volvía a su estrategia, mientras un torbellino de ideas y pensamientos abrumaba la mente de Indo.

—¡Accedo! —exclamó de repente el hijo de Attenes, que a duras penas podía contener su furia. Pero estaba atado de pies y manos, y dispuesto a aceptar eso, y más que se le hubiera exigido.

Sabía que no podía abandonar aquella casa sin cerrar el desafío. Era eso o el destierro de por vida.

—Bien —el rostro del magnate minero era de completa satisfacción—. Entonces, el doble de plata de nuestra última apuesta…

El corazón de Indo se rebelaba ante el abuso, y ya que con

aquella apuesta su destino y el de su familia quedaban definitivamente comprometidos, se atrevió a hacer un último envite:

—¡El triple! —le miraba fijamente, mientras sentía resbalar el sudor de sus axilas— ¡Ha de ser el triple! Yo estoy dispuesto a exponer mucho más de lo que había previsto. Tú también has de hacerlo. ¡Es lo justo! Claro que si no… —ahora era él quien tentaba la rapacidad del dueño de la casa.

Aquellos breves momentos fueron para el hijo de Attenes los peores de su vida. La apuesta era arriesgadísima, porque si Culcas no consentía, él se vería obligado a desdecirse, y entonces, seguramente, las exigencias que le impondría serían aún mayores.

Los ojos del comerciante tampoco pestañeaban, y la respuesta tardaba en llegar. Un sudor frío empezó a apoderarse de él. Quería irse de allí cuanto antes. Empezaba a temer que el sonriente y enjuto Culcas le quitara incluso el aire para respirar.

—Ja, ja, ja… —rió el viejo con estrépito—. Repito que eres más listo de lo que cree tu padre. Ja, ja, ja…

Indo permanecía serio, sin esbozar el más mínimo gesto.

—¡Que sea el triple! —confirmó—. Entonces, será el triple de plata de nuestra última apuesta a cambio de vuestras tierras lindantes con mi mina del noroeste y de la mitad del negocio de salazones y garos. ¿Es así? —y como Indo aprobara el trato con un simple asentimiento de cabeza, Culcas continuó—. ¿Y las demás condiciones?

—Las mismas que la última vez.

—Me parece bien. El combate se celebrará aquí y cada uno traerá sus testigos —en ese momento, Culcas le ofreció su brazo, que el joven se apresuró a estrechar—. Todo está hablado. Sólo queda que el magistrado dé su aprobación.

Cuando Indo abandonó la hacienda, era tal su ofuscación que ni su propio espíritu sabía si sentirse aliviado o aterrorizado. Al final, él había impuesto su voluntad, bueno, más bien Culcas había concedido aumentar la cantidad de plata que se jugaría, pero era tal la magnitud de lo que arriesgaba… Sólo una cosa le mantenía entero, la misma que le había llevado hasta allí, la que le alentó a aceptar tamañas condiciones, y a ella debía agarrarse.

Si había aceptado lo inaceptable, lo que nadie en su sano juicio hubiese admitido, era porque…, ¡no iba a perder nada! Stena vencería y ahí se solucionarían todos sus problemas, los de ahora y los de antes, porque recuperaría sobradamente lo perdido y también la confianza de su padre.

Únicamente en eso tenía que pensar.

El magistrado, aunque era la primera vez que se presentaba un

caso semejante, en el que se apostaba algo más que bolsas de oro y plata, validó con sorprendente celeridad el trato al que habían llegado los competidores, y a ello no fueron ajenas las presiones de Culcas…

—Al fin y al cabo —razonaba el influyente gadirita—, en este momento, estando sus padres fuera de Gádir, él manda en la Casa de Attenes, y cualquier acuerdo que bendiga relacionado con los bienes de la familia debe constituir un compromiso para toda ella. ¡Es de justicia!

El magistrado asentía con convicción.

—Y si los dioses me conceden la victoria —añadió finalmente, poniendo en la mano del representante del gobierno de Gádir una copa de vino—, lógicamente habrá algo para ti.

# CAPÍTULO 22

**Año 477 a. C.**
**Principios de agosto.**
**Turdetania. Sur de Iberia.**
**Ciudad de Gádir.**
**Combate a muerte.**

El primer y largo ataque de la guerrera de Cartago fue sorteado con solvencia por la vetona, que, echando mano de su experiencia y sin apenas ceder terreno, detenía una y otra vez sus golpes.

La segunda acometida fue casi idéntica a la primera, igual de brutal, igual de furibunda. Su adversaria movía las espadas casi siempre de arriba hacia abajo, imitando el martilleo del herrero sobre el yunque, alternando de cuando en cuando golpes en diagonal.

Mientras Indo, a pesar de la enorme angustia que le embargaba, mantenía impasible el semblante, Culcas sonreía desde la tribuna. Lo que estaba presenciando era un calco del combate anterior contra Gesela. La guerrera negra, plena de arrojo, armonía y plasticidad, descargaba velocísima su mortífero vendaval de espadazos, mientras su oponente se defendía como podía y empezaba a retroceder. De un momento a otro conseguiría herirla, y él pasaría a convertirse en el hombre más poderoso de Turdetania, seguramente de toda Iberia.

El rico minero acrecentó su atención. Su luchadora iniciaba un nuevo ataque, y podría ser el último.

La embestida fue igual de resuelta y salvaje que las anteriores, y llegó acompañada de los mismos rugidos intimidantes, pero, de repente, a mitad del ataque, el aullido de la cartaginesa se trocó en grito de dolor, al tiempo que la espada que sostenía en su mano izquierda volaba por los aires y caía sobre la arena, lejos de su alcance.

Indo, con los nervios desatados, saltó de su asiento y se apoyó en la barandilla. Su rostro se iluminó de júbilo al comprobar que el arma perdida no era de la vetona.

Atónita, la guerrera de Cartago reculó unos pasos. Claramente marcado sobre el brazal de hierro que protegía su antebrazo izquierdo estaba la huella del golpe recibido. No lo había visto llegar.

Alzó la vista y miró a su oponente como si la contemplara por primera vez.

La guerrera de Culcas tenía el brazo completamente entumecido. La dureza del golpe recibido no era normal, y en todo caso no se conseguía entrenando con otras mujeres en una escuela de lucha

gadirita, ni siquiera de Cartago. ¿De dónde sacaba aquella mujer tanto vigor?

Pero no era sólo eso lo que la tenía desconcertada. Desde el mismo inicio del combate, se había dado cuenta de que aquella mujer era diferente a cuantas se había enfrentado anteriormente. La manera de desplazarse o de mantener la posición, su vigor, sus fintas y amagos, la serenidad con que desbarataba sus ataques… ¡Era como si le leyera el pensamiento, como si en cada momento supiera por dónde llegarían sus ataques!

Esa frialdad y contundencia sólo la conseguían quienes lograban sobrevivir a una batalla, a una guerra.

La cartaginesa se asustó.

¿Y si su rival no fuera una combatiente de palestra? ¿Y si se enfrentaba a una guerrera de verdad, de uno de esos pueblos salvajes del interior o del norte de Iberia?

No sabía cuánta verdad había en sus pensamientos. Y aún se quedaba corta. Stena era aun peor enemiga de lo que ella nunca podría imaginarse.

La luchadora de Culcas, espada en alto, trataba de mantener a su rival alejada, mientras cedía terreno lentamente. Sus pies la habían llevado ante la única puerta que había en la palestra, la que daba al túnel y a las estancias de los sirvientes y de los luchadores, la que conducía a la vida o a la muerte. Y allí se detuvo, sudorosa, confusa, amedrentada.

Los ojos de la vetona destellaron siniestramente. Tras esa puerta estaba su libertad, y la guerrera de Cartago era lo único que se interponía. No dudó. Sabía muy bien que en la batalla hay que ser implacable con el enemigo. Matarlo deprisa y buscar al siguiente, antes de que fuese él quien te buscase.

En apariencia, la guerrera de Culcas todavía era una rival de cuidado, conservaba una de sus letales espadas y toda su fuerza y agilidad. Pero nada más lejos de la realidad.

Junto con su arma, había perdido también su entereza. Era una experta en combatir con dos espadas, quizás la mejor, por eso la habían llevado a Gádir. Con ellas en las manos, sus brazos y piernas se movían armoniosamente, y sus ataques se sucedían tan rápidos y sincronizados que eran muy difíciles de detener. Pero ahora tenía la sensación de haber perdido el brazo entero y, sencillamente, no sabía luchar así, no tenía equilibrio, ni cadencia… Ni esperanza. Percibía la muerte muy cerca.

Vio que su enemiga se preparaba para atacar.

Y se anticipó.

Acompañado de un salvaje rugido procedente de lo más profundo de su lejana tierra, se impulsó contra su enemiga con tal

ímpetu que la hoja de su espada se partió al estrellarse contra el saliente de hierro que coronaba la parte central del escudo con el que aquella se defendía, y su propio empuje la hizo trastabillar y perder el equilibrio.

Al chocar contra la arena, el cuerpo de la guerrera cartaginesa estaba ya descabezado, mientras una pavorosa imprecación y un grito de júbilo se elevaban al unísono desde la tribuna.

Sin el menor gesto de celebración, Stena pasó por encima del inerte cuerpo de su oponente, abrió la puerta de una fuerte patada y abandonó la palestra.

Los asistentes al combate permanecían absortos en el cadáver de la guerrera negra, de cuya tremenda herida continuaba manando sangre, una sangre cada vez más espesa, una sangre sin resto alguno de insolencia, una sangre como la de todos…, roja.

ooOOoo

Aquella misma tarde, desoyendo los ruegos y las generosas propuestas de Indo para que se quedara y se convirtiera en la campeona de Gádir y de toda Turdetania, Stena, a lomos de su caballo, y llevando otro de la brida, partió hacia el norte, siguiendo la misma ruta que le había llevado hasta allí.

Cualquiera que desconociera esas tierras podría muy fácilmente errar el camino, pero ella llevaba grabados en su mente de cazadora algunos accidentes del terreno, como roquedales y barrancos, el gran río Betis y la caprichosa silueta de algunas cumbres, que sin duda evitarían que se extraviase.

Durante todo el viaje, Stena estuvo dudando entre ir directamente a las montañas en busca de quienes la habían capturado o regresar a Ipolka, donde estaría Ramaro, presa de la preocupación y el desasosiego, esperando su regreso. Le imaginaba subido en lo alto de la más alta de las torres de la ciudad, oteando sin descando el horizonte y suplicando a los dioses por su vuelta.

Pero Ramaro era fuerte y podía esperar.

No, definitivamente no entraría en Ipolka, aún no. Había pensado mucho en lo sucedido y tenía la certeza de que Ildutas no fue ajeno a ello, de modo que, por el momento, deseaba que ignorara su retorno.

Cuando desde la lejanía divisó el contorno de las murallas de Ipolka, su corazón se alegró tanto como se le encrespó el alma. Estaba segura de que en algún lugar de aquellas montañas que se vislumbraban al norte estaban sus captores. ¡Y los soprendería!

Pero la sorprendida fue ella, y no era extraño, porque llevaba dos jornadas sin apenas bajarse del caballo, subiendo y bajando cerros, vadeando ríos, escrutando continuamente el terreno, y

estaba exhausta.

Desde que dejó atrás el gran poblado túrdulo y se internó en aquella extensa y áspera serranía donde casi una luna antes fue apresada, varios ojos la vigilaban, y al atardecer, cuando, confiada, se disponía a acampar, aquellos hombres le salieron al paso.

—Mirad a quien tenemos aquí —dijo repentinamente uno de ellos surgiendo de entre el boscaje—. Si es nuestra amiga, la famosa guerrera vetona.

Stena no los había oído llegar, y la brusca voz de aquel hombre la sobresaltó. Eran tres, y armados hasta los dientes, a pesar de lo cual su rostro no sólo no mostró temor, sino que se expandió en una amplia sonrisa. Estaba desarmada, pero sabía cómo dominar a aquellos tipos.

—¡Por todos los dioses! ¡Qué susto me habéis dado! —los jóvenes guerreros también reían divertidos— ¿Qué hacéis por aquí?

—Te estamos buscando. No hemos parado de hacerlo desde que desapareciste —ella, como por ensalmo, parecía haber recuperado la energía—. No tienes demasiado mal aspecto, se te ve cansada…

—Y un poco sorda —añadió otro de ellos. Y todos rieron.

—¿Dónde has estado?

—Muy lejos de aquí, en una gran ciudad del sur llamada Gádir, donde viven los turdetanos. Está junto al mar —los rostros de los tres jóvenes reflejaban asombro. Nunca habían oído hablar ni de Gádir, ni del mar, ni de los turdetanos—. Unos hombres me sorprendieron cuando cazaba con Ildutas, me capturaron y me llevaron hasta allí para entregarme a un jovencito muy simpático que… Pero ya os lo contaré más tarde. Ahora, decidme, ¿qué ha pasado por aquí durante mi ausencia?

Cuando le dijeron que Ramaro había regresado a Carpetania hacía casi media luna, fue el rostro de Stena el que reflejó asombro…, y decepción.

—No paró de buscarte ni un sólo día —le siguieron contando—. Venía solo y pasaba aquí los días y las noches, rogando a los dioses para que aparecieras. Estaba agotado, abatido, enfermo de angustia y de tristeza…, pero él no hacía caso a nadie y seguía recorriendo estas malditas montañas. Finalmente, pudimos convencerle para que se fuera. Pensamos que lo mejor para él era alejarse de aquí…

Stena, con semblante grave, asintió con la cabeza. Ahora comprendía el por qué de la ausencia de su compañero

—¿Y vosotros?

—Él se fue, pero la búsqueda continúa. Aquí estamos, día sí, día también persiguiendo fantasmas…, y alguno hemos encontrado.

—¿Qué quieres decir?

—Que estos montes no están tan deshabitadas como parecen —

Stena entornó los ojos y aguzó los oídos—. Tenemos localizadas varias madrigueras de merodeadores.

La perspectiva de un reencuentro con los bandidos que la capturaron hizo que su corazón palpitara con fuerza.

—Mañana les haremos una visita —decidió Stena—. Esta noche acampamos aquí.

Si Ramaro se había ido, no hacía ninguna falta volver a Ipolka, al menos no antes de pasar a saludar a sus dos "amigos".

ooOOoo

—¡Maldita sea, éstos tampoco son! —exclamó Stena en un susurro, con un gesto de frustración.

Visitar aquellos dos campamentos les había llevado casi toda la jornada.

—Un día perdido —dijo en un suspiro uno de los guerreros carpetanos, una vez que se hubieron alejado lo suficiente del refugio que acababan de inspeccionar.

—Pues por esta parte de la sierra no hemos hallado ningún escondrijo más —añadió otro sin poder ocultar su desaliento, al tiempo que echaba pie a tierra como el resto de sus compañeros—. Estos eran los más cercanos a Ipolka, pero hay otros.

Mientras los tres jóvenes discutían por dónde continuar la exploración, Stena se había separado de ellos y escudriñaba el horizonte, pensativa.

Ante sus ojos se extendía una inmensa cordillera, y aunque la rastrearan entera, nunca estarían seguros de haber descuidado alguna guarida. Era inútil seguir la búsqueda esperando que los dioses les favorecieran. ¡Qué podía esperar de unos dioses que la habían maltratado tan cruelmente!

Tenía que haber otra manera de dar con el paradero de los dos matones. Estaba segura de que no andaban lejos, ¿pero…, dónde?

"Buscar, buscar...", Stena se enfadaba consigo misma. "¡Ya he dicho que buscarlos por aquí es inútil! E imposible hacerlo en Ipolka sin llamar la atención".

"Piensa, Stena, piensa".

Los tres carpetanos se acercaron a ella.

—Creemos que deberíamos continuar la búsqueda por el este, por allí la sierra cae un poco y se acerca a la ciudad. Quizás… —el joven se percató de que la vetona no parecía prestarle atención—. ¿Me estás escuchando?

—¿Eh? —dijo ella girándose, al sentir una mano sobre su hombro—. ¿Qué pasa?

—Decía que creemos que la mejor zona por la que seguir buscando…

—¿Buscar, dices? —replicó ella mostrando en los labios una triunfante sonrisa—. ¡No vamos a buscar más!

Sus compañeros la escucharon atónitos.

—Entonces, ¿regresamos a…?

—No iremos a ningún sitio.

—No buscaremos más, no iremos a ningún sitio… —sin duda tanta tensión la había trastornado—. ¿Qué hacemos entonces, nos sentamos a esperar a que "tus amigos" vengan a entregarse?

Stena se le quedó mirando con semblante graciosamente sorprendido.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó, mientras ellos se miraban unos a otros confundidos. Había enloquecido, no había duda alguna. ¿Qué sería lo mejor en estos casos? ¿Atarla? ¿Atizarla un buen golpe en la cabeza?

—Tranquilos, sé muy bien lo que digo. Escuchad, esto es lo que haremos…

Cuando hubo terminado de hablar, los tres estuvieron de acuerdo en que era un buen plan, no infalible, pero, dadas las circunstancias, acaso el único con probabilidades de dar buenos resultados en un tiempo razonable, de modo que, sin más, montaron de nuevo y regresaron sobre sus pasos, en dirección al campamento que acababan de visitar.

ooOOoo

Dos hombres de muy mala catadura charlaban acuclillados al amor de la lumbre, mientras desgustaban trozos de carne recién asada. Cerca de ellos, un tercero, con un arco cruzado a la espalda, se afanaba en enjaezar su caballo. Los tres portaban pequeñas dagas trabadas a sus toscos cintos.

Cuando dos de los guerreros carpetanos, armados con lanzas y escudos, y con sus espadas colgando de los tahalíes, entraron en su campo de visión, los bandidos adoptaron rápidamente actitudes defensivas. El recelo y la inquietud brillaban en sus ojos.

—Hola, amigos —dijo de inmediato uno de los recién llegados en tono apaciguador, deteniéndose a una veintena de pasos de la hoguera—. No os alarméis, sólo queremos hablar.

El que se encontraba más apartado, se movió hacia su derecha, con la intención de parapetarse tras su caballo, pero, al instante se vio obligado a desistir.

—¡Sólo queremos hablar! —gritó el tercer carpetano, surgiendo de repente de entre el follaje, con la lanza lista para ser arrojada.

Al verse rodeados, los tres hombres se reunieron resignados en torno al fuego.

—Buscamos a dos hombres para encargarles un trabajo.

—Haber empezado por ahí —dijo uno de los merodeadores, mostrando una sonrisa pretendidamente amistosa—. Aquí nos tenéis para lo que haga falta.

—No, no es a vosotros a quienes buscamos —la voz era grave, sin pizca de familiaridad—. Quien nos manda quiere a otros, a los mismos que le han prestado buenos servicios en ocasiones anteriores.

Y a continuación pasó a describir a los dos hombres que capturaron a Stena, sin olvidar mencionar que al más joven y corpulento, posiblemente le faltara parte de la nariz. Hubiera sido más sencillo dar sus nombres, pero la vetona no los conocía. Curiosamente, durante el tiempo que pasó con ellos, aquellos tipos nunca los mencionaron.

—Los conocemos —apuntó enseguida uno de los sujetos.

—Pues avisadles. Decidles que, si les interesa un nuevo trabajo, acudan al mismo lugar donde cazaron la última pieza con destino a Gádir.

—Se lo diremos, amigo, ¿pero qué ganamos nosotros?

El joven guerrero ya se esperaba aquella pregunta, de modo que echó mano a una bolsa de piel que colgaba de su cinturón, extrajo un puñado de fragmentos de plata y los arrojó a sus pies, sobre la tierra que rodeaba la hoguera.

—Ahí tenéis una parte. Habrá más cuando nuestros amigos aparezcan.

—Pero no esperaremos mucho —terció otro de los carpetanos—. Si en dos jornadas no vienen, tenemos órdenes de marcharnos.

Al mismo acuerdo llegaron con los “huéspedes” del otro campamento, y en ninguno de ellos Stena se dejó ver.

Ya sólo restaba esperar.

La suerte no tardó en sonreírles. A la mañana del segundo día, desde la boscosa atalaya que les servía de observatorio, vislumbraron a dos jinetes que se aproximaban, a los que Stena no tardó en identificar como sus captores.

La vetona estaba segura de que llegarían por ese camino, el más directo desde Ipolka.

—Supongo que dispondrán de abundante plata, la ganada con mi apresamiento —les había explicado—. Si estuvierais en su lugar, ¿adónde iríais a divertiros?

No obstante, uno de los guerreros se hallaba vigilando el lugar en el que ella había sido sorprendida y capturada, en previsión de que sus dos “amigos” llegaran allí por otra ruta.

Y en uno de los muchos parajes propicios de la serranía, Stena y sus dos compañeros les salieron al paso.

Los bandidos, aún lejos del lugar de la cita, cabalgaban

confiados, discutiendo todavía si hacían o no bien en acudir, de modo que cuando se vieron sorprendidos por aquellos tres guerreros bien armados que con sus lanzas les conminaban a detenerse y descabalgar, no opusieron la menor resistencia.

En un principio, la sorpresa y el hecho de que ambos bandidos centraran su atención en el guerrero que tenían ante ellos sujetando con firmeza los ronzales de sus caballerías, les impidió fijarse en su antigua cautiva, que había surgido a sus espaldas, pero cuando, una vez desarmados y desmontados, se percataron de ello, su asombro se convirtió en terror.

Stena se acercó a los prisioneros con paso firme y mirada resuelta, y sin decir palabra, golpeó con el astil de su lanza la nariz aún supurante del grandullón, el cual, al tiempo que con ambas manos se protegía la cara, profirió un aullido que por su agudeza más parecía el de una mujer.

—Tengo poco tiempo —dijo entonces con voz potente— y muchas ganas de mataros. Os lo voy a preguntar sólo una vez, y si vuestra respuesta es la misma, viviréis, pero si no lo es, o alguno de los dos no contesta, o se retrasa al hacerlo, estaréis muertos un instante después.

Para reforzar la amenaza, los dos guerreros carpetanos dieron un paso adelante, presionando levemente con sus lanzas los vientres de los bandidos.

—¿Verdad que es sencillo? —continuó Stena sonriendo maliciosamente.

Ambos asintieron rápidamente con la cabeza.

—¡Contestad! —les gritó de repente, llena de furia.

—Sí, sí —respondieron al unísono, pálidos y temblorosos.

—Así está bien, me gusta oír vuestras voces —dijo entonces, y a su voz tornaba la anterior frialdad—. Recordad, os lo preguntaré sólo una vez: ¡quién os mandó capturarme!

—¡Ildutas! —contestaron a la par, y a continuación ambos exhalaron un hondo suspiro de alivio.

—Acabáis de salvar la vida. Ahora quiero que sepáis otra cosa. Yo no voy a decirle a Ildutas que le habéis descubierto. ¿Lo entendéis? Por mí, nunca lo sabrá.

Y los dejó marchar, convencida de que ellos tampoco irían a contarle al hijo de Luxinio su delación, ya que eso supondría irremisiblemente su sentencia de muerte.

Los dos jóvenes guerreros carpetanos no ocultaban su deseo de regresar a Ipolka y dar su merecido al pérfido Ildutas:

—Podemos volver y liquidarle. No será difícil, porque va y viene continuamente, y oportunidades no faltarán.

Pero la vetona no tenía prisa, quería para él una venganza digna

de su traición, peor incluso que la misma muerte.

—No, ahora no es el momento —repuso tajantemente—. Recogeremos a Kompalko y retornaremos a casa.

# CAPÍTULO 23

**Año 477 a. C.**
**10 de agosto.**
**Norte de Carpetania.**
**Poblado de Ramaro.**

En cuanto avistó la Sierra de Ramaro, el corazón de Stena empezó a palpitar con fuerza, y cuando vislumbró el roquedal sobre el que se asentaba el poblado, su alegría se desbordó, y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no gritar y salir de estampida hacia él.

Revivía en carne propia las sensaciones que experimentó Ramaro cuando, después de que todos en su poblado le hubiesen dado por muerto, reapareció repentinamente al frente de una docena de jinetes vetones, entre los que ella misma se encontraba, que acudían en ayuda de los carpetanos para tratar de detener la invasión vaccea.

Ahora entendía su excitación y las emociones que le abrumaron en aquellos momentos de "resurrección", y su dificultad para expresarlas.

Y todo lo que imaginó, sucedió: primero, la estupefacción y la alegría; después, los gritos y la algarabía; a continuación, los besos, los abrazos y las lágrimas, y, por último, la celebración.

—¡Traed de beber y asad un ternero, el mejor! —vociferaba Ablón, que era quien encabezaba a los festeros—. Que suene la música y dé comienzo el banquete.

Pero en esos momentos lo que menos deseaba Stena era una larga y multitudinaria fiesta, ella venía pensando en un encuentro mucho más íntimo y sosegado.

—Mañana celebraré con vosotros todo lo que queráis —le explicó al buen olcade, echando por tierra sus planes—, pero ahora lo que necesito es descansar, nada de música, baile ni alboroto —y al decir esto echó una insinuante mirada a Ramaro que despertó algunas sonrisas.

—Está bien, está bien, te dejaremos "descansar" —concedió el olcade con guasa—. Permitiremos que el ternero viva un día más.

—¿Y la cerveza? —preguntó uno de sus acólitos, con el espanto reflejado en el semblante—. ¿Qué hacemos con la cerveza?

—¡Bebérnosla, por todos los dioses! —replicó de inmediato el buhonero simulando estar furioso—. Devolver la cerveza al almacén sin catarla, es como desenvainar la espada y no teñirla de sangre. Una sandez impropia de grandes guerreros como nosotros.

—¡Así se habla! —aprobaron los demás.

Y acto seguido, se hicieron con varios pellejos bien colmados y,

al tiempo que empezaban a marcar el paso y entonar una canción guerrera, abandonaron el poblado con rumbo desconocido, para contemplar la puesta de sol, y quizás también su salida.

A pesar de los últimos e intensos acontecimientos vividos y de la larga cabalgada desde tierras túrdulas, Stena se encontraba pletórica de energía y dispuesta para la pelea. Necesitaba a Ramaro, y no precisamente para contarle sus penas ni sus aventuras, ya habría tiempo para eso. Pero, para su sorpresa, él se mostraba con ella bastante frío…, o tímido. Como preocupado.

"¿Qué le pasará a éste?", pensaba Stena. "Será que su cabeza todavía no cree lo que ven sus ojos. Bueno, enseguida comprobará que no soy ningún espíritu, que soy de carne, de carne viva y bien viva".

Ya anochecía cuando los dos jóvenes entraban en la casa. Tras cerrar la puerta, Stena se recostó en ella y atrajo hacia sí a Ramaro, fundiéndose ambos en un largo beso, un beso que a la vetona no satisfizo.

Escamada, abrió los ojos dispuesta a preguntarle qué diantres le ocurría, pero se quedó boquiabierta, incapaz de proferir palabra o sonido alguno. De una de las estancias de la casa acababa de surgir una blanca figura que, a pesar de la semioscuridad reinante, identificó sin ninguna duda como femenina. Y joven.

Confundida, sin perder de vista la aparición, apartó inmediatamente a Ramaro de su lado.

—¿Quién es esa? ¿Qué hace en nuestra casa? —preguntó, mientras en su cabeza se agolpaban todo tipo de pensamientos, ninguno tranquilizador.

El joven carpetano no tuvo tiempo de contestar, porque para Stena las sorpresas no habían hecho más que empezar.

—¿Y esas dos niñas? —inquirió a continuación, con creciente pasmo—. ¡Por todos los dioses! ¿Quiénes son? ¿Qué hace aquí tanta gente?

Ramaro miraba a Stena con cara de circunstancias.

—Ella es un regalo para mí… —se apresuró a explicar, y después no supo cómo seguir.

—¿Un regalo? ¿Cómo que un regalo? ¿De quién? ¿Por qué alguien te iba a regalar…, eso? —el embrollo que tenía Stena en la cabeza se desbordaba en un río de preguntas.

¡Hacía una luna que la habían capturado para llevarla a Gádir y su hombre ya la había sustituido por otra! Eso sí que no se lo esperaba, de él, no. Ahora comprendía su extraña actitud, su conmoción al verla aparecer y su frío recibimiento. No era incredulidad, era remordimiento. El muy bellaco se sentía culpable.

—Es túrdula —Ramaro empezaba a confesar—, me la ha

enviado Luxinio. Al verme tan apenado…, y creyendo que tú, quizás, estarías muerta…, me la mandó. Llegó hace cinco días…, creo…. ¡Te juro que para mí fue una sorpresa!

Stena se había acercado a la joven y, aunque con suavidad, la había empujado hasta el hogar. Allí, bajo la mirada de las dos niñas y a la luz del pequeño fuego que ardía en un rincón de la estancia, la examinó con detenimiento.

Era una preciosidad, algo más alta que ella, y también más joven y esbelta, y seguramente hasta más guapa. Sus ojos oscuros, de mirada tímida y sagaz, más curiosa que asustada, le daban un aspecto encantadoramente frágil, mientras que su largo cabello negro, que llevaba recogido en dos gruesas trenzas, contribuían a hacer de ella el mejor regalo que un hombre pudiera desear.

—¿Y…, te ha…, quitado la pena? —preguntó la vetona algo azorada, temiendo la respuesta.

—¿Si me ha quitado la pena? No entiendo.

O se estaba haciendo el tonto o se sentía tan abochornado y confuso que había perdido su acostumbrada viveza.

—¡Que si la has metido en nuestra cama, maldita sea! —repuso ella a punto de perder los nervios—. ¡Que si…, has fornicado con ella!

—¡Claro que no! —repuso él, ofendido— ¿Cómo has podido creer que yo…, que iba a…?

—¡Pues hay que devolvérsela a Luxinio! —zanjó con decisión.

—Imposible.

—¿Cómo que imp…?

—Ya lo intenté —aclaró el joven carpetano rápidamente, antes de que ella se irritara todavía más—. Les dije a quienes la trajeron que no la quería, que se la llevaran, pero se negaron. No aceptarla sería un grave insulto para Luxinio —en ese momento, él la tomó de las manos y su voz se quebró—. Lo hizo porque…, por el cariño que nos tiene…, pensando que hacía bien…

Stena estaba hecha un lío y, para ganar tiempo, se encaró con las dos niñas.

—¿Y estas dos?. No me digas que también te las ha regalado Luxinio.

—Pues sí…, y no. Ellas son un regalo para ti —el desconcierto de la vetona la dejó muda—. Pero mío, no de Luxinio.

La guerrera no sabía qué hacer. Miraba a Ramaro, a la túrdula, a las niñas y, finalmente, se sentó en una silla y suspiró profundamente.

—Explícate.

Escuchada toda la historia, la joven se apaciguó completamente, dirigió su acuosa mirada hacia las pequeñas y extendió los brazos,

invitándolas a que fueran a su lado.

Mientras las abrazaba, Stena fijó la vista en la túrdula. Imaginaba por lo que estaría pasando. Sola, alejada de su tierra y de su gente, en medio de una inhóspita montaña, en manos de extraños… Pero no parecía triste, ni desvalida. Se mantenía firme y serena, ni una lágrima, ni una súplica, ni la menor sombra de melancolía en su mirada. Empezaba a sentir afecto por aquella muchacha.

"¡Pero aquí no puede quedarse!", se dijo a sí misma, apartando aquellos emotivos sentimientos de su cabeza.

—Bueno —dijo Stena, finalmente—. ¡Vosotras, niñas, a dormir! Y mañana veremos qué hacemos contigo —añadió dirigiéndose al regalo de Luxinio—. Ahora, mi hombre y yo tenemos cosas urgentes que atender.

El dormitorio estaba en tinieblas y únicamente la pálida luz de la luna que penetraba por el ventanillo les permitía verse. Ramaro no hablaba, se limitaba a mirarla de una manera que a ella le hizo estremecer.

—¿Qué pides por decirme lo que estás pensando? —le preguntó ella sonriente, acercándose aún más a él.

—Que me dejes hacerte lo que estoy pensando —repuso Ramaro con gesto pícaro.

—Entonces, mejor no me lo digas —dijo ella, sintiéndose extrañamente complacida—. Sólo hazlo.

Pero entre caricia y caricia, aún tuvieron tiempo de decidir qué hacer con la chica. Stena creyó que sería buena idea que conociera a sus amigos vetones: a Terkinos, su padre y jefe del clan; a Ana, la chamán, y al resto de sus amigos, sobre todo a Redukeno. Estaba segura de que, a poco que se les indujese, el bravo guerrero y la joven doncella se entenderían a las mil maravillas.

Y pensando en ello, bañada toda su faz en una tenue sonrisa, su espíritu terminó de serenarse.

ooOOoo

Exactamente diez días después de su regreso, Stena volvía a partir hacia Ipolka.

No era el mejor momento para viajar hacia aquellas tierras del lejano sur, quemadas por el sol. Estaban en pleno estío y los bosques y montañas del norte de Carpetania eran el mejor lugar donde protegerse del calor, pero el asunto de Ildutas no admitía más demora. El vano y desalmado túrdulo bebería un buen trago de su propia medicina.

Si todo salía como estaba previsto, el viaje no les llevaría más de media luna, de modo que Ablón enganchó sus dos asturcones a un

carro, metió en él todo lo necesario, incluida Elbura, y, con un guerrero abriendo la marcha y Ramaro y Stena a los costados, los cinco, en amena charla, se pusieron en camino.

El plan era sencillo.

Acamparían en las faldas de la serranía, en algún otero o altozano desde el que tuvieran una buena perspectiva de los caminos que conducían al gran oppidum túrdulo, y allí esperarían el regreso de Ramaro, que sería el único de ellos que lo visitaría.

Avanzaba la mañana cuando, con un aspecto pálido y ojeroso, propio de quien ha perdido a su compañera y le cuesta seguir viviendo, el joven guerrero de rostro rasgado se presentó en la mansión de su amigo, el gobernante Luxinio…

El sorprendido dirigente túrdulo corrió a recibirlo.

—¡Sé bienvenido, Ramaro! —le dijo sonriente, mientras ambos se miraban con intensidad y se estrechaban los antebrazos con recias sacudidas—. ¡Qué alegría me da verte! ¡Qué te trae de nuevo por aquí! De Stena aún…

—Necesito que me ayudes —le interrumpió lacónicamente el carpetano.

—¡Pues claro! —repuso el túrdulo de inmediato, al tiempo que le pasaba un brazo por la cintura y le acompañaba al interior de la casa—. Pídeme lo que quieras.

Ramaro no tenía que disimular su angustia ni su abatimiento, porque eran precisamente esos los sentimientos que le embargaban. Sabía que el merecido castigo a Ildutas llevaría aparejado un gran dolor para su padre y el resto de su familia, por los que sentía sincero afecto.

—El último deseo de Stena —le explicó Ramaro a su amigo, que le veía cada vez más compungido— fue cazar uno de esos pequeños venados que moran en las montañas… —Luxinio asentía tristemente—. Y no pudo cumplirlo. Yo lo haré por ella, y si consigo abatir alguno lo ofrendaré a los dioses para que otorguen eterno descanso a su espíritu.

—Esa pretensión te honra, Ramaro, y seguro que la divinidad te será favorable. Organizaremos una cacería para mañana mismo, y así…

—¡No! —le interrumpió bruscamente el joven—. No deseo que prepares una gran cacería. Quiero hacerlo como ella lo hizo, en la sola compañía de tu hijo, y deseo que sea ahora mismo.

—¿Meteros los dos solos en esas montañas? —el anciano le miraba estupefacto —¡Ni hablar! Esa sierra está maldita. ¿Sabes que, además de Stena, tus tres guerreros también desaparecieron en ella? Una mañana se marcharon y jamás volvieron. ¡No, no permitiré que vayáis solos!

—Solos, Ildutas y yo —repitió inmutable Ramaro, como si no le hubiera escuchado.

—¡No lo…!

—Como fue ella —siguió el joven con voz monótona y firme, carente de inflexión.

El dignatario túrdulo calló. El muchacho estaba totalmente ofuscado y era imposible razonar con él. Parecía como si una energía superior guiara su voluntad y hablara por su boca. “Está bien”, pensó, “no seré yo quien le lleve la contraria”.

—Será como deseas —concluyó finalmente, resignado.

A Ildutas le sentó muy mal tener que abandonar su lecho a hora tan temprana y, aún peor, verse obligado a disfrazarse de cazador y llevar al maldito héroe a cazar corzos.

—Él estuvo recorriendo esas montañas durante días buscando a su hembra. Seguro que las conoce mejor que yo —trataba de explicarle a su padre en un último intento por ser eximido de aquel fatigoso y sudoroso trabajo.

—Quiere volver allí en las mismas condiciones en que lo hizo Stena —Luxinio hablaba muy despacio, esforzándose por contener su ira—, y eso significa que quiere volver allí…, ¡contigo! ¿Entiendes?

—Pero…

—¡Ildutas…!

El mensaje de su progenitor, que le miraba con el rostro encendido y los puños crispados, era muy claro: “Al siguiente intento de huida o mínima excusa que me pongas, me abalanzo sobre ti y te arranco la cabeza de cuajo”.

Y así lo interpretó el joven.

—Está bien, padre.

ooOOoo

Acababa el sol de alcanzar su punto más alto en la bóveda celeste, y sus implacables rayos castigaban ya severamente a quien osaba desafiarlos, cuando Ramaro dijo:

—Vayamos por allí.

La orden fue tan imprevista y tajante que sobresaltó a Ildutas.

Se hallaban en las primeras estribaciones de la sierra, y aquellas eran las primera palabras que había pronunciado Ramaro desde que abandonaran Ipolka.

Sin tomarse la molestia de preguntar siquiera el porqué de aquella decisión, el túrdulo desvió su cabalgadura hacia el este, dirigiéndola adonde indicaba el melancólico carpetano.

—Como tú mandes —y añadió para sí: No pienso discutir. Cuanto antes acabemos, antes te perderé de vista.

Tras otro largo silencio, Ramaro divisó a lo lejos, en medio de la floresta, el carromato en el que esperaban Ablón y los demás, y sin decir palabra se dirigió hacia él.

Ildutas también lo atisbó, y estuvo tentado de recordarle que aquella no era una buena idea, porque en aquellos montes cualquier carro se convertía en objetivo preferente de los bandidos, pero no lo hizo. Al fin y al cabo, eso ya lo sabía Ramaro, y si obraba así, sus motivos tendría.

El carro reposaba en un pequeño claro, en medio de una pedregosa ladera, y no se veía a nadie en sus proximidades. Parecía abandonado.

—Desmontemos —ordenó Ramaro, tan firme y seco como antes.

—Puede que lo hayan atacado los bandidos —señaló Ildutas, mientras echaba pie a tierra. Aunque el hecho de que aquellos dos extraños caballos negros, pequeños, robustos y cabezones, estuvieran todavía enganchados al pértigo no concordaba con el modo de actuar de los bandoleros.

—No, Ildutas, todavía no nos ha atacado nadie.

Al volverse hacia la voz, el túrdulo se quedó boquiabierto. Ante sí tenía a un hombre maduro, grueso, con el cabello recogido en una coleta, que había surgido sonriente detrás del carruaje, y al que jamás había visto.

—¿Me…, conoces?

—Claro —repuso Ablón caminando decididamente hacia él—, tenemos "amigos" comunes.

Ildutas frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Recuerdas a Stena? —ahora los ojos del joven se abrieron como platos, y le dio un vuelco el corazón—. Me ha hablado mucho de ti, de tu amable invitación para cazar esos pequeños venados tan sabrosos, de lo buen rastreador que eres y, también, de cómo la pusiste en manos de tus amigos.

—S…tena —balbuceó Ildutas—. Ella…, desapareció…

—Pero no para siempre —señaló el olcade dejando traslucir una siniestra sonrisa.

Al ver aparecer a la guerrera, el espanto del joven túrdulo fue tal que ni siquiera pensó en escapar ni en proclamar su inocencia.

—Fuiste muy "valiente" para enviar a una mujer a la muerte — era Ramaro el que, con un odio infinito en la mirada, se dirigía a él —. Veremos si lo eres para afrontar el mismo destino.

Al mismo tiempo, otro guerrero, al que ya conocía por tratarse de uno de los que quedaron en Ipolka para continuar la búsqueda de la vetona, se acercó a él y le ató las manos a la espalda, sin que él opusiera resistencia alguna.

—Bien, Ildutas, tenemos que irnos, nos espera un largo camino

hasta Arse —el veterano buhonero volvía a tomar la palabra—. Seguro que has oído hablar de Arse. Yo la conozco bien. Es una gran ciudad edetana, situada al lado del mar. De ella salen barcos hacia tierras muy lejanas, donde habitan los griegos…, y aún más allá —hizo una breve pausa y continuó—. ¿Sabes que una de las principales costumbres de los griegos es pelear? Siempre están metidos en alguna guerra, y tú, el joven más "bravo y valiente" entre los túrdulos, seguro que desea ayudarlos. Te aseguro que serás muy bien recibido.

Ildutas le oía, pero parecía no entender lo que decía: Arse, barcos, griegos, guerras… Su mente estaba tan embotada que creía que aquello no estaba ocurriendo, que vivía una pesadilla.

—El "héroe" túrdulo se ha quedado mudo. Será por la emoción —prosiguió Ablón con desprecio—. ¡Vamos. Hay que irse!

Estaban a punto de montar, cuando…

—Hola amigo. ¿Te acuerdas de nosotros? —seis mal encarados hombres acababan de surgir inesperadamente de la espesura. No cabía duda de que eran bandidos—. Nos visitaste hace pocos días, prometiéndonos mucha plata si encontrábamos a…

—Pero no los encontrasteis —se apresuró a contestar el aludido, dando un paso al frente—. No fuisteis vosotros quienes los hallaron.

—Sí lo hicimos… —corrigió socarrón el cabecilla del grupo—, aunque es cierto que no les dimos vuestro aviso. Queríamos el trabajo para nosotros, pero encontrarlos, los encontramos, ¿verdad, muchachos? ¡Queremos nuestra plata! —añadió, ya en tono claramente amenazador.

El guerrero carpetano posó la mano sobre el pomo de su espada y miró a Ramaro, que tenía sus ojos clavados en el jefe de la partida. Muy despacio, tras un momento de duda, el joven de rostro rasgado asió la oscura bolsa que colgaba de su cintura, la destrabó y se la arrojó al rufián, que la cogió al vuelo y la sopesó sonriente.

—Eres un chico listo —dijo sin perderle la cara a Ramaro—, pero esto pesa muy poco, amigo, no da para todos. Necesitamos más plata.

Ildutas, al que la irrupción de los merodeadores había sacado de su aturdimiento, vio en ellos la oportunidad de escapar al fatal destino que le tenían reservado los carpetanos. Prefería infinitamente caer en manos de aquellos bandidos, y negociar su libertad a cambio de un rescate, que la seguridad de ir a morir al otro lado del mar.

—Tened mucho cuidado con él —les advirtió presuroso, mientras daba unos medrosos pasos hacia ellos—. ¡Es un famoso guerrero carpetano! No os fieis.

—Con que un famoso guerrero carpetano... —repuso el matón

mirando a Ramaro de arriba abajo—. ¿No serás ese del que todos hablan en Ipolka, ese "Salvador de dioses"?

—Sí, sí. Es él —se apresuró a corroborar el joven túrdulo.

—No pareces muy fiero. Bien, luego me ocuparé de ti —añadió desdeñoso el jefe de los bandidos, y volviéndose hacia uno de sus secuaces, el único de ellos que portaba un arco, le ordenó que no le perdiera de vista—. Si intenta algo, le metes una flecha en el pecho. ¿Y, tú, abuelo? —continuó dirigiéndose ahora a Ablón—. ¿Tú eres otro famoso guerrero carpetano?

—No, muchachito —respondió el veterano en el mismo tono burlón—, yo soy un famoso guerrero…, olcade.

—¿Con que muchachito, eh…? —el bandido sonreía arrogante, mostrando su negra dentadura—. ¿Sabes? Todavía no he matado ningún olcade.

—Ni lo matarás —contestó Ablón con su proverbial serenidad.

—Vaya, te pones muy bravo para ser tan viejo y tan…, gordo. Habrá que darte una lección.

Por toda respuesta, Ablón aferró su lanza, desafiante.

—Veo que tienes prisa por morir —el matón avanzaba despacio hacia él, armado con una espada. Por un instante miró de reojo al arquero, que entendió claramente el mensaje.

En el mismo momento en que éste giraba levemente los hombros para enfilar a Ablón, la daga de Ramaro, con un sordo sonido, se le hundió hasta la empuñadura en la base de la garganta, justo por encima del esternón.

Al sentirse herido de muerte, el arquero emitió un siniestro estertor, y con el estupor reflejado en sus ojos, soltó el arco, cuya flecha escapó de él sin control, y se llevó ambas manos al cuello, mientras de su boca empezaba a manar sangre a borbotones.

Su cuerpo no se había derrumbado todavía cuando ya la lucha se había generalizado.

El siguiente en morir fue el que se emparejó con Stena. Nunca se había enfrentado a una mujer y creyó que acabar con ella sería cuestión de un momento. Y sin pensarlo más, atacó, dando por hecho que su primer golpe sería definitivo. Con la confianza reflejada en su semblante, y una certera estocada en el corazón, atravesó las puertas del Más Allá.

Sin perder un instante, Stena acudió en ayuda de Ramaro que, en esos momentos, armado únicamente con su pequeña espada arévaca, se defendía de dos bandidos.

A pocos pasos de ellos, Ablón, lanza en ristre, mantenía a distancia sin mayores problemas al jefe de la cuadrilla, que no veía hueco por donde asestar sus golpes, mientras que el cuarto bandido que aún quedaba vivo sostenía un duro intercambio de espadazos

con el otro guerrero carpetano.

De un vistazo, el mandamás evaluó la situación. Las fuerzas se habían equilibrado, bueno, más bien el número de oponentes, porque, lo que era la lucha, se inclinaba de forma clara del lado de sus enemigos, que llevaban la iniciativa en todos los enfrentamientos.

Quizás era el momento de escapar.

Aún dudaba, cuando el adversario de Ramaro, que engañado por una de sus fintas había alzado en demasía su pequeño escudo, profirió un grito de dolor y se desmoronó con una horrenda herida en su costado izquierdo, que le había segado varias costillas y lacerado un pulmón.

El cabecilla de los merodeadores no vaciló más. Aquel lugar se estaba tornando excesivamente amenazador, de modo que dio media vuelta y, sin vergüenza alguna, corrió hacia el boscaje donde habían dejado los caballos. Pero cuando ya se creía a salvo, un tremendo golpe en la espalda le hizo perder pie y le arrojó bruscamente contra el suelo, con la negra punta de una lanza asomando en su pecho.

El único bandido que logró salvar la vida fue el que peleaba con Stena, que viendo la suerte que corrían sus compañeros salió de estampida colina abajo como si le persiguieran todos los demonios.

Elbura, que lo había presenciado todo a través de las rendijas que dejaban las pieles que cubrían el armazón del carromato, estaba tan horrorizada como fascinada. Sabía que Ablón, Ramaro y Stena eran grandes guerreros, y también que habían tomado parte en combates y guerras, y matado a muchos enemigos. Pero una cosa era oírlo contar y otra muy distinta verlo hacer.

Tanto tiempo de paz le habían hecho olvidar que vivía entre guerreros, que el mismo hombre que era capaz de turbarse ante ella y hacerla reír con sus torpezas y sus bromas, lo era también de enviar a un hombre al otro mundo sin perder la sonrisa; que la bella y cariñosa Stena podía transformarse en una bestia salvaje y despiadada, y que, bajo un aspecto tímido y frágil, Ramaro escondía una precisa máquina de matar.

Pero lo que verdaderamente más la impresionó fue verlos tan tranquilos, sin mostrar la más mínima emoción, comportándose como si no hubieran arriesgado sus vidas, como si no acabaran de vencer a seis temibles enemigos.

Descendió de la carreta y se acercó a los cuatro guerreros reunidos en torno al cadáver de Ildutas, observándolo en silencio.

Finalmente, los dioses habían hecho justicia guiando la perdida flecha del bandido hacia el corazón del miserable túrdulo.

ooOOoo

Cuando, al atardecer, Ramaro atravesó las suntuosas puertas de Ipolka encabezando la fúnebre caravana, todos le abrieron paso y, en respetuoso silencio, se unieron a él y le acompañaron hasta la residencia del regente de la ciudad.

Al contemplar los seis caballos, cada uno con un cadáver atravesado sobre su lomo, y distinguir entre ellos el cuerpo de su hijo, Luxinio no pudo contener las lágrimas.

Colgando de las riendas del corcel de Ildutas estaba la bolsa con la plata que, esa misma mañana, había entregado al carpetano para que dispusiera de ella durante los días que permaneciera en Ipolka.

# CAPÍTULO 24

**Año 477 a. C.**
**Mediados de septiembre.**
**Territorio vetón.**
**Poblado de Terkinos.**

La llegada de Stena y Ramaro al poblado vetón constituía siempre un motivo de alegría para sus gentes, especialmente para los padres de la guerrera. Tenerla allí, y poder pasar con ella unos días era una bendición de los dioses. Después de casi dos lunas sin verla su felicidad asomaba en cada palabra, en cada gesto, en cada mirada.

En esa ocasión, los dos jóvenes no llegaron solos, les acompañaba alguien muy especial, una hermosa doncella túrdula, cuya historia, junto con los extraordinarios hechos que habían motivado su llegada a Carpetania, dejó a todos boquiabiertos.

Aquel cúmulo de aventuras en las que ambos, pero por separado, se habían visto envueltos, y en las que sus vidas estuvieron en tan gran peligro, eran, sin duda, lo más asombroso que habían oído nunca, porque si lo acontecido a Stena en las lejanas tierras de los turdetanos era inaudito, el apresamiento de todo un ejército lusitano y la "liberación" de un dios túrdulo, rayaba en lo fantástico. Sólo con eso podrían llenarse de gloria muchas vidas.

Pero si aquellos vetones que compartían mesa con los recién llegados pensaban que ahí acababa todo, estaban muy equivocados.

Arrellanados en sus asientos, los ahítos comensales observaban, entre incrédulos y condescendientes, cómo el insaciable Redukeno se disponía a hincarle el diente a otro nuevo pedazo de asado que acababa de agarrar. Stena, con gesto serio, tomó la palabra:

—El único asunto que nos queda por resolver es…, éste —dijo, al tiempo que pasaba cariñosamente su brazo izquierdo por encima del hombro de la joven túrdula sentada a su lado.

Alrededor de la tosca mesa todo era silencio y expectación.

—Esta jovencita no puede regresar con los suyos, porque sería una gran ofensa para su noble pueblo…, ni vivir con nosotros —añadió sin apartar sus ojos de Redukeno—. Ramaro y yo hemos pensado que sería bueno para ella quedarse aquí.

—Pues claro, hija, puede vivir con nosotros todo el tiempo que quiera —corroboró de inmediato su madre, mientras Terkinos hacía un patente gesto de conformidad con la cabeza.

Entonces, sin que nadie preguntara, la hija de Terkinos comenzó a alabar la belleza y discreción de la muchacha túrdula, su temple y simpatía, provocando que la aludida se sonrojara.

—La hemos hablado de los guerreros vetones… —prosiguió.

Salvo Redukeno, parecía que para Stena los demás invitados no existían, porque era a él al único que se dirigía, y aunque el bravo vetón trataba de mantenerse impasible, empezaban a notársele señales de incomodidad. De cuando en cuando, echaba rápidos vistazos a su alrededor, pero sólo conseguía aumentar su nerviosismo, ya que todos estaban pendientes de él, también la túrdula, y algunos, como Ana y Ramaro, hasta sonreían maliciosamente.

—…, de su valor y nobleza, de su discreción… —la vetona hablaba muy despacio, y la certeza de que aquello no era más que una encerrona arraigó en la cabeza de Redukeno—… Y a ella le gustó la idea de conoceros, porque en sus tierras se oye hablar mucho y bien de nuestro pueblo. Aquí donde la ves —ahora el fornido guerrero y la joven extranjera se miraban a los ojos—, a pesar de su frágil aspecto…, es fuerte y decidida, y no se asusta fácilmente. Creo que os vais a llevar estupendamente.

La cara de Redukeno era todo un poema. Al gran guerrero, capaz de cargar él solo contra un muro de enemigos, se le veía turbado ante la presencia de aquella moza que le miraba…, ¿divertida?, y a la que el cambio de pareja, vetón por carpetano, no parecía disgustar en absoluto.

—Estoy seguro de eso —afirmó Terkinos con decisión, poniéndose en pie—. ¿Verdad, Redukeno? ¿Verdad que atenderás a nuestra invitada como merece? —y como el guerrero no reaccionara, el jefe del clan repitió la pregunta, alzando la voz—. ¿Verdad, Redukeno?

—Sí, sí…, claro —repuso entonces el interpelado, todavía algo confuso—. Me ocuparé de ella.

ooOOoo

Bien entrada la noche, envuelta en la penumbra y en la serena quietud de la Casa de los Espíritus, Ana, tendida en su camastro, con la mirada perdida en algún recóndito lugar de su alma, rememoraba los acontecimientos sucedidos a ella y a sus amigos, cuyo sentido, ahora, estremecida por la emoción, creía empezar a comprender.

Hacía muy poco tiempo, apenas una decena de jornadas, que aquella terrible tormenta que tuvo lugar a principios de la última primavera, y que ella vivió de manera tan cercana y turbadora, parecía haberse repetido. El escenario, así como su duración, virulencia y aparatosidad habían sido los mismos. La única diferencia estribaba en que, en esta ocasión, ella hubo de conformarse con admirarla desde la lejanía, ya que se encontraba

en el poblado cuando se desató.

En un periodo de cinco lunas, dos grandiosas tempestades, quizás nunca antes vistas por ojos mortales, dos magnos y divinos combates, se habían sucedido en aquellas tierras, intervalo que, asimismo, enmarcaba los extraordinarios hechos vividos por ella y sus amigos.

Ana se sentía imbuida del aliento de los dioses, lo veía todo cada vez más claro, y eso acrecentaba su inquietud.

El inicio de la primera de las tormentas sucedió en los mismos días en que los emisarios lusitanos del jefe Maelo llegaran al poblado vacceo de Segisamo con la propuesta de formar una alianza contra carpetanos y vetones, mientras que el final de la segunda tempestad tuvo lugar poco después del último de los hechos narrados por sus amigos: la salida de Stena de Gádir y su regreso a Carpetania, tras sobrevivir a los muchos peligros que la acecharon en tierras túrdulas y turdetanas.

En su ensueño, aquel que la asaltó en el interior de la cripta del misterioso santuario, invencibles ejércitos celestiales encabezados por una legión de dioses se enfrentaban a otros acaudillados por uno solo, lo que la chamán interpretaba ahora como una lucha en la que las deidades túrdulas, vacceas, carpetanas y vetonas oponían sus fuerzas a las del supremo Endovélico, en una batalla que, dado el carácter inmortal de todos los contendientes, no podía concluir más que con un pacto: dos guerreros mortales combatirían a muerte, y los dioses, en esa ocasión meros espectadores, aceptarían el resultado.

Los guerreros fueron elegidos y el combate se celebró, y Ramaro venció al feroz lusitano, lo que obligó a Endovélico a consentir las condiciones de sus oponentes: la liberación del dios túrdulo y la promesa de que las tierras vacceas, carpetanas y vetonas se verían libres por mucho tiempo de la amenaza de sus devotos.

Quizás el hecho de que Redukeno continuara vivo tuviera que ver también con la victoria de los dioses vetones y sus aliados en el celestial combate.

El círculo sagrado se había cerrado, y el misterioso mensaje que escondía quedaba al descubierto: todo cuanto sucedía en la tierra se dirimía antes en los cielos.

Aquella sepultura escondida en el corazón de las montañas era una puerta abierta al Otro Mundo, que los dioses le permitieron atravesar, y el impresionante guerrero que allí descansaba, fuese o no el gran Lug, había protegido las vidas de sus amigos y guiado a buen fin sus propósitos.

Únicamente así, Ana podía entender sucesos tan extraordinarios.

El máximo honor al que puede aspirar un mortal es convertirse

en intermediario de los dioses, y ella lo era. Ellos la habían distinguido con su favor, y el recuerdo de lo vivido la acompañaría siempre, como la duda que perduraba en su mente: ¿puede un dios morir? ¿Era aquel guerrero el gran Lug corporeizado?

Acaso los dioses, algún día, consentirían en hacerla partícipe de tales secretos.

Pero cuando el sueño la venció, era otra preocupación la que rondaba por su cabeza: un gran peligro se cernía sobre Ramaro, porque su victoria sobre el guerrero ojituerto conllevaa también la derrota de Endovélico, y ningún dios, y el gran señor de los lusitanos aún menos, perdonaba semejantes afrentas.

# CAPÍTULO 25

**Año 477 a. C.**

**Tres lunas antes - Principios del estío.**

**Edetania - Ciudad de Arse.**

Para todo el que había tenido la fortuna de contemplarla, Arse era una ciudad maravillosa, imposible de olvidar. Elevada sobre una abrupta colina situada al norte de Edetania, en medio de una extensa llanura y rodeada de huertos y pinares, eran patentes su poderío y su belleza. Era como una mujer en sus días de máximo esplendor.

No había, pues, que extrañarse que para aquellos perplejos hijos de Lug, provenientes de un pequeño poblado perdido en el rincón más áspero y salvaje de Carpetania, el gran oppidum les pareciese obra de los mismísimos dioses.

En el interior de su magnífico recinto fortificado cabían cuatro o cinco de sus poblados. Y el anillo suburbial, que a lo largo del tiempo aquellos formidables muros habían ido concentrando bajo su protectora sombra, casi triplicaba ya la propia superficie de la ciudad.

El auge de que gozaba Arse provenía casi exclusivamente del comercio, del comercio con los griegos para ser más exactos, a los que surtían de lino, pieles, esparto, cáñamo, sal y, fundamentalmente, metales como la plata, el oro y el magnífico hierro extraído de las montañas turboletas, imprescindible para la confección de armas. A cambio, los comerciantes helenos los proveían de excelentes vinos y aceites, fragantes perfumes, hermosos objetos de vidrio y cerámica, joyas y ornamentos, elegantes vestidos y todo tipo de productos fabricados en lejanos lugares, cuyos territorios, al igual que Edetania, se asomaban a aquel inmenso lago salado que los navegantes focenses y fenicios recorrían de un extremo a otro sin descanso.

En algunos aspectos, Arse era una ciudad diferente al resto de sus hermanas, dado que vivía, no de lo que cultivaba o fabricaba, sino del mercadeo de los productos agrícolas, cerámicos, de piel y, por supuesto, minerales que llegaban del resto de la propia Edetania y de los territorios vecinos, el monopolio de cuyo comercio poseían los arsetanos.

Todas las grandes poblaciones edetanas, y Arse no era una excepción, disponían de ejército propio, y solamente unían sus fuerzas ante un enemigo externo que amenazase sus fronteras, como ocurría siempre que los ilercavones trataban de invadir el norte de sus dominios o cuando los turboletas asolaban los territorios del noroeste. Así había sido siempre, pero en los últimos tiempos las

cosas habían cambiado y los arsetanos llevaban ya muchas lunas obligados a valerse por sí mismos cuando sus levantiscos vecinos salían de sus guaridas para invadir o saquear los fértiles valles y vegas arsetanos.

Y esto sucedía desde que Edeta, la mayor y principal ciudad de Edetania, gobernada ahora por la firme y férrea mano del déspota Eterindu, dejó de comportarse como una aliada leal de Arse para convertirse en su más fiera rival. Envidiosa de su prosperidad e indignada ante las sempiternas negativas a permitirla participar en sus lucrativas actividades comerciales, Edeta mantenía una velada guerra contra su boyante vecina, y ya no atendía a sus llamadas de auxilio, y cuando lo hacía, la ayuda era siempre manifiesta y premeditadamente escasa o tardía.

Estas circunstancias eran la leña que alimentaba el fuego de la rivalidad y el encono nacidos entre los gobernantes de ambos oppida, cada una con sus correspondientes aldeas vasallas, y acabaron por extenderse entre sus respectivos habitantes.

Fuera de sus murallas, una y otra ciudad se desparramaban en un confuso amasijo de pequeñas casetas y multiformes viviendas de piedra, madera, adobe o ladrillo, que conformaban un laberinto de estrechas callejas en las que sus gentes, desde los mayores potentados a los más miserables, pasaban la mayor parte de sus vidas, compartiendo ajetreo, algarabía, suciedad…, pero también orgullo y prosperidad.

Mercaderes, artesanos, pastores, magos, buhoneros con sus carros cargados con todo tipo de géneros, aguadores, rudos marchantes…, atestaban sus extramuros, a los que, en el caso de Arse, se sumaban también marineros y pescadores, ajadas meretrices y otros típicos moradores de los tugurios portuarios del llamado apoikia, o barrio griego.

Y con la llegada del estío, toda esta amalgama de personajes, en su incesante deambular, buscaba con verdadera ansia protegerse de los implacables rayos del sol bajo un conglomerado de toldos multicolores que, al agitarse al albur del viento, semejaban los estandartes de un caótico ejército.

Pero por sus calles y plazuelas, sus comercios, sus huertos, campos y caminos, lo que más abundaba no eran artesanos, ni mercaderes, ni campesinos, ni pescadores, ni tampoco hombres de armas; lo que se veía por todas partes eran niños y adolescentes que, sin nadie que se ocupase de ellos, vagaban por la ciudad formando pequeños grupos, cogiendo esto o aquello, viviendo del hurto, del engaño, de la picardía, atentos a sacar provecho de algún descuido, altercado o faena que cualquiera pudiera encomendarles, siempre hambrientos, siempre arriesgándose a ser cazados y

golpeados.

Cada pandilla tenía su zona de influencia, ganada y mantenida a base de lucha, y, aunque por lo general andaban entre ellas a la greña, cuando la ocasión lo requería actuaban como las mismas ciudades en las que malvivían, ayudándose mutuamente y conformando un furioso e invencible avispero, al que los provocadores terminaban invariablemente lamentando haber despertado.

Estaban por todas partes y conocían sus ciudades mejor que nadie, porque sus revueltas y rincones, sus trochas y senderos eran para ellos, a un tiempo, refugio y escuela. Lo veían todo, lo oían todo, y cuando se hacían demasiado mayores para seguir con esa vida, muchos de ellos, atraídos por las promesas de grandes botines, se embarcaban como mercenarios para luchar en las sempiternas guerras de los griegos al otro lado del mar.

ooOOoo

Habían pasado poco más de dos lunas desde que Ablón y los suyos abandonaran aquellas tierras, y los arsetanos empezaban a sofocarse con los primeros y húmedos calores del estío.

Atardecía, cuando, en animada conversación, las dos jóvenes amazonas regresaban a casa después de visitar a una amiga que vivía en la zona portuaria, y ya atisbaban el viejo puente de piedra y madera por el que habrían de cruzar para llegar a la hacienda del opulento Ikomkei.

Vestían sendos sayos de tejido claro y ligero, que el trote hacía revolear, dejando al descubierto la casi totalidad de sus bronceadas piernas.

Atravesaban en ese momento el bosquecillo de álamos que se alargaba hasta el pequeño arenal contiguo al puente, cuando el retorcido sendero les llevó ante el inerte cuerpo de un joven tendido en tierra.

Al verlo, ambas muchachas detuvieron sus cabalgaduras.

—Sigamos —dijo Nisunin con gravedad, aguzando sus sentidos y posando su mano diestra sobre el pomo de la espada.

Pero su amiga no se movió. Se había quedado boquiabierta contemplando ensimismada el “cadáver”.

—Daleni… —insistió la carpetana sin apenas mover los labios, temiendo que, de nuevo, la candidez y curiosidad de su compañera se impusiera a la prudencia—, que te conozco. ¡No se te ocurra desmontar! ¡Daleni! —gritó.

Pero ya era tarde, la joven edetana caminaba hacia el caído, se acuclillaba a su lado y posaba la mano sobre su pecho.

—¡No está muerto! —exclamó volviéndose hacia Nisunin,

radiante de felicidad, como si aquel desconocido fuera alguien muy querido para ella—. ¡Respira!

—¡Y se mueve! —prorrumpió de repente el postrado, un chico alto y fibroso, de facciones suaves y casi rapado, al tiempo que soltaba una carcajada, agarraba por el brazo a la confiada muchacha y se incorporaban ambos.

Como por ensalmo, una daga había aparecido en la mano diestra del joven farsante.

La mirada de reproche que Nisunin dirigió a su amiga se transformó inmediatamente en otra de profundo desasosiego, al ver surgir de entre el boscaje a seis jóvenes más, de entre trece y quince años, sucios y desaliñados, armados con palos, un viejo horcón de dos púas y una pequeña hacha, que, con cara de pocos amigos, maniobraban para rodearlas y cerrarles el paso.

—¡Eh, chicos, mirad lo que tenemos aquí! —dijo sonriente el que retenía a Daleni—. Dos mujercitas muy generosas que nos van a dar toda la plata que llevan encima. ¿A que sí?

Y en un suspiro, la pequeña bolsa que la arsetana llevaba prendida del cinto de piel que ceñía su cintura, pasó a sus manos.

—Vaya, qué poco pesa, os teníamos que haber asaltado en la ida —comentó risueño el bandido, sopesando el saquito—. ¿No tenéis más?

—No —repuso Nisunin escuetamente.

—Vaya, lo mismo de siempre —suspiró el muchacho con simulado pesar—. Y yo que creí que erais nuestras amigas…. Bueno, si preferís que lo cojamos nosotros… ¡Eh, chicos, mirad a ver que hay en ese bonito fardel que cuelga de su caballo —ordenó refiriéndose a la montura de Daleni.

Dos de los muchachos, uno de baja estatura, pelo negro y ensortijado, y gesto pícaro, y otro más alto, de ojos claros y con el pelo liso y rubio hasta los hombros, se disponían a cumplir lo encomendado cuando, con gran sorpresa, vieron cómo la otra amazona azuzaba a su alazán y se interponía en su camino.

—¡Si dais un paso más, os parto la cabeza! —exclamó Nisunin con gesto grave y decidido, extrayendo media espada de la vaina.

Y, por un momento, el valiente gesto y la dura advertencia parecieron afectar a la voluntad de los chicos, que se quedaron parados.

Pero sólo fue un momento.

La joven aparentaba ser algo mayor que ellos y su mirada reflejaba una intensa severidad. Se la veía ágil y fuerte, y del tahalí que cruzaba su pecho pendía una falcata, lo cual no era un buen presagio. Esas espadas no solían portarlas guerreros inexpertos. Pero si a algo estaban acostumbrados aquellos muchachos era

precisamente a las amenazas, y de hombres que podían cumplirlas. Si las palabras pudieran amedrentarles, haría tiempo ya que se habrían muerto de hambre.

—Y, eso que dices, ¿lo harás tú sola o vamos a tener que esperar a que vengan tus amigos a ayudarte? —preguntó el que tenía apresada a Daleni y parecía comandar el grupo.

—Sola no, con estos dos amigos —repuso Nisunin sin mudar el gesto, refiriéndose a su espada, que sacudió levemente, y al palo que acababa de agarrar y cruzar sobre sus muslos.

—Pues nos gustaría ver cómo lo haces —prosiguió en tono escéptico—. Si consigues vencer a esos dos, podréis iros.

—¿Y si no? —preguntó ella.

—También podréis iros…, pero dejando aquí todo lo que lleváis, incluidos los caballos y tu espada. ¿Te atreves?

—Eso es mucho premio, de modo que tendrás que ofrecerme algo más si venzo.

—¿Como qué?

—Prometerás no volver a atacarnos…, y esa bonita daga será para mí. ¿Te atreves? —retó la amazona.

—Hecho —aceptó el muchacho sin dudar.

De inmediato, Nisunin pasó su pierna izquierda por encima del pescuezo del caballo y desmontó. A continuación, se desprendió del tahalí y enarboló la vara de madera, mostrando que estaba lista para empezar la pelea.

La joven carpetana no dudaba de que aquellos muchachos a los que iba a enfrentarse serían muy diestros en luchas callejeras, y seguro que habrían tenido ocasión de demostrarlo en multitud de ocasiones, pero por mucha que fuera su osadía y su pericia, nunca podrían compararse a las de un guerrero bien adiestrado, uno de verdad, de los que estaban familiarizados con la muerte.

Los dos amigos se miraron sonrientes. Para ellos, aquel no era más que otro de los diarios enfrentamientos a que se veían obligados para comer, y no de los más difíciles, de modo que ni por un momento se les ocurrió ponerse de acuerdo para atacar a aquella mujer al unísono.

El primero que mordió el polvo fue Abartan, el de los ojos claros, el más impulsivo de los dos, el cual, tras un breve intercambio de golpes, fue barrido y puesto fuera de combate con un hábil bastonazo que le alcanzó en los tobillos y le dejó tirado sobre la seca hierba aullando y retorciéndose de dolor.

Tras presenciar la suerte de su amigo, Korbis decidió tomarse las cosas con más prudencia, y comenzó a girar alrededor de su adversaria, guardando las distancias y amagando golpes con el horcón.

Pero, a pesar de su cautela, tampoco aquello duró mucho, exactamente lo que tardó Nisunin en cansarse del bailecito y descargar sobre él una lluvia de palazos, con tal velocidad y precisión, que acabaron desarmando y poniendo en fuga al acobardado y dolorido muchacho, entre las risas y burlas de sus compinches.

—¿Tú también sabes hacer eso? —le preguntó Edecón, el cabecilla del grupo, a su prisionera, cuando consiguió salir de su asombro y recuperarse de la frustración causada por la derrota de sus secuaces.

—Yo lo hago mejor —presumió Daleni.

—¡Qué bien nos vendrían un par de amigas como vosotras! —anheló el simpático granuja, dejándola libre—. Tú serías mi ayudante —añadió dirigiéndose a la bella edetana.

—¡Vaya, qué gran honor! ¿Y cuál sería mi trabajo? —preguntó con desparpajo.

—¡Bah! El más sencillo de todos —repuso sonriente—, cuidar de mí y obedecerme. Sería divertido…

—Estoy segura. Sobre todo para ti.

—Mujer, es que para algo soy el jefe.

—Me lo pensaré —dijo finalmente Daleni, con gesto teatralmente solemne—. Y, ahora…

La muchacha alargó la mano derecha hacia él, reclamando, con el movimiento de sus dedos, la entrega de lo acordado.

—¡Ahí va nuestra cena! —suspiró apesadumbrado el joven, mientras la entregaba el saquito con la plata—. Y ahí mi mayor tesoro. ¡Con lo que me costó ganarla! —añadió haciendo lo propio con su querida daga— Ya me lo dijo mi madre: desconfía de las mujeres, sobre todo de las más guapas.

—Sabio consejo. A las madres siempre hay que hacerles caso —sentenció la edetana, mientras de un ágil salto montaba en su caballo.

—Tú eres Daleni, ¿verdad? La hija de Ikomkei —preguntó Edecón circunspecto, cuando ambas mujeres volvían grupas dispuestas a proseguir su camino.

—La misma —repuso la interpelada girándose hacia él y enfilándole con sus vivarachos ojos.

—Eres aún más bonita de lo que se dice por ahí.

—¿Tú crees? —dijo ella haciendo un gracioso mohín de agrado, al tiempo que taloneaba a su cabalgadura y marchaba de allí al trote.

ooOOoo

El grupo de Edecón, uno más de los varios que sobrevivían en

Arse, dominaba los arrabales del noroeste, precisamente la zona comprendida entre el fortificado oppidum y la hacienda de Ikomkei, un espacio en el que prevalecían los campos cultivados y la huerta, y que tenía también su parte agreste, conformada por bosquecillos de pinos, álamos y garroferos, donde se agrupaban la práctica totalidad de los horneros del lugar.

Cuando las dos jóvenes se perdieron de vista, los amigos bajaron hasta el río. Iban entre enfadados por el fallido asalto y asombrados ante la exhibición de esquiva y garrotazos ofrecida por la bizarra protectora de Daleni. ¡Qué manera de golpear!

—¿Dónde habrá aprendido a luchar así?

—Es una guerrera carpetana —informó apresuradamente otro de los miembros de la banda, Tibaste, que pasaba por tener los ojos y oídos más finos de toda Edetania—. Llegó hace poco en compañía de un olcade, y los dos entraron al servicio de Ikomkei, ella, como acompañante y guardiana de su hija, y él, como jefe de sus mercenarios.

—Pues lo podías haber dicho antes, idiota, y nos hubiéramos ahorrado la tunda —le recriminó Abartan, que se había metido hasta las rodillas en las frescas aguas, buscando aliviar el dolor de sus tobillos.

—¿Qué más sabes de ellos? —se interesó Edecón.

—Poca cosa, sólo rumores —repuso el interpelado—. ¿Recordáis que a mitad del pasado invierno los turboletas cayeron por aquí y se llevaron a la mujer y a la hija de Ikomkei? Pues he oído decir que ella y el olcade estaban en el grupo de guerreros que las encontró y liberó.

—Eso es verdad —dijo Abartan—. Yo vi a esos guerreros carpetanos paseándose por aquí la pasada primavera.

—Si aprendiéramos a luchar como ellas, seríamos importantes. Hasta podríamos pararles los pies a esos niños bonitos del castillo —suspiró.

—Olvídate de eso, Edecón —apuntó Korbis—, ellos tienen buenos maestros y usan espadas de verdad. Y nosotros… —y alzó al cielo su viejo horcón—. No hay nada que hacer.

—Siempre hay algo que hacer —corrigió otro de los merodeadores, el llamado Urcebes.

Empezaba a caer la noche cuando, ante la alentadora expectativa de una buena cena prometida por Abartan, que aseguraba haber descubierto un aprisco escasamente vigilado, abandonaron el lugar y retomaron el camino de Arse.

ooOOoo

Cuanto había dicho Tibaste era cierto: Pentilo y Nisunin habían

llegado hacía algo más de una luna a Arse para ponerse al servicio de Ikomkei.

Lo cierto es que no les había llevado mucho tiempo decidirse a aceptar la oferta que el poderoso edetano les había hecho al partir.

Tras separarse de sus compañeros y llegar a su nueva morada, allá en las inhóspitas montañas olcades, Nisunin tuvo ocasión de comprobar dos de los aspectos más característicos de aquellas tierras: la sencillez y amabilidad de sus gentes y su infernal clima, peor incluso que el de la alta sierra carpetana.

Desde que se habían establecido en el apartado poblado montañés, y a pesar de hallarse en plena primavera, apenas había parado de llover y el frío era tan intenso que agrietaba la piel, de modo que la bella carpetana sólo se encontraba a gusto al lado del fogón, anhelando el sol de Edetania, o entre los brazos de su hombre.

Añoraba Arse, sus bellos y variopintos paisajes, el bullicio y colorido de la ciudad, la abundancia de productos, el siempre límpido aire, su benigno clima… Les habían tratado tan bien allí que pensaba que el paraíso debía de ser un lugar muy parecido.

Así pues, rodeado de tiritonas, toses, moquiteos y suspiros, Pentilo se rindió, y no había pasado ni una luna cuando cargaron su carro y pusieron rumbo al este, dispuestos a aceptar el ofrecimiento de Ikomkei y continuar su nueva vida juntos cerca del mar.

El ilustre arsetano los acogió con los brazos abiertos y los colmó de atenciones, convirtiéndolos en sus servidores de mayor confianza, en los directos responsables de su propia protección personal y de la de su mujer e hija.

Además, Ikomkei tenía otro motivo para alegrarse de la presencia de la joven guerrera carpetana. Tenerla a su lado, pensaba, era como tener a Ablón, ya que, llegado el caso, Nisunin sabría donde encontrar a su viejo amigo, y eso le deparaba una gran tranquilidad.

Antes de su rapto, la bella Daleni, hija del segundo hombre más poderoso de Arse, era una joven engreída, acostumbrada a la buena vida e ignorante de todo lo que fuese esfuerzo, lucha o preocupaciones. Pero el verse en poder de unos salvajes, abocada a una vida sin esperanza, de servidumbre y violencia, la había transformado por completo. Ahora, era una mujer nueva, plenamente convencida de que manos divinas habían abierto para ella un nuevo camino.

¿Acaso no era milagroso que los turboletas no las forzaran, o que fuera a coincidir con Ablón en aquellos andurriales en los que jamás ninguno de los dos había estado?

Se sentía bendecida por los dioses, y cosas a las que antes nunca

había prestado atención cobraban a sus ojos gran estima. Era capaz de apreciar la amistad y el valor cuando los veía, y ya no se sentía superior a nadie. No había pizca de vanidad en ella, y su mirada y su sonrisa sólo traslucían franqueza y sencillez.

En Nisunin, Daleni había encontrado su alma gemela y un espejo en el que mirarse. La carpetana era sólo dos o tres años mayor que ella, pero en nobleza y bravura la aventajaba en más de una vida. Además, era una mujer guerrera, la primera que conocía, ya que en Edetania hacía tiempo que desaparecieron.

Pero aún existía otra circunstancia que contribuía a unirlas más, y era el hecho de que Nisunin conviviera con Pentilo. El olcade fue el hombre que la compró a los turboletas, y el solo hecho de pensar que, de no ser porque los dioses pusieron a Ablón en su camino, ella sería ahora su hembra, la divertía y la turbaba, y hacía que su relación con la carpetana fuese aún más especial.

Y desde aquella primera vez en que, con tanta serenidad, la vio enfrentarse y pararles los pies a aquellos cuatro matones, ¡se sentía tan segura a su lado…!

Sucedió una mañana en la que, con los caballos de las riendas, paseaban por los aledaños de Arse, entre los puestos de venta de ropas y paños levantados a orillas del río.

Se hallaban ambas muy entretenidas curioseando y comparando la calidad del género que les ofrecían los sonrientes mercaderes, cuando se les acercaron cinco muchachos de orgulloso aspecto, pulcramente vestidos y primorosamente armados.

Uno de ellos se adelantó y saludó efusivamente a Daleni, y tras cruzar con ella unas palabras, se separaron del grupo.

—Espérame —le dijo a Nisunin—. No tardo.

La carpetana asintió con la cabeza y, andando unos pasos, llegó hasta los maderos que delimitaban el cauce del río, y en ellos se acodó, de espaldas a la corriente, contemplando el animado ir y venir de la gente.

Pero la tranquilidad le duró poco. Enseguida, los cuatro jactanciosos jóvenes, entre cuchicheos y sonrisitas, se le arrimaron.

—¡Mirad, aquí tenéis a una guerrera de verdad! Ha llegado de un merdoso lugar llamado Carpetania para enseñarnos a luchar. ¡Nunca había estado tan cerca de la muerte! Ved como tiemblo —y empezó a mover cómicamente los brazos y las piernas.

El comentario levantó un coro de carcajadas, pero Nisunin, como si el asunto no fuese con ella o estuviera privada del sentido del oído, permaneció impertérrita.

—Vaya —continuó el que parecía portavoz del grupo—, la temible guerrera no quiere pelea. Mucha espada, mucha aspecto de perdonavidas, y luego…, nada. ¡Vaya un guardián que le han

puesto a Daleni! Cualquiera de esos muertos de hambre que andan por ahí la haría correr como una gallina.

—A lo mejor es sorda. ¡Una guerrera sorda…! ¿Os imagináis? —apuntó otro de ellos, soltando una nueva risotada.

El hecho de que la joven no contestara a sus "gracias", y ni siquiera se dignara mirarles, les animó y les hizo más atrevidos.

—Sabéis lo que creo —dijo su amigo, recuperando la palabra, y pasándole repetidamente sus manos ante los ojos de Nisunin para ver si reaccionaba—. Que no es más que una fanfarrona y está cagada de miedo.

Entonces, Nisunin salió de su impavidez, aunque sólo para clavar su fría mirada en la del provocador.

—¡Ha movido los ojos! ¡Ha movido los ojos!—gritó alborozado otro de ellos.

—Tened cuidado, puede atacarnos —añadió el cuarto joven, mientras todos se retorcían de risa.

—¡Os digo que no es más que una cobarde! —insistió el primero —. Ved si no —y con sus manos la golpeó con firmeza en ambos hombros—. Os dais cuenta, no puede ni moverse del miedo que tiene —entonces, jactancioso, se adelantó ligeramente y arrimó el rostro al de la carpetana—. Escucha muchachita…

—Si vuelves a tocarme te cortaré en tantos trocitos que ni tu madre podrá reconocerte.

Las palabras habían sido dichas con tanta serenidad y convicción que, por un instante, los cuatro jóvenes se quedaron sin habla y su semblante cambió. Dos de ellos hasta dieron un paso atrás.

—Ahora sí que estamos perdidos —dijo de pronto uno de ellos, recuperando la calma perdida, aunque su voz vibraba de un modo extraño—. Sin duda, no tendrá piedad de nosotros y nos matará a todos.

—Por favor —añadió otro—, mátame deprisa, que tengo muchas cosas que hacer.

Las risas y las bromas continuaron.

En un momento determinado, cansada del aburrido acoso, Nisunin, con mucha parsimonia y sonriendo con displicencia, les dio la espalda y se apoyó en la estacada, cara al río.

Ante semejante desprecio, los cuatro volvieron a los insultos, pero cuando vieron que sus esfuerzos por provocar a la joven eran inútiles, se marcharon, rojos de ira y de vergüenza.

Ninguno se había atrevido a rozarla un solo pliegue de su sayo.

ooOOoo

—¿Qué querían esos pelmazos? —preguntó Daleni nada más emprender el camino de regreso.

—¡Bah! Demostrarme lo duros que son.

—Pues no parece que se hayan ido muy contentos.

—Hombres de pacotilla —añadió con desprecio la carpetana—. Se les va la fuerza por la boca. Éstos, en un campo de batalla, saldrían corriendo antes de que empezara la lucha. Valoran demasiado sus vidas como para arriesgarlas, aunque tenga enfrente tan sólo a una mujer. Daleni, quien nunca ha sufrido, no puede ser un buen guerrero.

—Pues a mí sí me han asustado. Les he visto encararse contigo, y reírse. Y he temido por ti.

—Tú tranquila, ya te diré yo cuando has de preocuparte —repuso Nisunin sin mirarla, y realzando el porte de forma tan exagerada que hizo sonreír a la arsetana.

—¡Ay, chica, perdona! —repuso Daleni, interpretando a su vez el papel de ofendida—, había olvidado que para alguien que se ha enfrentado a los lusitanos, todo lo demás son juegos de niños.

—Eso mismo —añadió su amiga sin perder su arrogante ademán —. Por cierto, ¿quién era ese?

—Se llama Teibo, es el hijo de Docio, el principal consejero de Iscer.

—¿Es tu pretendiente?

—Sí, desde hace tiempo.

—Guapo mozo.

—Sí… —convino Daleni—, y antes me gustaba, porque es tan idiota y vanidoso como yo lo era. Pero ahora no lo aguanto.

—Y es lo que le estabas diciendo.

—¡No! —exclamó Daleni con sincero asombro—. Esas cosas no se dicen.

—¿Ah, no? —ahora quien no entendía era la carpetana.

—¡Claro que no! —y tras mirarla como a un bicho raro, añadió — Pero bueno, Nisunin, ¿de dónde sales tú? —y la sonrisa volvió a aparecer en sus labios—. De que ya no me interesa, se irá dando cuenta él solito, y poco a poco, porque si se entera de golpe podría enfermar gravemente, el pobre, y tampoco le quiero tan mal.

—Entonces, ¿de qué hablabais?

—Quería invitarme a la recepción que dará su padre para agasajar a unos amigos de Edeta. Y le he dicho que no… ¿Entiendes?

—Yo, sí, ¿pero él?

—Con dos o tres rechazos más, espero que él también.

—¿Pero no has dicho que es idiota?

—Sí, pero no tanto como para no acabar por darse cuenta de esas cosas.

—Pues a mí me parece que tú tampoco eres muy lista. Si alguien

que te pretende no te gusta, se lo dices y te olvidas, él se va por su camino y tú por el tuyo.

—¿Y si te gusta? —preguntó Daleni, no sin cierta malicia.

—Si te gusta, vas a por él, le agarras por el pescuezo y se lo sueltas.

—¿Como se lo…, "soltaste" a Pentilo? —inquirió con gesto pícaro.

—Exactamente —afirmó la carpetana—. Así se entera rápido, y te aseguro que allí en Carpetania no hay hombre que enferme por ello, ni cuando le sonríes, ni cuando le mandas al infierno —y tras una pequeña pausa continuó—. Escucha Daleni, si una está segura de que es el hombre que quieres para que engendre a tus hijos, vas y se lo dices. Y después le bajas los calzones y lo catas —añadió guiñándole un ojo.

No cabía duda que la carpetana era una mujer que decía las cosas como las sentía.

—¡Cómo me gustaría estar en tu lugar! —exclamó la joven edetana, para sorpresa de su amiga.

—¿Estar en mi lugar? —preguntó Nisunin con los ojos abiertos como platos.

—Sí, ¿de qué te asombras? —repuso Daleni, en tono vago, sin dejar entrever si lo decía o no en serio—. ¿Acaso no fui yo quien le vio primero? ¿No fue él quien me eligió a mí entre las otras chicas? Eso es que le gusto, ¿no? —Nisunin se había quedado muda, sin saber a qué atenerse—. Podías prestármelo alguna vez. Para "cabalgar" un poco… Ya sabes…

Daleni sonreía con la boca, con los ojos y con todo el cuerpo. Parecía bailotear sobre el caballo. Por fin, la confundida guerrera comprendía de qué iba aquella descarada jovencita.

—A que te atizo —repuso, mientras asía con determinación el palo que colgaba del pescuezo del animal.

—Pues vaya una amiga… —concluyó Daleni muy "compungida".

Y ambas soltaron tal carcajada que sobresaltó a los caballos y a cuantas personas se hallaban a su alrededor.

ooOOoo

Tan sólo dos jornadas habían pasado desde el incidente con los jóvenes merodeadores del bosquecillo de chopos, cuando…

—¡Otra vez tú! —clamó Daleni al observar a Edecón nuevamente "muerto" en medio del camino—. Prometiste no volver a importunarnos.

Mientras hablaba, había conducido su cabalgadura hasta situarse al lado del caído.

—Esta vez no me cogerás, porque no pienso bajarme del caballo.

—Tú te lo pierdes —repuso el muchacho, guasón.

—¿Qué quieres ahora? —le preguntó ella, sin poder evitar que una levísima sonrisa aflorara a sus labios.

—Me han echado de la banda —repuso el joven, incorporándose ligeramente para apoyarse en su antebrazo derecho.

—No me digas…

—Y la culpa es tuya —la reprochó—. Me quitaste mi daga de la suerte. ¿Recuerdas? Si me la devolvieras…

Daleni le miró largamente.

—Si es por eso, deja de lloriquear. Te la devolveré.

—¡Oh, muchas gracias!

—Pero tendrá que ser en otro momento, porque no la llevo conmigo.

—Bueno, no importa. Prométeme…

—Sí, vale, prometo que te la devolveré.

—No, eso no.

—Entonces..., ¿qué es lo que tengo que prometer?

—Eso lo sabrás luego. Tú, primero, promételo.

—De eso nada.

—Pues no me levantaré de aquí hasta que lo hagas.

—Por mí, puedes seguir ahí tumbado hasta que te mueras de verdad.

—Pues eso es exactamente lo que pasará —repuso él con gesto serio—, y tú serás la culpable. Y no podrás vivir con esa culpa, y acabarás quitándote la vida por ello. Y, luego, tus padres se pondrán tan tristes que irán y se tirarán de cabeza por un barranco…

—¿Los dos al mismo tiempo? —interrumpió la muchacha.

—No, primero tu señora madre y después…

—Mi señor padre.

—Exactamente. Y, luego, tus amigos estarán tan apenados…

—Para, para. ¿Hasta dónde piensas llegar?

—Hasta que no quede nadie vivo en Arse.

Daleni reía ya abiertamente.

—Bueno, está bien —dijo—, lo que quiera que sea, lo prometo. No puedo consentir que muera tantísima gente.

Nisunin estaba estupefacta, no podía creer lo que escuchaba. “Jamás he oído tantas tonterías”, pensó.

—Entonces, mañana mismo empezaremos el entrenamiento —anunció Edecón satisfecho.

—¿Qué entrenamiento?

—¿Cuál había de ser? El nuestro —aclaró el joven, sorprendido porque Daleni preguntara semejante obviedad—. Mis amigos y yo

queremos aprender a luchar como vosotras, y tú y tu amiga vais a adiestrarnos.

—Lo siento, pero eso no puede ser.

—Lo acabas de prometer.

—Sí, pero es imposible. No…

—Pues no me levantaré de aquí hasta que accedas. Y entonces moriré, y tú…

El exterminio del pueblo arsetano comenzaba de nuevo.

Y así fue como Edecón y sus más allegados consiguieron que dos buenos maestros, como eran Pentilo y Nisunin, les adiestraran en el arte del combate, y no solo con palos.

ooOOoo

Al principio, la diaria presencia en sus tierras de aquella pandilla de desharrapados incomodó mucho a Ikomkei, y eso que él ni siquiera los veía, ya que el lugar donde se ejercitaban se hallaba alejado de la vivienda principal. El motivo de su enfado era que, tras el desgraciado suceso de la incursión turboleta que acabó con el apresamiento de sus dos seres más queridos, la seguridad de su hacienda se había convertido en su mayor obsesión, y cualquier hecho que alterara la normalidad que le rodeaba le ocasionaba una enorme inquietud.

Pero, con el paso del tiempo, las cosas que su hija le contaba sobre la vida y andanzas de sus nuevos amigos, y su propia curiosidad, le llevaron, primero, a querer conocerlos, y después, a relacionarse con ellos.

A veces se sorprendía, y hasta se alarmaba, con lo que les escuchaba contar, sobre todo a aquel pequeño y esmirriado Tibaste, de larga y lisa cabellera, que conocía cosas sobre la vida privada de algunos de los personajes más relevantes de Arse que, de ser divulgadas, los pondrían sin duda en grave aprieto.

Por esa información quizás habría quien pagaría buena plata, y si esos bribones no se habían aprovechado nunca de ello era porque atañía a gente muy poderosa, capaz de aplastarlos con tan sólo pronunciar una palabra.

El porqué aquel joven conocía tantos secretos era un misterio, pero por algún capricho de los dioses era así. Las noticias parecían correr a él en cuanto se producían. Además, tenía tal gracia para contarlas que a Ikomkei se le pasaban las mañanas muertas escuchándolo, de tal modo que, finalmente, el joven espía abandonó su adiestramiento guerrero y se convirtió en su confidente, que era como serlo de su mismísimo hermano, Iscer, el magistrado supremo de Arse.

Ante semejantes virtuosos en el arte del ocultamiento, la

observación y la supervivencia, la mente de Ikomkei no tardó en darse cuenta de que en aquellos muchachos podía estar la clave para resolver lo que para todos los arsetanos constituía el mayor problema con el que se enfrentaba su ciudad en esos momentos: la sucesión de calamidades que sufría desde que Eterindu regía los destinos de Edeta.

Tanto Ikomkei como Iscer, así como los cuatro miembros de su Consejo Supremo y los ocho consejeros menores del gobierno, sabían que, a partir del ascenso al poder de ese odiado edetense, cada vez que una delegación de Edeta visitaba Arse para reclamar, siempre en vano, su parte en el floreciente comercio con los griegos, más pronto que tarde les sobrevenía una gran desgracia: la muerte o rapto de algún alto dignatario arsetano o griego, o de algún miembro de su familia; el asalto de una importante caravana; incursiones de saqueo en sus fronteras...

Quién era el verdadero incitador de aquellos "accidentes" todos en Arse lo tenían claro: Edeta, pero, por el momento, no había sido posible demostrarlo, y la única consecuencia cierta de aquella situación era que el encono y la animadversión entre las gentes de ambas ciudades eran cada vez mayores.

A juicio de Ikomkei, algún arsetano tenía forzosamente que hallarse implicado en los ataques, y no un cualquiera. Debía de ser una persona importante, con la suficiente autoridad para alcanzar acuerdos con turboletas e ilercavones; con el necesario poder económico para pagar los servicios realizados; con los conocimientos precisos para saber en cada ocasión dónde descargar el golpe a fin de causar el mayor daño posible y conseguir torcer la voluntad de los dirigentes de Arse, y también con la suficiente falta de escrúpulos como para actuar tan cruelmente contra los suyos.

Todo esto lo sospechaba ya Ikomkei, y tuvo ocasión de confirmarlo por boca del traidor Korribilo, el cual, a cambio de su confesión, consiguió finalmente morir de una forma rápida y digna.

Según contó antes de ser degollado, ignoraba quién fue la persona que le contrató para organizar el asalto a su casa y el rapto de Edereta y Daleni, porque nunca antes la había visto, y durante la entrevista que sostuvieron, se cuidó mucho de mantener siempre su rostro oculto en la penumbra. Pero sobre otras cuestiones dijo cosas muy interesantes, como que aquel hombre misterioso no solo sabía que Korribilo había estado al servicio de Ikomkei, sino, lo cual era completamente desconocido para la gran mayoría de la gente, que había pasado muchas lunas guerreando en la frontera contra los turboletas, y conocía cómo llegar hasta sus cubiles.

Estas circunstancias terminaron de convencerle de que el renegado era una persona perteneciente al círculo más íntimo de

poder de Arse. Y sus principales sospechas recaían sobre los cuatro miembros del Supremo Consejo de Gobierno de la ciudad.

Y ahora el noble arsetano volvía sobre aquella ardua tarea con renovada ilusión. Quizás, allí donde sus hombres habían fracasado triunfaran aquellos espabilados bergantes.

En cualquier caso, muy pronto los pondría a prueba y sabría si había o no motivo para la esperanza, porque su hermano le había informado de que una nueva embajada de Edeta llegaría en breve a la ciudad.

# CAPÍTULO 26

**Año 477 a. C.**
**Mediados de agosto.**
**Edetania – Ciudad de Arse.**

Como era habitual, los delegados de Edeta llegaron cargados de promesas y veladas amenazas, y partieron con las manos vacías.

Cuatro jornadas habían pasado desde su marcha, y ya Ikomkei daba por hecho que tampoco en esa ocasión sus indagaciones tendrían éxito, cuando le llegó la primera información esperanzadora.

Dos días antes de la llegada a Arse de la comisión edetense, Tibaste y sus amigos, con la colaboración de otros muchachos de las calles, desplegaron por todos los rincones de la ciudad y su ancladero, en especial sobre las viviendas de los cuatro magistrados sobre los que recaían las principales sopechas de Ikomkei, una discreta e insomne vigilancia.

Durante ese intervalo, según le contaba su joven informante, nada que pudiera resultar de interés para el buen fin de las investigaciones se había visto ni oído en calles, barracas, puestos de mercadeo o tugurios de la ciudad, como tampoco en las moradas de los cuatro potentados, salvo una mínima alteración en la actividad cotidiana de la casa de Docio: un hombre de cierta edad, de rostro enjuto, nariz curva y prominente, cuerpo menudo y cabello escaso, que andaba algo encorvado, y al que durante las seis jornadas anteriores no se había visto ni entrar ni salir de la propiedad, abandonó la misma ya de anochecida para dirigirse a una taberna situada fuera del recinto fortificado de la ciudad, en un oscuro y estrecho callejón que daba al río.

Las llamadas tabernas eran en realidad producto de una de las costumbres griegas más celebradas entre los habitantes de Edetania: el sympósion, o reunión de bebedores, de ahí que la primera que hubo en Arse se fundara en la zona portuaria, en su apoikia concretamente, y naciese a iniciativa de un sagaz productor y comerciante de vino que no tardó en ver en esa usanza extranjera, que al parecer los propios griegos habían copiado a su vez de los egipcios, la posibilidad de aumentar sus ventas y dar salida a una mercancía de difícil conservación y que se estropeaba con facilidad. Y con esa idea, decidió abrir la puerta de su casa, aparte de a los amigos, como hacían los hijos de la Fócida, a cualquier hombre sediento y con plata. Y la acogida por parte de los indígenas superó toda expectativa, porque siempre era mejor hablar y discutir con una jarra de vino en la mano y a cubierto, que cruzados de brazos a pleno sol, o muertos de frío, o bajo la lluvia.

Una vez dentro del establecimiento —Tibaste continuaba con su informe—, vieron al hombre de la Casa de Docio cruzar unas palabras con el tabernero, depositar algo en sus manos, posiblemente plata, y a continuación deslizarse discretamente al interior de la vivienda.

Pasado un tiempo, más o menos el que se tarda normalmente en comer, el hombre abandonó el lugar, sin miradas ni gestos de despedida, y regresó directamente al lugar del que había salido.

Eso era todo.

—¿Visteis salir a alguien más de aquel lugar reservado de la taberna? —preguntó Ikomkei.

—No —repuso Tibaste, que era el encargado de recoger y transmitir la información que los otros obtenían—. Urcebes estaba solo, y prefirió no perder de vista al hombre de Docio.

El poderoso arsetano se dejó caer sobre el respaldo del butacón y permaneció largo rato pensativo. Estaba muy defraudado, posiblemente había depositado demasiadas ilusiones en la capacidad y buena voluntad de aquellos muchachos que, a pesar de su esfuerzo, no podían estar en todas partes ni vigilar a cada uno de los arsetanos. Quizás toda la culpa fuera suya. Se había obsesionado con los altos dignatarios de Arse y acaso el traidor no estuviese entre ellos. Tal vez debía empezar a buscar por otro lado.

—Bien —dijo finalmente—. Muy poco es lo que tenemos, pero porfiaremos en ello. Nos centraremos principalmente en Docio. Coloca por allí a dos o tres de tus amigos, pero, ya sabes, que no sean siempre los mismos —Tibaste torció ligeramente el gesto al escuchar tan obvio consejo—. Yo pondré a una pareja de mis hombres cerca, con instrucciones sobre lo que deben hacer. Si esa persona vuelve a salir, les avisáis inmediatamente y la seguís.

Y así se hizo, pero el circunspecto y misterioso sirviente de Docio no reapareció. El tiempo transcurría e Ikomkei estaba cada día más desalentado. Presentía que una nueva desgracia se cernía sobre la ciudad y, una vez más, sería incapaz de detenerla.

# CAPÍTULO 27

**Año 477 a. C.**

**Finales de agosto.**

**Edetania – Ciudad de Arse.**

Los primeros en detectar las llamas fueron los centinelas apostados en la muralla este de la fortaleza, la que daba al mar, que de inmediato hicieron sonar las trompas para avisar a la población del suceso.

Al tiempo que un destacamento de jinetes arsetanos cabalgaba hacia el lugar donde el fuego había prendido, la huerta de Arse, situada a mitad de camino entre la ciudad y su fondeadero, otros guerreros se apresuraban a preparar los carromatos para trasladar a los voluntarios.

A pesar de lo avanzado de la noche, una multitud de hombres y mujeres, equipados con escobones, hachas, garfios o recipientes para transportar agua, como cubos de madera y de soga tejida y entrelazada, tinajas de anchas bocas y barreños, no dudaron en abandonar sus viviendas y ponerse en camino para colaborar en la extinción.

Arse era una ciudad densamente poblada, construida casi toda ella con materiales que ardían con facilidad, callejuelas estrechas delineadas al capricho de las precarias casas y tenderetes que se erigían en cualquier sitio, sin orden alguno, una ciudad que, por suerte o por desgracia, estaba acostumbrada al fuego, ya que los incendios eran algo, si no frecuente, si lo suficientemente habituales como para que sus pobladores estuviesen más que preparados para hacerles frente.

Y una vez más lo demostraron.

Llegados al lugar, nadie tuvo que decirles lo que habían de hacer. Enseguida se organizó una cadena humana de aguadores entre el río y el foco del incendio, mientras otros vecinos luchaban sin descanso contra las llamas a base de palazos y ramazos, o talando los árboles más próximos a los que ardían, a fin de abrir un cortafuego que impidiera que siguieran propagándose.

El extenuante y combinado trabajo de unos y otros empezó lentamente a dar sus frutos y, aunque la superficie quemada era amplia, buena parte de los cultivos se salvaron.

Y ya la mayor parte de la gente se ocupaba en la también ardua labor de extinguir los rescoldos para evitar que el viento los reavivara, cuando la inquietud y el horror volvieron a colmar sus corazones.

—¡Fuego! ¡Fuego en el puerto!

Al oír los gritos, cuantos allí se encontraban dirigieron sus

miradas hacia el este, para comprobar, angustiados, cómo grandes llamaradas iluminaban la noche sobre la rada de Arse.

Los arsetanos no perdieron el tiempo en inútiles lamentaciones, porque si la huerta era importante para ellos, el puerto constituía el centro de su prosperidad. De manera que, entre invocaciones y blasfemias, la mayoría de ellos se subieron a los carruajes y se pusieron de nuevo en marcha dispuestos a reanudar la batalla contra el fuego.

¡Y qué fuego! Mucho más espectacular y virulento que el anterior, ya que se propagaba en dos direcciones: en el mar, dos barcos ardían ya hasta su arboladura, amenazando con alcanzar a otros cercanos sobre cuya cubierta los marineros, entre gritos y carreras, se afanaban en hacerlos maniobrar para alejarlos lo más deprisa posible del infierno que los amenazaba, mientras que en tierra, la parte sur del barrio griego empezaba también a ser pasto de las llamas.

Para cualquiera que estuviera observando el desarrollo de los acontecimientos y viera a la gente enloquecida, yendo de un lado a otro sin cesar, le parecería que el caos había terminado por adueñarse de la situación, pero si se fijara con un poco más de detenimiento, observaría que casi nadie estaba ocioso, gritaba asustado o corría sin sentido.

—¡No puede ser! —repuso casi en un sollozo Atabeles, el jefe de la guardia de Arse y máxima autoridad sobre el terreno, al recibir el mensaje del inicio de un tercer incendio.

A pesar de la distancia que separaba la ciudad de su ancladero, el veterano guerrero podía apreciar perfectamente desde lo alto de su caballo cómo la arbolada ladera sur de la colina sobre la que se levantaba la orgullosa Arse, la zona donde la urbe almacenaba sus reservas de grano y forraje, de pieles y telas, de vino, aceite y sal, de carnes y pescado en salazón, de cerámicas griegas, cristales fenicios…, estaba en llamas.

Atabeles creyó haber soñado con aquello en alguna febril pesadilla.

Desesperado, miró a su alrededor. Allí, en el puerto, el fuego distaba mucho de estar controlado, y los hombres daban muestras de fatiga. No podrían llegar a tiempo.

El destino de Arse estaba en manos de los dioses…

Y también de las mujeres y de los jóvenes arsetanos que habían permanecido en la ciudad, quienes, en medio de aquel abrasador laberinto de callejas y plazuelas, precariamente provistos y envueltos en mantos y capotes de piel y lana empapados en agua, se enfrentaron con heroico denuedo a las llamas y al humo cegador, consiguiendo retrasar su propagación el tiempo suficiente de poder,

a duras penas, abrir algunas vías de escape para los que habían quedado atrapados y escapaban despavoridos, algunos convertidos ya en aulladoras y espeluznantes antorchas humanas.

Al amanecer, el paisaje que se vislumbraba en buena parte del barrio griego, en el puerto y en los suburbios del sur de la ciudad era desolador. El acre olor a cadáveres calcinados se mezclaba con el de los renegridos y humeantes escombros, creando dos enormes, oscuras y pestilentes nubes sobre el inmaculado cielo arsetano de finales de agosto.

Por doquier, asomaban los cuerpos carbonizados de personas y animales, atrapados en grotescas posturas y con espantosos rictus de dolor y desesperación en sus caras, todo ello en medio de un viscoso barrizal de tierra, cenizas y lágrimas. Y de cuando en cuando, entre los escombros, se veía alguna sombra, encogida sobre sí misma, balanceándose hacia delante y hacia atrás en el éxtasis del sufrimiento y la desesperación.

Lo que el día anterior era bullicio, colorido y prosperidad, se había transformado en tierra carbonizada. Una tétrica visión de muerte y destrucción.

Perecieron muchas personas, niños y ancianos en su mayoría, y hubo gran cantidad de heridos, muchos de los cuales hubieran preferido morir. También numerosos animales quedaron atrapados en los establos, y una buena cantidad de edificaciones, en su mayoría graneros y almacenes, puestos de mercaderes y chamizos, quedaron reducidos a cenizas.

Y las consecuencias aún podían haber sido más terribles si el viento, que al comienzo de la noche sopló con fuerza del sureste, no se hubiese calmado milagrosamente.

Pero a pesar del desastre, los suburbios de Arse, cuya ciudadela, aislada por la altura y la firmeza de sus murallas, no había sufrido apenas daños, fueron pronto testigos de su reconstrucción, dado que la misma denostada precariedad de los materiales con que estaban fabricados sus casas, puestos y barracas, facilitaba también su restablecimiento.

Era el mayor incendio que se recordaba y sumió a la población en un estado de tristeza y perplejidad, que, poco a poco, fue dando paso a una inmensa cólera, porque aquello no podía ser accidental ni obra de los dioses. Detrás de la tragedia hasta los más ingenuos veían la mano asesina del regente de Edeta, que, en esta ocasión, en su ansia de castigar la sempiterna terquedad de Arse, había extremado su vileza.

Un sinfín de fervorosas rogativas y de promesas de venganza se unieron en su ascenso a las densas columnas de humo causadas por el fuego.

Había transcurrido media luna desde que marchó la última embajada de Edeta.

ooOOoo

En la noche del cuarto día después de la tragedia, el misterioso hombrecillo que habitaba en la casa de Docio reapareció.

Vestía igual que la vez anterior, una larga y sencilla túnica de color oscuro, sin ceñir, y unas sandalias de piel. Sus cortos pasos le llevaron de nuevo hasta la misma taberna, en cuyo interior repitió su ritual: cruzó unas breves palabras con el vinatero, pasó discretamente a la trastienda y transcurrido un tiempo abandonó el lugar sin una palabra ni gesto de despedida.

La única diferencia fue que lo que quiera que aquel hombre hubiese hecho allí dentro lo concluyó de inmediato, ya que fue casi un entrar y salir.

Caminaba el vigilado por las oscuras y empinadas callejas que desde los arrabales conducían hasta el castillo de Arse, cuando se vio inesperadamente abordado por dos hombres fornidos que, tras agarrarle firmemente por cuello y brazos, y ponerle a tres dedos de sus atónitos ojos el amenazador filo de una daga, le conminaron a acompañarles sin oposición ni protesta alguna.

Y su asombro fue aún mayor cuando advirtió que sus captores entraban en la propiedad de Ikomkei y le conducían ante él.

Al ser informado de quién era el cautivo, el hermano del gobernante Iscer se levantó, tomó una de las antorchas que iluminaban el lugar y, escoltado por Pentilo, fue hasta él. A dos pasos, se detuvo y le miró fijamente a los ojos con una intensidad que obligó al criado de Docio a encogerse sobre sí mismo de manera instintiva.

El alivio que había sentido el hombre al encontrarse ante una persona de renombre y amiga de su amo, conocida por su gentileza y amabilidad, se disipó de inmediato en la negrura de aquellos ojos que se hundían en su alma como aguzados puñales.

Sin decir palabra, el circunspecto Ikomkei dio media vuelta y, tea en mano y con caminar apresurado, se adentró en la nocturna quietud que envolvía la hacienda, seguido de los demás.

Sin dejar de ascender, anduvieron por entre cultivos y cercados, cruzaron un bosquecillo de pinos de lúgubres y redondeadas copas y se detuvieron en medio de un oloroso murtal, ante una oquedad de forma cuadrangular excavada en la tierra.

A pocos pasos, a la trémula luz de las llamas, podía verse un pequeño altar formado por una losa que descansada sobre cuatro piedras. Era allí donde Ikomkei llevaba a cabo sus libaciones y sacrificios en honor de los dioses, y el foso el lugar al que se

arrojaban para su incineración los animales, una vez consagrados e inmolados.

En medio del silencio de la noche, el monótono y armónico canto de los grillos resultaba por momentos ensordecedor.

El hacendado se giró hacia el prisionero y, tras mirarle con odio infinito, arrojó la antorcha al interior del hoyo, que se hallaba cubierto hasta casi la mitad de ramas secas.

El fuego no tardó en prender ni las llamas en trepar hasta lamer los bordes del agujero, como buscando anhelosas algo a que abrazarse. Las mismísimas puertas del Tártaro, como llamaban los griegos al infierno, parecían recién abiertas.

Obedeciendo a un gesto de su señor, Pentilo se acercó al sirviente de Docio por detrás, lo asió con firmeza por sus ropajes y lo asomó al ardiente foso, inclinándolo sobre él, como si fuese a arrojarlo dentro.

—¡Noooooooo! —gritó el hombre aterrorizado, orinándose encima.

Cuando el eco de sus gritos se hubo convertido en un apagado y balbuciente gimoteo, habló Ikomkei:

—¡Tú, escúchame bien…!

Pero el hombre estaba demasiado asustado para prestar atención a otra cosa que no fuera el abismo que llameaba ante sus desorbitados ojos. Tenía el rostro encendido y temblaba sin control.

Ikomkei se dio cuenta de que aquel hombre podía morir de miedo en cualquier momento y ordenó a Pentilo que lo apartara de las llamas. Cuando consideró que había recobrado algo el dominio de sus sentidos, retomó el hilo de sus palabras:

—Escúchame bien —repitió con voz firme y pausada, situándose a apenas un paso del asustado sirviente—. Te voy a hacer unas preguntas. De algunas conozco la respuesta, de otras no. Si dices la verdad, podrás irte, pero si mientes… —Ikomkei señaló con su mano derecha el ardiente foso—, el fuego te espera. ¡Sé que te gusta el fuego, maldito! —añadió encolerizado, haciendo rechinar sus dientes, mientras un escalofrío recorría el cuerpo del prisionero—. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí —repuso solícito, mientras las lágrimas rodaban por sus arrebatadas mejillas.

—Dime quién eres —ordenó el noble edetano dando inicio al interrogatorio.

—Ertebas, mi nombre es Ertebas, y desde niño estoy al servicio de la Casa de Docio. Mi madre trabajaba en la cocina de la casa cuando su padre aún vivía.

—Muy bien, Ertebas —prosiguió Ikomkei—, eso no lo sabía. Vamos con la segunda pregunta: ¿eres un criado más de la casa o

recibes un trato especial?

—Mi señor Docio me distingue con su confianza —repuso sin dudar.

—Ves, eso sí lo sabía —sonrió el hacendado—. Sigue así y vivirás. Explícame ahora con quien y para qué te reúnes con tanto secreto en la taberna del río.

Al escuchar aquello, a Ertebas le dio un vuelco el corazón y en su cara se reflejó un gran espanto. Antes de contestar, sus ojos recorrieron con desesperación los graves semblantes de los cuatro hombres que le custodiaban. No había por dónde escapar. Entonces, el amenazante fragor de las cercanas llamas inundó su mente y estremeció su alma, despejando toda sombra de engaño que pudiera albergar.

Cayó al suelo de rodillas, desmadejado, inclinó la cabeza sobre el pecho y, entre sollozos, empezó a hablar:

—Cuando mi señor me lo ordena, acudo a entrevistarme con un hombre, al que traslado sus instrucciones y pago los servicios que le presta.

—¿Qué tipo de instrucciones?

—Le transmito lo que debe hacer… —las palabras salían de su boca entrecortadas por los sollozos—, dónde y cómo han de atacar, a quién han de matar…

—Y todo se pone en marcha tras la llegada de las embajadas de Edeta —aseveró Ikomkei.

Ertebas, sin cambiar de postura, asintió con la cabeza.

—¿Quién es ese hombre?

—¡No lo sé! ¡Juro por los dioses que no sé nada de él! —estaba seguro de que esa respuesta no iba a gustarle a su captor, pero era la verdad—. Sólo sé que es un hombre mayor, poco más joven que yo, que tiene los ojos oscuros, y acento y aspecto de fenicio, pero no sé quién es ni dónde habita. ¡Lo juro! Ni siquiera sé si es alto o bajo, delgado u obeso. Siempre que llego, él ya está allí, sentado tras la mesa, en el rincón más oscuro de la estancia que el tabernero usa de almacén y despensa —Ertebas alzó el rostro anegado de lágrimas, suplicándole a Ikomkei con la mirada que le creyera.

—Continua —le mandó el hacendado secamente.

Y el sirviente obedeció presuroso:

—Está acordado que la cuarta noche después de la partida de los embajadores de Edeta nos reunamos en la taberna. Yo le traslado la orden de Docio sobre lo que ha de hacer y le adelanto la mitad del pago. El resto se lo entrego pasados de nuevo cuatro días desde que el trabajo se ha realizado.

—Eso es lo que has hecho esta noche —intervino Ikomkei asqueado—, pagar la muerte de decenas de arsetanos, la

devastación de tu ciudad...

Ertebas abatió de nuevo el rostro y a gimoteó.

—Docio es quien lo ordena —balbuceaba con la mirada perdida —. Docio es quien lo ordena…

—El secuestro de mi mujer y de mi hija, ¿fue también idea suya? —preguntó el amo alzando la voz.

—Y la muerte del magistrado Iltubeles —repuso, asintiendo repetidamente—, y…

El semblante y las manos de Ikomkei se iban crispando más y más a medida que escuchaba la retahíla de crímenes que la aviesa mente del miembro del Supremo Consejo de la ciudad había ideado contra sus propios coterráneos.

—¿Qué gana él con esto? —preguntó hastiado, una vez que el criado hubo concluido su miserable relato.

—La promesa de Eterindu de que pronto gobernará Arse — contestó sin titubear.

—¿Entonces, entre sus planes está eliminar a Iscer? —más que una pregunta era una afirmación.

—Ya lo ha intentado —fue la sorprendente respuesta del criado, decidido a no callarse nada para que Ikomkei no cambiara de parecer respecto a su promesa de perdonarle la vida—. Es la única orden que no se ha cumplido —añadió.

—¿Seguirá intentándolo?

—Sin duda, aunque Docio piensa que acaso no sea necesario, ya que, ante tanta inseguridad y calamidades, podría suceder que el Alto Consejo de gobierno lo destituya.

—Sería una forma de tratar de evitar que los ánimos de los arsetanos sigan encrespándose y clamando contra nuestros "inútiles" dirigentes, por no ser capaces de poner fin a los ataques de Edeta… —continuó Ikomkei como hablando consigo mismo.

—Es lo próximo que piensa plantear Docio ante el Consejo: la destitución de tu hermano.

—Proponiéndose él como salvador de Arse —completó el ilustre edetano—. Muy astuto —y, tras unos momentos de cavilación, prosiguió con las preguntas—. ¿Su hijo Teibo está metido en esto?

—¿Teibo? ¿Quién podría fiarse de ese imbécil presumido? No, estoy seguro de que no sabe nada —remachó Ertebas—. Si ese lerdo tuviese la más mínima sospecha, todo Arse estaría ya al tanto.

—¿Y el tabernero?

—El tabernero tampoco. Se le paga por el uso de la trastienda, nada más.

De nuevo, los únicos sonidos que se escuchaban eran los producidos por los bichos nocturnos y por el crepitar furioso de la pira.

Cuando Ikomkei retomó la palabra, su tono de voz era grave y solemne, y su mirada, estremecedora:

—Ertebas, acabas de salvar tu vida. Ahora, regresarás a la casa de Docio y actuarás como si nada hubiese ocurrido. ¿Entiendes? —el poco menos que resucitado cautivo se apresuró a asentir. Ikomkei se acercó más a él, dando aún mayor énfasis a sus palabras—. Pero presta mucha atención a lo que voy a decirte: estas llamas seguirán ardiendo, seguirán esperándote. ¿Las ves? ¿Las oyes? Si me traicionas, lo sabré, te aseguro que lo sabré, y acabarás ahí dentro.

A su señal, Pentilo agarró del brazo al prisionero, lo arrastró con brusquedad y lo asomó de nuevo al borde del foso.

—¡Míralas bien! —le ordenó Ikomkei—. Ahí seguirán. No lo olvides.

—No lo olvidaré. ¡Lo juro por el infernal Tagotis! —aseguró con vehemencia y el rostro contraído de espanto—. ¡Que su fuego me consuma eternamente si lo hago!

Y antes de que sus hombres se lo llevaran, Ikomkei se le acercó de nuevo:

—Mis ojos te seguirán a todas partes. Sabré adónde vas, lo que haces, con quién te juntas, lo que hablas…, y hasta lo que piensas. Recuérdalo.

ooOOoo

Aquella noche fue sin duda para el distinguido arsetano una de las más gratas y emocionantes de su ya dilatada vida. Y de las más largas, porque, entre las continuas noticias que sus jóvenes informadores le suministraban sobre el desarrollo de las pesquisas, y las órdenes que él impartía para que ninguna precipitación las malograra, no pegó ojo.

Sabía que se había espiado también al otro hombre, el interlocutor de Ertebas, y que su vivienda estaba ya bajo vigilancia, y también que, antes o después, tendría que reunirse con los incendiarios para pagarles sus crímenes. Y ahí estribaba su mayor preocupación, porque para que ninguno de los involucrados escapara al castigo se requería tranquilidad y paciencia, y no estaba seguro de que tales virtudes se hallaran entre las de sus colaboradores. Cualquier descuido o exceso de celo podría ser fatal para sus deseos, y los nervios le devoraban.

Pero toda esa ansiedad e incertidumbre no le hacían perder la conciencia del gran avance logrado, y la mejor prueba de ello era la plácida sensación de bienestar que embargaba su corazón. Lo más importante estaba conseguido: por fin había descubierto al traidor.

Y a cada nueva noticia, se iba resolviendo el jeroglífico. Al atardecer del día siguiente, con el apresamiento de todos los

implicados, estaba ya claro en la mente de Ikomkei. Era, pues, el momento de convocar a su hermano y a los tres altos magistrados que, junto con Docio, conformaban el Consejo Supremo de la gran ciudad.

Sentado cómodamente bajo la arcada que cubría el porche de la mansión, aguardaba su llegada.

—¿Está todo preparado?

—Todo preparado —repuso Pentilo—. En el granero tenemos a los seis pirómanos…, y los otros están a buen recaudo. Todos bien custodiados. No se preocupe, jefe, lo ha planeado muy bien. Confesarán, no tienen escapatoria.

Antes de dar comienzo a la escenificación de su plan, Ikomkei se reunió con sus distinguidos invitados en el interior de la casa y les puso en antecedentes, explicándoles con todo detalle lo acaecido, desde sus primeras sospechas hasta la captura de los culpables, haciendo especial hincapié en la ayuda prestada por los muchachos de Arse y en la confesión del criado de Docio.

Al concluir su relato, el asombro que reflejaban los rostros de los oyentes era grande, y todavía pasó un buen rato antes de que alguno de ellos se decidiera a abrir la boca.

—¿Qué pruebas tienes de lo que dices? —preguntó Iscer.

—Algunas tengo —afirmó con rotundidad el anfitrión—: la confesión de Ertebas, la plata encontrada en casa del fenicio, la que portaban los incendiarios cuando la abandonaban y, la más importante, sus propias declaraciones…

—¿Sus propias declaraciones, dices? —le interrumpió uno de lo magistrados—. Pero…

—… Que podréis oír vosotros mismos, de sus mismos labios, dentro de un momento —continuó Ikomkei, adelantándose a la obvia objeción del consejero.

—Pues escuchémoslas, hermano —decidió entonces Iscer, poniendo voz a los deseos de sus compañeros, que se habían quedado nuevamente boquiabiertos.

Impacientes, los cuatro dirigentes se pusieron en pie al unísono.

—¡Pentilo! —llamó Ikomkei, alzando la voz para que su hombre de confianza, que esperaba en la estancia contigua, le escuchara—. Disponlo todo —le ordenó en cuanto aquel asomó por la puerta.

Cuando salieron de la vivienda, los seis acusados, con las manos atadas a la espalda y un guardia armado detrás de cada uno, esperaban formados en hilera a unos diez pasos del sombreado porche.

Fue el de mayor edad, el mediador entre el hombre de Docio y los ejecutores de los ataques, quien tomó la palabra, y lo hizo, para sorpresa de los cuatro altos consejeros presentes, para corroborar,

hecho por hecho y casi palabra por palabra, todos los crímenes y felonías relatados previamente por Ikomkei. Y todo ello ante el resignado y aquiescente silencio de sus cómplices, los autores materiales, ninguno de los cuales era originario de Arse.

Escuchada la confesión, Iscer y los tres miembros del Supremo Consejo improvisaron una reunión de urgencia en la propia casa, para decidir el castigo, que no podía ser otro sino su condena a muerte.

Pero quedaban todavía otros asuntos que tratar, y el más intrigante de todos, aquel que tenía a los altos magistrados perplejos, era la absoluta colaboración prestada por los acusados en el esclarecimiento de sus crímenes.

Durante el concienzudo y autoinculpatorio relato del fenicio, los nobles dignatarios habían cruzado miradas atónitas en más de una ocasión, asombrados ante la hierática actitud y la ausencia de la más mínima discrepancia por parte de los demás apresados. No entendían que aquellos hombres permanecieran mudos escuchando aquel testimonio, sabiendo que cada palabra que oían les acercaba un poco más a su fatal destino.

Si hubieran estado allí aquella mañana, lo entenderían.

ooOOoo

Después de tantas preocupaciones, tanto trabajo y tanto tiempo dedicados a ello, Ikomkei no quería que un exceso de celo u obcecación por parte de alguno de los consejeros, o de su propio hermano, al escuchar la proclamación de inocencia de los capturados, pusieran en duda sus averiguaciones y evitaran que se hiciera justicia. Y se había asegurado de que eso no ocurriera.

Ese mismo día, al rayar el alba…

—Sabemos quiénes sois y lo que habéis hecho —Ikomkei se hallaba en pie, un paso por delante de una decena de sus mercenarios, y hablaba con voz clara y potente para que sus palabras calaran bien en las cabezas de los seis hombres a los que se dirigía, que permanecían maniatados ante él, tras haber sido apresados en el transcurso de la noche anterior—, y sabed que moriréis por ello, y será una muerte horrible, os lo aseguro, acorde con la vileza de vuestros crímenes. Sabedlo bien.

Los inculpados escucharon la terrible amenaza en silencio, pero no todos tuvieron después el valor o la insolencia de mantener la cabeza alta y la mirada fija en los ojos de su acusador. Uno sí lo hizo.

Y otro perdió los nervios.

—¡Yo hablaré! —dijo de repente uno de los capturados, lloriqueando—. Lo contaré todo.

—¡Cobarde! —le espetó uno de sus compañeros, escupiendo a continuación a sus pies.

—Eso es muy de agradecer —señaló Ikomkei sin mostrar satisfacción alguna ante aquel reconocimiento de culpa—, pero no te servirá de nada, morirás igualmente.

El que le había insultado, un hombre alto y fornido, sonrió entre dientes ante el inútil gesto de arrepentimiento.

—Todos moriréis, ya os lo he dicho —continuó el noble arsetano alzando de nuevo la voz—. Moriréis, habléis o calléis, y digáis lo que digáis, porque conozco toda la verdad.

—Entonces —se atrevió a interrumpirle el bravucón—, mátanos ya y ahórranos el sermón.

—No tan deprisa, no tan deprisa. Primero tenéis que contarle vuestras "valientes hazañas" a los que os tienen que juzgar.

—Pues conmigo no cuentes. Como todos éstos saben, yo soy inocente —añadió sonriendo cínicamente.

—Ya lo veremos —le retó Ikomkei, sin perderle la cara.

Y dirigiéndose a Pentilo, le ordenó:

—¡Tráelos!

A una señal del olcade, dos guerreros se dirigieron a los corrales y abrieron la tranquera, dejando paso a una afligida muchedumbre que, con las manos sobre la frente a modo de pantalla, trataba de protegerse de la luz del día, que caía casi horizontal sobre la granja.

Al verlos, todos los prisioneros se quedaron estupefactos. Quienes se acercaban eran sus hijos, sus mujeres, sus padres y hermanos. ¿Qué hacían allí? Ellos eran inocentes, no habían tenido participación alguna en sus acciones.

—Cuando esta tarde os encontréis ante los miembros del Supremo Consejo de Arse, les contaréis la verdad de lo que habéis hecho, porque si uno solo de vosotros, uno solo —recalcó Ikomkei, en medio de un silencio expectante—, niega ser el autor de los incendios y del resto de crímenes que habéis perpetrado, todos vuestros parientes. ¡Todos —volvió a subrayar—, morirán con vosotros!

Durante su breve alocución, el arsetano no apartó su mirada de los ojos del hombre que le había desafiado, quien, tras desviar la vista y contemplar durante largo rato a sus compungidos e indefensos familiares, agachó la cabeza, aceptando su aciago destino.

—¿Qué será de ellos si confesamos? —preguntó el anciano fenicio.

—Esta misma noche serán embarcados hacia Oriente.

—¡Danos tu palabra!

—La tenéis.

Y así se cumplió.

Una vez que los acusados hubieron confesado su culpa ante los cuatro altos magistrados de Arse, y antes de que una nueva e incierta jornada se liberara del negro manto de la oscuridad, cuatro carromatos conducidos y fuertemente escoltados por hombres de Pentilo, abandonaron la hacienda de Ikomkei y se dirigieron al fondeadero, casi desierto e inactivo en esos momentos.

La carga que transportaban fue rápida y silenciosamente transferida a dos navíos que, de inmediato, aprovechando la larga plenamar, levaron anclas y zarparon hacía un lejanísimo destino.

# CAPÍTULO 28

**Año 477 a. C.**

**Principios de septiembre.**

**Edetania – Ciudad de Arse.**

Docio era un hombre feliz, más que feliz. Estaba exultante.

Acababa de regresar de una reunión del Supremo Consejo y las cosas no podían haber ido mejor para sus intereses.

Iscer, por fin, había claudicado y se mostraba dispuesto a alcanzar un acuerdo con Edeta que pusiera término de una vez por todas al dolor y al sufrimiento de los arsetanos. La gran mortandad y destrucción ocasionadas por la última represalia ordenada por Eterindu terminó por vencer su resistencia.

El regente de Arse se había dado cuenta por fin de que era inútil enfrentarse a un enemigo tan implacable, que le superaba en fuerza, decisión e inteligencia.

Pero lo mejor de todo, lo más gracioso, era que aquel inepto le había designado a él, precisamente a él, para negociar con Eterindu los términos del acuerdo. Los dioses se habían mostrado esa mañana especialmente magnánimos con sus deseos.

No tenía ninguna duda de que los días de Iscer al frente de los destinos de Arse estaban contados. No sólo se había mostrado incapaz de detener los ataques procedentes de Edeta, ni logrado pruebas que permitieran identificar fehacientemente a sus autores y a quien los mandaba, sino que, ahora, además, se arrodillaba ante el verdugo y accedía a sus exigencias, como una temblorosa doncella se entregaría al victorioso guerrero. No, los arsetanos nunca se lo perdonarían.

El tiempo de Iscer llegaba a su fin, y cuando ese momento llegara, allí estaría él, dispuesto a asumir la difícil responsabilidad de conducir a la derrotada Arse a un nuevo período de paz y prosperidad.

Y el camino hacia la gloria estaba a punto de iniciarse, porque a la mañana siguiente partiría hacia Edeta con una oferta tan generosa que Eterindu no podría rechazar. A cambio de su amistad y protección, Arse le entregaría, cada seis lunas, el equivalente en plata al peso de media docena de bueyes cuatreños, los mismos seis animales que tirarían de los carros que transportarían el tributo.

Y no había que olvidar la importancia de los símbolos en la escenificación de aquel pacto. Para el alto magistrado, Iscer, consciente o inconscientemente, había situado a un animal castrado como garante del pacto. En su imaginación, y probablemente en la de muchos otros arsetanos, los seis uncidos cabestros, con su andar fatigoso y humillado, obligados a arrastrar el enorme peso de su

derrota, representaban a Arse rindiéndose al bravo toro de Edeta.

Pero Docio no se veía a sí mismo tirando de esos carros, todo lo contrario, él sería el auténtico vencedor en aquella guerra no declarada entre hermanos. Eterindu tendría su plata, pero el premio que a él le esperaba sería mucho mayor: él ganaría Arse para su noble linaje. Y alcanzado su objetivo, pondría fin a aquel modo tan medroso de gobernar, con tanta palabrería, tanta reunión, tanta traba y tanto consejero, e instauraría el sistema que regía en Edeta, ciudad que bajo la dirección de un solo hombre y una sola voluntad ostentaba la hegemonía de Edetania.

Y un viaje tan esperado y dichoso, preludio de su inminente ascenso al poder, merecía un testigo especial. Docio había decidido que su único hijo, Teibo, le acompañara. Intuía que Eterindu le recibiría como a su mejor aliado y le colmaría de halagos y atenciones, y quería que su vástago lo presenciara, que viera los importantes amigos que tenía y la gran autoridad que ostentaba.

Docio no se equivocaba. Todo en Edeta transcurrió como había proyectado. El recibimiento fue suntuoso; las atenciones y los agasajos, continuos; el acuerdo, aceptado; y la compañía femenina, joven y grata.

Fueron para él tres jornadas inolvidables. En sus propias palabras: “Lo más parecido en este mundo al reino celestial”.

Pero había que regresar, y en verdad que no lo hacía con pesadumbre. En Arse le esperaban muchos y emocionantes acontecimientos. El primero, contribuir a aumentar la ira de los arsetanos respecto a Iscer, socavando aún más su ya deteriorado prestigio, y para ello, nada mejor que comenzar de inmediato a divulgar rumores sobre el desfavorable pacto alcanzado con el odiado Eterindu.

“No, mejor diremos deshonroso pacto, o cobarde, o traidor…”, meditaba muy satisfecho.

ooOOoo

Tan sólo habían transcurrido dos días de la vuelta de Docio, cuando la detestada embajada de Edeta, encabezada por el propio hijo y heredero de Eterindu, el joven Biulakos, llegó a Arse para ratificar el acuerdo que “hermanaría” para siempre ambos oppida.

Entre rostros hostiles y un continuo murmullo cargado de insultos y amenazas, la comitiva edetense recorrió, lenta y altanera, las atestadas calles de la ciudad, hasta alcanzar la plaza donde se ubicaba la gran Casa del Consejo, sede del gobierno de la ciudad y el lugar en el que se agasajaba y hospedaba a los embajadores de otros pueblos y a los visitantes más distinguidos.

Presidía el lugar la estatua de Dibus y Deabus, dioses gemelos y

contrarios, a los que se invocaba para hacer satisfactorias y fructíferas las alianzas. Ante ella, los altos representantes de la ciudad aguardaban, en un silencio cargado de animadversión, a los delegados de Edeta.

El recibimiento fue rigurosamente formal, sin pizca de cordialidad, modos estos que, sin disfraz, acompañaron al resto de actos exigidos por la tradición para validar los tratados: la lectura, ante los reunidos, de los términos del acuerdo por parte de la máxima autoridad de Arse; la conformidad oficial y pública del jefe de la delegación de Edeta, y, para finalizar, el solemne abrazo entre ambos altos mandatarios, mientras el supremo sacerdote de la ciudad invocaba ritualmente la bendición de los dioses.

Los sentimintos encontrados, latentes durante todo el encuentro, no fueron óbice para la celebración del protocolario acto que debía coronarlo: el banquete de despedida, cuya suspensión habría sido considerada un grave insulto a los invitados y a los dioses.

El festín, que quedaría en el recuerdo como el más frío y breve del que se guardaba memoria, se desarrolló en un ambiente tenso, en el que las risas, el alborozo, los agradecimientos e invocaciones y los excesos en el comer y en el beber provinieron tan sólo de una de las partes.

En la amplia sala de ceremonias se habían dispuesto, una frente a la otra, separadas por unos diez pasos, dos hileras de mesas de madera, ocupada cada una de ellas por la respectiva delegación. La correspondiente a Edeta, estaba integrada por quince personas: Biulakos, cuatro consejeros de Eterindu, dos influyentes comerciantes fenicios y los ocho guerreros que componían la escolta.

Únicamente al final del banquete, y por exigencias del protocolo, todos los asistentes puestos en pie alzaron al unísono sus copas para sellar el acuerdo, apurando de un solo trago el vino que los sirvientes acababan de servir para la ocasión, y que, a los paladares de los llegados desde Edeta, resultó el más exquisito que habían probado jamás. Era griego, y dulce, y las dos grandes y bellamente decoradas cráteras de barro que lo contenían lo conservaban deliciosamente fresco.

Tras probarlo, los edetenses se deshicieron en elogios, coincidiendo en que era digno de ser bebido por los mismísimos dioses.

—Mi padre —señaló Biulakos, con ojos vidriosos y voz gangosa, mientras trasegaba la cuarta copa— cambiaría de buena gana unos cuantos kilos de plata del nuevo tributo por un carro de este vino.

—Dile que venga y firmaremos un nuevo pacto —repuso Iscer, sonriendo amargamente.

—Se siente uno transportado al paraíso —añadió con sincero entusiasmo el hijo de Eterindu.

—Esa es una gran verdad —concluyó el regidor de Arse y, tras hacer una señal a sus delegados, los arsetanos se pusieron en pie y abandonaron la sala.

En medio de aquel frío entorno, la única sonrisa de despedida fue la de Docio.

Biulakos y los suyos no hicieron ningún caso a la descortés actitud de sus anfitriones y siguieron a la suyo:

—Amigos —dijo Biulakos—, no debe quedar ni una gota. ¡El honor de Edeta lo exige!

Y después de vaciada su vasija, hicieron lo propio con la que sus nuevos tributarios habían abandonado, erguida y tentadora, sobre la mesa presidencial.

Cuando concluyeron la grata faena, los invitados no estaban en condiciones de hacer otra cosa que no fuera dormir la borrachera. Y con las panzas bien llenas y los espíritus rebosantes de orgullo y felicidad, un apacible y pesado sueño envolvió muy pronto sus cuerpos y mentes.

ooOOoo

—¡Atabeles! ¿Es esta, acaso, la nueva forma de entrar en las viviendas de los altos magistrados de Arse? —quien así mostraba su enfado la mañana siguiente era Docio, dirigiéndose al jefe de la guardia de la ciudad, que había irrumpido con dos de sus hombres en la sala principal de su mansión, interrumpiendo su primera comida del día—. Sea lo que sea lo que te trae aquí —continuó en el mismo tono autoritario—, retírate ahora mismo y espera fuera a que te llame.

Pero, para su sorpresa, el circunspecto guerrero no hizo ademán de obedecer.

—¿Estás sordo? —vociferó el mandatario, incorporándose bruscamente de su asiento—. ¡Fuera de aquí! —exigió de nuevo, echando fuego por los ojos. Y al ver que era en vano pasó a las amenazas—. Esto te va a costar muy caro, Atabeles.

Sin alterar el semblante, el veterano guerrero hizo un gesto con la cabeza a los dos hombres que permanecían inmóviles un paso detrás de él, quienes, de forma inmediata, se adelantaron, asieron firmemente por los brazos al irritado Docio y, casi en volandas, sin hacer caso de sus gritos y protestas, se lo llevaron.

Teibo, que se hallaba también sentado a la mesa y había presenciado, sonriente al principio y perplejo después, lo ocurrido, hizo un vago intento por levantarse y ayudar a su padre, pero la expresión de Atabeles y la dureza de su mirada le convencieron de

que lo mejor para él era no intervenir.

ooOOoo

Un buen rato después de que se hubieran llevado a su padre de manera y forma tan inesperada y Teibo seguía sentado a la mesa, sin reaccionar. El silencio en la casa era absoluto, no se oía nada, no se veía a nadie. Hasta el criado que les servía parecía haberse evaporado.

Frunció el ceño.

Cuando al fin se decidió, recorrió a buen paso y una por una las estancias de la casa, desde la cocina y las despensas hasta la terraza del piso superior, que dominaba las montañas del oeste, la extensa campiña y el mar, buscando y llamando a voces a los sirvientes. Pero ni siquiera el eco le contestó.

Cada vez más nervioso, abrió la puerta de la mansión y se asomó tímidamente al exterior: las anchas espaldas de dos de los guardias de la ciudad, armados con lanzas, la custodiaban. La cerró de inmediato y regresó al comedor. Acongojado, se dejó caer en una de las butacas.

"¿Qué está pasando?".

Poco a poco, su mente se tranquilizó. Se habían llevado a su padre de muy malas maneras, como si fuera un ladrón cualquiera, pero a él no le habían molestado. Lo que quiera que hubiese hecho su progenitor era sólo cosa suya, y seguro que no tardaría en explicarlo y en volver a casa, después, eso sí, de hacer rodar unas cuantas cabezas. Así pues, lo mejor que podía hacer era esperar.

Pero llegaron el mediodía y el atardecer, y pasaron, y la noche tampoco le trajo noticia alguna, ni buena, ni mala. La casa seguía vacía y en silencio, y los guardias en la puerta.

Con la cabeza bulléndole de sombríos pensamientos, Teibo subió a su estancia y se tumbó en el lecho. Antes de que las preocupaciones y el cansancio le rindieran, decidió que al día siguiente buscaría a sus amigos y trataría de averiguar el porqué de aquel sinsentido.

ooOOoo

Los guerreros que custodiaban la puerta no le impidieron abandonar la vivienda, ni le importunaron lo más mínimo. Firmes en sus puestos, con la mirada al frente y las astas de sus lanzas apoyadas en tierra, semejaban estatuas de piedra.

Al principio, Teibo se dirigió a los lugares donde su grupo de amigos solía reunirse, pero no los halló. Después, los buscó, también en vano, por toda la ciudad y sus arrabales. Por último, decidió ir a casa de su mejor amigo, hijo, como él, de un alto magistrado de la ciudad.

Golpeó nervioso la puerta, una, dos, tres veces, pero nadie acudió a la llamada. Cabizbajo y cada vez más inquieto, se encaminó hacia la vivienda de otro de sus más asiduos compañeros, pero antes de llegar a ella su amigo del alma le alcanzó.

Muy excitado, le tomó del brazo y, mientras lo empujaba hacia calles menos transitadas, le fue contando, boca a oído y sin dejar de vigilar el entorno, lo que nadie, nunca, hubiera querido escuchar de su padre: que había sido apresado por traición, que le acusaban de ser el promotor de los últimos y trágicos incendios que asolaron Arse, así como de otros crímenes anteriores, y que difícilmente escaparía a la muerte.

—Lo mejor que puedes hacer —le aconsejó— es quedarte en tu casa, encerrarte en ella y no salir, y esperar a ver qué pasa, porque en cuanto se corra la voz estarás en grave peligro. Los ánimos de la gente están muy exaltados. Todo Arse clamará venganza y si te encontraran, tu vida no valdría nada.

Y su amigo no tuvo que volver a repetírselo.

Tremendamente confundido y asustado, Teibo se apresuró a llegar a su residencia. Ahora entendía la presencia permanente de aquellos guardias: estaban allí para protegerle por si alguien sentía deseos de vengar en él las culpas de su padre. Menos mal que Iscer había pensado en eso.

Al atisbar la casa y descubrir que los guerreros se mantenían en sus puestos, respiró tranquilo. Pero cual sería su sorpresa cuando, al querer entrar, los guardias cruzaron resueltamente sus lanzas ante él, impidiéndole el paso.

Se le paró el corazón.

—Por favor, dejadme pasar —suplicó.

Ante la imperturbabilidad y el mutismo de los guardianes, no dudó en arrodillarse ante ellos.

—Os daré cuanto queráis. Toda la plata que tengo, pero dejadme entrar, os lo ruego, dejadme entrar —y lloró desconsolado.

De nada le sirvió.

Con el miedo y la angustia presionando su pecho, el hijo de Docio se alejó del lugar, tratando de ocultar su rostro y escabullirse de las miradas de la gente, y caminó sin rumbo, buscando cualquier lugar despoblado. Lo había perdido todo: padre, casa, sirvientes, amigos… Únicamente disponía de las ropas que llevaba puestas, porque ni siquiera había tenido la precaución de proveerse de plata al salir esa mañana.

Sólo le quedaba una salida, irse lejos, abandonar Arse cuanto antes y para siempre.

ooOOoo

Las protestas del enfurecido Docio arreciaron cuando se vio frente al estrado que ocupaban el gobernador y los tres altos de magistrados de la ciudad.

La insolencia de Atabeles y el irrespetuoso trato recibido fueron las primeras denuncias que profirió el veterano dignatario, que pronto dieron paso a una feroz crítica dirigida contra sus propios compañeros, que lo habían permitido. Un desatino más dentro del desgobierno en que había derivado la vacilante dirección de Iscer, la cual, sin duda, comenzaba a dar sus frutos, abocando a los arsetanos a la rebelión y al caos.

Sus ojos echaban chispas y por su boca salía, de cuando en cuando, algún espumarajo pleno de ira y resentimiento. A medida que hablaba, se iba acercando a la tribuna en la que, mudos, sus colegas le contemplaban impávidos o, quizás, pensó, amedrentados.

Y Docio no dudó en salvar el breve desnivel que le separaba de sus jueces y en subirse al estrado. Y allí, plantado frente a ellos, con sus furibundos ojos yendo continuamente de uno a otro, continuó su diatriba.

Cuántas veces había él presidido y marcado la pauta de aquel mismo tribunal, y dirimido conflictos, dictado sentencias, acordado alianzas, establecido estrategias… ¡Hasta seguía allí su daga, sobre la mesa, ante su silla vacía! Se la habría dejado olvidada tras la última reunión. Instintivamente, sin parar de hablar, la tomó y la ciñó a su cintura.

Su colérica perorata no parecía tener fin.

—¡Basta ya! ¡Cierra tu sucia boca! —rugió Iscer levantándose de su asiento y golpeando furiosamente la mesa con los puños.

La inesperada reacción hizo que tanto Docio como los tres miembros del tribunal se sobresaltaran.

—¡Traidor! —añadió el regente de la ciudad elevando aún más la voz.

En rápidos pasos llegó hasta donde se encontraba Docio que, al verle acercarse palideció e, instintivamente, dio un paso atrás, cayendo trastabillado de la grada, pero consiguiendo mantener el equilibrio.

Iscer, de un salto, se fue directo hacia él.

—¡Ahora hablaré yo! —le gritó a apenas un palmo de su cara, clavando en él una mirada asesina—. Y lo haré en nombre de los ancianos padres de tu amigo Nerseadin, que aparecieron en un barranco, rajados de arriba abajo y medio devorados por las ratas. ¿Te acuerdas de ellos? Los conocías bien. La noche en que desaparecieron habían cenado en tu casa.

Iscer era considerablemente más bajo, pero también más joven y robusto que el enjuto y carniseco Docio, que retrocedía a cada golpe

que recibía en su pecho.

—Hablaré también por el consejero Itubeles, que apareció ahogado en el río, con las manos atadas a la espalda. Curiosamente, también compartió contigo su última comida.

A medida que hablaba y avanzaba, su voz se hacía más amenazadora y sus empujones crecían en intensidad.

—Y por el niño de Turibas, con su cabecita reventada con una piedra...

Desde la tribuna, los otros tres magistrados escuchaban y observaban la escena con suma atención, pero sin terciar en ella.

—Tampoco Edereta, la mujer de mi hermano, ni su hija Daleni están presentes, pero hablarán, como lo harán las decenas de arsetanos abrasados en los últimos incendios. No los puedes haber olvidado. Recuerdo claramente cómo clamabas al cielo y llorabas desconsolado al conocer la noticia —el muro impedía ya a Docio seguir retrocediendo.

El viejo magistrado era la viva imagen del horror. Hacía tiempo que sus vidriosos ojos, desmesuradamente abiertos, habían dejado de parpadear y que de su boca sólo salían entrecortados y confusos balbuceos.

—Todos ellos tienen algo que decirte. Toda esa montaña de muertos sobre la que pensabas encumbrarte ha salido de sus tumbas, y te busca.

—¡Es mentira, todo mentira! —farfullaba Docio, con voz cada vez más débil y entrecortada.

—¡Asesino! —rugió Iscer en su cara.

—¡Noooo! —Docio volvió la cara a un lado y se tapó los oídos con las manos para no oír la acusación.

Daba asco y pena.

—¡Síííí! ¡Asesino! Todos te acusan —continuó Iscer inalterable —. Hasta esa daga que acabas de coger, hasta ella te culpa.

Docio dejó de gimotear y frunció el ceño. No entendía nada. Ese puñal era suyo, todos lo sabían, era uno de sus favoritos, de los que solía portar habitualmente.

—¡Oh, no! —murmuró, lívido de terror, con las facciones desencajadas y los labios y las manos agitados por un temblor horrible.

Ahora rememoraba el momento en el que su sirviente Ertebas le había pedido aquel puñal para entregárselo al fenicio que se cuidaba de cumplir sus órdenes, que la pidió como parte del pago por el último trabajo.

El semblante de Docio cambió. Le flaqueó el alma.

—Es un capricho —le había dicho su lacayo—. Quiere ese, el que tiene el mango de plata y bronce, y no otro.

Docio no conocía personalmente a aquel siniestro personaje que Eterindu le había enviado hacía ya tiempo para actuar de intermediario en la consecución de sus criminales deseos, pero un alto magistrado de Arse es un hombre público, y seguramente aquel hombre le habría visto alguna vez por la ciudad portando el bello puñal. A Docio le había parecido extraña la petición, pero si era eso lo que quería…

Era una vieja daga, de las más antiguas que poseía, y, al verla allí, sobre la mesa, ante su sitial, inconscientemente la había cogido y prendido de su cintura, como tantas veces antes.

El maldito Iscer le había tendido una trampa, y, él, ofuscado por la indignación, cayó ingenuamente en ella.

El traidor comenzó a retorcerse las manos convulsivamente. Luego, apretó el puño derecho, se lo llevó a la boca y empezó a mordérselo.

El gobernador de Arse tenía a su presa acorralada y se disponía a rematarla. En sus ojos se reflejaba la infinita repugnancia que aquel hombre le inspiraba.

—¿Sabes en poder de quién encontramos tú daga? ¿Lo sabes?

En ese momento, Docio tomó la decisión más importante de su larga vida. Lo más velozmente que la tremenda angustia que soportaba le permitió, echó mano al puñal, lo extrajo y dirigió la afilada punta contra su corazón.

ooOOoo

Esa misma mañana, Ikomkei, convocado de urgencia por su hermano, entró en la gran sala del Consejo donde éste se hallaba reunido con los tres altos consejeros y con Atabeles, el veterano jefe de la guardia de Arse.

Había muchas cosas que hablar y que decidir.

—Todo se ha cumplido como lo planeamos la otra noche en tu casa, después de escuchar la confesión de aquellos asesinos —empezó diciendo Iscer, cuyas facciones aún delataba cólera e irritación.

—Ha tardado en llegar el momento —señaló Ikomkei—, pero finalmente Eterindu empieza a pagar por sus crímenes. Por cierto, ¿qué habéis hecho con…, ellos? Con Biulakos y los demás.

—Nada.

—¿Nada? —preguntó su hermano extrañado.

—No, ahí siguen, sobre sus camastros, donde la muerte los sorprendió. No quisimos deshacernos de ellos hasta haber terminado con Docio. Eran nuestra última baza si se empecinaba en negarlo todo.

—Sí, reconozco que contemplar los cadáveres de quienes han

sido tus valedores impresiona a cualquiera —apuntó Ikomkei y, tras dar un largo trago a su copa, añadió sin poder ocultar su satisfacción—. La cicuta hizo su efecto.

—La bebieron mezclada con ese vino dulce de los focenses, y todos se fueron de este mundo alabando su sabor. Fíjate si les gustó que, tras vaciar su crátera, acabaron también con la nuestra. No dejaron ni una gota.

—Y querían llevarse un carro lleno para Eterindu —completó Atabeles, dibujando en sus labios una mordaz sonrisa.

—Pues con mucho gusto se lo enviaremos. Todo el que quiera —señaló Ikomkei, provocando las carcajadas de los reunidos.

—Y ahora, a esperar la reacción de ese malnacido cuando vea que su hijo y sus delegados no regresan —dijo con un suspiro el magistrado Turibas.

—Que venga si quiere…, o que pregunte a quien desee —terció Iscer con semblante despreocupado—. Lo que nosotros sabemos es que llegaron, ratificamos el acuerdo, les dimos de comer, pasaron la noche y se marcharon con el alba.

—Sí, pero cuando empiece a indagar tendremos problemas, porque todo Arse los vio llegar, pero nadie partir —señaló Atabeles entornando sus azules ojos—. Eso es lo que comunicarán a Eterindu sus informadores.

—¿Quién dice que nadie los vio marchar? —apuntó Ikomkei haciéndose el sorprendido—. Yo conozco al menos a un centenar de arsetanos que jurarán haberlos visto, entre ellos tú mismo, Atabeles. Es tu obligación escoltar a los embajadores que nos visitan hasta las afueras de la ciudad.

—Es verdad. Perdonadme. ¡Qué cabeza tengo! Por cierto —añadió el guerrero cambiando de asunto—, antes de…, "irse", Biulakos ratificó el pacto, ¿no es cierto?

—Muy cierto.

—Pues, siendo así, los de Edeta reclamarán el pago del tributo.

—Cada seis lunas —confirmó Iscer.

—¿Y pensáis pagarlo?

—Naturalmente, los arsetanos somos gentes de honor. Ese pago lo acordó Docio, y yo mismo lo corroboré ayer.

—No entiendo nada —señaló un perplejo Atabeles que, al no haber participado en la reunión que se celebró en la hacienda de Ikomkei, ignoraba lo que sus compañeros de mesa habían tramado en ella.

—Vendrán y les pagaremos… —empezó explicando Iscer.

—Pero los carros con la plata nunca llegarán a Edeta —prosiguió Turibas.

—Los bandidos, Atabeles, los bandidos —concluyó el

mandatario de Arse, al tiempo que le guiñaba un ojo—. Los caminos están llenos de bandidos.

—Pero esos carros irán muy bien protegidos.

—De eso estamos seguros —intervino circunspecto otro de los magistrados.

—¡Me estáis dando miedo! ¡Por Tagotis! —exclamó el curtido guerrero, apurando de un trago su copa.

—Para que no sigas preguntando —intervino de nuevo Iscer—, te explicaré lo que pasará después de lo que acabas de oír: tras perder a su hijo y el tributo, Eterindu no se quedará cruzado de brazos. Sabrá que le hemos engañado y buscará cualquier excusa para atacarnos. Atabeles, es muy probable que todo esto acabe en una guerra, no en breve tiempo…, o quizás sí, y deberás estar preparado.

—¡Ya hemos aguantado bastante! —sentenció Turibas, en cuya mente seguía grabada la imagen de su hijo con la cabeza aplastada —. ¡Si ha de haber guerra, bienvenida sea!

—Empieza a reclutar gente y a prepararla, Atabeles —ordenó el gobernante de Arse—. La necesitaremos.

El amargo silencio que siguió a tan funesta premonición se prolongó hasta que Iscer volvió a tomar la palabra mientras escanciaba vino en las copas de sus amigos:

—Y, cambiando de asunto —continuó—. Tenemos a unos asesinos que enviar al infierno. ¿Alguna idea? —preguntó, cogiendo su vaso y recostándose en el respaldo del asiento—. Ikomkei…

# CAPÍTULO 29

**Año 477 a. C.**

**Mediados de septiembre.**

**Edetania – Ciudad de Arse.**

Dos días después, todo estaba preparado.

Corrían por toda la ciudad rumores de que los autores de los incendios, así como de otras muertes y desdichas que se venían sucediendo en Arse desde que Eterindu gobernaba Edeta, habían sido por fin apresados y sentenciados a muerte, y los arsetanos esperaban impacientes el momento de su ejecución. Era ya mucho lo soportado y demasiado el tiempo que llevaban agachando la cabeza ante los desmanes del aborrecido déspota.

Así pues, la noticia de que sus esbirros serían ajusticiados públicamente llenó a los habitantes de la ciudad de alegría. Todos ellos, incluidos muchos de los griegos asentados en sus tierras, tenían parientes o amigos entre quienes perdieron la vida en los últimos incendios, y aquel castigo era lo único que podía llevar algo de consuelo a sus tristes y encrespadas almas.

Era medio día, y el sol caía inclemente sobre los campos de Arse, cuando los dos entoldados y chirriantes carromatos que transportaban a los condenados se detuvieron.

A lomos de su caballo, Atabeles, que encabezaba el fúnebre cortejo, echó un vistazo a su alrededor, contemplando, impresionado, cómo, en completo silencio, el amplio círculo formado por el gentío que se había congregado para presenciar las ejecuciones volvía a cerrarse en torno a ellos.

El lugar elegido no podía ser más idóneo. El mismo campo, situado a mitad de camino entre la ciudad y su ancladero, que los pirómanos habían elegido para iniciar la macabra cadena de incendios que asolaron Arse aquella trágica noche. Abrasada y ennegrecida, sin un solo árbol o matorral en pie, aquella tierra parecía seguir desprendiendo calor de sus entrañas, aumentando aún más, si cabe, la sensación de sofoco entre la sudorosa muchedumbre.

Las principales autoridades arsetanas habían sido las primeras en llegar, y una gran cantidad de guerreros protegía la zona para evitar cualquier posible intento de linchamiento por parte de la multitud.

A una señal de Iscer, Atabeles dirigió su caballo hacia la parte trasera del primero de los carros.

—¡Sacadlos! —mandó con un rugido.

Entre una barahúnda de gritos, insultos y amenazas, que contrastaba con el expectante silencio mantenido hasta entonces,

los seis condenados fueron obligados a descender uno tras otro del carromato.

El último en aparecer fue un hombre delgado y de pequeña estatura, mayor en edad que el resto, de tez muy oscura y arrugada, y vestido con una túnica rojiza, característica de los phoinikes.

Al salir a la luz del día, el sol hirió sus ojos obligándole a cerrar los párpados y agachar la cabeza, ya que, al igual que sus cómplices, sus manos estaban atadas a la espalda.

Una vez identificado por los congregados, los gritos e imprecaciones se recrudecieron. Todos sabían que, entre los apresados, aquel hombre, de apariencia frágil y vulgar, era el principal responsable de las últimas desgracias sufridas por su ciudad.

Formados en hilera ante el carromato, y bien custodiado cada uno de ellos por dos fornidos guerreros, los condenados escucharon, apocados, de boca de uno de los altos magistrados, los crímenes que se les imputaban, tras lo cual fueron conducidos hasta el lugar de ejecución, una veintena de pasos más allá.

Cuando descubrieron con claridad lo que les esperaba, sus rostros se contrajeron de horror y los ojos casi se les salieran de las órbitas. Pero ni los desgarradores chillidos y súplicas que profirieron, ni sus patéticos forcejeos levantaron otra cosa que desprecio y burla. No era el morir lo que les desesperaba —el fin de sus vidas había sido ya pactado—, sino el morir así.

Aunque deberían haber adivinado aquel final.

Sin embargo, no todos los sentenciados pedían clemencia y lloriqueaban. Uno de ellos, un hombre robusto, de mirada fría, permanecía impertérrito. ¿De qué se sorprendían sus compañeros? Ya se lo había anticipado el maldito que los apresó: “será una muerte horrible”, les dijo, y no mintió.

“Horrible es”, pensó, “aunque podía haber sido peor. Al menos será rápida”. El incendiario apretó los dientes. Una cosa tenía muy clara: él no iba a convertirse en la diversión de los arsetanos.

Miró a sus cómplices, que seguían berreando y pataleando como si estuvieran poseídos por espíritus malignos, y se avergonzó de ellos. Si la sentencia había sido dictada, ¿a qué humillarse? Cuanto antes muriese, antes acabaría el regodeo del populacho.

—¡El que a fuego mata, a fuego debe morir —sentenció Iscer. Y, a continuación, con un gesto afirmativo, ordenó a Atabeles que diera comienzo la ejecución—. ¡Que se cumpla la sentencia!

En ese momento, el resuelto condenado, aprovechando que sus guardianes estaban más pendientes del curso de los acontecimientos que de él mismo, se desasió de ellos de un enérgico tirón y, con una siniestra sonrisa en los labios, corrió hacia el foso ardiente abierto

en la tierra, y se arrojó a él.

—¡Melqart! —gritó, mientras el fuego mordía atrozmente cada poro de su piel, y un dolor infinito estallaba en su cerebro.

Lo último que sintió fue cómo sus ojos reventaban.

Al escuchar aquella última invocación, Ikomkei, presente entre los congregados, recordó el relato de uno de los comerciantes fenicios con los que solía tratar. Hablando de dioses y de la existencia después de la muerte, el hombre mencionó a aquel dios Melqart, primigenia deidad agraria que, según la tradición de su pueblo, se inmolaba en el fuego al final de cada ciclo de cosechas, simbolizando de ese modo el perenne retorno de la naturaleza tras perecer a consecuencia de los abrasadores calores del estío.

Al rememorarlo, el noble arsetano no pudo evitar un estremecimiento.

La sorprendente reacción de aquel hombre dejó mudos a todos los presentes, pero no alteró la actitud de los otros cinco condenados, que de inmediato redoblaron sus ruegos y sollozos, de modo que, uno tras otro, tuvieron que ser llevados en volandas hasta el borde del crematorio y arrojados inmisericordemente a las llamas.

Una vez que la muerte hubo ahogado los gritos del último de los ejecutados, Atabeles se aproximó al segundo carromato, y su voz retumbó como un trueno en medio del silencio:

—¡Sacad a Docio!

ooOOoo

Tumbado en el rincón más oscuro del entoldado carretón, bañado en sudor, Docio gimoteaba. Tenía los nervios destrozados por tantas jornadas de aislamiento y meditación, y tan pronto reía eufórico como se derrumbaba desolado.

Hacía días que no dormía, que ni siquiera descansaba. Su cuerpo siempre tenso y agitado, sus ojos dislocados, su cabeza bullendo de voces e imágenes que iban y venían entre el terror y la esperanza.

Él siempre había honrado a los dioses. ¿Cómo permitían que aquello sucediera?

Pero no había que desesperarse. Eterindu estaría al tanto de lo ocurrido, sabría de su lealtad, y correría en su ayuda.

Aquellos majaderos le ofrecieron respetar la vida a su hijo y conservar todo su acervo familiar si acusaba públicamente al mandatario de Edeta de ser el inductor de sus actos, pero se había negado. ¡Al infierno con su casa y su fortuna! ¡Y hasta con su hijo! Sólo le importaban su vida y su gloria, y complacer a los dioses. Ellos habían dispuesto que Eterindu mandara en toda Edetania, y él les servía. Cuando llegara el momento, fulminarían con un rayo a

sus enemigos.

Aquellos pobres desgraciados no sabían lo que les esperaba.

Iscer había sido un estúpido impidiéndole que se quitara la vida, al sujetarle en el último momento la mano que empuñaba la daga dirigida a su corazón, y ahora pagaría las consecuencias.

De pronto, con semblante obnubilado, se incorporó ligeramente y aguzó el oído. ¿Eran llantos o risas lo que oía? ¿Eran gritos de alegría o de horror?

—¡Son de miedo! ¡De miedo y de dolor! —Docio hablaba consigo mismo, y esbozaba una desquiciada sonrisa—. Eterindu ha llegado en mi auxilio al frente de un gran ejército, sembrando el pánico entre aquellos malditos que habían acudido para verle morir.

Y ahora oía su nombre. Sí, le llamaban, le aclamaban.

¡Qué calor hacía!

Se puso en pie, retiró con sus dedos los cabellos que le caían sobre su sudorosa frente y adecentó sus vestiduras, preparándose para recibir la merecida recompensa.

Sonrió.

El tiempo por venir que tenía ante sí era esplendoroso, y las puertas hacia otra vida, aún más gloriosa, se le abrían de par en par.

Había llegado su momento.

ooOOoo

—¡Sacad a Docio! —rugió el jefe de la guardia de Arse, mientras en el corazón de los concurrentes el estupor y el desconcierto se imponían a cualquier otro sentimiento.

¡Docio! ¡Docio, el magistrado!, exclamaba la gente, mirándose incrédulos unos a otros.

Aquello superaba todo lo imaginable.

Iscer había insistido mucho en que el apresamiento de Docio y la información sobre su implicación en los crímenes se mantuvieran en secreto. Le preocupaba sobremanera que los arsetanos, al conocer que uno de sus más veteranos y respetados gobernantes era tan sólo un esbirro de Eterindu, volvieran su ira contra sus propios órganos de gobierno, regidores y consejeros incluidos, y aquello acabara en un frenético baño de sangre.

—¡Docio! ¡Es Docio! —repetían los asistentes, sin apenas creer lo que veían sus ojos—. ¿Cómo es posible?

Y la ira se desató.

Todo empezó en las proximidades del carromato que había trasladado al magistrado. La rabia de la muchedumbre transformó rápidamente el estupor en un creciente maremagno de gritos,

codazos y empellones que amenazaron seriamente con desbordar a los guardias.

Atabeles, viendo el peligro, y a pesar del riesgo que conllevaba tal decisión, optó por reforzar la zona, aún a costa de desguarnecer otras partes del perímetro.

Y, entonces, todo se desbocó.

Por varios puntos del amplio círculo formado alrededor del patíbulo, la enfurecida multitud arrolló a los guerreros, que tampoco opusieron mayor resistencia, y se adueñó del condenado que, de inmediato, desapareció en medio de un frenesí de golpes e imprecaciones.

Cuando, finalmente, fue arrojado a las llamas, Docio no era más que un sanguinolento e irreconocible pingajo de carne desgarrada y huesos quebrados.

Como si las evaporadas bocas de los recién ejecutados la exhalara, una ardiente brisa emergió de la abrasada tierra, envolviendo a los arsetanos y acompañándolos en su mudo y fatigoso retorno.

# CAPÍTULO 30

**Año 477 a. C.**

**Mediados de septiembre.**

**Edetania – Ciudad de Edeta.**

Tres jornadas habían pasado desde que su hijo partiera hacia Arse para ratificar el acuerdo comercial ofrecido por Iscer y aún no tenía noticias de su regreso.

Bajo un semblante impasible, Eterindu trataba de ocultar su nerviosismo. O Biulakos, llevado por la euforia, estaba prolongando la celebración del triunfo alcanzado, lo cual era poco probable dada su habitual sensatez, o le había ocurrido una desgracia.

—En cualquier caso —murmuraba, sentado con la cabeza entre las manos, en la soledad de sus estancias—, ya debería saber algo.

El regente de Edeta no era un hombre que se dejara dominar por las emociones, pero había circunstancias ante las que ni siquiera él podía permanecer indiferente, y una de ellas era la pérdida de un hijo, y ese sombrío pensamiento, todavía sin motivo real que lo justificara, se había instalado en su cabeza y no le daba respiro. No sabía qué hacer, y cuando, finalmente, tras darle muchas vueltas, tomaba una decisión, al instante siguiente la descartaba. Estaba empezando a desquiciarse.

Varios jinetes habían partido esa misma mañana hacia Arse en busca de respuestas; unos, en misión oficial, para entrevistarse con los gobernantes arsetanos; y otros, de forma encubierta, para hacerlo reservadamente con sus informadores.

—¡Eso que decís es imposible! —gritó Eterindu, crispando furioso los dedos sobre los ornamentados brazos de su butaca, tratando de contener los deseos de abalanzarse contra sus mensajeros y estrangularlos.

En la pequeña sala de audiencias que el déspota utilizaba para sus encuentros más confidenciales, tan sólo le acompañaban sus dos consejeros de mayor confianza.

—Todo Arse los vio llegar, pero ninguno de tus informadores los vio partir. Es lo que dicen —repitió uno de los emisarios, abriendo sus brazos y encogiéndose de hombros, como disculpándose.

—¡Pero Iscer jura que se marcharon! —corrigió de inmediato el otro heraldo—. Biulakos ratificó el acuerdo, hicieron noche en Arse y a la mañana siguiente, con el alba, se fueron. Atabeles lo confirma. Él los escoltó hasta que salieron de la ciudad.

—¡Ya os he oído! ¡Callad! —rugió Eterindu, con las venas del cuello a punto de reventar. Entrecerró los ojos y se quedó pensativo. Alguien mentía, y no eran sus hombres.

Estaba seguro de que sus peores temores se habían cumplido:

Iscer empezaba a devolverle los golpes recibidos. ¡Y por los dioses que había sabido elegir la víctima! Jamás hubiese esperado del arsetano un acto tan…, digno de un gobernante. Ahora le tocaba a él echarse un buen trago del agrio brebaje que tantas veces había hecho beber a los arsetanos.

"Deberé de andarme con cuidado, con mucho cuidado, porque el mensaje de Iscer es claro: ataque por ataque, muerte por muerte", se dijo, con el ceño fruncido.

Cabizbajo y con rostro preocupado, paseó durante un buen rato su alto y enjuto cuerpo por la sala. De pronto, se detuvo, alzó la cabeza y cruzó una rápida mirada con sus consejeros, pero éstos permanecieron inmóviles y silenciosos, sin cambiar el gesto.

"Cobardes", pensó Eterindu, "sé lo que os ronda por la cabeza: que no volveré a ver a mi hijo con vida, pero no os atrevéis a decírmelo".

Y además, estaba lo de Docio.

El jerarca de Edeta se mostraba impresionado, no porque hubiera sido apresado y ejecutado, circunstancia que siempre entró dentro de lo posible, sino porque, al parecer, se marchó al Otro Mundo sin delatar a nadie.

No le creía tan fiel.

Gracias a esa lealtad, probablemente se había evitado la guerra, porque sin pruebas, y a pesar de su constancia de los hehos, el gobernante de Arse no podía tomar una decisión tan grave.

Y ahora las tornas habían cambiado y era él quien tenía las manos atadas. Sabía que Iscer estaba detrás de la desaparición o muerte de su hijo y los demás delegados, pero no tenía modo de demostrarlo. Se sentía frustrado e impotente. No le gustaba que se rieran de él.

Volvió la vista hacia los emisarios y con un gesto de la mano les despidió. Al poco, él mismo abandonó la estancia, dejando a los dos consejeros sumidos en el silencio y la zozobra.

—Biulakos muerto, Biulakos muerto, Biulakos muerto… —iba repitiéndose camino de las cuadras.

Antes o después, las nubes de guerra que llevaban tiempo formándose sobre los límpidos cielos de Edetania dejarían caer su mortal carga e inundarían de sangre aquella tierra.

—¡Pero será la sangre arsetana la que se derramará a raudales! —afirmó rotundo.

Eterindu sabía que en caso de declaración de guerra, Edeta poseía dos grandes ventajas sobre Arse: un ejército más numeroso y un caudillo infinitamente más resuelto y astuto. Por contra, en la odiada ciudad concurrían también dos importantes factores que no le favorecían: sus murallas, que eran absolutamente inexpugnables,

y sus tropas, más aguerridas.

Al pensar en ello, Eterindu sonrió amargamente, ya que mucha culpa de que Arse dispusiera de unos soldados tan habituados a guerrear era suya, que, cuando lo consideraba propicio a sus intereses, no dudaba en comprar los servicios de turboletas e ilercavones para que intensificaran sus incursiones contra tierras arsetanas.

En una batalla campal, no tenía dudas de que él sería el vencedor, pero si se encerraran tras los inquebrantables muros de su castillo…

Podría asolar su fondeadero y los suburbios, sus campos de cultivo…, y masacrar a todo arsetano o griego que encontrara, pero el resultado de la guerra no cambiaría: tendría que retirarse con el rabo entre las piernas, porque, para mantener un asedio en condiciones, necesitaría mucho tiempo, casi todo su ejército y cantidades ingentes de provisiones para mantenerlo.

Asediar Arse estaba descartado.

Tendría que encontrar la forma de hacerlos salir de su fortaleza y obligarlos a presentar batalla en campo abierto.

“Pero tengo mucho tiempo para pensar en ello”, recapacitó, mientras acariciaba el negro y lustroso pescuezo de su semental favorito. “Hasta dentro de seis lunas seré un buen y resignado vecino. Esperaré hasta la primavera, a la entrega del primer tributo, y con él armaré a más hombres, y compraré el apoyo de turboletas e ilercavones para que arrecien en sus ataques, y, quizás, también de algunos Docios ambiciosos de poder. Y, entonces…”.

El cielo nunca habría visto una venganza como la suya.

# CAPÍTULO 31

**Año 477 a. C.**

**Edetania – Ciudad de Arse.**

Desde el mismo momento en que se decidió acabar con la vida del hijo de Eterindu y de todos cuantos componían su embajada, Arse empezó a prepararse para la guerra, aunque no abiertamente, para no despertar el recelo de los espías de Edeta.

Los cambios afectaron a cuatro aspectos importantes para la defensa de la ciudad y de sus habitantes:

Enmascarándolo como una necesidad provocada por las cada vez más frecuentes incursiones de sus ancestrales enemigos en las fronteras norte y noroeste, el diligente Atabeles había iniciado la recluta y el adiestramiento de hombres y jóvenes.

Encubriéndolo bajo el velo de un nuevo y ambicioso plan de reformas en las instalaciones y servicios del oppidum, se empezaron obras de reforzamiento de las murallas, algo deterioradas en algunas partes, así como la construcción de dos nuevos tramos en la zona oeste de la colina, la menos abrupta y, por lo tanto, la más expuesta a los ataques. Se trataba de mejorar la defensa de la ciudadela, levantando nuevos muros diagonales a los ya existentes, que proporcionaran a los arqueros y lanceros ángulos de tiro más favorables.

En el interior de la fortaleza la actividad era también frenética, procediéndose a la limpieza de pozos de agua y a la ampliación o apertura de cuadras y almacenes de alimentos y forraje, que se hallaban casi todos extramuros.

Por último, se dispuso que varios barcos de gran capacidad, permanecieran anclados en el fondeadero, preparados para zarpar de inmediato en caso de que un “masivo ataque ilercavón” hiciera necesaria la evacuación por mar de sus habitantes. Su secreto destino sería la factoría griega de Hémeroskópeion, situada al sur, en territorio contestano, un promontorio sobre el mar que vivía de la captura, conservación y comercialización del atún. Se trataba de un establecimiento con mucha actividad entre la primavera y principios del estío, es decir, el tiempo que iba desde que se pescaban los atunes hasta que se secaban y se fabricaban las salazones. Luego quedaba prácticamente abandonado.

Los gobernantes arsetanos preveían que la guerra se desatara, precisamente, a principios de primavera, momento en el que debería realizarse la entrega del tributo acordado, y la llegada en esa época de varios barcos a Hemeroskopeion, cuando la factoría iniciaba su período de actividad, no llamaría la atención de nadie, y sería un lugar ideal para fondear y permanecer una corta

temporada, a resguardo de la furia del mar y de la de Eterindu.

Era Hemeroskopeion, también llamada Artemision, un emporio que mantenía muy buenas y antiguas relaciones con Arse, consagrado a Ártemis Efesia, diosa griega de la abundancia, con potestad sobre la tierra y las aguas, el cielo y el aire, la vida vegetal y animal.

Pero, al margen de esto, había otras cosas que hacer, alguna de las cuales exigía mucho tacto y discreción. La más importante, sin duda, conseguir, sin hacer recaer las sospechas sobre Arse, que el enorme tributo de plata comprometido no llegara nunca a manos de Eterindu.

Era una tarea delicada y de enorme transcendencia, ya que, por una parte, la escolta que llegaría de Edeta para hacerse cargo del transporte de los carros con la plata sería muy nutrida, y por otra, el ejército arsetano no podría encargarse de ello, porque sus guerreros serían fácilmente identificados, y los edetenses que escaparan al asalto informarían de ello Eterindu, quedando Arse a la vista de todos como la ciudad traidora y culpable de haber provocado la guerra. Y eso, después de todo lo soportado, era lo último que deseaban sus dirigentes.

Encontrar solución al problema le había llevado tiempo, pero Ikomkei creía haberla hallado. Y ya cabalgaba hacia su destino.

Al inquieto arsetano todos aquellos preparativos de guerra no le bastaban, su mente buscaba algo diferente, perverso, inesperado. Quería clavar una lanza en pleno corazón de Edeta, golpear a Eterindu en su terreno, en su propia casa, como lo habían sufrido ellos tantas veces, y sus pensamientos le habían llevado, inevitablemente, a fijarse en el modo de actuar de su odiado enemigo. Para la ejecución de sus crímenes, Eterindu se había valido de los propios habitantes de Arse, incluso de uno de sus más altos magistrados, y aquella resultó una jugada magistral.

La manera de conocer qué hará el adversario y adelantarse a sus planes era lo que Ikomkei indagaba con tanto empeño.

Llevaba días devanándose los sesos y al final sólo halló uno modo de conseguirlo. Sería una misión muy difícil y arriesgada, razón por la cual le había llevado tanto tiempo decidirse, ya que no iba a ser su vida la que estuviera en peligro.

Ikomkei había quedado admirado de la astucia y el temple demostrados por los nuevos amigos de su hija Daleni en el complicado asunto de Docio y sus secuaces. Aquellos muchachos conocían las calles, arrabales y caminos de Arse como nadie, sabían cómo sobrevivir en ellos, moverse entre la gente, ganarse su confianza, ver, escuchar…, y, por supuesto, también luchar y sabotear.

Si en Arse habían sido capaces de subsistir, ¿por qué no podrían hacerlo…, en Edeta?

No muy seguro aún de cómo proceder, los reunió una mañana y, después de un largo y opíparo almuerzo al aire libre, se lo propuso. Y precisamente por tratarse de un aventura incierta y peligrosa, los chicos se apresuraron a aceptarla, y su entusiasmo fue tal que pronto fueron ellos mismos quienes le persuadieron de que apartara a un lado sus preocupaciones y cautelas, y les dejara intentarlo.

Como la mayor parte de los arsetanos, ellos también contaban a familiares y amigos entre los muertos ocasionados por los incendios y estaban deseando darle su merecido al cobarde Eterindu.

Pero con condiciones:

En un principio, hasta conseguir asentarse y comprobar si había o no posibilidades reales de actuación, sólo se desplazarían a Edeta tres de ellos: Korbis, por su audacia y gran facilidad para ganarse la confianza de otros; Urcebes, por su buena cabeza, y Tibaste, por ser capaz de llegar adonde nadie lo hacía, ver lo que otros no veían y oír lo que ninguno oía.

—Yo os proveeré de todo lo necesario: caballos, carro, armas, plata…

—Nada de eso, Ikomkei —le interrumpieron de inmediato—. Si queremos pasar desapercibidos en las calles de Edeta, tenemos que ser como los que viven en ellas: ladrones y merodeadores. Nada de plata ni ostentación alguna. Sólo necesitaremos el más destartalado de tus carros, tus dos peores caballos y comida para un par de días. Lo demás es cosa nuestra. Sobrevivir es lo que mejor sabemos hacer.

Y las sonrisas de todos ellos corroboraron aquellas palabras.

# CAPÍTULO 32

**Año 477 a. C.**

**Primeros días de octubre.**

**Edetania – Ciudad de Edeta.**

Edeta ocupaba una extensa superficie de tierra y era la ciudad más grande y poblada de cuantas se hallaban en aquella parte de Iberia. Estaba ubicada al suroeste de Arse, a medio día a caballo, en un promontorio que dominaba un valle delimitado al norte por montañas y al sur por el gran río Tirius.

Toda la zona a su alrededor se hallaba sembrada de pequeños enclaves fortificados que protegían los accesos a la ciudad y se comunicaban entre sí mediante señales visuales.

Además, como toda gran ciudad, Edeta contaba extramuros con su correspondiente y caótico cinturón de arrabales.

Su riqueza provenía fundamentalmente de la agricultura, la ganadería y las industrias del hierro y la cerámica, cuyos productos y excedentes se comercializaban a través de Arse.

Las condiciones de vida eran muy similares en ambas ciudades, siendo su forma de gobierno y su estructura social lo que más las diferenciaba, ya que en Edeta la casta guerrera era la dominante, y su gobernador, al ser al mismo tiempo jefe del ejército, poseía un gran poder y actuaba como un déspota, sin más norma que su propia voluntad.

En materia militar, Edeta también mantenía un ejército permanente, nutrido principalmente de su propia población, y sus tropas, tanto las destinadas a la guardia personal del regente, como a la defensa de la ciudad y de los enclaves fortificados que la circundaban, vivían acuarteladas en un gran campamento permanente situado a las afueras, que disponía de pabellones para hombres y animales, espacios de adiestramiento y almacenes para armas y forraje.

Constituía en sí mismo un pequeño oppidum independiente, habitado exclusivamente por guerreros y aislado del resto de la población por una robusta empalizada, con horarios y quehaceres propios. Su tarea era equivalente a la realizada por los mercenarios que servían a algunos de los grandes propietarios de granjas y tierras, que a cambio de techo, comida y plata, estaban siempre a disposición de su señor y protegían su hacienda.

Incluso así, lo que militarmente más diferenciaba a Arse de Edeta, salvando el hecho de que el número de sus guerreros era sensiblemente inferior, lo constituía su mayor conflictividad, ya que, mientras Edeta disfrutaba de vecinos pacíficos —contestanos por el sur, oretanos por el suroeste y olcades por el oeste—, los

turboletas y los ilercavones no paraban de atacar y asolar el norte y noroeste de Edetania, cuyas fronteras correspondía defender a Arse.

Este fue el ambiente que se encontraron los tres amigos al llegar a Edeta, menos agobiante y bullicioso que el de Arse, por tratarse de una ciudad más vasta y carecer de fondeadero y de tanta actividad comercial, pero que apenas difería del que ellos habían conocido prácticamente desde su nacimiento.

A los pocos días, ya conocían la ubicación de los pozos de agua, las herrerías donde se fabricaban las armas, los graneros y pajares. También, dónde residían los edetenses más importantes y, por la cuenta que les tenía, qué caminos llevaban a las granjas, huertos y apriscos más cercanos y accesibles, y hasta algunos sitios donde ocultarse en caso de apuro.

—No esperamos problemas hasta después del invierno —les había advertido Ikomkei en el mismo momento de despedirles—, de modo que tomaros las cosas con calma, lo que no hagáis un día, lo hacéis al siguiente, o al otro. Pero, ante todo, no os expongáis. Conservar la vida y la libertad es lo más importante.

Pero aquellos muchachos no podían estarse quietos y se habían tomado la misión como un divertido juego.

# CAPÍTULO 33

**Año 476 a. C.**
**Mediados de febrero.**
**Edetania – Ciudad de Edeta.**

A finales del invierno, los tres jóvenes arsetanos llevaban algo más de cuatro lunas sobreviviendo en Edeta. Ya nadie se fijaba en ellos, eran unos más entre los grupos de muchachos que iban y venían por sus calles y campos. Formaban ya parte del habitual paisaje de la ciudad.

Acampaban en las afueras del extenso oppidum, en las arboledas situadas a orillas del Tirius, conviviendo con gentes como ellos, merodeadoras y desarraigadas de todas las edades y sexos, cuya única preocupación era poder comer cada día.

Korbis y el mejor de sus amigos edetenses se hallaban en el interior de la ciudadela, sentados sobre la ancha baranda de una de las varias escalinatas que descendían de lo alto de las murallas de Edeta. Holgazaneaban, mientras observaban el bullicio propio del cotidiano mercadeo. Era una mañana plomiza, y de cuando en cuando las nubes se rompían y dejaban que el sol se abriera paso fatigosamente entre ellas.

De repente, el joven arsetano vislumbró algo entre la muchedumbre que le hizo estirarse y aguzar la vista.

No era la primera vez que la veía y, como siempre le había ocurrido antes, se quedó absorto contemplándola. Había algo en aquella joven que atrapaba su atención y le obligaba a seguirla con la mirada. Era una reacción inconsciente, incomprensible, como si su rostro pálido y ojeroso, sus grandes ojos negros de mirada asustadiza, su andar renqueante, su aspecto frágil y desvalido, su juventud y belleza marchitas, le lanzaran una llamada de auxilio que le llegaba a lo más hondo del alma.

—¿Conoces a aquella muchacha? —le preguntó a su amigo.

—¿Qué muchacha?

—Aquella de la túnica azul, la que está junto al puesto del alfarero.

Su amigo estiró el cuello, ladeó ligeramente la cabeza, entornó los ojos…:

—Sí, la conozco, es Aretaunin, la hijastra de Eikebor, el tabernero de la puerta norte.

Korbis le escuchaba sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué te pasa? ¿No me digas que te gusta? —le preguntó el edetense sin poder evitar un risueño gesto de asombro, y como el arsetano continuaba en su estado de muda contemplación, añadió —. Pero si es una… —pero al ver la expresión de Korbis decidió

prudentemente callar—. Olvídate de ella, amigo. Esa chica no es buena para ti… No es buena para nadie —corroboró finalmente.

En ese momento, se produjo un pequeño revuelo en la zona de los puestos de venta, gente que gritaba y se empujaba. Una patada, un codazo…, y entonces, un hombre salió despedido de entre el tumulto, yendo a chocar contra la temerosa joven que, sin poder evitarlo, trastabilló y se desplomó sobre el tenderete ante el que se había detenido, llevándose por delante algunos de los cacharros expuestos, que se hicieron trizas.

Hecha una furia, la mujer que atendía el puesto, ancha, tetuda y con la tez enrojecida, acudió rápidamente, vociferando, y de un manotazo arrojó a Aretaunin al suelo, dejándole marcados en su macilenta mejilla los cinco dedos de la mano.

En medio del barullo, la gente estaba más pendiente de la bronca principal y casi nadie se fijaba en el pequeño altercado surgido entre la iracunda vendedora y la desamparada muchacha, la cual, tendida en el suelo, sangrándole el labio superior y temblándole todo el cuerpo, miraba llorosa a la mujerona, que no paraba de gritarla y se le acercaba con ademán amenazador, con intención de pegarla de nuevo.

Pero entonces, un joven de baja altura, pero recio, con el cabello sucio y enmarañado, el semblante hosco y los puños crispados, se interpuso entre ellas, desafiando a la bestia.

El bofetón que la furibunda vendedora llevaba ya preparado para la muchacha, cambió inmediatamente de trayectoria dirigiéndose contra el mentón de Korbis, y al no hallarlo, su propia inercia hizo que rotara sobre sí misma y acabara despatarrada al lado de su víctima, cuyo demudado rostro se iluminó entonces con una sonrisa, mientras sus ojos buscaban y encontraban a los de su valedor.

La oronda tendera, echando fuego por los ojos, se levantó con sorprendente agilidad y, al ver la sonrisa dibujada en los labios de la joven, tornó a aullar de indignación, braceando airadamente y escupiendo un torrente de saliva con cada nuevo insulto, mientras Aretaunin, puesta también en pie, pero sin abandonar el amparo que le ofrecía el cuerpo de Korbis, permanecía callada y cabizbaja, tentándose la cadera izquierda, que se había lastimada en la caída.

Una vez que los ánimos se calmaron y la exasperada mujer hubo regresado a su cubil, Korbis se giró hacia la muchacha, pero lo único que avistó fue su túnica azul y su corta cabellera negra desapareciendo entre el gentío.

ooOOoo

Esa misma noche, a pesar de sus intentos por disuadirle, su

amigo edetense llevó al obstinado Korbis a la casa de Eikebor, donde la muchacha ayudaba a su padrastro sirviendo vino a los clientes.

La taberna era realmente la antesala de la propia vivienda del bodeguero, quien por el día, en su puesto del mercado, vendía el vino por ánforas, cántaros y vasijas, y por la noche hacía lo propio, por jarras y vasos, a los que acudían a ella a beber y a resguardarse del húmedo frío de las calles. El vino que allí se servía era de muy mala calidad, como su clientela, pero barato, y el local solía estar siempre bastante concurrido.

La sala contaba únicamente con unos pocos taburetes y leños para sentarse, así como con una destartalada pieza aledaña a modo de almacén. Abajo, en el sótano, estaba la bodega.

Cuando ambos jóvenes llegaron, no quedaban asientos libres, de modo que se dirigieron a un rincón y se acomodaron contra la mugrienta pared en espera de que la moza les atendiera.

Más le hubiera valido al joven arsetano no ir.

La tasca estaba bastante llena, apestaba a vino y era grande la animación. El tabernero, un hombre grande y rollizo, de labios gruesos, nariz de ave rapaz y con los largos pelos pegados a sus coloradas y sudorosas mejillas, iba de un lado a otro del sucio tablón de madera tras el que se desenvolvía, recibiendo encargos y llenando las jarras de vino, y alguna también de cerveza, que luego su hijastra, culebreando ágilmente entre los clientes a pesar de su cojera, repartía.

En uno de los viajes, sus enrojecidos ojos se toparon con los del joven que esa mañana la había defendido en el mercado, y le sonrió, pero aquella no fue una mirada de reconocimiento, ni la sonrisa contenía la más mínima alegría o gratitud. El gesto de Aretaunin había sido mecánico, vacío de todo sentimiento. Detrás de aquellos ojos vidriosos no había más que abundante vino.

Korbis frunció el ceño y su semblante se oscureció.

Pasado un rato, ya la mayoría de los clientes servidos y entregados a la charla, el ambiente se calmó. Y así fue transcurriendo la velada hasta que, bien entrada la noche, cuando la sala empezaba a vaciarse, ocurrió algo que Korbis no esperaba. Un hombre ya maduro, malencarado, con barba negra y cerrada y risa estentórea, agarró a Aretaunin por un brazo y la sentó sobre sus muslos, entre los vítores y aplausos de sus acompañantes.

De inmediato, acercó a los labios de la muchacha la jarra de vino, entreteniéndose, en medio de un coro de risas, en quitársela cuando ella ya estaba a punto de agarrarla, hasta que, al fin, la muchacha consiguió cogerla con ambas manos y llevársela a la boca, dándole un buen trago, que no fue más largo porque el

barbado rufián se la arrebató.

El aspecto de la joven, con sus pupilas dilatadas y brillantes, sus mejillas encendidas y relamiéndose, propició nuevamente las carcajadas de los reunidos.

El juego se repitió dos o tres veces más, hasta que Aretaunin, completamente ebria, con una sonrisa alelada, cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el hombro del rufián.

—¡Cómo traga!

—Todo lo que le eches —repuso el rufián.

—Pues parece que por esta noche ha tenido bastante.

—Tú no la conoces. Esta es insaciable. No ha hecho más que empezar. Ahora verás. ¡Eikebor! ¡Traénos más vino! —ordenó.

Korbis contemplaba la escena y se sentía cada vez más asqueado y furioso, sobre todo contra el tabernero, ante cuyas narices estaban emborrachando a su hijastra, mientras él no hacía nada por impedirlo. Hasta parecía complacido.

A las miradas inquisitivas del joven arsetano, su amigo respondía encogiéndose de hombros.

En ese momento, con su mano derecha, el hombre que la retenía la asió del mentón, alzó su cabeza y se la agitó varias veces, con energía, hasta que la muchacha abrió los párpados, sobresaltada.

—¿Quiéres más? —le preguntó poniéndole la jarra ante sus turbios ojos, después de darle un trago.

Aretaunin observó el recipiente de rojizo barro durante unos instantes y luego negó con la cabeza.

Pero el repugnante sujeto, sin inmutarse, introdujo dos dedos en la bolsa de tela que colgaba de su cintura y extrajo una pequeña lámina de plata. A continuación, tras mirar socarronamente a su alrededor, la puso en la blanda mano de Aretaunin, al tiempo que colocaba el jarro entre sus labios y lo inclinaba, vaciando en su estómago lo que restaba de líquido.

Hecho esto, ante la complacencia de la clientela, empezó a manosearla, primero por encima y después por debajo del sayo, haciéndola a veces gemir. La joven estaba mortalmente pálida, tenía los ojos cerrados y sus brazos colgaban inertes a sus costados. Cuando el hombre se cansó, simplemente movió un poco las piernas y la dejó caer, desmadejada, sobre la apisonada tierra.

Enseguida, el propio Eukibor acudió y la puso en pie sin miramientos, y tras sacudirla bruscamente, la arrastró como a un cachorrillo rebelde hasta el mostrador, dejándola allí apoyada, a medio enderezar.

Pasados unos momentos, aunque apenas se sostenía en pie, Aretaunin consiguió llegar hasta el extremo del local y desaparecer en la trastienda, entre las burlas y risas de los presentes.

Korbis, que no había pronunciado palabra desde que dio comienzo la repugnante escena, no quiso seguir ni un instante más allí. Le hervía la sangre y su cara reflejaba todo el asco y la compasión que cabían en su alma. Se levantó sin más y abandonó el lugar.

Al poco, su amigo le alcanzó.

—Casi todas las noches es así, alguno la coge y se entretiene un rato con ella. Lo que no permite Eikebor, que yo sepa —añadió—, es que pasen de ahí, de los manoseos.

Korbis continuaba impávido su marcha.

—Por la mañana estará fresca como agua de manantial, y parecerá igual de pura. No se acordará de nada…, pero por la noche todo volverá a empezar —le dijo finalmente el edetense como persuadido de que el destino de aquella chica estaba marcado por los dioses y no se podía cambiar.

—¡Y ese malnacido…! —Korbis apretaba los puños y sus ojos echaban fuego.

—No es más que su hijastra —arguyó el otro con indiferencia—. La madre ya murió y ahora ella ocupa su lugar…

—¡Ese maldito lo pagará! —murmuró el joven arsetano entre dientes

—¿Qué has dicho?

Pero Korbis no contestó.

ooOOoo

A la mañana siguiente, el pequeño arsetano y su inseparable Urcebes esperaban sentados en la misma escalinata, observando atentamente el acostumbrado trasiego de gente y mercancías alrededor de los puestos de venta.

Y casi en el mismo momento del sol, la joven apareció, con idéntico marchito semblante, exacta medrosa mirada, igual andar torcido.

Sin perder un instante, ambos amigos se pusieron en pie de un brinco y fueron hacia ella.

Aretaunin notó que la sujetaban firmemente por el hombro y temió que fueran de nuevo a pegarla, como había ocurrido la jornada anterior. Asustada, giró el rostro y vio a Korbis, y tras unos momentos de desconcierto, los que tardó en reconocer en él a su valiente defensor, se tranquilizó.

—Hola, Aretaunin —la saludó con la mejor de sus sonrisas—. Este es mi amigo Urcebes. Ven, acompáñanos, tenemos que contarte una cosa, algo que…

—Sí, ven con nosotros, no tengas miedo —terció su compañero —. Somos tus amigos…

Aquellos dos jóvenes eran aproximadamente de su edad, y la hablaban al mismo tiempo, uno por cada lado, y muy deprisa, y mientras lo hacían la conducían, suavemente, pero con firmeza, fuera de las bulliciosas calles.

En su aturdimiento, ella trataba de entenderlos, aunque sólo lograba captar palabras sueltas, como padrastro, taberna, vino, ayudar, huir, … Y se dejaba llevar, porque, ¡cuántos golpes había ya recibido en su vida por resistirse a lo que los hombres la ordenaban!

Cuando quiso darse cuenta, caminaban fuera de la ciudad, entre deshojados árboles y helados huertos, con la visión de brumosas montañas en el horizonte. Y se sintió bien respirando el límpido aroma de los campos, que al entrar en su delgado pecho parecía arrancar las sucias telarañas que saturaban sus pulmones.

Pronto avistaron un desordenado asentamiento poblado de carromatos y de miserables casuchas y chamizos, donde los hombres se apelotonaban alrededor de varias hogueras que humeaban en la fría mañana.

Sin cruzar palabra con nadie, los tres se introdujeron en uno de los carros, en cuyo interior se encontraba otro joven. Enseguida la ofrecieron comida, que no aceptó, y agua fresca, que bebió y hasta paladeó.

Y allí, por fin, Aretaunin consiguió entender lo que aquellos muchachos pretendían, y se le iluminó el rostro. Incluso pareció que sus ojos se humedecían.

La idea de que poder iniciar una nueva vida, libre de miedos, amenazas, abusos y golpes, la entusiasmó. Se encontraba tan a gusto y feliz en compañía de sus nuevos amigos y protectores que no tuvo inconveniente en contarles su historia.

Toda su infancia y adolescencia las había pasado junto a sus padres y a su querida abuela en una aldea próxima a Edeta, entre juegos y faenas domésticas, sin preocupaciones, como cualquier otra chica. Pero un día aquello cambió. Una muy mala cosecha agotó las reservas de alimentos y el crudísimo invierno que la siguió se llevó a su padre, dejando a la familia en la indigencia.

Su madre no era una mujer de carácter, ni joven, y su única esperanza de sobrevivir radicaba en encontrar a un hombre que pudiera mantenerlas. Y buscando, un día se topó con Eikebor. Sabía que aquel tipo, aparte de su desagradable apariencia, era un mal bicho, y que lo que quería no era una mujer, sino una esclava que trabajara para él y se abriera de piernas cuando él lo ordenara, pero incluso así le aceptó. No podía aspirar a más, y el hambre acuciaba.

Y las cosas no tardaron en empeorar para madre e hija, obligadas a separarse de la abuela, que no tenía cabida en aquel negocio.

El trabajo en la casa y en la taberna no les daba descanso, y así y todo, Eikebor nunca estaba complacido. Ese fue el principio de su desdicha, al que siguieron las mofas, los insultos y las amenazas; luego, los empujones y las bofetadas; hasta que, finalmente, llegaron las palizas para la mujer cuando algo no se hacía a su gusto o, simplemente, para desahogar su frustración por las humillaciones y burlas que sufría de sus compañeros y clientes.

Una noche, la madre entró en la estancia donde Aretaunin dormía. Estaba aterrada, molida a golpes y sangraba por pómulo y boca. Entre lágrimas, le dijo que Eikebor la mataría si ella no accedía a ocupar su lugar en la cama de su padrastro. Y mientras la conducía al sacrificio le advertía entre sollozos que no se resistiera, que le obedeciera en todo y así, quizás, no las pegaría.

Y la joven no tuvo otro remedio que aceptar su destino, pero fue tal su horror que al día siguiente se escapó, aunque con tan mala suerte que unos hombres, asiduos visitantes de la casa de bebidas, la vieron y la retornaron. En agradecimiento, sus captores bebieron esa noche gratis y su madre recibió una nueva tunda, esa vez delante de su hija.

—Si vuelves a escaparte, la mato —le dijo encolerizado aquel animal, tras dejar a la pobre mujer tirada en tierra, inconsciente, como un sanguinolento guiñapo.

A ella no la tocó, ni hizo falta. Desde ese momento, Aretaunin se sometió a su padrastro, y para darse valor, empezó a beber. El vino la hacía ver y sentir de otra manera, y en él encontró al amigo al que cada noche recurría por si tocaba atender al cerdo.

Que supiera, al menos en una ocasión su madre intentó acabar con aquella situación. De madrugada, armada con una daga, se acercó al sucio camastro donde aquella bestia inmunda dormía entre fuertes resoplidos.

En medio de la penumbra, envuelta en el insoportable hedor que despedía, la mujer fijó su mirada en el grasiento cuello del comerciante. Y ya alzaba la mano dispuesto a degollarlo cuando ocurrió lo inesperado: Aretaunin, que dormía encogida a su lado, despertó de repente, y al ver una sombra cerniéndose amenazadora sobre ella gritó de terror.

Eikebor abrió los ojos e, instintivamente, se protegió el rostro con sus rollizos brazos. El cuchillo cayó con fuerza, quedando clavado hasta la empuñadura en aquel montón de carne.

Un chorro de sangre, un alarido de dolor, un fiero y desesperado puñetazo, y la mujer salió despedida, golpeándose la cabeza contra el muro y cayendo a tierra para no levantarse más.

Ver a su madre muerta y a su padrastro enloquecido, acuchillando una y otra vez su inerte cuerpo, sin parar de insultarla,

la impactó de tal manera que, desde entonces, se juró que no le daría jamás a aquel hombre motivo alguno para que la maltratara.

Y en eso se había convertido su vida: en trabajo y vergüenza, en gritos y amenazas, en vino y en hombres que hacían con ella lo que querían, muchos hombres, los peores hombres.

Y quedó preñada una vez, pero no llegó a parir. A las pocas lunas tuvo una fuerte hemorragia que, además de vaciarla por completo, debió dejarla estéril, ya que, a pesar de lo mucho que la seguía usando, no había vuelto a quedar encinta.

Aquel era el único buen recuerdo que tenía de su vida pasada al lado de Eikebor. Cada día le daba gracias a los dioses por su misericordia, porque estaba segura que cualquier criatura que naciera de ella no podía ser sino un monstruo.

—Pero no ha vuelto a pegarme —concluyó Aretaunin—. Yo creo que es porque teme que si lo hace, termine lo que mi pobre madre no consiguió.

Los tres muchachos estaban rojos de ira.

—Pues ya estás a salvo —dijo Korbis—. Ya no volverás a ver más a ese… —todos los insultos que se le ocurrían le parecían poco al joven arsetano para describir a Eikebor.

—Si no tienes adónde ir, puedes quedarte con nosotros —propuso Urcebes—. Aquí nunca te encontrará.

—Os lo agradezco, pero me gustaría regresar a la casa de mis padres, con mi abuela… —se quedó unos momentos pensativa—. Ni siquiera sé si aún vive…

—¡Aunque viva! —terció Korbis, resuelto—. ¡Allí no irás! Aquel será el primer lugar en el que te busque.

—Pero…

La cara de tristeza de Aretaunin llevó a Urcebes a proponer una alternativa.

—Iremos, y si vive podrás verla. Pero luego volverás con nosotros —el rostro de la joven se suavizó—. ¿De acuerdo?

La anciana era una viejecilla muy menuda y arrugada, sin apenas carne en los huesos, el cabello blanco, suelto y larguísimo, y los ojos secos, de mirada vaga. Casi no oía, y el diente que le quedaba se asomaba a veces al exterior cuando movía la boca, lo que hacía de manera incesante, como si estuviera siempre masticando algo, y, al cerrarla, los labios se le metían uno dentro del otro y los pelos de su barbilla se alzaban.

Mientras sus amigos vigilaban el lugar en previsión de que el tabernero apareciese, Aretaunin pudo estar con la vieja, y abrazarla, y sentir en las mejillas el roce cariñoso de sus exangües manos…, y llorar. Y contarla cosas que ella no entendía. La mujer que la cuidaba le dijo que hacía ya tiempo que se había ido de este

mundo, y que sólo alguna vez su cara se alegraba y sus ojos cobraban vida, como si contemplaran algo del Más Allá que únicamente ella veía.

El rostro de la joven se contraía dolorosamente y su voz se iba poniendo trémula. Al final, con los ojos arrasados de lágrimas, se acercó a la anciana y, presintiendo que no volvería a verla, la abrazó con la mayor ternura, ahogando así, por un momento, sus incomprensibles murmullos.

Estaba bien entrada la noche cuando Aretaunin despertó tiritando de frío. El lugar le era desconocido. Se incorporó ligeramente y vio que se hallaba en el interior de un carromato. Entonces recordó. A su lado, entrevió los cuerpos de los amigos. Los tres dormían.

Ninguno se dio cuenta de su fuga.

ooOOoo

—Esa chica está loca —dijo Tibaste—. Seguro que ha vuelto con su padrastro.

—Tú si que estas chalado —le contestó Korbis—. ¿A qué volvería? ¿A que la mate a golpes? Se habrá ido con la abuela.

—Pues lo mismo da, porque si ha ido allí, acabará en la taberna —señaló Urcebes apesadumbrado.

—Os digo que esa muchacha no está bien de la cabeza —insistió Tibaste—. Tanto vino y tanto canalla encima la han trastornado…

—Tibaste tiene razón —sentenció Urcebes, y como siempre que él tomaba la palabra los demás callaron y prestaron atención—. Aretaunin lleva mucho tiempo viviendo aterrorizada, ha visto cosas que harían temblar al más desalmado y ha sufrido en sus propias carnes vejaciones que sólo ella sabe…

—Y ha bebido más vino del que cabe en este carromato —terció Tibaste.

Urcebes asintió con la cabeza.

—… No conoce otra vida —continuó—. No es capaz de razonar. Ese cerdo la tiene bien cogida.

—Puede que tengáis razón —aceptó Korbis encrespado—. ¡Pero yo no voy a quedarme cruzado de brazos, dejando que siga maltratándola y abusando de ella!

—¡Ni yo! —dijeron al unísono sus dos amigos. Y tras la imprevista coincidencia, los tres se miraron y soltaron una carcajada.

—Pero antes voy a comprobar que no esté con su abuela —concluyó Korbis.

—¡Y aunque esté! —apuntó Tibaste con determinación—. A ese maldito hay que darle una lección que nunca olvide.

Y había ocurrido exactamente como Tibaste y Urcebes dijeron: al desvelarse y descubrir que no estaba en casa de Eikebor, en la enferma mente de Aretaunin surgió de inmediato la visión de su madre bárbaramente apaleada la vez que ella intentó escapar, y el miedo perturbó su alma y le proporcionó el valor y el sigilo necesarios para renunciar a su libertad y regresar a su jaula, como el cordero que regresa junto a su madre recién cazada para ser también devorada por los lobos.

ooOoo

Tan sólo quedaba un bebedor en la taberna, y un somnoliento Eikebor se disponía a apremiarlo para que se marchara, cuando tres muchachos, con las risas y el vocerío propios de la embriaguez, irrumpieron en su casa.

Habían estado vigilando la entrada y salida de los parroquianos y observando a Aretaunin que, con su pómulo izquierdo empezando a amoratarse, cumplía con el acostumbrado ritual de cada noche. El hombre al que Korbis había visto hacía dos noches manosearla era precisamente el cliente que aún permanecía allí, acodado en el mostrador.

Y contra él se fueron los recién llegados, chocando con su cuerpo una y otra vez, mientras se tambaleaban aparatosamente, hasta que, dibujando una sonrisa en sus finos labios y haciéndole un gesto a Eikebor como diciendo: “Vaya borrachera que llevan éstos”, se despidió.

Nada más irse el viejo, uno de los jóvenes tropezó y cayó al suelo, arrastrando con él uno de los taburetes y las estentóreas risas de sus compañeros de juerga, ninguno de los cuales se preocupó lo más mínimo ni por el golpe, ni por ayudarle a incorporarse.

Con el semblante torcido y murmurando blasfemias, el tabernero abandonó el mostrador dispuesto a poner orden en aquel guirigay, y al doblar su gran humanidad para levantar el asiento caído, sintió un fuerte golpe en la cabeza que le nubló la conciencia.

Cuando despertó, se encontró tirado en el suelo y atado fuertemente, con un trapo en la boca. De entre su sucio cabello resbalaba un hilo de sangre.

Con ojos despavoridos observó a los tres muchachos que se hallaban ante a él, quienes ahora, sorprendentemente, no presentaban síntoma alguno de ebriedad. Sus encrespados rostros no presagiaban nada bueno.

El hombre giró la cabeza a un lado, buscando la puerta, con la esperanza de que por allí pudiera llegarle alguna ayuda, pero estaba cerrada, al igual que las portezuelas de madera del único ventanuco de que disponía la estancia. Tan sólo uno de los tres hachones que

colgaban de sus muros iluminaba la escena.

Enseguida, sus inflamados ojillos se posaron sobre el joven que empezaba a hablarle.

—¡Escucha, maldito! Y escucha bien, porque tu vida depende de que comprendas lo que voy a decirte —era Urcebes el que había tomado la palabra, y el tabernero se apresuró a asentir con la cabeza—. Somos parientes de Aretaunin… —los ojos de Eikebor se abrieron todavía más—. A partir de ahora, nadie, entiéndelo bien, ¡nadie! —silabeó lenta y enérgicamente— la tocará ni abusará de ella. Y eso va también contigo. ¡Cerdo!

De nuevo Eikebor, con las pupilas dilatadas por el pánico, agitó repetidamente la cabeza en señal de conformidad, al tiempo que de su boca salían sonidos incomprensibles.

El tabernero respiraba fatigosa y ruidosamente por la nariz y transpiraba podredumbre por todos sus poros. Sólo pensar que aquel ser inmundo abusaba de Aretaunin le daba a Korbis ganas de vomitar, y de no ser porque Tibaste se percató de ello y le sujetó con firmeza el antebrazo cuando ya empuñaba su daga. Hubiera castrado al verraco allí mismo.

—Pero no creas que te vas a escapar sin castigo —ahora era Korbis el que tomaba la palabra—. Vamos a dejarte un recuerdo que nunca olvidarás, y que servirá como advertencia de lo que te ocurrirá si vuelves a ponerle tus manazas encima a Aretaunin.

Y diciendo esto, tomó con su mano izquierda la antorcha que iluminaba la estancia, y sobre su llama colocó la hoja de su puñal, que pronto se puso incandescente.

El tabernero contemplaba la escena con semblante demudado, adivinando lo que le esperaba.

—¡Dadle la vuelta! —pidió a sus amigos.

Al oírlo, Eikebor empezó a gruñir y agitarse, mientras su rostro adquiría un tono violáceo y lágrimas de miedo y desesperación resbalaban por sus mejillas.

Aquel hombre pesaba casi tanto como ellos tres juntos, y no les resultó fácil a Tibaste y Urcebes ponerle boca abajo. Se veían incapaces de girarle, tales eran sus convulsiones.

—¿Prefieres que te deje ciego? —gritó Korbis, furibundo, acercando la abrasadora hoja al rostro del prisionero, que inmediatamente, al sentir en su piel el calor que desprendía la daga, se quedó paralizado, observándola de reojo con mirada enloquecida.

Cuando los dos jóvenes le inmovilizaron el brazo, Eikebor no se resistió.

Entonces, Korbis posó con firmeza la azulada hoja sobre el dorso de su rolliza mano, manteniéndola allí unos instantes, mientras piel,

carne y venas se achicharraban y el hombre gemía inconteniblemente de dolor. La boca del tabernero espumeaba y los ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas. Un acre olor a carne quemada los envolvió.

La voz de Korbis se hizo oír sobre sus gruñidos:

—Cada vez que las veas, esas cicatrices te recordarán tu promesa y lo que te espera si la quebrantas.

Igual herida le infligió en la otra mano, pero en esta ocasión no hubo gritos ni gestos de horror, porque Eikebor había perdido el conocimiento.

El último en abandonar el lugar fue Tibaste, pero antes de hacerlo, regresó y, con toda su alma, le propinó al desmayado una patada en su costado, aunque no consiguió extraer de su boca ni el más leve gemido. Tibaste no estaba hecho para esos menesteres.

Aretaunin no dio señales de vida durante el tiempo que duró la agresión, debía de estar ya durmiendo la acostumbrada borrachera, y ellos tampoco la buscaron.

Después de lo sucedido, la taberna permaneció un tiempo cerrada, y cuando por fin reabrió sus puertas, Korbis, Tibaste y Urcebes pudieron comprobar, con satisfacción, cómo habían cambiado las cosas. Ahora era un muchacho el que atendía a los bebedores, mientras una Aretaunin de aspecto más sereno y saludable permanecía tras el tablero, al lado de su padrastro, junto a los cántaros y las vasijas que guardaban el vino.

Ni por un momento se le volvió a pasar a Eikebor por la cabeza la idea de provocar la ira de aquellos tres salvajes.

# CAPÍTULO 34

**Año 476 a. C.**

**Principios de primavera.**

**Edetania –Ciudad de Edeta.**

A medida que se acercaba el momento de cumplir su venganza, el nerviosismo y la excitación se iban apoderando de Eterindu.

Las noticias que le llegaban de Arse eran satisfactorias. Es verdad que informaban de que sus murallas habían sido reforzadas y el número de guerreros incrementado, pero ambas cosas le importaban poco, ya que nunca había pensado en tomar la ciudad al asalto, y el aumento de su ejército no se debía a que esperara un ataque de Edeta, sino a tener que hacer frente a las continuas acometidas de los ilercavones, que durante las últimas lunas se mostraban especialmente belicosos, hasta el punto de haber logrado traspasar sus frontera y arrebatarle a los arsetanos una nada desdeñable franja de tierra a este lado del río Udiva.

"Y siguen avanzando", pensaba muy complacido.

Sus aliados estaban cumpliendo su parte del trato. Cuando Arse se le rindiera, sería generoso con ellos. No le gustaba tener que desprenderse de una parte del territorio edetano, pero eso y sólo eso querían. Ni plata, ni armas, ni caballos, lo único que codiciaban los ilercavones desde muchas generaciones atrás era asentarse en las fértiles tierras que se extendían allende el río que servía de frontera entre ambos pueblos.

El regente de Edeta se regocijaba repasando sus planes y pensando en el aciago destino que le esperaba a su odiado Iscer. El ejército estaba ya preparado, y en cuanto la plata del tributo de Arse obrara en su poder, abordaría la última parte de su astuto proyecto: comprar la voluntad de los turboletas para que se unieran a los ilercavones en una gran ofensiva dirigida contra las fronteras septentrionales de Edetania, que a Arse le correspondía defender. Entonces, con los arsetanos enredados en estas luchas, él atacaría por el suroeste, arrollaría a su enemigo y le obligaría a encerrarse en su inexpugnable ciudadela.

—¡Y entonces les ofreceré un espectáculo que jamás olvidarán! —juró alzando la vista hacia el estrellado cielo, en el cual su imaginación creyó por un momento distinguir, dibujado entre sus destellos, el sonriente rostro de su hijo.

# CAPÍTULO 35

**Año 476 a. C.**

**Primer día de abril.**

**Edetania – Algún lugar en el camino entre Arse y Edeta.**

El sitio escogido por Ikomkei para tender la emboscada a los guerreros de Eterindu cuando regresaran escoltando los carros que transportaban el tributo, era uno de los varios que a lo largo de la ruta que unía las ciudades de Arse y Edeta presentaba buenas condiciones para ello.

Se trataba de una boscosa y empinada ladera a cuyos pies discurría el anchuroso sendero por el que debía pasar la caravana. El lugar había sido elegido por encontrarse lo suficientemente alejado de Edeta como para que unos posibles refuerzos tardaran en llegar, pero, al mismo tiempo, lo bastante cerca como para que la nutrida escolta se sintieran ya segura y confiada.

Mientras aguardaba la llegada de la expedición, Pentilo, sentado sobre la hierba que ya empezaba a rebrotar, con la vista puesta en el despejado horizonte, se entretuvo en rememorar los acontecimientos acaecidos desde que, seis lunas atrás, a principios del último otoño, Ikomkei le enviara a Carpetania con un mensaje para Ablón. La misión le había sido encomendada muy pocos días después de que el hijo de Eterindu y los demás delegados llegados a Arse para refrendar el tratado, hubieran pasado a mejor vida.

La misión era importante. Se trataba, nada menos, que de organizar el asalto al convoy que transportaría la plata que Arse se había comprometido a entregar a Edeta en virtud del nuevo “pacto de amistad” aprobado por ambas ciudades, organización en la que Ikomkei había reservado a Ablón un destacado papel.

Guiados por Nisunin, los emisarios habían llegado sin contratiempos al poblado carpetano situado en las altas estribaciones de la Sierra, ahora llamada de Ramaro, que constituía su frontera natural con vacceos y vetones.

La llegada de la joven guerrera de los escorpes causó enorme sorpresa, ya que, desde que en la primavera anterior abandonara aquellas montañas formando parte de la columna comandada por Ablón para acudir en ayuda de una aldea situada al este del territorio carpetano, sometida a la tiranía del despreciable hijo del jefe Albenes, no sabían apenas nada de ella. Y de pronto, siete lunas después, regresaba procedente de la lejana Edetania y en compañía de un fornido olcade al que había elegido por compañero.

Había cambiado tanto su vida desde entonces, y se sentía tan feliz, que no dio paz a la lengua en todo el día, mientras Pentilo y los dos guerreros arsetanos que les habían acompañado en el viaje

se mantenían discretamente en un segundo plano.

Una vez que el relato de Nisunin derivó hacia asuntos que no les interesaban, Ablón y Ramaro se apartaron del grupo que la asediaba y se acercaron al olcade. La presencia de los dos soldados indicaba que sus amigos no estaban allí únicamente para visitar a parientes y camaradas.

—De manera que regresasteis a Arse —dijo el veterano buhonero dirigiéndose a su paisano, cuando todavía le faltaban una decena de pasos para llegar hasta él—. No me sorprende, aquella es una tierra que se te clava en el corazón y se queda ahí para siempre.

—Sin embargo, tú te marchaste —señaló Pentilo.

—Sí, es cierto, me fui —admitió Ablón, dejando escapar un suspiro—, pero Arse vino conmigo.

—¡Bebamos entonces por Arse, por su sol y sus mujeres! —dijo Pentilo, alzando su jarra al cielo—. Aunque yo me quedo con mi carpetana.

Tras apurar de un trago la cerveza, Ablón hizo las presentaciones.

—Nisunin habla mucho de ti —señaló Pentilo, mientras sus antebrazos permanecían aún unidos a los de Ramaro—. El guerrero de rostro rasgado, el que se enfrentó a un oso, el que derrotó al gran Tiresio, el que…

—Para, hombre, para —terció Ablón, levantando teatralmente las manos y sonriendo de manera abierta—. No te creas ni la mitad de las cosas que te cuente esa parlanchina…

—Todo cuanto dice Nisunin es cierto. Ella nunca miente —intervino rápidamente Ramaro. Y, a continuación, le animó a proseguir—. Por favor, continúa.

Y las fuertes risas de los cinco provocaron que más de uno de los que se encontraban en las proximidades se girara para mirarles.

Con el semblante aún risueño, Pentilo tomó a su paisano por el brazo y, con un gesto dirigido a Ramaro, invitó a ambos a acompañarle, dejando atrás a los dos arsetanos.

—Traigo un mensaje de Ikomkei… —empezó a contar con gesto grave, mientras caminaban despaciosamente hacia campo abierto.

Los tres transitaban como espectros entre helechos y pinocha, bajo la velada luz crepuscular que precede al anochecer.

—De modo que era Docio quien organizaba los ataques —dijo Ablón, que durante el tiempo que duró el relato se había mantenido silencioso y meditabundo—. ¿Quién iba a sospechar que alguien como él pudiese revolverse con tanta saña contra su propia gente? ¡Maldito renegado!

—Iscer piensa que Eterindu, una vez que asuma la pérdida de su hijo, sabrá quién es el culpable y pensará en vengarse, pero que no

lo hará inmediatamente, que esperará a la primavera, a recibir la plata…

—Que le haría todavía más fuerte —intervino Ablón.

—Exacto. Y será al enterarse de que se la han birlado, cuando nos atacará.

—Y ahí es donde entro yo.

—Es lo que desea Ikomkei —corroboró Pentilo—, porque si Arse tiene que defenderse de Edeta, de los ilercavones y de los turboletas al mismo tiempo, estará perdida —Ablón asentía con la cabeza—. Él sabe de tu amistad con ese jefe…

—Yo no llamaría a eso amistad.

—Llámalo como quieras, pero él te entregó a Edereta a cambio de nada. Ese Dóvilo te respeta, e Ikomkei cree que, quizás, tú podrías hablar con él y poner a los turboletas de nuestro lado.

—Eso es mucho suponer —objetó el veterano—. Dóvilo es un maldito turboleta y, por lo tanto, es indómito y salvaje, lo que le hace imprevisible. Tan capaz es de ayudarnos como de cortarnos el cuello en cuanto nos vea aparecer.

Y esto fue, precisamente, lo que Pentilo creyó que iba a ocurrir cuando el olcade y el turboleta se encontraron de nuevo.

Se habían detenido ante la empalizada que rodeaba el poblado, y aguardaban, apeados de sus caballos, el regreso del centinela al que habían comunicado su deseo de entrevistarse con Dóvilo.

Cuando los vetustos portones se abrieron, se encontraron frente a un nutrido grupo de guerreros encabezados por el fornido y no precisamente risueño jefe turboleta.

—¿Qué vienes buscando? —le espetó a Ablón sin preámbulos.

—¡Vengo por ti! —repuso el olcade con mayor firmeza aún, sin amedrentarse lo más mínimo.

—¡Pues ya me has encontrado! ¿Qué quieres?

A medida que escupía sus palabras, Dóvilo iba acercándose y su semblante se iba volviendo cada vez más amenazador.

—Sé que has vuelto a robar mujeres —le gritó Ablón.

—¿Y qué si lo he hecho?

—¡Quiero verlas!

—¡Ninguna es olcade, ni edetana!

—¡No te creo!

Ya se encontraban a pocos pasos y, tanto uno como otro, aferraban con sus manos diestras los pomos de sus espadas.

—¡A mí nadie me llama mentiroso y sigue viviendo! —amenazó el turboleta.

—¡A mí nadie me miente y vive para contarlo! —contestó el olcade empezando a extraer el arma de su vaina.

Los ojos de ambos echaban chispas, mientras sus respectivos

acólitos se vigilaban y tomaban posiciones, preparándose para el enfrentamiento que se avecinaba.

Fue el turboleta el primero en cambiar el gesto, abrir sus brazos y dibujar en su rostro una amplia sonrisa, tras la cual se abrió paso una atronadora carcajada.

—¡Me rindo, maldito olcade! Coge lo que quieras y llévatelo. Cualquier cosa antes que el infierno de volver a tener que luchar contigo. Tres días, ¡óyelo bien! —añadió con gesto cómico—, tres días pasé maldiciéndote y jurando en silencio que te mataría en cuanto volviera a verte. ¿Sabes por qué? ¡Porque hasta hablar me dolía! ¡Me dolían todos los músculos del cuerpo, maldito saco de grasa!

Cuando ambos se fundieron en un recio abrazo, todos respiraron aliviados.

A continuación, sin más compañía, los dos se retiraron al interior de la choza del turboleta, y allí, ante un bienoliente caldero montañés y un colmado pellejo de cerveza, hablaron larga y placenteramente.

El olcade, con voz grave, llevaba ya un buen rato tratando de explicarle a Dóvilo, como mejor sabía, la tensa situación que se vivía en Edetania, con los dos oppida más importantes enfrentados entre sí, poniendo todo su empeño en que el rudo turboleta comprendiera que la guerra entre los edetanos era inminente y que él podría sacar buena tajada de ella. Pero su indócil amigo, con la boca continuamente llena y el odre siempre a mano, estaba como ausente, sin prestarle la más mínima atención.

—¡Me estás escuchando! —le soltó de pronto, dejando traslucir su enfado.

—Te oigo, amigo, pero dejaré de hacerlo muy pronto si no paras de contarme cosas que ya sé y vas al grano de una maldita vez —repuso Dóvilo sin inmutarse por el acceso de cólera de su invitado —. Ablón, eres igual de pelmazo peleando que hablando.

—Tienes razón. Cuando estoy a gusto, siempre me pasa, empiezo a hablar y no puedo parar. Recuerdo que una vez…

Dóvilo le miró, suspiró profundamente y echó de nuevo mano al pellejo.

—¡Era una broma! —sonrió Ablón, haciéndole gestos para que le pasara el dorado líquido. Y tras echar un largo trago prosiguió—. Escucha Dóvilo, Arse está en grave peligro y necesita de tu ayuda —soltó entonces de sopetón.

—¡Bravo! —dijo Dóvilo sonriendo complacido—. ¿Y qué necesitan de mí los poderosos arsetanos?

—Tu valor y tu fuerza.

—¿De cuánto valor y de cuánta fuerza estamos hablando?

—¿Cuántos guerreros puedes reunir?

—Muchos.

—¿Un centenar?

—Y dos, si es preciso —agregó ufano el turboleta—. ¿De qué se trata?

—Dentro de varias lunas, durante la próxima primavera, un enorme cargamento de plata, fuertemente protegido, saldrá de Arse en dirección a Edeta. Deberás atacarlo y hacerte con él.

—Eso se me da bastante bien —afirmó Dóvilo, y de inmediato se llenó la boca de estofado, aunque no por ello dejó de hablar—. Supongo que una parte de esa plata será para mí.

—Una parte no, toda.

—¿Toda? —inquirió el turboleta casi atragantándose—. Sí que debe ir bien guardada.

—Por no menos de cinco decenas de guerreros, preveo yo —contestó Ablón, mientras asentía con semblante serio.

—Mucha plata deben de llevar.

—Más de la que tus ojos hayan visto nunca junta —confirmó Ablón, al tiempo que observaba los vivaces ojos de su anfitrión brillando de codicia.

—¡Trato hecho! —anunció finalmente Dóvilo, tras unos momentos de meditación—. Ya puedes ir a decirle a tus amigos que les ayudaré gustosamente. Y ahora…

—¡Eso no es todo! —le interrumpió el olcade—. Mis amigos ponen dos condiciones…

—¡Vaya! En fin… Oigámoslas.

—La primera es que debes dejar con vida a algunos de los que defienden el cargamento…

—¿Y eso, por qué?

—Porque en Edeta deben saber que quienes han asaltado la caravana han sido los turboletas y no los arsetanos, de esa manera no tendrán pruebas para acusar a sus vecinos de traidores.

—Entiendo. ¿Y la segunda?

—Después de hacerte con la plata —continuó Ablón—, si fuera preciso, convendrás en hostigar a los ilercavones del sur y en tenerlos entretenidos mientras dure la guerra con Edeta, de modo que los arsetanos no tengan que luchar en dos frentes a la vez y puedan disponer de todos sus guerreros para defenderse de Eterindu.

—¿Quieres que le haga la guerra a los ilercavones? —preguntó Dóvilo frunciendo el ceño.

—Sí. Y no me digas que no te han hecho nada, porque tú, para atacar a alguien, no necesitas que te provoquen —dijo Ablón algo crispado, adelantándose a las previsibles objeciones del turboleta.

—Está bien. Así se hará —afirmó el jefe con triunfante sonrisa, al comprobar que había conseguido poner nervioso a su amigo—. ¿Y dices que todo esto ocurrirá la próxima primavera?

—Un mensajero de Arse, probablemente Pentilo, ese joven olcade al que ya conoces, vendrá a avisarte con tiempo para que reúnas a tu gente —le explicó Ablón—, y luego te guiará al lugar de la emboscada. Lo demás será cosa tuya. ¿Qué te parece? Sencillo, ¿no?

—Lo es, pero no estoy de acuerdo en una cosa.

Ablón puso cara de resignación y suspiró.

—¿Cuál es el problema?

—Pentilo no vendrá a decirme nada —afirmó Dóvilo con determinación.

Los ojos del olcade se abrieron con desmesura.

—¿Cómo?

—¡Lo harás tú!

—¿Yo?

—Sí, tú. Si no, no hay trato —y dicho esto, se recostó plácidamente contra la pared de la estancia.

—Pero…, Dóvilo, yo no estaré aquí. No participaré en esta guerra. Tengo mi casa muy lejos, en Carpetania.

—¿Carpetania? Nunca he oído hablar de ese lugar —dijo el turboleta con ademán curioso—. ¿Está muy lejos? ¿Hay plata?

—¡Dóvilo…! —repuso muy serio el olcade, mientras, con actitud amenazante, alzaba la mano derecha y le apuntaba con su dedo índice.

—Si no vienes tú, no hay trato —ratificó su tozudo amigo, embuchándose a continuación otro gran cucharón de caldero.

Ablón, que se había quedado con el dedo en alto como un pasmarote, frunció el ceño, se congestionó visiblemente y pareció que iba a decir algo, pero tan sólo fue capaz de emitir unos leves sonidos guturales.

—Y deja de apuntarme con ese dedo —le dijo Dóvilo, al borde de la carcajada—. Ya me rendí hace un rato, ¿recuerdas?

ooOOoo

—¡Ya están aquí! —exclamó Ablón, al tiempo que le propinaba a Pentilo una patada en el costado para sacarle del largo ensimismamiento en que había caído—. ¡Despierta, gandul, no es momento de dormir!

Pentilo abrió los ojos.

—No dormía —señaló en tono grave—. Recordaba cuando…

—Sí, claro —le interrumpió Ablón. Y a continuación le instó a que le acompañara—. Vamos, levanta. Subamos hasta aquellas

rocas.

Ocultos a la vista, observaron en silencio la larga caravana que se acercaba al parsimonioso paso de los bueyes. La escoltaban cerca de seis decenas de guerreros, la mayor parte de los cuales cabalgaban a retaguardia.

—Prepárate para contemplar algo realmente inolvidable —le advirtió Ablón, en tono emocionado—. ¡Un ataque de los turboletas! ¡Nunca habrás visto nada igual!

Pentilo, al igual que el resto de sus paisanos criados en las montañas, era un hombre recio, habituado a los rigores de la naturaleza y a enfrentarse a ella sin apenas más armas que su fuerza y su coraje. No poseían nada que despertara la codicia de otros y lo poco que tenían lo defendían con fiereza.

Antes de la llegada de Ablón, jamás había abandonado su tierra, y hasta hacía muy poco tiempo ni siquiera había visto luchar a dos hombres a muerte, ni mucho menos presenciado una batalla. Así pues, el salvaje espectáculo que se desarrolló ante sus ojos le dejó sin respiración.

A una señal de Dóvilo se desataron todos los infiernos.

Precedidos por el vibrante y estremecedor sonido de sus cuernos de guerra, más de un centenar de rugientes guerreros turboletas, desprovistos de otra protección que no fueran los extraños signos pintados sobre su piel, abandonaron el amparo de la espesura y se abalanzaron a la carrera, pendiente abajo, sobre los atónitos jinetes edetenses, blandiendo sus armas y gritando el nombre de sus dioses.

A los guerreros de Edeta, que, con los carros de por medio, marchaban por el sendero en confiada e irregular columna, el ataque les cogió completamente por sorpresa y con muy escaso espacio para maniobrar, ya que un barranco repleto de peñascos y maleza les cerraba el paso por el otro lado del camino.

Con Dóvilo al frente, los turboletas cayeron en tromba sobre sus enemigos, descargando su mayor golpe sobre la vanguardia de la caravana, más desprotegida, cortando así el avance de los carros con la plata.

El ímpetu del ataque y el terror que suscitó entre los edetenses, hizo que su primera línea de defensa reculara desconcertada, empujando a sus compañeros hacia el barranco, creándose tal confusión que les fue imposible ordenar sus filas para enfrentarse a las hachas y lanzas de los agresores.

Fue una matanza.

Desde su atalaya, Pentilo, extasiado, contempló aquel pandemónium. Vio cabezas cortadas, miembros seccionados, pechos y vientres de hombres y caballerías abiertos, vísceras esparcidas por doquier, gestos de fiereza y de profundo sufrimiento, actos de

bravura y de cobardía, todo ello envuelto en un pavoroso y ensordecedor rugido.

La lucha duró poco, pero fue salvaje. La tierra del camino quedó empapada con la sangre de hombres y animales, y en algunos partes hasta resbalaba barranco abajo, mezclándose con las aguas que fluían por el fondo del mismo.

Ablón tenía razón, nunca había visto nada parecido.

ooOOoo

La noticia de lo ocurrido en el camino de Arse llegó muy pronto a oídos de los habitantes de Edeta: la plata había sido robada y tan sólo seis guerreros, todos ellos heridos, habían escapado con vida al ataque turboleta.

¿Turboletas?, se preguntaban atónitos los edetenses. ¿Qué hacían aquellos bárbaros tan lejos de sus madrigueras? ¿Cómo habían sabido cuándo, dónde y a quién atacar?

A todas estas preguntas, Eterindu se encargó de dar rápida y pública respuesta, y con una sola palabra: Arse.

Vientos de guerra cruzaron Edeta, llamando a sus gentes a la venganza y acelerando los preparativos para marchar contra la odiada ciudad hermana.

# CAPÍTULO 36

**Año 476 a. C.**

**En los mismos días.**

**Edetania – Ciudad de Edeta.**

Para los merodeadores de Ikomkei había llegado el momento de actuar.

A la avanzadilla formada por Korbis, Urcebes y Tibaste, se habían unido hacía cinco días, es decir, poco antes del ataque de los turboletas a la caravana del tributo, dos de sus amigos, Edecón y Jadar.

Llegaron también en un carromato tirado por dos caballos de famélico aspecto, y esa misma noche, los tres "veteranos" les pusieron al corriente de sus planes.

Les contaron que desde un principio habían centrado su atención en el ejército edetense, procurándose información sobre su número, su preparación, quiénes los mandaban, dónde estaban sus cuarteles, por qué lugares patrullaban, dónde se abastecían… Y precisamente por ese lado, por el del suministro, el de agua en concreto, fue, tras mucho discurrir, por el que decidieron adentrarse.

En Edeta existía desde mucho tiempo atrás un gran campamento que acogía a los guerreros que estaban al servicio permanente de la ciudad, encargados de protegerla y defender el territorio. Pero desde la desaparición del hijo de Eterindu, las cosas habían cambiado y, de cara a la proyectada confrontación con Arse, se había ordenado la construcción de dos acuartelamientos más, para la acogida y adiestramiento de los nuevos reclutas que sería necesario incorporar.

Actuar contra éstos les hubiera resultado mucho más sencillo a los saboteadores, por cuanto su provisión de agua se efectuaba en pozos públicos, cuyo envenenamiento no les habría supuesto demasiadas dificultades, pero esa posibilidad ni siquiera se planteó. Su lucha no era contra los habitantes de Edeta, sino exclusivamente contra sus guerreros.

Así pues, se concentraron en el cuartel principal que, por haber sido construido con el exclusivo propósito de alojar tropas de manera estable, disponía de todo lo necesario para mantener a un numeroso grupo de hombres. Incluído pozo propio.

En aquel gran complejo militar, todo él rodeado de una alta y apretada empalizada, convivían unos dos centenares de guerreros, la élite militar de Edeta, y acabar con ellos sería una hazaña nunca emulada, que casi garantizaría la victoria de Arse en la inminente guerra.

La parte sencilla del plan ya estaba hecha: se había fijado el objetivo y decidido el método de ataque. Ahora tenían que averiguar con qué envenenar el pozo y cómo acceder a él.

Que había plantas y animales venenosos era algo sabido por todos, y como ellos se sentían más cazadores que recolectores decidieron salir a la caza de serpientes y escorpiones, para extraerles el veneno que después echarían en el agua.

Todos los escorpiones valían, pero no así las serpientes, de modo que tuvieron que informarse de cuáles eran las venenosas, resultando que la mayor de todas las que se criaban por aquellos lugares era una que llevaba en el lomo una quebrada franja oscura, cuyo dibujo formaba una sucesión de flechas. No era muy grande, aproximadamente lo que mide un brazo, y su color variaba desde el gris claro al pardo oscuro. Tenía la cabeza triangular, y le gustaban, sobre todo, los canchales y roquedos soleados, con arbustos y matorrales donde poder refugiarse.

Se trataba de abrirles la cabeza y hurgar en ella en busca de las bolsitas de veneno que, como les habían dicho, tenían detrás de los ojos. En cualquier caso era una asquerosidad.

De este modo, tras casi una luna, se convirtieron en verdaderos expertos en su caza y disección, y la prueba estaba en los dos dedos de veneno de serpiente y escorpión mezclados que guardaban, como el mayor de sus tesoros, en una vasija.

Pero todo este ímprobo esfuerzo resultó a la postre tiempo perdido cuando se enteraron de que, para surtir efecto, el veneno de serpientes y escorpiones debía ser inoculado en la sangre de la víctima mediante mordedura o picadura, y que bebido no mataría ni a una mosca…

—Aunque quizás sí la enferme —pensaron.

Y, por si acaso, no se deshicieron del mejunje.

Tras el chasco, los muchachos no tuvieron más remedio que atacar por el lado de las plantas venenosas, lo que, al final, agradecieron. Ya no tendrían que arriesgar la vida ni abrir más cabezas. Ni siquiera habrían de preguntar a nadie para saber cuál o cuáles debían utilizar y cómo, porque uno de ellos era un verdadero entendido en un tipo de plantas que, entre otras peculiaridades, presentaba la de poder ser comestible o extremadamente venenosa, según la especie: los hongos.

Se podía decir que, desde el mismo momento en que nació, Korbis había vivido entre setas, ya que a su padre le encantaban y, por la cuenta que le tenía, las conocía bien: sabía dónde y cuándo encontrarlas, cuáles eran las más sabrosas y, por supuesto, cuáles las venenosas. Lo curioso es que a él lo que le gustaba de verdad era cogerlas, porque luego apenas las probaba.

Con sus conocimientos, a los tres amigos no les fue difícil durante el otoño anterior hacerse con un buen cargamento de una seta que, según el pequeño arsetano, era la más venenosa de todas, y eso que su aspecto, esbelta y de carne amarillenta, tirando a blanquecina, era de lo más elegante.

Lo que hicieron con ellas fue machacarlas y formar con sus jugos una pulpa que luego cocían a fuego lento, obteniendo una pasta licuada que ellos suponían extremadamente tóxica, a la que a continuación añadieron el veneno de serpientes y escorpiones. Esa mezcla la fueron embutiendo en un odre de piel de cabra hasta llenarlo.

En más de una ocasión se habían sorprendido unos a otros observando el siniestro odre, temiendo, quizás, que aquella cobarde forma de atacar al enemigo despertara la ira de los dioses. Pero la supervivencia de Arse estaba en juego, y harían todo cuanto estuviese en su mano para que no fuera su ciudad la que hincase la rodilla.

Por último, Urcebes se encargó de exponer a los recién llegados el plan de asalto al cuartel. Ayudado de una ramita, trazó en la arena un gran rectángulo y señaló en su interior las distintas edificaciones, todas ellas construídas contra la sólida empalizada: el almacén de alimentos, los dos barracones de guerreros, la amplísima cuadra, el pajar contiguo y, por supuesto, la ubicación del pozo.

Al recinto podía accederse por dos puertas. La principal, destinada al tránsito de personas y mercancías, era la única que estaba custodiada, ya que para sus jefes militares proteger el resto del perímetro era innecesario. “¿Quién está tan loco como para atacar al mayor agrupamiento de guerreros de toda Edetenia?”, decían.

Y la lateral, de menor tamaño, usada exclusivamente para la descarga del heno destinado a los animales, tarea que se llevaba a cabo cada dos días. Ésta simplemente se atrancaba desde el interior, y sería por la que intentarían introducirse.

El encargado de hacerlo sería Tibaste. No era el más fuerte, ni el más osado, ni siquiera el más ágil de los amigos, pero sí el más escurridizo y hábil a la hora de pasar desapercibido.

El plan de los saboteadores arsetanos era que Tibaste se ocultara en el último de los carros de forraje que acudían a descargar, bien entre el heno o bajo su tablado, y aprovechara el momento más oportuno para mezclarse con los hombres y muchachos que realizaban el trasiego.

Cubierto, como solían ir todos estos descargadores, con una capucha de ruda tela, a fin de evitar que el polvillo y las brozas

desprendidas se les metieran en ojos y boca, pensaban que no le sería difícil a Tibaste pasar inadvertido y colarse en el henil. No obstante, por si fuese necesario organizar alguna pequeña trifulca que le facilitara la maniobra, sus amigos no andarían muy lejos.

Una vez dentro y bien oculto, tan sólo quedaba esperar a que la noche estuviera avanzada para entrar en la cuadra, separada del granero únicamente por una simple barrera de troncos cruzados, y dirigirse al último de los ventanucos de los cuatro de que disponía, dos a cada lado de los portones, el último de los cuales, el que estaba más cerca del muro del fondo, daba justo frente al pozo.

Tibaste no tenía más que descolgarse con todo sigilo, vaciar el veneno del odre en el agua y tornar a la caballeriza.

Tan sólo quedaría ya salir de allí por el mismo lugar por el que entró, pero no sin antes tirar por tierra algunos de los troncos de la barrera y soltar a un par de caballos, para hacer creer que los animales se habían desatado y desatrancado después, accidentalmente, la puerta de salida del pajar.

Todos los detalles sobre los centinelas, el henil, la cuadra, los ventanucos y la ubicación del pozo, imprescindibles para la preparación del asalto, los había suministrado Korbis, que tuvo ocasión de entrar en varias ocasiones en el recinto, acompañando al hijo de uno de los oficiales allí alojados, encargado del adiestramiento de los guerreros.

Y todo se hizo tal como se planeó.

Cuando cerca ya del alba, Tibaste regresó al lugar donde sus amigos le aguardaban, y subió al carromato, únicamente Jadar dormía. Al verle aparecer, nadie le preguntó nada, tan sólo le miraron expectantes. Y en el momento en que asintió, sus rostros reflejaron, no el alivio y la alegría por haber culminado satisfactoriamente su misión, sino la gravedad de quienes toman conciencia de haber adoptado una decisión que costaría la vida a cientos de hombres.

Mientras se recostaban pensativos contra la estacadura del carromato, Urcebes se sentó en el pescante y arreó a los caballos.

Regresaban a Arse.

ooOOoo

Estaba a punto de amanecer, y aún ninguna estrella había sido alcanzada por la mortal luz del alba, cuando:

—¡Alto ahí! ¡Deteneos!

Al escuchar la orden, los cuatro muchachos que dormitaban en el interior del carromato dieron un respingo y, con la alarma reflejada en sus miradas, aguantaron la respiración.

Alumbrados por la antorcha que portaba uno de ellos, media

docena de guerreros de Edeta les cerraban el paso. Al frente estaba un hombre joven, no mucho mayor que ellos, de aspecto gentil, que montaba un nervioso caballo de color castaño claro.

Cuando el jinete que estaba a su lado alzó la antorcha para iluminar mejor el carruaje, Urcebes se quedó atónito: quien comandaba la patrulla era Teibo, un viejo conocido de las calles de Arse, y por la expresión de su rostro supo que él también le había reconocido.

El hijo de Docio, con la desconfianza dibujada en su semblante, taloneó suavemente a su montura y se adelantó a sus hombres.

—¿Qué hace un miserable arsetano paseándose de noche por Edeta? —preguntó, mientras, con una sonrisa que no presagiaba nada bueno, se detenía junto al pescante.

Teibo conocía de sobra a aquel joven. Era uno de los muchos con los que se cruzaba casi a diario cuando vivía en Arse, uno de tantos muertos de hambre que pululaban por sus calles, merodeando en busca de algo que robar.

Miró a Urcebes de arriba abajo con desprecio.

"No, no es verdad que sea uno de tantos", pensó, "éste es especial. Es uno de los protegidos de Ikomkei, uno de los que, después de que Daleni me rechazara, no perdía ocasión para burlarse de mí, señalándome y sonriéndose cuando nuestros caminos se cruzaban. Puede que hasta haya tenido algo que ver con la caída en desgracia y la ejecución de mi padre. Y con mi propia ruina".

No podía ser casualidad que, ahora que la guerra con Arse era inminente, aquel esbirro de Ikomkei anduviera por aquellos caminos en plena noche. Había que ser un imbécil redomado para no sospechar que la mano del poderoso y sagaz arsetano le guiaba. Algo estaba tramando, y lo averiguaría.

Pero para su sorpresa, antes de que pudiera abrir la boca, Urcebes se le adelantó:

—¿Teibo? —le preguntó sonriente y con los ojos desmesuradamente abiertos, como si no pudiera creer lo que veía— Eres Teibo, ¿verdad? ¡Gracias al cielo! ¡Al fin te encuentro!

Ante semejante reacción, el nombrado se quedó boquiabierto. En lugar de asustado, aquel malnacido parecía alegrarse sinceramente de verle.

—¿Qué haces aquí? —repitió el hijo de Docio frunciendo el ceño y dejando traslucir su desagrado en el tono de la voz.

—Llevo varios días buscándote —continuó el carretero, ignorando la pregunta. Necesitaba ganar tiempo como fuera para hallar la manera de salir de aquel atolladero—, y nadie me daba razón cierta de ti. Unos decían que…

—Te he preg…

—…, te habías marchado, que pasaste aquí unas lunas y luego continuaste viaje hacia el sur; otros, que Eterindu te había acogido en su casa… Ya me había dado por vencido y, como ves, me disponía a regresar a Arse. Sabíamos…

Teibo parecía incapaz de frenar la palabrería de Urcebes, y su rostro empezaba a congestionarse.

—… que estabas aquí, que después de lo ocurrido en Arse te habías venido a Edeta...

—¡Calla ya, maldito! —rugió el renegado, echando mano a su espada y alzándola amenazadoramente—. ¿Qué haces aquí? Contesta, o ¡por Netón que te corto el pescuezo ahora mismo!

Urcebes palideció y quedó repentinamente mudo. Por su expresión, parecía que por primera vez en su vida no hallaba ninguna excusa creíble que al menos hiciera vacilar a su oponente.

—Te traigo un mensaje —repuso escuetamente Urcebes con semblante repentinamente grave.

—¿Un mensaje? ¿Para mí? —inquirío Teibo cada vez más escamado—. ¿De quién?

Antes de contestar, Urcebes paseó la mirada con descaro por los rostros de los cinco jinetes edetenses que se mantenían a la expectativa. Luego volvió la vista hacia el arsetano renegado:

—¿Delante de ellos? —preguntó a su vez, bajando el tono, al tiempo que con un leve gesto de la cabeza señalaba a los guerreros edetenses que formaban a su espalda.

—Habla, o te abro en canal como a una res.

—¿Estás seguro? —insistió el muchacho.

Teibo estaba muy tenso. Parecía que iba a decir algo, a soltar una imprecación o abalanzarse sobre el carretero y cumplir su amenaza, pero no se movió, ni de su boca salió sonido alguno.

Él era casi un recién llegado al que Eterindu, por ser hijo de quien era, había acogido y dado un puesto en su ejército, pero al que aún faltaba mucho para ganarse la confianza de los edetenses. Sabía que sus actos eran vigilados y que cualquier sospecha podría dar al traste con sus deseos de prosperar en Edeta.

Y ahora las palabras de aquel maldito le sumían en la indecisión.

Ignoraba quién podría mandarle un mensaje desde Arse y por qué habían elegido a ese desgraciado para hacerlo. Ni siquiera sabía si lo que decía era verdad o simple invención. Pero de lo que sí estaba seguro era de que cualquier cosa que saliera de los labios de aquel desgraciado podría comprometerle delante de sus hombres.

Pero consentir en hablar a solas con él también levantaría sus recelos.

Finalmente, taloneó a su caballo para acercarse aún más al

carromato.

—¡Habla! —le ordenó en tono reservado.

—Te voy a explicar la situación en pocas palabras —comenzó a decir Urcebes tratando de que su voz y su semblante parecieran firmes y serenos—. Si no dejas que continúe mi camino, juraré ante tus guerreros y ante cualquiera que trabajas para Iscer y que eres su informador.

—Nadie te creerá —repuso el hijo de Docio entre dientes, tratando de contener su ira.

—¿Quiéres que probemos?

Teibo dudaba.

—Tus hombres están empezando a impacientarse, y eso que todavía no han oído nada.

El jinete parecía querer atravesarle con la mirada. De pronto, hizo ademán de empuñar su daga.

—Matarme no te serviría de nada. Te estarías quitando la vida a ti mismo —le dijo Urcebes sonriente, tratando de aparentar tranquilidad—. Además, también tendrías que acabar con ellos —añadió, al tiempo que movía levemente su cabeza hacía atrás.

—¿Con…, ellos? —preguntó con voz temblorosa, mientras sus ojos escrutaban ansiosos las sombras del interior del carromato.

—No estoy solo, Teibo, ahí detrás hay más “amigos” tuyos. Y nos están escuchando.

—No te creo —repuso el jinete.

—Pero es verdad —le contestó quedamente una voz desde la oscuridad.

—No puedes matarnos a todos sin que antes tus compañeros oigan la acusación —insistió Urcebes—. No tengas ninguna duda. Yo seré el primero en morir, pero tú me seguirás —sentenció finalmente.

Teibo, que no podía presumir de poseer una mente clara, se ofuscó aún más, tanto que hasta llegó a convencerse de que, si apresaba a aquellos malditos, las cosas se desarrollarían tal y como acababa de escuchar. Y decidió que lo mejor era no darles la oportunidad de hablar.

Haciendo de tripas corazón, mientras se esforzaba por dibujar en sus labios una sonrisa, alzó la voz para que sus hombres le escucharan:

—Trasladaré tu mensaje a Eterindu. Podéis iros.

Y Urcebes, con la alegría de seguir vivo luego de haber sentido tan cercano el soplo de la muerte, arreó a los caballos y se alejó de Edeta para siempre.

ooOOoo

Rayando el alba, la patrulla de Teibo hacía su entrada en el acuartelamiento, todavía sumido en las sombras y el silencio, y se dirigía cansinamente hacia las cuadras. De las dos antorchas que, como silentes centinelas guardaban sus puertas, tan sólo una flameaba.

Los seis jinetes desmontaron y, mientras tres de ellos se hacían cargo de los animales, encendían la apagada tea y entraban en la caballeriza para desenjaezarlos, los otros se acercaron al pozo para beber y refrescarse.

Teibo andaba ensimismado en sus pensamientos, tratando de decidir el "mensaje" que transmitiría al regente de Edeta, porque era seguro que sus hombres informarían de imediato a los jefes del cuartel del sospechoso encuentro nocturno.

Su lento paso le hizo rezagarse, de modo que cuando llegó hasta el pozo sus compañeros ya habían saciado su sed y uno de ellos le ofrecía agua en uno de los cazos de barro que se usaban para ese menester.

En el mismo momento en que sus labios entraban en contacto con el fresco líquido, una voz desde el interior de la cuadra les apremió a que acudieran:

—¡Eh, venid a ver esto!

Sin apenas haberse remojado el gaznate, Teibo devolvió el recipiente a su segundo y se encaminó hacia el establo, seguido de los otros.

La barrera de troncos que separaba a los animales del pajar yacía en el suelo y dos caballos pacían tranquilamente en medio de un pateado y desperdigado montón de heno. Además, los portones del granero estaban entreabiertos, aunque por suerte ninguno de los animales había escapado.

—¡Qué bien se lo están pasando esos dos! —bromeó sonriente el lugarteniente de Teibo, aún con la vasija del agua en la mano—. Ya han comido para varios días.

—Está bien —intervino secamente Teibo, tras comprobar que los daños habían sido mínimos—. Arreglad esto y atended a los caballos  Yo me voy a dormir.

Y, sin más, abandonó el lugar, dejando tras de sí media decena de miradas poco amistosas.

ooOOoo

El sol ascendía lentamente en el cielo cuando el alboroto despertó a Teibo.

Salvo durante la noche, el cuartel era un foco incesante de agitación y ruido, y los que allí moraban estaban más que acostumbrados a él, a causarlo y a soportarlo, pero esa mañana el

jaleo era exagerado.

En cuanto el joven protegido de Eterindu abrió los ojos supo que algo grave ocurría, empezando por su propia sensación de malestar. Soñoliento, se incorporó ligeramente en su camastro y alzó la vista. Al otro extremo del barracón donde dormía la tropa, los seis hombres que habían estado de patrulla con él la noche anterior yacían sobre sus jergones, con los rostros lívidos y febriles, entre vómitos, retortijones de tripas y exclamaciones de dolor.

Los dos sanadores del cuartel acababan de llegar y daban órdenes imperiosas para que los curiosos despejaran de inmediato el lugar y les dejaran atender adecuadamente a los enfermos.

Teibo, tendido en su camastro, no apartaba la vista de los médicos, cuyos circunspectos rostros, después de un buen rato de observación y de manipular las doloridas barrigas de los guerreros, traslucían gran desconcierto.

La circunstancia de haber estado juntos la noche anterior, llevó a los curanderos a interrogar a Teibo, que presentaba también algunos síntomas, si bien mucho más atenuados. Pero sus respuestas no les sacaron de sus tribulaciones, ya que el servicio de vigilancia se había desarrollado con toda normalidad, y no habían comido ni bebido nada que no fuera lo que ellos mismos llevaban del cuartel.

A media tarde, varios hombres más empezaron a mostrar idénticos trastornos. Y a partir de ese momento se desbordó el pánico. Los guerreros llegaban por decenas al improvisado sanatorio, y por doquier podían verse hombres vomitando o tirados en el suelo retorciéndose de dolor.

Prácticamente, el cuartel entero había enfermado.

Cuando Eterindu conoció la noticia, su primera decisión, una vez superado el inicial pasmo y soltado varias terribles imprecaciones, fue aislarse en su mansión. Aquello tenía todo el aspecto de un mal extremadamente contagioso o, lo que era aún peor, una maldición divina, y no estaba dispuesto a exponerse ni a una cosa, ni a la otra.

Lo segundo que dispuso fue enviar a los chamanes y a su propio médico y principal consejero al cuartel.

¡Qué catástrofe! Sus mejores hombres, los más diestros y aguerridos, los más leales, fuera de combate a pocos jornadas del inicio del ataque contra Arse, y por un enemigo contra el que no podía luchar ni defenderse. Los cielos seguían castigándole.

Y él sabía por qué.

Sus nigromantes hacía tiempo que se lo habían advertido, la última vez cuando los consultó con motivo de la desaparición de su hijo y los demás delegados enviados para ratificar el acuerdo propuesto por Iscer.

—Los dioses no gustan de caudillos medrosos. ¡No esperes más! —le impelieron entonces—. ¡Ataca Arse!

Pero no los escuchó. Podía haberlo hecho, su ejército era muy superior en número al de los arsetanos, pero quiso hacerse aún más fuerte, y decidió esperar a disponer de aquella maldita plata que, como su amado hijo, nunca llegó.

Mientras paseaba por las estancias de la casa, recordaba los tiempos en que los dioses le favorecían y le concedían la victoria sobre sus oponentes. Entonces él era un caudillo joven, resuelto y audaz, en quien sus hombres confiaban. Pero hacía ya muchas lunas que aquello había cambiado.

¿Cuántas veces los arsetanos habían rechazado sus pretensiones?, se preguntaba. ¿Y qué había hecho él al respecto? Simplemente amenazar desde la distancia y ordenar algunas represalias menores. Nada, en suma. “Si hubiera atacado la primera vez que esos malditos me ningunearon”, pensó en su desesperación, “mi hijo aún estaría vivo”.

Y ahora, ¡a dos jornadas del definitivo ataque a Arse!, los dioses aniquilaban a sus mejores soldados, poniendo otra vez a prueba su determinación.

Quizás era su último aviso antes de fulminarle a él mismo.

—¡Pero esta vez no desistiré!

ooOOoo

La ira divina no parecía apaciguarse, y la noche llegó al acuartelamiento envuelta en un espeso y sombrío velo de dolor y consternación.

La muerte aún no se había cobrado ninguna vida, pero no había lugar para la esperanza, ya que ni las cataplasmas, ni los distintos brebajes preparados por los sanadores del cuartel para atajar la deshidratación de los guerreros, provocada por las continuas vomitonas y la calentura, habían conseguido otra cosa que empeorar su estado. Ni siquiera las invocaciones movían a los dioses a la misericordia.

Así sucedía y así se lo explicó su médico a Eterindu.

—Es el agua del pozo —le dijo—. Cuando observé que los bebedizos suministrados debilitaban aún más a los enfermos, fui hasta allí, y entonces me di cuenta de algo que nadie antes había advertido —continuó con no disimulada afectación—. Como cada día, el pilón donde abrevan los animales se había rellenado con agua del pozo, pero a la tarde seguía lleno, los caballos no habían bebido, y no era por falta de sed, porque se acercaban, pero no bebían.

—¡Oh, dioses! —clamó Eterindu alzando los brazos al cielo.

—Entonces, forzamos a una cría de perro a beber y… ¡Es el agua del pozo! ¡Está envenenada! —exclamó el anciano.

—Y esos necios atiborrando a mis guerreros de pócimas y brebajes preparados con ella —el regente de Edeta estaba hecho una furia y ya no escuchaba.

—Con tanto desorden y confusión…

—¡Malditos estúpidos! —rugió Eterindu, con las manos y el rostro crispados—. ¿Cuántos guerreros están afectados?

—Casi todos.

—¡Los dioses nos vuelven a castigar! —gimió, pero sus ojos estaban secos de lágrimas.

—Los dioses…, o los hombres —apuntó el curandero.

—¿Los hombres? ¡Imposible! —le reprobó Eterindu, mirándole iracundo—. No acuses a ninguno de mis guerreros de haber envenenado el agua, son los más fieles, han peleado a mi lado…

—No es a tus guerreros a los que culpo —se apresuró a corregir —. Pero hay uno recién llegado que...

Eterindu cesó de pronto en sus paseos.

—Me refiero a Teibo, el hijo de Docio —continuó el sanador—. Estuvo de patrulla, y sus hombres fueron los primeros en beber de ese agua y enfermar. Sus hombres, digo, pero no él —el regente de Edeta frunció el ceño—. Teibo es, por el momento, el único que se ha repuesto del mal.

"¿Por qué un hijo va a querer hacer daño al amigo de su padre, al hombre que le ha aceptado y protegido? ¿Por qué va a ayudar a los que inmolaron tan cruelmente a su padre?", se preguntó Eterindu.

No, no podía ser. Era la ira divina la causante de aquella inmensa desgracia.

—¡Han sido los dioses! —exclamó convencido—. Los mismos dioses que me castigaron llevándose a mi hijo y mi plata. ¡Me castigan a mí! ¿Entiendes? —añadió con resolución—. Por mi exceso de prudencia… ¡Por mi cobardía! Sí, por mi cobardía. Lo sé. Tú me lo dijiste: "¡Ataca Arse!".

El anciano consejero permanecía mudo.

—¡Manda a los chamanes que hagan sus augurios para la guerra! —le ordenó, plantándose ante él y clavando en sus ojos una mirada enardecida—. Y haz que Teibo y esos dos ineptos curanderos beban agua de ese pozo podrido hasta que no les quede un hálito de vida.

# CAPÍTULO 37

**Año 476 a. C.**

**Primeros de abril.**

**En los confines de los territorios turboleta e ilercavón.**

Una vez en sus montañas, con el inmenso botín capturado, Dóvilo no perdió el tiempo y envió emisarios a los jefes de clanes más allegados, convocándolos a una urgente reunión.

Los turboletas eran dignos hijos de la tierra que habitaban, tierra áspera y salvaje, tan capaz de diuadir a los intrusos como de amparar a quienes moraban en ella. Sus gentes la conocían y la amaban, y no le pedían más de lo que podía darles, por ello vivían fundamentalmente del saqueo y nunca rehuían la pelea.

Si, además, recibían una generosa parte del botín por adelantado...

Al contrario de lo que solía ocurrir entre otros pueblos, las fronteras de cuyos territorios eran siempre las zonas más disputadas y conflictivas, entre turboletas e ilercavones apenas habían existido enfrentamientos.

Los turboletas no poseían nada que interesara a sus vecinos orientales, que no codiciaban ni sus baldías tierras, ni sus inhóspitas montañas, ni siquiera sus minas de magnifico hierro, cuyo comercio los edetanos explotaban en exclusiva, pagando por ello buena plata, naturalmente. Bastante tenían los ilercavones con defender su frontera norte de los ataques de los cossetanos y tratar de expansionarse por el sur, por los dominios de Arse.

Por su parte, entre asolar el territorio edetano o el ilercavón, los turboletas no tenían dudas. De modo que ni unos ni otros se molestaban.

Dos días habían transcurrido desde que se celebrara la reunión organizada por el carismático Dóvilo, cuando, con la primera luna llena, decenas y decenas de guerreros turboletas salieron como lobos de sus guaridas y, marchando siempre hacia el este, hacia el mar, alcanzaron las agrestes fuentes del río Udiva, ya en territorio ilercavón.

Nunca se había visto tamaña concentración de turboletas.

Como espesa niebla que baja lenta, pero imparable de las montañas, las columnas de guerreros descendieron por la margen izquierda del río y, con las primeras luces del alba, cayeron en tromba sobre los desguarnecidos campamentos que sus vecinos habían levantado a lo largo de sus orillas, causando gran mortandad entre ellos.

Todo el ejército del sur, que llevaba muchas lunas acampado en aquella frontera, tratando de traspasarla para asentarse en Edetania,

quedó aniquilado en un santiamén. Sus hombres fueron sorprendidos en sus lechos, sin tiempo para defenderse. Los turboletas eran maestros en este tipo de ataques.

Desde aquel momento, la franja sur del territorio ilercavón quedó en manos de los feroces invasores, que durante varias jornadas la recorrieron, arrasando sus poblados y aniquilando a cuantos hombres se les enfrentaban, mientras sus alforjas rebosaban.

Con el flanco ilercavón en calma, Iscer respiró aliviado. Había llegado el momento de poner en marcha su plan de guerra. Y su primer movimiento fue desplazar hacia el suroeste al grueso de las curtidas tropas arsetanas, que venían combatiendo sin tregua en esa frontera, con el fin de reforzar a los guerreros que, bajo el mando de su hermano, aguardaban acampados en el camino entre Arse y Edeta, vigilantes ante el esperado ataque de Eterindu.

# CAPÍTULO 38

**Año 476 a. C.**

**10 de abril.**

**Llanura edetana entre Arse y Edeta.**

No era aún mediodía cuando la primera de las avanzadas arsetanas divisó la vanguardia de la larga y nívea línea que formaba el ejército de Edeta. Semejaba una gigantesca serpiente arrastrándose fatigosamente por el sinuoso sendero, al lento paso marcado por la infantería y los carros de provisiones.

—A esa marcha, Eterindu no avistará Arse hasta mañana —afirmó el responsable de la patrulla de vigilancia.

—Sí, se ve que no quiere cansar a sus guerreros.

—Vamos, galopa como el viento y avisa a Ikomkei.

La noticia de la partida del ejército edetense puso en pie de guerra al campamento arsetano levantado a medio camino entre las dos ciudades. De inmediato, dos emisarios de Ikomkei partieron a uña de caballo hacia Arse.

—¡Informad al gobernador de que ha llegado el momento de ponerse en marcha para interceptar a Eterindu! —les ordenó.

Iscer y Atabeles debían darse mucha prisa si querían alcanzar, antes de que anocheciera, las orillas del río donde se había decidido presentar batalla. Se trataba de un terreno favorable para esperar el ataque de Eterindu, con las aguas de por medio, el sol a sus espaldas y las alturas dominadas por los veteranos de Ikomkei.

Pero antes de partir, con el ejército ya formado a las puertas de Arse, Iscer dio sus últimas órdenes a los que allí quedaban:

—… Y recordad: todos, absolutamente todos los que habitan extramuros de la ciudad o en su fondeadero, animales incluidos, deben abandonar sus casas y sus granjas inmediatamente, y buscar cobijo tras las murallas del castillo o en alta mar, fuera del alcance de Eterindu, porque si somos derrotados no tendrá piedad.

Cuando los últimos destacamentos que marchaban a la guerra se perdieron en el horizonte, todo el valle quedó sumido en un profundo y solemne silencio.

ooOOoo

En el lugar elegido por Ikomkei para la batalla, el camino de Edeta a Arse se encajonaba entre una sucesión de redondas y arboladas colinas que morían en una amplia llanura casi yerma de vegetación, por cuyo extremo noreste fluía mansamente un arroyo de poco más de una veintena de pasos de anchura y escasa profundidad. Era allí, en su margen izquierda, sobre el suave desnivel creado por la corriente, donde el ejército arsetano formaría

en espera del enemigo.

Estaba muy avanzada la noche cuando Ikomkei, acompañado de Ablón, Pentilo y media docena de guerreros, cruzó el río y se presentó en el improvisado campamento que Iscer acababa de levantar.

En lo alto de la pendiente que dominaba el río, los jinetes se detuvieron extasiados al contemplar el grandioso espectáculo que ofrecían el casi centenar de hogueras diseminadas por la gran explanada que se abría ante su vista. Parecía como si el mismísimo cielo, con todas sus estrellas, hubiese descendido sobre la tierra.

Pero tan impresionante o más que ello era el orden y el silencio reinantes, a pesar de la multitud de sombras que se vislumbraban, deambulando por el campamento o congregadas alrededor del fuego.

En los momentos importantes de la vida, y la noche previa a una batalla sin duda lo es, los hombres se aíslan de todo lo material y buscan con fervor la compañía de los dioses. El próximo amanecer sería el último que contemplarían los ojos de muchos de ellos, y sus pensamientos se ocupaban en ponerse a bien con la divinidad y en suplicar su favor.

—¡No podéis fallar! —les repetían una y otra vez durante el duro entrenamiento, y cada día con mayor énfasis—. Aunque penséis que está todo perdido, tenéis que seguir luchando, porque no lo hacéis sólo por vuestras vidas, sino también por las de vuestros padres, mujeres e hijos. Sabed que mientras aguantéis, ellos vivirán, porque sois el escudo que protege sus corazones de las lanzas enemigas. ¡Su último escudo! ¡No lo olvidéis!

La reunión de los responsables de dirigir a los guerreros en la batalla no se dilató mucho, tan sólo el tiempo necesario para explicar el plan general y repasar los distintos cometidos.

Aunque hubo algunos que mostraron su desacuerdo:

—El plan es bueno, y podría darnos la victoria —expuso un veterano de las luchas fronterizas—, pero el coste en vidas será enorme. Los nuestros morirán a centenares. Yo creo que es un error enfrentarnos a Eterindu en campo abierto. Nuestras murallas son inexpugnables, dejemos que se estrellen contra ellas, que se cansen de atacarlas y de ver caer a los suyos. Esperemos tranquilamente tras los muros a que llegue nuestro momento y, cuando menos se lo esperen, saldremos en tromba y les aplastaremos de un solo golpe.

Algunos de los presentes mostraron con gestos su anuencia.

—Sí, esa posibilidad también se ha contemplado —era el propio Iscer el que hablaba—, pero todos los arsetanos no caben en el castillo, ni podríamos alimentarnos durante mucho tiempo.

—¡Ya sé que no! —afirmó el oficial con rotundidad—. Pero los

no combatientes no es necesario que… Nadie les hará daño.

—¿Tú dejarías a tu mujer o a tu hija en manos de los guerreros de Eterindu?

El hombre no respondió, pero un temblor involuntario comenzó a afectar a su ojo derecho.

—¿Cuántas mujeres, niños, ancianos murieron en los incendios que mandó provocar? —continuó Iscer—. Eterindu no distingue entre guerreros y no combatientes, para él todos los arsetanos son enemigos.

—¿Y si nos ofrece perdonar sus vidas a cambio de la ciudad? —inquirió Ikomkei—. ¿Se la entregamos o dejamos que los mate ante nuestros ojos? ¿Qué harías tú?

Tras un prolongado silencio, el máximo mandatario tomó de nuevo la palabra:

—Hemos de dar la batalla aquí. Es la mejor manera de proteger a los nuestros. Si hemos de morir, moriremos. ¡Somos guerreros!

—De cualquier modo —concluyó Ikomkei—, sea cual sea el resultado de la lucha, las murallas de Arse siempre estarán ahí para darnos refugio.

Una vez todo convenido, los presentes llenaron sus vasos de vino y, tras invocar el favor de Netón, el dios de la guerra, realizaron una libación ritual, bebiendo y derramando el líquido sobrante en la tierra.

Finalmente, tras desearse unos a otros firmeza y valor, Ikomkei y los suyos abandonaron el lugar para regresar a las colinas donde aguardaban ocultas el resto de tropas de Arse, las mejores y más experimentadas.

Atrás quedaban las oscuras siluetas de los centinelas recortadas contra la luz de las hogueras.

ooOOoo

Ikomkei daba vueltas y más vueltas en su camastro tratando de conciliar el sueño, pero un ejército de fantasmas rondaban por su cabeza impidiéndole descansar.

Si él fuera un hombre vano y conformadizo, amigo de los aplausos, ahora estaría durmiendo a pierna suelta, pues todo cuanto los gobernantes de Arse le habían encargado de cara a la guerra con Edeta estaba cumplido: había desenmascarado a Docio y a sus secuaces, engañado a Eterindu sobre los avances de los ilercavones en la frontera norte, organizado un campamento a medio camino entre las dos ciudades enfrentadas, despojado a sus enemikgos del tributo, conseguido la alianza con los turboletas y, quizás, dejado fuera de combate a la élite militar edetense.

Grandes logros, sin duda, pero ni uno sólo de ellos hubiera

podido alcanzarlo solo. A los amigos de su hija Daleni, al leal Atabeles y a su viejo servidor y amigo Ablón, correspondía el verdadero mérito de todo ello.

Ikomkei apartó a su lado el manto con que se arropaba y se puso en pie. La noche era fría y un repentino estremecimiento le llevó a tensar involuntariamente los músculos. El silencio y la oscuridad reinaban a su alrededor, pero estaba seguro de que no había paz bajo aquellos cuerpos que, tumbados por doquier, parecían dormir. Tan sólo los locos y los necios podrían sentirla en una noche como aquella.

Y él no era nada de eso.

Con cuidado de no tropezar con nada ni con nadie, dirigió sus pasos hacia la cresta de la colina. Bajo un cielo colmado de estrellas, contempló el alargado y tenebroso valle por el que serpenteaba el camino que al día siguiente vería llegar al ejército edetense.

Su cometido en la batalla era el más sencillo, según la opinión de todos.

"Lo será", pensaba, mientras esbozaba una amarga sonrisa, "siempre que todo se desarrolle como está previsto. ¿Pero quién puede asegurar eso?".

Los arsetanos eran guerreros animosos, y guardaban en su alma el suficiente rencor contra Edeta como para luchar hasta la muerte, pero cuando su vida peligra, nadie sabe cómo reaccionará.

Podían ocurrir tantas cosas…

"Y, aunque todo transcurra como queremos, ¿cuántos arsetanos deben morir antes de que mis jinetes puedan caer sobre Eterindu y asestarle el golpe definitivo?

El plan de batalla se reproducía una y otra vez en su pensamiento, pero sus dudas persistían. Necesitaba encontrar algo que le tranquilizara, que le permitiera confiar en la victoria. Y lo halló rememorando la entrevista que había mantenido dos días antes con Tibaste y los demás, cuando, sobre uno de los destartalados carros que él mismo les había procurado, los vio cruzar el viejo puente que conducía a su hacienda, tras el regreso de Edeta.

Seis lunas habían transcurrido desde que los envió a correr aquel albur, nada menos que seis lunas sobreviviendo en medio del enemigo, sin más armas que su audacia. El trabajo que habían realizado aquellos rufianes había sido ímprobo, y hasta en el último momento, cuando el mismísimo Teibo, el hijo del traidor Docio, se cruzó en su camino, sus vidas estuvieron en juego.

Y si lo que le habían contado era cierto y sus maquinaciones resultaban efectivas, Arse, fuera cual fuese el resultado de la batalla,

debería estarles eternamente agradecida.

Y confortado por este pensamiento, Ikomkei, en cuyas manos los dioses habían querido poner el destino de las dos mayores y más poderosas ciudades de la gran Edetania, regresó a la calidez de su lecho y se quedó dormido.

# CAPÍTULO 39

**Año 476 a. C.**

**11 de abril.**

**La batalla de la llanura edetana.**

El ejército de Edeta había reanudado su marcha con el alba.

A pesar del duro golpe que había supuesto para Eterindu no poder contar con la mayor parte de sus mejores guerreros, que habían quedado en Edeta afectados por el envenamiento, su ejército seguía siendo muy poderoso y superior en número al de Arse.

Al tiempo que echaba la vista atrás, se alzó sobre su montura y contempló durante unos momentos la larguísima columna de infantes y jinetes que le seguía. Aquellos hombres, ataviados con el tradicional uniforme de los guerreros edetanos —túnica blanca hasta la mitad del muslo y armadura de esparto, que a la altura de la cadera se abría para facilitar el movimiento—, presentaban un aspecto imponente. Nunca se había visto por aquellas tierras una fuerza tan poderosa.

Todos los que ahora marchaban con él habían sido bien adiestrados, y le constaba que se hallaban deseosos de lavar en sangre las últimas afrentas recibidas de los arsetanos. Es verdad que la mayoría carecía de experiencia en combate; por eso resultaba vital que el principio de la batalla les fuese favorable, y para eso el factor sorpresa sería determinante.

No estaba completamente seguro de poder coger a Iscer desprevenido, porque le constaba que no era ningún estúpido, pero confiaba en que no hubiese adivinado sus intenciones.

—Y en que los dioses…, o el maldito Teibo —farfulló entre dientes—, no le hayan anunciado la inminencia de mi ataque.

En esas cavilaciones se encontraba cuando, repentinamente, envuelto en una fina estela de polvo, surgió ante su vista uno de los jinetes que formaban la avanzadilla del ejército.

La columna se detuvo.

El caballo bufó de dolor al sentir como el bocado se le incrustaba en los belfos obligándolo a detenerse en seco. Eterindu frunció el ceño al ver la alarma reflejada en el rostro del guerrero.

—¡Señor! —empezó a gritar como si se hallara a gran distancia —. ¡Están ahí! ¡Los arsetanos están ahí delante, formados en orden de batalla a la orilla de un río! ¡Nos están esperando!

El semblante del regente de Edeta permaneció impasible, sin reflejar la contrariedad que la noticia le causaba.

De inmediato, azuzó a su cabalgadura y, seguido de su guardia personal y de sus más cercanos consejeros, alcanzó en muy breve tiempo el final del anchuroso desfiladero por el que marchaba la

columna. A unos mil pasos de distancia, desplegados sobre la breve altura que dominaba el cauce de un pequeño río, se vislumbraba una línea de guerreros que no podía ser más que el ejército de Arse.

Ante él se abría un paraje descubierto, de terreno casi llano, parco en árboles y matorrales. Ni una liebre brincaría sin que los ojos de un buen cazador la descubriesen.

—¡Maldito seas, Teibo! ¡Malditos sean todos los arsetanos! —renegó al comprobar que su odiado enemigo parecía estar muy bien informado de todos sus movimientos.

Cinco o tal vez seis centenares de guerreros se le enfrentaban. Aproximadamente la mitad de los que él comandaba. Era indudable que habría más tras aquella primera formación, ¿pero cuántos?

Echó la vista atrás y contempló la sucesión de colinas que flanqueaban el camino por el que transitaba su ejército, cuya vanguardia asomaba en ese mismo momento por el último recodo.

—Enviad observadores a lo alto de uno de esos cerros —ordenó sin dirigirse a nadie en particular—. Quiero saber qué se oculta tras lo que los arsetanos muestran.

La mañana estaba fría y la claridad del sol apenas se abría paso, filtrándose velada y cárdena, presagiando lluvia. “Un día bueno para combatir…, mientras no se desate la tormenta”, pensó.

Entonces descabalgó, reunió a sus lugartenientes y expuso su nuevo plan de ataque.

Entretanto, cuatro jinetes partieron veloces hacia la colina situada a su izquierda, cuya cima aparecía más despoblada de árboles y vegetación que su compañera del otro lado, lo cual favorecería una mejor visión del terreno.

No fue una ascensión fácil, por cuanto el suelo era muy pedregoso y no había veredas, ni árbol o arbusto cuyas ramas no estuviesen enredadas con las de sus vecinos.

Llegados a lo más alto, aguzaron la vista.

Tras la estrecha corriente de agua y el cerrado frente que sobre ella ofrecían las tropas enemigas, los vigías entrevieron lo que parecía el centro de mando del ejército de Arse: un pequeño núcleo de jinetes, tras el que se concentraban poco más de un centenar de hombres, la mayoría infantes, que debían constituir las exiguas reservas del enemigo. Más allá, un paisaje llano se prolongaba hasta donde alcanzaba la mirada.

—Eso es todo lo que tienen —dijo uno de los observadores edetenses.

—Eso parece.

—Esta noche, dormiremos en Arse.

Y, sonrientes, volvieron grupas e iniciaron el áspero descenso, sin sospechar que, a poca distancia, desde la silenciosa y rezumante

espesura, la muerte acechaba.

ooOOoo

Ni su estatura, ni la fiereza de su mirada, ni la anchura de sus hombros, ni la dureza de sus músculos le daban el aspecto de un gran guerrero.

Físicamente, era de lo más normal. Tenía el cabello rizado y oscuro, del mismo color que sus ojos, el rostro risueño y la mirada muy expresiva y vivaz. Poseía un cuerpo ágil y bien proporcionado, y un natural alegre y afable, pero su alma era brava y tenaz.

Como cualquiera de cuantos formaban a su lado en la extensa llanura edetana, era una persona amante de su familia y de su tierra, lo que, armada o desarmada, la convertían en temible a la hora de defenderlas.

Se trataba de uno más de los cientos de habitantes de Arse, jóvenes y menos jóvenes, que en previsión de una guerra con Edeta habían sido reclutados y adiestrados, con mayor o menor provecho, en el manejo de las armas. Uno más de los que estaban dispuestos a morir para vengar a las víctimas de los cobardes incendios que tantas vidas costaron.

Su historia no era muy distinta a la de otros muchos arsetanos que habían luchado contra el fuego y visto perecer a parientes y amigos. Sin embargo, aquella persona sí era diferente a la mayoría de los allí reunidos.

Se llamaba Mareta.

Naturalmente, no era la única mujer que se había incorporado al nuevo ejército de Arse y, como comprobó muy pronto, tal condición no le confirió privilegio alguno.

Al no haber sido de los primeros reclutas en incorporarse y no haber caballos para todos, le tocó iniciarse en los agotadores y rastreros secretos de la lucha a pie, lo cual le resultó muchísimo más duro que a la mayoría de los otros reclutas.

Los instructores se convirtieron en sus más odiados enemigos, dado que lo primordial de la diaria preparación consistía en lograr que los entusiastas novatos, siempre cargados con escudo, lanza y daga, fueran capaces de chocar repetidamente contra su oponente sin perder el equilibrio, el resuello o las armas, o todo a la vez.

—Hay tres cosas —les gritaban sin descanso— que más os vale recordar cuando creáis que habéis llegado al límite de vuestras fuerzas y sois incapaces de dar un solo paso más. ¡Primera!, que habrá guerra. ¡Segunda!, que el ejército de Edeta será más numeroso que el nuestro, puede que hasta nos doblen en número…

Las dos primeras aseveraciones eran ya lo suficientemente estremecedoras como para colmar de angustia los corazones de unas

gentes a las que nunca antes se les había pasado por la cabeza que llegaría el día en que tendrían que morir en defensa de su ciudad.

—… ¡Y tercera!, que llegará el momento en que tengáis a un maldito edetense corriendo hacia vosotros con deseos de abriros en canal y arrancaros el corazón.

Al imaginarse en tal situación, un hondo temor sobrevolaba las filas de la novel tropa.

—De modo que si queréis que sean las tripas de vuestros enemigos las que se desparramen por tierra, debéis apretar los dientes y dar otro paso. ¡Porque, no lo dudéis, siempre puede darse un paso más!

Y quien dirigía su entrenamiento concluía invariablemente con las mismas palabras:

—¡Escuchadme bien, guerreros de pacotilla! —decía alzando aún más la voz—. Cada uno de vosotros ha de valer por dos edetenses. ¡Por dos, al menos! Es la única manera de que vuestra cabeza no acabe clavada en una lanza enemiga.

Lo cierto es que sabían cómo conseguir que los reclutas se levantaran y volvieran a la pelea.

Algunas lunas después, con mucho frío, lluvia y viento ya a las espaldas, tuvo ocasión de comprobar la utilidad de todo lo aprendido cuando muchos de ellos fueron trasladados a la frontera norte de Edetania para enfrentarse a los ilercavones, que, un día sí y otro también, trataban de cruzar el río Udiva, atacándoles con fiereza.

No hay mejor escuela de guerra que la guerra misma, y no hay mejor forma de agradecer el duro entrenamiento que sobrevivir a la lucha. Algunos no lo consiguieron.

Los ilercavones eran guerreros temibles, que no daban tregua, no retrocedían y miraban de frente a la muerte.

Enfrentándose a tan bravos jinetes, aprendieron los infantes arsetanos la necesidad de permanecer juntos, ofreciendo al enemigo un muro compacto de escudos y lanzas. Esta táctica era la única eficaz contra la caballería, pero también resultaba apropiada contra la infantería, sobre todo cuando se luchaba en inferioridad. Por eso sus maestros no se cansaban de ensayar movimientos en los que el grupo era el elemento fundamental. La lección era sencilla: un combatiente aislado siempre sería presa fácil para los jinetes y guerreros enemigos, en tanto que tres o cuatro juntos podrían ayudarse y protegerse mutuamente, y resistir las acometidas de un número superior de adversarios.

En Arse, la gran ciudad en la que Mareta había nacido, confluían gentes de muchas procedencias, y por sus plazas, callejuelas y caminos no era extraño encontrar a un celtíbero de fiero aspecto

transitando al lado de un próspero comerciante heleno, o a un navegante tirio tratando de entenderse con un viajero de la lejana y misteriosa Etruria.

En aquella ciudad se hablaba, se negociaba, se cantaba, se insultaba y se narraban historias en muchas lenguas, y a ella le gustaba mucho escucharlas, en especial las que tenían a mujeres como protagonistas.

Por ellas, Mareta sabía que ya sólo en pueblos del interior de Iberia con larga tradición belicosa, como lusitanos, vetones y celtíberos, había mujeres guerreras. También que en el lejano norte, al otro lado de los grandes ríos y de las majestuosas montañas en las que el invierno mora perpetuamente, habitaban tribus en las que hombres y mujeres peleaban por igual en defensa de sus tierras, y ellas lo hacían con más saña y tenacidad, al igual que algunas hembras de animales en la naturaleza.

También las hubo en su tiempo en Edetania, y en la memoria de los más ancianos aún perduraban sus hazañas.

Pero de entre todas las historias, había una que le provocaba escalofríos, menos de espanto que de complacencia.

De todos era conocido que lo primero que hacían los hombres cuando capturaban mujeres al enemigo era violarlas, pero que ese proceder no comportaba únicamente un acto carnal, de simple búsqueda de placer sexual, sino que buscaba, sobre todo, depositar la simiente de la raza superior conquistadora en el vientre de la conquistada. Marcar el territorio, a semejanza de los animales salvajes.

Los cronistas referían que, en un lugar que no recordaba, en una ocasión se volvieron las tornas, y un guerrero de una de esas tribus saqueadoras y violadoras fue apresado y entregado para su ejecución a las mujeres.

El fiero guerrero no podía imaginar el suplicio que le esperaba.

Tumbado, desnudado y firmemente atado de pies y manos a cuatro estacas clavadas en tierra, el prisionero fue sometido por sus impasibles torturadoras a una firme e incesante masturbación. Su miembro viril no tardó en estar en carne viva y empezar a eyacular sangre, pero ni sus terribles imprecaciones y alaridos, ni sus gemidos detuvieron el martirio.

Finalmente, mientras expelía su última viscosa y sanguinolenta secreción, el cuerpo del hombre adquirió la rigidez de un soliferro, los ojos se le pusieron en blanco y quedó fulminado.

Ignoraba si la historia era o no cierta, pero de serlo, nadie podía decir que no fue aquella una muerte justa.

Ese espíritu, a un tiempo de fría determinación y de febril ferocidad, moraba ahora en el alma de Mareta y la mantenía firme

en su puesto.

ooOOoo

Seis lunas después de su alistamiento, Mareta se hallaba en medio de la llanura edetana, junto a cientos de arsetanos, esperando, con los nervios a flor de piel, la llegada del ejército de Eterindu.

Y cuando, como si una gigantesca boca los vomitara, vieron aparecer sobre la raya del horizonte la gran masa de infantes y jinetes enemigos, se quedaron boquiabiertos y sobre sus compactas filas sobrevoló un murmullo de incredulidad ante la inmensidad del ejército al que iban a enfrentarse.

La guerrera ocupaba la peor posición posible: el centro de la primera línea de combate, el lugar que seguramente recibiría el primer y más exacerbado embate del enemigo. Tan "privilegiada" situación tenía, además, otra "ventaja" nada desdeñable: desde allí vería perfectamente lo que se les venía encima.

Cuando por fin consiguió apartar la vista del frente, Mareta volvió la cabeza a un lado y a otro. El hombre que se hallaba a su derecha le devolvió la mirada, al tiempo que, en un gesto de resignación, alzaba las cejas y resoplaba. A su izquierda, un joven, con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, se mantenía absorto en el enemigo.

Entonces se oyó el toque distante de unos cuernos y, de inmediato, el ejército de Eterindu, envuelto en un estremecedor fragor, maniobró hasta presentar una blanca alineación en cuyos flancos se situaron los jinetes. La densa nube de polvo que flotó sobre ellos mientras completaban el movimiento tardó un rato en desaparecer.

En ese momento, advirtiendo la desazón de sus hombres, Atabeles se abrió paso muy lentamente entre sus infantes hasta situarse a unos diez pasos por delante de ellos. Firme sobre su cabalgadura, paseó la vista con indiferencia por las líneas edetenses. Pasados unos instantes, les dio la espalda y se encaró con sus hombres, dejando oír su poderosa y socarrona voz por encima de los murmullos:

—¡Escuchad, bastardos! Son muchos, pero, ¿sabrán luchar? Estad seguros de que vosotros sí. Recordad que os habéis enfrentado a los fieros ilercavones…, y seguís vivos! ¡Netón no os quiere a su lado!

Y tras observar cómo algunos empezaban a erguirse orgullosos y empuñaban sus armas con renacido ímpetu, rugió:

—¡Levantad la cabeza y mirad al enemigo sin miedo! Creen que su victora será fácil, que sus gritos os amedrentarán, que temblaréis

y correréis como gallinas cuando os ataquen. Ya sueñan con vuestras mujeres e hijas.

Un murmullo de rabia recorrió las cerradas filas.

—¡Luchad bien, y si en medio de la batalla el gran Netón os señala con el dedo, alegraos, porque sólo los elegidos cabalgaran esta noche y por siempre en su compañía por los bosques y praderas celestiales! —y añadió, tratando con su voz de insuflar aún más ardor en el de ánimo de sus guerreros—. ¡No os separéis, no deis un paso atrás y os aseguro que esta noche seréis unos malditos héroes vivos, atiborrados de vino y cargados de botín! ¡Gloria a los hijos de Arse!

Un vibrante clamor recorrió entonces las filas arsetanas, devolviendo a los guerreros mucho del ánimo perdido.

Iscer había desplegado a su ejército al modo clásico. El grueso de sus fuerzas, integradas por unos cuatro centenares de guerreros de a pie, formaban en cinco hileras de igual tamaño en lo alto del suave desnivel que creaba el cauce del río en su margen izquierda. En sus alas se situaba la caballería, con cerca de cien jinetes a cada lado, mientras que por delante de todos, desplegados a lo largo de la arenosa orilla, se hallaban unas cuatro decenas de arqueros.

Finalmente, una pequeña reserva permanecía junto a él, en la retaguardia, presta a acudir allí donde las necesidades y el desarrollo del combate la reclamaran.

Al encontrarse en clara desventaja numérica, los arsetanos tenían órdenes estrictas de no atacar y mantener la formación a toda costa. Ahí radicaba su única posibilidad de victoria, en aguantar firmes las líneas.

El escalofriante resonar de las trompas de guerra enemigas, coreadas por más de un millar de enardecidas gargantas, se disgregó por la llanura como el mayor y más prolongado de los truenos jamás oído.

ooOOoo

Envueltos en una espesa polvareda, una formidable y desordenada oleada de rugientes infantes edetenses iniciaron su avance, seguidos de cerca por una cincuentena de jinetes que portaban arqueros a su grupa.

Casi en el mismo momento, dos tercios de la caballería de Eterindu, armados sus jinetes con la característica caetra —el pequeño escudo cóncavo de los guerreros íberos—, y el largo soliferro —lanza fabricada completamente de hierro—, y cubriendo sus cabezas con capacetes de cuero, se dividió en dos columnas de unos dos centenares de hombres cada una, que se desplegaron por los flancos.

Bajo los pies de los guerreros arsetanos la tierra empezó a vibrar con creciente intensidad.

Para Atabeles, la intención de aquellos jinetes estaba clara: alejarse del núcleo de la batalla para evitar las saetas enemigas, cruzar el río y atacar por ambos costados, tratando de envolverlos. En su situación, con superioridad numérica, él también habría actuado como Eterindu, intentando rodear al adversario para aniquilarlo con mayor facilidad.

El curtido arsetano esperaba una maniobra parecida, por eso no se alarmó. Ya había dado orden a sus arqueros para que, una vez que la lucha se hubiera generalizado a lo largo de todo el frente, no reforzaran las filas de la infantería, sino que corrieran a los flancos, en ayuda de su propia caballería, tratando de impedir a toda costa que la mortal tenaza se cerrase sobre ellos.

Y ahí llegaban ya.

—¡Arqueros, a retaguardia!

ooOOoo

El nutrido intercambio de flechas causó mayor daño en el bando edetense, pero no disminuyó la furia del ataque.

Cuando Mareta vio a los arqueros disparar su última descarga y retirarse, supo verdaderamente lo que era el miedo. Sobrecogida, creyó por unos momentos que todos aquellos centenares de hombres que se acercaban profiriendo amenazas y maldiciones, y blandiendo sus lanzas, hachas y espadas, tenían como único objetivo acabar con ella, cortarla en pedazos. Jamás había sentido tal pavor, y supo que iba a morir.

Un involuntario temblor se apoderó de ella e, instintivamente, se arrimó al compañero que tenía a la derecha, buscando su tranquilizador contacto y la protección de su escudo.

Al instante, sintió cómo el joven de la izquierda se pegaba también a ella.

—¡Lanzas al frente! —un fugaz resplandor producido por cientos de puntas metálicas al ser enristradas acompañó a las armas en su descenso.

Los edetenses, con sus blancas túnicas y sus broqueles adornados con símbolos geómetricos de colores negros y amarillos, rugiendo como energúmenos, cruzaban ya las aguas del arroyo levantando en su loca carrera infinitas salpicaduras.

Únicamente les separaba de ellos el breve desnivel.

Bajo un cielo cada vez más encapotado, la arsetana concentró todas sus fuerzas en afianzar la lanza bajo su brazo y mantenerla firme.

Si hubiese tenido un instante para mirar a los lados, o ella

misma fuese uno de los atacantes, habría contemplado algo aterrador: como si de los afiladísimos dientes de un monstruoso animal se tratase, dos centenares de lanzas emergían espantosamente del muro de guerreros que formaban las dos primeras líneas de defensa de Arse.

Pero Mareta no estaba para observar su entorno ni para ponerse en el lugar de ningún maldito edetense. Bastante tenía con lo que se le venía encima: un enjambre de furibundos y aullantes guerreros que con los escudos por delante, sin amilanarse, cargaba contra ellos con el odio brillando en sus ojos.

"Se lucha mejor con odio", pensó.

—¡Aguantad!

Nunca antes en aquellas tierras tal cantidad de enfervorecidas oraciones ascendieron en un mismo instante al cielo implorando la protección de los dioses.

El impacto fue brutal. La masa de infantes edetenses, sin el más mínimo orden ni miedo a la muerte, se abalanzó, con los escudos por delante, contra el mortífero mar de lanzas arsetanas que les aguardaba, en una demencial embestida que dejó a decenas de ellos ensartados como corderos en el asador. Espeluznantes chillidos y relinchos de dolor se alzaron sobre todo el frente de batalla.

Ante el terrorífico muro de hierro al que se enfrentaban, el ímpetu de la carga se quebró momentáneamente, comenzando los guerreros edetenses a apelotonarse a lo largo de la línea del frente.

La terrible visión del gran espetón de convulsa y sangrante carne en que se había transformado su lanza, de cuyo extremo colgaba un hombre traspasado por la garganta, ni siquiera la conmovió, no tenía tiempo para eso, ya que otro guerrero se arrojaba contra ella blandiendo un hacha.

Pasados los primeros momentos, Mareta se había transformado en la fría guerrera moldeada por los duros entrenamientos y las salvajes luchas fronterizas. Al ver llegar a su enemigo, soltó rápidamente el inútil venablo y alzó el escudo para protegerse del inminente hachazo, que fue tan violento que segó con total limpieza uno de sus bordes y le dejó el brazo momentáneamente adormecido.

Sin fuerzas para protegerse, ni espacio, ni tiempo para apartarse o rodar por el suelo para esquivar el siguiente golpe, vio con espanto cómo su enemigo se disponía a descargar sobre ella el mortal hachazo, cuando el compañero de la izquierda, que ya no era el joven que formaba a su lado antes de iniciarse la batalla, saltaba impetuoso y, con su propio escudo, le aplastaba la cara al guerrero edetense y a continuación le remataba, hundiéndole la espada en mitad del pecho.

El trabajo en equipo funcionaba.

ooOOoo

Varias descargas de flechas recibieron a los jinetes de Eterindu que, a galope tendido, haciendo temblar el aire con sus rugidos, caían sobre ambos flancos del ejército arsetano.

El campo de batalla, sembrados ya de cadáveres de hombres y animales, se convirtió entonces en una masa confusa de combates individuales y colectivos, en el que las tropas de Iscer empezaban a dar algunas muestras de indecisión.

En ese momento, Arse luchaba en tres frentes, y en todos ellos en inferioridad.

En el centro, el muro de escudos y lanzas contra el que se habían estrellado los guerreros edetenses, que en ese primer choque vieron mermados en más de medio centenar el número de efectivos, se había debilitado y estrechado peligrosamente, y empezaba a ceder terreno y a combarse hacia dentro ante la incesante llegada de nuevas oleadas de enemigos.

Por su parte, en las alas, la amalgama de arqueros y jinetes arsetanos luchaban con denuedo para hacer frente a la caballería de Edeta, que trataba de envolverlos, aunque su esfuerzo no era suficiente y el lado izquierdo parecía a punto de claudicar.

Atabeles no sabía pelear de otra manera que mirando a su enemigo a los ojos, ni en otro lugar que allí donde el peligro era mayor. Sin dudarlo, azuzó a su cabalgadura y, seguido de sus cuatro asistentes, acudió a reforzar ese flanco, irrumpiendo como un rugiente torbellino en medio de la encarnizada lucha.

Su furia le llevó a chocar violentamente contra dos jinetes enemigos, uno de los cuales no resistió el encontronazo y rodó por tierra junto a su montura. El embate contra el otro fue más liviano, pero tuvo la virtud de dejarlo en disposición de descargar sobre su tambaleante oponente un rápido golpe de falcata que lo descabezó.

ooOOoo

El verse envueltos en un caos de gritos y lamentos, del fragor de las armas, del correr de la sangre, provocó en cuantos luchaban en la llanura edetana que todo sentimiento, salvo el deseo de sobrevivir, desapareciera de sus almas. De repente, su mundo se reducía únicamente a su lanza, su espada y su escudo, a golpear y defenderse, una y mil veces, sin tregua, sabiendo que si se paraban a sentir miedo, asco, dolor o alegría, al instante siguiente estarían muertos. El buen guerrero pelea sin dejarse distraer por inútiles emociones.

Con la mente en blanco, luchando hombro con hombro con sus

compañeros y arremetiendo contra todo lo que se le acercaba envuelto en nívea capa, Mareta conseguía mantenerse viva. Ya no había órdenes, sólo una incesante y horrísona barahúnda cuya propia persistencia la hacía inaudible a oídos de los combatientes.

La mortandad a su alrededor era enorme y sólo pequeños grupos aislados, integrados por los más resistentes físicamente y por los favorecidos por los dioses, se mantenían aún firmes frente al masivo ataque edetense. Por todas partes la situación de los arsetanos era crítica y parecía cuestión de tiempo, de muy poco tiempo, que el centro cediera.

ooOOoo

Sin cesar de retorcerse las manos, Iscer observaba preocupado el panorama. Tenía que estar muy atento a los distintos escenarios que se desarrollaban ante sus ojos y esperar el momento oportuno para lanzar a la lucha a todas sus reservas. No debía precipitarse, porque entonces, con el adversario todavía entero y fresco, su efecto apenas se notaría. Pero tampoco retardarlo, ya que, si daba lugar a que se produjese la desbandada de los suyos, ningún refuerzo podría ya recomponer sus líneas y contener al enemigo.

Debía aguardar al instante en el que el adversario, físicamente desgastado, pero pleno de moral, ve muy cercana la victoria. Sería entonces cuando el centenar de guerreros de refresco de los que aún disponía podrían asestar un golpe que hiciera tambalear el ánimo de las tropas de Edeta y sembrar entre ellas la duda y el desconcierto.

A partir de ahí, ya todo dependería de que el contraataque fuera lo suficientemente vigoroso y efectivo como para hacer retroceder a los edetenses y conseguir que Eterindu lanzara a sus propias reservas al combate. Ese sería el momento de Ikomkei, oculto con sus hombres en las dos colinas que dominaban la salida del desfiladero por el que había llegado el ejército de Edeta, que aprovecharía la circunstancia para caer por sorpresa sobre su desguarnecido puesto de mando y lo arrasaría, acabando de un solo golpe con toda resistencia enemiga.

Pensando en esto estaba cuando vio algo que le partió el corazón. Su amigo de la infancia, su fiel compañero, el hombre recto, siempre sereno y animoso, con el que había compartido sueños y amarguras, y sobre el que desde hacía muchísimo tiempo descansaba la seguridad de los arsetanos, caía derribado de su caballo con una lanza clavada en su costado derecho.

Todos los guerreros sueñan con tener una buena muerte. Unos, como él mismo, la esperan, y otros, como Atabeles, salen en su busca.

¡Gloria al gran Atabeles!

ooOOoo

Mareta oyó un turbador griterío a sus espaldas que la sacó de repente de su enloquecida abstracción.

"Nos han rodeado", pensó. "Todo está perdido".

Pero cuando, al girarse desesperada para hacer frente a la nueva amenaza, no vio capas blancas entre los guerreros que llegaban con tanto estruendo, sino caras amigas que venían en su ayuda, su alegría fue inmensa.

El júbilo de verse salvada de una muerte inminente fue tal que, sacando fuerzas de su infinita flaqueza y de su perdida esperanza, volvió a alzar el escudo, a blandir la ensangrentada daga y acometer con renovado ímpetu al enemigo que, perplejo y vacilante, empezó a retroceder.

¡Al fin los anhelados refuerzos arsetanos entraban en liza!

Los guerreros edetenses habían demostrado ser duros y valientes, y luchar realmente bien…, cuando el resultado de la lucha les favorecía y se veían vencedores. Pero ahora la situación había cambiado, y eso se reflejaba en sus rostros que, tras la inicial sorpresa, mostraban desazón y miedo. Por primera vez eran obligados a replegarse, y no les gustaba.

Y para mayor desesperación, algunos empezaban a hacerlo más aprisa de lo deseado.

Eran momentos de euforia para los arsetanos, pero duraron poco.

Mareta y quienes habían luchado con tanto denuedo a su lado, abandonaron momentáneamente la primera línea de combate, dejando paso a los soldados de refresco que llegaban. Estaba exhausta y necesitaba a toda costa recuperar el aliento antes de volver a la lucha. Cuando las fuerzas se lo permitieron, alzó la cabeza y dirigió la mirada más allá de los combates que se libraban ante ella, hacia el gran frente de batalla, y el panorama que observó la dejó helada: una nueva ola, compuesta por centenares de jinetes, cargaba contra ellos.

Eterindu se había percatado rápidamente de la delicada situación por la que atravesaban sus tropas y, de inmediato, antes de que se produjera la desbandada general, mandaba también a sus últimas reservas al ataque.

El rostro de la guerrera era la viva imagen de la desolación. Ya no había con qué hacerles frente, ni la más mínima posibilidad de contener aquella gran marea que se aproximaba.

Arse, sus hijos, su vida… "Todo está perdido", musitó con los ojos anegados de lágrimas.

ooOOoo

—¡Por fin! —exclamó Ikomkei exhalando un hondo suspiro de satisfacción, mientras sus ojos seguían atentamente el avance de los cerca de trescientos jinetes que, a todo galope, abandonaban la retaguardia enemiga y se dirigían hacia el río, sobre cuyas aguas tenía ahora lugar la batalla—. Pensé que no se decidiría nunca.

Pero todavía no ordenó el ataque. Con los nervios a flor de piel, aún esperó a que la caballería edetense se alejara más del lugar desde el que Eterindu y sus consejeros dirigían las operaciones.

De pronto, la llanura resonó con la vibrante y ensordecedora música de las trompas de guerra.

A Eterindu se le encogió el corazón. Anonadado, miró a su alrededor, y después al anubarrado cielo, preguntándose si, quizás, las huestes celestiales habían decidido abandonar sus moradas para unirse al gran combate de los mortales. Hasta los jinetes que corrían hacia las líneas arsetanas detuvieron su avance, sin saber qué hacer.

Pero nada ocurrió.

Tras el estremecedor estallido todo quedó en una solemne y extraña quietud. Los hombres se miraban unos a otros, confusos y asombrados, sin entender lo que ocurría.

Pero cuando sus ánimos empezaban a sosegarse, convencidos de que todo había sido una ilusión o algún desconocido prodigio de la madre naturaleza, de nuevo se dejaron oír las bocinas de guerra, y esta vez con tanta fuerza que hasta los árboles que poblaban los cerros empezaron a agitarse, como si invisibles gigantes descendieran por sus laderas.

Y entonces sucedió lo impensable.

No eran gigantes los que se movían entre la espesura, sino el centenar de jinetes, los mejores, los más veteranos soldados de Arse, que bajo el mando de Ikomkei, surgieron de repente por ambos lados, rugiendo como posesos, y se abalanzaron sobre su más odiado enemigo, que hasta poco antes contemplaba con gran complacencia el desarrollo de la batalla.

Y entre los primeros en buscar el enfrentamiento se hallaba un joven que cabalgaba con la cabeza descubierta, la dorada cabellera al viento y las barbas erizadas. Con la lanza firmemente enristrada, penetró como una exhalación entre las débiles filas enemigas con su furibunda mirada puesta en el regente de Edeta.

En un momento, todo el poder militar edetense fue aniquilado y las cabezas de sus jefes pasaron a ornamentar las puntas de las picas de los jinetes de Ikomkei.

Cuando el ejército de Edeta vio llegar aquellos demonios con sus banderas desplegadas y enarbolando las tumefactas y ensangrentadas cabezas de sus caudillos, cundió el pánico entre sus

filas y sus hombres huyeron en masa, convirtiéndose en presa fácil para sus perseguidores. Ninguno de los infantes edetenses se salvó de la matanza, porque ni a los que se rindieron se les respetó la vida, siendo allí mismo pasados a cuchillo, en una orgía de sangre como no se recordaba.

Al inicio de la batalla, el color blanco de las capas de los flamantes guerreros de Eterindu predominaba sobre el campo. Ahora, todo estaba teñido de rojo: los cuerpos de los muertos y de los vivos, las armas, las aguas, la tierra. Era mucho el odio que latía en los corazones de aquellos edetanos, hijos todos de la misma madre.

Sobre la extensa llanura, un impetuoso viento procedente del mar sopló de repente, levantando una fuerte y rugiente polvareda que obligó a todos a retirar el rostro, a todos salvo a Iscer, que la soportó de frente, deseando grabar en su memoria todos los detalles de la histórica batalla.

ooOOoo

Mareta no creía lo que veían sus ojos. La alegría, plasmada en lágrimas, la desbordaba.

Sin apartar la vista de la llanura, sembrada de cadáveres, dejó escapar un hondo suspiro mientras con el dorso de su mano, salpicada de sangre y sudor, se enjugaba la frente.

—¡Vamos, mujer! —la llamó uno de sus compañeros desde la orilla opuesta del río, apoyándose para caminar en el brazo de otro superviviente—. ¿Qué haces ahí parada como una estatua? ¡Hemos vencido y hay que celebrarlo! Dicen que los edetenses tienen carros repletos de vino y viandas. Si no espabilamos, esos malditos jinetes que nos han salvado la vida arramblarán con todo.

Pero sólo obtuvieron de ella una triste sonrisa.

Desfallecida, con las ropas hechas jirones y cubierta de polvo, barro, sudor y sangre, se dejó caer sobre la enrojecida arena, al lado del cadáver del último edetense al que había dado muerte de una profunda cuchillada en la ingle.

¡Cómo había chillado el desgraciado!

Miró al cielo y respiró lenta y profundamente varias veces, mientras sentía a sus compañeros moverse por los alrededores y oía sus voces cada vez más lejanas.

“Ingrata labor rematar a los enemigos heridos”, pensó.

Una fatiga inmensa la embargó, como si de golpe su cuerpo se hubiera vaciado de aire, de sangre y hasta de voluntad. Sus músculos se aflojaron y, antes de que el sueño cerrase sus párpados, murmuró una plegaria.

Al poco, sin que nadie lo advirtiese, el guerrero edetense caído a

su lado abrió los ojos y los clavó en la inerme Mareta, cuyo vientre subía y bajaba al ritmo de su pausada respiración.

Muy despacio, y no sin esfuerzo, el moribundo movió su mano diestra y asió la daga que colgaba de su cintura. Su aliento no era más que un levísimo y agónico jadeo.

Echando mano de las escasas fuerzas que le quedaban, y ahogando los gritos de dolor que surgían de sus entrañas, logró incorporarse ligeramente, hasta quedar apoyado sobre el brazo izquierdo, con la mirada fija en el apacible rostro de su enemiga. Con los últimos arrestos, alzó el puñal y, al tiempo que profería un sordo estertor, lo dejó caer sobre su garganta.

Mareta soñaba con sus hijos, a los que veía jugar y chapotear felices en la orilla del río en compañía de los abuelos. Su compañero dormitaba plácidamente a su lado. Lucía el sol, y la brisa era deliciosamente refrescante. Pero de pronto el cielo se cubrió de nubes y empezó a lloviznar, y sus ensueños se evaporaron.

ooOOoo

Las primeras gotas empezaron a caer sobre la ensangrentada planicie edetana, rebotando quedamente sobre el exánime cuerpo de Mareta, la cual, de pronto, abrió los ojos y, con sumo deleite, estiró sus extremidades, dejando que la fresca llovizna empapara su piel y la revitalizara.

La mujer permaneció tendida durante un buen rato. Después, se puso en pie y se desperezó placenteramente.

En ese momento, unos ahogados jadeos a su espalda llamaron su atención. A una veintena de pasos, un hombre encandecía la hoja de una daga, mientras otro, con las manos y la cara salpicadas de sangre trataba de taponar la fea herida que presentaba un guerrero caído.

Un acre olor a carne quemada saturó el aire, y un humo denso se alzó de la herida, sobre la que aún rechinaba la abrasadora hoja del cuchillo.

Antes de abandonar el lugar, la brava guerrera echó un último vistazo a su alrededor, posando finalmente la vista en el cadáver del edetense que yacía a sus pies. Entonces, asombrada, creyendo que sus ojos la engañaban, se los frotó con fuerza.

¡El muerto había cambiado de posición! ¡Y le faltaba el brazo derecho!

Confundida, giró sobre sí misma, descubriendo a poca distancia el segado miembro, que yacía al lado de un charco de sangre. La piel que lo cubría era casi transparente y los huesudos y macilentos dedos de su mano diestra se cerraban con póstuma terquedad en

torno a la empuñadura de una daga.

Mareta contempló en silencio la escena. Se encogió de hombros y se marchó.

Los dioses no paraban de sorprenderla.

ooOOoo

Cuando los primeros jinetes huidos llevaron a Edeta la noticia de la completa derrota del ejército edetense y la muerte de Eterindu, la ciudad quedó consternada.

Cerca de diez centenares de guerreros habían perecido en la batalla. Casi toda la juventud de Edeta y de sus aldeas tributarias se había malogrado aquella mañana de primavera. Las dimensiones de la tragedia eran inauditas.

Cualquiera podría ahora tomar la ciudad y arrasarla, y abocar a sus habitantes, ayer tan orgullosos, a la perpetua servidumbre. Les esperaban tiempos sombríos.

El fuerte aguacero que descargaba sobre la ciudad no impidió que hombres y mujeres, niños y ancianos, tomaran las calles y, sumidos en el llanto, se arremolinaran en torno a las estatuas de los dioses, suplicando su misericordia.

Las gentes de Edeta sólo hallaban consuelo en compañía de los demás, como si compartiendo su pena se hiciera ésta más llevadera. En el paroxismo del sufrimiento, algunas mujeres se mesaban los cabellos y rasgaban sus vestiduras, revolcándose por el lodo.

Los días que siguieron fueron mitigando el terror ante un ataque de los arsetanos y devolviendo lentamente el sosiego a los maltrechos corazones de los edetenses.

Los dioses habían escuchado sus plegarias y estimado que el castigo recibido había sido suficiente.

ooOOoo

A media jornada hacia el noreste, la ciudad de Arse celebraba la victoria. Una victoria que de ello sólo tenía el nombre, tal había sido el coste en vidas sacrificadas. De entre los infantes, tan sólo uno de cada diez sobrevivió.

—¡No correrá más sangre! ¡No habrá venganza contra Edeta! — había decidido Iscer, en contra de la opinión de algunos de sus consejeros, que clamaban por demoler la odiada ciudad y borrar de ella todo rastro de vida.

Era tiempo de honrar a los dioses y a los muertos.

Muchos sucesos, envidias y odios habían separado los destinos de las dos ciudades hermanas. Aquel podría ser un buen momento para que renacieran la amistad y la armonía que siempre había prevalecido entre edetenses y arsetanos antes de la llegada de Eterindu al poder.

El cielo había dictado su veredicto:

“¡Aquel que ose levantar la espada contra su hermano será aniquilado!”.

Ambas ciudades eran culpables y ninguna había escapado al castigo. Lo sucedido no debía caer jamás en el olvido.

Pero la voluntad de los hombres es inconstante. Aquel había sido el mayor enfrentamiento entre gentes de un mismo pueblo del que se tenía memoria en toda Iberia. Que tanto dolor y odio desapareciesen sin dejar rastro sería milagroso. Sin duda, los más sombríos sentimientos seguirían latiendo por mucho tiempo en las almas de quienes vivieron y sobrevivieron a la guerra fratricida. Y también en las de sus descendientes.

Quizás en el futuro, los dioses tuvieran que volver a recordar a los vanos mortales que su memoria es eterna…, y despiadada.

ooOOoo

Las honras fúnebres celebradas en honor a los caídos en la batalla sumieron a Arse en el abatimiento y el dolor.

Bajo un cielo tormentoso, todo el pueblo se concentraba en torno al santuario del altísimo Netón. Los sacerdotes, acompañados por el monótono sonido de la lluvia y los tambores, practicaron los solemnes ritos y elevaron con especial fervor sus plegarias.

Los parientes y amigos del preciado Atabeles se congregaron en su casa para acompañar a su mujer e hijos en esos momentos de intensa pena.

La gravedad y la solemnidad presidían la triste reunión, sólo turbadas ocasionalmente por un lejano coro de risas procedentes de un pequeño cobertizo levantado frente al edificio principal de la hacienda. Tan inmoderado comportamiento no dejó de provocar el asombro y la indignación de buena parte de los asistentes.

En aquella cabaña de madera adosada al muro frontero de la propiedad, destinada a leñera y pajar, se hallaban reunidos tres hombres ya maduros, aproximadamente de la edad del muerto, y los dos hijos de Atabeles. A resguardo de la llovizna, los cinco, sin vergüenza ni mesura, se reían a carcajadas, mientras el odre de vino que se habían agenciado pasaba de mano en mano.

En un momento en que el bullicio aumentó de tono, un hombre, cuya nívea greña desbordaba su cabeza, se acercó muy irritado a la que había sido compañera de Atabeles para mostrarle su repulsa ante semejantes muestras de irreverencia.

Pero ella, lejos de compartir el enojo de su allegado, se limitó a suspirar y a dirigir hacia aquellos tres hombres una tierna y comprensiva mirada.

—No pasa nada, deja que se rían —repuso simplemente.

Y a continuación se encaminó hacia el cobertizo.

Aquellos hombres eran los únicos a quienes ella permitiría tamaña falta de respeto, los únicos con ese derecho, porque eran los amigos de Atabeles, los de siempre. Más que hermanos.

—¿De qué habláis? —les preguntó cuando llegó a su lado—. ¿Qué episodio de su vida estáis recordando?

Y la dama de ojos azules los miró y rió con ellos, como sus hijos hacían, porque le habían querido de verdad, porque Atabeles era más suyo que de nadie, porque bebían por él y con él, y porque sabían que, a no mucho tardar, el tiempo volvería a reunirlos.

# CAPÍTULO 40

**Año 476 a. C.**
**Mediados de abril.**
**Edetania – Ciudad de Arse.**

Hasta algunas jornadas después de la gran batalla de la llanura, Ikomkei no tuvo un completo y fidedigno conocimiento de la concienzuda y audaz labor llevada a cabo por Korbis, Tibaste y Urcebes en Edeta y de lo importante que había sido para la victoria final de Arse. Y era obligado recompensarlos.

Curiosamente, hasta que él mismo se lo comunicó, ni ellos sabían hasta qué punto su actuación había resultado efectiva, ni siquiera si aquel odre de emponzoñada pulpa con que Tibaste envenenó el pozo resultó o no mortal para los guerreros acuartelados en Edeta.

—Parece que, finalmente, no sois los mayores asesinos que recuerdan nuestras crónicas, pero a punto habéis estado —les informaba Ikomkei con una gran sonrisa en los labios—. Tan sólo fueron ocho los hombres a los que ayudasteis a abandonar el mundo de los vivos. Tocáis a casi tres por cabeza. No está mal, yo a vuestra edad sólo había matado conejos y gallinas.

Los dos jóvenes que le acompañaban —al cauto Tibaste no sabían qué negocio le había impedido acudir a la convocatoria— cruzaron una mirada, pero sin que sus rostros translucieran ninguna emoción, aunque uno de ellos pensaba que, ya puestos, no hubiese estado mal eso de ser el mayor matador de la historia de su pueblo.

Ikomkei continuaba hablando:

—Pero lo que sí lograsteis fue quitar temporalmente de en medio a casi todos los guerreros de aquel campamento, que todavía deben de estar recuperándose y maldiciendo a los causantes de sus males, o sea, a vosotros.

Ahora sí, los tres sonrieron.

—¿A que no adiviná is quién es uno de los muertos? —les preguntó Ikomkei a continuación.

—Teibo —se apresuró a contestar Urcebes.

—Teibo, efectivamente —confirmó su anfitrión—. El que casi os apresa y os envía al Más Allá. La versión oficial es que el envenenamiento fue un castigo de los dioses, pero algunos, en voz baja, le culpan a él —aclaró y, tras una breve pausa, concluyó en tono solemne—. Habéis de saber que si esos guerreros hubiesen participado en la batalla, muy probablemente muchos de nosotros estaríamos ahora muertos. ¡Quién sabe si todos!

Instintivamente, los dos muchachos se irguieron en sus asientos.

—Ahora tengo un problema —continuó socarrón— y necesito de

nuevo vuestra ayuda —Korbis y Urcebes le miraban expectantes—. No sé qué hacer con vosotros, ni cómo pagaros vuestros servicios.

Los dos jóvenes no dijeron nada, pero enseguida se vio claro que ellos no se caracterizaban precisamente por su timidez.

—¿Qué tal unos caballos…, y unas buenas espadas…? —preguntó Urcebes.

—¡Bah! —terció Korbis, disconforme—. Con un buen saco de plata te compras lo que quieras.

—¡Vale! —convino su amigo—. Entonces…, unos caballos, unas buenas espadas…, y un buen saco de plata.

—Para cada uno, claro —completó el pequeño Korbis, con semblante muy serio.

—Claro, claro —asintió Ikomkei, mientras observaba los ojillos de los muchachos brillando de felicidad y codicia—. ¿Nada más?

El potentado miraba a Urcebes fijamente, mientras éste permanecía pensativo.

—Todo eso estaría muy bien —se atrevió a decir por fin el muchacho—, pero cuando la plata se acabe, ¿qué haremos? Cogeremos nuestra flamante espada, montaremos en nuestro hermoso caballo y…, ¿qué? —ahora miraba a su amigo—. ¿Nos pasearemos todo el día por Arse, o tal vez nos iremos a las tierras de los griegos, a participar en sus guerras?

—Vamos, Urcebes —le apremió Korbis, que respetaba las ideas y opiniones de su amigo por encima de las de cualquier otro—. Dinos de una vez qué estás cavilando.

—Yo quiero una tierra y una casa donde vivir, que sea mía, que me dé de comer —expuso el sensato joven, con determinación—. ¡Eso es lo que quiero!

Ikomkei le miró, mientras asentía. Aquello merecía una serena reflexión.

O no tan serena:

—¡Vale! —Korbis cedía a la propuesta de su amigo, pero sin dar su brazo a torcer— Entonces… ¿Cómo era? ¡Ah, sí! Unos caballos, unas buenas espadas, un buen saco de plata y… eso que ha dicho Urcebes.

—Para cada uno, claro —agregó el hacendado.

—Claro, claro…

—¡Pues hecho! —sentenció rápidamente, temiendo que aquellos bribones continuaran echando cosas en el insondable saco de sus deseos—. Tendréis todo eso. Podéis vivir en ese pedazo de tierra que poseo entre las dos montañas, donde entrenabais —los rostros de los muchachos rebosaban de entusiasmo—. Son buenas tierras. Ahí podréis estableceros los tres…

“Y os tendré siempre a mano cuando os necesite”, pensó

satisfecho.

F I N

## ¡Gracias por leer *Celtiberia: Arde Iberia*!

Si te ha gustado la novela, te animamos a que compartas tu opinión con otros lectores.
Deja tus comentarios en los puntos de venta habituales o habla del libro con tus amigos, familiares y conocidos.
También puedes enviarnos tus sugerencias a través de nuestra web oficial (www.rubinos1860.com).

**Sigue a Editorial Rubiños 1860 en las redes sociales**

**¡Y no te olvides de visitar nuestra página web!**

# Sobre el autor

**Ángel Luis Gallero Diaz** es licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales y diplomado en Criminología. En 1999 publicó Masculino plural, crónica generacional y testimonio sociológico del Madrid de su infancia y juventud, cuyos ejes son la amistad y el humor, los dos rasgos que mejor singularizan el estilo del autor. En 2014 apareció Celtiberia. En los reinos de Lug, primera entrega de su serie inspirada en la fascinante y desconocida Iberia del siglo V precristiano, doscientos años antes de la llegada de los romanos.

# Table of Contents

Start